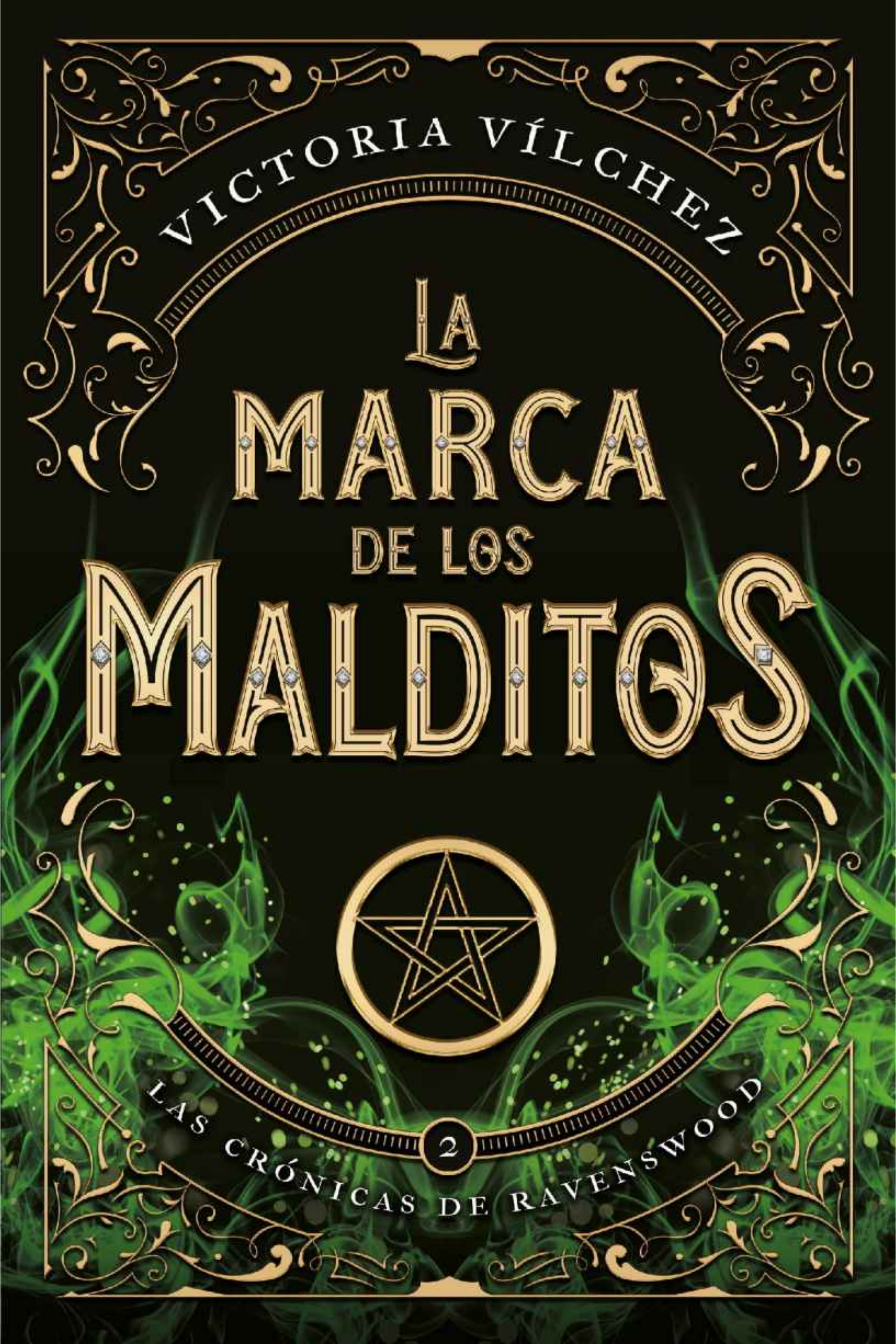
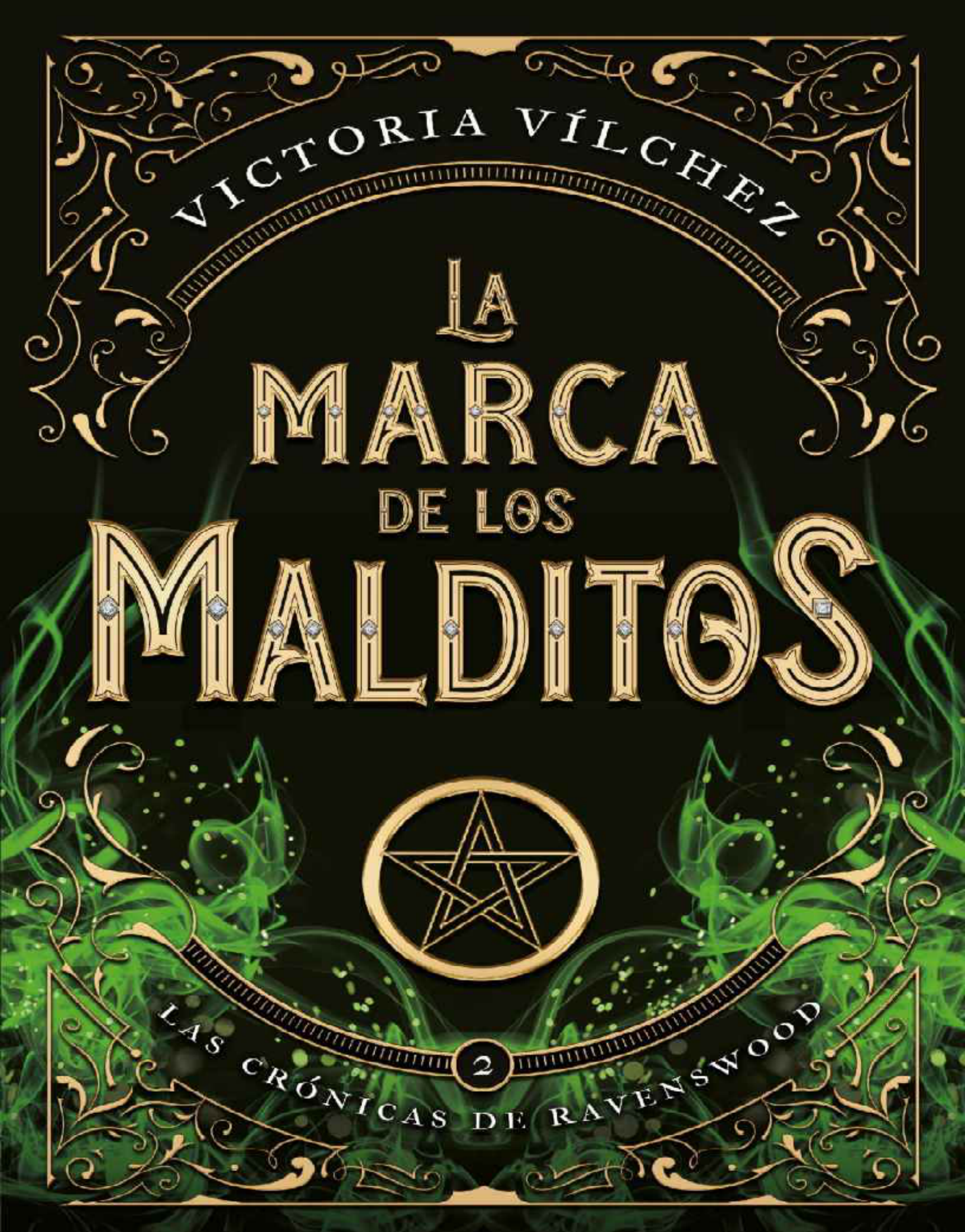
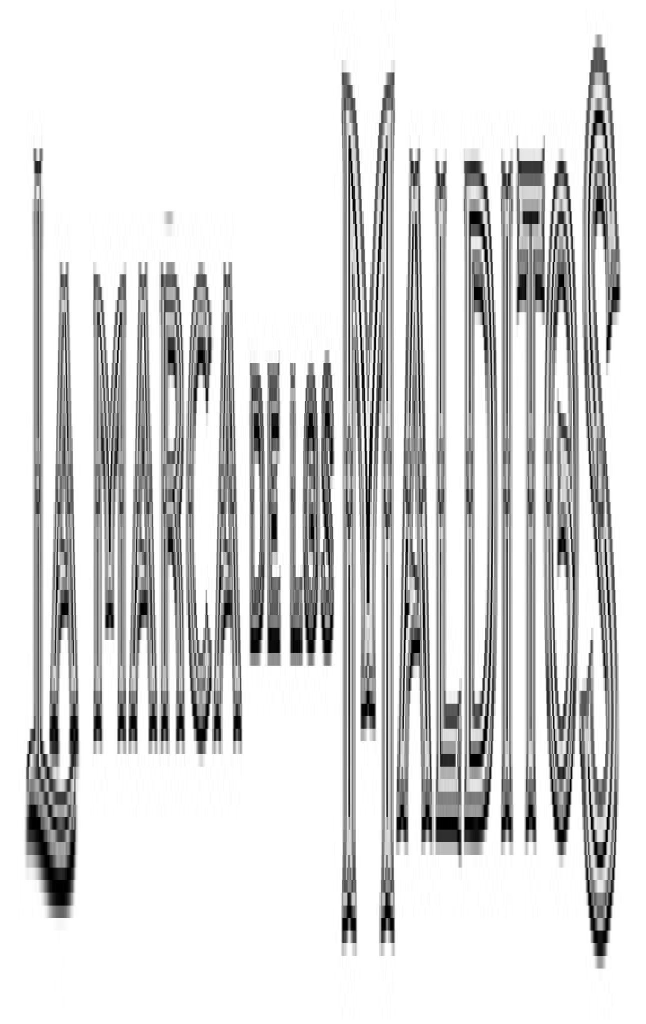
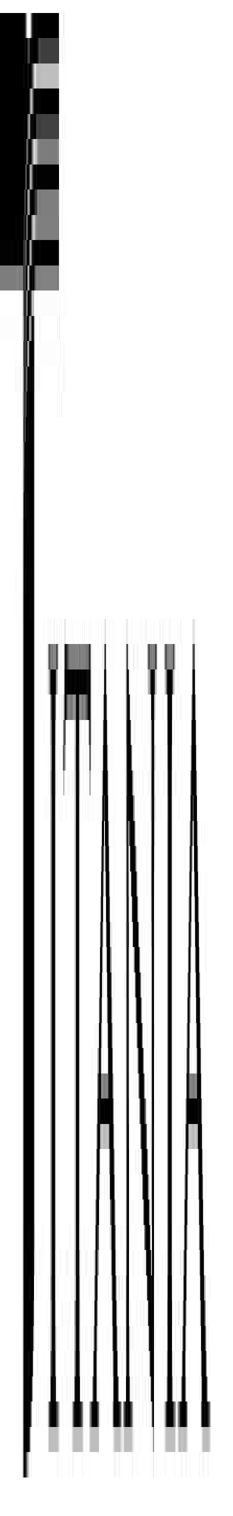

VICTORIA VÍLCHEZ
LA
MARCA
DE LOS
MALDITOS
LAS CRÓNICAS DE RAVENSWOOD
2


VICTORIA VÍLCHEZ
LA MARCA DE LOS MALDITOS
LAS CRÓNICAS DE RAVENSWOOD
2


La MARCA de las MALDITAS


VICTORIA VÍLCHEZ
LA MARCA DE LOS MALDITOS
LAS CRÓNICAS DE RAVENSWOOD
2



Argentina • Chile • Colombia • España

Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

1.ª edición Abril 2023

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2023 *by* Victoria Vílchez
All Rights Reserved
© 2023 *by* Ediciones Urano, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.titania.org
atencion@titania.org

ISBN: 978-84-19497-36-9

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

*A mi padre.*
*Aunque ya no estés, tú siempre serás mi luz.*
*Te echo de menos, papá.*

# 1

La muerte no solía avisar de su llegada y, aunque a veces podía brindarnos una cara más amable y pacífica, en otras se mostraba tan horrenda, cruel y dolorosa que se llevaba consigo algo más que la vida que había acudido a reclamar. Aquella noche, en el límite de los terrenos de Ravenswood, mi cordura parecía haber sido ese algo.

En cuanto comprendí de quién era el cuerpo que Wood acunaba contra su pecho y por qué lloraba el lobo blanco, ya no hubo luz ni oscuridad. Mal ni bien. Principio ni fin. Todo lo que quedó fue dolor. El sabor de la sangre y la venganza me cubrió la lengua, y su aroma envolvió mi cuerpo, caló hasta llegarme a los huesos y me apuñaló el corazón de una forma tan certera que supe que nada volvería a ser lo mismo. Yo nunca volvería a ser la misma; no después de que me arrebataran a Dith.

Quizás mi visita a Ravenswood sí que me había hecho despertar, aunque puede que no fuera de la manera en la que había creído. Más allá de elevar mi poder por encima de cualquier límite que lo hubiera contenido hasta entonces, me había abierto los ojos a una realidad que no se parecía en nada a la que yo creía conocer. Mi ingenuidad había ido siendo socavada día tras día en aquel lugar, para luego morir también con Dith en el arcén de una carretera cualquiera.

La comunidad blanca, al parecer, no era como yo había pensado; la comunidad oscura, a pesar de sus sombras y de lo que le habían hecho a mi familiar, tampoco era del todo como había creído. Mi padre había estado espiando a mi madre y a saber qué había hecho con la información que había reunido sobre ella. Alexander y yo formábamos parte de una retorcida —y también indescifrable— profecía que auguraba el fin del mundo y de la que no sabíamos si podríamos escapar. Y yo había huido de todo eso en un coche con el hijo del asesino de Dith acunándome entre sus brazos.

El mundo se había vuelto del revés.

Ya no sabía quién era, ni quién se suponía que tenía que ser. Y ya no contaba con Meredith para guiarme y ayudarme a comprenderlo.

Supongo que tanto esa incertidumbre como la ira amarga que sentía, y el hecho de que no supiera cómo enfrentarme a una nueva pérdida, fue lo que me mantuvo en alguna clase de estado aturdido del que no conseguiría salir hasta dos días más tarde. No recuerdo casi nada de nuestra huida de Ravenswood, salvo el sonido de los gritos, un motor revolucionándose y la sensación de unos brazos que me rodeaban en todo momento. Tampoco sé cuánto tiempo estuvimos viajando o a dónde fuimos. No sé quién tomó las decisiones o cuál era el plan, más allá de la orden que Mary Wardwell, la directora de la academia oscura, nos había dado de encontrar a Loretta Hubbard, la bruja blanca que había vaticinado la profecía: un oráculo. Pero, por el momento, nada de eso importaba para mí.

Mientras dejábamos atrás Ravenswood y, al mismo tiempo, también la academia Abbot; mientras casi todo cuanto yo había conocido y cuanto había conocido Alexander se alejaba con cada kilómetro que recorríamos, lo único que pude hacer fue luchar contra el dolor e intentar evitar que me rompiera, incluso cuando resultaba evidente que ya era demasiado tarde para eso.

# 2

## Alexander

Raven se dejó caer a mi lado con un resoplido. Lo había oído acercarse desde la cabaña, lo cual decía mucho de lo cansado que estaba. Por norma general, el andar de los gemelos resultaba demasiado silencioso como para que cualquiera pudiera detectarlos si ellos así no lo deseaban. Se había recuperado por completo del ataque del Ibis, algo que debía de agradecerle a la bruja blanca y a lo que quiera que hubiera hecho para traerlo de vuelta de la inconsciencia, pero el pesar por la muerte de Dith y la preocupación por el estado de Danielle estaban carcomiendo a Raven por dentro —como a todos—, igual que lo hacía la actitud que había adoptado su hermano en los dos últimos días.

Wood, como Danielle, también había perdido a Dith. Yo sabía que entre ellos debía de haber algo lo bastante intenso como para que él consintiera sus visitas a nuestra casa en Ravenswood, dado que Wood era muy consciente de que tener cerca a brujos ajenos a nuestro linaje ponía a prueba mi autocontrol. Así que nunca había sido capaz de prohibirle dichas visitas, supongo que porque tanto Raven como él se merecían cualquier pizca de felicidad que pudieran encontrar, incluso si eso me provocaba cierto sufrimiento.

Miré a Raven antes de afirmar:

—Despertará. Lo hará cuando su mente esté preparada para ello.

Nuestra salida de Ravenswood, tan solo dos días atrás, parecía ahora algo lejano e irreal.

Yo todavía estaba tratando de acostumbrarme a estar fuera de los límites de la escuela. Una extraña sensación de ligereza se había instalado en mi pecho desde el momento en el que habíamos

empezado a alejarnos del lugar, no ya por estar huyendo, sino porque el peso de la magia de todos los alumnos y profesores se había ido atenuando hasta finalmente desaparecer.

Así, aun cuando el control que ahora ejercía sobre mi oscuridad era mucho mayor que unas semanas atrás, tras marcharme de Ravenswood había conseguido respirar de una forma en la que no recordaba haberlo hecho jamás. Allí, en el exterior de aquella vieja cabaña perdida en mitad de las montañas, solo podía sentir a Robert Bradbury y a Danielle, lo cual era una sustancial mejora.

Me resultaba demasiado vergonzoso admitirlo, dado todo lo sucedido, pero nunca me había sentido tan bien en ese aspecto. Y eso era lo único bueno de todo aquello. El resto… Bueno, había mucho que lamentar y de lo que sentir vergüenza. Demasiado.

No había hecho nada para evitar la muerte de Dith, y eso me atormentaba. Otro error, uno más a sumar, solo que este le había costado la vida a alguien. Meredith se había sacrificado por Danielle mientras yo me quedaba mirando como un idiota cobarde y asustado; totalmente paralizado. ¿Para qué demonios me servía tanto poder si no podía emplearlo para defender a los que me importaban?

Ni siquiera era capaz de mirar a los ojos a Wood, y dudaba que las cosas fueran a ser diferentes con Danielle cuando ella por fin consiguiera salir del trance en el que la muerte de su familiar la había sumido.

—Ha vuelto a hablar en sueños —comentó Raven—. De nuevo llamaba a Dith.

Su tono era bajo y ronco y no tenía muy claro si hablaba de Danielle o de Wood. Ambos habían tenido pesadillas en las dos noches anteriores; sueños que Raven había tratado de «mejorar» de algún modo con su don.

De día, en cambio, Danielle y Wood habían elegido una manera diferente de afrontar el dolor. Ella se había «ido», o al menos su mente lo había hecho; él, por el contrario, había decidido mantenerse en silencio. No recordaba haberlo oído decir más que un puñado de palabras desde que nos habíamos subido al coche aquella noche; tan solo las pocas que farfullaba a duras penas mientras dormía. Su actitud era hosca y huraña. No parecía quedar nada del particular

humor del lobo blanco, y no podía evitar preguntarme si esa parte de él habría muerto con Dith.

Raven había vuelto su mirada al frente, lejos de mi rostro —y, por tanto, era imposible que pudiera leerme los labios—, así que supe que no esperaba una respuesta a su comentario. Me mantuve en silencio mientras ambos observábamos el campo de hierba que se extendía frente a nosotros. Había unos pocos árboles repartidos por la zona, pero la mayor parte del terreno era más o menos plana y las vistas, ladera abajo, resultaban espectaculares. El aire era frío y el lugar parecía haberse sumido ya en un invierno prematuro a pesar de que aún no habíamos alcanzado la mitad de otoño. O tal vez fuera lo normal allí y yo solo podía compararlo con el clima del único lugar que realmente había conocido. Vivir casi toda mi vida en Ravenswood me había dado una concepción muy muy limitada de lo que era el mundo y, solo ahora, empezaba a darme cuenta de ello.

Suspiré.

No habíamos tenido ninguna clase de plan al huir de Ravenswood, nada aparte de visitar a Loretta Hubbard, tal y como nos había instado a hacer Mary Wardwell. Y todavía estábamos decidiendo cuánto de la palabra de la directora creer. ¿De quién podíamos fiarnos en realidad? ¿De los brujos blancos, que habían invadido Ravenswood sin dudarlo y matado a varios alumnos? ¿De mi comunidad, que estaba bajo el dominio de un consejo que incluía a mi padre y a otros como él?

Mi padre… Mi padre había matado a Dith. Incluso cuando no esperaba nada bueno de Tobbias Ravenswood, aquello parecía demasiado incluso para él. Lo había hecho sin una sola advertencia, sin darnos la posibilidad de rendirnos o un breve intercambio de palabras. Sin compasión. Nada. Solo fuego, destrucción y muerte. Y saber que, en realidad, su intención debía de haber sido asesinar a Danielle… No sabía qué pensar al respecto, pero de lo que sí estaba convencido era de que aquello suponía una declaración de guerra.

Así que, una vez que estuvimos lo bastante lejos de la escuela y habiéndonos asegurado de que no nos seguían, habíamos creído mejor esperar para tomar una decisión hasta que Danielle estuviera bien, aunque «bien» era quizás una estimación muy optimista. Por ahora, me conformaba con que despertase y comiera algo. Raven había

conseguido que bebiera un poco de agua en los cortos lapsos de tiempo en los que parecía recuperar la lucidez necesaria para tragar sin ahogarse, pero en esos breves instantes apenas había luz en sus ojos, nada que indicara que realmente estaba allí. Y enseguida volvía a caer en esa especie de sueño inquieto que, o mucho me equivocaba, o estaba repleto de pesadillas. Cuando Raven había tratado de ayudar con eso, me había confesado que no estaba seguro de haber conseguido espantar la oscuridad en la que Danielle parecía haberse sumido.

Robert nos había ofrecido la salida que tanto necesitamos: un refugio aislado y casi abandonado que pertenecía a su familia desde hacía generaciones. Según él, nadie iba allí nunca y podríamos usarlo mientras decidíamos qué hacer a continuación. Estaba a unos doscientos kilómetros de Ravenswood —lo bastante alejado de ambas escuelas, al menos de momento—, aunque nos había avisado de que no contaríamos con grandes comodidades.

Lo aceptamos. No había mucho más que pudiésemos hacer ni teníamos ningún otro lugar adonde ir. Éramos unos parias, por lo que no habíamos tenido más opción que pasar lo que quedaba de noche conduciendo; todos callados, todos demasiado horrorizados por la muerte de Meredith Good y lo acontecido en el campus horas antes. Y todos sabiendo que, lo que quedaba aún por venir, seguramente no sería mejor.

Al llegar por fin al lugar, habíamos descubierto que la cabaña era un desastre aún mayor de lo que Robert esperaba y que solo tenía dos dormitorios con camas no demasiado grandes, pero nadie había dicho una palabra al respecto. No teníamos ánimos para ello. Tras acomodar a Danielle en una de las camas, habíamos cubierto el lugar con media docena de hechizos, la mayoría para evitar que nos localizaran y otros tantos para que detonaran en caso de que alguien se acercara al lugar. Ni siquiera había dudado cuando los gemelos y Robert habían empleado su magia; me llamaba, sí, pero algo había cambiado a lo largo de los días que Danielle había pasado en Ravenswood. Si había cambiado por ella y su magia o si mi propio poder estaba evolucionando, no lo sabía con seguridad. Pero tenía muy claro que ahora era diferente.

Una vez protegidos y con Danielle durmiendo, los cuatro nos habíamos derrumbado sobre la primera superficie horizontal que habíamos encontrado disponible.

Sin nada más que hacer, la mañana siguiente la habíamos pasado poniendo un poco de orden. Contábamos con agua corriente y con luz, los cuales resultaron ser los únicos lujos de los que disponíamos, así que improvisamos para lo demás. Robert había ido junto con Rav en busca de algo de comida a un pueblo cercano. Y luego solo quedó esperar.

—Te vi anoche —dijo entonces Raven—. Vi lo que hacías.

Me giré hacia él y, esta vez, también ladeó la cabeza para mirarme.

—Hacía mucho frío —me defendí, imaginando lo que había visto —. Yo solo…

—Está bien que quieras ofrecerle consuelo, Alex. Además de calor, claro está.

Raven curvó los labios levemente. No era una de sus sonrisas de siempre, no se le iluminaron los ojos ni su expresión brilló como solía hacerlo —estaba cansado y demasiado inquieto para ello—, pero me alegró que uno de nosotros aún pudiera mostrar algo similar a la alegría.

Mi vergüenza creció y apreté los dientes.

La noche anterior me habían despertado los susurros ahogados de Danielle desde uno de los dormitorios. Y, tras levantarme del sofá desvencijado donde me había acostado apenas un par de horas antes, me había deslizado por el pasillo hasta la habitación. Aunque se suponía que los mellizos ocupaban el otro dormitorio, casi esperaba encontrarme a Raven en este, tumbado junto a Danielle o enroscado en su forma animal a los pies de la cama, pero otra clase de susurros había llegado a mis oídos a través de la ventana de la parte trasera de la cabaña y había comprendido que estaba aún fuera con Robert.

Incluso con las bajas temperaturas, aquellos dos habían pasado mucho tiempo allí, envueltos en una manta raída, con las cabezas juntas, mirándose a los ojos y farfullando acerca de solo Dios sabía qué. Tampoco estaba seguro de querer saberlo en ese momento.

En la habitación que ocupaba Danielle hacía tanto frío como en el resto de las estancias a pesar de la pequeña chimenea. El fuego se

había consumido casi por completo, así que había colocado algunos tocones en su interior y me había asegurado de reavivarlo. A su vez, había lanzado un pequeño hechizo para que las paredes contuvieran el calor y había acomodado en torno al cuerpo de Danielle otra de esas viejas mantas que habíamos encontrado en un armario. Luego, simplemente me había quedado observándola.

Los temblores que la sacudían no se habían detenido, como tampoco habían cesado los suaves sollozos que de vez en cuando brotaban de entre sus labios. Y de algún modo había terminado tumbándome junto a ella; sobre la manta, eso sí, para evitar el contacto de su piel aunque fuera consciente de que eso ya no suponía un problema. En realidad, no tocar a Danielle parecía ahora una cuestión más relacionada con mi propia vergüenza que con la necesidad de evitar succionar su poder sin querer. Tras haber salido de los terrenos de Ravenswood con ella en brazos, y haberla mantenido del mismo modo durante el trayecto en coche, me había dado cuenta de algo en lo que ni siquiera se me había ocurrido pensar: fuera de Ravenswood, el hechizo con el que la madre de Danielle y el profesor Corey la habían protegido de mi poder ya no podía funcionar. Así que resultaba evidente que mi contacto, por sí solo, no la dañaba. De lo que no estaba seguro, en realidad, era de que ella deseara que volviese a tocarla nunca.

Pero esa noche, viéndola temblar bajo las mantas, había sido incapaz de permanecer impasible. Había pasado las siguientes horas rodeándola con mis brazos en un intento de hacerle saber que no estaba sola y, por algún motivo, recordando los días posteriores al incidente que había dejado sordo a Raven. Recordando cómo me había sentido. La vergüenza. El dolor profundo de saber que yo le había causado tal sufrimiento y había hecho que, en su forma humana, nunca jamás pudiera volver a escuchar la voz de su hermano. Ninguna otra voz en absoluto. Supongo que pensar en ello había sido mi forma de evitar pensar en lo que le había pasado a Dith, pero torturarme de igual modo.

Me había quedado con Danielle justo hasta que la luz había empezado a iluminar poco a poco la estancia y el polvo que flotaba en el ambiente se había hecho visible, destellando aquí y allá como un

mar de motas doradas bajo los rayos de un nuevo día.

—Está bien, Alex. Ya no deberías temer tocarla, ¿sabes? —dijo Rav, y comprendí que también había sido consciente de mi renovado recelo. De mi vergüenza.

No sabía por qué me extrañaba. Mi familiar me conocía quizás mejor que yo mismo. En algún momento debía de haberse asomado a la habitación y había visto que mantenía a Danielle envuelta en la manta de forma que el capullo protector de la tela no permitía que nuestras pieles se rozaran.

—No debería haberlo hecho. No creo que ella quiera que la toque.

Danielle no me había invitado a su cama, y ni que decir tiene que yo no la había tocado de *esa* forma. Pero a mis ojos, en ese momento, nada de eso lo hacía mejor.

—Necesita saber que estamos aquí para cuando quiera regresar —señaló, y luego dejó caer la cabeza sobre mi hombro—. Lo hiciste bien.

De cómo habíamos pasado de alentarlo yo a creer que Danielle se recuperaría a ser Raven quien me consolase, no tenía ni idea. No tenía ni idea de nada en aquellos días. Todo lo que sabía era que necesitábamos —yo necesitaba— que Danielle recuperara la lucidez. Y luego… luego tendríamos que afrontar lo que el destino pusiera en nuestro camino.

—¿Has visto algo más? ¿Sabes… algo? —lo tanteé con cautela.

Había atisbado preguntas muy similares en los ojos de Wood el día después de llegar a la cabaña, aunque no sobre el futuro, sino sobre lo que había ocurrido en Ravenswood. Estaba seguro de que Wood se planteaba cuánto había sabido su gemelo sobre lo que iba a pasar, sobre la muerte de Dith. ¿Lo había visto venir? ¿Había obtenido en algún momento alguna clase de destello de Meredith sucumbiendo a las llamas de mi padre? ¿Habría contemplado cómo el hilo que entretejía su vida con las nuestras se hacía más delgado y quebradizo? Ese era su don: veía hilos, conexiones, uniones, cercanía y relaciones entre personas. Y, entremezclados en esa red a veces demasiado tupida o enredada para desentrañarla, destellaba de vez en cuando también una imagen, un objeto, un rostro. Un susurro de algo que ocurriría. Un roce, una sonrisa o… lágrimas. Pero si así había sido,

¿por qué no nos había avisado?

Wood no se había atrevido a formular esa pregunta en voz alta, tal vez nunca se atreviera. Pero las palabras estaban ahí, flotando en las sombras que cubrían su mirada y en las que se apreciaban también bajo sus ojos. Sombras y dolor, eso era todo cuanto dejaba entrever el lobo blanco desde aquel fatídico momento, y un silencio tan profundo y oscuro que a veces resultaba asfixiante para los que lo rodeábamos. Ojalá no terminara convirtiéndose en resentimiento hacia su propio hermano. O hacia mí.

No, ninguno de nosotros estaba bien. Tal vez Robert fuera el que permanecía más entero, pero supuse que su futuro no era tampoco nada halagüeño teniendo en cuenta que nos había ayudado a escapar de Ravenswood. El linaje de los Bradbury sufriría un poco más a causa de esa decisión; no creía que Wardwell fuera a erigirse como su defensora aunque ella misma le hubiera ordenado que nos ayudara. Dudaba incluso que fuera a confesar que nos había visto antes de que huyésemos.

—Tenemos que ir a ver a Loretta cuando Dani esté lista.

—Ni siquiera sabemos dónde encontrarla. Y los hechizos de localización… —No concluí la frase, pero Rav sabía tan bien como yo el escaso éxito que habíamos obtenido; poco podíamos hacer sin ningún objeto personal que nos ayudara a encontrar a su dueña.

En realidad, la mujer bien podía no existir o estar muerta, a saber. Tal vez Wardwell solo nos había dado el nombre de una bruja blanca cualquiera para que aceptásemos salir de allí. Quizás solo quería darnos un propósito o deshacerse de nosotros.

—Es una Hubbard, del linaje del director de Abbot. Danielle podría saber dónde encontrarla. O quizás Rob pueda pedir ayuda a su aquelarre. Están en Nueva York.

—¿Rob? —inquirí. Me incliné hacia delante y apoyé los codos en las rodillas, pero mantuve mi mirada sobre Raven—. *Rob* parece muy colaborador…

Mis cejas se arquearon al ver cierto rubor ascender por su cuello y apropiarse también de sus mejillas, pero él desechó mi comentario con un burdo gesto de la mano.

—Tiene un teléfono móvil y podría hacer algunas llamadas —

sugirió—. O quizás Danielle sepa con quién hablar para localizarla.

Loretta era una bruja blanca, así que Danielle contaba con mejores oportunidades para conseguir que alguien le dijera dónde encontrarla; en eso Raven no se equivocaba.

—Esperaremos a que ella esté bien y decidiremos qué hacer —dije, y Raven asintió su acuerdo—. ¿Crees que Loretta sabe algo sobre la profecía y lo que realmente implica?

—Vamos a ir a verla. —Fue toda su respuesta.

No necesité preguntarle por la vehemencia con la que hizo esa afirmación. Parecía obvio que Raven sí había visto algo. Seguramente, nos habría visto hablando con ella o algo muy similar. Al menos eso quería decir que la mujer existía y que no había fallecido.

—Está bien. Pero dime algo, Rav. Si vieras que va a suceder otra vez…

Él comenzó a negar en cuanto comprendió a qué me refería.

—No funciona así, Alex, ya deberías saberlo —me cortó—. Solo… hay un montón de hilos distintos entremezclados en el tejido de este mundo, uniendo a las personas. A veces se estiran, a veces se acercan y a veces se enredan de tal forma que es imposible saber qué está pasando o qué va a pasar. Y otras veces… se rompen. Eso no quiere decir que esa persona vaya a morir, como tampoco significa que pueda verlo en caso de que suceda.

Pese a sus explicaciones y al tiempo que llevaba viviendo con él, me resultaba complicado entender cómo funcionaba exactamente su don. Quizás ni siquiera él lo comprendiera del todo. Pero asentí de todas formas. Me había dicho más de una vez que ningún hecho estaba grabado en piedra y que su forma de interpretar lo que veía podría ser errónea, por lo que tampoco podíamos creérnoslo a pies juntillas. Tal vez por eso la mayor parte del tiempo se guardaba para sí mismo dichas visiones.

Un soplo de brisa fresca se arrastró por el claro y revoloteó en torno a nosotros en el momento en el que el sonido de una puerta cerrándose a nuestra espalda nos alertó de la salida de la casa de Wood. El lobo blanco se entretuvo un momento en el porche, rodeado de madera carcomida y maltratada que había visto demasiados inviernos sin que nadie se preocupara por mantenerla en condiciones.

Su expresión sobria no varió cuando nos descubrió observándolo; tampoco hizo amago de acercarse a nosotros.

Me froté las sienes. Estaba preocupado por él, y también lo estaba Raven. El silencio en el que se había sumido durante esos días era solo uno de los detalles inquietantes de su comportamiento: pasaba un montón de tiempo solo, vagando por los alrededores de la cabaña, y en varias ocasiones lo había visto farfullando entre dientes con la cabeza baja y una expresión indescifrable en el rostro. Tampoco se había convertido en lobo en ningún momento y, aunque no era extraordinario que pasara dos días sin cambiar, algo me decía que esa decisión no era algo aleatorio.

Raven ladeó la cabeza mientras contemplaba a su gemelo avanzar por el prado en dirección a un grupo de árboles más allá de este. Frunció el ceño, pero no comentó nada al respecto.

—No sé qué decirle ni qué hacer para ayudarlo, Rav —admití cuando apartó la vista y me miró—. Ni siquiera sabía que lo que había entre Dith y él era tan profundo.

Estaba claro que había subestimado los sentimientos de Wood por la familiar de Danielle. Todos estábamos perturbados por la muerte de Dith, todos la habíamos llorado de un modo u otro, y Danielle apenas si era capaz de soportar la idea de su pérdida y había elegido evadirse de la realidad, pero resultaba evidente que el lobo blanco estaba completamente destrozado. No era más que una sombra de la persona que había sido, y no estaba del todo seguro de que fuera capaz de volver a la normalidad.

—Nunca se le ha dado bien hablar de sus sentimientos. Y, ya sabes, ambos eran familiares…

Aunque Raven no terminó la frase, comprendí lo que trataba de decir. Los familiares no tenían una vida más allá de sus protegidos y muchos brujos los consideraban poco más que esclavos. No se les permitía establecer ningún tipo de relación y, aunque así hubiera sido, Dith y Wood habían pertenecido a bandos opuestos. No quería pensar en lo que hubiera sucedido de haberse sabido que estaban juntos.

Aun así, yo nunca le había prohibido a Dith que apareciera en Ravenswood. Nunca me había sentido con derecho a hacerlo, dijeran lo que dijesen las leyes al respecto. Bastante tenían los gemelos con

verse forzados a no emplear su magia y tener que vivir recluidos allí. Y todo por mí.

Había sido tan egoísta con ambos… Y ni siquiera me había dado cuenta de ello, concentrado como había estado en manejar mi oscuridad.

# 3

## Alexander

—¿Sabías lo que había de verdad entre ellos? —inquirí, y aprecié un destello compasivo en la mirada de Raven. No necesitaba más respuesta que esa—. Por supuesto que lo sabías.

Me pasé la mano por la cara, sintiéndome un verdadero imbécil por no haber ahondado más en aquella relación. Por no saber lo que de verdad era importante para mis familiares.

—Mejorará. Poco a poco —comentó Raven, pero la voz se le quebró sin que pudiera ocultarlo.

Sabía que también él estaba muy afectado y daba gracias a Dios por que no se hubiera transformado para escapar de su dolor como en otras ocasiones. Su amistad con Robert parecía haber ayudado y, a pesar de lo protector que era con él, me alegré de que tuviera a alguien más en quien apoyarse.

—¿Qué hay de Rob? —le pregunté entonces. No cometería los mismos errores con Raven; si el brujo Bradbury era importante de algún modo para él, quería saberlo.

—¿Qué pasa con él? —Una evasiva, aunque eso tampoco era raro en Raven.

—¿Te gusta? —A pesar de que había pocos motivos para sonreír en ese momento, forcé a mis comisuras a curvarse para hacerle comprender que estaba bien que así fuera.

Sus mejillas se tiñeron de nuevo de un leve tono rosado. Que Raven se ruborizara sí que resultaba infrecuente, así que supuse que ahí estaba toda la confirmación que necesitaba. En las últimas semanas, había pensado que Rav sentía algo por Danielle —y tal vez así fuera—, pero, al parecer, también estaba interesado en Robert. O

quizás ahora era yo quien veía cosas donde no existían. Con Raven todo era posible.

—Es agradable. Y está… muy bueno —agregó tras un leve titubeo, pasando a un tono casi conspiratorio.

Le sonreí de nuevo y esta vez no tuve que esforzarme para ello. Robert Bradbury tenía unos ojos marrón chocolate que desprendían calidez, el pelo del mismo tono y la piel tostada; era algo más bajo que Raven y menos corpulento, pero no se podía negar que resultaba atractivo. Y si se portaba bien con Raven… Amigo o algo más, eso era todo cuanto necesitaba saber. Además, estaba allí con nosotros. Por mucho que Wardwell le hubiera ordenado que nos ayudara a huir, podía haber elegido no hacerlo.

—Me alegro mucho por ti.

—Solo somos amigos —replicó él.

Fuera como fuese, les daría a los lobos cualquier cosa a la que agarrarse, cualquier mínima chispa de felicidad que pudieran obtener sería bienvenida. Así que, si Robert le traía a Raven algo de esa felicidad, una pequeña esperanza, no sería yo quien se interpusiera en su camino.

Raven sonrió, y un poco de la dulce ingenuidad que le era tan propia se filtró en su expresión. No pude evitar sentir cierto alivio.

Sabía que había mucho más de lo que teníamos que hablar. Entre ello, del hecho de que yo no hubiera movido un solo dedo durante el ataque de mi padre, pero también de otro detalle que casi había olvidado por completo en nuestro afán por huir de Ravenswood y cuidar de Danielle.

—Hay algo… —comencé a decir, aunque no sabía cómo explicárselo a Raven. Él había estado inconsciente, al menos la mayor parte del tiempo—. Cuando Danielle estaba intentando despertarte la otra noche, ella…, joder, ella empezó a brillar.

—Brillar —repitió él. No estaba seguro de que estuviera preguntando, pero asentí de todas formas.

Yo había estado completamente aturdido por la visión que había tenido de aquel erial devastado y repleto de sombras —otra de las cosas de las que aún no les había hablado—, y estaba convencido de que mi transformación también habría afectado a mi percepción de

todo lo que me rodeaba, pero Danielle había brillado para mí como un puñetero faro en la oscuridad mientras luchaba por traer de vuelta a Raven. La sensual y poderosa canción que desprendía su magia había sido más potente que nunca y, a la vez, había podido contemplar cómo la luz corría bajo su piel, inundando sus venas con un brillo intenso y deslumbrante.

Le hablé de ello a Raven. Él se limitó a escuchar y no dijo ni una sola palabra. Tal vez ya supiera algo de aquello o lo había atisbado en una de sus visiones, pero no lo señaló, aunque tampoco se mostró tan sorprendido como cabría esperar.

—Bueno, se supone que es tu opuesto. Si lo piensas bien, es incluso lógico —sentenció cuando terminé de describirle la luz pura que emitía la bruja blanca.

—Hay algo más. Ella tenía… —me interrumpí cuando la puerta de la cabaña se abrió de nuevo.

Me volví, y Raven debió de intuir que algo pasaba porque se giró también para comprobar qué era lo que había llamado mi atención. Robert estaba en el porche y, por su expresión grave, supe lo que iba a decir antes de que abriera la boca.

—Ha despertado —afirmó, pero yo ya estaba en pie y me dirigía hacia él. Raven venía justo detrás de mí.

—¿Cómo está? —pregunté mientras tiraba de la puerta.

Antes de entrar, eché un vistazo hacia el lugar donde se encontraba Wood, pero estaba inmóvil aún de cara a uno de los pocos árboles del claro. Me pregunté si, además de a Dith, echaba de menos también el bosque de Elijah. O correr en su forma de lobo por él.

—Parece… entera —replicó Robert en voz baja, aunque su tono carecía de convicción.

No me extrañaba. Dudaba que la pérdida de su familiar pudiera dejar entera a Danielle.

Me deslicé por el pasillo hacia la habitación sin saber muy bien qué podía decirle. En cuanto accedí al dormitorio, mis ojos volaron hasta ella. Estaba sentada, aún con la manta cubriéndole la parte inferior del cuerpo. El pelo suelto le caía por la espalda, lleno de enredos tras dos días dando vueltas en sueños, y no era capaz de ver su rostro, ya que estaba mirando hacia la ventana. Sus manos

reposaban sobre su regazo y no dejaba de pellizcarse la piel de una con los dedos de la otra.

Mis capacidades sociales no eran lo que se dice las más adecuadas y yo me había acostumbrado a «pelearme» con ella casi de forma continua, así que, incluso cuando comprendía la clase de dolor que debía de estar sintiendo, me encontré una vez más frustrado por no saber cómo actuar.

—Danielle —la llamé con toda la suavidad que fui capaz de reunir.

Su cabeza giró hacia mí como un látigo y descubrí que su expresión estaba… vacía. Hubiera esperado encontrar lágrimas en sus ojos o tal vez arrugas de inquietud alrededor de ellos; quizás dolor o angustia. Pero no aquel espacio en blanco. No esa ausencia total de… emoción.

—¿Dónde estamos?

—En una cabaña propiedad de los Bradbury, al norte de Ravenswood. Tuvimos que decidir a dónde ir sobre la marcha.

Ella asintió y apartó la manta, dejando sus piernas desnudas al descubierto. Fue casi doloroso ver el modo mecánico en el que se movió hasta el borde del colchón y puso los pies en el suelo de madera. Parecía tan falta de vida en comparación a la chica que había conocido semanas atrás…

—Deberías intentar comer algo.

—Necesito una ducha.

—Danielle…

—La ducha —insistió, y yo me crucé de brazos, bloqueando el umbral de la puerta en cuanto me di cuenta de que pretendía salir casi corriendo de allí.

Danielle arqueó las cejas y, durante una décima de segundo, vislumbré algo de la bruja desafiante que tanto me sacaba de quicio, la misma que había llegado a Ravenswood y puesto nuestras vidas patas arriba. Sin embargo, la emoción llegó y pasó tan rápido que no estuve seguro de no haberlo imaginado. Su magia parecía estar ahora dormida, lejos de su piel, quizás hundida en lo más profundo de su pecho y recluida junto con el dolor que se negaba a dejar salir.

Tras unos pocos segundos de indecisión, se adelantó y estiró los brazos como si fuera a tratar de apartarme a la fuerza si yo no lo hacía

por mí mismo; la creía muy capaz. Reaccioné retrocediendo de forma instintiva. A pesar de saber que mi contacto no parecía tener ningún efecto en ella y que en ese momento yo estaba muy lejos de anhelar absorber su magia, no pude evitarlo.

Danielle se percató de ello y sus ojos bajaron hasta mis manos, que mantenía cerradas con fuerza contra mis muslos. No necesité mirar para saber que no había ni rastro de oscuridad en mis venas.

Levantó la vista de nuevo hasta mi rostro.

—Acabemos con esto —dijo, y no tenía ni idea de a qué se refería.

—¿De qué hablas?

Con un gesto, señaló el espacio que nos separaba.

—Esto. Nosotros. Quiero saber de qué eres capaz de una vez.

—Podría ser una buena idea —intervino Raven desde el pasillo.

Ni siquiera recordaba que había entrado a la cabaña detrás de mí y mucho menos esperaba que alentara la temeraria sugerencia de Danielle.

—Probémoslo —insistió ella, y alzó la mirada hacia el techo un momento antes de añadir—: Este sitio está rodeado de hechizos, ¿verdad? Intenta absorber alguno de ellos y veamos lo que eso me hace.

Ni siquiera dudé al contestar:

—Ni lo sueñes.

Una cosa era que pudiese tocarla o realizar hechizos y emplear mi magia, incluso transformarme del todo cerca de ella, y que no me hiciera perder el control del todo. Pero tratar de drenar magia como experimento sabiendo de antemano lo que eso podría hacerle… Ni de coña, no iba a suceder.

—Tenemos que saber lo que puede pasar en caso de que…

—Puedo matarte —la interrumpí. No tenía sentido discutirlo.

A pesar de lo menuda que era, y de llevar encima tan solo una camiseta que apenas si tapaba lo suficiente y un par de gruesos calcetines, no parecía cohibida y mucho menos intimidada. Se había cruzado también de brazos, imitando mi postura. Era como si hubiera decidido que no tenía nada más que perder. Como si la posibilidad de morir ya no la asustase en absoluto.

—Levantaste una barrera de oscuridad para salvarnos de *ellos* —no

mencionó a mi padre, pero dudaba que hubiera olvidado quién era exactamente el asesino de Dith— y eso no me afectó. ¿Cuánto de tu poder empleaste para ello, Alexander?

Todo. Había dejado salir cada gota de mi magia y la había manipulado hasta convertirla en un muro que nos protegiese de cualquier ataque. Hacer algo así me había agotado casi por completo, y puede que eso no hubiera hecho mella en ella, pero no había tratado de drenar a nadie. Así que nada de lo que alegaba era concluyente. Y eso sin contar con que ahora estábamos fuera de Ravenswood y, por tanto, ya no había hechizo alguno que amortiguara las consecuencias de mi poder sobre ella.

—Mucho —acepté, y me di cuenta de lo distante que había sonado su voz al formular la pregunta. Tanto como lo había estado su expresión.

Luego caí en la cuenta de que, en realidad, tenía mucho que ver con la forma en la que había empleado mi nombre. En el coche, después del ataque, había vuelto a llamarme Alex. Y, joder, era una estupidez dado todo lo que teníamos encima; no comprendía por qué un detalle tan insignificante podía suponer una diferencia tan grande.

—Bueno, necesitamos saber cómo me afecta que uses tu poder. —«Para que no vuelva a ocurrirnos lo mismo. Para que nadie vuelva a morir», fue lo que no dijo.

Lo entendía. De verdad que lo entendía. Dith había muerto porque yo no había hecho nada para evitarlo. Podría haber elevado antes mi oscuridad alrededor de nosotros o intentar succionar toda la puñetera magia del lugar y poner a salvo, al menos, a nuestros familiares; sin magia de por medio, no habría habido manera de que ninguno acabase muerto.

—Danielle, yo…

—No, no lo digas —me cortó, y juro que oí a Raven emitir un profundo suspiro a mi espalda.

Tal vez él fuera mejor para hacer esto. Yo no sabía por dónde empezar a consolarla. Qué decir. Cómo actuar. Y mucho menos cómo convencerla de no exponerse a morir asfixiada. Por mucho que comprendiera que saber si le afectaba o no podría ayudarnos en un futuro, no me sentía capaz.

—No voy a hacerte eso.

Ella negó.

—No eres tú quien decide; yo me estoy prestando voluntaria. Y solo tienes que parar si ves que algo va mal.

—¿Y si no soy capaz de parar? ¿Y si te dejo como a mi…? —Mi madre. Ella no solo había perdido parte de su poder, los efectos de mi oscuridad habían sido también físicos; no había brillo en su mirada o su pelo después de que la drenase, y le habían aparecido algunas arrugas que no habían estado ahí antes de que todo ocurriera—. ¿Y si te mato, joder?

La agresividad de su comportamiento pareció atenuarse en cierta medida. Cerró los ojos un instante y, cuando los abrió de nuevo, no había menos determinación en su mirada, pero al menos las líneas de su rostro eran algo más suaves y casi pude ver un asomo del sufrimiento que, al parecer, estaba decidida a ignorar.

—No vas a matarme. Y si lo haces… —agregó, y se encogió de hombros—. Bueno, eso pondría fin a la profecía, ¿no?

Wardwell había insistido en que había tres elementos que formaban parte de la profecía, y se suponía que Danielle y yo éramos dos de ellos. Claro que no veía el modo en que su luz fuera a contribuir en algo a inundar el mundo de oscuridad. Fuera como fuese, incluso cuando ella hubiera nacido para convertirse en algo contrario a lo que yo representaba, yo no tenía ninguna intención de ser su enemigo y menos aún de matarla; pusiera fin o no a la profecía con ello.

Raven colocó una mano sobre mi hombro y me apartó para acceder a la estancia. Si volvía a decir que le parecía una buena idea aquello, no tenía muy claro cómo iba a reaccionar. Más aún cuando él sabía lo que le había hecho a mi madre y cómo eso me había afectado.

Caminó hasta Danielle y la rodeó con un brazo. Al principio la tensión de su cuerpo no disminuyó en lo más mínimo, pero luego ella se relajó un poco y se apoyó contra su costado. Alterné la vista entre ellos, consciente de que se me estaba escapando algo, algo que estaba ahí, frente a mis ojos, pero que no era capaz de ver.

—Está bien, Dani —dijo él, conciliador—. ¿Por qué no te duchas y comes algo? Luego podemos hablar de todo y decidiremos qué hacer a

continuación.

Robert también se asomó desde el pasillo.

—Prepararé algunos sándwiches.

Raven asintió y le dedicó una sonrisa de agradecimiento al brujo.

Suspiré en busca de algo de serenidad. Enfadarme con Danielle no serviría de nada e intentar imponerme seguramente sería aún peor, y tampoco tenía derecho a hacerlo de todas formas. Por mucho que no estuviésemos de acuerdo la mayoría de las veces, no podía fingir que el modo en el que me plantaba cara siempre Danielle no era una de las cosas que más me gustaban de ella.

«Bruja terca y cabezota».

—Bien. Me ducharé y después podemos comer —aceptó finalmente—, y luego tú y yo vamos a enfrentarnos a esto.

Supe que no se rendiría, no importaba cuánto tuviera que insistir o pelear para conseguir lo que quería; Danielle no iba a dejarlo pasar. Solo esperaba que «enfrentarnos» no acabara siendo nuestro destino final, porque si algo tenía claro era que nuestro futuro estaba repleto de sombras y que estas eran cada vez más oscuras. Danielle Good, en cambio, era luz. Una luz pura y hermosa como jamás había contemplado antes. Una que yo no tenía ninguna intención de apagar.

# 4

La ausencia del vínculo con Dith había creado un vacío hueco en mi pecho que resultaba… doloroso, incluso cuando me estaba esforzando mucho por ignorarlo. No estaba segura del tiempo que llevaba metida en la ducha, pero, desde luego, era lo único agradable de toda la situación. El agua tibia caía sobre mi espalda y, en respuesta a mi elemento, mi cuerpo parecía absorber la fuerza del líquido segundo a segundo. Mi magia era ahora diferente, lo percibía, incluso cuando la había empujado una y otra vez a la parte más profunda de mi interior. Supuse que tenía mucho que ver con el hecho de que ya no estábamos en Ravenswood. Aquí no había ningún hechizo que contuviera o disminuyera lo que fuera que nos unía a Alexander y a mí, ni tampoco que atenuara mi poder.

El núcleo de mi pecho destellaba con fuerza, cargado al máximo después de dos días de inactividad, y la energía que había discurrido en forma de un río impetuoso ya con anterioridad, ahora parecía fluir sin principio ni fin, casi… inagotable. El límite de dicho poder estaba ahí, en alguna parte, pero nunca antes había parecido tan lejano como ahora. Necesitaba saber si a Alexander le pasaba lo mismo y, sobre todo, necesitaba descubrir si emplear su capacidad para drenar magia de cosas o personas me afectaría del mismo modo que había sucedido esa única vez en Ravenswood.

Aplané la palma de mi mano derecha sobre los azulejos y observé mis dedos estirados mientras pensaba en todo lo que nos había dicho Wardwell. En la profecía. En la posibilidad de que el mundo se convirtiera en alguna clase de paraíso para la oscuridad. Una parte de mí solo quería regresar a la cama, cerrar los ojos y fingir que nada de todo aquello sucedería, que no había ningún mal al acecho y, por encima de todo, que Dith no había desaparecido de mi vida para nunca regresar. No quería tener que evitar una guerra entre ambos

bandos o lo que fuera ese cataclismo mágico que Loretta Hubbard había predicho. Lo único que sí deseaba era enfrentarme a Tobbias Ravenswood y exigir venganza por la muerte de mi familiar, aunque solo fuera porque el padre de Alexander me lo había arrebatado todo. O casi todo. Se suponía que aún contaba con mi padre y mi comunidad, pero yo era ahora una bruja blanca en compañía de brujos oscuros. Me había fugado con el heredero del linaje fundador de la academia de la oscuridad; no estaba segura de que fuera a ser bien recibida por los míos y, menos aún, por mi propio padre. Sin embargo, tenía muchas preguntas para Nathaniel Good. Necesitaba saber cuánto de las investigaciones de mamá conocía y cuánto había influido él en el fatal desenlace al que sus pesquisas la habían arrastrado junto con…

—Chloe —murmuré, atragantándome con las lágrimas.

El colgante de mamá se volvió más pesado y se calentó contra mi piel, como si mis emociones también hicieran mella en él. Alcé la barbilla y dejé que el agua, ya fría, me corriera por la cara y se llevara así mi amargura. Físicamente me había repuesto del todo, pero emocionalmente… emocionalmente estaba destrozada por completo. No tenía ni idea de cómo encajar los pedazos rotos de mi corazón ni los de mi mundo. Me daba la sensación de que todo lo que conocía, lo que había conformado mi realidad hasta ese momento, había volado por los aires de forma irrevocable.

En resumen: mi vida se había ido a la mierda, y dolía como el infierno.

Cerré el grifo de golpe y me deslicé fuera de la ducha. La cabaña de los Bradbury no disponía de grandes lujos y estaba en un estado que evidenciaba el poco uso que se le había dado últimamente, pero supuse que eso era una buena noticia para nosotros. Nadie nos sorprendería allí mientras decidíamos qué demonios íbamos a hacer.

Al menos habían dejado algunas toallas, viejas pero limpias. Alcancé una de uno de los estantes y me envolví con ella. La tela me raspó la piel; sin embargo, la áspera fricción no supuso demasiada diferencia ahora que sentía el pecho en carne viva. Había mostrado frente a los demás una entereza que estaba muy lejos de sentir en realidad, pero reprimir el dolor y esconderlo en la parte más remota

de mi mente parecía la única manera de no derrumbarme. Así que, una vez más, silencié mis pensamientos sobre lo sucedido y me armé de valor para salir de la habitación e ir en busca de los otros.

No llegué muy lejos. Al abrir la puerta me encontré frente a frente con Alexander. Estaba inclinado hacia un lado y su hombro reposaba en la pared, pero enseguida se irguió en toda su estatura, cuadró los hombros y me bloqueó el paso. Antes ni siquiera me había fijado en la ropa que llevaba: un pantalón de chándal negro y una camiseta oscura de algodón que, además de ceñirse a su cuerpo de una manera absurdamente perfecta, no hacía sino destacar aún más la piel dorada de su rostro y el pelo rubio, así como el único iris azul. Pese a la penumbra en la que se hallaba sumido el estrecho pasillo, pude distinguir sin problemas la tensión en sus facciones y la intensidad con la que me miró.

Me preparé mentalmente para una de nuestras disputas, aunque no era como si, en el fondo, no agradeciera tener algo en lo que pensar que alejara la amargura y el dolor. Hasta ese momento, ni siquiera me había parado a recordar lo sucedido en el bosque la noche de nuestra fuga, antes de…, bueno, de todo. Había evitado pensar en el modo en el que nos habíamos fundido el uno en el otro o en la forma en la que nos habíamos devorado. La presión de ciertas partes de su cuerpo en otras igual de poco nobles del mío. Su sabor. El aroma y el calor que emanaban siempre de él. Lo desesperados que habíamos estado ambos…

Sin embargo, ahora que estábamos solos en aquel pasillo oscuro y que él me estaba observando con demasiada atención, no pude evitar que la cascada de recuerdos que se desató en mi mente calentara la sangre en mis venas y también mi piel.

Tenía que admitir que Alexander era una magnífica distracción, y yo estaba desesperada por distraerme y entregarme al olvido.

—¿Ahora te dedicas a acecharme mientras me ducho?

Casi esperaba que se cruzara de brazos y su expresión se endureciera, y que a continuación me devolviera la pulla, como parte de nuestras continuas e incesantes batallas dialécticas; pero Alexander se limitó a hundir las manos en los bolsillos e inspiró. Ladeó la cabeza y su mirada se agudizó mientras recorría mi rostro.

—¿Cómo estás?

—Bien —dije, demasiado rápido como para que no fuese evidente mi falta de sinceridad.

Aunque estaba segura de que se había dado cuenta, optó por no señalar mi mentira. Tampoco empezó a gruñir como era habitual, algo que yo seguía esperando que sucediera en cualquier momento. A lo mejor tenía algo que ver con lo denso que parecía el aire, lo cargado de expectación que estaba el ambiente en el estrecho pasillo. Quizás él también estaba recordando, porque estaba bastante segura de que la energía que flotaba a nuestro alrededor no tenía nada que ver con nuestra magia.

La atmósfera pesada y opresiva empeoró cuando sus ojos se deslizaron brevemente hacia abajo, donde la toalla cubría mi pecho. Fue solo un segundo y luego estaban de vuelta sobre mi rostro, pero la profunda inspiración que realizó fue suficiente para confirmar el rumbo que debían de haber tomado sus pensamientos.

Tal vez por eso me sorprendió que diera un paso atrás y eligiera alejarse; sus manos se hundieron un poco más en los bolsillos. Ver a Alexander Ravenswood retroceder no era algo a lo que estuviera acostumbrada y, aunque ya lo había hecho dos veces desde que me había despertado, no pude evitar que mis cejas treparan por mi frente y el desconcierto se apropiara de forma fugaz de mi expresión. ¿Qué demonios le sucedía ahora conmigo? ¿Era solo por el temor a que su poder me afectase de nuevo de alguna manera retorcida? ¿O había algo más detrás de esa renovada reticencia a tocarme?

—Necesitamos tu ayuda para encontrar a Loretta Hubbard. Hemos probado con varios hechizos de localización, pero…

—No sirven de nada sin un objeto personal. —Enarqué las cejas, porque eso era magia básica, una de las primeras cosas que nos enseñaban en Abbot. Pero había más formas de encontrar a la bruja; por ejemplo, pidiendo ayuda a alguien de su familia—. Cameron.

Pensar en mi academia me despertó sentimientos encontrados. No había sido un verdadero hogar, pero sí el lugar en el que había pasado parte de mi infancia y toda mi adolescencia; y Cam, mi compañero de fechorías cuando Dith no estaba disponible. Ahora sabía que, en esos casos, ella seguramente se encontraba en Ravenswood.

Rodeé a Alexander y me metí en la habitación en la que me había despertado. Sabía que había visto mi mochila allí, lo cual resultó un alivio dado que el grimorio de mamá estaba dentro. Alexander no tardó en seguirme al interior.

—¿Quién?

—Cameron Hubbard. Es el hijo del director de Abbot y, como es obvio, miembro del linaje Hubbard. Somos amigos —concluí, aunque eso tal vez fuera exagerar un poco.

No estaba segura de tener verdaderos amigos en Abbot. Puede que yo considerase a Cam como tal; sin embargo, dudaba mucho que las cosas fuesen igual para él. Siempre había creído que recurría a mí para pasar el rato y porque solía seguirle el juego cuando de hacer alguna gamberrada se trataba. Aun así, por mi parte, si había alguien a quien pudiera referirme de ese modo, ese era Cam.

—¿Crees que nos ayudaría?

—Bueno, estoy bastante segura de que, si se trata de algo que pueda molestar a su padre, Cam se apuntará sin dudarlo.

Tiré sobre la cama la muda que había metido en la mochila en nuestra precipitada huida y eché un vistazo por encima de mi hombro. Alexander debió de entender la indirecta, porque se giró y me dio la espalda. Fue un poco raro vestirme con él a tan solo unos pasos, y puede que la piel me cosquilleara de una forma muy poco adecuada al recordar lo que había sentido al tener sus manos sobre mí.

Me aclaré la garganta cuando terminé. Alexander, no obstante, continuó de espaldas. Lo observé mientras se frotaba la nuca con cierto nerviosismo.

—Ya puedes volverte.

Cuando se giró, su mirada buscó de inmediato la mía y sus ojos hicieron eso tan raro de chispear. El iris negro destellaba como si una galaxia al completo estuviera atrapada en su interior y el azul había adquirido un tono profundo y vibrante. Era…, joder, era demasiado guapo. De una forma dura y estricta, como un soldado disciplinado que nunca se saltase las órdenes de sus superiores. O quizás como una de esas estatuas griegas de proporciones perfectas. Solo que Alexander Ravenswood estaba muy lejos de ser perfecto, y eso tal vez fuera lo que lo hacía aún más increíble.

Y… ¿por qué demonios estaba yo pensando en eso ahora? Sabía que lo que había ocurrido entre nosotros no debía volver a repetirse. Al margen del lío en el que nos habíamos metido, él era un brujo oscuro —un Ravenswood, nada menos— y yo, una bruja blanca. A Dith la habían condenado a convertirse en familiar por enamorarse de Wood, de eso no me cabía ninguna duda. ¿Qué no harían conmigo?

—¿Cómo está? Wood, quiero decir. ¿Cómo se lo ha tomado?

Me las arreglé para que no me temblara la voz, decidida a no mostrar debilidad alguna, lo cual no supe si tenía algún sentido en el gran esquema de las cosas, pero yo necesitaba… necesitaba…

Ni siquiera sabía lo que necesitaba en realidad.

—No demasiado bien. Apenas habla.

Asentí. No esperaba otra cosa. No podía imaginar cómo sería para él haber perdido a la persona a la que había amado durante más de un siglo y con la que le habían prohibido estar. Inspiré profundamente y bajé la vista. Me había traído unas mallas y una camiseta cualquiera, pero en cuanto mis ojos se deslizaron hacia abajo me di cuenta demasiado tarde de que aquella prenda en concreto era una de las que me había dado Raven el día de mi llegada a Ravenswood, una de las que pertenecía a Alexander.

¡Mierda! ¿Olería aún a él?

—Y tú tampoco creo que lo…

—Estoy bien —repetí, interrumpiendo lo que seguro iba a ser uno de sus sermones—. Pero deberíamos hacerlo ahora.

Vale, eso no había sonado tan mal antes de decirlo en voz alta. Por suerte, la expresión de Alexander no varió. A lo mejor él no tenía la mente tan sucia como la mía, o bien lo disimulaba mejor. O quizás yo era la única que seguía dándole vueltas a nuestro espectacular beso y a lo mal que estaba seguir pensando en ello.

—No creo que sea buena idea.

—Lo es, y lo sabes tan bien como yo. Solo que no quieres admitirlo.

—No tienes ni idea de lo que puedo hacerte, Danielle.

Me crucé de brazos. Resultaba evidente que estaba aún más tenso que de costumbre, lo cual ya era decir porque Alexander *siempre* parecía a punto de saltar por la más mínima chorrada.

—Yo estaba en ese despacho, así que sé lo que puede hacerme. Pero también sé que no puedes andar por ahí reprimiendo todo ese poder solo porque crees que me harás daño; no cuando la alternativa es…

No concluí la frase, pero no fue necesario. Sin embargo, en vez de relajarse, Alexander se irguió aún más. Fue como si acabasen de azotarle con un látigo y tratase de contener el dolor tras una máscara de fría y oscura indiferencia.

—Soy muy consciente de lo que le ha sucedido a Meredith y sé que no debería haber sido así, no si yo hubiera hecho algo al respecto.

Fruncí el ceño.

—Espera, espera, espera. —¿Creía que él era el responsable de la muerte de Dith? Me acerqué un par de pasos con las manos en alto, y esta vez no retrocedió—. Tú no tienes la culpa de lo que pasó. El único responsable de su muerte es…

—Mi padre —sentenció, y había tanta amargura, dolor y vergüenza en esas dos únicas palabras que tuve que cerrar los ojos durante un instante para lidiar con mis propias emociones—. Fue mi padre quien la mató, y yo fui el que se quedó mirando sin hacer absolutamente nada.

—No fue así —murmuré a duras penas.

—Sí, Danielle, fue exactamente así.

Abrí los ojos y lo observé, y él me desafió a contradecirlo con una mirada cargada de dureza y reproche; un reproche que no iba dirigido a mí, sino a sí mismo. Alexander llevaba años castigándose por lo sucedido con su madre y también por la sordera de Raven; ahora había encontrado algo más por lo que hacerlo.

—Alexander…

Por alguna estúpida razón, no me parecía bien volver a referirme a él como «Alex». Se sentía íntimo. Demasiado cercano. Y, a pesar de que recordaba haberme dirigido así a él durante nuestra huida, ahora necesitaba toda la distancia que pudiera ganar.

—No, no pienses que no sé lo que hice. O lo que no hice. Pero no me pidas que intente algo que sabemos que podría acabar con otra muerte. *Tu* muerte. Puede que no aprecies en nada tu vida ahora mismo, pero no seré yo quien le ponga fin solo por no ser capaz de

controlar toda esta… jodida oscuridad.

Dicho lo cual, se dio media vuelta y se largó de la habitación sin darme la más mínima oportunidad de rebatir sus palabras.

Bien, aquello había ido francamente bien. No podía esperar a ver qué pensaba cuando le dijera que quería ir a Abbot para reclutar a Cameron y, ya de paso, también para hablar con mi padre; esa, desde luego, sería una conversación muy muy animada. Una que no estaba ansiosa por tener con él.

# 5

El pasillo estaba ahora vacío. Avancé por él hasta llegar a dos puertas. La más cercana daba a un salón amplio y bien iluminado gracias a que las contraventanas estaban todas abiertas. Los muebles de madera oscura parecían del siglo pasado. Sobre el sillón había una manta doblada y la mochila de Alexander se encontraba apoyada en un lateral. Ninguno de los demás estaba allí, así que seguí hasta la puerta del fondo, que intuía que correspondía a la cocina. Cuando la abrí, esperaba encontrar a todo el grupo reunido, pero solo estaba Raven.

Recorrí su torso con la mirada en busca de algún rastro de la herida que había sufrido en Ravenswood, a pesar de que sabía que la Ibis lo había apuñalado en el pecho y que yo misma lo había curado. No había estado segura de poder revertir los efectos de cualquiera que fuera el hechizo del arma empleada por la guardia, pero al parecer sí que lo había conseguido; Raven tenía el mismo aspecto saludable de siempre.

—¿Estás bien? —pregunté, solo para asegurarme.

—Lo estoy. Muy bien.

Sus ojos descendieron por mi figura muy despacio. El gesto fue muy similar al que Alexander había realizado tan solo unos minutos antes, pero no pudo resultar más diferente. La expresión de Raven no revelaba nada más allá que simple curiosidad y su mirada carecía de la intensidad que había mostrado el brujo oscuro. Tampoco yo sentí nada de ese cosquilleo perturbador en la piel. Era solo Raven mirándome.

Eché un vistazo alrededor. La estancia era casi tan grande como el salón y la madera de los muebles lucía tan desgastada y antigua como la del resto de la cabaña. Había una gran mesa con media docena de sillas a su alrededor y un único ventanal, que se extendía a lo largo de toda la pared, a través del cual pude ver un prado de hierba y algunos

árboles.

—¿Y los otros?

Raven inclinó la cabeza hacia la ventana.

—Fuera. Creo que querían darte algo de espacio.

Suspiré y, de forma vergonzosa, sentí cierto alivio por no tener que enfrentarme a todos a la vez. No quería ni pensar en lo que sentiría al encontrarme con Wood. O en lo que él sentiría al mirarme sabiendo que Dith había muerto para protegerme. No podía echarle en cara que albergara cierto resentimiento hacia mí.

—Wood —titubeé. No sabía por dónde empezar—. Dith y él estaban enamorados de verdad. Fue eso lo que condenó a Dith, ¿verdad?

—Lo fue.

Me acerqué a la mesa y me dejé caer en una de las sillas. Raven arrastró los pies mientras se aproximaba a mí; aquel no debía de ser un tema del que le gustara hablar, pero yo necesitaba saberlo, quizás porque ignorar algo tan importante de la vida de Dith me hacía sentir como si no la hubiera conocido en absoluto. Ella nunca podría contármelo ya, pero Raven sí.

Cuando se sentó a mi lado, me estiré para apartarle un mechón de la cara y él buscó de forma instintiva el calor de mi mano. Apoyó la mejilla contra la palma y cerró los ojos durante un instante. En realidad, no sabía muy bien quién estaba reconfortando a quién, pero el gesto me hizo suspirar.

—Se conocieron cuando Dith estaba estudiando en Abbot. En aquel entonces, Wood y yo vivíamos en Ravenswood como familiares de Evelyn Ravenswood, una cría petulante y despiadada, pero a la que, por suerte, no le gustaba demasiado que revoloteáramos a su alrededor. Así que teníamos mucho tiempo libre para correr por el bosque y vagabundear más allá de los límites de la escuela; Wood lo hacía con más frecuencia aún que yo, sobre todo de noche, y fue en una de esas escapadas cuando se conocieron.

Apoyé un codo en la mesa y me incliné más hacia él. Me imaginé a una Dith adolescente, algo que no me costó mucho, dada la actitud despreocupada con la que siempre lo había afrontado todo. Estaba segura de que había revolucionado Abbot desde el mismo instante en

que había puesto un pie allí.

—Creo que, en un primer momento, ni siquiera sabían lo que era el otro ni que verse estaba prohibido para ellos. Y supongo que, cuando se dieron cuenta, ya era demasiado tarde.

Durante un rato, seguí escuchando cada palabra que salía de los labios de Raven con tanta atención que me olvidé de dónde estábamos y lo que nos había llevado hasta allí. Como no podía ser de otra forma, Dith y Wood habían vivido una apasionada y tórrida historia de amor que habían mantenido en secreto durante todo el tiempo que les había sido posible. A pesar de pertenecer a bandos distintos, de que Wood le debía lealtad a su protegida y de que los Good aún estaban sometidos a un continuo escrutinio por su proceder en Salem, en ningún momento se habían planteado terminar con lo suyo. Al graduarse en Abbot, Dith se había quedado en Dickinson para poder mantenerse cerca de él; sin embargo, unos años más tarde, sus padres habían empezado a presionarla con la posibilidad de establecerse y formar una familia. Incluso le habían concertado reuniones con varios pretendientes, así que Wood y ella se habían visto obligados a tomar una decisión.

—Iban a casarse —dijo entonces Raven, y eso sí que no me lo hubiera esperado nunca. ¿Meredith casada? El pensamiento casi logró que sonriera. Imaginar a Wood como un devoto esposo también era divertido—. Creían que así Dith podía pasar a convertirse en una Ravenswood y, por tanto, incluso con Wood siendo ya un familiar, tal vez eso les daría la oportunidad de estar juntos. En realidad, no resolvía todos sus problemas, pero al menos ya no hubieran pertenecido a bandos diferentes.

—Pero eso no… no funciona así. Quiero decir que, cuando dos brujos se casan, sí que se adopta el apellido del linaje más poderoso, pero eso no hubiera convertido a Dith en una Ravenswood de verdad. Hubiera continuado siendo una bruja blanca pese a todo.

Si las cosas resultaran tan sencillas, Alexander no hubiera dañado nunca a su madre. La sangre era la sangre, y eso no era algo que pudiera cambiarse a voluntad con un matrimonio. Pero Raven parecía no estar de acuerdo conmigo.

—No del todo. —Pensé que este sería uno más de esos comentarios

que no terminaría de explicar, pero entonces añadió—: ¿Sabes por qué es tradición que sea el apellido del linaje más influyente el que perdura en los matrimonios entre brujos?

Negué. Suponía que siempre había sido así, una simple manera de perpetuar los linajes poderosos frente a aquellos que no lo eran tanto. Igual tendría que haber prestado más atención en mis clases de Tradiciones y Rituales Antiguos, seguro que en algún momento se había hablado de aquello.

—Antes, mucho antes de lo ocurrido en Salem, existía una forma por la que los brujos se unían de una manera mucho más íntima y definitiva que nuestra ceremonia actual. El ritual era complicado y debía existir una gran afinidad entre los implicados para que pudiera completarse con éxito —continuó explicándome—. No estaba concebido para aquellos que se casaban llevados por el mero interés de medrar en la escala social.

Asentí para hacerle comprender que sabía de lo que hablaba. Por arcaico que pareciese, los matrimonios entre brujos no siempre se llevaban a cabo por amor; las uniones estratégicas entre linajes eran algo relativamente normal. Incluso yo, después de que mi padre me hubiera abandonado en Abbot, había llegado a sospechar que él se había visto tentado por el poder de los Good —a pesar de nuestra reputación, no éramos un linaje menor— y que no había elegido a mi madre por amor. Desde luego, por lo que recuerdo de su relación, no eran especialmente cariñosos el uno con el otro.

—¿Y en qué consistía ese ritual?

—Fusionaban su magia. Una unión total de lo que eran y de su poder —aclaró, y no pude evitar parpadear, perpleja, por todo lo que eso conllevaba—. Y, entonces sí, el brujo menos poderoso de la pareja pasaba a convertirse en miembro de pleno derecho del linaje de su compañero. Pero con el tiempo dejó de hacerse dada su peligrosidad.

Exponerse de ese modo tenía que serlo. La magia estaba íntimamente ligada a lo que éramos no solo como brujos, sino como individuos. Así que abrirse a otra persona y dejar que su magia se mezclara con la propia de una forma definitiva y total no siempre podía salir bien.

Y Dith había estado dispuesta a correr ese riesgo para permanecer

con Wood.

—Sé que Wood y Dith discutieron por ese motivo. A pesar de lo mucho que sufría mi hermano con la idea de separarse de ella, le preocupaba aún más que Dith pudiera salir perjudicada o padeciera algún daño durante el ritual. O que igualmente no se les permitiera estar juntos. Wood le debía total lealtad a nuestra familiar de ese entonces. Pero, incluso así, era la única salida que tenían.

Me encogí en el asiento y hundí la cara entre las manos. Dith debía de haber estado completamente enamorada de Wood para pensar siquiera en hacer algo así. Y Wood de ella. Había juzgado de una manera horrible al lobo blanco y no tenía ni idea de cómo empezar a arreglarlo. Ni de si él querría siquiera permanecer en la misma habitación que yo mientras intentaba hacerlo.

Aparté las manos de mi cara y contemplé a Raven a través de la humedad que se acumulaba en mis ojos.

—¿Funcionó?

La tristeza devastadora de su mirada fue suficiente como para saber que algo había salido mal. Había sido así, claro estaba, porque Dith había terminado convertida en familiar, pero las cosas no se habían torcido de la manera en que yo creía.

—No tuvieron oportunidad de realizarlo. Dith confió en quien no debía y alguien le contó sus planes al consejo de la comunidad blanca. La mera intención de llevarlo a cabo fue suficiente para que se la juzgara por traición a su linaje, se la condenase a muerte y se la maldijera.

—¡Dios!

Raven llevó su mano hasta mi hombro y me dio un apretón suave en un intento de reconfortarme, pero no creía que nada pudiera hacerlo. Habían condenado a Dith solo por amar a quien se suponía que no debía.

—No entiendo por qué no me lo contó nunca.

—Era un tema delicado. Wood jamás habla de ello, aunque nunca lo oí hacer un reproche a Dith por querer seguir adelante con el ritual pese a sus recelos o por confiar en quien fuera que los delató. Siguió amándola incondicionalmente y mucho me temo que lo hará siempre.

Bien, si me quedaba alguna duda sobre si Wood me odiaría, eso

probablemente las resolvía todas. Meredith había sido condenada a cuidar de los miembros de un linaje al que ni siquiera había deseado seguir perteneciendo y eso le había costado la vida.

—No te culpes —agregó Raven, como si fuera capaz de presentir el rumbo de mis pensamientos—. Al final, el castigo que se le impuso a Dith les permitió disfrutar de su amor por más de un siglo, aunque no pasaran todo ese tiempo juntos.

Parpadeé para retener las lágrimas y me obligué a tragarlas una vez más. Era muy propio de Raven verle el lado positivo a todo y no podía estar más que agradecida por ello en ese momento; necesitaba cualquier pequeña esperanza a la que aferrarme para evitar que mi corazón volviera a romperse de nuevo.

—Wood tiene que odiarme.

—No te odia.

—Yo lo haría. Yo lo hago —me corregí, porque no podía dejar de pensar que tenía que haber algo que pudiera haber hecho para evitar la muerte de Dith.

Raven se inclinó hacia mí y, a su vez, tiró un poco de mi brazo para acercarme a él, hasta que su frente reposó contra la mía y su mirada dulce lo llenó todo.

—No lo hagas, Dani. No te odies por algo que no hay manera de cambiar y en lo que tú no tuviste nada que ver. ¿Sabes? Yo jamás me he arrepentido de cada segundo de mi existencia que he pasado protegiendo a Alexander y sé que, si a Dith volvieran a darle la oportunidad para ello, moriría de nuevo para salvarte, así que no desprecies su sacrificio. —Hizo una breve pausa para tomar aire—. Ahora todo en lo que deberías pensar es en qué vas a hacer con el regalo que se te ha hecho.

Raven me contó más tarde, después de que ambos compartiésemos unos sándwiches y una bolsa de patatas fritas, que Wood apenas había pasado tiempo en la cabaña durante los dos días anteriores; tampoco se había dedicado a correr por los alrededores convertido en lobo. Al parecer, solo rondaba el exterior sin motivo aparente, no se alejaba demasiado, pero guardaba las distancias con los demás. Rav no estaba

seguro de si temía que alguien nos atacara en cualquier momento o bien solo quería evitar tener que dirigirles la palabra. Su preocupación resultaba obvia, aunque me dio la sensación de que, una vez más, sabía algo que no me estaba contando. Con Raven siempre era así.

También me dijo que Alexander había ido con Robert a por provisiones a un pueblo cercano. Más que un pueblo, se trataba de unas pocas casas agrupadas colina abajo, pero por suerte había una pequeña tienda de comestibles y otros productos básicos, y no había brujos allí, ni de un bando ni de otro. El entorno era semiboscoso, también había un lago en las inmediaciones y… montañas, un montón de montañas y kilómetros y kilómetros de tierra apenas poblada. No era de extrañar que, en algún momento, los Bradbury hubieran decidido refugiarse allí, lejos de todo. Lejos incluso de los suyos.

Aunque recordar los detalles de nuestra huida hacía que me doliese el pecho, tuve ocasión de interrogar a Raven por la tardanza de Robert en aparecer aquella noche. No pretendía echarle la culpa de lo sucedido, pero la verdad era que mi confianza estaba en esos momentos bajo mínimos. Había imaginado que tal vez Robert había dudado sobre si ayudarnos a escapar o no, algo que tampoco hubiera podido reprocharle, dadas las consecuencias que podía tener para él. Sin embargo, Rav me aseguró que al brujo le había llevado un rato evitar a los miembros del consejo que habían llegado a Ravenswood justo cuando él hacía todo lo posible por deslizarse en el garaje de la escuela sin que nadie lo viera. Había tenido que esperar hasta que Wardwell se los había llevado hacia el auditorio y el camino había quedado despejado.

Dos días, ese era el tiempo que había pasado sumida en mi propia oscuridad, una que tal vez no fuera muy distinta de la que poseía a Alexander cada vez que este se lo permitía. Me había limitado a hundirme en ella y la había alimentado con sueños de venganza; sueños que tenían como protagonista a Tobbias Ravenswood. Solo que había mucho más de lo que preocuparnos en aquel momento y que, aunque me viera de nuevo frente al hombre que había asesinado a Dith, era del padre de Alexander de quien estábamos hablando.

Finalmente, cuando la luz comenzaba a desvanecerse del cielo y mi estómago reclamaba de nuevo más de lo que se le había negado

durante las cuarenta y ocho horas anteriores, oímos el ronroneo de un motor en el exterior y el coche negro que habíamos empleado para huir de Ravenswood se detuvo en la zona delantera de la cabaña.

Inspiré profundamente y me rehice. Raven me observó con curiosidad mientras esperábamos a que Robert y Alexander entraran en la cabaña. Juraría que sabía exactamente lo que estaba haciendo, las paredes que estaba erigiendo a mi alrededor, cómo blindaba mi pecho y sellaba las fisuras, y cómo empujaba mi poder, mi ira y mi pena hasta un rincón profundo. Su cabeza osciló de un lado a otro con lo que intuí que se trataba de desaprobación, pero no había otra manera para mí; no soportaría derrumbarme frente a nadie. No me repondría si lo hacía. Volvería a chillar hasta quedar afónica o hasta que el mundo entero estallara a causa de mis gritos.

Y no era el momento para perder los nervios. Había demasiado por hacer.

La puerta delantera de la cabaña se abrió y, un momento después, el golpe al cerrarse nos indicó que ya habían entrado. Raven y yo seguíamos sentados en torno a la mesa de la cocina, pero por alguna razón me puse de pie, me deslicé a un lado y acabé apoyada contra la encimera.

Robert fue el primero en acceder a la estancia. Me vio enseguida y sonrió. Todo en su expresión dejó claro que se alegraba de verme allí, de pie y entera, al menos en apariencia.

—Hola, Danielle —me saludó, y yo traté de devolverle la sonrisa sin mucho éxito.

Me fastidió admitir que ahora entendía un poco mejor a Alexander. Después de todo lo que había pasado, sonreír parecía un lujo que ninguno pudiéramos permitirnos. Nadie salvo Raven, al parecer, cuyos labios formaban ahora una curva de lo más pronunciada mientras miraba a Robert Bradbury. Incluso los ojos le brillaban.

El brujo se adentró en la cocina y dejó el umbral libre. Alexander ya estaba allí, con una bolsa repleta de comida en cada mano, la espalda erguida y su acostumbrada expresión de severidad. Había cosas que no cambiarían nunca.

—Supongo que tendréis hambre —dijo Robert, mientras colocaba las dos bolsas de papel que llevaba él sobre la mesa y comenzaba a

sacar cosas de ellas—. La cocina no funciona, Danielle, así que no hay mucho donde elegir. La mayoría son productos precocinados.

Le hice un gesto con la mano, desestimando su preocupación.

Raven se levantó y enseguida empezó a ayudarlo, pero Alexander continuaba inmóvil en el umbral de la puerta, sin decir nada. Centré mi atención en él. Había estado percibiendo la magia de los presentes desde el mismo instante en que había recobrado la consciencia horas atrás, tal y como me había sucedido a ratos en Ravenswood, solo que ahora ya no se trataba de un latido, sino de un zumbido continuo que hacía vibrar la sangre de mis venas, tanto más cuanto más permitía que mi magia aflorara. Pero en ningún caso sentía la necesidad de drenar a nadie, así que al menos no compartía ese «don» de Alexander. Sin embargo, mientras él me observaba y yo le mantenía la mirada, mi magia empezó a responder a su presencia, desenredándose y golpeando las paredes de contención tras las que la mantenía. Y el zumbido se volvió… musical. Como una nana, como aquella noche en el coche, cuando Alexander me había acunado entre sus brazos y me había mantenido contra su pecho. Una canción que no sabía si alguien más, aparte de él, podía oír.

—Te está cantando, ¿verdad? —le pregunté, aunque ya sabía la respuesta. Ahora era igual para mí.

El crujir de las bolsas cesó cuando Robert y Raven oyeron mi pregunta. Ambos debían de estar mirándome ahora, pero yo no aparté la vista de los ojos dispares de Alexander.

—¿Es doloroso? —continué interrogándolo, después de que hiciera un leve asentimiento.

No lo era para mí, resultaba incluso agradable, aunque eso no era algo que pensara confesarle. Pero tal vez no se sintiera tan bien para él.

—No.

No añadió nada más y su expresión tampoco reveló si estaba mintiendo o solo quería hacerme sentir mejor. Por otro lado, hasta entonces Alexander nunca había tratado de suavizarme las cosas, así que no creía que fuera a empezar a hacerlo ahora. Pero ¿por qué sentía que, desde que había despertado, se estaba dedicando a caminar de puntillas a mi alrededor? La manera en la que se esforzaba

por mantener las distancias me recordaba a su modo de comportarse a mi llegada a Ravenswood.

—Bien —dije, porque no sabía qué otra cosa decir. Estaba claro que yo no era la única que no deseaba despertar la compasión de nadie.

Me mantuvo la mirada unos pocos segundos más y luego avanzó hasta la mesa, aunque me di cuenta de que la rodeaba por el lado contrario al que yo me encontraba. Me dije que era mejor pasar por alto lo decidido que parecía a mantenerse lo más alejado posible de mí y cambiar de tema.

—Si queremos localizar a Loretta, necesitaré contactar con Cameron Hubbard —dije, más para Robert y Rav que para Alexander, ya habíamos hablado de ello antes—. Es su… ¿sobrino bisnieto? Lo que sea. Son familia, y es nuestra mejor posibilidad para descubrir el paradero del oráculo.

Robert sacó un recipiente más de la bolsa y lo empujó hacia mí. Era una ensalada con pollo. Luego fue hasta uno de los cajones y repartió cubiertos entre todos. Nos sentamos a la mesa, aunque Raven echó un vistazo a través de la ventana un momento antes de unirse a nosotros. Alexander y él se miraron y el brujo negó con la cabeza. Me prometí que, cuando terminase de cenar y definiéramos nuestros siguientes pasos, si el lobo blanco no se había presentado, iría yo misma en su busca. Odiaba ver a Raven tan inquieto, y también a Alexander; por mucho que este se mostrara impasible, ahora más que nunca comprendía cómo podía sentirse. Además, le debía una disculpa a Wood y no podía esconderme para siempre de él. No quería ser esa clase de persona, no importaba cuánto doliese.

—Nunca he conocido a un oráculo —comentó Robert.

—Yo sí —dijo Raven, y soltó una risita.

Supongo que Robert cayó entonces en que Raven era algo así como un oráculo también. El brujo se sonrojó al darse cuenta de ello.

—Oh, sí, claro. Es… No quería decir… que tú…

—Está bien —lo tranquilizó Raven.

—Es que no lo había pensado así.

Alexander observaba el intercambio entre ellos con mayor atención de la que le prestaba al tenedor que se estaba llevando a la

boca. La sombra de una sonrisa asomó a sus labios de forma fugaz, pero enseguida agachó la cabeza, tomó un bocado y se limitó a masticar mientras Robert continuaba disculpándose y Raven, a su vez, le explicaba que no solía referirse a sí mismo de ese modo.

Cuando Alexander tragó finalmente, sus ojos ascendieron y se encontraron con los míos. Esta vez, cuando una de sus comisuras tembló y se arqueó de forma muy leve, supe que no me lo había imaginado, y también que ahora era a mí a quien sonreía.

«Te siento, Danielle Good. Escucho tu magia cantar para mí», parecía querer decirme.

«Yo también a ti, Alexander Ravenswood», intenté transmitirle de vuelta desde el otro lado de la mesa, porque pensé que necesitaba saberlo. Opuestos o no, Alexander y yo teníamos mucho en común. Y, lo que fuera que esa maldita profecía requiriese de nosotros, íbamos a tener que descubrirlo juntos. Nos gustase o no.

# 6

Robert y Raven se las arreglaron poco después para escabullirse y dejarnos solos en la cocina. Los observé marcharse con una sonrisa en los labios. Había descubierto a Robert contemplando deslumbrado al lobo en más de una ocasión y cómo se atropellaba con las palabras cada vez que este se dirigía a él. La forma en la que se sonreían o se rozaban con un descuido que no estaba segura de que no fuera del todo intencionado resultaba… tierna. Al conocerlo, Robert me había parecido un tipo seguro de sí mismo, incluso con un ligero toque canalla, pero estaba claro que Rav conseguía que perdiera toda esa seguridad sin ni siquiera pretenderlo.

—Creo que alguien ha tenido un flechazo —comenté, aunque solo fuera para rellenar el silencio en el que nos habíamos sumido Alexander y yo después de quedarnos a solas. El amago de sonrisa que me había brindado un rato antes no era ahora más que un recuerdo lejano—. ¿Te preocupa? —pregunté, a sabiendas de lo protector que era con su familiar.

Que Robert fuera un Bradbury tal vez era lo de menos; no creía que Alexander prestase demasiada importancia a la procedencia del brujo. Pensé en Maggie y en que había sido la única persona que, además de Raven, se había mostrado amable conmigo a mi llegada. Ojalá estuviera a salvo. No tenía ni idea de lo que estaría pasando entre las dos escuelas; si los brujos oscuros habrían decidido responder al ataque de Abbot o si los Ibis blancos que no estaban asignados al consejo serían enviados de nuevo en mi busca. Un motivo más por el que no podíamos quedarnos en aquella cabaña mucho tiempo; teníamos que empezar a movernos.

Alexander me miró desde el otro lado de la mesa mientras se recostaba contra el respaldo de la silla, arrancándole un crujido a la madera. Cruzó los brazos sobre el pecho y el gesto hizo chisporrotear

la magia en el centro de mi pecho. En respuesta, su iris oscuro también destelló. La piel de la nuca se me erizó cuando entreabrió los labios para hablar. Era absurdo el modo en que mi cuerpo —mi magia— respondía a cada uno de sus movimientos o a su mera presencia. Si aquello era lo que él había estado sintiendo desde mi aparición en Ravenswood, no me extrañaba que hubiera acabado explotando tras presionarlo demasiado.

—Me preocupa que acabe sufriendo, lo cual resulta hipócrita por mi parte, porque seguramente soy la persona que más daño le ha hecho —dijo, y me sorprendió que fuera tan honesto con sus sentimientos. Y por si eso no hubiera sido suficiente, agregó—: Me preocupa no saber cómo hacer que… *esto* acabe bien para todos nosotros.

Suspiré, y el silencio se instaló de nuevo en la estancia. Incluso cuando había sido más sincero de lo que esperaba al contestar, continuaba percibiendo alguna clase de barrera entre nosotros, más allá de las que yo me esforzaba por mantener para contener el dolor y la rabia que se acumulaban en mi interior.

—No sé lo que estamos haciendo —admití, brindándole una verdad por otra. Una debilidad por otra.

Poco más de un mes antes, yo solo era la heredera de un linaje de brujos blancos que creía que se aburría tras los muros de Abbot. Una cría con un pasado dramático, un padre que apenas le prestaba atención y una familiar díscola que la metía en líos con la misma facilidad con la que luego la sacaba de ellos. Alguien que vivía rodeada de mentiras y de una falsa sensación de seguridad. En un mundo que ya no existía. Pero Alexander… Tampoco para él debía de ser fácil haber abandonado Ravenswood; darse cuenta de que su padre era un asesino que no había titubeado y había sesgado una vida, incluso cuando fuera la de una bruja blanca, sin ni siquiera pestañear.

Y se suponía que teníamos que… ¿qué? ¿Evitar que el mundo se fuera a la mierda? Puede que hubiésemos crecido rodeados de magia, pero aquello era demasiado para cualquiera.

—Yo tampoco, Danielle.

—Por primera vez estamos de acuerdo en algo —bromeé, porque el humor seguía siendo la salida fácil para mí.

—No somos enemigos. No me importa lo que las leyes digan o lo que se espere de nosotros.

El aire crepitó a nuestro alrededor. Alexander mantuvo la postura despreocupada, reclinado en la silla, con las piernas ligeramente abiertas y los brazos contra el pecho, pero supe que él también lo había notado.

—A Dith y a Wood tampoco les importó y mira cómo terminaron —no pude evitar responder, cargada de resentimiento, aunque cada vez que mencionaba a Meredith la ausencia de nuestro vínculo se hacía más patente y el dolor parecía cobrar más fuerza.

No nos estaba comparando con ellos, de ninguna de las maneras. Pero Alexander enarcó una ceja y me pregunté si eso habría sido lo que había entendido. No estaba segura de que conociese la historia de cómo Dith se había convertido en familiar, así que se lo conté todo. Él sí que había oído hablar del ritual de unión entre brujos, pero su perplejidad resultó evidente cuando le relaté la intención que habían tenido nuestros familiares de llevarlo a cabo.

—Tengo que hablar con Wood —dije finalmente—. Necesito hablar con él.

Alexander asintió.

Recordé aquella vez en el sótano, cuando me había prestado voluntaria como saco de boxeo para que Wood descargara su frustración tras lo ocurrido en el bosque entre Alexander y yo. Desde entonces, el brujo había aprendido a revertir su transformación sin tener que recurrir al dolor y estaba segura de que ambos estaban más que agradecidos por ello, pero no pude evitar pensar si eso era lo que Wood necesitaría también ahora; si culparme sería lo único que podría aliviar su sufrimiento. Si así fuera, era un precio que estaba dispuesta a pagar.

Ese pensamiento, a su vez, trajo a mi mente otro. Dith solía decirme que la magia —los grandes hechizos— tenía un coste, y que no siempre se podía prever cuál sería. Y me pregunté cuánto más tendríamos que pagar antes de que todo esto terminara.

—Saldré a buscarlo —se ofreció Alexander, poniéndose en pie.

Yo también me incorporé.

—No, está bien. Yo iré.

Sin embargo, no me moví. No quería admitirlo, pero estaba aterrada. Sentía miedo y rabia y dolor. Y otras cosas a las que no estaba segura de saber poner nombre. Incertidumbre tal vez, por lo que pasaría a partir de ahora, por lo que tendríamos que hacer. Quizás una diminuta chispa de esperanza, porque, pese a todo, no estaba completamente sola. Impotencia, porque no creía que alguien como yo pudiera hacer nada para detener una posible guerra entre ambos bandos o una profecía que anunciaba el fin del mundo. Y también ira, siempre ira.

—Danielle… —me llamó Alexander, en voz baja, casi como si no desease que lo escuchara. El arrullo dulce de su magia se intensificó.

Cerré los ojos y dejé que se colara por las grietas de mi pecho, algo que no estaba segura de que fuese una buena idea. Ni siquiera sabía lo que era capaz de hacer ahora, con todo ese poder acumulándose en mi interior, empujando para llenar mis venas. Pero necesitaba algo, lo que fuese, una pizca de paz. Aunque esta también fuera una ilusión. Otra mentira.

—Danielle —insistió, pero esta vez su tono fue de advertencia—. Estás brillando.

Abrí los ojos de golpe.

—¿Qué?

Deslicé la mirada hasta mis brazos y jadeé. Había tenues rastros de luz alrededor de mis muñecas, extendiéndose bajo mi piel. Algo similar a lo que ocurría con la oscuridad cuando Alexander invocaba su poder o perdía el control sobre él. Desvié la vista hacia sus manos para descubrir siniestros rastros gemelos allí.

—Tranquila, no pasa nada.

—¡Eso es fácil de decir para ti! —chillé, aunque bien sabía que no lo era. No cuando apenas hacía unos días que había aprendido a controlar su propia oscuridad.

—Puedes con esto. No eres de las que pierde la calma.

Hice una mueca. Tenía más fe en mí que yo misma, lo cual era mucho decir tratándose de él. Me eché a reír de puro nerviosismo. Alexander rodeó la mesa y se dirigió hacia mí. Estuve a punto de retroceder, aunque no por miedo de lo que él pudiera hacerme, sino de lo que le haría yo o de cómo respondería mi magia si se acercaba

más.

—Calma —me susurró, y buscó mi mirada.

Solté una nueva carcajada. No entendía cómo era posible que no estuviera perdiendo la cabeza o convirtiéndose en *eso* que lo poseía.

Cuando clavé los ojos en su rostro, esbozó lo más parecido a una sonrisa que alguien como él se permitiría y, para mi sorpresa, movió las manos hasta colocarlas en mis caderas. El contacto disparó una descarga que me recorrió de pies a cabeza, incluso el aire pareció crujir cuando me tocó. La tela de mi camiseta evitaba que nuestras pieles se rozasen, aunque no tenía ni idea de si eso suponía alguna diferencia llegados a este punto.

—Calma —repitió—. No es la primera vez que sucede.

No tenía ni idea de lo que estaba hablando, pero Alexander continuó murmurando y me habló de lo que había visto en Ravenswood, dos noches atrás, mientras yo trataba de despertar a Raven para que pudiésemos escapar. Me dijo que me había visto brillar y que, bajo mi piel, las venas se me habían llenado de una luz tan pura como nunca había visto antes.

No supe si fueron sus susurros tranquilizadores o la manera en la que habló de esa luz. Sus dedos extendidos sobre mis caderas o el modo en el que no apartó la mirada de mi rostro ni una sola vez. Tal vez las estrellas que titilaban en su iris negro o lo mucho que destellaba el azul de su otro ojo. Quizás fuese la suave canción de su magia lo que apaciguó por fin el latido sordo que me retumbaba en los oídos. Pero, finalmente, Alexander dejó que sus labios se curvaran un poco más y dijo:

—Ya está.

Luché para dejar de mirarlo y contemplar mis manos. No había nada de luz allí. Solté el aire que había estado conteniendo y el pánico aflojó las garras que había clavado en mi pecho. Sin embargo, Alexander no se separó de mí. Sus dedos estaban ahora hundidos en la carne de mis caderas y se aferraban a ellas casi con desesperación. La atmósfera cambió y se tornó pesada, aunque por motivos muy diferentes.

Alexander avanzó un poco más y deslizó uno de sus muslos entre los míos. No estaba muy segura de si era consciente de lo que hacía,

dado lo mucho que se había esforzado por mantener las distancias, pero nuestras caderas se alinearon y mi pecho terminó contra el suyo. Empujó y mi trasero topó contra el borde de la mesa. Mis manos volaron hasta sus brazos, y entonces yo también me estaba aferrando a él.

—¿Qué estás haciendo?

—Hay algo más —dijo él, y su aliento revoloteó cálido sobre mis labios—. Algo que no te he dicho. No quiero que te vuelvas loca.

Él me estaba volviendo loca. O al menos volvía loco a mi cuerpo. Estábamos demasiado cerca, de nuevo; la última vez, las cosas se habían puesto un poco intensas cuando eso había sucedido. Y yo no me fiaba en absoluto de mis traicioneras reacciones. Sin embargo, me había acostumbrado a no retroceder nunca ante él.

—No creo que necesites estar tan cerca para decírmelo.

Ignoró mi queja. Se inclinó hasta alcanzar mi oído y susurró:

—Tienes alas, Danielle. Unas preciosas alas de luz.

En un principio, no entendí a qué se refería, como si la frase «Tienes alas» fuese alguna clase de acertijo en vez de una afirmación de lo más clara y concisa. Pero luego esas dos palabras se tradujeron en una imagen mental y… fue genial que me estuviera sujetando, realmente genial, porque se me aflojaron las rodillas a pesar de que pensé que solo estaba riéndose de mí y que se trataba de alguna clase de broma retorcida para sacarme de quicio.

Resultó que no era una broma y, aunque estaba segura de que Alexander disfrutaba en secreto haciéndome perder los nervios, tampoco era esa su intención. No en este momento al menos.

—Fue lo más hermoso que haya visto jamás —concluyó, y la voz le salió espesa y grave. Casi esperaba que se hubiera transformado y fuera su otro yo quien me estaba susurrando al oído.

—Mientes —repliqué, solo por llevarle la contraria.

Todo mi ser me decía que no tenía ningún motivo para mentirme, pero… ¿tenía alas? Alas de luz. Algo que parecía de lo más lógico dado que él poseía cuernos. Joder, resultaba hasta un poco gracioso…

No, en realidad, no. Para nada. Era una locura. Iba a volverme loca por completo.

—Es la verdad.

—No, ni de coña.

Mis dedos se cerraron sobre su camiseta y agarré dos puñados de tela. Tiré con fuerza, pillándolo por sorpresa, y lo hice girar conmigo, hasta que fue él quien quedó contra la mesa. El muy imbécil eligió ese momento para mostrarme que sabía cómo sonreír de verdad. No entendía qué le divertía tanto de la situación, no tenía ni puta gracia.

Sus manos seguían sobre mis caderas. No me había soltado en ningún momento y yo me había quedado contemplando su sonrisa como una imbécil, así que no le costó mucho empujar y hacerme retroceder a trompicones hasta la encimera. Me clavé el borde en la espalda, pero no perdí oportunidad y, como si aquello se tratase de un estúpido baile, volví a tirar para arrastrarlo hasta la puerta. En esta ocasión ya estaba prevenido, así que no había manera de que lo hubiera movido si él no me lo hubiera permitido. Pero lo hizo. La madera vieja protestó con un crujido cuando su cabeza se golpeó contra ella.

—No. Es. Verdad. —Tiré de su camiseta y empujé de nuevo, estampándolo otra vez contra la puerta ahora con mucha más rabia. Una rabia oscura que no estaba segura de dónde salía.

O tal vez sí lo sabía, pero no quería enfrentarme a ella.

No quería saber una mierda de todo aquello. Lo único que quería era marcharme a un rincón y llorar. O gritar. O hacer explotar cosas. Pero ¿unas alas? No, joder, no quería unas alas. Seguramente, acababa de perder la poca cordura que me quedaba.

Cuando quise darme cuenta, lágrimas calientes corrían por mis mejillas mientras lo zarandeaba. Estaba llorando. Los labios me sabían a sal y no veía el rostro de Alexander a pesar de tenerlo a tan solo unos pocos centímetros de distancia. Pero entonces me encontré girando de nuevo. Alexander presionó todo su cuerpo contra el mío y mi espalda se apretó contra la puerta, aunque él tuvo la deferencia de deslizar una mano entre esta y mi cabeza. Había hecho lo mismo aquella noche en el bosque, cuando me había salvado de una bola de fuego estampándome contra un árbol. Al final, igual no era tan idiota como yo me esforzaba en creer.

Pero estaba claro —definitivamente, muy muy claro— que me había vuelto loca, porque todo lo que se me ocurrió hacer fue

ponerme de puntillas y besarlo. O al menos intentarlo, porque alguien se aclaró la garganta en el mismo instante en que nuestros labios apenas si se habían rozado de una forma tentativa. Mi rabia se diluyó con la misma rapidez con la que había aparecido, pero las lágrimas continuaron cayendo. Y solo entonces comprendí que me había roto de maneras en las que ni siquiera era consciente y que iba a tener que encontrar el modo de dejarlo salir todo si no quería que la rabia continuara destrozándome por dentro.

Más tarde, caería también en la cuenta de que había estado a punto de besar otra vez a Alexander Ravenswood y, lo que era peor, que había deseado hacerlo, lo cual era bastante inapropiado por al menos unas mil o dos mil razones. Sin embargo, lo que no tenía ni idea de cómo manejar era la certeza de que el despliegue de Alexander solo había sido una treta para distraerme mientras me contaba lo de esas malditas alas.

Y había funcionado.

# 7

## Alexander

—¿Qué? —inquirí, después de soportar unos buenos diez minutos de miraditas especulativas provenientes tanto de mi familiar como de Robert.

Claro que nos habían sorprendido a Danielle y a mí en una posición algo comprometida. O, más bien, me habían descubierto sobre ella mientras la mantenía acorralada contra la puerta trasera de la casa, así que tampoco podía culparlos por ello.

No era tan tonto como para creer que podía engañarme a mí mismo pensando que solo había hecho todo aquello para que Danielle se concentrase en mí y no perdiera el control de nuevo al enterarse de que poseía unas alas luminosas. Unas alas preciosas y enormes que le brotaban de entre los omoplatos y se habían curvado sobre su cuerpo y el de Raven mientras hacía todo lo posible por despertarlo. Puede que distraerla hubiera sido la intención inicial y que no dejase de repetirme que no debía tocarla, pero en lo más profundo de mi corazón sabía que anhelaba el roce de su piel de una forma en la que pocas veces había deseado otra cosa antes. La magia ajena, tal vez, y eso no era muy alentador. No sabía qué hacer con ese pensamiento.

Robert no dijo nada, pero Raven se encogió de hombros y luego soltó:

—¿Danielle y tú sois novios ahora?

—¡¿Qué?! ¡No, claro que no!

Me froté las sienes y me armé de paciencia, agradecido por que Danielle hubiera salido de la cabaña en busca de Wood y no estuviera presenciando aquel extraño interrogatorio. Raven podía hacer gala del comportamiento propio de alguien con varios siglos de experiencia y,

dos segundos después, mostrar la madurez de un niño de diez años. Debería estar más que acostumbrado a ello; sin embargo, siempre encontraba la forma de pillarme desprevenido.

Continuó observándome con expresión expectante. Tal vez esperaba que me desdijera y le confesara que había algo entre Danielle y yo, lo cual supuse que era cierto en parte, aunque yo mismo no supiera de qué se trataba exactamente. Todo lo que sentía era demasiado nuevo para mí.

Robert, en cambio, estaba haciendo todo lo posible para no echarse a reír.

—Solo estábamos… —Las cejas de Rav salieron disparadas hacia arriba de un modo que hubiera resultado cómico en cualquier otra circunstancia. O si yo no fuera el implicado en aquel lío. Y como no había manera alguna de que confesara lo que en realidad estaba sucediendo a su llegada, escupí—: Danielle tiene alas.

Robert abrió los ojos como platos. Raven no parecía tan sorprendido, y me resigné a no preguntarme, por enésima vez, cuánto sabía él de todo lo que estaba pasando.

—¡Vaya! Te ha faltado tiempo para ir corriendo a contarlo por ahí —me reprochó Danielle desde algún punto a mi espalda.

Ladeé la cabeza para encontrármela en la puerta, la misma contra la que ella me había estampado con una energía que no esperaba y una rabia que decía mucho del dolor que estaba reprimiendo. Yo era un experto en enmascarar mis propias emociones, así que sabía de lo que hablaba. Y eso era justo lo que trataba de conseguir en ese momento. Era francamente bochornoso pensar en lo mucho que me había excitado nuestro pequeño tira y afloja de un rato antes, y di gracias por que ella no se hubiera percatado de ello. Al menos, esperaba que así fuera.

—No te hacía tan cotilla —agregó, cuando mis ojos tropezaron con los suyos.

Su mirada no reflejaba el vacío infinito de esa misma mañana, pero tampoco era del todo la bruja respondona e impetuosa que había llegado unas semanas antes a Ravenswood; si bien, eso no quería decir que hubiera un ápice de debilidad en ella.

La había visto desmoronarse casi por completo al comprender que

Dith había muerto y aún podía oír sus gritos y evocar la oleada de sufrimiento que se había desplegado a su alrededor después de que su vínculo se rompiera; estaba convencido de que algo en Danielle también se había roto esa noche. Por un instante había creído que la agonía la llevaría también a la muerte, y lo mismo podía decirse de Wood. Pero ahora estaba allí, erguida y orgullosa, haciéndome frente; tenía que admitir que Danielle Good poseía una fortaleza admirable.

Mi familiar se asomó en ese momento por detrás de ella y el alivio me inundó a pesar de que estaba en su forma de lobo. No sabía qué le habría dicho Danielle para conseguir que acudiera a la cabaña y no me importaba lo más mínimo, pero le estaría agradecido por toda la eternidad. ¿Habría algo que no lograra aquella bruja exasperante?

Wood lanzó un aullido corto dirigido a su hermano y luego su mirada atormentada se desvió hacia mí. Parecía dolorido y exhausto, y todos los años que jamás habían dejado huella en su cuerpo se reflejaban ahora en sus ojos azules. No hubo saludo para mí, pero no lo necesitaba.

Me puse en pie con tanto ímpetu que la silla en la que estaba sentado salió volando hacia atrás. Ni siquiera me detuve a recogerla. Me precipité sobre él y, arrodillado, puse mis brazos alrededor de su cuello. Lo apreté tanto que estaba seguro de que le dolió. Joder, a mí me dolía. Pero solo porque no era capaz de encontrar palabras de consuelo para él. Wood me había acompañado durante toda mi vida y nunca lo había visto tan deshecho. Tan herido. Destrozado. Se me hizo un nudo en la garganta y luché contra la sensación de ahogo para susurrarle un «Lo siento» que sabía que no significaba nada. No aliviaría su pena, pero era todo lo que tenía.

No supe el tiempo que pasamos fundidos en aquel abrazo ni tampoco fui consciente del silencio que se había establecido a nuestro alrededor. Por primera vez, ni siquiera el reclamo de la magia de Robert o de Danielle consiguió llegar hasta mí. No sentía nada más que la tristeza de Wood, y no pude evitar hacerla mía. Ojalá eso hubiera servido de algo.

—Lo siento —balbuceé de nuevo.

El hocico de Wood se hundió un poco más hasta rozarme el hombro y luego, muy despacio, retrocedió. Y yo tuve que dejarlo ir.

«Está bien», me transmitieron sus ojos tristes, aunque yo sabía que eso era mentira. Aun así, continuó mirándome fijamente, como si quisiera asegurarse de que lo entendía. Asentí, incluso cuando nada volvería a estar bien del todo jamás.

—No podemos quedarnos mucho más aquí —intervino Raven, mientras echaba su silla hacia atrás.

Wood enseguida acudió trotando a su lado, alzó el hocico y su gemelo se inclinó para restregar la mejilla contra él. Le susurró algo al oído mientras hundía los dedos en su pelaje blanco, aunque no fui capaz de oír lo que le decía. Supuse que, por una vez, era Wood el que no sabía de los dos qué hacer con sus emociones y le resultaba más tolerable estar en su forma animal. Pero hasta ahora no se había transformado, que yo supiera, ni una sola vez, lo cual no tenía mucho sentido.

Raven alzó la mirada, sonriendo.

—Bien, ahora que ya estamos todos, Rob y yo hemos tenido una idea. Teniendo en cuenta que Dani pretendía volver a Abbot…

—¿Cómo demonios sabes eso? —se quejó ella.

—¡¿Qué?! —espeté yo al mismo tiempo.

Nos fulminamos mutuamente con la mirada. ¿Es que se había vuelto loca? Abbot estaba justo frente a Ravenswood y todos sabíamos el coste que había tenido para nosotros salir de allí. No podía presentarse a las puertas de su antigua escuela como si nada hubiera pasado. Si entraba en Abbot, nunca la dejarían volver a salir, y puede que no fuera ese el único castigo que le aplicaran.

—Por lo que sabemos, las dos academias podrían estar en guerra ahora —señalé, aunque no creí que necesitara que se lo recordase.

Tampoco yo lo necesitaba. La posibilidad de que pudieran estar muriendo más alumnos era otra de las cosas en las que no había podido dejar de pensar en aquellos dos días. Quería creer que ambas comunidades eran conscientes de que tenían mucho que perder si iniciaban una guerra abierta y que los dos consejos se pararían a valorar las consecuencias antes de hacer su siguiente movimiento, pero la intrusión de Abbot en los terrenos de Ravenswood y las vidas que ya se habían perdido actuarían como un buen acicate para toda la comunidad oscura. Y si las noticias de lo sucedido se extendían más

allá de las dos escuelas, podría haber revueltas por todo el país. Por todo el mundo. Otras escuelas se enfrentarían. Los brujos blancos harían uso de sus Ibis y de cualquier brujo entrenado para esa clase de enfrentamiento. Tenían recursos para ello. No habían dejado de perseguirnos desde Salem, pero esto era totalmente diferente. La lucha sería encarnizada y a muerte.

Y los brujos oscuros… No quería ni pensar en la clase de magia que se atreverían a reclamar para hacerles frente.

—Regresar a Abbot es una locura.

Danielle abrió la boca para responder, pero Robert se le adelantó.

—Danielle puede ir allí —afirmó, y estaba a punto de ser yo quien lo rebatiera, porque estaba claro que se habían vuelto todos locos. Pero él levantó una mano para acallarme y luego se volvió hacia ella—: ¿Has hecho alguna vez un viaje astral?

Cerré la boca.

La idea, desde luego, era mucho mejor que la de plantarse en Abbot solo para hablar con el tal Cameron. Danielle comentó que no tenía demasiada experiencia, pero Robert aseguró que en su aquelarre era una práctica regular y que podría guiarla sin problemas. Además, en la cabaña había un sótano que contenía un buen alijo de velas y los pocos ingredientes que necesitaría: incienso y caléndula en polvo para ayudarla a relajarse. Todo lo que yo sabía de los viajes astrales era que consumían tanta más energía cuanto más lejos estaba el destino. Nunca lo había comprobado por mí mismo, aunque no era como si tuviera a alguien a quien visitar de esa forma; ni de ninguna otra, ya puestos.

—Es muy importante que conozcas al detalle el lugar en el que quieres aparecer —le advirtió Robert.

—He estado cientos de veces en el dormitorio de Cam.

Raven soltó una risita ante la afirmación de Danielle y miró hacia mí para comprobar mi reacción. Bien, sí, tal vez apreté un poco los dientes y empezaron a picarme las palmas de las manos. Y quizás fuera un imbécil, porque Cameron Hubbard ya me caía mal y ni siquiera lo conocía.

—Genial —dijo Robert.

—Sí, una maravilla —se me escapó a mí.

Danielle debió de caer entonces en el motivo de la diversión de Raven y el doble sentido que podía aplicarse a su afirmación, pero no se ruborizó ni se mostró avergonzada, fuera lo que fuese que hubiera estado haciendo en el dormitorio de ese tipo, lo cual, por otro lado, no era en absoluto asunto mío. Todo lo que hizo fue brindarme una sonrisita desafiante que, muy a mi pesar, solo consiguió redoblar el picor de mis manos. Y eso, a su vez, me hizo sentir aún más imbécil.

Resoplé, exasperado.

—Tu entusiasmo es abrumador, Alexander.

Me crucé de brazos. Sí, a la defensiva. Aunque lo que de verdad deseaba era reírme por lo ridículo que era todo aquello. Por lo ridículo que hacía que me sintiera.

—Es que no puedo esperar para verte colarte en el dormitorio del hijo del director de Abbot. Tienes toda mi atención.

La tenía, pero seguro que no por los motivos que ella creía. Y quizás tampoco por los que yo hubiera deseado.

# 8

Mientras Raven y Robert bajaban al sótano a través de una trampilla oculta en un rincón del salón, Wood se mantuvo sentado junto al hueco en el suelo, vigilante, aún en su forma de lobo. La conversación que había mantenido con él había ido mejor de lo que había esperado y, a la vez, también peor. En realidad, no habíamos hablado mucho, no fue necesario. Lo había encontrado sentado en la hierba, con la espalda apoyada en uno de los árboles del claro, contemplando el infinito mientras se hundía más y más en su amargura, y me había bastado mirarlo a los ojos para reconocerme en su dolor. Supuse que él vería el mismo sufrimiento en los míos.

No estaba del todo segura de que no me culpase, pero no había verbalizado ninguna acusación en mi contra y quizás fuese porque él también se culpaba por lo sucedido. En aquel instante me había dado cuenta de que, seguramente, todos lo hacíamos. Pero eso no le devolvería la vida a Meredith. Nada lo haría.

—Pagarán lo que han hecho —había sentenciado, con un tono tan contundente y expeditivo que durante un instante había parecido que fuera Alexander quien hablaba.

Yo también anhelaba venganza, pero tanto como me habían molestado sus continuas pullas al conocerlo, en aquel instante hubiera dado lo que fuera para que regresara el tipo burlón y pagado de sí mismo que había sido. Sin embargo, ninguno de los dos podríamos volver a ser quienes habíamos sido. Nunca. Y tampoco estaba segura de que vengar la muerte de Dith con más muerte fuera a suponer una gran diferencia; no cuando, si la profecía se cumplía, la oscuridad se extendería a lo largo y ancho del mundo y… todo estaría perdido. Sin embargo, necesitaba que Tobbias Ravenswood pagara por ello de alguna forma.

Tras aquella afirmación, que era más una promesa, le había pedido

a Wood que regresara al interior con nosotros. Él había titubeado un instante. Su mirada había vagado por todo el prado y, luego, el aire se había inundado del aroma a canela y savia propio de su magia. Un enorme lobo blanco había ocupado el lugar del hombre destrozado que había tenido ante mí unos pocos segundos antes, pero enseguida había empezado a avanzar hacia la casa y había tenido que decirme que aquello era mejor que nada.

Contemplar el modo en el que Alexander lo había recibido resultó… difícil. Incluso cuando lo había encontrado cotilleando con los demás sobre mis alas —aún no podía pensar en eso sin estremecerme—, ver al brujo oscuro mostrarse tan vulnerable, abrazando a su familiar como si así pudiera recomponer su interior roto, como si pudiera extraerle todo el dolor del mismo modo en que podía drenar la magia de otros brujos para que él no tuviera que sufrir… me había conmovido a niveles que pocas veces había experimentado. Puede que Alexander se hubiera pasado casi toda su vida aislado, lejos de los suyos y del mundo en general, pero era capaz de mostrar más compasión y ternura que la mayoría de las personas.

Y odiaba un poco que fuera así.

Resultaba mucho más sencillo mantenerlo al margen cuando solo era para mí un brujo oscuro gruñón dotado de un poder infernal. Mi rival. Un enemigo. A pesar de lo que había dicho él al respecto un rato antes, nuestros mundos eran opuestos. *Nosotros* éramos opuestos. Pero cada vez era más difícil recordarlo. Los límites se desdibujaban y los prejuicios que había albergado durante toda mi vida caían como fichas de dominó empujadas por un leve soplo de aire.

—Entonces, ¿vas a hacerlo? —preguntó Alexander, arrancándome de mis divagaciones.

Se encontraba apoyado en el marco de la puerta que daba paso al salón, mientras que yo estaba de pie en el umbral de la cocina. El pasillo tras él estaba oscuro, así que su rostro quedaba en sombras. Si ya solía resultarme complicado descifrar sus pensamientos, en ese instante era imposible saber qué demonios le pasaba por la cabeza.

—Es nuestra mejor oportunidad.

—¿Y de verdad crees que tu… amigo va a decirte dónde se encuentra Loretta? —A pesar de las sombras, no me pasó

desapercibido la forma en la que su iris oscuro destelló al mencionar a Cam.

¡Ay, Dios! ¿Estaba celoso? No me había parado a pensar en la interpretación que podía dársele a mis palabras al afirmar que había estado en multitud de ocasiones en el dormitorio de Cameron. Había pasado horas allí y él lo había hecho en el mío, pero no haciendo cosas divertidas. O no esa clase de cosas divertidas. Bueno, salvo en un par de ocasiones, pero con quién había perdido mi virginidad no era algo que fuera a comentar con los demás, y mucho menos lo haría con Alexander.

—¿Celoso? —pregunté, sabiendo que él no lo admitiría y que, quizás, me estaba montando una de mis películas mentales.

Alexander se inclinó un poco en mi dirección y su rostro quedó iluminado por el resplandor proveniente del salón. La intensidad que transmitían sus ojos dispares me golpeó una vez más; no importaba las veces que lo mirara ni todo el tiempo que habíamos pasado juntos en las últimas semanas, nunca me acostumbraría al modo que tenía de observarme y de observar el mundo; los perfiles duros de sus pómulos y su mentón, los mechones que le caían sobre la frente, desordenados, y la curva pecaminosa de sus labios. Incluso cuando era muy consciente de lo que se escondía bajo su piel, no conseguía sustraerme a la atracción que me provocaba el brujo oscuro.

—Sería un capullo si lo estuviera.

Em… Eso no había sido un no, aunque tampoco un sí. No supe cómo sentirme al respecto. La verdad era que no sabía cómo sentirme respecto a nada. Ni siquiera estaba segura de poder sentir en realidad. Y lo que estaba claro era que aquello carecía de importancia en ese momento, aunque mi cuerpo no estaba en absoluto de acuerdo con esa línea de pensamiento, lo cual estaba muy mal.

¡Malditas hormonas y maldito cuerpo traidor!

—Abbot está bastante lejos de aquí —añadió, porque era obvio que no esperaba una respuesta a su comentario. Mejor; no la tenía—. No tendrás mucho tiempo.

—Lo sé.

Toda mi experiencia con los viajes astrales se reducía a una ocasión en que precisamente Cam me había desafiado a probarlo y

trasladarme hasta Dickinson. Había sido una de esas veces en las que yo estaba castigada por cualquier estupidez, como saltarme el toque de queda que establecía que debíamos estar en nuestras habitaciones antes de las diez o por quedarme dormida y llegar tarde a mis clases, a saber. Salir de Abbot, aunque no fuera de una forma física, tan solo era un modo más de afrontar nuestro aburrimiento y desafiar las estrictas normas de la academia. Así que Cam me había retado y yo había aceptado. Lo triste fue que no había llegado ni a atravesar la puerta principal: había aparecido en el vestíbulo de la entrada, mi figura había parpadeado unas cuantas veces —las suficientes para que una de nuestras profesoras se llevara un susto de muerte y, por tanto, me descubriera haciendo algo indebido que me había costado un nuevo castigo— y luego había despertado en el suelo de mi dormitorio antes de vomitar toda la cena sobre los pies de Cameron, lo cual había sido lo único divertido de todo aquello.

Las náuseas eran algo común cuando separabas la esencia de tu ser de tu cuerpo e intentabas darte un paseo por ahí, y pensar en el esfuerzo que me iba a requerir viajar tantos kilómetros y mantenerme allí el tiempo suficiente como para sonsacarle a Cameron el paradero de Loretta… Bueno, solo esperaba que, ahora que mi poder era mayor, pudiera conseguirlo sin terminar vomitando hasta el alma a mi regreso. Robert me había asegurado que sabía lo que se hacía, me guiaría todo el tiempo y, además, prepararía un remedio que ayudaría a mantener mi estómago a raya.

Todavía no sabía muy bien qué iba a decirle a Cam. A él le encantaba desafiar a la autoridad tanto como a mí, pero no estaba segura de qué les habrían contado a los alumnos de Abbot sobre mi fuga y lo sucedido después. Tampoco tenía tiempo para confesarle la realidad de lo que éramos o lo que hacíamos los brujos blancos una vez que abandonábamos la escuela, o para convencerlo de que el mundo podía irse a la mierda. ¡Por Dios! Iba a partirse de risa si afirmaba que era yo quien estaba intentando evitarlo. ¿Y lo de las alas? No, eso no pensaba decírselo ni de broma.

—Ya lo tenemos todo —oí a Robert informarnos desde el salón.

Alexander echó un rápido vistazo por encima de su hombro, aunque no se movió. Se volvió hacia mí y, una vez más, pareció

dedicarse a escarbar en mi interior. Puse los ojos en blanco y avancé para apartarlo de mi camino, pero su mano se cerró en torno a mi muñeca y me detuvo.

—Ten cuidado.

—Mi cuerpo estará aquí todo el rato. No puede pasarme nada.

Eso no era del todo cierto. En los viajes astrales siempre había una posibilidad de no ser capaz de encontrar el camino de vuelta. Una muy pequeñita, me dije a mí misma, porque iba a hacerlo de todas formas y no tenía sentido entrar en pánico ahora. Se nos acababa el tiempo. Por muchos conjuros que hubieran lanzado sobre la cabaña, ambos sabíamos que ciertos hechizos de sangre podían terminar funcionando, sobre todo si quien los realizaba era del mismo linaje que la persona a la que se buscaba. Si empleaba su propia sangre para llevar a cabo el ritual, su padre acabaría encontrándonos. Sobraba decir que tendríamos que reforzar mucho el coche para asegurarlo una vez que fuésemos en busca de Loretta Hubbard; por suerte, siempre era más complicado localizar un objetivo en movimiento.

Alexander inspiró muy despacio y luego soltó el aire con la misma lentitud. Sus dedos continuaban en torno a mi brazo, aunque me estaba sujetando sin ejercer apenas presión. Podía haberme deshecho de su agarre con facilidad, pero me daba la sensación de que aún había algo más que quería decir, así que no me moví. No tenía nada que ver con lo feliz que parecía mi cuerpo de que lo tocase.

«Sí, claro. Sigue diciéndote eso».

Los siguientes segundos se deslizaron perezosos al ritmo de los latidos de mi corazón. Procuré que mi magia no se filtrara hasta mi piel; sin embargo, allí estaba de nuevo esa melodía suave y baja. Cantándome del mismo modo en que yo lo hacía para él. Demasiado emotiva y dulce como para que fuera capaz de soportarla.

Aun así, no me deshice de su agarre. Su pulgar comenzó a trazar círculos en la parte interna de mi muñeca y a mí se me aceleró un poco el pulso.

—No estaré en la misma habitación. Solo por si acaso…

De nuevo, puse los ojos en blanco, pero esta vez me aseguré de que me viera hacerlo. Sus precauciones eran ridículas. Bajé la mirada hasta donde su dedo se deslizaba contra mi piel solo para darle a

entender que me estaba tocando y no se estaba acabando el mundo. Lo había hecho en la cocina también. Alexander siguió el rumbo de mi mirada y juro que dio un respingo. Retiró la mano enseguida, y comprendí que ni siquiera se había dado cuenta de lo que estaba haciendo. Sentí una profunda satisfacción; al parecer, su cuerpo era tan traidor como el mío.

—No vas a hacerme daño, Alexander —susurré muy bajito, para que los demás no pudieran oírlo.

—Tú solo… asegúrate de volver. Entera.

—Odiaría tener que privarte de alguna parte de mi arrolladora personalidad —me burlé, solo porque, a pesar de que ya no me estaba tocando, aún sentía el rastro cálido de su caricia en la piel. Y eso me ponía nerviosa.

Alexander levantó la mirada hasta mi rostro entonces. Estaba pillándole el truco a eso de sonreír, porque una de sus comisuras se curvó con una malicia perversa que no podía ser fingida y que le hizo cosas raras a mi estómago y a otras partes por debajo de él.

—Cuando vuelvas, quiero que me enseñes de nuevo tus alas.

—¿Ni siquiera me vas a invitar a cenar antes?

Alguien se aclaró la garganta. Otra vez. Aquello empezaba a ser un poco vergonzoso.

—Ya está todo preparado —dijo Raven. No podía verlo, ya que Alexander ocupaba todo el hueco de la puerta, pero sonó de lo más entretenido.

A pesar de que Raven no podría leerle los labios si no lo miraba, Alexander ni siquiera se giró para contestar:

—Ya vamos. —Dicho lo cual, se apartó y esperó a que pasara por su lado para murmurar—: Vuelve conmigo, Danielle Good. Te estaré esperando.

Estuve a punto de empezar a discutir, pero al final me limité a asentir y, con una última mirada, le prometí a Luke Alexander Ravenswood que regresaría.

# 9

En mitad del salón, las velas que Robert había dispuesto en un círculo titilaron cuando di un paso y me adentré en él. Me senté en el suelo y el brujo se apresuró a arrodillarse a mi lado para recitar un montón de instrucciones: «Intenta permanecer tranquila»; «No te quedes mucho tiempo»; «Visualiza el lugar al que quieres ir»… Me tendió un cuenco repleto de un líquido de aspecto lechoso y me invitó a apurar hasta la última gota. Todos me observaron mientras lo bebía. Hice una mueca al tragar; estaba asqueroso.

—Bien —dijo Robert, retirando el recipiente vacío de entre mis manos y dejándolo a un lado—. Túmbate y cierra los ojos. Hará efecto muy rápido, así que concéntrate en cada detalle de la habitación de Cameron. Todo lo que recuerdes.

Me estiré sobre el suelo de madera. Pero, antes de hacer lo que me decía, mis ojos buscaron de nuevo a Alexander. Se había quedado un paso por detrás del umbral de la puerta. Su expresión era inescrutable y la tensión se acumulaba en la línea de sus hombros como si se tratase de su propia oscuridad. No había llamas rodeándolo, aunque quizás eso hubiera resultado más tranquilizador.

«Vuelve», articularon sus labios.

No tuve oportunidad de contestarle, Raven se situó junto a mí y me rozó la mejilla con la punta de los dedos para reclamar mi atención.

—Saldrá bien —aseguró, y quise creer que realmente él *sabía* que sería así.

Cerré los ojos mientras Robert vomitaba más y más recomendaciones de forma atropellada pero concisa. Insistió mucho en que no debía perder nunca el contacto con mi cuerpo o no encontraría la manera de regresar. Incluso aunque viajara a kilómetros de distancia, tenía que continuar sintiéndolo. No me quedó claro a qué se

refería. La primera y última vez que había probado aquello no había tenido tiempo de fijarme en nada de eso, pero imaginé que lo entendería una vez que me encontrara en Abbot.

—Tendrás que emplear gran parte de tu energía para mantenerte allí, pero vas a consumirla con mucha rapidez, así que…

—Sí, sí. Lo he entendido. No tendré mucho tiempo —interrumpí a Robert.

Aquella era al menos la décima vez que lo repetía. Ya empezaba a sentir los efectos de la poción y la voz me salió pastosa. Intenté abrir los ojos, pero no pude. Me entró el pánico de repente. ¿Y si no era capaz de llegar hasta Abbot y aparecía en cualquier otro lado? O, peor aún, ¿y si lo conseguía, pero no sabía cómo regresar? Quise levantar los brazos y gritarles a todos que había cambiado de opinión, pero mi cuerpo había dejado de responderme. Robert comenzó a recitar alguna clase de hechizo que apenas si fui capaz de entender; aun así, las palabras surtieron una especie de efecto calmante. Mi respiración se ralentizó y la tensión de mis músculos fue disminuyendo paulatinamente.

«Puedes hacerlo», me dije. Empujé el pánico a un lado y me esforcé para reconstruir en mi mente todo lo que recordaba del dormitorio de Cam.

En Abbot, la decoración distaba mucho de parecerse al lujo anticuado y decadente que había visto en Ravenswood, y hasta en las habitaciones los muebles eran sencillos y las paredes carecían de elementos decorativos, aunque Cam había colgado algunos pósteres de grupos de *rock* de los ochenta y noventa. Tenía una foto con algunos de sus primos en la mesilla junto a la cama, una cama de matrimonio que a saber cómo había conseguido que le instalaran, dado que el resto de los estudiantes contábamos con una individual; claro que él era el hijo del director, así que resultaba obvio que allí había favoritismos.

La mayoría de las veces, Cam dejaba una de las puertas del armario abierta y siempre había ropa acumulándose sobre una silla en una de las esquinas. No era el tío más ordenado del mundo, lo cual sacaba de quicio a su padre; quizás precisamente por eso nunca se molestaba en recoger.

Me hundí un poco más en la inconsciencia. La voz de Robert seguía resonando en mis oídos en forma de cántico rítmico e interminable, aunque no apreciaba nada de lo que decía. Percibí el instante exacto en el que las paredes que contenían mi magia cedían y esta comenzaba a extenderse por todos mis músculos y mis huesos, y tuve que hacer un esfuerzo para no distraerme pensando en si, tirada sobre el suelo de la cabaña, mi cuerpo habría empezado a brillar. ¿Desplegaría sin querer mis alas? ¿Afectaría eso al control de Alexander sobre su oscuridad? ¡Mierda! Tendríamos que haberlo planeado todo mejor. A mi regreso, íbamos a tener que comprobar de una vez por todas cómo nos afectaba la magia del otro…

—Buaaaaaaaa —mascullé, al sentir una fuerte sacudida.

Mi estómago se volvió del revés un instante, pero la sensación pasó enseguida. Lo que fuera que Robert me había dado para las náuseas estaba funcionando.

No habíamos querido retrasar más el ritual porque no podía pasearme por todo Abbot para ir en su busca y, dada la hora tardía, era el mejor momento para pillar a Cam en su dormitorio. Claro que tampoco se nos ocurrió pensar que pudiera estar acompañado… Recé para que no fuera una de esas noches en las que se llevaba a alguien para hacerle compañía; Cameron Hubbard no era lo que se dice un monje célibe. Su acompañante fliparía si me veía aparecer allí de repente, tanto como iba a hacerlo él, y tampoco me emocionaba demasiado la idea de encontrármelo medio desnudo haciendo solo Dios sabía qué.

Abrí los ojos.

¡Ay, Dios! ¡Había funcionado! Estaba de vuelta en Abbot, en el dormitorio de Cam y, por suerte, estaba solo y vestido, al menos en parte. Lo único que llevaba puesto era un pantalón de deporte. Tenía el pelo negro húmedo, así que los mechones que normalmente eran un lío de ondas alborotadas alrededor de su cabeza ahora caían hasta llegarle a la nuca. Se encontraba de espaldas a mí, inclinado sobre el escritorio con el que todas las habitaciones de la escuela contaban. Había libros apilados en una de las esquinas y uno abierto justo frente a él, aunque Cam parecía mucho más interesado en contemplar la pintura de la pared, lo cual no era una novedad tratándose de mi

irresponsable amigo.

—¿Cam?

No se movió ni hizo ademán alguno de volverse. Fruncí el ceño y eché un vistazo a mi cuerpo… ¡Vaya! Apenas si podía ver los bordes de mi figura. Estaba allí, pero no lo estaba del todo, y él no parecía poder oírme. Tiré más de mi magia y, tal y como había dicho Robert, la sentí recorriendo el hilo que me unía con mi cuerpo físico. Cuando por fin mi figura adquirió un poco más de solidez, volví a intentarlo:

—¿Cameron?

Esta vez sí debió de oírme. Dio un bote en la silla, se levantó y giró hacia mí con tanta rapidez que incluso yo me mareé. Sus ojos castaños se abrieron de forma exagerada cuando me descubrió en mitad de la estancia.

—¡Joder! Pero ¿qué demonios, Danielle? —Miró la puerta cerrada y luego su atención regresó a mí—. ¿Cómo…?

Sus balbuceos cesaron de forma abrupta. Entrecerró los ojos y ladeó la cabeza mientras no dejaba de observarme. Yo levanté la mano y agité los dedos a modo de saludo. Puede que estuviera disfrutando un poco más de la cuenta del susto que se había llevado.

—¿Por qué puedo ver la estantería a través de tu cabeza? ¡Oh, mierda! ¿Estás… Estás muerta? —Vale, eso ya no tenía tanta gracia. Tampoco la mueca horrorizada que esbozó a continuación, aunque al menos parecía compungido. Era bueno saber que alguien se preocupaba por mí en Abbot.

—No soy un fantasma, Cam. Más bien, una proyección astral.

En cuanto mis palabras calaron en él, se desplomó de nuevo sobre la silla. Cerró los ojos un instante e inspiró profundamente, con una mano sobre el pecho. Un pecho muy desnudo que en otro momento seguramente hubiera apreciado, como hacían muchas otras y otros estudiantes de Abbot. Cam no era tan desgarradoramente atractivo como los gemelos Ravenswood, ni tampoco poseía la belleza dura y estoica de Alexander, pero era… bonito. Su rostro aniñado, a pesar de que ahora estaba impregnado de perplejidad, preocupación y un montón de otras emociones distintas, siempre conseguía que se saliera con la suya. Sus labios llenos me habían dado mi primer beso hacía mil o dos mil años y sus manos de dedos finos y elegantes se habían

aventurado en un par de ocasiones por debajo de mi ropa. Sin embargo, ahora todo lo que sentía al mirarlo era cierta… melancolía. Añoranza. Echaba de menos Abbot. O quizás no fuera la escuela en sí, sino a algunas personas. Como a Cam. O a Dith.

Enseguida abrió los ojos de nuevo.

—¿Dónde demonios has estado todo este tiempo? ¡Desapareciste, joder! ¿Sabes lo preocupado que estaba? Todos están como locos. El último mes ha sido una locura en la escuela. El consejo… Joder, tengo que avisar a mi padre… —Levanté la mano para hacerlo callar y me obligué a no pensar en mi padre, consciente de que iba a tener que hablar con él pronto. *Necesitaba* hablar con él pronto.

—No puedo quedarme mucho, Cam.

Arqueó las cejas en una especie de «No me jodas, Danielle» silencioso.

Era obvio que tenía preguntas, muchas preguntas, y que yo no podía responderlas todas ahora. Esto iba a ser mucho más complicado de lo que había creído. No había manera de que pudiera ponerlo al corriente de lo sucedido en las últimas semanas, pero algo tenía que decirle. Me aseguré de que el fluir de mi magia continuara constante y tiré un poco más de ella, solo por si acaso.

—No puedes contarle a tu padre que has hablado conmigo. No puedes hablar de esto con nadie, Cam.

—¡Y una mierda! —me espetó, y ahora parecía enfadado. O, más bien, preocupado—. ¿Estás en Ravenswood? Escuché a mi padre hablando con esa momia de Putnam. Dijo algo de un secuestro y mencionó a la comunidad oscura, aunque la versión oficial es que te fugaste de la academia.

Putnam era miembro del consejo, el más viejo y respetado. El tipo apenas si podía moverse y la piel de su rostro acumulaba más arrugas de las que parecía posible. Sufría de artrosis y sus manos lucían casi siempre agarrotadas en torno a los reposabrazos de la silla de ruedas en la que lo transportaban. Se rumoreaba que tenía al menos ciento treinta años y que se mantenía vivo a base de alguna clase de poción rejuvenecedora; yo había bromeado con Cam muchas veces sobre el pobre efecto que surtía, dado su maltrecho estado físico. Una vez, nos habíamos tropezado en la entrada de la escuela con él. Estaba solo,

sentado en su silla, y casi entramos en pánico creyendo que había dejado de respirar y se había quedado tieso allí mismo. Al final resultó que solo estaba echándose una cabezadita mientras el resto del consejo llegaba para una de sus reuniones mensuales.

Lo curioso del linaje Putnam era que Ann Putnam había sido la única bruja blanca que se había disculpado públicamente después de lo sucedido en Salem, lo cual resultaba irónico porque su testimonio había valido una acusación a sesenta brujos oscuros. De algún modo, y aunque debería haber sucedido lo contrario, pedir perdón le había granjeado el favor de la comunidad blanca y también cierto respeto por parte de la oscura. Los Putnam habían sido los primeros en obtener un sillón en el consejo.

—Ravenswood no me secuestró. Y deja de mirarme así —le exigí. Sus ojos iban como locos de un lado a otro, recorriendo mi figura todo el tiempo.

Levantó las manos.

—¡Vaya! Perdóname por alucinar un poco. Llevas más de un mes desaparecida y de repente te presentas flotando en mi habitación.

—No estoy flotando. —Me miré los pies, estaban sobre el suelo, aunque la verdad era que no eran del todo opacos. Agité la cabeza, negando. Estábamos perdiendo un tiempo precioso—. Cam, yo… No puedo contártelo todo ahora, pero necesito que me ayudes.

—Dime dónde estás. Mi padre mandará a alguien a buscarte. —Había verdadera preocupación en su tono, y ahora parecía mucho más serio—. Joder, Danielle, yo mismo iré a buscarte si hace falta. Llevo un mes volviéndome loco.

Se me hizo un nudo en la garganta. Me había equivocado al pensar que no tenía ningún amigo en Abbot y que Cam pasaba su tiempo conmigo solo por aburrimiento. Al fugarme de allí, no me había parado a pensar en cómo se sentiría la gente que me conocía y con la que llevaba años conviviendo. ¡Dios! No había pensado en nada salvo en largarme. En mí misma.

—Lo siento.

—No pasa nada. Estás bien, ¿no? ¿Estás a salvo? Meredith está contigo…

Me encogí un poco ante la mención de mi familiar y mi figura

parpadeó varias veces. Estaba consumiendo demasiada energía. Un calambre me recorrió la pierna izquierda. Seguro que eso no era a lo que Robert se había referido cuando habló de «sentir mi cuerpo».

Me adelanté un poco y me acuclillé delante de él, negando con la cabeza. Ahogándome con cada palabra que pronuncié a continuación. Llorando de rabia por dentro. Consumida por ella.

—Dith no… Ella… ya no está.

Cam se echó hacia atrás de golpe. Luego, se pasó la mano por la cara. Si se había mostrado preocupado un momento antes, ahora parecía… devastado. No solía tomarse nada demasiado en serio, harto de ser siempre «el hijo de» —supongo que por eso nos llevábamos tan bien—, pero en ese instante no había ni rastro del vividor impulsivo y descarado que yo conocía.

—¡Dios, Danielle! Ni siquiera sé qué decir. Lo siento. Lo siento tanto…

Se inclinó hasta apoyar los codos en las rodillas y levantó la mano hacia mi rostro, pero la volvió a bajar cuando debió de recordar que yo no estaba allí y no podía tocarme.

Durante unos pocos segundos, ninguno de los dos dijo nada. No había mucho que decir. Cam sabía que Dith era algo más que mi familiar para mí, pero me sorprendió que comprendiera tan bien lo que me suponía perderla. De nuevo, me sentí fatal por no haberlo avisado de mi marcha.

Percibí que me desvanecía un poco. Un nuevo calambre se apoderó de mi otra pierna. Me dejé caer hasta sentarme en el suelo. O algo así. Mi proyección se sentó, supongo. Pero eso no aligeró la rigidez de mis miembros inferiores en absoluto, lo cual seguro que no era una buena señal. Tenía que darme prisa.

—Cam, necesito encontrar a la tía abuela de tu padre, Loretta Hubbard.

—¿La tía Letty? ¿Qué quieres de ella? Es un… —se calló de repente y frunció el ceño.

—Un oráculo. Sé lo que es, y por eso precisamente necesito hablar con ella.

La arruga de su frente se amplió. Cam no solía ser desconfiado, al menos no conmigo. Y eso me hizo plantearme cuánta gente estaría al

tanto de la profecía lanzada por Loretta, cuánta siquiera sabría lo que la bruja podía hacer. ¿Le habría dado órdenes Thomas a su hijo de no revelar nada acerca de la mujer?

—Es muy importante, Cam —insistí, cuando entendí que continuaba titubeando.

—Ella no está del todo bien.

Asentí. Eso decían los rumores que corrían por la escuela. Que se había vuelto loca años atrás; claro que vaticinar un posible apocalipsis podía hacerle eso a una persona. Nunca le había preguntado a Cam cuánta verdad había en esos rumores, y él no era de los que prestaban oídos a las habladurías, menos aún si tenían que ver con su linaje. Ser el hijo del director de la academia de la luz tenía algunas ventajas, pero también te convertía en el objetivo de un montón de cotilleos y de comentarios maliciosos.

Un repentino pinchazo en el costado me arrebató el aliento y me doblé sobre mí misma. ¿Necesitaba respirar una proyección astral? Posiblemente, no. Pero mi cuerpo físico sí que necesitaba hacerlo. Algo iba mal, muy muy mal.

—¿Qué pasa? —inquirió Cam. Sus manos revolotearon alrededor de mis hombros y, cuando trató de sostenerme, me traspasaron sin encontrar ningún tipo de resistencia a su paso—. Joder, llevas demasiado tiempo aquí. Es eso, ¿no?

No me molesté en confirmárselo. Solo… succioné más y más de mi energía a través del cordón que me mantenía unida a mi cuerpo y de los cientos de kilómetros que me separaban de él. Dicho cordón estaba ya demasiado tenso, pero resistió, aunque el murmullo de la voz de Robert no era ahora más que un eco cada vez más lejano.

—Por favor… Tengo que… encontrarla.

Levanté la barbilla para mirarlo, y no supe lo que vio él en mi rostro, pero cedió finalmente. Me dio todas las indicaciones necesarias para encontrar a la bruja. Residía en una casita unifamiliar al suroeste de ambas escuelas, cerca del mar, en el estado de Florida. Recibía visitas diarias de una bruja joven también perteneciente al linaje Hubbard, designada para cuidar de ella. En el último año, al parecer, su estado físico se había deteriorado bastante, pero nunca abandonaba la casa por iniciativa propia y se negaba a permitir que nadie se

instalara con ella.

—¿Qué demonios está sucediendo, Danielle? —me preguntó, aunque sus ojos no dejaban de analizar cada parpadeo de mi figura.

Ambos sabíamos que tenía que regresar ya, pero la imagen de los dos estudiantes de Ravenswood calcinados reapareció en mi mente y me dije que no podía irme de allí sin advertirle.

—Abbot atacó Ravenswood. Varios estudiantes… —Se me agarrotaron las manos y los brazos empezaron a pesarme. Joder, dolía —. Hubo muertos, Cam. Mataron al menos a dos brujos. Y dudo que la comunidad oscura vaya a quedarse de brazos cruzados. Si ves algo raro… Si saltan las alarmas o pasa… —Me costaba hablar y me obligué a tomar más energía, apenas si me quedaban fuerzas—. Huye, ¿me oyes? Avisa a todos los que puedas y vete de… aquí.

La gravedad de mis palabras se reflejó en el semblante de Cam. Al menos me estaba tomando en serio.

—Danielle…

Negué a duras penas.

—Prométemelo —exigí.

Y, gracias a Dios, Cam lo hizo.

# 10

Estaba metida en un lío. Uno muy gordo.

No había tenido tiempo para decirle nada más a Cam. De repente, mi proyección se había sacudido y la rigidez de mis piernas se había extendido hasta abarcarlo todo. Luego, había caído en la oscuridad más absoluta, una especie de vacío sin principio ni fin que me recordaba demasiado al de mi pecho. No había cordón. No había nada de nada. Y, aunque esa ausencia de todo era en cierto modo pacífica, también resultaba aterradora.

«No entres en pánico. Puedes solucionarlo», me dije, pese a que no estaba segura de que hubiera una salida. Ya no oía el cántico de Robert ni ningún otro murmullo. Había pasado demasiado tiempo con Cam y el camino de regreso se había esfumado. De haber poseído un cuerpo, habría apretado los párpados con fuerza y maldecido mi tendencia a contravenir los consejos ajenos. Pero no me arrepentía de haber perdido esos últimos segundos preciosos en advertir a mi amigo.

Traté de recordar lo que había dicho Robert sobre buscar un ancla para el viaje de vuelta, pero se había referido en todo momento a mi cuerpo y ya había quedado claro que no me preocupaba lo suficiente por mí misma. Después de la muerte de Dith, era sencillo creer que lo había perdido todo… Pero entonces pensé en Raven, en Wood, en el propio Robert. En Alexander. Le había asegurado a este último que no había de qué preocuparse y le había prometido que regresaría. ¿Cuánta culpa más haría recaer sobre sus hombros si no lo lograba? ¿Cómo reaccionaría Raven? ¿Qué sentiría Wood? ¿O Robert, sabiendo que había afirmado que estaba a salvo con él guiándome?

La negrura se iluminó de repente. Hilos de algo salieron disparados en todas direcciones desde el punto en el que me encontraba. Eran como cuerdas, unas más gruesas que otras, unas más brillantes que otras. Todas con distintos tonos. Unas tensas y bien estiradas; otras

retorcidas sobre sí mismas, formando nudos y pliegues. Unas sin principio ni fin, y otras… cortadas. O deshilachadas, como si estuvieran deshaciéndose por el paso del tiempo o debido a otra cosa totalmente distinta. Algunas se cruzaban y se enredaban formando un… entramado.

«Raven». ¿Era esto lo que el lobo negro veía? ¿Las conexiones a las que se refería cuando hablaba de su don?

Contemplé una de las cuerdas más gruesas. Brillaba en tonos rojizos, naranjas y dorados, casi como un amanecer, y su brillo era más potente que el de ninguna otra; me pregunté con quién me uniría. A su lado, muy cerca, había otra casi del mismo grosor, pero esta era de color plateado. Mientras la miraba, hebras oscuras se enredaban en ella, entretejiéndose y avanzando hacia mí desde la infinidad de aquel espacio. Pensé de inmediato en Alexander, en su pelo cuando se transformaba, que era una mezcla de blanco y negro, y contemplé cómo los hilos negros brotaban del cordón y, afilados, se insertaban de nuevo en la superficie y se clavaban en él hasta llegar a su centro.

Lo rocé con la punta de unos dedos que no veía pero que ahora sabía que estaban ahí de todas formas. El eco quebrado de una voz profunda y oscura llegó hasta mí. «Vuelve, vuelve, vuelve. Danielle, no me hagas esto. No te atrevas».

Quise llorar y reír al mismo tiempo. Definitivamente, aquella voz tenía que proceder de Alexander; incluso cuando suplicaba resultaba exigente.

Miré hacia el otro cordón. Brillaba tanto… Y entonces, no muy lejos de ese, localicé uno un poco más grueso todavía, aunque apenas iluminado, cuyo extremo deshilachado se agitaba de un lado a otro como un látigo. Cada vez que rozaba a alguno de los otros, estos sufrían una especie de descarga y chisporroteaban. No estaba segura del sentido en el que fluía la energía de ese aparente cortocircuito, pero no era difícil imaginar que estaba contemplando mi antiguo vínculo con Dith. Roto, estaba roto. Había percibido cómo se quebraba la noche en la que ella había muerto, pero verlo fue mucho peor. Lo hizo todo aún más real. Lo convirtió en algo irreversible.

La enmarañada trama desplegada frente a mí empezó a desvanecerse y supe que no duraría demasiado. Aquella era mi última

oportunidad. Miré el cordón que supuestamente me unía a Alexander y luego el otro, el más brillante. Casi era del mismo grosor que había tenido el de Dith y, ahora mismo, refulgía en mitad de aquella nada oscura como una estrella cruzando el cielo a medianoche. Titubeé entre ambos hasta que, al final, me decidí. Estiré los dedos, cerré mis inexistentes ojos y reuní los restos de mi magia.

«Vuelve conmigo, Danielle Good. Te estaré esperando». Las palabras de Alexander retumbaron a mi alrededor a pesar de que lo imaginé más allá de la puerta del salón, seguramente ladrándole órdenes a un Robert desesperado, pero sin atreverse a acercarse por miedo a empeorarlo todo. Raven estaría a mi lado, sosteniéndome la mano o tocándome de algún modo; quizás, lloriqueaba en voz baja. Wood se habría alzado sobre sus cuatro patas y no dejaría de gruñir y enseñar los dientes. Y allí, en mitad de todos ellos, estaría mi cuerpo inerte, tendido sobre el suelo de madera de la cabaña, esperándome.

Si fue la promesa realizada, algo que Robert estaba haciendo o mi fuerza de voluntad lo que me llevó de vuelta, nunca estaré segura de ello. Lo que sí supe en aquel instante fue que jamás volvería a tener la oportunidad de contemplar el mundo como Raven lo hacía, aunque fuera precisamente ese mundo extraño de conexiones brillantes e hilos rotos el que me hubiera salvado.

Sentí como si me lanzaran de golpe contra mi propio cuerpo. Una oleada vibró a través de la carne y el hueso, aunque no puedo decir que no sintiera un inmenso alivio al notar la fuerte sacudida. En cuanto conseguí levantar los párpados, lo primero que vi fue el rostro de Alexander, lo cual fue una auténtica sorpresa. Había un montón de arruguitas de preocupación en torno a sus ojos y apretaba tanto los labios que su boca no era más que una fila tensa y pálida. Parecía a punto de echarme un sermón de campeonato en cualquier momento. O de besarme. No estaba muy segura.

Ladeé un poco la cabeza a pesar de que sentía todo el cuerpo pesado y ajeno; la piel tirante sobre los huesos. Raven estaba tumbado a mi lado, con la cara hundida en el hueco de mi cuello. Sus labios me rozaron en un beso suave y tierno antes de que se apretara aún más contra mí. Sollozaba. Me hubiera gustado ser capaz de levantar la mano, llevarla hasta su nuca y consolarlo de algún modo, pero no me

sentía precisamente con ánimos de moverme. Pensándolo bien, dado que yo no era una bombilla mágica y Alexander no se había transformado, igual me echaba una siestecita allí mismo; una que durara al menos hasta el día siguiente.

Alexander deslizó los dedos bajo mi barbilla y me obligó a mirarlo. Abrió la boca y supe que, si lo dejaba hablar primero, nunca escucharía el final de su reprimenda.

—Pues ya estoy aquí —mascullé, en un intento de resquebrajar la tensión que flotaba en el ambiente—. He vuelto.

Todo el mundo en la estancia suspiró a la vez y el alivio general se convirtió casi en una sexta entidad en la habitación. Incluso Raven, que no podía haber oído mis palabras, se relajó contra mi cuerpo. Alexander parecía ser el único que continuaba conteniendo el aliento.

—Lo estaba —escupió un instante después, mirándome fijamente a los ojos.

—¿Eh?

—Celoso. Estaba celoso —replicó, y ni siquiera se molestó en bajar la voz para que los demás no escucharan lo que decía. Raven ladeó un poco la cabeza, curioso, y uno de sus ojos quedó al descubierto. Yo estaba a punto de soltar algún comentario burlón cuando Alexander añadió—: De Cam y de cualquier persona que haya tenido alguna vez la oportunidad de tocarte sin miedo a hacerte daño. Aún lo estoy.

La confesión resonó brutal en mis oídos, tal vez porque su voz estaba cargada de sinceridad, anhelo y medio millón más de otras cosas. De otras emociones desgarradoras y dolorosas y tiernas y emotivas. De miedo y de honestidad. De verdad.

Raven gimoteó en respuesta al comentario de su protegido y creo que Robert se atragantó con su propia saliva, y yo… yo me olvidé de respirar. Incluso en ese momento, mientras de verdad me estaba tocando, aunque ese contacto no fuera más que un leve roce con la punta de los dedos, Alexander vivía aterrado por la posibilidad de hacerme daño de alguna manera. Seguramente, de hacerle daño a cualquiera. Comprendí entonces que, tras haber vivido toda su vida con ese miedo, no podía ser en absoluto sencillo desembarazarse de él; quizás siempre albergaría cierto temor, sin importar las veces que sus manos rozaran o acariciaran a alguien.

Pensé en el cordón plateado que había visto, cómo aquellas hebras de oscuridad se habían entrelazado con las plateadas que lo formaban, ganando terreno segundo a segundo mientras lo contemplaba. No me había percatado en ese momento, pero me di cuenta entonces de que en ningún caso habían opacado el brillo del cordón, si acaso, lo habían resaltado. Estaba unida a Alexander por el destino, por una profecía o quizás, solo quizás, por otro motivo. Tal vez más adelante lo descubriera. Tal vez…

—No vuelvas a hacer algo así jamás —me reprendió, y tuve que sonreír. Había tardado demasiado.

—Eres consciente de que voy a hacer lo que quiera, ¿verdad?

El pulgar de Alexander trazó la curva de mi labio inferior y el gesto se reflejó en su propio rostro como una sonrisita de medio lado verdaderamente pecaminosa.

—Cuento con ello, Danielle Good.

El cuerpo de Raven vibró contra el mío, producto de las carcajadas que estaba reprimiendo, algo que alivió parte de mi preocupación por él. Ni siquiera me importaba que encontrara diversión en la extraña relación que manteníamos su protegido y yo. En honor a la verdad, puede que yo también disfrutara de más con nuestros continuos enfrentamientos.

Alexander retiró la mano. Casi esperaba que se irguiera y se largara a rumiar alguna clase de castigo para sí mismo por haber revelado tanto de sus propias emociones o por haberse permitido tocarme una vez más. Pero lo que hizo fue mejor y peor al mismo tiempo: tiró un poco de mí para separarme de Raven, pasó un brazo en torno a mi espalda y otro bajo mis rodillas y me alzó en volandas. No dijo ni una palabra más. No pidió perdón ni permiso, sino que echó a andar por el pasillo conmigo en brazos y me llevó a uno de los dormitorios.

—Sé dónde está Loretta Hubbard —le dije, cuando me depositó sobre la cama con una delicadeza que en otro tiempo hubiera considerado más propia de Raven que de él.

—Ahora no. Descansa. —Su mano revoloteó sobre mi abdomen—. ¿Podría…?

Tardé un momento en comprender lo que estaba sugiriendo, sobre

todo porque mi mente se distrajo un poco y se planteó un montón de sucias posibilidades antes de entenderlo. Pero lo que proponía no era nada de *eso*. Quería volver a darme uno de sus chutes de magia para reponer la mía.

Al final, no me dio opción a contestar. Comenzó a negar enseguida.

—No, es mejor que no.

—Está bien. *Estoy* bien —aseguré, a pesar de que me dolía todo.

Pero no mentía. Sentía una buena cantidad de poder aún llenándome las venas. Lo que fuera que me había sucedido durante el viaje astral no había sido porque hubiera consumido toda mi energía. Probablemente, habían sido los hechizos que protegían Abbot. En Ravenswood no eran los únicos que sabían cómo evitar visitas indeseadas, fueran de la naturaleza que fueran.

—Tú siempre estás bien —señaló Alexander—. Eres resistente de un modo exasperante. Demasiado fuerte para tu propio bien.

No le dije que no era así, que había un montón de heridas en mi pecho que dolían y que había deseado una y otra vez no salir nunca de Abbot; no cometer esa imprudencia y desencadenar todo aquel lío. No le hablé de las paredes que había levantado y de que también yo tenía miedo de hacerle daño a él o a cualquiera de los otros. Y, sobre todo, no admití que empezaba a resultarme imposible odiarlo, lo cual no tenía ni idea de si era un nuevo error.

Recé para que no lo fuera.

# 11

—Podemos parar en Nueva York. Mi aquelarre…

Alexander ni siquiera permitió a Robert terminar lo que iba a sugerir.

—No. Es demasiado peligroso. El consejo ya habrá dado aviso de nuestra fuga a todos los aquelarres oscuros de la zona. O más bien del país. Y es probable que el consejo blanco haya hecho lo mismo. Nos estarán buscando.

—Nunca he estado en Nueva York. Me encantaría conocerlo —intervino Raven, y todos lo miramos.

Estábamos sentados alrededor de la mesa de la cocina, con los restos del desayuno aún frente a nosotros; salvo Wood, que no había abandonado su forma animal y se encontraba tumbado en el suelo, junto a los pies de su gemelo. Por el modo en el que sus orejas se agitaban cada vez que alguno de nosotros tomaba la palabra, resultaba obvio que estaba prestando atención a la conversación aunque no interviniera en ella.

Llevábamos al menos una hora discutiendo el mejor modo de llegar hasta la casa de Loretta Hubbard en Amelia Island. Había al menos un día de viaje por carretera —seguramente, un poco más, dado que daríamos un rodeo para no tener que pasar cerca de Abbot y Ravenswood— y habíamos acordado turnarnos al volante para poder llegar hasta allí lo antes posible. Tanto Robert como yo sabíamos conducir, al igual que Wood. Raven, al parecer, nunca se había molestado en aprender, y Alexander no había tenido oportunidad. Me enorgullecía decir que había tenido la suficiente madurez como para no burlarme de él al respecto. Estaba claro que no había querido poner un pie fuera de Ravenswood ni siquiera para algo tan prosaico como que Wood pudiera enseñarle a llevar un coche. Tal vez incluso había pensado que nunca lo necesitaría, lo cual decía mucho de lo que

había esperado que fuera su vida. Si lo pensaba bien, era realmente triste. Yo me hubiera vuelto loca de estar en su lugar.

La mayoría del tiempo olvidaba que Alexander no había salido de la academia oscura desde que sus padres lo habían llevado allí siendo solo un niño. El mundo exterior, el de los humanos, era un gran desconocido para él. Yo al menos había vivido hasta los diez años entre ellos y, después de mi traslado a Abbot, también había visitado a menudo Dickinson. Pero no Alexander. Él había pasado casi toda su vida recluido; ni siquiera había besado a una chica…

—¿Danielle? —Robert chasqueó los dedos delante de mis ojos y yo corté el pensamiento de cuajo.

No era el momento para pensar en eso. Sin embargo, no pude evitar que mis ojos se deslizaran hacia donde se encontraba sentado Alexander, al otro lado de la mesa. Había adoptado de nuevo esa actitud fría y distante, algo que empezaba a comprender que era un mecanismo para protegerse, pero también para proteger a los demás de sí mismo.

—¿Sí?

Robert desgranó uno por uno —creo que por segunda vez— todos los hechizos que aplicaríamos al vehículo, incluido uno de transformación que lo haría parecer blanco en vez de negro y que cambiaría la matrícula por otra. Con toda probabilidad, ya estarían buscándolo por medios mágicos y por otros mucho más mundanos, así que ahora también tendríamos que jugar al despiste con la policía.

—Bien. Puedo ayudar —acepté, cuando terminó.

Había muchos conjuros y hechizos que no se consideraban magia blanca o negra, todo dependía más bien del fin que se les diera. Así que en Abbot también se nos enseñaba a realizarlos. Y como no pretendíamos camuflar el coche para atracar un banco o atropellar a alguien con él, supuse que no habría ningún problema. Resultaba un poco ridículo que siguiera teniendo en cuenta ese tipo de cosas, después de todo lo que habíamos pasado y lo que había descubierto sobre los míos, pero algunas costumbres resultaban muy difíciles de cambiar.

—Si finalmente paramos en algún sitio a descansar, habrá que lanzar nuevos hechizos al lugar.

Todos asentimos, incluso Wood movió el hocico de arriba abajo, aunque Alexander parecía estar deseando señalar una vez más que no sería necesario porque no íbamos a parar. A lo mejor cambiaba de opinión tras unas pocas horas encerrado en un coche conmigo, pues no era la mejor compañía cuando me aburría.

Después de eso, nos dedicamos a recoger los pocos objetos personales que habíamos traído con nosotros y a dejar la cabaña tal y como la habíamos encontrado para que, si por casualidad alguien de la familia de los Bradbury pasaba por allí, no se percatara de nuestra estancia en el lugar. Oí a Robert pedirle permiso a Alexander para emplear un hechizo que le permitiera devolver a su sitio el polvo y la suciedad que habían encontrado cubriéndolo todo a nuestra llegada, y no me sorprendí cuando se lo dio, pero salió de la cabaña antes de que este pudiera proceder. Estaba claro que no confiaba lo más mínimo en sí mismo y su autocontrol.

Cuando finalmente me vi en el interior del coche con cuatro brujos oscuros, uno de ellos echado sobre el suelo de la parte trasera en forma de lobo blanco, y comprendí que teníamos por delante casi veinticuatro horas de viaje, se me cayó el alma a los pies. El coche era uno de esos vehículos lujosos y enormes, con mucho espacio interior y muy cómodo, pero no había manera de que pasásemos un día entero allí metidos sin que intentásemos matarnos; al menos, Alexander y yo. La magia se acumulaba en el habitáculo, especialmente la de Alexander, como una especie de arrullo suave que no cesaba nunca. Empezaba a acostumbrarme a sentir el poder de todos mis acompañantes, pero no me resultaba tan fácil con el suyo. No era que quisiera drenarlo ni nada de eso, solo… me atraía. Era reconfortante, en realidad.

—¿Y si tengo que ir al baño? —inquirió Raven.

Robert, desde detrás del volante, giró la cabeza hacia mí. Me encogí de hombros.

—Vosotros al menos podéis mear de pie. O levantar la pata —agregué, ganándome un gruñido por parte de Wood y una risita de Robert.

—Gracias por la innecesaria clase de anatomía, Danielle —terció Alexander, con un suspiro resignado—. Está bien. Haremos una

parada.

El rostro de Raven se iluminó y esbozó una sonrisa que le llenó toda la cara.

—¿En Nueva York?

—No. No es seguro —insistió Alexander, lo cual fue una estupidez, porque era Raven quien deseaba visitar la ciudad y algo me decía que, si Raven quería conocer Nueva York, lo haría. Todos lo haríamos.

Dos horas después de abandonar la cabaña, Alexander parecía a punto de abrir la puerta y tirarse en marcha del coche solo para alejarse de nosotros. O a lo mejor era yo la que deseaba hacerlo y solo estaba proyectando mi frustración en él. Estaba inquieta y aburrida, lo cual ya era malo de por sí. Pero, además, me picaba la piel de un modo desquiciante. Había bajado la ventanilla de mi lado por completo y el aire probablemente hubiera convertido mi pelo en un lío de enredos y nudos, pero necesitaba refrescarme de algún modo más de lo que me importaba mi apariencia. Había tanta energía concentrada en aquel reducido espacio que no me hubiera extrañado que el coche hubiera empezado a levitar por encima del asfalto en cualquier instante.

Alexander se mantenía callado e inmóvil, aunque la tensión que emanaba de él era casi peor que el rastro de su magia. Wood dormitaba en el suelo, mientras que Robert le contaba cosas a Raven sobre Nueva York. No dijo mucho sobre su aquelarre, solo que era «atípico». No estaba segura de lo que eso significaba. Supuse que lo descubriríamos en algún momento si finalmente mis predicciones sobre los deseos de Raven se cumplían.

Traté de seguir la conversación, pero no dejaba de pensar en mi padre, en Dith, en el consejo blanco y en el oscuro, en Wardwell, en la profecía y en qué demonios nos diría Loretta Hubbard cuando nos plantásemos en su puerta. Los oráculos no eran conocidos por dar aclaraciones o ser explícitos acerca de las profecías que vaticinaban —no había más que ver a Raven—, pero si Loretta no nos ayudaba a comprender a qué nos estábamos enfrentando, no tenía ni idea de qué haríamos a continuación.

Robert comentó en algún momento que, si decidíamos finalmente

parar a descansar con su aquelarre, podría llamar a Maggie y asegurarse de que estaba bien. Dijo que tenían «líneas seguras para ello», significase lo que significase. Hablar con ella también nos permitiría saber más de cómo estaban las cosas en Ravenswood. No creí que el consejo oscuro fuera a comentar con los alumnos de la academia sus intenciones; sin embargo, si decidían iniciar una guerra abierta contra Abbot, tendrían que alertarlos. Puede incluso que ordenaran evacuar la escuela y mandarlos a todos con sus familias. No quería ni pensar en la posibilidad de que optaran por emplear a los alumnos en la batalla, pues la mayoría no eran más que críos que estaban aprendiendo cómo manejar su poder. Y si Abbot tomaba también esa decisión…

—Eres incapaz de estarte quieta, ¿verdad? —murmuró Alexander desde la parte trasera.

Mis pies reposaban sobre el salpicadero y lo había estado golpeando con ellos sin ser consciente de lo que hacía. Me detuve, pero no retiré las piernas. Eché un vistazo por encima de mi hombro y lo encontré con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás, apoyada en el asiento.

—¿Creéis que Ravenswood atacará Abbot? ¿Que solo está esperando el momento oportuno para ello?

Alexander no abrió los ojos, pero las líneas de tensión de su rostro se profundizaron. Fue Robert el que contestó:

—Todos los miembros del consejo tendrían que estar de acuerdo para tomar esa clase de decisión, aunque no es como si algunos no llevasen años deseando cobrarse esa deuda.

—¿Por Salem? —inquirí, volviéndome hacia él.

—Por todo —dijo entonces Alexander—. Pero Robert tiene razón. Si eso es lo que quieren, tendrán que llegar a un acuerdo e incluso puede que consulten a algunos de los linajes más relevantes, lo cual posiblemente nos dé algo de tiempo. No todas las familias estarán dispuestas a sumirse en una guerra contra los brujos blancos. De hecho, muchas llevan años moderando el empleo de magia oscura para no llamar en exceso la atención.

Eso, sin duda, jugaría a favor de mantener el equilibrio. O eso esperaba. Me pregunté si lo más fácil no sería que renunciásemos

todos a la magia para restablecerlo; claro que era demasiado consciente de que había brujos —linajes enteros incluso— que jamás aceptarían dejar de practicarla. Mi padre, por ejemplo, nunca se negaría esa clase de poder; tampoco creía que lo hiciera Tobbias Ravenswood. Y, sinceramente, ¿qué sería de un brujo sin su magia? Era algo natural para nosotros.

Aparté el pensamiento, aunque solo fuera porque no quería pensar en mi padre. Si lo hacía, comenzaría a plantearme si no me estaría equivocando con él. ¿Estaría preocupado? ¿Me echaría de menos? No lo veía probable, dado el poco interés que había tenido durante los últimos años en visitarme o saber de mí… La creencia de que todo cuanto le importaría sería cómo afectaría mi fuga de Abbot a la reputación de nuestra familia era como un cuchillo afilado deslizándose en el interior de mi pecho; dolía demasiado como para pensar en ello.

Sabía que no debía posponerlo y que más pronto que tarde tendría que llamarlo o reunirme con él. Necesitaba conocer de una vez por todas su participación en lo sucedido con mi madre y hermana, y eso era algo que solo él podría contarme. De todos modos, creo que temía que la verdad resultara aún más dolorosa que la incertidumbre. Puede que fuera una actitud cobarde, pero, sin Dith, Nathaniel Good era mi única familia; no tenía a nadie más. Ignorar la verdad no haría que esta cambiara, pero me concedía tiempo para aceptarla.

Alguien me apretó la mano que mantenía sobre mi muslo y, al bajar la vista, encontré los dedos de Raven alrededor de los míos. Me quedé contemplando nuestras manos unidas y luego lo miré. Estaba inclinado a través del hueco entre los asientos delanteros y su mejilla reposaba contra el de Robert. Cómo se había percatado del rumbo de mis pensamientos y de mi angustia, no tenía ni idea; pero le agradecí el gesto de consuelo con una sonrisa que con toda probabilidad no debió de alcanzar mis ojos.

—No estés triste —me dijo, y oí a Alexander revolverse justo detrás de mí.

El brujo no dijo nada, pero sentí un cambio en el pulso de su magia y, de nuevo, la sensación de que la melodía se suavizaba y vibraba en tonos bajos y delicados. Una nana, eso era, aunque dudaba

que Alexander fuera consciente de ello.

La tensión del habitáculo descendió un poco a partir de ese momento, al menos durante unos buenos cientos de kilómetros. La charla entre Robert y Raven se reanudó, pero yo no presté demasiada atención. Cerré los ojos y traté de dejar la mente en blanco. En algún punto, supongo que cedí al cansancio y me dormí. Soñé que estaba de vuelta en Abbot, en mitad del vestíbulo, en el mismo lugar en el que había aparecido aquella vez durante mi primer viaje astral, solo que en vez de una profesora dispuesta a echarme la bronca había… sangre por todas partes. En el suelo y las paredes. En la barandilla y los escalones. Las puertas de la escuela estaban abiertas de par en par y sí que había alguien allí, más allá del umbral, una figura no demasiado grande pero imponente que irradiaba la clase de poder oscuro y perturbador que ponía los pelos de punta. No le vi la cara, pero de algún modo comprendí *qué* era.

—Eres… tú —farfullé, atragantándome con esas dos únicas palabras.

No obtuve una respuesta, solo una carcajada cínica y espeluznante y la certeza de que estaba frente a frente con el verdugo, el tercer elemento de la profecía. De que el círculo se había cerrado y ya no había marcha atrás. La muerte alcanzaría Abbot; si no evitábamos que se cumpliera la profecía, alcanzaría el mundo entero.

# 12

Resultó que yo no era la única que había tenido sueños proféticos, o lo que hubiera sido aquello. Cuando desperté gritando y les conté a los demás lo que había visto, Alexander admitió que la noche que habíamos huido de Ravenswood también había visto… algo. Y por *algo* me refiero a contemplar el mismísimo infierno desatado en la tierra. Muerte y sombras. Seres repletos de pura maldad asolándolo todo. Oscuridad.

Raven le lanzó a su protegido una mirada que no supe cómo interpretar y casi me pareció que quería decir algo al respecto, pero se mantuvo en silencio, lo cual no resultaba demasiado alentador.

Wood se había transformado y se hallaba tras el volante, callado y solemne. Supuse que debía de haberse cambiado con Robert mientras yo dormía. Llevábamos casi ocho horas de viaje y todos estábamos agotados, de mal humor y muy muy inquietos. Así que no me extrañó cuando el desvío hacia Nueva York apareció a un lado de la carretera y Wood ni siquiera preguntó antes de tomarlo. Alexander tampoco protestó, ni siquiera cuando Robert y Wood volvieron a intercambiar sus puestos para que el brujo Bradbury pudiera llevarnos al lugar donde, según comentó, residía una parte de su aquelarre; la otra parte iba y venía según el momento y las circunstancias, unas circunstancias que comprenderíamos más tarde, cuando nos los presentara.

Nueva York resultó ser una completa locura. Ya había anochecido cuando nos internamos en la ciudad, pero no por eso había menos gente en sus calles. Si yo estaba alucinando, no podía ni imaginar lo que estaría sintiendo Alexander al contemplar los rascacielos, el intenso tráfico, las luces que iluminaban edificios enteros, la acumulación de tantas y tantas personas… Su rostro inexpresivo no revelaba nada; Raven, en cambio, tenía la nariz pegada al cristal, una sonrisa enorme en los labios y la mirada soñadora de un crío al que

acabasen de sorprender con una visita a un parque de atracciones.

—Llegaremos enseguida. El edificio está muy protegido —aclaró Robert—. Nadie debería poder localizarnos allí.

Callejeó por la ciudad con destreza y una soltura que yo jamás tendría al volante, hasta conducirnos a un barrio menos transitado, lo cual resultó un alivio incluso para mí. No estaba acostumbrada a estar rodeada de tanta gente y, aunque apenas si detecté algún rastro de magia aquí y allá mientras atravesábamos la ciudad, supuse que era bueno no someter a Alexander a esa clase de presión.

Pasamos por delante de varios edificios de ladrillo rojo y media altura. Un instante después, Robert condujo el coche a través de un estrecho callejón entre uno de esos edificios y otra construcción más grande. Debía abarcar casi una manzana, aunque no me dio tiempo de ver demasiado. Enseguida detuvo el coche, antes de alcanzar el final de la callejuela. Echó la vista atrás y murmuró en voz baja un hechizo de ocultación. Sentí su magia caer sobre nosotros.

—Ya está. Podéis bajaros del coche —dijo entonces—. Escuchad, este lugar es un sitio seguro, para… todo el mundo. No podéis hablar con nadie sobre lo que veáis aquí.

La petición acrecentó mi curiosidad sobre lo que íbamos a encontrarnos en el interior. Después de su advertencia, agarramos nuestras mochilas y Robert nos guio hasta una sólida puerta de acero que desprendía aún más magia que el resto del edificio. Todo el lugar estaba cubierto de hechizos. Habían tomado muchísimas precauciones para que nadie lo descubriera y, aunque eso nos favorecía, también resultaba un poco inquietante. ¿Qué demonios escondían allí?

El interior desprendía un aire industrial que no casaba demasiado con el aspecto del exterior del edificio. Había fluorescentes en el techo y puertas de metal en cada pasillo que recorrimos, y tanto el suelo como las paredes eran de cemento, sin adornos ni ningún tipo de pintura que los recubriera. A pesar de los altos techos, no hacía frío ni calor.

Robert avanzaba unos pocos pasos por delante de mí, mientras que Alexander iba justo detrás y los gemelos cerraban la pequeña comitiva. Finalmente, nuestro anfitrión se detuvo frente a una puerta algo más ancha que el resto y titubeó unos pocos segundos antes de

agarrar el pomo y girarlo. No estaba segura de que los demás se hubiesen dado cuenta de ello, pero yo me preparé para lo que fuera que había al otro lado. Y tengo que admitir que no era nada que hubiera esperado.

—Chicos —dijo Robert, mientras atravesaba el umbral y se hacía a un lado para dejarme pasar.

Se alzaron unas voces en respuesta a su saludo y apenas me llevó unos pocos segundos registrar la estancia, incluso cuando era un espacio mucho más amplio que todos por los que habíamos pasado. Había ventanas enormes que dejaban pasar la luz de las farolas de la calle, un conjunto de varios sofás reinaba en mitad de la sala rodeado de un montón de pufs y cojines, y varias pantallas planas de tamaño desproporcionado colgaban de una de las paredes. También descubrí un billar, dos futbolines y hasta una diana de dardos, además de unas pocas máquinas de videojuegos que tenían pinta de tener más años que yo. Parecía alguna clase de sala de juegos.

Tres pares de ojos se posaron sobre mí a la vez. Me detuve en el acto, mientras que todos se ponían en pie también al mismo tiempo. Eran una chica y dos chicos, y los tres parecían mayores que yo, debían rondar los veinticinco años. El latido sordo de su magia en mis venas me advirtió de que todos eran brujos. Revisé sus rostros por puro instinto y el grupo me contempló con idéntica curiosidad. La chica tenía el pelo de un llamativo color azul turquesa, recogido en una trenza que le llegaba hasta la cintura, y la piel dorada e impecable. Prácticamente brillaba. Era preciosa, alta y con curvas. Una de sus orejas estaba repleta de *piercings* de arriba abajo y en la otra tenía *solo* tres; uno más destellaba en su labio inferior. Me brindó una sonrisa mientras arqueaba las cejas, consciente de mi escrutinio, aunque no era como si ella no me estuviera dando un repaso similar.

Aparté la vista y me fijé en los chicos. Uno con el pelo rubio, rapado en el lado izquierdo de la cabeza y un poco más largo en el derecho, y los ojos de un color verde musgo muy intenso. Era alto y corpulento, y vestía todo de negro. El otro chico, por el contrario, llevaba el pelo negro hasta las orejas y era de piel oscura, más delgado y media cabeza más pequeño, aunque se le veía también en buena forma física. Unas gafas de montura metálica reposaban sobre la curva

de su nariz y le daban un aspecto mucho más serio y formal que el resto.

Mi mirada regresó una vez más al rubio y me quedé mirándolo con la sensación de que me estaba perdiendo algo. Había algo familiar en él. Entrecerré los ojos y traté de rebuscar en mi memoria. No era posible que lo conociera, pero aun así…

El chico moreno jadeó. Estaba mirando algún punto a mi espalda y por un instante temí que Alexander hubiera irrumpido allí en todo su esplendor de oscuridad y llamas. Eso haría jadear a cualquiera. En honor a la verdad, a mí a veces aún me hacía jadear. Pero luego recordé que Wood estaba en su forma animal. Aunque yo me había acostumbrado a ver a los gemelos como dos lobos enormes, tenía muy presente lo imponentes y majestuosos que resultarían para cualquiera que los contemplara por primera vez.

—¡Joder! Son los…

—Ravenswood —completó la chica por él.

—Muy bien —intervino Robert, situándose a un lado, a medio camino entre los desconocidos y nuestro grupo. Miró directamente a Raven, supuse que para que pudiera leerle los labios, y tragó saliva antes de señalar a sus amigos uno a uno, empezando por el chico rubio—: Ellos son Gabriel, Annabeth y Aaron…

—¡Oh, mierda! —mascullé, cayendo por fin en la cuenta de por qué me sonaba tanto el chico rubio—. Tú eres Gabriel Putnam.

La chica, Annabeth, dio un respingo al oírme. Gabriel se tensó visiblemente y avanzó varios pasos hacia mí. Sus expresiones de perplejidad se tornaron entonces en recelo; no parecía que les gustara demasiado que supiera quién era Gabriel. Pero si de verdad era él, pertenecía al linaje Putnam y era un brujo blanco. No era posible que formara parte del aquelarre de Robert.

—¿Y se puede saber quién demonios eres tú? —me espetó el chico, sin ni siquiera molestarse en disimular su animosidad.

Escuché un gruñido proveniente de Wood y un instante después el lobo se hallaba situado junto a mí con el lomo erizado y los dientes expuestos. Mi magia también reaccionó ante la posibilidad de un enfrentamiento. Comenzó a desenroscarse en la parte más profunda de mi pecho, a estirarse y apropiarse de mis músculos. La contuve lo

mejor que pude por miedo a encenderme como un arbolito de Navidad y que eso solo empeorara la situación, ya delicada de por sí.

Pero Gabriel ignoró totalmente a Wood, lo cual no era muy inteligente por su parte, y avanzó otro puñado de pasos hasta colocarse justo frente a mí.

—Te he preguntado quién eres —insistió, e hizo amago de mover el brazo en mi dirección.

No llegué a saber qué pretendía, aunque no fue Wood quien intervino para detenerlo. En un instante estaba frente a frente con Putnam y al siguiente Alexander se encontraba entre nosotros. Agarró al tipo por la muñeca antes de que llegara a rozarme siquiera y se inclinó hasta invadir su espacio personal. Gabriel dio un tirón buscando deshacerse de su agarre, pero él no lo soltó.

—Si se te ocurre tocarla, te arrancaré el brazo y se lo daré de comer a los lobos —dijo con una voz suave y baja que nada tenía que ver con la de su otro yo. No, Alexander ni siquiera mostraba rastros de oscuridad en su piel, pero no por ello dejaba de resultar menos intimidante—. Y luego te arrancaré el otro brazo solo por pura diversión.

Mantuvo un instante más los dedos alrededor de su muñeca y luego prácticamente le lanzó al chico su propio brazo a la cara. Gabriel trastabilló hacia atrás, pero se rehizo enseguida. Parecía tan furioso como humillado. Por suerte, Robert se adelantó y se metió entre nosotros y él. Alzó las manos, pidiendo calma.

—Nadie va a arrancarle el brazo a nadie…

—No estoy tan seguro de eso —murmuró Alexander, con los ojos aún fijos en Gabriel y la expresión de alguien dispuesto a mutilarlo si era necesario.

Me estremecí. La actitud de Alexander dejaba patente que no había lanzado la advertencia en vano, al menos la de arrancarle el brazo, si se le ocurría intentar cualquier cosa contra mí; dudaba que Wood o Raven quisieran comérselo, pero estaba claro que eso Gabriel no lo sabía.

A pesar de que no estaba en nada de acuerdo con el absurdo e innecesario despliegue de testosterona, puede que me emocionara un poco de más; si bien, no fue tanto por el derroche de hostilidad como

por lo que significaba el hecho de que Alexander sintiera el impulso de protegerme. Desde el momento en el que lo había conocido, había sido consciente de que él habría hecho cualquier cosa por sus familiares; lo que fuera, incluso sangrar por ellos. Pero solo en ese instante comprendí que, en algún momento de las últimas semanas, su profundo afán protector también se había extendido a mi persona.

Una extraña calidez me inundó el pecho y se propagó por todo mi cuerpo.

—Ella es Danielle Good —prosiguió Robert, tratando de templar los ánimos—. Y sí, él es Gabriel Putnam. Annabeth es una Putnam también. Su prima.

—Pero sois brujos blancos.

Annabeth dio un paso al frente. Su expresión desafiante no había disminuido en absoluto a pesar del encontronazo de su primo con Alexander; si acaso, se había profundizado. Enderezó la espalda y se cruzó de brazos antes de tomar la palabra.

—Somos solo brujos.

—Me gusta tu pelo. Es bonito —soltó Raven entonces, colocándose junto a Robert e interviniendo por primera vez en la conversación.

Para mi sorpresa, las mejillas de Annabeth se cubrieron de un leve tono rosado y la sombra de una sonrisa asomó a sus labios. Aaron, que hasta ahora tampoco había dicho nada, puso los ojos en blanco y resopló, y Wood procedió a sentarse sobre sus cuartos traseros, aunque parecía atento y no menos dispuesto a saltar sobre el brujo Putnam si se le ocurría hacer cualquier movimiento extraño.

El comentario de Raven, en apariencia fuera de lugar, consiguió que todos nos relajásemos un poco. Todos salvo Alexander y Gabriel, que continuaban enfrascados en una batalla de miraditas asesinas, cómo no. Aaron se dejó caer en el sofá que había ocupado a nuestra llegada y Annabeth acudió junto a él para tomar asiento también. Ya no parecían tan fascinados por los Ravenswood.

—Hay brujos blancos en tu aquelarre —le dije a Robert, resaltando lo que ya parecía una obviedad.

Ahora ya no me extrañaba la cantidad de hechizos que protegían el edificio ni lo críptico que él había sido al hablar de aquel lugar. Aquello era algo muy muy gordo. Si alguno de los dos consejos se

enteraba de la existencia de un aquelarre como aquel, no estaba muy segura de lo que les harían a sus miembros. Estaban contraviniendo todas y cada una de las normas que había regido nuestro mundo durante más de tres siglos.

Yo era una cría y casi una recién llegada a Abbot cuando Gabriel Putnam se había convertido en una celebridad por su actitud rebelde. Contradecía a los profesores, cuestionaba lo que se nos enseñaba, se saltaba los toques de queda… Teniendo en cuenta que era el nieto de Putnam, el miembro más antiguo y respetado del consejo, su comportamiento indisciplinado resultaba aún más llamativo. Las malas lenguas decían que solo trataba de provocar a su abuelo y llamar la atención de su familia; supongo que, en el fondo, era algo similar a lo que nos sucedía a Cam y a mí, solo que él lo había llevado hasta tal extremo que había acabado expulsado. Durante un tiempo, se rumoreó que lo habían enviado a una de las academias que existían en Europa, pero nunca se supo si era cierto. De la que no conservaba ningún recuerdo era de Annabeth, lo cual era extraño porque, que yo supiera, todos los Putnam sin excepción recibían su educación en Abbot. Si había pasado por la academia, su comportamiento debía de haber sido de lejos mucho más discreto que el de su primo.

—Aquí no hablamos de brujos blancos u oscuros. No hay diferencias entre nosotros —aclaró Robert, y entendí por qué Annabeth había hecho hincapié en que eran *solo* brujos.

—Eso es una estupidez. Somos lo que somos —replicó Alexander, apartando por fin la vista de Gabriel y centrándose en Robert.

Este esbozó lo que parecía una sonrisa de disculpa y se encogió de hombros.

—Bueno, te recuerdo que Danielle es una Good y vosotros sois Ravenswood y… aquí estáis.

Vale, ahí llevaba razón, y el silencio que se estableció tras su comentario fue bastante revelador. Ni siquiera Alexander se atrevió a contradecirlo. Sin embargo, nosotros no conformábamos un aquelarre, solo estábamos… unidos por las circunstancias, ¿no? Los miembros de un aquelarre no tenían por qué ser familia, pero formaban un grupo de lazos sólidos y se protegían a toda costa y…

¡Mierda!

Pensé en los brillantes cordones que había contemplado durante mi viaje astral. En la relación de Meredith con Wood, con el que ahora yo compartía el dolor de la pérdida; los gruñidos de advertencia a Gabriel cuando este me había interrogado de malos modos; la forma en la que Raven me había brindado su amabilidad desde el primer momento… Recordé la defensa de los gemelos que yo misma había hecho frente a Wardwell cuando la directora de Ravenswood había insinuado que podían haber tenido algo que ver con los ataques a Dianna Wildes y Abigail Foster; había llegado a jurar por mi linaje. Y Alexander… A pesar de mis diferencias con él y nuestros continuos desafíos, sabía que me había acunado entre sus brazos tras sacarme de Ravenswood, tanto en el coche como las noches siguientes; sin darse cuenta de que yo había sido consciente de todo ello. Y acababa de defenderme como si yo fuera uno de los gemelos. Cualquiera que conociera todos esos detalles podría referirse a nosotros como un aquelarre. Y tal vez no andaría muy desencaminado.

—¿Qué os parece si os muestro vuestras habitaciones y todos descansamos un poco? —sugirió Robert—. Más tarde responderemos a vuestras preguntas.

Lo último lo dijo mirándome. Debía de resultar evidente que tenía muchas, y no todas eran acerca de su particular aquelarre, la verdad.

Mis ojos se deslizaron hacia Alexander una vez más. Se había quedado demasiado callado después del comentario de Robert sobre nosotros y no sabía si sería porque estaba pensando lo mismo que yo. Aunque a lo mejor solo estaba imaginando las formas en las que podía estrangular a Gabriel Putnam, a saber. Con Alexander Ravenswood nunca se sabía.

Pero la procedencia de Gabriel y Annabeth no era la única sorpresa que nos llevamos. Resultó que Aaron pertenecía a la familia Proctor, lo cual en sí mismo no tenía mucha importancia, ya que los Proctor sí eran un linaje de brujos oscuros. Lo curioso de todo aquello era que, en Salem, Ann Putnam había sido la responsable de la acusación de Elisabeth, la esposa de John Proctor. El hombre había salido en su defensa, se le había acusado también y había terminado siendo ahorcado. Cualquiera diría que sus descendientes guardarían cierto rencor a cualquier Putnam que encontrasen en su camino, por mucho

que luego Ann Putnam hubiese pedido perdón. Sin embargo, no solo no era así, sino que habían llegado a formar parte del mismo aquelarre.

Tal vez fuera una estupidez, pero aquello me hizo reconciliarme un poco conmigo misma y con el hecho de que, al parecer, Alexander y yo no éramos los únicos bichos raros en nuestro mundo. A decir verdad, nuestros antepasados al menos no se habían matado entre sí, sino que dos de ellos se habían enamorado. Quise pensar que eso tenía que contar.

# 13

## Alexander

Apreté los dientes mientras Robert nos guiaba por más y más de aquellos pasillos infinitos. Por una parte, me sentía orgulloso de haber sido capaz de mantener mi oscuridad a raya al enfrentarme con ese imbécil de Putnam, pero por otra parte… Por otra parte, estaba ansioso por regresar a por él y arrancarle la cabeza. La ferocidad de mi reacción frente a aquel tipo me había sorprendido incluso a mí, sobre todo porque no había amenazado a Wood ni a Raven, sino a Danielle. Y no estaba del todo seguro de querer asumir lo que eso significaba a pesar de que, en el fondo, creo que ya lo sabía.

—Ahora entiendo por qué Maggie me comentó que tu aquelarre era más *comprensivo* —dijo Danielle.

Wood caminaba a mi lado, aún como lobo, y Raven se encontraba unos pasos por delante. Iba silbando mientras observaba con atención cada puerta que dejábamos atrás, sin importar que todas fueran iguales que la anterior. A veces envidiaba su capacidad para permanecer inalterable y ajeno a todo.

—A ver si lo adivino: creías que se refería a mi orientación sexual —rio Robert.

—No, en realidad, pensé más en tu… procedencia —respondió ella.

—¡Ah, sí! Por supuesto. Soy un Bradbury, lo entiendo. Aunque aquí ese detalle no tiene demasiada importancia.

Sinceramente, su orientación me daba igual. Nunca había interrogado a Raven al respecto, y no estaba seguro de cuáles eran sus preferencias, ya que nunca había mostrado un interés sexual o romántico real por nadie; quizás por Danielle, o ahora por Robert,

aunque en ninguno de los dos casos lo tenía muy claro. A quien desearan o amaran los demás era asunto solo suyo y de nadie más. Pero en un mundo en el que el linaje al que pertenecías lo decidía todo, oírlo afirmar que su apellido no tenía importancia resultaba… extraño. Incongruente. Ahora comprendía un poco más por qué Robert no había dudado en ayudarnos o, más bien, en ayudar a Danielle a pesar de que era una bruja blanca.

—Sois un aquelarre mixto —comenté en voz alta—. No eran muy abundantes, pero existieron algunos varios siglos antes de los juicios.

Danielle, sorprendida, miró hacia atrás por encima de su hombro. Supuse que no esperaba que tuviera esa clase de conocimientos, pero vivir aislado durante tantos años me había brindado mucho tiempo libre para hurgar en libros antiguos. Enarqué las cejas y me permití dedicarle una sonrisita de suficiencia, lo cual solo consiguió que pusiera los ojos en blanco y volviera la vista al frente.

—Pero incluso en esos aquelarres se diferenciaba entre brujos blancos y oscuros. Cada uno tenía su función en el grupo.

Robert frenó al llegar a una puerta, por fin, y todos nos detuvimos con él.

—Nosotros nos hemos enseñado unos a otros, así que compartimos mucho conocimiento en común.

—¿Y la magia de sangre? —Era el tipo de magia más oscura, junto con la de invocación, que generalmente también requería sangre, por lo que podía englobarse dentro de ella.

Robert negó.

—Procuramos no practicarla.

«Procurar» no significaba que no la emplearan, pero desde luego era un paso adelante. Aun así, la idea de que existiese un aquelarre de brujos sin más era… peligrosa. No para los demás, sino para ellos mismos.

—Podéis usar cualquier habitación de este pasillo. Hay un baño común y duchas al final. Descansad un rato. O bien podéis reuniros con los demás para la cena.

Raven sonrió al escucharlo.

—¿Hay otros brujos aquí?

—Algunos van y vienen. Ofrecemos refugio a todo aquel que lo

necesite, por el motivo que sea.

Robert nos contó que funcionaban como una especie de casa franca para cualquier brujo que necesitase asilo. No importaba lo que los hubiera llevado hasta allí, solo que cumplieran las normas, y eso incluía no enfrentarse a brujos del bando contrario. Una vez que atravesaban las puertas de entrada, en realidad, los bandos dejaban de existir. De todos modos, suponía que eso era algo más fácil de decir que de mantener; siglos de rencillas no se evaporaban tan solo deseando que lo hicieran. Prueba de ello era la actitud recelosa y hostil de Gabriel Putnam.

Una vez que una muy pequeña parte de nuestra curiosidad quedó satisfecha, nos distribuimos entre las habitaciones. Danielle ocupó la que quedaba enfrente de la que yo había escogido, y Raven y Wood una doble a mi izquierda. Robert se marchó a la suya, que se encontraba en un pasillo adyacente, no sin antes indicarnos cuál era exactamente por si necesitábamos localizarlo.

No era capaz de conciliar el sueño. Nos habíamos instalado en nuestras respectivas habitaciones. Los dormitorios eran sencillos: la cama, una mesilla con una lamparita, un armario de una puerta en el que dejé las escasas pertenencias que había traído conmigo y, en un rincón, un pequeño escritorio con una silla, ambos de metal. Las paredes allí dentro estaban pintadas de blanco y las sábanas y la colcha eran del mismo color. No había ventana, por lo que supuse que nos encontrábamos en la parte central del edificio. Pero no era la ausencia de lujos o comodidades lo que me mantenía desvelado.

Un rato antes habíamos tomado una cena fría en una especie de comedor común con largas mesas y bancos para sentarse. Ningún otro brujo, salvo Robert, se había unido a nuestro grupo, aunque no estaba seguro de si había sido por lo tarde que era o bien nos estaban evitando. Raven había pasado la comida acribillando a Robert a preguntas y Danielle tampoco se había quedado atrás, aunque no todas habían encontrado una respuesta clara. No podía culpar a Robert por recelar; durante mucho tiempo, yo mismo me había guardado mucho para mí. A decir verdad, aún mantenía en las

sombras ciertos secretos que no sabía si estaba dispuesto a desvelar.

Lo que Robert sí nos había explicado era que allí llevaban una vida más o menos normal, si por «normalidad» entendíamos que tenían trabajos al margen de nuestro mundo y se relacionaban con los humanos a diario. Al parecer, los Putnam y él eran socios en una pequeña empresa que desarrollaba videojuegos, mientras que Aaron Proctor estaba terminando sus estudios de abogacía en la Universidad. Escucharlo hablar sobre su educación o sobre cómo habían puesto en marcha el negocio hacía un par de años y ahora vivían de él había hecho que me planteara muchas más cosas de las que estaba dispuesto a admitir frente a los demás, como el hecho de que mi vida, en realidad, apenas si había sido tal hasta ahora. No había abierto la boca durante todo el tiempo que habíamos pasado en el comedor, dado que no tenía demasiado que aportar. Me sentía… incómodo en mi propia piel, algo que no me había pasado nunca antes. O al menos no por ese motivo. Puede que me hubiese odiado a mí mismo por la oscuridad que habitaba en mi interior, pero jamás había sido tan consciente como en ese momento de lo aislado que había estado y lo mucho que me estaba perdiendo en todos los sentidos.

Robert por fin había podido hablar con Maggie y esta le había confirmado lo que ya intuíamos: el consejo oscuro en pleno se encontraba en Ravenswood desde nuestra partida y parecía que las reuniones habían sido continuas. También habían acudido algunos miembros de linajes relevantes en calidad de asesores del propio consejo. Las clases se habían mantenido, pero algunos alumnos habían regresado temporalmente a sus casas por temor a un nuevo enfrentamiento entre ambas academias. Habían muerto tres estudiantes durante el asalto, los dos que habíamos encontrado carbonizados en el bosque y uno más que había resultado herido de gravedad y por el que no habían podido hacer nada. Tres brujos oscuros muertos; otros tres funerales y otras tres familias destrozadas. Eso sin contar con la Ibis a la que Elijah había arrancado el corazón.

Aunque oficialmente nadie en Ravenswood había admitido la muerte de Meredith, los rumores sobre el ataque y lo sucedido en el límite de los terrenos de la academia se habían extendido por los pasillos y las aulas como la pólvora. Algunos decían que era Danielle a

la que se había ajusticiado en represalia; otros decían que no se trataba de ella, sino de un brujo blanco que había acudido a rescatarla. Maggie incluso había oído a un grupo de alumnos decir que los atacantes habían secuestrado al heredero Ravenswood —es decir, a mí—, y que Raven y Wood habían abandonado el lugar en su persecución. La tensión reinaba en el campus y los cuchicheos y susurros aumentaban con cada reunión del consejo. Todo el mundo estaba esperando, aunque no supieran muy bien qué. Las reglas habían cambiado y, con ello, nuestro mundo se había sacudido hasta los cimientos.

Tras hablar con ella, Robert había comentado que Maggie no parecía demasiado contenta. La chica no entendía por qué nos habíamos marchado y mucho menos que él la hubiera dejado atrás sin ninguna explicación o aviso de nuestra huida. Había hecho hincapié en su inquietud y le había pedido a su primo que regresara. Por suerte, él no le había explicado a dónde nos dirigíamos ni dónde nos encontrábamos en ese momento; se había limitado a asegurarle que los rumores eran falsos y que estábamos a salvo. Maggie no había sabido de la presencia de Dith en Ravenswood, así que Robert no le había ofrecido ninguna explicación al respecto. Me había sentido agradecido por su discreción, aunque creo que había optado por callar más para protegerla a ella que a nosotros. Sinceramente, fuera cual fuese el motivo de su silencio, a todos nos había parecido bien.

La idea era ponernos en marcha temprano a la mañana siguiente, así que no habíamos tardado en retirarnos a nuestras habitaciones. Yo estaba tan furioso como exhausto. No podía evitar sentirme responsable de las muertes de los tres alumnos, como también lo hacía de la de Dith por mucho que Danielle hubiese afirmado que no me culpaba de ello. Sin embargo, y por mucho que deseara que los que habían acabado con esas tres vidas pagaran por ello, no estaba seguro de que empezar una guerra contra los brujos blancos fuera la solución. Traer aún más muerte a nuestro mundo, teniendo en cuenta el futuro que auguraba la profecía, no parecía lo más inteligente. Pero conocía a mi padre. Era muy consciente de la influencia que tenía sobre otros miembros del consejo. Su palabra sería tenida muy en cuenta a la hora de tomar una decisión sobre las medidas a adoptar después del ataque

de Abbot. Y Tobbias Ravenswood estaría ansioso por cobrar venganza; jamás permitiría que una ofensa así quedara impune, mucho menos cuando era precisamente Ravenswood el lugar que se había profanado. Aquel era el legado de nuestro linaje.

Giré una vez más sobre el colchón. Mi cerebro parecía decidido a no apagarse. Al final, me resigné y salí de la cama. Me puse el pantalón del chándal y una camiseta, por si me tropezaba con alguien, y me dirigí a la habitación de los gemelos para comprobar si ellos estaban teniendo más suerte que yo. Abrí con cuidado su puerta y asomé la cabeza. La luz estaba apagada, pero, valiéndome de la claridad proveniente de los fluorescentes del pasillo, confirmé que Raven se hallaba en una de las camas, acurrucado de lado y con ambas manos bajo la mejilla. Dormía plácidamente. Wood, en cambio, estaba sentado en la otra cama, con las piernas estiradas a través del colchón y la espalda contra la pared; ni siquiera se había desvestido. No miró en mi dirección, aunque tampoco lo necesitaba para saber que era yo. Todo lo que hizo fue inclinarse y encender la lámpara de la mesilla. Luego, retomó su posición.

Entré, cerré tras de mí y acudí a sentarme a su lado. Tampoco me miró entonces, y durante unos pocos minutos ambos nos dedicamos a contemplar a su hermano. El silencio no resultó tan cómodo como lo había sido siempre para nosotros. Algo había cambiado en él con la muerte de Dith, algo que no estaba seguro de que pudiera repararse. Pero, a pesar de que ese cambio se alzaba entre nosotros como un muro de sufrimiento y dolor, su cabeza resbaló hasta apoyarse sobre mi hombro, buscando un consuelo que yo no tenía ni idea de cómo darle. Por una vez, me hubiera gustado ser yo quien pudiera protegerlo a él

—Wood, yo…

—Lo sé. Ya lo sé —me cortó, y no fue capaz de ocultar el modo en que su voz se quebró al hablar.

Suspiré, frustrado conmigo mismo. La enorme cantidad de poder oscuro que acumulaba no me servía de nada en un momento como ese. No podía aliviar su dolor y, aunque le hubiera ofrecido realizar un hechizo para liberarlo del recuerdo de Dith o algo que paliara la dureza del golpe que había recibido, sabía que Wood jamás me lo

permitiría. Tenía el corazón roto en mil pedazos, pero esos pedazos pertenecían a Meredith, y jamás se negaría a sí mismo algo que lo mantuviera cerca de ella.

Tiré de él y pasé un brazo en torno a sus hombros. No opuso resistencia, lo cual fue un alivio, porque no sabía qué otra cosa hacer para reconfortarlo. Apenas había hablado desde nuestra huida de Ravenswood, apenas comía y no creía que estuviera durmiendo más de un par de horas por día. Resultaba curioso que solo se hubiera mostrado un poco más como él mismo cuando había flanqueado a Danielle en actitud protectora horas atrás, frente a los miembros del aquelarre de Robert.

Durante un largo instante, Wood me permitió mantenerlo entre mis brazos. Luego, se dejó caer hasta que quedó de lado sobre la cama y su cabeza reposó en mi regazo, imitando la postura de su gemelo. Le acaricié el pelo blanco del mismo modo que hubiera hecho de hallarse transformado en lobo, aunque no recordaba haberlo hecho nunca con él en su forma humana.

—Ni Danielle ni tú habéis hablado de la ceremonia de despedida.

El ritual era una tradición, pero ninguno de los dos había dicho una palabra al respecto y yo no había querido preguntar para no hurgar más en su herida. Pero tal vez eso les diera la paz que tanto necesitaban ambos. Aunque Danielle no diera muestras de su afectación del mismo modo en que lo hacía Wood, no era tan estúpido como para creer que estaba bien. La ira bullía en su interior junto con su magia por mucho que se estuviera esforzando para empujarla más y más profundo; yo era un experto en ocultar mis emociones, sabía reconocer cuando alguien fingía y elevaba altos muros a su alrededor para que nadie pudiera escalarlos o contemplar las cosas feas que había tras ellos.

—Todavía no. —Fue todo lo que dijo—. Necesito… más tiempo.

Cerró los ojos mientras yo seguía hundiendo los dedos en su pelo, tratando de alguna manera de transmitirle mi cariño y devolverle un poco de la lealtad y el amor que tanto Raven como él me habían brindado a lo largo de los años.

—Lo que quieras. Todo el que necesites.

—Gracias.

Apreté los dientes y esta vez fui yo el que tuvo que pelear para no sucumbir a mi propia ira. Mi padre le había arrebatado el amor de su vida a Wood, un amor que se había mantenido inquebrantable durante más de un siglo y medio incluso cuando mi familiar había estado siempre atado a otra persona, obligado a proteger a un miembro de su linaje y sin libertad para vivir dicho amor de forma completa; si en algún momento había llegado a odiar de verdad a mi progenitor por desterrarme de su lado y tratarme como a un monstruo, no era nada comparado con lo que sentía en ese instante.

Pasamos un rato así, y deseé que pudiera relajarse y dormir un poco. No me importaba tener que quedarme allí sentado, sirviéndole de almohada, si con ello lograba que descansara. Pero un rato después, cuando creía que ya estaba dormido, volvió a hablar.

—La primera vez que la vi no sabía que era una bruja blanca —murmuró, y me estremecí al detectar la emoción que empañaba su voz. No necesité una aclaración para saber que estaba hablando de Dith—. Llevaba toda la tarde vagabundeando por el bosque y ya estaba harto de ver solo árboles y más árboles, así que fui hacia Dickinson. Me transformé antes de llegar al pueblo y, aunque ya era de noche y sabía que no habría demasiada gente por las calles, me dije que pasear por allí sería más entretenido que hacerlo por el bosque. Nos tropezamos en una esquina, ella sonrió y en cuanto le puse los ojos encima… Joder, Alex, era preciosa. Lo más bonito que hubiera visto jamás. Se rio de mí porque me quedé embobado mirándola. Fue realmente patético. Ni siquiera sé lo que le dije o si llegué a disculparme por chocar con ella.

»Después de ese primer encuentro, yo buscaba cualquier excusa para escapar de Ravenswood y regresar al pueblo. Pasaron dos semanas hasta que volví a verla. Me había jurado a mí mismo que, si la encontraba de nuevo, no iba a desaprovechar la oportunidad, así que la asalté sin pudor y le pedí acompañarla a dondequiera que fuese. Ella volvió a reírse de mí, a carcajadas esta vez. Me costó tres meses embaucarla para que me dejara caminar un rato a su lado y poder charlar. Un año para robarle el primer beso y… —Wood inspiró profundamente y apretó aún más los párpados en un intento de ahuyentar las lágrimas—. Me comporté como un imbécil con ella. Al

principio, no era más que un juego, una especie de reto, y luego, cuando empezó a convertirse en algo más, me daba demasiado miedo perderla si le contaba lo que era en realidad y que estaba atado a otra persona de por vida. Para cuando por fin me atreví a decírselo, yo ya estaba completamente enamorado de ella. De su jodida risa y de su humor afilado y punzante. De sus ganas de vivir y comerse el mundo. Yo sabía que me debía a mi protegida de ese entonces, y que después de ella vendría otro Ravenswood al que proteger, y luego otro, y otro. No tenía poder de decisión sobre mi destino y se lo había ocultado a Dith a sabiendas, junto con el hecho de que era un brujo oscuro. Pero, cuando se enteró, no me dedicó ni un solo reproche, sino que se enfureció por lo que esa condena suponía para mí. Y ¿sabes qué? Incluso cuando yo era muy consciente de a lo que me exponía al no romper de inmediato nuestra relación, jamás me arrepentí de nada. Pero ella… Ella acabó igual de maldita que yo… —suspiró con amargura—. Aun así, tampoco entonces renegó de mí. Aceptó su maldición sin más y me prometió que acudiría en mi busca en cada ocasión que le fuera posible. Nunca se rindió, nunca flaqueó y nunca dudó de mí ni de sus propios sentimientos. Y al diablo si eso no me hizo amarla aún más…

Volví a estremecerme, conmovido por sus sentimientos y por escucharlo hablar tan honestamente de ellos. Wood no era como su gemelo, no solía abrirse y exponer sus emociones, y mucho menos me había hecho saber nunca que lo que sentía por Dith fuese tan profundo. Su dolor tenía que ser infinito para que admitiera todo aquello frente a mí.

De repente, Wood abrió los ojos. Se incorporó un poco y ladeó la cabeza, como si tratase de oír algún sonido lejano. Abrí la boca para preguntar, pero alzó un dedo para callarme. Traté de descubrir lo que fuera que lo hubiera alertado, pero no oí nada, al menos en un primer momento. Finalmente, me pareció escuchar pasos ligeros alejándose por el pasillo.

—Danielle ha salido de su habitación —dijo, con el ceño fruncido por la concentración. Mantuvo su atención fuera del dormitorio durante unos pocos segundos más y luego añadió—: Iré a echar un vistazo.

Cuando hizo ademán de ponerse en pie, lo detuve.

—Espera. Iré yo. Tú trata de descansar un poco. Lo necesitas.

Asintió. Fui a levantarme y esta vez fue él quien me agarró para detenerme.

—Sé que te saca de quicio, pero… —Titubeó un instante—. Habría que ser idiota para no darse cuenta de que hay algo entre vosotros, algo muy intenso, Alex, y tú nunca me has parecido un idiota.

Enarqué una ceja, esperando que agregara algo más, pero no dijo nada. Me pregunté si me había hablado de Dith solo para desahogarse o pensaba que, de algún modo retorcido, la historia estaba repitiéndose con Danielle y conmigo como protagonistas. No tenía ni idea y no iba a cuestionarlo en ese momento, no cuando por fin había dejado a un lado su actitud hosca y contemplativa.

—Ve y cuida de ella —dijo finalmente, cuando yo ya estaba junto a la puerta. «Hazlo mejor de lo que yo lo he hecho», fue lo que no llegó a decir.

Se sentó en el colchón y adoptó de nuevo la postura en la que lo había encontrado, y yo salí al pasillo, dispuesto a obedecer su orden a sabiendas de que la bruja blanca, probablemente, no necesitaba a nadie que la cuidara. O que tal vez yo no fuera el más indicado para hacerlo de todas formas.

# 14

Después de la cena, habíamos regresado a nuestras habitaciones y todos se habían ido a dormir. Yo también lo había intentado, pero la siesta de varias horas que me había echado en el coche no ayudaba demasiado, como tampoco lo hacía saber que el edificio era el hogar de un aquelarre mixto. Así lo había llamado Alexander, y yo seguía tratando de asumir que eso fuera posible. El concepto de dos bandos de brujos, blancos y oscuros, separados entre sí estaba tan arraigado en mí que no era fácil aceptar que unos y otros pudieran compartir el mismo espacio, conocimientos y proyectos comunes. Una vida.

Además, pensar en que al día siguiente nos encontraríamos con Loretta Hubbard solo contribuía a aumentar aún más mi desvelo, así que había decidido salir a explorar un poco, lo cual seguramente era una pésima idea porque no tenía ni idea de qué o a quién podía encontrarme. Pero quedarme encerrada en aquella pequeña habitación me hacía sentir enjaulada. Me asfixiaba.

Por suerte, tras investigar un poco, había encontrado una escalera que subía varias plantas y, después de vagabundear un rato por los pasillos, de alguna manera había terminado en una terraza situada en la parte trasera del edificio. En cuanto salí al exterior y el aire fresco de la noche me dio en la cara, sentí que podía respirar de nuevo. Una hilera de bombillas decoraba las paredes y mantenía la zona en una suave penumbra. Había varios sofás repartidos por todo el lugar, maceteros con algunas plantas que le daban un toque verde e incluso descubrí un estanque con un montón de pececillos, brillantes bajo la luz de la luna. Giré sobre mí misma y encontré también una pequeña construcción de ladrillo rectangular con restos de lo que debía de haber sido una hoguera, y me di cuenta de que los cuatro elementos estaban representados de una u otra manera: tierra, agua, aire y fuego. Posiblemente, los brujos que vivían allí utilizaban aquel lugar para

relajarse y recargar energía.

Atraída por el reclamo de mi elemento, me acerqué hasta el estanque y hundí la punta de los dedos en el agua. En un primer momento, los peces salieron disparados en todas direcciones, pero luego acudieron a curiosear. Había de casi todos los colores, además de varios nenúfares flotantes y otras plantas que no supe identificar. En cuanto moví la mano un poco de nuevo, los peces volvieron a dispersarse.

Inhalé profundamente y retrocedí hasta los sofás. Me acurruqué en uno de ellos, con las piernas contra el pecho y los brazos rodeándome las rodillas, y me quedé contemplando las luces de Nueva York. Las vistas eran espectaculares y, en cualquier otro momento, sabía que no estaría allí mirándolas, sino recorriendo las calles, las plazas y los parques. Cada rincón de aquel lugar. A Dith le hubiera encantado todo aquello, tanto el bullicio de la ciudad como el hecho de que existiera un grupo de brujos que no dudara en desafiar todo lo que se nos había enseñado. ¡Dios! Hubiera declarado el edificio como su nuevo hogar y, sin ninguna duda, se hubiera unido a ellos de haber podido hacerlo.

La echaba de menos. En momentos como aquel, en los que permitía evocar su recuerdo, su ausencia dolía tanto que el aire pareció rehuir de nuevo mis pulmones. La rabia me golpeó en el centro del pecho y, un instante después, mi magia replicó ese golpe con una intensidad diez veces superior. Durante un breve instante me pregunté qué sucedería si la dejaba salir. Si permitía que las paredes cayeran y vomitara fuera de mi cuerpo tanto aquel enorme caudal de energía como la ira turbia y profunda que me devoraba por dentro. ¿Emergerían mis alas? ¿O me convertiría en otra cosa? ¿Influiría que Alexander me hubiera *prestado* parte de su magia en dos ocasiones? ¿Lo harían mis orígenes? ¡Por Dios! Ni siquiera estaba al cien por cien segura de que no hubiera una parte de Ravenswood en mi linaje.

Me tragué las lágrimas y cerré los ojos. Ningún sonido llegaba desde la calle varias plantas más abajo, pero eso no era de extrañar, pues había hechizos que cubrían también aquella zona del edificio. Al parecer, el aquelarre de Robert no había escatimado en precauciones y parecía que también habían aislado el lugar para evitar cualquier tipo de molestia. Pero ese tipo de magia y la mía no eran las únicas que

flotaban en el ambiente. El vello de la nuca se me erizó y un escalofrío de reconocimiento reptó por mi espalda.

—¿Vas a quedarte ahí detrás entre las sombras acechándome toda la noche o en algún momento vendrás a sentarte aquí conmigo?

No me molesté en volver la cabeza para comprobar que era Alexander quien estaba allí. Lo sabía. Lo sentía en los huesos y en la carne; mi estúpido cuerpo parecía detectar su presencia en cuanto entraba en cualquier habitación en la que me encontrase. Y, por si eso no hubiera resultado suficiente, también mi magia reaccionaba a la suya y me servía de aviso.

—No te estaba acechando.

—Observar a alguien que se supone que no sabe que lo estás haciendo se llama «acechar», Alexander.

Resopló, pero acto seguido lo oí acercarse. Tomó asiento en el mismo sofá que yo, aunque mantuvo cierta distancia. Lo observé por el rabillo del ojo. Se había cambiado de ropa, lo cual me hizo consciente de que yo había escapado de mi habitación tan solo con la camiseta que usaba para dormir —una que le había pertenecido—; ni tan siquiera me había molestado en calzarme. En la postura en la que estaba, mis piernas estaban totalmente expuestas y la tela apenas si me tapaba las bragas, pero me negué a cambiar de posición. Tampoco era que él pareciera estarme prestando mucha atención.

Se hallaba inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y la mirada al frente, el rostro serio y esa perpetua arruga de preocupación cruzándole la frente. Sus rasgos parecían aún más duros y afilados a causa de las sombras, aunque estas no provenían de él, sino de la escasa iluminación del ambiente. Contemplaba la ciudad que se extendía frente a nosotros, pero no parecía estar viéndola en realidad. Era como si estuviera allí y no estuviera al mismo tiempo.

—¿Ves? Mucho mejor así, ¿no? —dije, solo para fastidiarlo un poco. Era superior a mis fuerzas.

La comisura de su boca tembló levemente, aunque se negó a dejar fluir una sonrisa.

—Tal vez.

Pasaron varios minutos. Mientras que yo lo observaba ya abiertamente, él continuó perdido en lo que fuera que le preocupase

en ese momento; la verdad era que ambos teníamos preocupaciones para elegir. Luego, por fin, giró la cabeza y me miró, y de inmediato deseé que no lo hubiera hecho. Sus ojos lucían atormentados, anegados de una tristeza cruda y feroz. Mirarlo fue como recibir un puñetazo en mitad del pecho. Otro golpe más.

—Wood tiene el corazón roto. —Hizo una breve pausa antes de añadir—: Y tú también. —Tuve que apartar la vista, pero eso no lo disuadió—. No puedes engañar a un mentiroso, Danielle. ¿Crees que no me doy cuenta de lo que estás haciendo? ¿De cómo cada vez tratas de empujar tu magia y tu dolor más y más profundo? No te hará ningún bien…

—Basta —traté de exigir, pero salió como una súplica.

—Mírame. Mírame, Danielle.

No me tocó ni se movió de donde estaba, pero el acero inflexible de su voz me obligó a obedecer. La humedad me llenaba los ojos y no tardé en comprender que iba a perder la batalla frente a las lágrimas. No quería llorar, no estaba segura de poder parar una vez que empezara. Así que cuando la primera lágrima se deslizó por la parte superior de mi mejilla, levanté la mano y, haciendo uso de mi magia, me la arranqué de la piel. Y después de esa, hice lo mismo con la siguiente, y con la que vino después, hasta que decenas de gotitas flotaron a un palmo de mi rostro… Alexander me observó sin decir palabra mientras las agrupaba hasta formar una sola de mayor tamaño y la enviaba directa al estanque. Y luego volvía a empezar de nuevo con las siguientes.

Había querido pensar que ya no era la chica inocente y estúpida que había abandonado Ravenswood. Que lo sucedido me había vuelto más fuerte y menos vulnerable. Que todo lo que había descubierto me había hecho «crecer» de golpe… Y allí estaba, llorando como una niña frente al mismo brujo oscuro que había deseado deshacerse de mí desde el mismo instante en el que había puesto un pie en su casa.

Pero yo no quería nada de aquello. Incluso cuando mi ira anhelara castigar al culpable de la muerte de Dith, tenía miedo. No quería formar parte de ninguna profecía que augurara el fin del mundo; no quería ser el opuesto de nadie. No quería todo ese poder que apenas si era capaz de contener. No quería unas malditas alas en mi espalda, y

eso que ni siquiera había llegado a verlas. Las cambiaría sin dudar por tener a Dith de vuelta.

Alexander tenía razón, no había dejado de empujar mi furia hacia lo más profundo de mi ser, y esta estaba arrastrando también a mi magia. Eso no podía ser bueno, pero no podía hacer otra cosa.

—No quiero hacer esto —admití, y odié lo pequeña y vulnerable que se oyó mi voz. Probablemente, era la primera vez que admitía alguna clase de debilidad frente a Alexander, pero estaba tan cansada…

Su mirada se oscureció y descendió persiguiendo los rastros de humedad por mis mejillas, luego su atención regresó a mis ojos.

—¿Recuerdas el día que saliste a correr con los gemelos al bosque de Elijah? —preguntó entonces. Seguía inmóvil, observándome con la clase de intensidad que siempre hacía que la piel se me erizara—. Yo me reuní con vosotros más tarde. Fue el mismo día que el árbol se te presentó.

Asentí, aunque no tenía ni idea de por qué estaba mencionando aquello ni a dónde quería ir a parar. Arrastré una nueva lágrima lejos de mí con un leve movimiento de la mano, ya ni siquiera estaba tratando de contenerlas. No creo que lo hubiera conseguido por mucho que me esforzase.

—Me pediste ayuda para desbloquear tu magia —prosiguió, y se deslizó sobre el asiento hasta quedar un poco más cerca de mí—. ¿Recuerdas la pregunta que te hice entonces?

Traté de evocar el momento del que me estaba hablando. Apenas si habían pasado unos cuantos días desde entonces y, sin embargo, parecía haber transcurrido toda una vida. Recordaba que esa mañana todo se había torcido de la peor de las maneras: Abigail Foster había aparecido muerta y Alexander había acudido a avisarnos, pero al tropezarse a solas conmigo había empezado a perder el control. Wood había tenido que intervenir para mantenerlo alejado de mí, y había sido Raven quien me había confesado luego que se veían obligados a hacerle daño a su protegido para apartarlo de la oscuridad. Si en mitad de aquella locura Alexander me había preguntado algo importante, ahora mismo no lo recordaba.

Debió de darse cuenta de que no tenía ni idea de lo que me

hablaba, porque intervino de nuevo para decir:

—Te pregunté si de verdad me estabas pidiendo que te tocara, Danielle. —Su expresión se suavizó y el iris negro comenzó a destellar. Y aunque la tristeza continuaba enturbiando su mirada, también había otra emoción ahí, algo mucho más tierno y amable—. ¿Lo quieres? ¿Quieres que te toque?

A pesar de las mil maneras en las que se podía interpretar aquella pregunta, no había nada sexual en su tono. No me estaba provocando como había hecho en multitud de ocasiones antes. Tampoco era su oscuridad la que lo obligaba a plantearme esa cuestión, tal y como había sucedido ese día en el bosque. Ni aquello se parecía en nada a lo que había ocurrido en la cocina de la cabaña, cuando también me había tocado solo para distraerme mientras me contaba lo de las alas. No, en ese instante solo se trataba de él, de Alexander, y comprendí que lo que realmente me estaba preguntando era si podía acercarse para consolarme. Si yo *quería* que lo hiciera.

Ni siquiera lo dudé.

—Sí.

Alexander se movió tan rápido que pensé que lo había malinterpretado todo e iba a lanzarse sobre mí a saber por qué oscuros motivos. Pero cuando estuvo casi sobre mí, en cambio, lo que hizo fue pasar la punta de los dedos por mis mejillas con tanta suavidad que apenas si noté un leve roce. No apartó la mirada de mis ojos en ningún momento, y yo tampoco me escondí de él. Me estaba derrumbando y ya no tenía a Dith para recoger mis pedazos como lo había hecho tras la muerte de mi madre y Chloe. No tenía a nadie.

—No pasa nada por llorar, Danielle —susurró, con tanta dulzura que más lágrimas acudieron a ocupar el sitio de las que ya había derramado.

Me acunó el rostro entre las manos y continuó secándomelas durante largo rato con los pulgares, una tras otra, sin hablar ni quejarse —ni siquiera estaba frunciendo el ceño—, con una paciencia y delicadeza que solo le había visto mostrar en ciertas ocasiones con Raven. Y cuando percibió que estaba temblando, estiró la mano hacia una de las jardineras que rodeaban el sofá e invocó su magia para hacer brotar una trepadora de la tierra. La planta creció hasta

convertirse en una pared verde que nos rodeó casi por completo, protegiéndonos de la brisa nocturna y también aislándonos del resto del mundo. Luego, continuó secando mis lágrimas.

No se detuvo en ningún momento a pesar de que mis sollozos parecían no tener fin, y yo no quise decirle que su ternura me estaba rompiendo el corazón de nuevo, aunque fuera de la única manera en la que no había previsto que Luke Alexander Ravenswood pudiera hacerlo.

# 15

Las lágrimas habían dejado de caer en algún momento, aunque yo continuaba hecha una bola sobre el asiento, con la espalda encorvada y las piernas pegadas al pecho, pero ahora los brazos de Alexander se hallaban rodeando a su vez mi cuerpo y mi mejilla reposaba contra su pecho. Los dedos de mi mano derecha se habían cerrado en torno a un trozo de tela de su camiseta y los sentía agarrotados, pero me negaba a retirarlos. No quería soltarme por miedo a que decidiera irse y tuviera que quedarme a solas con mi ira, mi tristeza y el resto de mis abrumadores pensamientos.

Como si presintiera mi temor, una de sus manos cubrió la mía. Frotó con el pulgar mis nudillos, blancos por la presión que estaba ejerciendo, y apoyó la mejilla contra la parte alta de mi cabeza. Suspiró. No habíamos dicho una palabra durante largo rato y el silencio pesaba cada vez más. Tenía que encontrar el modo de recomponerme. Aunque no quisiera afrontar lo que el destino había preparado para mí, eso no impediría que las cosas siguieran sucediendo; esconderse no iba a servir de nada y yo lo sabía. Pero también tenía que reconocer que permitirme llorar a Dith había sido liberador, aunque me avergonzase pensar que Alexander hubiese sido testigo de ello.

—Estás tocándome —dije, y mi voz sonó amortiguada contra su pecho.

Me arrepentí de inmediato de haber señalado lo que ya era una obviedad. Conociendo la paranoia de Alexander, volvería a tomar distancia. Y yo no estaba preparada para dejarlo ir aún, no me importaba si eso me hacía parecer débil o necesitada.

Pero él no se movió. Me mantuvo al abrigo de su cuerpo. Desprendía un calor delicioso y su aroma a bosque y musgo salvaje se había convertido ya en algo familiar y reconfortante, aunque

seguramente nunca se me ocurriría decírselo. No podía evitar resistirme a la idea de que se estuviera convirtiendo en algo más que un brujo oscuro gruñón que no me quería a su alrededor y al que yo tampoco soportaba.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué…? —me interrumpí antes de poner voz a mis pensamientos y preguntarle por qué demonios se mantenía apartado de mí en todo momento.

Sin duda, eso implicaría admitir que me molestaba su actitud distante. Y lo hacía. Alexander me irritaba, pero su comportamiento receloso lo hacía aún más.

—¿Por qué no te he tocado antes? —terminó él por mí de todas formas, y percibí sus labios curvándose contra mi sien. Idiota—. No creí que tú lo deseases. No después de…

Esta vez fue él quien dejó la frase a medias, pero podía imaginar lo que había decidido callar. La muerte de Dith nos había afectado a todos de diferentes maneras. Alexander era especialista en torturarse y culparse; lo ocurrido cuando su magia había brotado de forma repentina y afectado a su madre, la sordera de Raven y, ahora, no haber sido capaz de evitar la muerte de Dith a manos de su padre. Si a eso le sumábamos la vida de ermitaño que había llevado hasta ese momento…

—Pero ahora puedo controlarlo —agregó.

—Te ha costado lo tuyo darte cuenta.

Aunque no le veía la cara, juro que lo oí poner los ojos en blanco. Aun así, mantuvo los brazos a mi alrededor. Una de sus manos había empezado a moverse por mi espalda, subía y bajaba muy despacio en una caricia infinita; si lo estaba haciendo de manera intencionada o no, no tenía forma de saberlo.

Levanté un poco la barbilla y admiré el entramado de ramitas y hojas sobre nuestras cabezas. Alexander siguió el rumbo de mi mirada. Un instante después, pequeñas florecillas blancas comenzaron a brotar como por arte de magia, literalmente. El ambiente se impregnó de una mezcla de bosque y del aroma dulzón de las flores mientras más y más de aquellos pequeños capullos abrían sus pétalos ante mis ojos. El verde y el blanco se entremezclaron hasta formar un precioso tapiz.

—Fanfarrón —me burlé, aunque estaba impresionada.

Que pudiera emplear tanto el elemento tierra como el fuego ya resultaba en sí mismo asombroso, pero no solo se había atrevido a tocarme durante más tiempo del que lo hubiera hecho otras veces, sino que además estaba usando su poder mientras lo hacía. Y más sorprendente aún era que su oscuridad no hubiera hecho amago de mostrarse. Su magia cantaba para mí en un tono muy bajito y suave, y la mía había empezado a replicarle, pero, esta vez, se limitaba a una vibración apenas perceptible, como si se hubieran sintonizado la una con la otra.

Sin dejar de contemplar la maravilla que había creado, añadí:

—Alguien va a flipar mucho mañana cuando vengan a regar las plantas.

Bajé la vista y me tropecé con la mirada oscura de Alexander. No estaba observando su obra, sino a mí. Y el modo en el que lo hacía… provocó que me picara la piel y que fuera mucho más consciente de todos los puntos en los que nuestros cuerpos estaban en contacto. Y eran muchos. Demasiados para poder pasarlos por alto.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro durante más tiempo del que era seguro. Ocurrían muchas cosas cuando Alexander y yo nos mirábamos así. Normalmente, yo le decía alguna tontería y él replicaba con algún comentario brusco o cortante. Pero en ese momento solo podía pensar en el modo en el que me había sacado de Ravenswood en brazos y, en el coche, me había asegurado que todo iría bien.

Por supuesto, nada estaba bien. Y yo no tenía la más mínima idea de lo que estaba sucediendo entre nosotros, pero no aparté la mirada. Él tampoco. Su mano alcanzó la parte baja de mi espalda y esta vez no volvió a ascender. El calor se filtró a través de la tela de mi camiseta enseguida.

De repente, sus labios parecían estar mucho más cerca. Su pecho bajaba y subía más rápido, su iris negro contenía una constelación al completo de brillantes estrellas y el otro había pasado a adquirir un profundo tono azul medianoche.

Mi estómago empezó a dar volteretas y mi corazón decidió seguirle el ritmo y patearme las costillas. Su cercanía se volvió tan abrumadora

que supe que tenía que buscar algo que decir antes de cometer una estupidez.

—¿No irás a empezar a arder y ponerte en modo destructor infernal? —traté de bromear, aunque fue un intento muy muy pobre.

Alexander se lamió el labio inferior con la punta de lengua. Mis ojos cayeron hasta su boca y todos mis pensamientos coherentes se desvanecieron. Ya no había un mundo ahí fuera, tras la pared de flores y hojas que nos rodeaba; por una vez, ni siquiera había magia. Solo una energía que vibraba entre nosotros y a nuestro alrededor y que nos atraía de forma irremediable.

—Puede que ya esté ardiendo —replicó, con un tono grave y oscuro que esta vez sí le pertenecía.

La mano de mi espalda tiró de mí hacia él y la otra se ahuecó sobre mi nuca. Deslizó el pulgar por mi cuello y yo reaccioné sin pensarlo arqueándome contra su cuerpo. Lo siguiente que supe era que estaba sentada en su regazo y eran los labios de Alexander, en vez de sus dedos, los que recorrían la piel de mi cuello. Depositó todo un rastro de besos cálidos y húmedos que me incendió de dentro a fuera. El pulso se me disparó y me aferré a sus hombros al sentir que caía.

—Danielle —susurró cuando alcanzó mi oído.

Me estremecí de pies a cabeza. En ese momento, solo éramos él y yo, y me parecía bien. Necesitaba con desesperación el olvido que me estaba brindando. Me aferré a esa sensación y me abandoné a ella. Alexander mordisqueó el lóbulo de mi oreja y luego se concentró en ese punto tan sensible justo tras ella. La mano de mi espalda se deslizó hasta mi cadera y sus dedos se me clavaron en la carne mientras su lengua hacía cosas deliciosas sobre mi piel.

—Danielle —repitió, pero esta vez fue casi un ruego.

Escuchar a Alexander Ravenswood suplicar era… Bueno, no estaba preparada en absoluto para eso. No cuando su voz sonó rota y vulnerable y, a la vez, ansiosa y rebosante de anhelo. No cuando sus labios por fin encontraron los míos y el mundo pareció venirse abajo al captar el primer indicio de su sabor sobre mi lengua. Me besó de forma pausada pero concienzuda, y mantuvo una mano en mi nuca todo el tiempo. Y yo no pude evitar rendirme. Por primera vez, no peleé contra él ni intenté hacerme con el control. Me limité a disfrutar

de la sensación de su lengua jugueteando con la mía y recorriendo cada rincón de mi boca. De la suavidad de sus labios llenos ejerciendo la presión exacta. Del modo en que sus dedos se enredaron en mi pelo. Me bebí su aliento y, a cambio, le brindé una serie de soniditos guturales de los que, probablemente, luego me avergonzaría.

En algún momento, mis caderas establecieron por sí solas un balanceo rítmico y sensual. Mis manos se aferraron a sus hombros y luego se deslizaron por su espalda. Cuando Alexander ladeó la cabeza para profundizar el beso, le clavé las uñas en respuesta, atrayéndolo más hacia mí.

Nuestra cautela murió y lo que había sido un beso exploratorio se convirtió en algo feroz y hambriento. Yo busqué el aire que me había faltado en sus pulmones, mientras que Alexander dibujaba la curva de mi cintura con manos exigentes. Sus dedos se colaron bajo el dobladillo de la camiseta. Trazó círculos precisos sobre los huesos de mis caderas y luego ascendió por mi estómago hasta alcanzar la parte baja de mis pechos.

Jadeé, y él se apartó para mirarme con los ojos colmados de un deseo abrasador. Lo que fuera que halló en mi rostro lo hizo sonreír de un modo completamente lujurioso. Diabólico. Dibujó la curva de mi labio inferior con el pulgar y luego empujó mi barbilla para acceder a mi cuello. Se hundió en él con furia, como un lobo que busca el punto más débil de su presa. Y, aun así, no me retiré ni lo detuve. Tal vez eso fuera lo que deseaba, lo que necesitaba. Que me devorara.

Sus dientes se arrastraron por mi piel y me provocaron una descarga que viajó por todo mi cuerpo y terminó por asentarse en la parte baja de mi estómago. Y entonces su mano ascendió un poco más y acunó uno de mis pechos. La espalda se me arqueó y empujé contra sus dedos curiosos.

—Joder, Danielle —gimió, y me reí al oírlo maldecir. Pero acto seguido añadió—: Deberías pedirme que parara.

—No quiero que pares.

—Ni siquiera sé lo que estoy haciendo.

En realidad, yo tampoco lo sabía. Nunca había sido así con Cam. Nunca había deseado a ningún chico de una forma tan cruda y descarnada. Nunca había necesitado tanto sentir el peso de un cuerpo

sobre el mío. Nunca me había sentido tan excitada o… hambrienta.

Enredé mis dedos en su pelo y le di un tirón para que levantara la cabeza.

—No importa —le dije, mientras empujaba una vez más mis caderas contra las suyas para observar su reacción.

Gruñó otra maldición y su mano se cerró sobre mi pecho.

—Te encanta provocarme, ¿verdad? —inquirió en un tono juguetón que jamás le había oído emplear antes.

Decidí que me gustaba este Alexander; un poco pícaro, un poco sobrepasado, y tan excitado como yo. Y convertí en mi nuevo propósito conseguir que perdiera del todo ese control férreo que siempre exhibía. No quería al Alexander contenido y sereno; no en este momento.

—¿Pensabas que sería diferente en… esto?

Se inclinó y lamió la comisura de mi labio, y entonces fueron sus caderas las que se elevaron para encontrarse con las mías.

—No creo que esté pensando en absoluto —rio contra mi boca, y el sonido fue tan despreocupado y sincero que apenas creí que proviniese de él.

—Bien. —Fue todo lo que dije.

Él no necesitó más. Sus manos se deslizaron hasta acabar bajo mi trasero y luego estábamos girando. Me acomodó en el sofá con la misma delicadeza que lo había hecho en la cama de la cabaña tras mi viaje astral, pero esa fue toda la suavidad que empleó. Me obligó a alzar los brazos por encima de la cabeza y me sujetó las muñecas juntas con una de sus manos. Acto seguido, se cernió sobre mí y volvió a atacar mi boca mientras se acomodaba entre mis piernas. Gemí a la primera embestida de sus caderas.

Cualquiera podría haber aparecido y encontrarnos allí. O el mundo entero podría haber dejado de existir y no nos hubiésemos dado cuenta. Nada parecía importar. No sé el tiempo que pasamos besándonos, devorándonos el uno al otro, pero cuando Alexander descendió por mi cuerpo y tiró de mi camiseta para dejar una franja de mi estómago al descubierto, yo ya hacía rato que había empezado a temblar. Y no precisamente de frío. En realidad, mi piel parecía estar en llamas.

Alexander depositó un beso junto a mi ombligo y luego se alzó sobre mí. Se quedó mirándome durante unos larguísimos segundos sin decir nada. No fui capaz de descifrar sus pensamientos y, por un instante, pensé que se retiraría y me diría que aquello era una locura, que pertenecíamos a bandos diferentes y que solo estábamos complicándolo todo aún más; lo cual no era más que la triste realidad. Así que, cuando entreabrió los labios para hablar, estuve a punto de decir cualquier cosa para no tener que escucharlo. Pero él se me adelantó.

—Eres realmente preciosa.

Cerré la boca. No estaba acostumbrada a recibir ningún halago de él, y mucho menos a que lo expresara con la vehemencia que lo hizo. Tampoco ayudó que sus manos ascendieran por mis costados muy lentamente y arrastrasen aún más arriba la tela de mi camiseta, hasta que quedó amontonada bajo mi pecho. Sus manos descendieron de nuevo por mi abdomen con tanta devoción y cuidado que no pude evitar estremecerme. Fue solo un roce ligero con la punta de los dedos. Me tocó del mismo modo en que lo había hecho aquella noche en el bosque, como si fuera la primera vez que se permitía acariciar a una persona; claro que casi era así. Y, desde luego, a juzgar por la confesión que me había hecho más tarde aquella misma noche, nunca antes había tocado de esta forma a una chica.

Le permití explorar a placer. Dejé que recorriera cada rincón de mi cuerpo, que delineara cada músculo, cada curva y cada valle, con las manos y con la boca; lo cual resultó delicioso y absolutamente pecaminoso. Su inexperiencia quedó de sobra compensada por el modo en el que se entregó a cada caricia. Trazó un sendero de besos desde la parte baja de mi abdomen hasta mis costillas y, cuando alzó la cabeza y buscó mi mirada, no dudé en concederle un permiso silencioso para ir más allá.

Levantó mi camiseta un poco más, apartó el colgante y de repente su boca estaba sobre uno de mis pechos. Lamió el pezón y luego succionó hasta arrancarme un jadeo. Percibí el modo en el que sus labios se arquearon contra mi piel y pude imaginar a la perfección la sonrisita de suficiencia que se había apoderado de ellos.

No me importó. En ese instante, no me importaba nada. Lo único

en lo que podía pensar era en que no quería que se detuviese. Jamás.

# 16

—No podemos hacer esto aquí —dijo, y cada palabra que salió de entre sus labios se convirtió en un roce de estos contra mi pecho.

Sin embargo, no parecía dispuesto a parar. Su boca se trasladó a mi otro pecho y lo adoró con la misma entrega que había empleado para hacerlo con el primero. La sensación de su lengua deslizándose contra mi pezón endurecido me obligó a cerrar los ojos y apretar los párpados. Y, aunque me sentía arder, las mejillas se me calentaron más incluso cuando murmuró entre dientes un «deliciosa». Su voz ronca se hizo eco en las partes más sensibles de mi cuerpo y se me escapó un profundo gemido al sentirlo apretándose contra mí; su dureza presionando entre mis muslos de una forma que hizo que me diera vueltas la cabeza.

Abrí los ojos al percibir que se movía. Ascendió por mi cuerpo hasta que su rostro quedó frente al mío y me observó con los labios entreabiertos y el aliento entrecortado. La manera en la que me miraba… como si quisiera devorarme de pies a cabeza y no supiera por dónde empezar. Deslicé la mano sobre su nuca y lo atraje hacia mí. Cuando lo tuve a mi alcance, mordisqueé su labio inferior, arrancándole un gruñido. Aquella hambre voraz regresó entonces y estampó su boca contra la mía al tiempo que se hundía aún más entre mis muslos. Una de sus manos repasó mi costado, alcanzó mi cadera y sus dedos se colaron bajo el elástico de mis bragas.

—Pídeme que pare —insistió, y tuve que reírme a pesar de que parecía realmente atormentado.

No sabía muy bien si no estaba seguro de que enrollarnos fuera una buena idea, lo cual resultaría irónico porque nos habríamos puesto de acuerdo por segunda vez en algo. O bien, se sentía inseguro porque todo aquello era nuevo para él. En cualquier caso, no había manera de negar que ambos lo deseábamos.

Su boca no se retiró y su mano continuó jugueteando bajo mi ropa interior, aunque no en el punto en el que yo *necesitaba* que lo hiciera.

—Más —pedí yo, en cambio; incluso cuando, por primera vez en mi vida, me avergonzó mi descaro.

Llevé mi mano hasta la suya y las arrastré juntas hacia un lado. Alexander soltó el aire bruscamente y dejó de besarme. Se elevó por encima de mí y, de inmediato, lamenté la ausencia de su peso sobre mi cuerpo. Sus ojos buscaron mi mirada un instante, para luego descender muy poco a poco por mi cuello, mi pecho y mi estómago. Hasta que se detuvieron más abajo, justo en el punto en el que su mano cubría el punto más alto entre mis muslos. Nuestras manos aún estaban unidas bajo la tela y sus dedos estaban justo… ahí.

Cuanto más rato pasaba contemplándonos, más deseaba yo que la tierra me tragara y me escupiera en algún lugar muy muy lejos de aquel edificio. Pensé en empujarlo, quitármelo de encima y salir corriendo de allí, solo que estaba tan avergonzada que no fui capaz de reaccionar. Pero entonces sus dedos se movieron y…

—¡Oh!

La cabeza de Alexander se elevó de golpe; sus ojos completamente oscuros y una expresión salvaje arrasando las duras facciones de su rostro. Me mordí el labio porque…, bueno, sus dedos continuaban moviéndose entre mis piernas, muy despacio, adelante y atrás. Y no importaba si era la primera vez que Alexander hacía algo así, porque se le daba de maravilla.

Se aclaró la garganta, sus labios se entreabrieron y, durante unos segundos, nada salió de ellos.

—¿Te gusta? —preguntó finalmente, inclinándose muy poco a poco sobre mí.

Asentí con la cabeza para no hablar y que mi voz me traicionara, y una sonrisa cargada de malicia curvó las comisuras de sus labios. El brillo de la lujuria más pecaminosa se apropió de su mirada mientras continuaba observándome. Aquel era un Alexander totalmente diferente, otro más, como si jugara a cambiar de máscara y enseñarme una diferente cada vez. O tal vez solo se trataba de que no sabía quién era ahora que había traspasado los límites de Ravenswood.

—Deberíamos ir abajo —dijo entonces.

—¿Por qué?

—Porque las cosas que quiero hacerte… —Arqueé las cejas cuando se detuvo, aunque no creí que se hubiera callado por timidez. Debería haber sabido que Alexander Ravenswood no retrocedería ni siquiera en esta situación—. Quiero tocarte. Quiero acariciar, besar y lamer cada rincón de tu cuerpo. Cada maldito rincón.

Se me encogieron los dedos de los pies al escuchar la necesidad que impregnaba sus palabras. Su sinceridad. Su deseo. Una descarga me recorrió de pies a cabeza cuando uno de sus dedos se adentró un poco en mi interior.

—Si tú quieres que lo haga —añadió finalmente, sin apartar la vista de mi rostro. Brutalmente honesto, como de costumbre, y todo un caballero.

Moví mi mano sobre la suya y empujé. Su dedo se hundió más y más y yo no pude evitar gemir.

—¿A ti qué te parece? —me reí, a duras penas.

Él también sonrió, y solo entonces me di cuenta de que había un leve rastro de oscuridad en las venas de sus antebrazos. Pero él se inclinó sobre mí y, como si supiera lo que estaba pensando, murmuró contra mis labios:

—Estoy bien. Más que bien, a decir verdad.

—Has estado controlando… —Prácticamente me atraganté cuando su dedo me llenó por completo—. La magia…

Alexander presionó la frente contra la mía; sus ojos ganaron oscuridad y sus labios se arquearon de una forma perversa.

—No es precisamente tu magia lo que me está haciendo perder el control ahora mismo, Danielle.

Me estremecí al comprender a qué se refería. Metí mi mano entre su pelo y me arqueé contra él. Apenas si podía afrontar la deliciosa sensación que me estaba provocando el movimiento de sus dedos. Dentro y fuera, haciéndome enloquecer muy lentamente, pero de forma irremediable. Aplanó la palma de su otra mano contra mi mejilla y se perdió de nuevo en mi boca. Todo mi cuerpo vibraba bajo su contacto. La sangre me hervía en las venas y mi corazón parecía decidido a escapar de mi pecho. Pero, al igual que le pasaba a Alexander, no se debía a la magia, solo a él. Él.

Por una vez, no éramos una bruja blanca y un brujo oscuro. Ni una Good y un Ravenswood. Solo dos personas que se deseaban, incluso cuando pasásemos la mitad del tiempo fulminándonos con la mirada o rebatiendo las palabras del otro. Solo… éramos.

Un segundo dedo se unió al primero. Me revolví, sobrepasada por las oleadas de placer que me provocaba cada uno de sus toques, e hice todo lo posible para acallar los jadeos que escapaban de mis labios. Él no aceleró el ritmo en ningún momento y, aunque de algún modo estaba invadiendo mi cuerpo, la delicadeza de sus movimientos, la forma en la que pasó a sostener mi espalda cuando volví a arquearme y el modo en el que no dejó de repartir pequeños besos por mi cuello y mi rostro mientras me empujaba más y más cerca del abismo… Su actitud era puro pecado, y a la vez tierna. Me tocaba con firmeza y seguridad, pero también como si fuera algo precioso que temiera poder romper. No sabía muy bien qué había cambiado, pero aquello era muy diferente de lo que había sucedido entre nosotros en el bosque. Y me gustaba, no tenía sentido negarlo. Me provocaba tal cantidad de sensaciones diferentes que no sabía qué hacer con ellas.

—Alexander —gemí, demasiado perdida en sus caricias para conseguir reprimirme—. Alex… Yo…

—Shhh… Está bien. Todo está bien.

Era casi lo mismo que me había asegurado mientras huíamos de Ravenswood, y puede que fuera la mentira más dulce que me hubieran dicho nunca. Pero no iba a pensar en nada más. No *podía* pensar en nada más. La tensión se arremolinaba en mi bajo vientre en un *crescendo* imparable. Resultaba abrumador y delicioso, y aun así apreté los párpados, luchando contra la sensación. De repente, no era su magia o la mía la que cantaba, sino Alexander el que parecía estar arrancándole una melodía a mi cuerpo a base de besos y toques cargados de una intensidad que a duras penas era capaz de soportar.

—Vamos, Danielle —murmuró en mi oído, como si percibiera mi resistencia, y había un rastro de diversión en su tono.

Resultaba extraño lo en sintonía que estábamos, incluso cuando no empleásemos más palabras que las que nuestras miradas se lanzaban ni otros sonidos que el susurro ronco de nuestros jadeos y gemidos.

Aumentó el ritmo de las embestidas de su mano mientras devoraba

mi cuello y perseguía la línea de mi clavícula con la lengua. Mientras sus labios se aventuraban de nuevo por mi pecho y sus dedos se hundían en mi cuerpo exigentes y provocadores, arrastrándome más allá de cualquier límite.

—Deja de pelear contra mí. Dámelo. Lo quiero —continuó alentándome—. Quiero ver cómo te corres.

Abrí los ojos de golpe para encontrarme con su mirada plagada de diminutos puntitos luminosos que brillaban como nunca antes. La oscuridad se arremolinaba bajo la piel de sus antebrazos y su pecho se elevaba y caía al compás de sus lujuriosas caricias. Parecía a punto de perder el control. A punto de romperse.

Y yo iba a romperme con él.

Se inclinó sobre mi estómago y, sin apartar la vista de mí, lamió un camino sinuoso sobre mi piel. El gesto resultó tan obsceno en sí mismo que bastó para romperme del todo. El incipiente hormigueo en mi bajo vientre se convirtió en una ola furiosa que barrió mi cuerpo de pies a cabeza y lo asoló todo a su paso.

—¡Joder! —exclamó Alexander, aunque solo lo escuché a medias.

Me perdí por completo en la sensación de estar siendo azotada por oleadas de un placer oscuro y devastador. Mi cuerpo se volvió del revés. Sus dedos no se detuvieron mientras las réplicas de mi orgasmo se sucedían de una forma vertiginosa, y continuó repartiendo un número incontable de besos sobre mi torso, ahora con una delicadeza y una suavidad que se me antojó incluso demasiado tierna para lo que acababa de suceder entre nosotros.

Finalmente, retiró la mano de entre mis muslos y ascendió por mi cuerpo. Cuando dejó que su frente reposara una vez más contra la mía, su aliento me acarició los labios y me brindó el aire que parecía faltarme.

Aún tenía las uñas clavadas en sus hombros, aunque no tenía ni idea de en qué momento habían acabado ahí.

—¡Vaya! —Fue lo único que se me ocurrió decir, e incluso pronunciar esa palabra requirió toda mi fuerza de voluntad.

Él soltó una carcajada y acomodó las caderas entre mis piernas. Siseé cuando su dureza presionó en la zona, demasiado sensible en ese momento. Y eso solo hizo que volviera a reírse.

—Deberíamos bajar.

No iba a decirle que no creía que me funcionaran las piernas. Me sentía casi drogada y mi magia parecía también aletargada, lo cual resultaba liberador. Por primera vez desde que me había despertado en la cabaña, no tenía que esforzarme para contenerla.

Alexander me agarró de la barbilla y me dio un beso suave. Su lengua bordeó mi labio inferior en un gesto tan dulce como provocador y, cuando se retiró, repitió la caricia con el pulgar. Lo notaba duro contra mi cuerpo, pero no parecía que tuviera ninguna intención de hacer nada al respecto. A no ser que lo de ir abajo fuera una sugerencia para un segundo asalto en un lugar más privado, lo cual tenía bastante sentido.

A pesar de que no había rastro de llamas violáceas alrededor de sus hombros y que sus ojos mantenían su disparidad habitual, lucía aún cierta oscuridad en torno a las muñecas, prueba de que no estaba tan calmado como quería aparentar. Seguía excitado, si su erección ya de por sí no fuera suficiente indicativo de ello.

Rodeé sus caderas con mis piernas y su mano voló de inmediato hasta mi rodilla. Ascendió por mi muslo y terminó anclándose en mi cadera. Una risa densa y oscura se derramó de entre sus labios y, a pesar de mi reciente orgasmo, algo se agitó en mi estómago. Escuchar reír de aquella forma a Alexander resultaba… perturbador; extraño pero a la vez increíble, de una manera que no era capaz de explicar. No creía que fuera a acostumbrarme nunca del todo a ese sonido.

—Te encanta provocarme.

Ya lo había dicho antes y puede que llevara un poquitín de razón. Provocar a Alexander Ravenswood era muy muy estimulante. Y divertido. Probablemente lo convirtiera en mi pasatiempo favorito.

—Tal vez.

—Y volverme loco.

Suspiró y sus párpados cayeron. Una arruga apareció en su frente, y me dio la sensación de que, de algún modo, el mundo real nos había alcanzado de nuevo. De repente, todos sus músculos se tensaron a la vez. Al segundo siguiente, Alexander ya no estaba tumbado sobre mí, sino de pie y totalmente alerta.

—Viene alguien.

Se inclinó sobre mí y tiró de la tela de mi camiseta para cubrir mi desnudez, de la que yo no había vuelto a ser consciente hasta ese momento. Luego, giró sobre sí mismo para enfrentarse a la única zona abierta de la pared vegetal que nos rodeaba y se colocó de tal manera que yo quedara oculta si alguien se asomaba por allí.

Resoplé. Me levanté y me situé a su lado.

—Es Wood —dijo entonces, pero no se relajó en absoluto.

Apenas unos pocos segundos después, se oyeron una serie de pasos rápidos y su familiar apareció frente a nosotros. Abrió la boca para hablar, pero luego olisqueó el aire y frunció el ceño, desconcertado. Durante un instante pareció olvidar lo que iba a decirnos. ¡Oh, Dios! No podía ser que supiera lo que acababa de pasar, ¿verdad? ¿Wood podía… olerlo?

Un momento después, agitó la cabeza de un lado a otro, como si tratara de concentrarse en el motivo que lo había llevado hasta allí.

—Tenemos que irnos. Ahora.

—¿Qué pasa? —inquirí yo. Alexander no tuvo tantas dudas. Me agarró de la mano y tiró de mí sin esperar su respuesta, pero tuve que insistir—: ¿Qué es lo que pasa, Wood?

Tampoco entonces me contestó. Nos lanzamos escaleras abajo como si el edificio estuviera en llamas. A pesar de que no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo, era demasiado consciente de lo que había sucedido en la terraza como para que no me pusiera un poco nerviosa que Alexander mantuviera su mano en la mía mientras descendíamos, lo cual era un poco ridículo porque esos mismos dedos habían estado en zonas mucho menos inocentes unos minutos antes. Aun así, mi cuerpo no parecía estar recibiendo el mensaje e ir de la mano con él se sentía mucho más íntimo que cualquier otra cosa que hubiésemos hecho hasta el momento.

Era ridículo.

—Ya vienen —dijo Wood, al enfilar el pasillo en el que nos hospedábamos.

—¿Brujos oscuros? —lo interrogó Alexander.

Raven nos esperaba ya en la puerta de su habitación. Robert se encontraba a su lado. Y ambos tenían una expresión preocupada.

—No. Ibis blancos.

¡Mierda! Abbot estaba allí. ¿Cómo demonios habían podido localizarnos? Robert había asegurado que el edificio entero estaba bien protegido, y yo sabía que era verdad, ya que percibía los hechizos que cubrían el lugar.

—¿Cómo sabes que son ellos?

—Tenemos que largarnos ya —replicó Wood, ignorando mi pregunta, y juro que me pareció que evitaba mi mirada—. Estarán aquí en cualquier momento.

—Pero ¿cómo…?

—Recoged vuestras cosas —me interrumpió Alexander, sin cuestionarse nada de lo que decía su familiar.

Claro que, si se hubiera tratado de Dith, yo tampoco lo hubiera hecho. En realidad, tampoco dudaría de nada de lo que dijeran los gemelos si no fuera porque Wood parecía estar ocultando algo. Aunque, seguramente, había sido Raven quien los había visto venir y él solo estuviera nervioso por la posibilidad de un ataque inminente.

No tardé más de un par de minutos en ponerme unos vaqueros y calzarme. Me aseguré de que el grimorio de mamá estuviera en mi mochila y me reuní con los demás en el pasillo.

—¿Sabéis cómo salir? —nos preguntó Robert—. Yo tengo que avisar a los demás.

Raven se adelantó un paso en su dirección.

—¿No vienes con nosotros?

Robert negó.

—No puedo. Si entran y descubren quiénes somos…

Los Putnam estarían en algún lugar del edificio, y tal vez también algunos otros brujos blancos. Si los Ibis los encontraban allí, conviviendo con brujos oscuros, las cosas no terminarían bien para ellos. Puede que Gabriel hubiera actuado como un idiota, pero había hecho bien en desconfiar de nosotros; al final habíamos llevado el peligro hasta su puerta.

Miré a Alexander.

—No podemos marcharnos y abandonarlos a su suerte.

Él apretó los labios hasta que su boca se convirtió en una fina línea.

—Tenéis que iros —intervino Robert, pero Alexander chasqueó la

lengua en desacuerdo.

Aquello le hacía tanta gracia como a mí. Se había pasado la vida velando por su legado, y puede que los brujos de aquel aquelarre no formaran parte de él, pero no era la clase de persona que miraba hacia otro lado. Y comprender ese detalle hizo que el nudo que se había formado en mi pecho se deshiciera un poco.

—¿Cuántos brujos hay en el edificio en este momento además de los que ya hemos visto?

—Apenas diez, pero ellos…

—Los avisaremos —dijo entonces Raven, y Alexander asintió—, y luego vendrás con nosotros. No voy a dejarte aquí.

# 17

Encontrar a los residentes en aquel edificio enorme no fue fácil; no todos estaban en sus habitaciones. Wood parecía cada vez más inquieto y lo mismo hubiera podido decirse de Alexander si no fuera porque resultaba obvio que estaba tratando de no dar muestras de ello. Volvía a ser el brujo oscuro y hosco que había conocido una vez, totalmente centrado en su objetivo. Lo sucedido en la terraza no parecía ahora más que un sueño lejano, y no pude evitar sentirme un poco culpable por haberme permitido ir tan lejos dada la situación en la que estábamos. No me parecía correcto disfrutar después de la muerte de Dith, y tampoco cuando el mundo parecía destinado a irse al infierno.

A la carrera, reunimos a todo el mundo. No hubo tiempo para las presentaciones, así que, a pesar de que no encontré ninguna cara conocida entre los otros brujos, no sabía muy bien si eran de un bando u otro. Abbot no era la única escuela blanca del país y, aunque fuera la de mayor renombre por ser la primera en fundarse y donde residía nuestro centro de poder, podría ser que algunos de ellos pertenecieran a otra academia.

Supuse que todos estarían al tanto de nuestra llegada, pero, mientras corríamos por los pasillos, oí alguna referencia a los Ravenswood murmurada en voz baja. Susurros reverentes y temerosos. Lo comprendía; yo había estado en su lugar apenas un mes antes. Todos eran brujos más o menos jóvenes, y no cuestionaron a Robert cuando este les dijo que había que abandonar el edificio. Imaginaba que tanto él como los primos Putnam y Aaron Proctor serían los que gestionaban el lugar, aunque solo fuera porque eran los mayores del grupo. Quise creer también que tenían algún tipo de plan de escape para este tipo de situaciones.

Finalmente, acabamos en la sala de juegos, donde encontramos a

los demás. En cuanto Robert les explicó la situación, Gabriel Putnam se volvió hacia nosotros emanando hostilidad y un desprecio nada sutil. No habíamos empezado con buen pie y resultaba obvio que llamar una atención indeseada sobre su aquelarre no iba a mejorar las cosas. Las acusaciones no tardaron en llegar.

—Todo esto es culpa vuestra.

Wood se adelantó, dispuesto a encararse con él, y Alexander soltó mi mano para avanzar también en su dirección. Sinceramente, no sabía por qué yo tampoco lo había soltado durante todo este tiempo, aunque no era como si eso resultase importante ahora.

—Vete a la mierda —le espetó el lobo blanco.

Gabriel no se amedrentó.

—Los habéis traído directos hasta aquí.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso solo para salvaros el culo —replicó Wood, acercándose aún más a él.

El resto de los brujos se mantuvieron alrededor, callados e inmóviles, susurrándose entre dientes unos a otros. Nadie parecía dispuesto a intervenir y no podía culparlos; Wood daba la impresión de que estaba dispuesto a arrancarle la cabeza a Gabriel en cualquier momento, y parecía un sentimiento recíproco. Pero la verdad era que, por mucho que alabara la lealtad de Wood, Gabriel tenía razón: habíamos llevado el peligro directo hasta su puerta.

Me interpuse entre ellos con un brazo alzado en cada dirección para detenerlos, y apoyé la palma de la mano contra el pecho de Wood. Aunque continuó fulminando con la mirada a Gabriel, no siguió avanzando hacia él.

—Está bien, tienes razón —le dije a Putnam, y el pecho de Wood vibró con un gruñido bajo mi mano—. Sentimos mucho haberos puesto en peligro, pero ahora no hay tiempo para los reproches. Tenemos que salir todos de aquí.

No importaba lo preparados que estuvieran ni que incluso los brujos blancos del aquelarre dominaran hechizos oscuros, los Ibis no eran un rival al que menospreciar. Seguramente, tampoco nosotros teníamos demasiadas oportunidades de salir bien parados de un enfrentamiento contra ellos, no al menos sin sufrir nuevas pérdidas. Nuestra mejor opción era huir de allí. Si además no descubrían que

aquel era un aquelarre mixto, al menos Robert y los suyos estarían a salvo por ahora. Podrían establecerse en otro sitio y continuar con sus vidas. Era a nosotros a quienes buscaban.

—Cuando estemos en un lugar seguro, podrás echarnos la bronca si quieres —añadí, porque Gabriel no parecía dispuesto a ceder.

Annabeth se acercó entonces a su primo y lo agarró del brazo.

—Ella tiene razón. Salgamos de aquí.

En ese momento, el edificio al completo se sacudió; ventanas, paredes, suelo y techo vibraron a la vez. Acto seguido, el aire se impregnó de energía. Se me pusieron los pelos de punta; alguien soltó una maldición y uno de los brujos más jóvenes sollozó. Joder, algunos no eran más que niños.

—Están fuera —señaló Alexander.

Supuse que ya se encontraban lo bastante cerca para que pudiera detectar el rastro de magia de los brujos. Tal vez, si yo hubiera sido capaz de concentrarme, también habría podido percibirlos, pero ahora mismo no lograba ir más allá de aquella habitación.

Robert fue el primero en moverse.

—Vamos, saldremos por el sótano. Hay un túnel.

Entonces todos nos pusimos en marcha, incluso Gabriel, aunque le dedicó una última mirada a Wood que no fue precisamente amistosa. Raven se aferró a mi brazo y avanzamos juntos.

—No olvides lo poderosa que eres ahora, Dani —me susurró muy bajito, de tal manera que solo yo pude oírlo—. A veces, para ganar hay que perder.

No tuve tiempo para preguntarle por qué me decía aquello. De nuevo, todo fueron carreras escaleras abajo, pasillos y más pasillos. Los fluorescentes del techo parpadeaban de vez en cuando y el aire cada vez se cargaba de más y más magia. Los Ibis debían estar deshaciendo los hechizos que protegían el lugar y no tardarían en acceder a él. Eché un vistazo sobre mi hombro para comprobar el estado de Alexander y no me sorprendió descubrir que estaba a medio camino de transformarse; su cuello se hallaba ya tapizado de forma siniestra y las llamas envolvían sus hombros y brazos. Dudaba que esta vez fuera algo no premeditado, pero al menos los demás iban por delante y no se habían percatado de nada. No estaba segura de cómo

reaccionarían si contemplaban lo que era en realidad Alexander Ravenswood.

Tal y como había dicho Robert, había un túnel en el sótano, tras una puerta de acero tan cargada de hechizos que parecía brillar en la oscuridad. Bradbury apoyó una mano sobre ella y tanto los Putnam como Aaron imitaron el gesto y empezaron a murmurar una cantinela que se alargó al menos durante un minuto. El brillo perlado que desprendía la puerta se fue apagando poco a poco hasta desaparecer. Enseguida, Robert abrió la puerta de un tirón y alentó a todos a atravesarla.

—¿Estás bien? —le pregunté a Alexander mientras esperábamos nuestro turno.

A pesar del aparente control que había desarrollado sobre su poder, no podía olvidar que durante mucho tiempo los gemelos habían tenido que hacerle daño para conseguir que este no lo dominara por completo. Y tener a tantos brujos empleando magia alrededor no debía de resultarle nada fácil.

Alexander se limitó a asentir con un golpe de cabeza tan formal que me habría echado a reír de no haber estado de mierda hasta el cuello. Mi resignación no debió pasarle desapercibida, y me sorprendí al apreciar un ligero temblor en las comisuras de sus labios. ¡Vaya! Aquello era tan impropio de él…

Al apartar la mirada, me encontré a Raven contemplando nuestra breve interacción con una expresión extraña. Solo esperaba que su enigmática afirmación previa y su actitud no se debieran a que había *visto* algo. O al menos que no se tratase de algo malo.

—Si tienes que emplear tu poder, no dudes en hacerlo —me susurró entonces Alexander al oído, apartando el inquietante pensamiento de mi mente.

—Lo mismo digo.

No añadí nada más. Ambos sabíamos cuál había sido su mayor temor en Ravenswood, y confiaba en que estuviera dispuesto a correr el riesgo, aunque solo fuera para proteger a sus familiares. Y de verdad deseé que lo hiciera, porque no soportaría perder a nadie más. Mientras que con Raven había desarrollado una relación muy cercana y dulce desde el primer momento, ahora me sentía conectada también

a Wood. A Dith le hubiera gustado que cuidara de él, se lo debía, y haría todo lo posible por mantener a los gemelos a salvo de cualquiera que los amenazara, no me importaba a qué bando pertenecieran ni ellos ni sus posibles atacantes.

Teniendo en cuenta el eco de una explosión que reverberó en ese momento a través del hueco de las escaleras por las que habíamos llegado al sótano, estaba claro que los Ibis no estaban siendo precisamente sutiles a la hora de romper cualquier hechizo que se interpusiera en su camino. La única iluminación de aquella zona provenía de un par de lámparas que empezaron a chisporrotear y oscilaron de un lado a otro. Había cajas apiladas por los rincones y algunos muebles antiguos. Cuando sugerí arrastrarlos frente a la puerta para retrasar a los Ibis todo lo posible, Wood se mostró dispuesto a hacer uso de su elemento e intentar colapsar parte del techo.

—No, podrías derrumbar todo el edificio —terció Alexander—. Y si hay gente en los edificios colindantes…

Que tuviera en cuenta a los humanos que podían residir en los alrededores fue… inesperado. Yo ni siquiera me había parado a pensar en ello.

Casi todos se habían adentrado ya en el túnel, estrecho y húmedo. Empujé a Raven para que me precediera justo en el instante en el que se oyeron un montón de pasos rápidos. Volví a empujar a Raven con más fuerza.

—Vete, Rav.

Miré la puerta por la que habíamos llegado y luego de nuevo a Raven, Wood y a Alexander. Robert estaba en el acceso al túnel y, gracias a Dios, tiró de Raven para obligarlo a avanzar.

No podríamos escapar. Si seguíamos corriendo, nos alcanzarían en cuestión de minutos y el túnel se convertiría en una ratonera. No sabía qué instrucciones tendrían los Ibis blancos con respecto a mí; seguramente, llevarme ante el consejo, suponía que viva. Pero los demás…

—Vamos —los urgí, aunque yo no hice amago de moverme.

—Ve tú primero —exigió Alexander.

Entrecerré los ojos y traté de no parecer demasiado exasperada.

Los pasos se oían cada vez más cerca, demasiado cerca. Las luces volvieron a parpadear.

—Los retendré —dijo Wood entonces.

Alexander y yo replicamos a la vez.

—¡No!

Ni de coña iba a dejar a Wood atrás. Los Ibis blancos no tendrían ningún tipo de contemplación con él, pero sí que podría ser que las tuvieran conmigo. Recé para que no los hubieran autorizado a ejecutarme sin más.

—Entra en el túnel —le ordené yo entonces.

Robert y Raven ya se encontraban al otro lado de la puerta, pero nos estaban esperando. Rav le hizo un gesto a Alexander para que se uniera a él. A mí simplemente me miró. El brillo de sus ojos se apagó mientras me observaba y, aunque trató de sonreír, no fue capaz de esbozar más que una mueca triste.

Raven lo sabía. Sabía lo que iba a hacer y no iba a tratar de evitarlo. Me aferré a la esperanza de que eso significaba que no terminaría muerta en el húmedo sótano de un edificio cualquiera de Nueva York.

Asentí de forma discreta, y él me devolvió el asentimiento.

—Vamos —repetí, y no dudé en tirar de Wood y empujar a Alexander a la vez.

Avanzamos hacia el inicio del túnel y, discretamente, me las ingenié para quedar un poco por detrás de ellos.

—Si nos separamos por cualquier motivo, tenéis que ir a ver a Loretta Hubbard. Necesitamos descubrir lo que sabe.

—No vamos a separarnos —replicó Alexander, tajante, y yo no pude evitar resoplar.

Lo empujé con más fuerza y yo misma accedí después de él. Tenía que hacerles pensar que iría justo tras ellos.

—Lo sé, pero… solo por si acaso.

El rumor de los pasos ganó tanto en intensidad que supe que los Ibis estaban ya al pie de las escaleras. Me giré y los vi en el umbral. Primero solo dos, luego otros dos se sumaron a ellos; había más llegando desde arriba. La sala se llenaría enseguida de brujos blancos entrenados para no desfallecer ni rendirse. Aquello pintaba muy muy

mal.

Alexander también se percató de que estaban allí. Su cambio se operó por completo de un segundo al siguiente; la piel se le tornó de un tono grisáceo, su pelo se aclaró y se oscureció por mechones y… los cuernos brotaron sobre su cabeza. Wood gruñó, alertado por la oscuridad asfixiante que brotaba de su protegido, mientras que yo no podía dejar de pensar en que jamás me acostumbraría del todo al detallito de los cuernos, por ridículo que pareciese en aquel momento.

—¡Danielle Good! ¡Detente! —gritó uno de los Ibis.

Teníamos suerte de que la sala en la que estaba el acceso al túnel no ocupara más que una fracción de todo el bajo del edificio. No había suficiente espacio para que emplearan su magia a discreción sin correr el riesgo de hacerse daño entre ellos. Nosotros teníamos el mismo problema, pero, en realidad, ese detalle beneficiaba mis planes, si es que era capaz de llevarlos a cabo.

Estiré la mano y convoqué solo una pequeña parte del poder de mi elemento para extraer toda la humedad del ambiente. Di gracias por que el túnel estuviera cargado de ella. Una fina barrera se alzó entre los Ibis y nosotros. No los retendría durante mucho tiempo, lo cual resultó aún más obvio cuando uno de ellos comenzó a su vez a convocar el elemento aire. Supe que arrasaría con mi tenue protección en cuestión de unos pocos minutos.

—Corred —dije a los demás, mientras le lanzaba mi mochila a Alexander. El grimorio de mi madre estaba dentro, y prefería mil veces que fuera él quien lo custodiara que dejarlo a merced de los Ibis.

Alexander atrapó la mochila al vuelo y, solo entonces, yo dejé caer por fin parte de los muros que había alzado en torno a mi magia. El poder comenzó a inundar mi cuerpo. Mi pecho. Mi carne y mis músculos. Mis venas empezaron a iluminarse con decenas de pequeños chispazos brillantes que se unieron unos con otros hasta convertirse en verdaderos ríos de luz. A pesar de lo fácil que resultó invocarlo, sentí miedo de emplear algo que ni siquiera acababa de comprender del todo. No tenía ni idea de en qué me convertiría, de si sería capaz de controlarlo, de si podría regresar o de si el dolor de mi pecho aprovecharía también para encontrar una salida al exterior y caería abrumada por él.

Al menos, casi todos los miembros del aquelarre de Robert se habían adentrado en el túnel lo suficiente como para que no oyera ya siquiera el sonido de sus pasos. Solo Aaron se había quedado atrás y trataba de convencer a Robert de que lo siguiera. Esperaba no herir a nadie sin querer.

Dando la espalda al túnel, me concentré en los Ibis que se apiñaban al otro lado de la habitación. Ninguno llevaba capa esta vez, pero sí el uniforme que solían vestir bajo esta: pantalones ceñidos negros y camiseta de manga larga del mismo color, todo elástico para que les permitiera pelear sin entorpecer sus movimientos. Y unas botas militares también negras, además del cinturón del que pendía una espada o cualquier otra arma que fuese su favorita. El escudo de Abbot bordado sobre el lado izquierdo del pecho no dejaba lugar a dudas sobre quiénes eran.

Varios de ellos murmuraban hechizos, otros simplemente estaban a la espera mientras su compañero empujaba y empujaba mi barrera para hacerla caer. Y no tardaría demasiado en conseguirlo.

Me volví hacia Alexander.

—Cuídalos. Id a ver a Loretta —insistí, al tiempo que estiraba los brazos hacia él.

Alexander había sido capaz de convocar toda una pared de oscuridad en Ravenswood, una tan alta y gruesa que ni su padre ni ninguno de los brujos que lo acompañaban habían sido capaces de cruzar. Si yo era su opuesto y contaba con la misma cantidad de poder que él, debería ser capaz de hacer algo parecido. Ojalá no me equivocase.

—No, Danielle. Ni se te ocurra.

Incluso transformado en algo que podría habitar las peores pesadillas de cualquier niño, me conmovió el horror profundo que se apoderó de su rostro. Ni siquiera habíamos tenido oportunidad de hablar de lo que fuera que había entre nosotros y era posible que, al entregarme a los Ibis de Abbot para concederle al grupo tiempo para escapar, no tuviésemos oportunidad de hacerlo nunca, pero me dije que encontraría la manera de reunirme con ellos. Ya me había fugado de Abbot una vez; lo haría de nuevo. Y volver a mi escuela me permitiría enfrentarme de una vez por todas a mi padre. Quizás

incluso pudiera convencer al consejo de que una guerra con los brujos oscuros era una completa locura y no haría más que traer muerte y sufrimiento a los nuestros, algo que de todas formas podría llegar a ocurrir si se cumplía la profecía. Pero, sobre todo, entregándome mantendría a salvo a Alexander y a los gemelos.

Raven no intentó detenerme y Wood no parecía haber reaccionado todavía, pero Alexander tropezó hacia delante en su afán de llegar hasta mí. Y alcanzarme era algo que no podía permitirle.

—No, joder. ¡No te atrevas!

—Estaré bien. No me harán daño —aseguré para tranquilizarlo. Acto seguido, dejé salir mi poder.

El túnel se iluminó de tal modo que incluso yo tuve que entrecerrar los ojos. Mi piel brillaba, cubierta de trazos y más trazos de pura luz, y un hormigueo constante se aferraba a cada parte de mi cuerpo. Ganó intensidad en las puntas de mis dedos mientras la luz salía a chorros de ellos. Nunca me había sentido tan poderosa; la energía bullía en mi pecho en forma de un río salvaje en plena época de deshielo. Me quedé contemplando mis manos durante un momento, embobada, y el gesto me recordó a aquella mañana en la que me había encontrado a Raven sentado en las escaleras observando las suyas de un modo muy similar. Me pregunté si esto era algo que él ya había visto venir, si aquel día Raven había atisbado un retazo de este momento y sabía que acabaríamos en esta situación.

Robert jadeó y Wood soltó aire bruscamente, lo cual me hizo por fin reaccionar y también suponer que mis alas seguramente estaban ahora a la vista. Pero, muy pronto, la luz había formado ya un entramado tupido y cegador de un lado a otro del túnel y me separaba de ellos. Apenas podía ver a mis amigos a través de un pequeño hueco. Alexander salió de su estupor y se abalanzó en mi dirección. En cuanto sus manos rozaron la luz, esbozó una mueca y siseó. Me pareció que su piel adquiría durante unos segundos su tono natural y que el rubio cubría las puntas de su pelo, pero el efecto pasó tan deprisa que no estaba segura de no habérmelo imaginado.

—Llévatelo —le rogué a Wood—. Poneos a salvo.

Les di la espalda. No quería contemplar por más tiempo la expresión de profunda traición de Alexander. El chico que no

mostraba sus emociones las llevaba ahora dispersas por todo el rostro: estaba herido y también muy muy cabreado, pero iba a tener que lidiar con su ira como pudiera. Aquello era lo correcto; no permitiría que más gente saliese herida por mi culpa.

Nuevos gritos desde el otro lado de la habitación atrajeron mi atención. Había al menos una docena de Ibis, por lo que resultaba evidente que habían convocado a los que ejercían como reemplazos de los escoltas de los miembros del consejo, lo cual probablemente era una prueba más de que la comunidad blanca se preparaba para la guerra.

Una potente racha de aire se estampó contra la barrera de agua y esta se disolvió finalmente en miles de gotitas que cayeron al suelo. Pero los brujos no se movieron. Todos se quedaron mirándome, y parecían realmente desconcertados. Eché un rápido vistazo por encima de mi hombro y…

«Sí que tengo alas», gemí para mí misma. A pesar de que Alexander me lo había dicho, y yo le había creído, no fue hasta ese momento en el que por fin lo asumí del todo. Mientras que sus cuernos eran algo discreto —todo lo discreto que pueden ser dos cuernos saliendo de la cabeza de alguien—, decenas de haces de luz se entremezclaban a mi espalda en un tapiz precioso que abarcaba varios metros hasta dar forma a un par de alas doradas, enormes y brillantes. No había nada discreto en aquello, eso seguro, y tampoco había manera de que los Ibis pasaran por alto el hecho de que, además de tener ríos de luz corriéndome bajo la piel, ahora poseía unas malditas alas.

No sabía muy bien en qué me convertía aquel detalle ni si tendrían una función real, pero supongo que aún quedaba en mí algo de aquella chica irresponsable que había abandonado Abbot en plena noche, porque me volví hacia los guardias, les sonreí y no pude evitar provocarlos diciendo:

—Venid a por mí.

# 18

Pasaron unos segundos de silencio, roto tan solo por el chisporroteo del muro de luz que había convocado y de mis propias alas desplegándose en su totalidad, aunque no era como si yo fuera especialmente consciente de cómo moverlas. Esperaba que Alexander y los demás no estuvieran aún al otro lado de la barrera y corrieran ya por el túnel para alejarse, porque no estaba segura de cuánto podría mantener aquella pared entre ellos y los Ibis, tampoco de no hacer explotar el edificio o acabar friéndonos a todos. Mi magia parecía estable. Fluía y fluía a través de mis manos y, si me concentraba, era capaz de percibir que aún no estaba siquiera cerca de agotarse, pero no tenía ni idea de lo que estaba haciendo en realidad.

—Danielle… Good —me llamó el mismo Ibis que lo había hecho antes; el líder, supuse. Tartamudeó un poco, pero enseguida se irguió y recobró la compostura—. Basta.

Apenas llegaría a los treinta años. Era alto, de pelo moreno y piel y ojos oscuros. Mantenía una mano sobre la empuñadura de su espada, pero no la había desenvainado. Aún. Sus ojos iban y venían de mi rostro a algún punto a mi espalda. No sabía si miraba la barrera o mis alas, pero el desconcierto de todos los presentes decía mucho de lo extraño que les resultaba todo aquello. Estaba segura de que ninguno había visto nunca algo así.

—Retroceded —exigí yo a cambio, y me felicité por lo firme que sonó mi voz—. No quiero haceros daño, pero tenéis que retiraros.

Tal vez aún tuviera una oportunidad de marcharme de allí con mis amigos. La cautela con la que me observaban los Ibis resultaba evidente, y yo tomaría cualquier ventaja que mis nuevos poderes pudieran concederme.

Sin embargo, ninguno de los guardias se movió.

—Danielle Good, miembro del linaje Good. Hija de Beatrice y

Nathaniel Good. Tienes que detenerte. Ahora —insistió el Ibis, con tanta ceremonia que a punto estuve de sacarle la lengua y poner los ojos en blanco, porque…, bueno, yo y mis problemas con las figuras de autoridad.

Según lo que nos habían explicado en clase, los Ibis eran guardias entrenados con una disciplina inflexible, brujos que no cedían frente al dolor y cuyo poder no era uno al que nadie quisiera enfrentarse, aunque yo lo hubiera hecho tan solo algunos días antes. Si hasta ahora había vivido engañada sobre lo que los brujos comunes hacíamos fuera de los muros de Abbot, no quería pensar en las misiones que se les asignaba a ellos. Pero cuando aquel brujo me desafió con la mirada a desobedecer su orden, no dudé en devolverle el desafío.

Mis amigos necesitaban tiempo para alejarse de allí, y yo iba a concedérselo.

—No.

El tipo esbozó una sonrisa cruel. Puede que sus órdenes fueran no hacerme daño, pero solo si no me resistía. O quizás solo estaba deseando enfrentarse a mí y darme una patada en el culo.

Detecté un movimiento brusco por el rabillo del ojo y apenas tuve tiempo para dirigir hacia allí una de mis manos. Otro de los Ibis había estado acercándose a mí, pero se detuvo de inmediato.

—No lo hagas. No quiero hacerte daño.

—Entonces baja los brazos y ríndete —insistió el líder.

En cuanto desvié mi atención hacia él, el otro se lanzó en mi dirección para derribarme. Ni siquiera me paré a pensar en las consecuencias, lo cual no fue una buena decisión en absoluto porque no tenía ni idea de lo que era capaz de hacer con mi poder, pero este acudió a mis dedos de una manera tan natural que, cuando quise darme cuenta, el brujo se hallaba envuelto de pies a cabeza por el brillo de mi magia. Con un gemido, se le pusieron los ojos en blanco y cayó de rodillas sobre el suelo.

¡Mierda, mierda, mierda! No lo había matado, ¿verdad?

La distracción que supuso el breve momento de pánico me costó cara. Un empujón brutal en el costado contrario me arrancó todo el aire de los pulmones y, acto seguido, mi cuerpo se quedó rígido por completo. El peso invisible de una magia desconocida tiró de mí hacia

abajo con tanta intensidad que no fui capaz de resistirme, ni siquiera pude evitar que mi cabeza golpeara el suelo al caer. El dolor estalló en mi sien y luego se extendió por todos lados, mientras que un montón de manchas oscuras lo hacían frente a mis ojos.

—Joder —farfullé, apenas consciente.

El líder de los Ibis se asomó sobre mí y… volvió a sonreír.

«Capullo», pensé, y luego simplemente me desmayé.

## Alexander

—No podemos dejarla aquí.

—Sigue adelante —continuó instigándome Wood, ignorando mis protestas a pesar de que estaba bastante seguro de que dejar atrás a Danielle le gustaba tanto como a mí.

Raven, en cambio, estaba comportándose de un modo extraño, teniendo en cuenta que él siempre había sido el más protector con Danielle, al menos hasta ahora. El lobo blanco trató de obligarme a seguir avanzando, pero lo esquivé y gruñí una maldición antes de ser consciente de que estaba enfrentándome a mi propio familiar. Solo intentaba cuidar de mí, lo cual era exactamente su cometido.

—Podrían maldecirla. ¿Y si la condenan a convertirse en familiar? —le espeté—. ¿Crees que Dith querría eso?

Ni siquiera me molesté en esconder mi aprensión. Resultaba bastante irónico: había pasado semanas en Ravenswood intentando deshacerme de Danielle y ahora lo último que deseaba era que regresara con los suyos. Y lo más mezquino era que estuviera apelando a la memoria de Meredith solo para no admitir abiertamente que no quería que Danielle sufriera daño alguno.

Raven se adelantó y colocó una mano sobre mi antebrazo. Un momento después, pasó su otro brazo en torno a mi espalda y se acurrucó contra mí. A pesar de la situación en la que nos encontrábamos, no pude negarle el consuelo, cualquiera que fuera la causa por la que lo buscara. Nunca podría negarle nada a Raven.

—Va a estar bien —me susurró—. Escucha, es lo que tiene que ser. Ella tiene que regresar a Abbot. Todos volveremos en algún momento.

Levantó la vista y me dedicó una mirada cargada de tristeza, lo cual no contribuyó en absoluto a aplacar mi nerviosismo. No soportaba ver a Raven triste. En realidad, no soportaba nada de toda aquella mierda de situación.

—Raven, creía que justamente estábamos tratando de evitar lo que *tiene* que ser.

Si todo aquello formaba parte de la profecía, ¿no tendríamos que hacer lo contrario para que esta no llegara a cumplirse?

—Hay cosas que serán de cualquier forma. Cosas… inevitables. Confía en mí.

Jamás ninguno de los gemelos había tenido que pedirme que confiara en ellos, pues solía hacerlo ciegamente. Eran las únicas dos personas que nunca me habían abandonado, sin importar lo mal que se pusieran las cosas; ellos nunca habían cedido ante mi oscuridad. Pero en aquel momento tuve que hacer un esfuerzo para no quitármelo de encima y regresar sobre mis pasos en busca de Danielle, porque, me gustase o no, aquella maldita bruja descarada, impulsiva y bocazas se había convertido en… *alguien* para mí. Ya no podía engañarme pensando que protegerla era una forma de proteger a Raven del dolor si algo le sucedía.

—Dime al menos que estará bien —le pedí. Le supliqué más bien.

Raven asintió tras leerme los labios; supongo que, aunque no pudiera oír el tono de mi voz, me conocía lo bastante bien como para ser consciente de mi amargura.

—Lo estará. Por ahora. Tenemos que salir de aquí e ir a hablar con Loretta Hubbard. —Abrí la boca para preguntar, pero él no me lo permitió—. No lo sé todo, Alex. No puedo decirte más.

Mascullé una maldición. Quería creerlo, pero me estaba pidiendo que abandonara a Danielle a su suerte. El consejo blanco no sería clemente con ella. La única posibilidad de que eso ocurriera sería si pensasen que los nuevos poderes de Danielle podían suponer alguna clase de ventaja para su comunidad. No dudaba que también estarían al tanto de la profecía; de otro modo, jamás se hubieran atrevido a asaltar los terrenos de Ravenswood para rescatarla. Por mucho que mantener a una alumna de Abbot secuestrada fuera todo un desafío para la delicada tregua que mantenían ambos bandos, nunca se

habrían arriesgado a declarar una guerra en los terrenos de la academia sin un buen motivo. Y menos cuando había sido Danielle la que había irrumpido en Ravenswood. Sin embargo, nada de eso implicaba que fueran a mostrarse compasivos con ella. Y si la maldecían…

Su sabor aún me cubría la lengua y todavía sentía la suavidad de su piel en la punta de los dedos, sus gemidos en mis oídos, la forma en la que había vibrado con mis caricias, el modo el que había dicho mi nombre… Después de años y años de no haberme permitido tocar a nadie salvo a mis familiares, y aunque ahora supiera que podía controlar mi poder, lo sucedido en la terraza un rato antes era demasiado abrumador y definitivo como para apartar la mirada y simplemente olvidarlo. Y, además, todo aquello iba más allá de la atracción que sentía por ella. Mucho más allá.

Las paredes húmedas se cerraron sobre mi cabeza un poco más. La atmósfera del túnel resultaba opresiva, cargada del rastro de la magia de Danielle. Su aroma estaba por todas partes. Ese olor a rocío y amanecer tan característico que no había sido capaz de sacarme de la cabeza desde el momento en que ella había empleado su magia por primera vez cerca de mí; solo que ahora era mucho más intenso, a pesar de que nos hubiésemos alejado lo suficiente de ella como para que aquella barrera que había levantado entre nosotros no fuera más que un punto diminuto de luz en la oscuridad.

—Tenemos que salir de aquí —insistió Wood.

Bajé la vista para descubrir que había vuelto a mi forma humana sin ser consciente de ello. Parecía una broma de mal gusto que una vez hubiera necesitado romperme huesos o dislocarme articulaciones para regresar y ahora el proceso tuviera lugar con tanta facilidad. Podía percibir el poder de todos los que me rodeaban e incluso el de los brujos del aquelarre de Robert, que ya debían de haber alcanzado el final del túnel; sin embargo, en ese momento, ninguno de ellos despertaba en mí la necesidad de drenar su magia. Lo único que de verdad me distraía era el persistente aroma de Danielle. Lo que fuera que me había sucedido tras su despertar parecía haber cambiado por completo la forma en que mi propio poder oscuro se manifestaba.

Con Raven aún a mi lado, Wood se acercó hasta situarse frente a

mí. Robert permanecía a la espera, aunque no dejaba de lanzar miradas nerviosas en dirección al tramo de túnel apenas iluminado por donde habíamos venido.

—Iremos a por ella. Te lo prometo —sentenció Wood—. Pero ahora tenemos que salir de aquí.

Quería creerle, de verdad que quería. Pero una parte de mí, tal vez esa parte antigua, retorcida y oscura que me poseía, no estaba de acuerdo con abandonar a Danielle. No quería dejarla atrás.

—No.

El cambio se operó con tanta rapidez que, durante un instante, sentí como si la piel se me separase de los huesos y los músculos. Un velo rojo cayó frente a mis ojos y unas llamas brotaron a mi alrededor, junto con una nube oscura que me envolvió de un segundo al siguiente. Mi pecho vibró con un gruñido mientras todo mi poder se desataba, y entonces la penumbra se convirtió en una negrura densa y asfixiante; se convirtió en violencia y muerte.

—No —repetí, y esta vez ya no fue mi voz la que reverberó en las paredes. Ya no fui yo quien habló.

Giré sobre mí mismo, dispuesto a volver sobre mis pasos y desafiar a cualquiera que se interpusiese en mi camino. Todo lo que me rodeaba pasó a ser solo una mancha oscura. Pero entonces ya no estaba en un túnel y las sombras que me rodeaban no provenían de mí. El mundo entero se desmoronó a mi alrededor para alzarse de nuevo, igual de oscuro, pero mucho más aterrador.

—¿Qué…? —mascullé, aturdido.

Pero yo ya había visto aquel lugar siniestro y carente de vida, la misma noche en que Dith había muerto y habíamos huido de Ravenswood. Colinas y valles de un mundo en llamas. Un infierno desatado en la tierra. O tal vez se tratase del propio infierno.

Un parpadeo y las sombras adquirieron formas grotescas que se deslizaban de un lado a otro, siseando y susurrando palabras en un idioma desconocido y a la vez familiar. La parte izquierda del pecho me ardió de repente, como si alguien hubiese hundido allí un hierro al rojo vivo y lo estuviese retorciendo en mi interior. El dolor estalló por todo mi cuerpo y apenas fui capaz de mantenerme en pie. Tambaleándome, me llevé una mano a la zona. Casi esperaba

encontrar un agujero en la carne, pero, en realidad, era muy consciente de lo que había allí.

—La marca —gemí, a sabiendas de que tenía que tratarse de eso.

Otras voces llegaron hasta mí, voces conocidas. Y entonces sentí unos brazos familiares rodeándome. El alivio me invadió junto con ese contacto y me arrancó de la oscuridad.

—¡Alex!

—La marca —insistí, apretando los dientes para contener el dolor, mientras el mundo real cobraba forma con un nuevo parpadeo.

Levanté la cabeza y me encontré a Wood sosteniéndome.

—¿De qué estás hablando, Alex?

La quemazón de mi pecho disminuyó y tiré del poder hasta llevarlo de vuelta a mi interior, lejos de mi piel y de mis manos. Los dientes afilados que se clavaban en mi labio inferior desaparecieron y la llamas que me rodeaban se convirtieron en volutas de humo antes de disolverse y desaparecer. Mantuve la mano sobre mi corazón, como si eso pudiese borrar lo que había en él.

Inspiré para llevar aire a mis pulmones, y puede que fuera justo ese el momento en el que comprendí por fin que Wardwell no había mentido sobre lo que podía significar para todos la profecía. Lo que podría significar para la humanidad.

—De la marca —dije. Miré a Raven para asegurarme de que podía leerme los labios y añadí—: La marca de los malditos.

# 19

## Alexander

Todo brujo existente, blanco u oscuro, sabía que los Ravenswood conformaban un linaje cargado de secretos, pero muy pocos eran conscientes de lo peligrosas que resultaban algunas de las cosas que ocultábamos. Quizás, el peor secreto de todos, el que con más celo guardábamos, era la existencia de una maldición que pesaba sobre nosotros y que se remontaba casi al principio de los tiempos: la marca de los malditos o, como se referían a ella los miembros de mi linaje que aún recordaba que existía, la marca de Caín.

En apariencia, la maldición no era más que una mancha difusa de color café salpicada con un grupo de pecas que simulaba una pequeña marca de nacimiento. En mi caso, se hallaba sobre la parte izquierda de mi pecho, justo sobre mi corazón. Pero, si alguien se hubiera dedicado a unir dichas pecas una a una, habría descubierto que la forma resultante era una estrella de cinco puntas, la misma que adornaba las capas de los miembros del consejo, quienes se habían apropiado del símbolo siglos atrás en un intento absurdo de infundirse un poder que nunca tendrían.

A lo largo de los siglos, los Ravenswood nos habíamos esforzado mucho para que no se supiera nada sobre dicha marca y lo que suponía. Habíamos silenciado, mentido y hasta quemado antiguas crónicas que hablaban de ella. Además, la maldición solía saltarse generaciones enteras hasta que, de repente, brotaba en algún individuo de forma aparentemente aleatoria. Ambos factores habían contribuido a que la razón primera de que hubiésemos sido maldecidos hubiera caído en un conveniente olvido incluso para alguno de los miembros de nuestro linaje, como los gemelos y yo

mismo. La verdad se entremezclaba ahora con las mentiras que se habían contado de una forma tan sutil que era imposible saber qué parte era mito y cuál realidad.

Se decía que habían sido dos hermanos —como Caín y Abel, pero gemelos; de ahí el nombre de la maldición— los que nos habían sentenciado. Algunos afirmaban que el uno había envidiado el poder del otro hasta el punto de la locura, y tal había sido su ambición, su deseo de acumular más y más poder, que había terminado asesinando a su hermano y devorando sus entrañas para hacerse con la totalidad de su magia. El derramamiento de su propia sangre había condenado a todo su linaje a padecer una insatisfacción eterna, a continuar anhelando algo que jamás podría tener. Sin embargo, otros aseguraban que, en realidad, el hermano intentaba salvarlo y traerlo de vuelta de la muerte, y que su castigo había sido llevar la muerte allá donde fuera por haber osado tratar de burlarla. Fuera como fuese, mi linaje había sido maldecido sin posibilidad de redención. Pero a la vez, según esos mismos rumores, la marca nos confería cierta inmunidad: nadie podía tocarnos sin atraer la Ira de Dios, el destino o en lo que fuera que creyera la gente en estos días, pues eterna debía ser nuestra condena en pago por nuestros pecados.

No había que ser muy listo para saber que el nacimiento de Raven y Wood, también gemelos, había supuesto para sus padres una especie de afrenta personal, a pesar de que ninguno de los dos llevaba la marca. En realidad, ningún Ravenswood la había poseído desde Salem; hasta que había nacido yo.

Aunque aquel era otro de los motivos por los que, con toda probabilidad, mi padre me había odiado desde el mismo momento en que había llegado al mundo —además de por la disparidad de mis ojos y por lo que había sucedido más tarde con mi madre—, tanto mis familiares como yo habíamos llegado a la conclusión, mucho tiempo atrás, de que mi oscuridad no era producto de dicha maldición, sino una consecuencia de los sacrificios de sangre de mi antepasado, Elijah Ravenswood. Ahora, sin embargo, no podía evitar preguntarme si no habríamos estado del todo equivocados.

No eran pocos los Ravenswood que, a lo largo de los siglos, habían poseído la marca: déspotas, tiranos, seres arrogantes que habían

participado en los sucesos más oscuros de la historia de la humanidad, como hambrunas, guerras, genocidios. Habían destruido ciudades enteras y esclavizado a sus compatriotas deseosos de establecer un reino propio, uno sin leyes y sin equilibrio; solo caos. Y, a pesar de la relevancia que dichas figuras habían tenido sobre el destino de brujos y mortales, muy pocos de los nuestros sabían que Elijah Ravenswood había portado la marca, y menos aún que había sido el verdadero instigador de los juicios de Salem. Luego, había acusado a los brujos blancos de ser los responsables y había terminado provocando el cisma que dividiría a los nuestros en dos bandos. Ese, junto con la existencia de la maldición, era uno de los secretos mejor guardados en nuestra familia, uno del que jamás se hablaba y que ningún miembro de mi familia admitiría conocer. Tan bien lo habíamos ocultado que los Ravenswood ni siquiera constábamos en los libros de historia como participantes en los juicios. Los brujos blancos habían sido las víctimas de las maquinaciones de Elijah, aunque bien es verdad que tampoco les había costado mucho dejarse convencer para arrastrar a sus congéneres a la horca.

Pero la marca en mi pecho jamás se había manifestado como acababa de hacerlo, nunca había sido más que una mancha sobre mi piel, una espada que colgaba por encima de mi cabeza, pero que jamás terminaba de caer. Y, sin embargo, esa noche la carne me ardió como lo harían las ascuas de una hoguera bien alimentada, como si la maldición estuviera despertando, asegurándose de que yo recordaba que era su portador y que había llegado la hora de saldar cuentas.

—La marca —gemí una vez más, hasta que mis familiares por fin comprendieron a qué me refería. Que Raven pareciese realmente sorprendido fue otra prueba de que todo aquello no era buena señal.

Los gemelos intercambiaron una mirada rápida antes de insistirme en que debíamos continuar avanzando. Tuvieron que llevarme casi a rastras, a medias por el dolor y a medias porque seguía resistiéndome a abandonar a Danielle a su suerte. Pero la marca continuaba ardiendo y juro que pensé que, al retirar la mano de mi pecho, encontraría mi camiseta quemada. No fue así, pero eso no me brindó ningún tipo de consuelo mientras alcanzábamos el final del túnel.

Atravesamos una segunda puerta y nos encontramos en una

especie de garaje subterráneo. Había al menos media docena de coches y, en el interior de algunos de ellos, los brujos que habían escapado a la carrera esperaban ya sentados a que una puerta enorme de acero se abriera del todo. Una fila de armarios también de metal se extendía a lo largo de una de las paredes, y varios de ellos estaban ahora abiertos y vacíos. Supuse que el aquelarre de Robert habría guardado allí algunas provisiones por si necesitaban huir de forma precipitada. No podía negar que habían pensado en todo, salvo quizás en que un grupo como el nuestro terminara llevando el desastre hasta su casa.

Wood cerró la puerta que daba al túnel. Retiré mi brazo de su espalda y me erguí del todo. A pesar de la persistente sensación de quemazón en mi carne y del dolor que irradiaba por todo mi cuerpo, me esforcé para recuperar la compostura. Tanto Wood como Raven me lo permitieron, a sabiendas de que eso era mejor que ponerse a discutir conmigo. Gabriel Putnam se separó de uno de los coches y avanzó hasta nosotros a grandes zancadas, aunque al hablar se dirigió directamente a Robert.

—No pueden venir con nosotros.

—Pero ellos…

—No, Robert. No voy a discutir sobre esto —lo cortó—. Traerlos aquí ha sido un error por tu parte.

Apreté los dientes al percibir la dureza de su tono. En realidad, tenía razón, pero Robert solo había intentado ayudarnos. ¿No era eso lo que se suponía que hacían allí? ¿Ayudar a brujos que necesitaban un sitio donde refugiarse por el motivo que fuera?

—No ha sido culpa de Robert —intervine, incapaz de permanecer al margen, y luego hice un nuevo esfuerzo para suavizar el borde afilado de mi voz—. Asumo toda la responsabilidad.

Me imaginé que, de estar presente, Danielle se habría reído de mi formalidad, y seguramente me hubiese dicho que aquello no importaba una mierda ahora. Pero ella no estaba allí. No, ella había decidido de forma unilateral que lanzarse a los perros para distraerlos era una buena idea…

El pecho me ardió por un motivo totalmente diferente.

—Eres imbécil. ¿Crees que me importa…? —Gabriel interrumpió

lo que iba a decir cuando una oleada de energía proveniente del túnel atravesó el garaje de parte a parte.

Cada brujo en la estancia se estremeció al percibirlo y no me costó mucho imaginar que la pared con la que Danielle nos había apartado del peligro acababa de caer. Wood debió de pensar lo mismo, porque maldijo en voz baja.

—Vámonos. ¡Ya! —nos urgió, empujándonos hacia uno de los coches vacíos.

—No podemos irnos sin Danielle —insistí.

Gabriel se desentendió de nosotros. Le lanzó una última advertencia a Robert para que no se le ocurriera llevarnos con ellos y lo invitó a subirse a su coche. El brujo se mordisqueó el labio mientras su mirada regresaba a Raven.

—Ve con ellos. Estaremos bien —le dijo este, pero Robert continuó titubeando un momento.

Sin embargo, un instante después corría hacia un pequeño armarito situado en la pared y agarraba un manojo de llaves. Se las lanzó a Wood y mi familiar las atrapó al vuelo. Alterné la vista entre él y su gemelo un momento, luchando contra el instinto de regresar sobre mis pasos para ir en busca de Danielle. Puede que los Ibis blancos se sintieran menos tentados a hacerle daño a una de los suyos, pero esa no era la única razón por la que ella se había sacrificado. De la misma manera en la que no había dudado siquiera en comprometer el honor de su linaje en el despacho de Wardwell, cuando la directora había acusado veladamente a los gemelos de los asesinatos de Abigail Foster y Dianna Wildes, ahora también estaba tratando de protegerlos, y la muerte de su propia familiar no había hecho más que alentar ese instinto de protección.

—Sube al coche —me ordenó Wood. Cuando vio que no me movía, insistió—: Sube ahora mismo al puto coche, Alexander. Hazlo aunque solo sea para mantener a salvo a Raven.

No pude evitar gruñirle de nuevo. Eso había sido un golpe bajo, y él lo sabía. Durante años, ambos nos habíamos esforzado para mantener la inocencia de Raven como si de algo precioso se tratase, ya no digamos si era su vida la que se veía amenazada. Pero, al parecer, ya era tarde para preocuparse por nada de eso, porque no había

tiempo para escapar.

Los Ibis ni siquiera se esforzaron para ser sigilosos al venir a por nosotros. Escuché sus pasos; todos los oímos. Gabriel se deslizó con rapidez tras el volante de uno de los coches y puso el motor en marcha. Annabeth se hallaba ya como conductora de otro y Aaron la acompañaba en el asiento del copiloto. Un tercer coche esperaba por Robert. Y en los asientos traseros de los tres vehículos se apretujaban los brujos jóvenes a los que habíamos ayudado a reunir apenas un rato antes.

—¡Alex! —me reclamó Wood una vez más, erguido junto a otro de los coches.

Robert le dedicó una sonrisa triste a Raven, y él lo tranquilizó con un «Volveremos a vernos» y lo animó a darse prisa. La puerta de salida ya se encontraba abierta del todo y tenían vía libre para largarse de allí, pero, en el momento en el que brujo fue a subirse al coche, la puerta que daba al túnel fue empujada desde el otro lado y dos Ibis irrumpieron en el garaje.

Esta vez fue Wood quien gruñó. Enseñó los dientes a los recién llegados y avanzó varios pasos en su dirección, buscando proteger a Raven, que se hallaba mucho más cerca de ellos. Yo ni siquiera me lo pensé, cedí a la oscuridad de golpe y me entregué a ella por completo. Un velo rojo cayó sobre mis ojos de un momento al siguiente, como siempre ocurría cuando me transformaba del todo. El filo de dientes me pinchó el labio inferior y probé mi propia sangre cuando los músculos de mi mandíbula se contrajeron por la tensión.

Los guardias desenvainaron las espadas y alzaron la mano libre al mismo tiempo. No dijeron ni una sola palabra ni lanzaron advertencias. Mi padre tampoco lo había hecho antes de atacar a Danielle y acabar con Dith en su lugar, así que supuse que no podía culparlos. Sin embargo, me pregunté si ese no era uno de los grandes problemas entre brujos blancos y oscuros. Habíamos perdido la capacidad de comunicarnos, de ofrecer opciones, de tratar de dialogar antes de emplear la violencia. No es que yo fuera un gran ejemplo, dado que mis capacidades sociales dejaban mucho que desear, pero todo aquello estaba… mal.

—Será mejor que os larguéis por donde habéis venido —escupió

Wood, y mi mirada voló hacia él.

No esperaba que fuera precisamente el lobo blanco el que tratara de salir de allí sin tener que pelear, aunque fuera con ese modo brusco y tajante tan suyo. Su gemelo, en cambio, mantenía una mano alzada y unas lenguas de fuego bailaban ya entre sus dedos, listo para defenderse y defendernos. No quedaba nada en su expresión que hablara de la bondad que albergaba en su pecho, no había suavidad en sus ojos ni una sonrisa tierna en sus labios. Raven era, ahora más que nunca, el lobo feroz que no dudaría en lanzarse sobre el cuello de cualquiera que amenazara a los que amaba.

El primero de los coches salió derrapando del garaje, y el chirriar de los neumáticos sobre el suelo pulido fue como el disparo de salida de una pelea de la que ya no teníamos manera de escapar. Uno de los Ibis sonrió con crueldad con los ojos fijos en Wood, aunque su mano apuntaba hacia nosotros. El otro Ibis estaba junto a la puerta y me estaba mirando como si fuera el mismísimo diablo reencarnado, lo cual, por otro lado, era bastante normal dado mi aspecto.

—Lárgate —le advertí, aunque dudaba que fuera a retroceder.

Expuse mis dientes de la misma manera en la que lo había hecho Wood y la marca palpitó en mi pecho, pero me obligué a ignorar el malestar. La última vez que habíamos estado en una situación similar, yo había titubeado y Dith había acabado muerta. Eso no iba a suceder de nuevo.

Me concentré y empujé la oscuridad que corría por mis venas hasta mi piel y luego más allá, hasta que me envolvió y supe que podría jugar con ella a mi antojo. Ninguno de los dos Ibis había atacado aún, pero en cuanto fueron conscientes de a lo que se enfrentaban, el que había encarado a Wood no tardó en adelantarse y lanzarle un golpe con la espada. Raven reaccionó y elevó una barrera de fuego frente a nosotros dos, protegiéndonos del otro guardia, y eso me permitió concentrarme en el Ibis al que Wood se estaba enfrentando.

Lancé un jirón de oscuridad que se enredó en el filo plateado de su espada y se la arrancó de la mano, dejándolo desarmado. Y entonces fue el turno de Wood para atacar. No había otra cosa con la que él disfrutase más que con una buena pelea cuerpo a cuerpo, así que fue directo a por el tipo con los músculos en tensión y los puños

preparados. Los Ibis eran partidarios de emplear las armas y la fuerza bruta antes que la magia —los habían entrenado para ello—, por lo que era consciente de que no recurriría a ella mientras tuviera otra opción.

Un segundo coche se movió a nuestra espalda. No me permití comprobar de cuál se trataba, aunque esperaba que fuera el de Robert. Cuanto antes salieran todos de allí, antes podríamos hacerlo nosotros también, si es que conseguíamos deshacernos de los guardias.

Miré hacia Raven y este asintió; un instante después se había convertido en un imponente lobo negro. El pelo de su lomo se erizó por completo, haciéndolo parecer aún de mayor tamaño. Exhaló un largo aullido en el instante en que las llamas que había invocado se extinguieron por completo y el otro Ibis se abalanzó hacia nosotros. Su espada cortó el aire y pasó a centímetros del pelaje de Raven, pero este se revolvió de tal modo que no solo no llegó a alcanzarlo, sino que consiguió colocarse a su costado.

Empleé de nuevo la oscuridad como un látigo. Pero, en esta ocasión, la punta se afiló hasta convertirse en mi propia arma. Una parte de mí anhelaba hundirla en su corazón y acabar con cualquier amenaza de una vez por todas, y juro que estuve a punto de ceder a la tentación. Entonces recordé a Danielle diciéndome: «No te tengo miedo, Alexander», y ese oscuro deseo se desvaneció con tanta rapidez como había aparecido. ¿Me lo tendría si acababa la vida de un brujo blanco? ¿Me convertiría entonces en lo que mi padre creía que era?

En el último instante, ladeé de forma leve la cabeza y aquella punta letal y oscura se clavó en la carne, pero lo hizo en su hombro y no en su corazón. El guardia se sacudió por la dureza del impacto. Cualquier otra persona, brujo o no, habría gritado o incluso se hubiera desmayado; sin embargo, los Ibis tenían tal tolerancia al dolor que todo lo que necesitó aquel tipo fue un par de segundos para recuperar el equilibrio. Ni siquiera se quejó cuando deslicé hacia atrás mi oscuridad y la sangre empezó a manar a borbotones de la herida.

Raven no le dio tregua. Saltó sobre él y sus potentes mandíbulas se cerraron en torno al brazo del Ibis. La espada resbaló de su mano, pero tampoco entonces gritó a pesar de que pude oír el desgarrón de la carne y un repugnante crujido al ceder sus huesos bajo los dientes

de mi familiar. Y entonces todo empeoró aún más si cabe. Mientras Wood y el tipo de sonrisa cruel se machacaban el uno al otro, más Ibis llegaron desde el túnel. Demasiados, eran demasiados, sobre todo cuando ninguno de nosotros quería en realidad tener que acabar con la vida de ninguno de ellos. No importaba lo que se dijera de los brujos oscuros o de los Ravenswood, ni lo que los gemelos hubieran tenido que hacer siglos atrás, ninguno de nosotros era un asesino. Ninguno de nosotros era un monstruo.

Pero entonces Annabeth Putnam apareció a mi lado con una sonrisita traviesa en los labios y sus largos dedos envueltos alrededor de dos dagas tan brillantes y hermosas que Wood sentiría envidia de ellas.

—¿Necesitáis algo de ayuda? —Sus ojos me recorrieron de arriba abajo y supe lo que estaba viendo; sin embargo, no había repugnancia o temor alguno en sus ojos.

Asentí con la cabeza por miedo a que, si hablaba, el extraño sonido de mi voz pudiera hacerla replantearse lo que la había empujado a ayudarnos.

—Annabeth —oí mascullar a uno de los Ibis.

Ambos miramos en su dirección. Se trataba del mismo guardia al que yo había apuñalado en el hombro. Había una chispa de reconocimiento en sus ojos, y la había llamado por su nombre, así que estaba claro que sabía quién era la bruja.

—Sebastian —replicó ella, aún sonriendo con descaro, y me dio la sensación de que el Ibis se estremecía.

Los tres coches ocupados habían abandonado ya el garaje, pero Aaron Proctor atravesó la puerta abierta corriendo y mascullando improperios y se unió a nosotros. Debían de haber detenido los coches a pocas calles de allí para regresar a pie, o bien los demás habían seguido adelante sin ellos.

—¿En serio, Beth? —protestó el brujo, resoplando.

La chica se encogió de hombros, mientras el tal Sebastian continuaba mirándola como si no pudiera creer que de verdad estuviera allí. Pero entonces otro de los Ibis se adelantó, espada en mano, y ya no hubo más tiempo para quejas o bromas. Aaron se sacó una daga corta de la bota y yo me hice con la espada que le había

arrancado de las manos a uno de los Ibis. Por suerte para mí, a Wood le encantaba practicar con su amplia colección de armas y nos había obligado tanto a Raven como a mí a hacerlo en multitud de ocasiones con él.

Annabeth y Aaron lucharon a nuestro lado con evidente soltura. El sonido de acero contra acero llenó la habitación, también el de los golpes y puñetazos, así como los gruñidos y aullidos de Raven. Mi oscuridad serpenteaba por el suelo en busca de su presa, se aferraba a las piernas de los guardias, los ponía del revés o trepaba hasta sus cuellos para asfixiarlos hasta que se desmayaban, y durante un momento creí que conseguiríamos hacerlos retroceder. Pero nos enfrentábamos a Ibis blancos, no se detendrían hasta que sus cuerpos dejaran de funcionar y, antes de que eso ocurriera, recurrirían a su poder. Además, nos superaban en número.

Escuché un quejido de dolor proveniente de Wood y mi cabeza giró hacia él como un látigo. Su brazo derecho colgaba inerte y él trataba de sujetárselo con la otra mano mientras los dedos de uno de los guardias le rodeaban el cuello. Me entró el pánico al descubrir que, además, los labios de su atacante se movían a toda prisa, susurrando lo que probablemente era un hechizo. Me lancé de inmediato en su dirección, pero mi oscuridad llegó antes que yo hasta donde estaban. Rodeó al tipo y se coló a través de su boca. Este empezó a toser. Un momento después, conseguí alcanzarlo y lo empujé con toda mi fuerza para apartarlo de Wood. Gracias a Dios, Annabeth debió de darse cuenta de lo que sucedía y alzó un escudo de aire frente a nosotros.

—Joder. ¡Joder! —masculló Wood, sosteniendo el brazo herido contra su cuerpo con la mano buena—. Creo que me ha desencajado el hombro.

Bueno, al menos eso era mejor que una fractura o una herida mágica. Podíamos arreglarlo, pero teníamos que salir de allí. Apoyé a Wood contra la pared y busqué a los demás con la mirada. Raven había hecho caer a uno de los brujos y se había subido encima de él, lanzando dentelladas frente a su cara para mantenerlo inmóvil. Aaron rechazaba una estocada de otro y tenía la mano alzada en dirección a un tercero, que parecía paralizado. Annabeth había empezado a retroceder hacia la puerta, y me pregunté si no iría a largarse dado

que no parecía que pudiésemos salir bien parados de allí. Pero entonces estiró ambas manos hacia el frente y empezó a canturrear alguna clase de hechizo.

—¡Agachaos! —gritó, y Aaron se tiró al suelo en el acto.

No tenía ni idea de lo que se proponía Annabeth, pero no había manera de que Raven hubiera escuchado la advertencia. Solté a Wood y apenas si tuve tiempo de llegar hasta su gemelo. Me abalancé sobre él y ambos rodamos por el suelo justo en el instante en que una potente onda de aire barría la estancia de parte a parte. Los Ibis salieron volando hacia atrás en cuanto los alcanzó, incluso uno de ellos atravesó la puerta que daba al túnel y se perdió en la oscuridad. Annabeth no malgastó ni un segundo; corrió hacia Wood y lo instó a moverse hacia la salida. Raven y yo los imitamos.

Juro que, al salir a la calle, pude oír a uno de los Ibis gritar el nombre de Annabeth, pero ella ni siquiera volvió la cabeza. Tampoco yo lo hice. Lo único que quería en ese momento era sacar a mis familiares de allí. Y cuando estuvieran a salvo me prometí que, si era necesario, asaltaría el maldito Abbot y encontraría a Danielle. Costase lo que costase.

# 20

Me senté en la cama de golpe, respirando con dificultad y totalmente desorientada. Tardé unos segundos en comprender dónde estaba y otros pocos más en recordar lo que había sucedido. *Todo* lo que había sucedido. Aun así, encontrarme de nuevo en mi dormitorio de Abbot fue como despertar de repente de un largo y perturbador sueño. Durante un instante mi mente trató de convencerme de que nunca había abandonado la academia, no había estado en Ravenswood y Dith no había… muerto. Quizás podría haber conseguido engañarme a mí misma si no hubiera sido porque aún llevaba puesta una camiseta que no era mía, sino de Alexander. Y, sobre todo, porque el vacío que había dejado en mi pecho la pérdida de mi familiar continuaba allí, tan profundo y devastador como en los últimos días.

Miré a mi alrededor. Estaba tumbada en la que había sido mi cama desde mi llegada a Abbot con tan solo diez años. Todo estaba tal y como lo había dejado, incluso mi uniforme se hallaba colgado de la puerta del armario en la misma percha y la bolsa en la que solía llevar mis libros en el respaldo de la silla de mi escritorio. Las carpetas con mis notas de las distintas asignaturas se apilaban en un estante, la papelera rebosaba folios arrugados y varias fotos mías con Dith se amontonaban en el borde de un pequeño espejo que solía emplear las pocas mañanas en las que me apetecía maquillarme para ir a clase; también había un par de ellas de mi madre y Chloe, de las pocas que había podido conservar.

Aquella habitación había sido mi hogar durante gran parte de mi vida, pero ahora la sentía… ajena y extraña, como si ya no hubiera manera de que yo encajara en mis antiguos hábitos. Como si se tratara de esa camiseta que acaba por quedársete pequeña por muchos recuerdos que te traiga y lo reacia que seas a deshacerte de ella.

Me llevé los dedos a la sien. Tenía la zona dolorida y recordé que

me había golpeado al caer. Al menos no parecía que me hubiese abierto la cabeza. O quizás alguien me hubiera curado al traerme de vuelta a Abbot. ¡Dios! Ni siquiera podía creerme del todo que estuviera allí de nuevo. Igual no me había parado a pensar demasiado bien lo que eso significaba cuando había decidido sacrificarme para darles tiempo a los demás para escapar. Solo esperaba que hubieran conseguido dar esquinazo a los Ibis, porque estaba claro que no tardarían en llevarme frente al consejo e iba a tener que dar un montón de explicaciones. Deseé con todas mis fuerzas que hubiese merecido la pena.

La puerta se entreabrió sin previo aviso. Rodé sobre el colchón y me puse en pie de un salto, preparada para enfrentarme al mismísimo director de Abbot o, peor aún, a mi padre. En el pasado, mi reacción hubiera resultado desproporcionada e incluso cómica, pero no había nada gracioso en todo aquello. Nada en absoluto. Y, desde luego, yo ya no era la chica que había sido tiempo atrás.

Una cabeza asomó tras la madera y un par de ojos castaños se abrieron por la sorpresa al descubrirme plantada en mitad de la habitación, con las palmas de las manos apuntando directamente hacia la puerta, en actitud claramente defensiva. Solté un largo suspiro cuando me di cuenta de a quién pertenecía aquella mirada cautelosa.

—Hola, Rebeka. Pasa.

Beka Warren era una de mis compañeras de clase y ocupaba la habitación justo frente a la mía. Tenía mi misma edad y un talento natural para la magia a pesar de su pertenencia a los Warren, un linaje menor que, en tiempos de Salem, había servido a los Proctor, mucho más ricos y poderosos que ellos y que eran brujos oscuros, los antepasados de Aaron Proctor. Beka era una chica tímida y que apenas si se hacía notar, claro que en Abbot muchos preferían pasar desapercibidos, dada la tendencia que tenían los miembros de algunos linajes a dejar en evidencia a otros de menor relevancia.

Bajé las manos, sintiéndome un poco estúpida por mi reacción. Pero, pese a mi invitación, Beka no se movió del umbral ni hizo amago de acceder a la habitación.

—El director me ha enviado para ver si ya estabas despierta.

—Me extraña que no haya venido a comprobarlo él mismo.

Y me extrañaba aún más no haber despertado metida en una de las celdas que se rumoreaba que poseía la escuela por debajo de la planta principal, en vez de en mi propia habitación, pero no sería yo quien hiciera algún comentario al respecto.

—Está ocupado. —Hizo una mueca—. Las cosas han estado un poco raras por aquí últimamente.

Eso tenía pinta de ser el eufemismo del siglo, aunque no estaba segura de cuánto les habrían contado a los alumnos de lo que estaba sucediendo. Por lo poco que me había dicho Cam durante mi viaje astral, era posible que no supieran nada del ataque que había lanzado Abbot sobre la academia de nuestros rivales.

¡Oh, mierda, Cam! Tenía que estar preocupado.

—¿Sabes dónde está Cameron Hubbard? ¿Podrías decirle que venga a verme?

De un momento a otro, estaba segura de que iban a llevarme frente al consejo. Tal vez Cam pudiera darme algo de información antes de que empezaran a hacerme preguntas sobre dónde y con quién había pasado el último mes.

—No está en la escuela.

—¿Qué?

Cameron no solía abandonar nunca Abbot, ni siquiera en vacaciones. Ambos estábamos condenados a estar encerrados entre aquellas paredes, aunque en su caso fuera porque era el hijo del director y su familia residía allí de forma permanente.

Beka se encogió de hombros y abrió un poco más la puerta. No tenía ni idea de la hora que era o en qué día estábamos, pero mi compañera llevaba puesto el uniforme: falda azul marino, jersey en tono crema y una blusa de botones del mismo color sobre la que se anudaba la consabida corbata también azul. Los calcetines le cubrían la parte inferior de las piernas y llevaba el pelo recogido en una coleta tensa. Deduje que no era fin de semana. Los sábados y domingo eran los únicos días en los que se nos permitía vestir nuestra propia ropa.

—Cameron lleva un par de días sin asistir a clases. Todo lo que sé es que no está en la academia.

Se alisó con ambas manos una arruga inexistente de la falda y

empezó a balancearse, alternando el peso entre un pie y otro. Por su expresión y el modo nervioso en el que se movía, no creía que la hubieran enviado a mi dormitorio para darme conversación.

—Hubbard quiere verte —añadió entonces—. Tienes permiso para darte una ducha y cambiarte de ropa, pero te espera en su despacho en veinte minutos.

No pude evitar poner los ojos en blanco.

—¡Qué derroche de amabilidad!

—Yo que tú me daría prisa, Danielle.

Enarqué una ceja, esperando que añadiera algo más, pero Beka solo negó con la cabeza. ¡Vaya! No pintaba bien, aunque no era nada que no hubiera esperado. Me había fugado de la academia y había provocado un incidente entre Ravenswood y Abbot que había terminado con la muerte de varios alumnos y de mi familiar; nada de aquello iba a ser fácil para mí.

Eché un vistazo rápido a mi aspecto. Tenía la camiseta arrugada y los pantalones manchados de grasa, hollín o algo peor. Mi pelo debía de parecer alguna clase de lío en el que un pájaro hubiera anidado y era probable que tuviera el rostro tan sucio como mi ropa, pero mi apariencia era lo último que me preocupaba en ese momento.

—Estoy lista. —Eché a andar hacia ella y le hice un gesto para que me precediera por el pasillo—. No hagamos esperar a nuestro querido director.

Cuanto antes descubriera cómo estaban las cosas en Abbot, antes podría encontrar la manera de escapar de nuevo de aquella cárcel. Además, necesitaba asegurarme de que los Ibis no hubiesen capturado a los demás. Que yo hubiera despertado en mi dormitorio no implicaba que ellos no se encontraran en esas supuestas celdas del sótano.

Había llegado el momento de enfrentarme no solo al director de Abbot y al consejo, sino también a mi propio padre. Mentiría si dijera que no estaba aterrada por lo que podía llegar a descubrir. Ya no tenía a Dith para apoyarme, y los gemelos y Alexander, si todo había ido bien, estarían de camino a la casa de Loretta Hubbard para descubrir algo más de aquella maldita profecía. Y, para colmo, a saber dónde se había metido Cameron.

Estaba sola.

La ausencia de otros alumnos en los pasillos me indicó que debían de encontrarse todos en clase, algo que agradecí, porque no tenía ganas de enfrentarme a los cuchicheos y miraditas que mi regreso habría despertado. Los dormitorios ocupaban dos alas opuestas de Abbot, mientras que la tercera y el edificio principal estaban destinados a las aulas y los despachos de los profesores, así como al comedor y la biblioteca. Abbot no era pequeño, pero en modo alguno podía competir con Ravenswood ahora que conocía todo lo que los brujos oscuros ocultaban. Tampoco la decoración estaba a la altura. Nuestra academia parecía alguna clase de hospital —o sanatorio mental más bien—; apenas había muebles por los pasillos, cuadros en las paredes o una sencilla alfombra sobre el suelo. Lo único en lo que se parecían era en el retrato de la familia fundadora que colgaba en la entrada de ambas escuelas. En nuestro caso, el del matrimonio Abbot junto con su hijo.

Al bajar por las escaleras, mis ojos tropezaron con las puertas cerradas del acceso principal a la escuela y me estremecí al recordar el sueño que había tenido días atrás. No había podido distinguir más que una figura sin rostro, pero de algún modo sabía que quien fuera que se ocultaba tras las sombras representaba el tercer elemento de la profecía. También estaba bastante segura de que la sangre que había contemplado salpicando suelo y paredes no podía tratarse de un buen augurio.

—Danielle, ¿estás bien? —me preguntó Beka, y me di cuenta de que me había detenido en mitad de las escaleras.

Asentí y me obligué a seguir caminando. La oficina de Hubbard se encontraba en la planta baja de la escuela, en uno de los pasillos que salían del enorme vestíbulo, muy cerca de la sala en la que solía reunirse el consejo. De hecho, dadas las circunstancias, era probable que estuvieran allí ahora mismo.

Cuando enfilamos el pasillo, fue Beka la que se detuvo.

—Oye, ¿es verdad que has estado en Ravenswood? —Durante un breve instante me planteé mentir, pero acabé asintiendo. Ella pareció reflexionar un momento antes de añadir—: Muchas familias han hecho regresar a sus hijos a casa y ha corrido el rumor, entre otros, de que la

comunidad oscura está preparándose para atacarnos. Si rompen el pacto…

—Nada de lo que nos han contado es cierto, Beka —la interrumpí—. Y siento decirte que nosotros fuimos los que atacamos primero.

Antes de que pudiera añadir nada más, la puerta del despacho de Hubbard se abrió y el director de Abbot salió al pasillo. El padre de Cam era un hombre que había sobrepasado ya los cincuenta, aunque mantenía una buena forma física, y tenía el mismo pelo negro que mi amigo. En cambio, la sonrisa de su hijo no era algo que se reflejara a menudo en el rostro del hombre. Menos aún en ese momento.

—Muchas gracias, Beka. Puedes regresar a clase. —La chica asintió y se largó de forma apresurada. No podía culparla, Hubbard no parecía precisamente contento. Me miró de arriba abajo antes de hablar de nuevo—. Señorita Good, un placer tenerla de vuelta.

No importaba lo que dijera su boca, el tipo irradiaba tensión por los cuatro costados, y ambos sabíamos que no estaba en absoluto complacido. Como tampoco lo estaba yo.

No dijo nada sobre mi desastroso aspecto, tan solo se limitó a indicarme con un gesto que entrara en el despacho. En cuanto me adentré en la estancia, me quedé completamente paralizada. No solo había dos Ibis allí, alineados en la pared del fondo, erguidos e inexpresivos —uno de ellos, el líder del grupo que me había encontrado en Nueva York—, sino que el mismísimo Nathaniel Good estaba acomodado en una de las butacas frente al escritorio de Hubbard.

Ni siquiera recordaba cuánto hacía desde la última vez que nos habíamos visto. ¿Meses? ¿Más de un año tal vez? No tenía ni idea, la verdad, pero sí sabía que había pasado mucho tiempo. Y puede que casi hubiera olvidado también lo que se sentía al tener un padre y hubiera renegado en multitud de ocasiones de él, pero no pude evitar encogerme un poco y que todas mis inseguridades regresaran a por mí. Aquel hombre era toda mi familia ahora.

Luché por encontrar mi voz y fracasé estrepitosamente. No se me ocurría nada que decir, no después de lo sucedido durante las semanas anteriores. No cuando la pérdida de mamá y Chloe se sintió de nuevo como si apenas hubieran pasado unos pocos días desde que las

habíamos enterrado. No cuando no estaba segura de cuánto me había ocultado mi padre sobre sus muertes.

—Danielle —me saludó él.

No se molestó en levantarse y acercarse a mí. Se quedó allí sentado, tenso y distante, y su frialdad me dolió mucho más de lo que estaba dispuesta a aceptar. Sin embargo, la aguda punzada de rencor que despertó su actitud fue todo lo que necesité para reaccionar y contestarle con idéntica dureza.

—Papá.

—Está bien —intervino Hubbard—. Siéntate, Danielle.

Señaló la butaca junto a la de mi padre y él ocupó la suya al otro lado del escritorio. Durante un instante, pensé en rebelarme y largarme de allí, a sabiendas de que durante años aquellos dos hombres no me habían contado más que mentiras; el uno, sobre mi familia, y el otro, acerca del objetivo de los brujos blancos una vez que acabábamos nuestros estudios. Pero quería respuestas, y seguramente los Ibis me traerían a rastras si se me ocurría salir del despacho, así que me tragué el orgullo y decidí que lo mejor sería cooperar por ahora.

—¿Cómo estás? ¿Te duele la cabeza? —comenzó a preguntarme el director.

No era lo que esperaba, eso seguro, pero supuse que Hubbard no era del todo un capullo si era capaz de interesarse por mi estado antes de acribillarme con otras cuestiones mucho más relevantes. La verdad era que me dolía todo, aunque empezaba a acostumbrarme a ello. En las últimas semanas había perdido la cuenta de las veces que me había desmayado o estado a punto de morir de una u otra manera.

—Estoy bien. Perfecta.

El sarcasmo se filtró en mi voz pese a mis intenciones iniciales, aunque Hubbard decidió ignorarlo. No me digné a mirar a mi padre para observar su reacción; no estaba segura de mantener la entereza si volvía a descubrirlo contemplándome de esa forma tan despreocupada, como si no hubiera pasado más de un mes lejos de aquel lugar y él hubiera desconocido si me hallaba viva o muerta.

—Bien, me alegra que sea así. Estábamos preocupados por ti —repuso Hubbard.

Lo intenté, juro que lo intenté, pero no pude evitar que se me escapase una carcajada cínica.

—Unos más que otros, al parecer.

—Danielle, cuida tus modales —me amonestó mi padre.

Me giré lentamente en el asiento, furiosa, porque incluso para reprenderme tenía que emplear ese tono ajeno y aséptico, carente de cualquier emoción. Nada. No había nada en su actitud que demostrase que me había echado de menos siquiera. Aquel hombre era mi padre y, sin embargo, no le importaba más allá de lo que mi comportamiento pudiera afectar a la reputación de nuestro linaje.

Clavé la mirada en él y, a pesar de la ira profunda y salvaje que burbujeaba en mi pecho, tuve que esforzarme para evitar que las lágrimas acudieran a mis ojos. Le brindé una sonrisa que me costó todo mi esfuerzo esbozar y le dije:

—Vete a la mierda, papá.

# 21

Nathaniel Good se incorporó y se irguió en toda su estatura, y no era un hombre pequeño. Nunca había sido proclive a las demostraciones públicas o privadas de cariño, aunque tampoco era de los que infundían miedo a sus hijos para controlarlos. Durante mucho tiempo, me había engañado a mí misma pensando que me había llevado a Abbot porque las muertes de mamá y Chloe le habían provocado un sufrimiento con el que no había sido capaz de lidiar de forma adecuada, que tal vez yo le recordase demasiado lo que había perdido… Pero ahora, con todo lo que había descubierto y su forma de tratarme, esa mentira ya no se sostenía. Y dolía. Dolía mucho más de lo que jamás hubiera creído que podía doler. Incluso cuando yo ya estaba acostumbrada a no verlo o que no me llamase siquiera para preguntarme cómo me iba en la academia o si me encontraba bien. Supuse que una parte de mí había albergado cierta esperanza al respecto. Pero esa esperanza se marchitó hasta morir justo frente a mis ojos cuando mi padre levantó la mano y supe lo que venía a continuación. Iba a abofetearme.

Otra mano salió de la nada y lo detuvo un segundo antes de que alcanzara mi mejilla. El líder de los Ibis se encontraba aún junto a la pared, pero su compañero se había movido con tanta rapidez y sigilo que nadie en la estancia había sido consciente de ello.

—Señor. —Fue todo lo que dijo, pero logró hacerlo sonar como una amenaza.

Mi padre abrió la boca, probablemente para ensañarse con él por haberse atrevido a pararle los pies, pero Hubbard intervino antes de que pudiera decir nada.

—Nathaniel, eso es del todo innecesario. Danielle, por favor, compórtate.

Contemplé con satisfacción cómo el Ibis seguía manteniendo los

dedos en torno a la muñeca de mi padre y no pude evitar sonreír. Tuvo que zafarse de su agarre de un tirón y, aun así, el guardia no retrocedió para regresar a su lugar. Después de lo sucedido en Ravenswood y del ataque de Nueva York, ninguno de aquellos tipos me caía bien, pero en ese momento casi me sentía más cercana a ellos que a mi propio padre.

—Si vuelves a hablarme así…

—Está bien —lo cortó Hubbard—. Danielle, tienes muchas explicaciones que dar.

—Primero quiero hablar con mi padre. A solas.

No estaba segura de lo que debía o quería contarles, pero si algo tenía claro era que necesitaba saber cómo y por qué habían muerto mi madre y Chloe, y no pensaba hablar de Ravenswood o de la profecía mientras no supiera la verdad.

—No estás en posición de hacer ningún tipo de exigencia —señaló el director.

Mi padre no parecía estar de acuerdo. O quizás solo quería una oportunidad para interrogarme sin el director y los guardias delante. Tal vez deseara abofetearme de todas formas.

—Déjanos solos, Thomas.

—El consejo quiere respuestas…

—Es mi hija. Quiero hablar con ella a solas —insistió, implacable.

Así era Nathaniel Good. Si no hubiera sido porque yo misma lo había sugerido, me hubiera negado a quedarme en esa habitación con él solo para llevarle la contraria.

Finalmente, Hubbard cedió y le hizo un gesto a los Ibis. El que había detenido a mi padre no se movió. Un músculo palpitó en la mandíbula del director.

—Sebastian, fuera. Ahora —lo instó, y luego se dirigió a mi padre —. Tienes cinco minutos, Nathaniel.

El Ibis me dedicó un leve asentimiento antes de dar media vuelta y dirigirse a la puerta; el otro ya lo esperaba en el pasillo. Hubbard salió también y cerró la puerta tras él. Mi padre y yo nos miramos durante unos pocos segundos en los que ninguno de los dos dijo nada. Sabía que, si no empezaba a hablar ahora, él se lanzaría sobre mí sin compasión y yo perdería el valor. Y no estaba dispuesta a permitir que

me intimidara.

—Quiero saber qué pasó de verdad con mamá —escupí a bocajarro.

La sorpresa se reflejó con claridad en su expresión. No creo que hubiera esperado esa pregunta de mí, y me sentí satisfecha de haber pillado por una vez a Nathaniel Good con la guardia baja.

—No es momento para hablar de eso.

—Es el momento perfecto.

No me pasó desapercibido el hecho de que evitaba mi mirada mientras tomaba asiento de nuevo. Pero cuando levantó la vista, su rostro no era más que una máscara dura y carente de emoción. ¿Hubiera sido mucho pedir que, al menos, se mostrara un poco afectado por la mención de la muerte de su esposa y su hija?

—La espiabas —dije, cuando él no hizo amago de dar ninguna explicación.

Sus cejas se arquearon. Estaba claro que no entendía cómo había descubierto todo aquello, pero mantuvo la calma de una forma admirable. Tampoco tuvo ningún reparo en darme la razón.

—Lo hice. Tu madre se comportaba de forma errática poco antes de su muerte y…

—No —lo interrumpí, con la ira resurgiendo una vez más en mi pecho—. No digas que murió. La asesinaron, papá. Y también a Chloe, tu hija pequeña. ¿Te acuerdas siquiera de ella alguna vez? —No lo dejé contestar; las palabras acudían a mis labios por sí solas y no había manera de detenerlas—. Tú ordenaste que siguieran a mamá y luego le contaste al consejo lo de sus visitas a Ravenswood. Tú la delataste. Y, por tu culpa, mi hermana murió también.

—No sé de dónde te has sacado todo eso.

Me puse en pie y me acerqué hasta quedar frente a él. Estaba tranquilamente acomodado en la butaca. Odiaba el hecho de que aquella conversación ni siquiera despertara en él una pizca de dolor o sufrimiento. ¡Estábamos hablando de mi madre! ¡Su esposa!

—¡No importa cómo lo sé! —grité—. Hiciste que mataran a tu esposa y a tu hija…

Se incorporó de golpe y me agarró del brazo. Y su contacto fue suficiente para que mi magia despertara e inundara de inmediato mis

venas. Apenas si fui capaz de contenerla a tiempo. A pesar de que era más que probable que los Ibis hubieran narrado con todo lujo de detalles mi transformación y lo que era capaz de hacer ahora, no quería exponerme de esa forma frente a él. Al menos, no todavía.

—Tu madre quería matarte, Danielle. A ti y a Chloe —me espetó, mientras yo luchaba por soltarme sin recurrir a mi poder.

Durante unos pocos segundos, ni siquiera fui consciente de lo que acababa de decirme. Cuando finalmente sus palabras calaron en mí, negué con la cabeza.

—No. Ella quería protegernos. Solo trataba de descubrir de dónde provenía nuestro linaje —farfullé de forma atropellada. Lo empujé para quitármelo de encima y retrocedí a trompicones—. Por eso visitaba Ravenswood, y luego tú lo descubriste… No podías permitir que la reputación de nuestra familia se viera mancillada… Ella… Ella lanzó un hechizo para asegurarse de que estuviera bien… De que Chloe y yo estuviésemos bien si íbamos a Ravenswood…

La expresión de mi padre no varió. Me contempló con dureza e incluso diría que cierto desprecio. ¡Dios! Lo odiaba, cómo lo odiaba.

—Puede que esas fueran sus intenciones al principio. Supongo que quería asegurarse de que, si había una gota de sangre perteneciente a los Ravenswood en vosotras, podríais regresar con los «vuestros» si así lo deseabais. Pero luego descubrió que eso ni siquiera importaba porque una de sus hijas formaría parte de algo mucho mayor y perdió el juicio. Tu madre mató a Chloe, Danielle. Y te hubiera matado a ti si yo no hubiera…

No concluyó la frase, pero no hacía falta. Mis piernas se aflojaron y lo miré, horrorizada, mientras continuaba retrocediendo. Tropecé contra el escritorio de Hubbard y tuve que aferrarme al borde de madera para no derrumbarme, incapaz de procesar lo que me estaba contando. Incapaz de creerlo.

—Estás… Estás mintiendo.

Negó, y cada movimiento de su cabeza fue como un golpe en el centro de mi pecho.

—Escúchame, Danielle. Beatrice no estaba bien. La mandé seguir porque se comportaba de forma extraña desde que había acudido a la antigua casa de tu abuela Florence. Empezó a investigar sobre el linaje

de los Good y se remontó hasta Salem; luego vinieron las ausencias a deshoras y todo empeoró. Apenas comía o dormía. Eras muy pequeña para darte cuenta…

—No. No fue así.

—Danielle…, tu madre perdió la cabeza.

—Aunque hubiera sabido lo de la profecía, se supone que fui creada para mantener el equilibrio —dije, porque me negaba a pensar que mi madre hubiera querido hacerme daño o que se lo hubiera hecho a mi hermana.

Mi padre suspiró y se dejó caer de nuevo sobre el asiento. Sus ojos no reflejaban ningún tipo de calidez, pero de pronto ya no parecía el hombre inflexible y distante que tan bien conocía. Parecía… exhausto. Aun así, no podía creer nada de aquello. Era una locura.

—Así que lo sabes —señaló, y supuse que se refería a mi mención a la profecía.

Pero eso ahora ni siquiera me importaba.

—Mamá le dio un hechizo a Dith para que pudiera ir conmigo a Ravenswood. Para protegerme.

Él guardó silencio durante unos segundos, que a mí se me hicieron eternos. Me sudaban las manos, mi pulso se había vuelto loco y un nudo se apretaba cada vez con más fuerza en la boca de mi estómago. Seguramente, estaba a punto de vomitar.

—Y dime, Danielle, ¿dónde está Meredith ahora?

Caí de rodillas sobre el suelo, aunque ni siquiera noté el golpe. Quería llorar. Quería gritar. Mi corazón pareció detenerse y todo mi poder estalló durante un breve instante para consumirse luego y replegarse en mi interior, lejos de mi alcance. Tampoco lo quería en ese momento. No anhelaba nada salvo retroceder en el tiempo y borrar el eco de las palabras de mi padre de mis oídos.

¿Era verdad? ¿Mi madre había matado a mi hermana? ¿Y mi padre… la había matado a ella? ¿Por qué iba a admitir algo así si no fuera cierto?

Levanté la cabeza y lo miré. Furibunda.

—Si lo que cuentas es verdad… ¿Por qué no la entregaste al consejo? Ellos hubieran tomado las medidas necesarias para que no pudiera hacernos daño.

Mi padre no contestó y, pese a lo cansado y viejo que parecía en ese momento, no me costó comprender la razón de que no hubiera alertado al consejo blanco de las intenciones de mi madre. Tomé aire bruscamente.

—¡Oh, Dios! Eso hubiera hecho que los Good cayésemos en desgracia. Y tu reputación se hubiera visto afectada.

Se cruzó de brazos y recuperó parte de la entereza que había perdido en los últimos minutos. Ni siquiera había tratado de consolarme de algún modo, y eso que resultaba obvio que conocía el destino de Dith. Me contemplaba como un extraño miraría a alguien ajeno y molesto. Una carga, eso era para él.

—Eres la heredera de nuestro linaje. Solo trataba de protegerte. Por eso te traje a Abbot, para que estuvieses a salvo.

Aún de rodillas sobre el suelo, apreté los puños hasta que las uñas se me clavaron en la carne. Tampoco entonces sentí nada. Ningún sufrimiento físico sería comparable al daño que mi padre había vertido con cada palabra que había salido de su boca e incluso con las que no había llegado a pronunciar.

—Solo tratabas de protegerte a ti mismo. Espiabas a mamá porque temías cómo podía afectarte su comportamiento. Y tú la mataste…

Las venas se me inundaron de ira y de magia a partes iguales. Ríos de luz destellaron bajo mi piel y la mirada de mi padre se dirigió entonces hacia mis brazos. No parecía sorprendido, así que era evidente que los Ibis ya lo habían puesto al corriente, pero la cautela asomó a sus ojos. Se puso en pie muy despacio.

—Quería protegerte. Protegeros —se corrigió de inmediato. Al parecer, debió de recordar que una vez había tenido otra hija—. ¡Ella quería haceros daño!

La puerta del despacho se abrió de golpe, pero no me giré para ver si se trataba de Hubbard o de alguno de los Ibis. Quienquiera que fuera gritó:

—¡Danielle, basta!

Estaba llena de ira, pero también de miedo. De un horror feroz que me devoraba por dentro. La sed de venganza que había despertado en mí la muerte de Dith resurgió y ocupó el vacío que mi familiar había dejado atrás. Ese hueco se rellenó también con dolor, rabia, desprecio

y un montón de emociones más que ni siquiera me molesté en tratar de comprender. Hasta que el vacío se desbordó. Hasta que no quedó hueco o grieta. Hasta que ya no me importó la profecía o que el mundo llegara a su fin y ardiésemos todos en el infierno. Hasta que no quedó nada de mí y de la persona que había sido.

Y, entonces, lo que era ahora encontró el modo de salir al exterior.

# 22

## Alexander

Escapamos del garaje, aunque por muy poco. Wood no fue el único herido. Annabeth lucía algunos moretones y arañazos, y Aaron se había llevado un buen corte en el muslo, pero al menos él no era un familiar y no tenía que temer que las armas de los Ibis estuvieran hechizadas. La magia podía acabar con los familiares de un modo en el que ninguna otra cosa lo haría, así que el alivio que sentí cuando por fin nos vimos atravesando las calles de Nueva York en uno de los coches solo fue comparable a la culpabilidad por haber dejado a Danielle atrás.

Siempre estaría en deuda con Annabeth Putnam y Aaron Proctor. No solo por haber regresado para ayudarnos, sino porque, cuando por fin nos aseguramos de que nadie nos seguía, llamaron a Gabriel para establecer un punto de encuentro y así poder cedernos el vehículo en el que habíamos huido para que pudiésemos continuar nuestro camino. No había manera de que él nos permitiera acompañarlos a donde fuera que se dirigían, pero al menos tuvo el detalle de no oponerse e incluso esperó pacientemente mientras Aaron le recolocaba el hombro a Wood y procedía a curarlo. Que un brujo oscuro dominara la magia de curación como demostró hacerlo Proctor me hizo pensar, no por primera vez, en el profundo error que se había cometido siglos atrás al separar a los brujos en dos bandos.

Ahora, tras habernos despedido de ellos y recorrer un par de cientos de kilómetros hacia el sur, Raven, Wood y yo nos habíamos detenido en un mirador sobre la costa para intentar descansar un poco. Aaron le había recomendado a Wood que mantuviera, al menos durante unas cuantas horas, el brazo inmovilizado. Como ni Raven ni

yo sabíamos conducir, él no había tenido más remedio que llevarnos hasta allí, pero ahora tenía un cabestrillo improvisado para tratar de compensarlo, y no hacía más que quejarse al respecto.

—Esto es ridículo. Ya está curado y no me duele.

—Deja de protestar —repliqué.

Continuó refunfuñando mientras yo me apoyaba en la ventanilla del coche y contemplaba la claridad que ya empezaba a colorear el horizonte. El sol salía y se ponía cada día y, sin embargo, era la primera vez que recordaba haber disfrutado de un espectáculo como aquel. En Ravenswood, no resultaba visible hasta que sobrepasaba las copas de los árboles del bosque de Elijah y, desde luego, no era comparable con la belleza de verlo alzarse sobre el mar. Destellos anaranjados, amarillos y rosados inundaron el cielo poco a poco bajo mi mirada. Me estremecí, consciente de que me había perdido muchas cosas al permanecer recluido durante años; cosas que cualquier mortal o brujo daba por sentadas y que formaban parte de su día a día. Era como mirar el mundo con ojos nuevos, aunque tal vez fuera más correcto decir que el mundo era nuevo para mis ojos.

Suspiré.

Wood continuaba murmurando maldiciones y peleándose con la tela que rodeaba su brazo, así que, cuando abrió la puerta para bajarse del coche, no lo detuve. El vehículo estaba «blindado». Un amuleto colgaba del espejo de retrovisor e interferiría con cualquier intento mágico de localizarnos, y supuse que, sumado a otros tantos hechizos que lo rodeaban, no correríamos peligro alguno mientras no se alejara demasiado de él.

—Quédate cerca —dije de todas formas.

Wood resopló, aunque, en cierto modo, me alegraba que pareciera estar saliendo del mutismo en el que se había sumido los días anteriores. Rodeó el coche y se sentó en el capó, y yo volví la vista hacia el mar de nuevo, a la espera de la salida inminente del sol. Solo entonces me di cuenta de que parte de la serenidad que me transmitía aquel lugar no se debía solo a las maravillosas vistas, sino también a la total ausencia de brujos a mi alrededor. Estaba tan acostumbrado a Wood y a Raven y a sus respectivos poderes que ya los sentía casi como míos, y ninguno de los dos había despertado nunca en mí

ningún tipo de necesidad. Así que en ese momento no captaba ni un pequeño destello de magia. No había anhelo ni dolor; mi garganta no estaba seca y la piel no me picaba. No sentía ansiedad ni deseo.

Supuse que aquella era otra primera vez para mí.

Entonces pensé en Danielle y… ¿Sería para ella también ahora así? Incluso aunque no la embargara el ansia de drenar a otros brujos, ¿estaría condenada a sentirlos todo el tiempo? Sabía que podía percibirme, lo había visto en su rostro aquella mañana en la cocina de la cabaña, y ella misma lo había confirmado poco después: mi magia también le cantaba. ¿Resultaría eso una tortura para ella?

Eché un vistazo por encima de mi hombro. Raven había pasado parte del trayecto dormido, acurrucado en el asiento trasero, de vuelta al muchacho tranquilo y pacífico que solía ser casi siempre. Esperaba encontrarlo aún descansando; sin embargo, sus ojos estaban abiertos. Cuando nuestras miradas tropezaron, no dijo nada. Como si supiera las preguntas que me estaba haciendo en silencio, esperó, paciente, hasta que las palabras encontraron el camino hasta mi boca.

—Tú… nos empujaste a Danielle y a mí para hacer que ella despertase —dije por fin.

No hubo reproche en mi voz, solo curiosidad. Y tampoco era exactamente una pregunta, pero creo que Raven lo comprendió de todas formas. Cerró los ojos un instante y se incorporó hasta quedar sentado. Luego, los abrió y clavó su mirada azul en mí. Yo me giré un poco más hacia él para asegurarme de que no se perdía nada de lo que dijese.

—Iba a ocurrir de todas formas, Alex, y no había tiempo que perder.

—¿Porque ese es su destino?

Yo no podía luchar contra lo que ya era, pero, si Danielle no hubiese despertado, tal vez se hubiera librado de todo aquel lío. Quizás hubiera podido mantenerse al margen.

—Porque debía ser.

—Porque ese es nuestro destino. Ser opuestos —insistí, y esta vez simplemente era una afirmación. Pensé en cómo habíamos chocado desde el primer momento y luego en lo que había sucedido entre nosotros en la terraza. En el modo en el que parecíamos girar el uno

en torno al otro, para bien y para mal. Y entonces añadí—: Sentirnos atraídos…

No concluí la frase. Para empezar, en realidad tampoco había querido llegar a verbalizar ese pensamiento. ¿La atracción que sentía Danielle por mí era solo una consecuencia de la atracción que le provocaba mi magia? ¿Y la mía se debía a la suya? ¿O había algo más? Porque no parecíamos ser capaces de estar en la misma habitación sin mordernos. Yo me había comportado como un auténtico gilipollas tras su llegada a Ravenswood y todavía había veces que quería estrangularla, pero ahora era yo quien me ahogaba al pensar en lo que podrían estarle haciendo en Abbot.

Me pasé la mano por la cara, sintiéndome como un idiota por perder el tiempo pensando en algo así mientras el mundo parecía estar de camino al desastre. Cuando volví a mirar a Raven, este estaba esbozando una sonrisita que no supe muy bien cómo interpretar. A veces me resultaba imposible descifrar en qué demonios estaba pensando.

—Si lo que quieres saber es si el amor se puede…

—No hablo de amor —lo interrumpí. Solo estaba preocupado por Danielle, y quizás un poco perturbado por la posibilidad de que lo que había pasado entre nosotros no fuese más que un espejismo, un efecto secundario de lo que se suponía que estábamos destinados a ser—. Solo me refería a…

—Sé a qué te referías, Alex —me cortó él a su vez—. Y la respuesta es no. La única magia en este mundo que no se puede recrear es la del amor. Ese sentimiento tiene una magia propia, una que no hay hechizo que pueda forzar. ¿Obsesión? Tal vez. ¿Deseo? Mmm… Es posible. Pero no el amor, Alexander. Nunca el amor; ni tan siquiera el cariño. Créeme, sé de lo que hablo. Mis padres…

Contuve el aliento. Los gemelos rara vez mencionaban a sus progenitores. Martha y Robert Ravenswood, los fundadores de la academia en la que estudiaban los brujos oscuros, no habían sido lo que se dice unos padres ejemplares. En realidad, fueron todo lo contrario, unos auténticos desalmados que habían convertido la vida de los gemelos en un verdadero infierno. Y Raven se había llevado la peor parte de sus «atenciones», aunque Wood siempre había tratado

de evitarlo.

—Incluso antes de que mi poder se manifestase, ellos no aceptaron muy bien mis… particularidades. Creían que era un niño estúpido y frágil y que carecía de la fuerza de carácter que se esperaba de los miembros de nuestra familia. Tampoco ayudó que Wood y yo fuésemos gemelos, aunque no poseyésemos la marca. Aun así, durante mucho tiempo traté de hacerlos cambiar de opinión. —Subió los pies al asiento y se rodeó las piernas con los brazos, encogiéndose de tal manera que por un momento me pareció imposible que tuviera más de tres siglos de antigüedad. No parecía más que un niño asustado—. Cuando me di cuenta de que complacer sus exigencias no funcionaba, intenté conseguirlo mediante la magia. Estudié sin descanso, investigué y me dediqué a combinar ingredientes y hechizos. Cuando uno fallaba, pasaba al siguiente. Me obsesioné con el tema. Solo deseaba que me quisieran, ser suficiente para ellos. Encajar y ofrecerles lo que se esperaba de mí. Quería que me amaran como suponía que debían hacerlo unos padres con su hijo. Tardé mucho en comprender que no existía hechizo, conjuro, poción o magia alguna que pudiera dotarlos de ese sentimiento; no se puede crear de la nada algo tan desinteresado y especial como el amor, y mucho menos tratar de obtenerlo cuando todo lo que en realidad tienes para trabajar es odio y desprecio… Fracasé y, bueno, ya sabes cómo acabó todo.

Estiré la mano, le apreté la pierna y asentí para hacerle saber que no tenía que continuar rememorando uno de los episodios más oscuros de su existencia, uno que había terminado con los gemelos convertidos en familiares. Después de soportar años de maltrato, vejaciones y torturas tanto psicológicas como físicas, una noche en la que Martha le aplicaba un castigo especialmente violento a Raven, este no había podido más y su cuerpo se había rebelado. En una explosión de rabia y amargura, se había defendido con uñas y dientes a pesar de que la capacidad de convertirse en lobo le llegaría después de convertirse en familiar. El salvajismo que lo había poseído fue tal que había herido de gravedad a su madre. Su padre había acudido al oír los gritos, y también Wood. Y cuando Robert Ravenswood había atacado a Raven, presa de la ira, su gemelo no había dudado en defenderlo.

El matrimonio había terminado muerto. Martha, a causa de una

profunda herida en la garganta que la había hecho desangrarse en cuestión de unos pocos minutos, y Robert, con el cuello roto. Sinceramente, creo que obtuvieron lo que se merecían, pero aquello costó a los gemelos su libertad y el resto de sus vidas. Nadie dio crédito a sus relatos sobre el sufrimiento al que los habían sometido ni quisieron ver las cicatrices que portaban, tanto en la piel como en el corazón. Nadie sacó la cara por ellos. Todos miraron hacia otro lado. Se los maldijo y se los condenó a muerte para que se convirtieran en familiares y tuvieran que cuidar de los miembros de un linaje que no les había reportado más que dolor. Era un verdadero milagro que, aun así, Raven fuera capaz de mostrar tanta bondad, y también que hubieran sido tan pacientes conmigo mientras me criaban. Desde luego, no era de extrañar que odiaran a mi padre con tanto ahínco; en el fondo, siempre había pensado que veían en mí un reflejo de lo que les había sucedido.

Pero lo que nunca había sabido era que Raven había pasado años tratando de ganarse el favor de sus padres. Y pensar en ello me rompió aún más el corazón.

—Raven…

—Está bien, Alex. No pasa nada, eso ocurrió hace mucho —comentó, aunque yo sabía que algo así tenía que continuar doliéndole. Nada borraba esa clase de sufrimiento—. Lo que quiero decir es que lo que suceda entre Danielle y tú no tiene nada que ver con lo que sois. La magia tiene sus limitaciones y no puede hacer que te enamores de nadie.

El rostro de Raven se transformó por completo cuando sus comisuras se curvaron y una sonrisa enorme le llenó la cara. No pude evitar sonreírle de vuelta. ¿Quién podría? Raven se merecía cada sonrisa y cada gesto de cariño que pudiera brindarle, aunque solo fuera para compensar toda la mierda por la que había pasado.

—No estoy enamorado —señalé, solo por si acaso. Raven esbozó una mueca ligeramente exasperada, pero no me contradijo, y me dije que era un buen momento para cambiar de tema—. ¿Qué hay de ti? Pensaba que querías que Robert viniera con nosotros.

Me había extrañado que ni siquiera tratase de convencerlo para que nos acompañase.

—Somos amigos. Nunca había tenido un amigo de verdad hasta que llegó Danielle. Y me gusta hablar con él, pero tenía cosas más importantes que hacer y…

—¿Y? —lo alenté a continuar.

—Es atractivo, ya sabes, pero creo que no podemos ser *esa* clase de amigos.

Me eché a reír al contemplar el rubor que ascendió por su cuello. Nunca dejaría de sorprenderme que Raven pudiera comportarse como un animal rabioso que peleaba con garras y dientes y horas más tarde no pareciera diferente de un adolescente tímido.

—No es él —añadió, enrojeciendo aún más.

—¿Él?

Raven no contestó. Se deslizó por el asiento en dirección a la puerta y salió del coche para ir a reunirse con su hermano. Saqué la cabeza por la ventanilla y le grité:

—¡¿Quién es entonces él?! ¿Lo sabes ya?

Nunca le había preguntado a Raven cuánto de su propio futuro conocía o si también era capaz de ver los hilos que lo unían a otras personas. La verdad era que me costaba comprender su don del todo.

Me bajé del vehículo y llegué hasta ellos justo en el momento en que Raven se situaba frente a Wood y le decía:

—¿Cómo supiste que venían? Los Ibis, ¿cómo lo supiste?

Fruncí el ceño y miré a Wood, olvidándome por completo de Robert y de ese él, fuera quien fuese. Había dado por sentado que el aviso de la llegada de los Ibis había sido cosa de Raven y de su poder.

—Los percibí.

Mi ceño se frunció aún más, si es que eso era posible. Wood tenía muchos dones, pero ese no estaba entre ellos. Ni siquiera yo había sido consciente de su presencia hasta que habían rodeado el edificio, y yo podía sentir la magia de cualquier brujo.

—¡Y una mierda! —le espeté—. Es imposible que los sintieras.

Wood hizo una mueca.

—Lo supe y ya está, ¿de acuerdo? Salvamos el culo, eso es lo importante.

Raven ladeó la cabeza mientras continuaba observando con atención a su gemelo. Estaba claro que no tenía ni idea de cómo había

sabido su gemelo lo de los Ibis. El silencio se alargó. Wood trató de cruzar los brazos, pero se enredó con el cabestrillo. Murmuró una maldición, se arrancó la tela de alrededor del cuello y lo hizo una bola.

—Se acabó esta mierda.

—¿Qué nos estás ocultando? —inquirí.

—Nada.

—Wood.

Apretó los dientes. Resultaba obvio que no estaba dispuesto a soltar una palabra, lo cual era inquietante, porque normalmente era Raven el que guardaba más secretos.

—Venga, suéltalo —insistí, consciente de que tenía que ser algo importante—. No vamos a movernos de aquí hasta que nos lo cuentes.

Raven se mantuvo en silencio una vez más. Contemplaba a su hermano con una intensidad casi incómoda. Sinceramente, nadie quería que el lobo negro lo mirara así. Tenía la capacidad de hacerte sentir como si tus mierdas más vergonzosas pudieran quedar a la vista de todos y, además, había muy pocas cosas que Wood fuera capaz de negarle a su hermano.

—No es…

—No vuelvas a decir que no es nada, porque está claro que lo es si tratas de ocultarlo —señalé—. Vamos, Wood, sea lo que sea, lo arreglaremos.

Wood negó con pesar. Cerró los ojos y apretó los párpados un instante, pero, cuando los abrió y miró directamente a su gemelo, supe que Raven había ganado. Suspiró y luego, sin más, soltó la bomba:

—Supe que los Ibis estaban de camino porque… me lo dijo Dith.

# 23

## Alexander

—Repite eso —exigí, porque estaba seguro de que no podía haberlo oído bien.

Raven me puso una mano en el antebrazo, aunque no sé si trataba de tranquilizarme o solo quería hacerme saber que quería hablar él.

—Dith está muerta, hermano —susurró, y su tono de voz estaba repleto de tanto dolor como cariño.

Wood se pasó la mano por la cara y luego lo hizo por el pelo, revolviéndoselo por completo. Juro que le temblaba el labio inferior. A Wood, al lobo blanco. El mismo que contaba con más de tres siglos de vida, parecía a punto de romper a llorar.

—Lo sé.

Y entonces lo comprendí de golpe. El alma se me cayó a los pies.

—¡Oh, joder! No pasó al otro lado, ¿verdad? Meredith es ahora un fantasma.

Wood asintió con lentitud, y Raven tomó aire con brusquedad cuando mis palabras calaron en su mente. Aquello eran malas noticias. Normalmente, y a pesar de que ese no era el caso de Elijah Ravenswood —aunque lo suyo se debía a su diestro uso de la magia oscura—, los fantasmas solían ser seres inofensivos y no tenían apenas poder sobre los vivos, pero cuanto más tiempo pasaban atrapados en este mundo, más se iban deteriorando. Entonces empezaban a olvidar y a alejarse de la persona que un día habían sido; se volvían retorcidos y a veces acababan por convertirse en espectros. Y esos sí que resultaban peligrosos. Pero Meredith, siendo bruja, lo sabía. No era posible que hubiera evitado cruzar sabiendo lo que podía terminar ocurriéndole.

Recordé el modo en el que Wood se había mostrado esquivo todo el tiempo que habíamos pasado en la cabaña de los Bradbury. Había creído que solo quería estar a solas porque su dolor era demasiado intenso y no sabía cómo manejarlo. Pero también lo había visto un par de veces murmurando en voz baja y no se había convertido en lobo en ningún momento… Porque en esa forma no habría podido comunicarse con Dith.

¡Mierda!

—Wood, ¿por qué no nos lo contaste? —dijo Raven, que parecía dolido, y luego añadió—: ¿Está aquí ahora?

Tanto Raven como yo echamos un vistazo alrededor, claro que fue más un gesto instintivo que otra cosa, pues ninguno de los dos podríamos ver a Meredith aunque se encontrara justo frente a nuestras narices.

—No, se ha ido de vuelta a Abbot. No quería dejar sola a Danielle. Y no os lo conté porque Dith me hizo jurar que no lo haría. No quiere que Danielle lo sepa.

Joder, Danielle. Si se enteraba de aquello volvería a rompérsele el corazón. Sería como recuperar y perder a su familiar de nuevo, y el temor a que se convirtiera en un espectro la atormentaría cada hora de cada día. No me extrañaba que Dith le hubiera hecho prometer a Wood que no diría nada.

—Le dije que tendría que haber cruzado, pero ya sabéis cómo es —agregó, y, pese a todo, la sombra de una sonrisa asomó a sus labios.

Creo que no sabía si reír o llorar, y no podía culparlo por ello. Wood podía verla; no había perdido del todo al amor de su vida, pero tenía que ser una verdadera tortura no poder abrazarla o tocarla y saber cuál sería el destino que la esperaba si se quedaba junto a él. Además, la herida por su pérdida no se cerraría, y justo por eso Wood se había prestado a mantener el secreto. Sabía lo que algo así le haría a Danielle.

—¿La has visto todo este tiempo? Estaba en la cabaña, ¿no es así?

Asintió con la cabeza y pasó a explicarnos que Dith nos había seguido desde Ravenswood, pero que se había enfadado cuando él le había rogado que intentara cruzar de nuevo, a sabiendas de lo que le ocurriría si permanecía demasiado tiempo a este lado del velo. Pero

Dith se había negado a marcharse hasta que supiera que su protegida iba a estar bien, lo cual era algo difícil de asegurar dada la situación. Un día antes de nuestra partida de la cabaña, habían vuelto a discutir y Dith había desaparecido. Wood no había sabido qué pensar. Primero había creído que solo estaba enfadada; sin embargo, puesto que al llegar a Nueva York continuaba ausente, había pensado que le había hecho caso y que había cruzado por fin.

Por eso me lo había encontrado la noche anterior en su habitación despierto y tan… triste, velando el sueño de su hermano. Wood había creído que ella había partido y ni siquiera había acudido a despedirse; pensaba que se había ido y que lo había hecho enfadada con él. Supongo que eso también explicaba por qué me había pedido que fuera en busca de Danielle e hiciera las cosas bien con ella.

—Anoche apareció de nuevo. Estaba como loca. Admitió que se había estado escondiendo de mí, y me dijo que teníamos que marcharnos porque había Ibis blancos muy cerca. Al parecer, en el mundo de los muertos los rumores se extienden aún con mayor rapidez que en el de los vivos —intentó bromear, aunque no nos engañó ni a su hermano ni a mí.

Raven le rodeó la espalda con un brazo y apoyó la cabeza en su hombro. No me sorprendió demasiado que no hubiera sabido nada de aquello; el reino del lobo negro era el de los vivos, el de sus conexiones y uniones, mientras que el de los muertos era dominio del lobo blanco. En lo que respectaba a Raven, el hilo entre Dith y su gemelo se había cortado sin remedio en el momento de la muerte de esta, aunque ella hubiera encontrado el modo de continuar unida a él.

Me dejé caer sobre el capó, al otro lado de Wood. No sabía qué decir. En realidad, Dith probablemente había salvado el aquelarre de Robert y a todos nosotros, salvo a Danielle, claro. Así que si estábamos allí era gracias a su cabezonería. Pero Meredith estaba jugando con fuego. Cuando un muerto trataba de mantenerse en el mundo de los vivos, las cosas siempre acababan mal. Muy mal.

—¿Crees que podrá venir a buscarnos si le pasa algo a Danielle? —le pregunté entonces.

Wood se encogió de hombros.

—Tal vez. Regresar a Abbot es sencillo para ella; ha vivido durante

años allí y la presencia de Danielle en el lugar lo hace todo mucho más fácil. Pero es tan terca que, si se empeña en regresar conmigo, aunque no sepa dónde estoy, creo que hallará la manera de encontrarme.

—Está bien, entonces pongámonos en marcha. Cuanto antes hablemos con Loretta Hubbard, antes podremos volver a Abbot, sacarlas a las dos de allí y convencer a Dith de que cruce; tendrá que hacerlo.

—No puedes decírselo a Danielle.

—Tiene derecho a saberlo, Wood —dijo Raven con extrema suavidad, pero Wood negó con la cabeza.

—Danielle está al límite, ¿o es que no os habéis fijado? Algo así podría hacerla explotar y no estoy seguro de que queramos saber lo que sucedería si eso llega a ocurrir.

No pude prometerle nada, tampoco lo hizo Raven. Era una situación complicada. Todo lo era. Danielle me había dicho en la azotea que no quería nada de aquello, y Wood llevaba razón al decir que estaba al límite. Y había percibido el modo en el que reprimía su magia, lo cual no era tan preocupante como el hecho de que hiciera lo mismo con su rabia y su dolor. Porque, al final, la ira siempre encontraba una forma de salir, y casi nunca era de una forma agradable.

La residencia de Loretta Hubbard era una idílica casita de dos plantas en lo alto de una colina frente al mar. Tenía la fachada blanca y un tejado de tejas rojizas, y estaba rodeada por un jardín donde crecían flores de todo tipo y colores. No había más casas alrededor y el pueblo más cercano se encontraba al menos a diez kilómetros de distancia. Supuse que no era una casualidad y que los Hubbard habían preferido mantener a la mujer alejada de posibles curiosos.

Mis únicos conocimientos sobre oráculos provenían de Raven —que no era exactamente uno de ellos— y de algunos libros que había leído a lo largo de los años, así que no sabía muy bien qué esperar. Ni siquiera estaba seguro de que fuera a recibirnos. Quizás nos echara a patadas en cuanto llamásemos a su puerta o, peor aún, ni siquiera

llegase a abrírnosla.

Según le había dicho Cameron a Danielle, recibía la visita de un familiar cercano a diario, por lo que no nos acercamos a la casa en cuanto llegamos, sino que permanecimos en el coche a una distancia prudencial. Creíamos tener más oportunidades si la abordábamos a solas y yo sabía que en el interior había más de un brujo porque lo percibía claramente, así que pasamos toda la tarde observando la puerta de entrada. Cuando el sol ya estaba de camino al horizonte, por fin la puerta delantera se abrió y una joven no mucho mayor que yo descendió por los escalones de la entrada, se metió en un coche que había aparcado en el exterior de la casa y se fue, dejando tras de sí el leve rastro de su magia.

—Vamos, conduce hasta la casa. Es mejor dejar el coche cerca por si acaso —le pedí a Wood.

—Escuchará el ruido del motor. Podría llamar a alguien.

—Entonces tendremos que darnos prisa.

Wood obedeció. Tal vez todas nuestras precauciones resultasen excesivas, pero no podía dejar de preguntarme cómo habían podido encontrarnos los Ibis en Nueva York. La buena noticia era que la propiedad no parecía contar con ninguna alarma mágica; lo hubiera percibido, y lo único que captaba ahora mismo era el poder de la propia Loretta en el interior de la construcción.

Apenas tardamos un par de minutos en encontrarnos los tres frente a la puerta. Raven se había adelantado y llamó al timbre sin más ceremonia. Escuchamos pasos acercándose y luego la puerta se abrió por fin. Pero quien estaba detrás no era la bruja anciana que yo había imaginado, sino un tipo de unos dieciocho o diecinueve años de pelo oscuro, complexión fibrosa y cara de pocos amigos.

Antes de que ninguno pudiésemos reaccionar, agarró a Raven de la camiseta, lo arrastró hacia el interior y lo estampó contra una pared. Acto seguido, apoyó el antebrazo contra su garganta para mantenerlo inmóvil.

—¿Quién eres? —inquirí. En cuanto empecé a avanzar, el tipo apretó más contra la garganta de Raven y me lanzó una clara mirada de advertencia, así que me detuve.

—¿Quiénes sois vosotros?

Wood exhaló un gruñido bajo y amenazador. Tampoco él se atrevió a moverse, pero ignoró su pregunta y le dijo:

—Hermano equivocado, gilipollas.

—O tal vez no —agregó Raven, y luego se movió tan rápido que apenas fui capaz de entender lo que veía.

En un segundo estaba inmovilizado y al segundo siguiente le había retorcido el brazo a aquel tío y lo había hecho girar de modo que fue su cara la que quedó aplastada contra la pared. Un instante después, cuando empezó a forcejear para soltarse, Raven se las arregló para tirarlo al suelo y subirse a horcajadas sobre él. Incluso se aseguró de aprisionarle los brazos con las piernas para que no pudiera emplear la magia.

Wood y yo todavía estábamos contemplando la escena como unos imbéciles cuando Raven se inclinó sobre su rostro con una sonrisita descarada en los labios.

—Hola, ¿quién eres?

—Quítate de encima, capullo —farfulló entre dientes el otro.

—No eres nada hospitalario.

—Quítate. De. Encima.

Raven no se movió, y tengo que decir que no daba muestras de sentirse intimidado; más bien, parecía divertido. Así que Wood y yo nos quedamos a un lado y nos limitamos a observar el desarrollo de los acontecimientos.

El desconocido apartó la mirada de Raven y ladeó la cabeza para mirarnos.

—No podéis estar aquí. Largaos.

Quise decirle que no estaba en posición de exigir nada, pero Raven lo sujetó de la barbilla y lo obligó a mover la cabeza hasta encararlo de nuevo.

—Mírame al hablar.

—Vete a la mierda, imbécil.

Raven no perdió la sonrisa, si acaso, se hizo aún más amplia.

—Soy sordo, así que, si tan empeñado estás en insultarme, será mejor que te asegures de que puedo leerte los labios. ¡Ah! Y me llamo Raven Ravenswood, no «capullo» ni «imbécil».

El chico pareció desconcertado por unos segundos, pero luego su

expresión se transformó y más bien parecía que alguien lo hubiera abofeteado. La piel de su rostro palideció y los ojos se le abrieron como platos.

—Sois los Ravenswood. ¡Mierda! —Titubeó un instante. Raven deslizó los dedos lejos de su barbilla y el chico aprovechó para mirarnos de nuevo—. ¡Mierda!

—Eso ya lo has dicho —señaló Wood, con un resoplido.

—¿Y tú eres…? —insistió Raven con impaciencia, lo cual no era muy propio de él.

Volvió a ladearle la cabeza, pero esta vez lo hizo con algo más de suavidad. Aun así, el chico aún tardó un momento en contestarle, el mismo que empleó para recuperar un poco la compostura.

—Soy Cameron Hubbard. Ahora, quítate de encima de una vez y empezad a explicarme qué hacéis aquí y por qué demonios Danielle Good no está con vosotros.

# 24

El despacho de Thomas Hubbard estaba destrozado, y eso casi era una forma suave de describirlo. Había perdido el control y mi magia había *explotado*, o algo por el estilo. Las alas habían brotado de mi espalda y, esta vez, había sido muy muy consciente de ellas, y con «consciente» quiero decir que, a pesar de mi evidente falta de control, había sido capaz de estirarlas, moverlas y plegarlas a voluntad. Y supongo que mi voluntad en ese momento debía de haber sido hacer el máximo daño posible.

Me había iluminado como un puñetero sol en miniatura y, como consecuencia de ello, también lo había hecho toda la estancia. Las ventanas que daban al jardín trasero de la escuela habían estallado, al igual que todas las bombillas. Los libros que se apilaban en la estantería detrás del escritorio habían salido volando primero, para luego acabar tirados por el suelo y con las hojas chamuscadas. Ah, sí, y también había hecho que durante unos pocos segundos lloviera dentro de la habitación.

Había sido una suerte que el director no estuviese sentado tras su escritorio. Lo de mi padre, en cambio, había sido más bien cobardía. Se había lanzado hacia la puerta en cuanto las cosas se habían puesto feas y había sido uno de los Ibis —no Sebastian, sino el otro, el capullo de las sonrisitas pretenciosas— quien se había llevado la peor parte. Supongo que habría creído que podría volver a noquearme, como había hecho en Nueva York, pero la jugada le había salido mal; muy muy mal.

Ahora me encontraba recluida en una de las salas de castigo que solían emplearse cuando algunos alumnos nos saltábamos las reglas. En dichas habitaciones, el uso de la magia estaba limitado por un hechizo similar al que había atado mi poder cuando me había fugado de Abbot. La verdad era que no estaba segura de que fuera del todo

efectivo en este momento, no cuando yo ya no era del todo yo misma y mi poder se había convertido en algo casi con vida propia. Pero había gastado tanta energía en mi explosiva pataleta que imaginé que no había riesgo de que repitiera la hazaña. Por ahora.

De repente, la puerta se abrió y Sebastian accedió a la estancia y la cerró tras él. Se quedó allí plantado, con los pies ligeramente separados, las manos a la espalda y tieso como un palo. Hubbard debía de haberle ordenado que me vigilase.

—¿Vivirá? —inquirí, y dejé que mis ojos vagaran por la habitación.

Las paredes estaban libres de cualquier elemento decorativo y solo había una mesa con dos sillas, la que yo ocupaba y otra libre frente a mí. De haber habido un espejo en una de las paredes, aquello hubiera parecido la sala de interrogatorios de una comisaría cualquiera. Pero así era Abbot, frío e impersonal; casi más cárcel que colegio. Había olvidado lo mucho que odiaba estar allí.

Sebastian no se dignó a mirarme, mantuvo la vista al frente y una postura de soldado disciplinado que ya empezaba a resultarme demasiado familiar. Hasta hacía poco más de un mes, apenas si había visto a un Ibis, y ahora los veía más a menudo que a mi padre. Y al igual que él, Nathaniel Good tampoco me había mirado a la cara cuando me habían sacado del despacho del director. Pero… ¿de verdad me importaba ya?

—Se pondrá bien, ¿no? —insistí, solo para no pensar en lo que había provocado mi ataque de locura transitoria ni en lo que mi padre había dicho sobre mi madre y sobre Chloe.

Nadie había comentado que ningún Ibis hubiera resultado muerto durante el asalto de Nueva York, por lo que supuse que el que se había desmayado cuando me había defendido estaría bien, y tampoco quería ser la responsable de la muerte de este, por muy imbécil que me hubiera parecido. No creí que estuviera preparada para matar a nadie, y quizás no lo estaría nunca. A pesar de mis deseos de venganza y de la rabia que albergaba, me resultaba imposible comprender a personas como mi padre o el padre de Alexander. ¿Cómo podían ser capaces de terminar con la existencia de alguien y ser capaces de vivir consigo mismos? ¿Y qué pasaría si, para evitar la profecía, me veía obligada a

hacer algo así? No le había mentido a Alexander al decirle que no quería nada de aquello. Ojalá fuera una de esas heroínas de las películas o los libros que no dudaban y se enfrentaban a todos y todo para cumplir con su destino. Pero, ¡por Dios!, yo solo era una chica de dieciocho años que había querido vivir un poco… Con magia o sin ella, con poder o sin él. Una chica que había perdido a su madre, a su hermana y luego a la única persona que se había mantenido a su lado después de eso.

Me restregué los ojos con las palmas de las manos. Estaba exhausta, y ni siquiera sabía aún si los demás habían conseguido escapar. De ser así, suponía que ya estarían en casa de Loretta Hubbard. Esperaba al menos que consiguieran algunas respuestas…

—Estará bien —dijo entonces Sebastian, apartándome de mis sombríos pensamientos—. O algo así.

—¿Qué quieres decir?

Sus ojos se posaron en mí por fin, rebosantes de curiosidad. Para ser un Ibis, era mucho más expresivo que los otros con los que me había tropezado.

—Le hiciste *algo*.

—Eso no explica nada. ¿A qué te refieres con ese *algo*?

—Dímelo tú.

Me obligué a no perder los estribos. No tenía paciencia para aquella mierda de conversación.

—No tengo ni la más mínima idea. Mi poder ha cambiado mucho…

—Tenías unas putas alas —me cortó, y cerré la boca de golpe. Pues sí que era expresivo, sí—. Y Efrain, tras recuperar la conciencia, había perdido su magia.

—¿Perdón? —inquirí, pero mi mente no pudo evitar recordarme que Alexander era capaz de absorber la magia de cualquier brujo. ¿Y si yo podía hacer lo mismo? Pero, aun así, lo negué—: Yo no le he hecho nada.

Sebastian se adelantó un par de pasos. Me tensé de inmediato y los rescoldos de mi magia casi agotada se agitaron, como si tratasen de avivar mi poder en previsión de un posible ataque. Algo debió de ver el Ibis en mi rostro, porque levantó las manos y negó con la cabeza.

Pensé que iba a amenazarme; sin embargo, solo dijo:

—No voy a hacerte daño, Danielle.

—Has insinuado que he drenado la magia a tu compañero.

Frunció el ceño.

—No, no exactamente. Salvo algunas quemaduras en la cara y el cuello, no ha sufrido más daños, pero ha estado durante un rato sin poder emplear su poder de ninguna forma. Ni siquiera era capaz de sentirla. Lo has convertido temporalmente en un… mortal.

Se me descolgó la mandíbula.

—¿Estás de coña?

—Se ha despertado diciendo que estaba «vacío».

Parpadeé, y luego volví a parpadear. Esperaba que aquel tipo me dijera que me estaba tomando el pelo, porque incluso con lo extraordinario que resultaba que ahora contara con unas putas alas y un montón de poder, lo que insinuaba me parecía del todo increíble. Hundí la cabeza entre las manos y dejé salir el aire poco a poco de mis pulmones. Aquello era de locos; todo lo era.

—¿La ha recuperado toda? —murmuré sin mirarlo.

—Eso creemos, pero no lo sabremos a ciencia cierta hasta que esté lo bastante descansado y pruebe a emplearla de diferentes formas.

Bien, así que Alexander le robaba la magia a la gente y yo les fundía los plomos temporalmente, por decirlo de algún modo. Supuse que no era lo peor que podía pasar. Al menos, no lo había matado.

Levanté la cabeza y apoyé la barbilla en mis manos, decidida a apartar el tema hasta que pudiera pensar con más claridad.

—Gracias por lo de antes. Por detener a mi padre cuando trató de abofetearme —aclaré de forma apresurada—. ¿Puedo preguntarte por qué lo hiciste?

Sebastian era uno de los brujos que habían asaltado el hogar del aquelarre de Robert —estaba segura de que lo había visto en aquel sótano— y la fama de los Ibis no era precisamente buena; además, eran los perritos falderos del consejo y obedecían sus órdenes a rajatabla, o eso era lo que se rumoreaba.

Durante un instante, me dio la sensación de que iba a ignorar mi pregunta; sin embargo, tras unos pocos segundos, contestó:

—No me cae bien Nathaniel Good.

—Ya, a mí tampoco —repliqué, y solté una risita desquiciada.

Seguramente, estaba a punto de sufrir algún tipo de colapso mental. Cada vez que pensaba en la confesión de mi padre, todo mi cuerpo se rebelaba y parecía querer dejar de funcionar de manera correcta.

—Escucha, Danielle. Lo que dijo sobre tu madre…

—¿Lo escuchaste? ¿Hubbard lo sabe?

Negó con la cabeza, pero el aspecto sombrío de su mirada me dijo que no estaba demasiado dispuesto a guardar el secreto.

—Solo yo estaba junto a la puerta. Tanto Efrain como Hubbard se habían alejado un poco por el pasillo y no creo que llegasen a oírlo.

Mi primer instinto fue asegurarle que mi madre no era una asesina y que todo aquello era una de las maliciosas mentiras de mi padre, pero ¿lo creía de verdad? Mi mente no era capaz de conjurar a mi madre cometiendo esa atrocidad, jamás le hubiera hecho daño a su propia hija. Sin embargo, Nathaniel Good nunca admitiría haber atentado contra su mujer si no fuera verdad; eso podría costarle… todo. Su deber hubiera sido acudir al consejo y no tomarse la justicia por su mano, y menos aún arreglárselas para hacer pasar el incidente como un maldito robo.

Es más, tampoco creía que lo hubiera admitido frente a mí de no ser porque estaba segura de que solo intentaba parecer la víctima de aquella historia y ganarse así mi favor. Porque si en Abbot conocían la profecía y sabían que yo formaba parte de ella, si era verdad lo que temíamos y habían enviado a Ibis blancos a rescatarme de Ravenswood porque creían que yo era alguna clase de arma en su lucha eterna contra los brujos oscuros, eso le reportaría a mi padre un poder impensable; convertiría el linaje Good en una especie de salvadores. Era posible incluso que le dieran por fin el asiento en el consejo con el que durante tanto tiempo había soñado.

Me hice una bola sobre la incómoda silla y me sumí de nuevo en mis pensamientos. Por suerte, Sebastian no trató de continuar con la conversación. Regresó a su lugar delante de la puerta y volvió a adoptar la postura de un militar.

No tenía ni idea de qué ocurriría ahora. Imaginaba que, en algún momento no muy lejano, me llevarían frente al consejo. Albergaba la

esperanza de que no fueran tan duros conmigo como era de esperar si de verdad tenían planes para mí, pero también podía estar del todo equivocada y que optaran por la solución más rápida: quitarme de en medio tal y como había intentado hacer Tobbias Ravenswood. O como supuestamente había querido hacer mi propia madre.

Ojalá Dith estuviese allí conmigo. Ojalá los Ravenswood estuvieran también. Los echaba de menos a todos, incluso a ese idiota arrogante de Alexander.

# 25

Tardaron dos horas en venir a buscarme. En algún momento, mientras esperaba, la silla había resultado tan incómoda que había terminado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, las rodillas dobladas y la barbilla reposando sobre ellas. Así me encontró Thomas Hubbard cuando atravesó la puerta. Ni siquiera me levanté. Pero él despidió a Sebastian y se dirigió a la mesa. Ocupó una de las sillas, exhaló un largo suspiro y, solo entonces, me hizo un gesto para que me uniera a él. Esperó hasta que estuve de nuevo en aquella silla del demonio para hablar.

—¿Estás bien, Danielle?

No pude evitarlo, me reí en su cara. Debió de pensar que había perdido la cabeza, y la verdad era que probablemente fuera así. Hubbard hizo una mueca, pero al menos no me reprendió por mi aparente falta de decoro ni señaló mi impertinencia.

—Imagino que no —continuó. Entrelazó los dedos de ambas manos y las mantuvo unidas sobre la mesa—. Antes que nada, me gustaría ofrecerte mis condolencias por la muerte de tu familiar.

—Meredith. Se llamaba Meredith Good, y no era solo mi familiar —repliqué, y él asintió como si de verdad lo comprendiera.

No creo que tuviera ni idea. En Abbot solo había otro alumno que contara con un familiar y su relación no se parecía en nada a la mía con Dith.

—¿Cómo se han enterado de su muerte? —Llevaba haciéndome esa pregunta desde que mi padre lo había mencionado.

—La academia Ravenswood nos envió una carta.

—Una carta —repetí, porque eso sí que no me lo esperaba.

Hubiera apostado más por alguna clase de conspiración secreta. Si me hubiera dicho que tenían espías allí, me habría resultado menos sorprendente.

—A pesar de nuestras diferencias, hay cierto código moral entre ambas escuelas.

—Lo dudo mucho —comenté, pensando en los brujos jóvenes que habíamos encontrado carbonizados en el bosque—. ¿Qué decía esa carta?

—Que su… Que Meredith Good había fallecido trágicamente en un incidente en los límites de Ravenswood. *Dentro* de esos límites, más bien.

—La mataron. No falleció sin más —aclaré—. ¿Puedo saber quién firmaba la carta?

No supe por qué aquello me pareció importante, pero si Wardwell se había prestado a redactar esa sarta de mentiras… Vale, no era que confiara ciegamente en esa mujer, pero creía que había tratado de ayudarnos. Claro que seguramente tampoco arriesgaría su posición por nosotros y bien podría ser que el padre de Alexander le hubiera contado su propia versión de la historia.

—Tobbias Ravenswood.

Se me escapó otra carcajada y tuve que pasarme las manos por la cara para obligarme a parar.

—Ese hijo de puta fue quien la mató.

Los ojos castaños de Hubbard, idénticos a los de Cameron, se inundaron de frialdad. Se inclinó sobre la mesa, aunque mantuvo las manos unidas sobre ella.

—Eso es lo que hacen los brujos oscuros, Danielle. Supuse que lo sabías. Engañan, manipulan y no dudan en matar si eso les reporta más poder o algún tipo de beneficio.

No sería yo quien defendiera al hombre que me había arrebatado a Dith, pero tenía gracia que Hubbard dijera algo así.

—Como los brujos blancos, quiere decir. Como usted. —Hubbard apretó los labios y no contestó. Me recliné contra el respaldo de la silla y me crucé de brazos, aparentando una calma que ni de lejos sentía. La ira me hervía en las venas, una ira oscura y retorcida. Puro veneno—. ¿Cuándo pensaba decirnos a los de último año lo que tendríamos que hacer ahí fuera? ¿Se lo ha dicho a Cam? ¿Le ha contado ya que Salem solo fue el comienzo y que no hemos dejado de perseguirlos desde entonces? ¿Que toda esa mierda del equilibrio que

nos han vendido usted y nuestros profesores no es más que una patraña?

—Señorita Good, cuide sus palabras. No olvide que soy el director de esta escuela.

—No, no lo he olvidado en ningún momento. Pero tal vez usted sí, porque lleva años y años mintiéndonos. —Al igual que mi padre, pero eso no se lo dije. Todo en mi vida había sido una mentira—. Me han dicho más verdades en las semanas que he pasado en Ravenswood que en todos mis años aquí. Así que dígame, *director*, ¿quiénes son los malos de esta historia?

—Deberíamos hablar de lo que ha sucedido en mi despacho — terció, completamente rígido.

—No. Estoy harta de todo esto. Quiero respuestas, todas las que pueda ofrecerme. Así que no voy a decir una palabra hasta que usted no me cuente lo que sabe.

Lo fulminé con la mirada y él me fulminó de vuelta, pero no me dejé amedrentar. Puede que yo estuviera destrozada tanto anímica como físicamente, pero estaba harta y no dejaría que volvieran a pisotearme. Hubbard no dio muestras de ceder, así que proseguí; si él no tenía nada que decir, lo haría yo.

—¿Qué sabe de la profecía? Y no intente decirme que no tiene ni idea de lo que hablo, porque no creo Abbot hubiese asaltado Ravenswood por una alumna cualquiera. Aunque, quién sabe, tal vez solo era la excusa que necesitaban para matar a algunos brujos del otro bando…

Hubbard tomó aire lentamente, armándose de paciencia. En el pasado, jamás se me hubiese ocurrido hablarle así al director de Abbot, pero no había duda de que mi poder no era lo único que había cambiado desde entonces. No quería volver a explotar como lo había hecho en su despacho, así que iba a sacarme toda aquella rabia de dentro de un modo u otro, y si Thomas Hubbard tenía que ser la cabeza de turco, pues que así fuera.

—Sabemos que formas parte de ella —señaló, y yo esperé a que continuase, iba a tener que ser más específico—. Habla de una especie de trinidad. El despertar de la luz, su reinado y, más tarde, la caída de las sombras. Y menciona una combinación de linajes que podría

abocar al mundo a la oscuridad eterna.

—¿Eso es todo? —Hubbard se encogió de hombros en un gesto que no le pegaba en absoluto—. ¡Vaya! Por lo que veo, saben aún menos que yo.

—También estamos al tanto del poder oscuro de Luke Ravenswood. Intuimos que es él quien desatará la oscuridad. Tras lo que ha sucedido en mi despacho, no hay duda de que tú eres una parte de esa profecía, y el consejo cree que Luke te usará para lograr su cometido.

—¿Usarme? —¿Qué demonios estaba diciendo?

—Bueno, es un brujo oscuro proveniente del linaje más poderoso y retorcido que ha existido nunca, y puede drenar la magia de otros brujos. Está claro que va a emplearte como fuente de energía para extender su oscuridad.

Esta vez fui yo la que se inclinó sobre la mesa. No estaba segura de si algo de lo que acababa de decir formaba parte o no de la profecía; tal vez fuera así, tal vez no. Pero quería que me escuchase bien.

—Prefiere que lo llamen Alexander, y usted no lo conoce de nada. Él jamás haría algo así. He pasado semanas viviendo en su casa y no me ha hecho daño alguno. Y, créame, ha tenido oportunidad. No tiene ni idea de lo que está hablando. Y está claro que sus prejuicios de mierda no le permiten ver más allá de sus narices, porque, por ahora, los únicos que han extendido su oscuridad, como lo ha expresado, han sido los Ibis que envió a Ravenswood a matar a unos chiquillos que no tienen culpa alguna de haber nacido con un apellido determinado. Es más —me puse de pie y apoyé las palmas de las manos sobre el tablero que nos separaba—, ninguno de nosotros elige en qué familia nacer ni lo que se nos enseña a hacer y a ser. He visto más crueldad en ciertos brujos blancos que en algunos de los brujos oscuros que he conocido en estos días, así que más le valdría no hacer conjeturas a la ligera. Quizás el tipo al que se refiera la profecía está entre estas paredes y no en la escuela frente a la nuestra.

No fue hasta que había dicho la última palabra que caí en la cuenta de que, en realidad, todos habíamos asumido lo mismo, incluido el propio Alexander. Pero, aunque él fuera de quien hablaba la profecía, yo sabía que nunca se prestaría a hacer algo así. Confiaba

en mi instinto en ese aspecto, y Alexander, pese a su comportamiento rudo e irritante, pese a su brusquedad y ese poder oscuro que albergaba, no me había dado miedo en ningún momento y no iba a hacerlo ahora. No era un monstruo, no me importaba lo que creyera su padre, Hubbard o el maldito consejo de mi escuela, y nadie me haría cambiar de opinión sobre eso.

La expresión del director destilaba furia, aunque no sabía muy bien qué parte de todo lo que había dicho lo había hecho enfadar. Tampoco me importaba. No iba a retirar ni una palabra.

—No enviamos a los Ibis para matar a ningún brujo, Danielle. Fueron a sacarte de allí y ni siquiera llegaron a salir del bosque.

—No lo necesitaron —le rebatí—. Lanzaron bolas de fuego sobre el campus y algunos alumnos cometieron el error de internarse en el bosque e ir directos hacia ellos. Yo misma vi los cuerpos, Hubbard. Estaban completamente carbonizados, y eran niños.

Él negó una vez más.

—Se les ordenó no tocar a ninguno de los alumnos. Te repito que hay ciertas normas entre ambas escuelas que nunca se han quebrantado —dijo, con tanta vehemencia que me hizo plantearme que podría estar diciendo la verdad—. Tanto Abbot como Ravenswood han sido siempre lugares seguros y ninguno de los dos consejos se atrevería a quebrantar dicha norma. Como he dicho, la misión de los Ibis era entrar de forma sigilosa y sacarte de allí solo si era posible. Llevaban horas apostados en distintos puntos del límite del bosque a la espera de que se les presentara una ocasión adecuada para hacerlo.

—¿Qué está intentando decirme? ¡Vi los cuerpos! ¡Los vi con mis propios ojos! Estaban… derretidos.

Juraría que Hubbard se encogió un poco en el asiento. La verdad era que parecía no saber nada de todo aquello y que esas muertes le resultaban tan repugnantes como a mí.

—Lo único que sé es que los Ibis se replegaron cuando algo sucedió en Ravenswood. Según sus informes, se estaba celebrando un ritual de despedida, pero alguno de los asistentes debió de emplear magia asociada al elemento tierra y luego alguien bombardeó la primera línea de árboles con fuego. —Esos habían sido Wood y Raven, creando una distracción para darnos vía libre en el despacho de

Wardwell—. Si algún alumno murió, fue cosa de ellos.

—No, no es así.

—Nuestros Ibis se retiraron enseguida hacia el interior del bosque. Tropezaron con algunos brujos oscuros mientras se dirigían hacia los límites de la finca, pero ninguno de los nuestros se enfrentó a ellos. Puede que la misma persona que iniciara el fuego matara a esos alumnos que viste.

Yo sabía que no había sido así. No había sido Raven, eso seguro. No solo porque Raven no sería capaz de hacer algo así; yo había estado allí cuando los habíamos encontrado y había visto lo afectados que estaban los gemelos y Alexander. Además, aunque Alexander y yo nos hubiésemos reunido más tarde con ellos, Dith había estado presente todo el tiempo, y ella tampoco les hubiera permitido cometer tal atrocidad.

¡Oh, mierda! Dith había muerto a causa de las quemaduras que le había provocado… Tobbias Ravenswood. El padre de Alexander manejaba el elemento fuego. ¿Y si todo aquello solo era una treta de Tobbias para que el consejo oscuro creyera que Abbot les había declarado la guerra? No recordaba si había sido Wood o Raven el que había dicho que no todos los linajes estarían de acuerdo con llevar a la comunidad oscura a un enfrentamiento directo con los brujos blancos, y si Hubbard decía la verdad cuando afirmaba que las dos escuelas eran como un santuario en el que los alumnos siempre estarían seguros, ¿qué mejor manera de convencerlos que profanar el lugar dejando varios cadáveres a su paso?

Se me revolvió el estómago. Había pensado que yo nunca sería capaz de matar a nadie, pero en aquel momento tenía mis dudas. Si todo había ido como me temía, a Tobbias Ravenswood no le había bastado con asesinar a Dith, sino que incluso había sacrificado a brujos jóvenes e inocentes de su propio bando para salirse con la suya.

—¿Está seguro de que los Ibis no tergiversaron lo sucedido? ¿No pueden haber mentido?

—No. Tanto Efrain como Sebastian estaban en el equipo que enviamos, Danielle, y confío plenamente en su palabra. Nunca contravendrían una orden directa de ese tipo.

Efrain me parecía un gilipollas, la verdad, pero Sebastian… No

creía que el tipo que, sin conocerme prácticamente de nada, se había atrevido a desafiar a Nathaniel Good para defenderme pudiera matar a sangre fría a unos críos y hacerlo, además, por iniciativa propia.

—Dígame una cosa. Si no hubieran sabido nada de la profecía, ¿el consejo habría ordenado rescatarme? —Hubbard no contestó, y su silencio bastó para confirmarme lo que ya imaginaba—. Entonces, no son tan inocentes como quiere hacerme creer. La muerte de esos chicos es tan culpa suya como de su asesino. Nunca debieron asaltar Ravenswood por mí, pero esos viejos señorones del consejo querían mi poder, ¿verdad?

Tampoco entonces obtuve respuesta. No la necesitaba. Y cuando me llevaran finalmente frente al maldito consejo, me aseguraría de que supieran lo que pensaba en realidad de ellos.

# 26

## Alexander

—Quítate de encima de una puta vez.

La impresión inicial que se había llevado Cameron al descubrir quiénes éramos no le duró demasiado, aunque tengo que reconocer que Raven parecía decidido a sacar de quicio al brujo blanco, lo cual no tenía demasiado sentido para cualquiera que conociera a Rav.

Solía haber dos versiones de él. La más habitual, la del chico inocente, amable y noble; la misma versión que había acogido a Danielle con los brazos abiertos desde el momento en el que había pisado nuestra casa. La otra aparecía con menos frecuencia y se trataba del lobo negro, feroz y despiadado que peleaba a muerte por los suyos; podía llegar a ser sanguinario e incluso algo cruel, aunque su sentido del honor y la justicia normalmente lo mantenía en el buen camino.

Ninguna de aquellas dos versiones era la que estaba viendo ahora.

—Deberías pedirlo por favor —replicó Raven, con un tono provocador y sin moverse de encima de él. Si acaso, apretó con más fuerza los muslos en torno a su cuerpo.

—¡Que te jodan!

Raven rio a carcajadas.

Wood me interrogó con una mirada silenciosa y yo me encogí de hombros; no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Tal vez Raven supiera, gracias a su don, que aquel tipo no era de fiar. O quizás fuera algo totalmente diferente.

Cameron debió de comprender que no iba a apartarse de él por las buenas, porque plantó los pies en el suelo y trató de empujar con las caderas para quitárselo de encima. Pero Raven ya había previsto ese

movimiento y empujó hacia abajo, manteniéndolo en el sitio.

—Yo que tú no haría eso si no quieres llevarte una sorpresa.

Wood tosió para disimular una risa ahogada. Se cruzó de brazos y se apoyó en la pared para seguir contemplando la escena. Me estaba perdiendo algo, pero no comprendí lo que era hasta que el rubor se apoderó de las mejillas de Cameron Hubbard. Raven le dedicó una sonrisa tan descarada y maliciosa que por un momento creí que los gemelos se habían dado el cambiazo y yo no había sido consciente de ello. Si no hubiera sido por el color negro del pelo de Raven, bien podría haber estado siendo testigo del habitual desparpajo arrogante de Wood.

Mientras asimilaba aquella nueva versión de mi familiar, Cameron recuperó un poco la compostura, aunque sus mejillas continuaban sonrojadas y diría que respiraba un poco más rápido de lo normal.

—Gilipollas.

La sonrisa de Raven, en contra de lo esperado, se ensanchó.

Fuera lo que fuese lo que estaba ocurriendo allí, no había tiempo para ello, así que decidí intervenir; si bien, más tarde tendría que mantener una charla con mi familiar para tratar de comprender qué le sucedía, porque parecía tener un interés muy personal en Cameron. O, al menos, su cuerpo estaba reaccionando a él.

Le di un toquecito en el hombro para que me mirase.

—Rav, ¿qué tal si permites que se levante para que pueda decirnos dónde está Loretta?

—No, está bien así. Puede hablar desde ahí.

Wood a duras penas era capaz de mantener la risa tras sus dientes. Era la primera vez que lo veía reír abiertamente desde la muerte de Dith, así que admito que me planteé permitir a Raven que se saliese con la suya un poco más, aunque solo fuera para que el lobo blanco continuara mostrándose tan relajado. Parecía comportarse con mucha más ligereza desde que nos había contado que Meredith se había convertido en un fantasma, y supuse que se había quitado un peso de encima al hacerlo.

Me obligué a concentrarme en lo importante.

—Raven —le advertí.

Cameron parecía tan frustrado como cabreado, y tenía derecho a

estarlo. No sabía cuánto había llegado a contarle Danielle en su viaje astral sobre lo que estaba sucediendo, pero estaba claro que había esperado que fuera ella la que llamara a la puerta y no nosotros. Por su actitud, tal vez estuviera convencido de que le habíamos hecho daño o algo peor.

—Danielle está en Abbot, o eso creemos.

—No lo creemos —me corrigió aquella versión altiva de Raven—, lo sabemos. Está allí.

El rostro de Cameron se inundó de preocupación, lo cual decía mucho de lo que podía esperarle a Danielle en su propia escuela, y contribuyó a aumentar también la mía.

—¿Qué? ¿Por qué ha regresado? Me dijo que vendría aquí.

A regañadientes, Raven se arrastró a un lado y lo liberó del peso de su cuerpo. Pero Cameron ni siquiera se movió, continuaba mirándome, esperando una explicación e ignorando convenientemente a Raven.

—Paramos en Nueva York de camino aquí —aclaré, aunque decidí guardarme para mí todo lo que tuviera que ver con el particular aquelarre de Robert—, pero apareció un grupo de Ibis blancos y ella decidió entregarse para poder concedernos ventaja y que pudiésemos escapar.

—¡Mierda! —Cameron cerró los ojos un instante, como si estuviera asumiendo las posibles consecuencias del regreso de Danielle a Abbot.

Esperé para ver si Raven le tendía la mano y lo ayudaba a ponerse en pie, algo que seguramente hubiera hecho en circunstancias normales, pero eso no sucedió. Se mantuvo vigilante, eso sí, y muy cerca de donde Cameron se encontraba aún tumbado. Cuando el tipo volvió a abrir los ojos y se lo encontró a su lado, le dedicó una mueca de disgusto, se apartó de él y, acto seguido, se incorporó por sí solo.

—Tenemos que hablar con Loretta. Es importante —dije.

Extendí mi poder por toda la casa en busca de la mujer. No podía creer que hubiera pasado por alto que, tras la marcha de la chica, había otros dos brujos en la casa. Pero no encontré a nadie más allí. Si Cameron había alertado a la mujer para que se marchara de algún modo antes de que llegásemos, quizás dejara que Raven se ensañara un poco de más con él.

—¿Qué queréis de ella?

—¿Qué te parece si mejor nos cuentas tú dónde está? —terció Raven, y sonó abiertamente hostil—. Así podrás perdernos de vista cuanto antes.

Bueno, a lo mejor me estaba equivocando de nuevo y lo único que pasaba era que a Raven le caía mal. Quizás estaba… celoso, aunque no había dado ninguna muestra de ello cuando Danielle había comentado las veces que había estado en el dormitorio de Cameron Hubbard. No, ese había sido yo, y resultaba un poco vergonzoso que volver a pensar en ello no cambiara el malestar que ese detalle me hacía sentir.

Me aclaré la garganta antes de retomar la palabra.

—¿Y bien? ¿Dónde está?

Cuando no contestó, Raven se acercó otra vez a él. Estuve a punto de avanzar también, porque no tenía ni idea de lo que iba a hacer, pero entonces comprobé que empezaba a sacudirle la camiseta con cuidado, como si tratara de alisar las arrugas de la tela. Casi me eché a reír; su comportamiento errático alrededor del brujo me recordaba un poco a mis primeros encuentros con Danielle. O, más bien, a casi *todos* mis encuentros con Danielle.

Cameron refunfuñó y le palmeó las manos para apartárselas, y me pregunté si Danielle y yo también resultábamos tan exasperantes para los demás. El pensamiento, por algún motivo, me hizo sonreír.

—Invítanos a pasar —exigió Raven— y luego dinos dónde está.

—Pero ¿tú quién te crees que eres?

—Niños, ya vale —intercedió Wood, que finalmente se había cansado del infantil enfrentamiento.

Fue hasta su hermano y le rodeó los hombros con el brazo, atrapándolo contra su costado, seguramente en un intento de mantenerlo apartado de Cameron y hacernos dejar de perder el tiempo. Pero Raven, ágil como siempre, se zafó de su agarre. Empujó a Cameron hacia el interior de la casa y creo que este se lo permitió solo porque estaba tan desconcertado como nosotros dos. Cuando desaparecieron en lo que supuse que sería el salón, Wood y yo nos miramos a la vez.

—Da miedo lo mucho que puede llegar a parecerse a mí —

comentó Wood.

Así que él también lo había notado.

—Pensé que me lo estaba imaginando. ¿Qué crees que le pasa?

Wood se encogió de hombros.

—No estoy seguro, pero si tuviera que apostar te diría que, a pesar de sus tres siglos de vida, Raven nunca ha encontrado a nadie que de verdad le resulte atractivo a nivel sexual o amoroso, ni mujer ni hombre, y tiene cero experiencia en ese aspecto, por lo que, lo que sea que ese tipo despierta en él, no sabe cómo gestionarlo y está dando palos de ciego.

Arqueé las cejas, escéptico.

—¿Y Robert?

—Me da la sensación de que ese solo era Raven siendo Raven.

Era una posibilidad, aunque que Robert sentía una profunda admiración por Raven resultaba evidente; pero la admiración no tenía que ser más que eso, y tampoco tenía que ser recíproca. Y teniendo en cuenta lo que me había dicho Raven sobre él en el coche…

—Cameron y él se conocen desde hace tres minutos, literalmente.

—Olvidas que Raven puede ver conexiones entre la gente. Nunca me ha dicho nada sobre que pueda ver las suyas con otros, pero… podría estar viendo posibilidades futuras de lazos entre ese chico y nosotros —explicó, porque quizás Wood siempre había entendido mucho mejor el don de su gemelo. Tenía cierto sentido—. Si fuera a, digamos, convertirse en alguien muy importante para él, ¿no terminarías tú forjando lazos increíblemente fuertes con Cameron si hiciera feliz a Raven? ¿No lo protegerías con tu vida? ¿Qué crees que pasó con Danielle? No fue una conexión consigo mismo lo que Raven vio, sino la tuya con ella, Alex.

—¿Qué estás intentando decirme? ¿Que se lleva bien con Danielle porque ha visto que ella y yo…?

Wood ni siquiera me dejó terminar, aunque tampoco sabía exactamente cómo acabar la frase.

—Raven quiso a Danielle desde el mismo instante en que entró en su vida no porque hubiera conocido a Beatrice o porque supiera que formaba parte de la profecía; la amó de forma incondicional por lo que acabaría significando para ti. Solo por eso. ¿O vas a continuar

negando que sientes algo por ella?

Abrí la boca para replicar, pero la volví a cerrar. Joder, ¿a quién quería engañar? No sabía lo que había entre Danielle y yo, pero sí que había algo. Algo muy intenso. Y la idea de que Raven forjase una amistad con ella alentado por una posible relación entre nosotros me conmovió como pocas cosas podían haberlo hecho.

Aun así, mi mente continuaba buscando una fisura entre todas sus argumentaciones.

—Cam y Danielle tuvieron un rollo. —Fue lo único que conseguí decir finalmente.

—Puede que también le gusten los chicos. Y que se haya liado con Danielle no creo que le importe mucho a Raven; no eres tan imbécil como para que te importe a ti. —Hizo una breve pausa y la diversión brilló en sus pálidos ojos azules como hacía días que no lo había hecho—. Anoche, en la terraza, sé perfectamente lo que estabais haciendo cuando llegué.

Lo aparté de un empujón y el muy idiota se rio. Si no fuera porque escucharlo reír de nuevo era una maravilla en sí misma, lo hubiera golpeado.

—Vete a la mierda.

—Lo que tú digas. Pero, volviendo a Raven, ¿vamos a hacer como si no nos hubiésemos dado cuenta de que ese tipo se la ha puesto dura?

Nos miramos unos segundos.

—Por supuesto que sí —dijimos a la vez, y luego yo añadí:

—Hagamos lo que hemos venido a hacer y larguémonos de aquí.

Quizás, después de todo, Wood llevara razón sobre Raven y Cameron. Y, quizás, mi familiar y yo no fuésemos tan diferentes en cuestiones amorosas. Ninguno de los dos teníamos ni idea de qué hacer o cómo comportarnos; lo que sí sabía era que quería hablar con Loretta cuanto antes para poder ir a buscar a Danielle. No habíamos planeado cómo sacarla de Abbot o qué haríamos si nos encontrábamos las dos escuelas en mitad de una guerra, pero tener allí a Cameron Hubbard, el hijo del director de Abbot, podría jugar a nuestro favor.

Ahora solo faltaba que Raven consiguiera dejar de ladrarle el tiempo suficiente como para que el brujo se prestara a ayudarnos. O



que lo sedujera. Sí, supuse que eso seguramente también valdría.

# 27

## Alexander

La casa de Loretta Hubbard era todo lo que yo había imaginado que podía esperarse de un verdadero hogar. Al menos, en lo referente al pequeño salón, donde se apiñaban una mezcla de muebles antiguos, libros, alfombras, cuadros, flores por todos sitios y un montón de fotografías enmarcadas y dispersas por las paredes. No había rincón exento de un recuerdo. En el ambiente flotaba un aroma a algo añejo pero agradable, y la luz se filtraba desde el exterior a través de unas cortinas de color beige y mantenía la estancia bien iluminada. Había incluso una chimenea de piedra. Justo frente a ella, varios butacones rodeaban una mesita de madera colocada delante del sofá, y era en ese sofá donde se encontraba ahora Cameron. Raven había tomado asiento en una de las butacas y, por costumbre, fui a sentarme junto a nuestro anfitrión, a sabiendas de que Rav no podría leernos los labios si lo hacía junto a él. Wood, en cambio, se quedó de pie, pero también se situó de modo que su gemelo no tuviera problemas para ver su rostro. Aquella había sido la manera habitual de mantener una conversación para nosotros desde que Raven se había quedado sordo años atrás; sin embargo, por la mirada recelosa que me dedicó Cameron cuando me senté a su lado, comprendí que no entendía qué demonios estábamos haciendo.

—Necesita poder leernos los labios —aclaré, y mi comentario hizo que Raven se revolviera en el asiento con evidente incomodidad.

Él mismo había comentado su sordera un poco antes, pero que estuviera tan inquieto por que yo lo mencionara solo vino a confirmar un poco más la hipótesis de Wood sobre su extraño comportamiento. Raven siempre había asumido su problema de audición con una

naturalidad encomiable y apenas le daba importancia. No creía recordar un momento en que se hubiera mostrado avergonzado o perturbado debido a ello. Pero ahora lo estaba, inquieto e inseguro, y solo podía deberse a la presencia de Cameron Hubbard.

Decidí que sería mejor acabar con aquello cuanto antes y me concentré en relatarle a Cameron un pequeño resumen de la situación. Aunque la tensión del ambiente no disminuyó en ningún momento, él se mostró lo bastante colaborador como para hablarnos del susto que se había llevado con la aparición de Danielle en su habitación y de lo preocupado que se había quedado cuando ella se había esfumado de golpe después de decirle que algo no iba bien. Abbot estaba en alerta y los miembros del consejo no dejaban de entrar y salir de la escuela. Tal vez ese había sido el único motivo por el que su padre le había permitido salir de la academia e ir a visitar a Loretta. Había esperado poder encontrarse con Danielle aquí y asegurarse de que no se había quedado atrapada en mitad de ninguna parte.

—¿Le dijiste a tu padre que Danielle iba a venir aquí?

Gracias a Dios, Cameron negó, aunque de todas formas íbamos a tener que darnos prisa. No sería tan raro que, conociendo la amistad entre su hijo y Danielle, el director de Abbot hubiera sospechado sobre los motivos de Cameron para visitar justo ahora al oráculo responsable de la profecía.

Cuando iba a preguntarle por enésima vez dónde se encontraba la mujer, un golpe proveniente de la escalera nos puso en alerta a todos. Cameron se levantó de un salto y se encaminó apresuradamente hacia allí, pero Raven lo interceptó antes de que pudiera salir del salón.

—No es un brujo —comenté para tranquilizar a mis familiares, porque no era capaz de captar nada al margen de la magia de los ya presentes.

Cameron trató de zafarse de Raven, sin éxito, y este no lo soltó ni siquiera cuando una anciana apareció en el umbral del salón.

—Deberías haberme avisado, tía Letty —dijo el brujo, con tono reprobatorio, aunque también detecté cierta perplejidad.

La mujer era mucho más mayor de lo que había imaginado. Tenía la piel muy fina y repleta de arrugas, además de un montón de manchitas oscuras salpicadas por el rostro y las manos, fruto de la

edad. Era pequeña y delgada, y se veía tan frágil que parecía que en cualquier momento sus piernas cederían y se derrumbaría sobre el suelo. Su pelo era tan blanco como el de Wood, y lo llevaba recogido en una trenza cuyo extremo reposaba sobre uno de sus hombros. Se apoyaba en un bastón de madera, con los dedos agarrotados, pero sujetándolo con tanta fuerza que contrarrestaba en gran parte su aspecto débil.

Solo entonces comprendí por qué me había sido imposible detectar a la anciana. La edad solía jugar a favor de los brujos en lo que respecta a sus poderes; los hacía más fuertes y más experimentados. Pero, para algunos, esto no siempre era así. A veces, la magia resultaba ser caprichosa y esquiva, y en determinados casos llegar a cumplir ciertos años significaba ir perdiendo poco a poco dichos poderes. Si aquella mujer de verdad era Loretta Hubbard, parecía muy evidente que apenas si era ya una bruja. En realidad, y pese a estar allí plantada frente a nosotros y haber bajado desde el piso superior por sus propios medios, cualquiera diría que tenía ya un pie en el más allá.

—¡Oh! Por fin han llegado mis invitados —dijo la anciana, ignorando por completo el reproche de Cameron. Sus ojos recorrieron los rostros de los presentes hasta llegar a Raven y una sonrisa se abrió paso a través de sus arrugadas mejillas—. Mi buen muchacho, creí que no aparecerías nunca.

Rav soltó a Cameron y avanzó hasta ella, y luego, para sorpresa de todos, ambos se abrazaron como dos viejos amigos que llevasen una eternidad sin verse. Cuando Raven se retiró, la mirada de Loretta volvió a pasearse de nuevo por la estancia.

—No has traído a las muchachas. Pensaba que ellas también vendrían.

Wood se quedó rígido a mi lado. Loretta tenía que estar refiriéndose a Danielle y Dith, aunque no entendía cómo sabía ella que el plan original había sido venir todos a verla si sus dones parecían ya estar agotados. A no ser que nos hubiera visto venir hacía mucho tiempo y todo hubiese cambiado desde entonces…

—No ha podido ser. —Fue toda la explicación que le brindó Raven.

—¡Oh! Bien. Así será entonces.

Ambos echaron a andar a la vez hacia el sofá bajo la atenta mirada de Cameron. Raven la ayudó a tomar asiento con esa dulzura que le era tan propia —al menos cuando no se trataba del propio Cameron— y, tras acomodarla y dedicarle una elegante y respetuosa inclinación de cabeza, se retiró hacia la butaca que había ocupado anteriormente. No sabía muy bien quién estaba más alucinado con todo aquello, si Wood, yo o Cameron.

—¿Os conocíais? —inquirió él, desconcertado, pero todo lo que obtuvo de la anciana fue una sonrisa dulce.

Raven, en cambio, le guiñó un ojo y sonrió también, pero en su caso la sonrisa fue mucho más condescendiente.

—Cam, cariño, ¿por qué no preparas un té para mí y para nuestros invitados? Y trae también esas pastas que tanto me gustan. Tenemos mucho de lo que hablar.

Por un instante, pensé que Cameron se negaría en rotundo a ofrecernos cualquier clase de comodidad o cortesía. Más bien, creo que se moría de ganas de sacarnos de allí a patadas. Sin embargo, de algún modo encontró la manera de tragarse el orgullo y complacer a la mujer.

—Enseguida —masculló entre dientes, mientras salía de la estancia.

Loretta miró directamente a Raven y le dijo:

—Es un buen chico. Se distrae fácilmente y es un poco terco, en eso se parece más a su padre de lo que él cree, pero no se lo tengas en cuenta. Es leal y tiene buen corazón. Haréis buenas migas tú y él.

Raven abrió la boca para contestar, pero luego la cerró de golpe y frunció el ceño como si estuviera tratando de encontrarle sentido a las palabras de la anciana. O quizás de adivinar por qué Loretta creía que a él le importaría lo más mínimo esa información. Estaba claro que, en ese momento, no era capaz de comprenderse ni a sí mismo.

—¡Te he oído, tía Letty! —gritó Cameron desde la cocina.

Loretta soltó una entrañable risita por lo bajo, aunque enseguida se puso seria de nuevo. Su atención se trasladó a mí y me observó durante un minuto antes de volver a hablar.

—Tienes la marca. —No era una pregunta, así que no contesté—.

Durante mucho tiempo, albergué la esperanza de que no la tuvieras. Será todo más difícil así, pero sé que encontraréis la manera.

Me arrastré hasta el borde del asiento y me incliné un poco hacia ella, inquieto. Estaba acostumbrado a los rodeos de Raven al hablar del futuro, pero esperaba que Loretta pudiera darnos algo más que indicaciones vagas sobre la profecía. Necesitábamos algo, lo que fuera.

—¿Todo esto es por eso? ¿Por la marca de los malditos?

—Sí y no. Pero era de esperar; tú tienes la marca y la chica cuenta con su propio poder.

—Danielle tiene alas —intervino Raven entonces.

Se oyó una maldición desde la cocina y luego el ruido de algo rompiéndose. Bien, parecía obvio que Cameron estaba escuchando cada palabra de aquella conversación y ahora ya sabía lo de Danielle. Esperaba que fuera tan leal como Loretta creía que era.

—Así es —prosiguió la anciana—. Hay un nombre para lo que ella es.

Creo que todos contuvimos el aliento; seguramente, incluso Cameron dejó de respirar mientras preparaba el té en la cocina.

—¿Y bien? —inquirí, al ver que no decía nada más.

—La oscuridad no está por llegar, muchacho, ya está aquí. Y la Ira de Dios es el único medio para hacerle frente.

Durante unos pocos segundos nadie dijo nada, hasta que Cameron apareció en el umbral, sin el té ni las pastas, y exclamó:

—¡¿Acabas de decir que Danielle es la Ira de Dios?!

Todos miramos a la anciana, incluso Raven, que, estando de espaldas a la puerta, no podía haberse percatado de lo que había dicho Cameron. ¿La Ira de Dios? ¿Qué demonios se suponía que significaba eso y por qué sentía que tendría que reconocer esas palabras?

Puede que hubiera hecho las preguntas en voz alta, porque Loretta me señaló con uno de sus dedos largos y torcidos. Me estremecí; puede que fuera muy muy vieja y que careciera de magia, pero no había nada débil en aquella mujer.

—Nació para ser lo opuesto a ti. ¿Qué crees que significa, Luke Alexander Ravenswood?

Ni siquiera le había dicho quién era, menos aún mi nombre

completo, pero ese detalle no estaba por ahora en mi lista de misterios a esclarecer. Criarme con Raven había eliminado hacía tiempo los posibles recelos que pudiera mostrar hacia gente que sabía cosas que no debería conocer.

—Que yo soy la oscuridad y ella es la luz —repuse, sin pensarlo demasiado, y a mi mente acudió la visión que había tenido de aquel erial de sombras y cosas oscuras que lo habitaban—. Yo, el infierno, y Danielle…

¡Oh, joder! Raven había llamado a Danielle «ángel» a su llegada a Ravenswood. Incluso yo me había apropiado del apelativo alguna vez para sacarla de quicio. ¿Lo había sabido él desde el principio? No solo eso… Se decía que cualquiera que tratara de dañar a un portador de la marca de Caín sufriría la Ira de Dios, pero hasta ese momento no había creído que esa ira pudiera manifestarse en la figura de una persona. Sin embargo, si así era…

«Yo represento el infierno, y Danielle, el cielo».

Loretta asintió a pesar de que no formulé el pensamiento en voz alta, y los demás también debían de haber atado cabos, porque enmudecimos durante un momento, tratando de asimilar lo que eso suponía.

—Danielle no es una Ravenswood —señalé entonces.

—Ella es lo que es, y eso es todo lo que importa. A quien buscas es a la otra. —¿El tercer elemento de la profecía? ¿Se refería a eso? ¿O había alguien más implicado en todo aquello?

—Elijah habló de un verdugo, tía Letty —intervino Raven. A la mujer no pareció molestarle que empleara el apelativo cariñoso, pero Cameron hizo un ruidito de disgusto. No se había movido de la entrada; al parecer, nada de té ni pastas para nosotros, aunque no era como si pudiera hacer pasar ahora mismo nada por mi garganta—. ¿Sabes quién es?

La mujer entrelazó las manos y las colocó sobre su regazo.

—El verdugo… Ha estado esperando durante años para que Alexander estuviera preparado. Pero ahora ya lo estás y no hay manera de detenerlo. La oscuridad ya está aquí. La oscuridad… ya está aquí…

De repente, se le empañaron los ojos y exhaló un suspiro mientras

se desmoronaba sobre el respaldo de la butaca. Cameron acudió a su lado a toda velocidad y también lo hizo Raven. Mi familiar tomó una de las manos de la anciana entre las suyas y le susurró un «Lo has hecho muy bien» que me puso todo el vello del cuerpo de punta. Mientras, Cameron le apartó un mechón blanco de la frente con delicadeza.

—¿Está bien? —le pregunté, y él negó.

—Normalmente apenas sale de la cama o habla, no con coherencia al menos. Que yo sepa, esta es la conversación más larga y lúcida que ha sido capaz de mantener en los últimos meses. —Cameron se irguió y nos miró, y no pude evitar sentirme culpable.

—Te ayudaremos a llevarla a la cama. No pretendíamos agotarla.

Pero él parecía abrumado o, más bien, triste. Muy triste.

—Tiene ciento cincuenta años —dijo, con pesar—, lo cual es demasiado incluso para un brujo. Ya hace tiempo que empezó a decir que solo seguía en este mundo porque estaba esperando una visita. Me preocupa que estuviera hablando de vosotros y que ahora… —Se le quebró la voz y se detuvo, pero aun así no hubo duda de lo que quería decir.

Loretta Hubbard había sabido que veníamos desde hacía mucho. Si la nuestra era la visita que esperaba, ahora era libre de cruzar al otro lado y descansar por fin.

—Lo siento. —Fue lo único que pude decir, aunque las palabras eran un consuelo muy pobre en momentos como aquel.

Raven deslizó los dedos en torno a la muñeca de Cameron y los mantuvo ahí hasta que este bajó la vista y lo miró. Ambos parecieron dejar de lado por el momento su comportamiento hostil. Ninguno de los dos dijo una palabra, tampoco Wood y yo hablamos. Y en ese silencio que duró varios segundos eternos, Loretta habló por última vez en su vida.

—Hagas lo que hagas, Alexander Ravenswood, no dejes que consiga su sangre. Y deshazte de la marca… Paga el precio y deshazte de ella.

# 28

A clase. Thomas Hubbard me había enviado de vuelta a la rutina de mis clases como si no hubiera pasado nada; como si su despacho no fuera ahora una ruina insalvable, el consejo no estuviera planeando a saber qué clase de conspiraciones y sobre nuestras cabezas no pesara la amenaza de un futuro oscuro e incierto. Estaba bastante segura de que, pese a sus evidentes diferencias, Wardwell y él podrían llegar a llevarse bien; ambos parecían tener el mismo retorcido sentido de la responsabilidad. Me sentía tan fuera de lugar como aquel primer día en el que había tenido que acudir a clase en Ravenswood, aunque al menos mi uniforme tenía el largo adecuado y era de algodón; estaba a salvo de mi alergia y de mostrarles a todos hasta mi partida de nacimiento.

Sin embargo, ahora tenía una sombra que me seguía por los pasillos: Sebastian. Al Ibis se le había encomendado que no me perdiera de vista en ningún momento. Lo único que me había dicho Hubbard había sido que no todos los miembros del consejo estaban en Abbot y, además, se hallaban ocupados con algunas cuestiones prioritarias; me interrogarían cuando lo considerasen adecuado. Para mí que solo trataban de comprobar si me ponía nerviosa o algo por el estilo. Pero también podría ser que supieran mucho más de lo que Hubbard había admitido. Al fin y al cabo, el director no formaba parte de los cinco del consejo, solo del grupo de asesores en los que estos se apoyaban.

Habían pasado dos días desde mi cara a cara con el director. Cam continuaba sin aparecer y tampoco había tenido noticias de los Ravenswood. Le había preguntado a Sebastian si de verdad había celdas en los sótanos de Abbot, y el tipo solo se había reído. Quise pensar que, dado que en Abbot nadie sabía guardar un secreto y los rumores corrían raudos por los pasillos, si hubiese habido algún

Ravenswood entre las paredes de aquella escuela, ya me habría enterado.

—Señorita Good, lleva un retraso considerable respecto al resto de sus compañeros, así que le convendría prestar más atención a mis explicaciones —me reprendió el profesor Danforth, con su habitual tono despectivo.

El hombre provenía del linaje de uno de los brujos blancos que había ejercido de juez en los juicios de Salem y estaba tremendamente orgulloso de ello. Yo nunca había estado muy de acuerdo con todo lo que había sucedido entonces, pero, si antes ya me había caído mal, ahora a duras penas lo soportaba. Cómo no, daba clases sobre Reglamentos y Normas Mágicas Avanzadas; es decir, que trataba de enseñarnos todo lo que *no* podíamos hacer.

Me hubiera gustado preguntarle si todas esas eran las normas que nos saltaríamos para perseguir a los brujos oscuros cuando nos graduásemos, y la Danielle de meses atrás seguramente lo hubiera hecho, pero mi impulsividad parecía enfocarse ahora sobre todo en mi trato con Thomas Hubbard. A mi padre ni siquiera había vuelto a verlo, y la verdad era que no sabía si quería hacerlo. Por ahora, seguía dándole vueltas a lo que me había contado, pero me era imposible llegar a ninguna conclusión.

—Tiene toda mi atención —respondí, y le brindé una sonrisa falsa.

Hubo risitas a mi espalda y alguien envió una onda de aire que me alborotó el pelo, pero al menos no estaban prendiéndole fuego a mis cosas o haciendo hervir el café que reposaba sobre mi mesa. Si tuviera que aventurar una suposición, diría que la fábrica de rumores ya había empezado a funcionar tanto en torno a mi fuga de la escuela como a lo sucedido en el despacho del director. Mis compañeros llevaban dos días tocándome las narices, casi como si trataran de poner a prueba mi paciencia y esperasen que explotara de nuevo.

El profesor fingió no darse cuenta de nada y continuó a lo suyo.

—Como sabéis, la magia de sangre está fuera de toda discusión. Su uso conlleva castigos que pueden ir desde la aplicación de un hechizo de contención, y la consecuente pérdida temporal de vuestra magia, hasta un requerimiento por parte del consejo. Y no os gustaría lo que eso podría suponer para vosotros. —La puerta se abrió de golpe y Cam

apareció en el umbral, resoplando y despeinado. Sus ojos me buscaron de inmediato, pero Danforth ya estaba señalando el pasillo—. Fuera, señor Hubbard.

—Pero…

—Fuera, he dicho. Si no sabe llegar a tiempo a mis clases, será mejor que no venga. Pero le recuerdo que no se graduará este año si no aprueba mi asignatura.

Aquello era ridículo. Todos se comportaban como si nada anormal estuviera ocurriendo. Aunque Abbot no hubiera sido responsable de las muertes de los brujos de Ravenswood, los brujos oscuros pensaban que sí. Y, más tarde o más temprano, enviarían a sus propios Ibis a cobrar venganza. Eso sin contar con la maldita profecía. En realidad, tal vez ninguno de nosotros se graduaría este año.

Cam me lanzó una última mirada antes de salir del aula, y no fue una de sus habituales miradas divertidas después de recibir un rapapolvo de algún profesor o de su padre. Tampoco sonreía. Tenía sombras oscuras bajo los ojos y parecía… desolado.

En cuanto cerró la puerta tras de sí, me puse en pie y comencé a recoger mis cosas a la carrera.

—Señorita Good…

—Ahórreselo —interrumpí a Danforth—. De todas formas, ni siquiera creo que vaya a graduarme.

Por suerte, no trató de detenerme, aunque comenzó a lanzarme una perorata sobre las sanciones y castigos que mi indisciplina podía acarrearme. No me quedé a escucharlo. Quería saber qué le había pasado a mi amigo, dónde se había metido todo este tiempo y por qué tenía el aspecto de haber descubierto también que lo que dijera Danforth ya no importaba una mierda.

—¿Perdona? ¿Qué has dicho?

—He dicho que, según la tía Letty, eres… la Ira de Dios.

Eso era lo mismo que había asegurado unos segundos antes, justo después de que me contara que había conocido a los Ravenswood y que ninguno de ellos le había caído demasiado bien. Pero pasé ese último detalle por alto solo porque a continuación me contó lo que les

había dicho el oráculo y lo que le había sucedido a la anciana después.

Loretta Hubbard estaba muerta. Dith estaba muerta. La gente estaba muriendo por lo que fuera que hubiésemos puesto en marcha. Y, al parecer, ya no había forma de pararlo. «La oscuridad ya está aquí», eso era lo que Loretta había dicho. Y también que yo era la Ira de Dios.

—Siento lo de la tía Letty —murmuré.

—Siento lo de Dith —replicó él, aunque ya habíamos hablado de ello durante mi viaje astral.

Me dejé caer hacia atrás y mi cabeza golpeó la almohada de Cam.

Después de haber recibido un abrazo de oso por su parte y de que yo se lo devolviera con idéntico entusiasmo, nos habíamos escabullido por los pasillos hasta el ala de dormitorios de los chicos. Aunque lo de escabullirnos hubiera resultado mucho más discreto si no hubiésemos tenido a Sebastian detrás todo el camino hasta allí. Si informaba o no al director, era cosa suya. Ya lidiaría con Hubbard padre más tarde.

—No tiene sentido.

—Ni siquiera sabes qué significa eso de la Ira de Dios —señaló Cam, mientras venía a sentarse conmigo en la cama.

—Nada de esto tiene sentido —proseguí de todas formas.

—Y no lo va a tener a menos que busquemos la manera de salir de aquí. Alexander dijo que me daba un día para comprobar que estuvieses bien y sacarte de los límites de la escuela o entraría él a buscarte.

Me imaginé perfectamente al brujo oscuro lanzándole órdenes a Cam con tono expeditivo y amenazándolo con arrasar la escuela al completo. Muy típico de él, cómo no, aunque no pude evitar que el pensamiento sofocara algo de la angustia por todo lo sucedido. Pensar en Raven y Wood, y también en Alexander, ayudaba. No me engañaba al respecto, sabía que ahora ellos eran lo más parecido a esa familia que ya no tenía.

—¡Ah! Y ese idiota de Raven quería que te dijese que tiene algo muy importante que contarte. Que no estabas sola o algo así.

—¿Ese idiota?

—Se comportó como un capullo todo el tiempo.

—Estás hablando de Wood —terció, segura de que los había

confundido—. Rav es el moreno.

—Lo sé, y hablo de Raven. Es un gilipollas arrogante.

—Ese es Wood. El del pelo blanco —insistí. En realidad, yo ya no pensaba que lo fuera, y desde que había perdido a Dith no solía comportarse así, pero sabía que Wood podía sacar de quicio a cualquiera cuando se lo proponía.

—Te digo que es Raven. Tuvo suerte de que se comportó bien con la tía Letty…

—Es literalmente imposible que Raven te tratase mal, Cam. Es… adorable.

Cam me miró como si me hubieran salido un par de cabezas a juego con la que ya tenía. Estaba convencida de que debía de estar confundiéndose de hermano. Incluso con los extraños, Raven siempre era amable. La única vez que lo había visto adquirir un tono más formal y altivo había sido con Wardwell y su hija durante el baile de máscaras, y había tenido una buena razón para ello.

—Aunque es atractivo. Para ser un capullo.

Ahora fue mi turno para contemplarlo perpleja. No porque no supiera que a Cam le gustaban tanto las chicas como los chicos, sino porque normalmente no era de los que se interesaban por los malotes. Él era el chico malo de la escuela.

—¿En serio, Cam?

Me eché a reír a pesar de que no tuviera ninguna razón para hacerlo, pero, dada la mierda que había sido mi vida en las últimas semanas, me dije que igual necesitaba concentrarme en esos pequeños momentos de felicidad ridícula. Tal vez fueran los últimos que tuviésemos en mucho tiempo.

# 29

—Lo que aún no entiendo es cómo mi padre te permite vagar por la academia después de la que liaste en su despacho.

Yo tampoco lo entendía del todo. Antes de decidir liberarme, Hubbard me había preguntado si creía que podía controlar mi poder o aquello iba a volver a repetirse. Le aseguré que no volvería a ocurrir porque estaba desesperada por salir de aquella habitación, pero la verdad era que no estaba segura de nada. La cuestión era que el director me había concedido el beneficio de la duda y me había dejado marchar, eso sí, con la obligación de retomar las clases y comportarme como una alumna más. Y de acudir cuando el consejo así lo requiriera.

—Bueno, me ha puesto una niñera.

—Es un Ibis —remarcó Cam. Como si yo no lo supiera.

—Al menos no es Efrain. Ese tío sí que es un imbécil; creo que es de esos que disfrutan haciéndole daño a la gente.

—No me has dicho qué te pasó. En el despacho de mi padre, quiero decir. ¿Fue por tu padre? ¿Tan mal fue la cosa?

En realidad, salvo con Sebastian, no había hablado con nadie sobre lo que mi padre me había confesado acerca del asesinato de mi madre y Chloe. Aunque confiaba en Cam y podría habérselo contado en ese momento, me resistía a hacerlo. En el fondo, no estaba segura de poder asimilarlo si mi amigo, conociendo como conocía a mi padre, llegaba a la misma conclusión que yo. Si Cam coincidía conmigo en que Nathaniel Good jamás se autoinculparía de esa clase de delito, el deseo de mi madre de matarnos a mi hermana y a mí se convertiría en algo real, y tendría que aceptar que había sido ella la que había asesinado a Chloe.

Por ahora, Sebastian se había guardado esa información para sí mismo, y eso me hacía pensar que iba a permitirme revelarla cuando

yo lo deseara.

—No le importo lo más mínimo —repliqué, evadiendo su pregunta—. Tu padre se mostró mucho más preocupado por mi estado que él.

—Ya, bueno, no es que sea un modelo de honestidad tampoco.

Tras hablarle a Cam sobre lo que se suponía que nos esperaba en el mundo exterior, también él estaba bastante descontento con su progenitor. Era obvio que se sentía herido y decepcionado; mi amigo podía quejarse todo lo que quisiera de su familia y del hecho de que ser el hijo del director le repercutía negativamente, de ahí su comportamiento rebelde en la academia, pero creo que aquello había sido algo que no se esperaba en absoluto.

Seguía tumbada en su cama, y Cam se había movido hasta la parte inferior y ahora su cabeza colgaba por el lateral, mientras que había apoyado las piernas en la pared. Su habitación estaba hecha un asco, casi más de lo normal, y una pequeña bolsa de viaje yacía sobre todos los papeles y libros que había amontonados en el escritorio. Había regresado a la escuela directamente una vez que había avisado de la muerte de Loretta a su cuidadora. Por lo que me había dicho, el ritual de despedida de la mujer aún se demoraría unos cuantos días más, pues la comunidad blanca estaba demasiado alterada por lo que estaba sucediendo para honrar de forma adecuada a la pobre anciana. Al menos Cam la había despedido a su manera acompañado de los Ravenswood.

—Así que tienes alas, ¿eh? —se burló, tras un rato en silencio. Gemí, avergonzada, y le di un golpecito en la pierna para llamarle la atención, pero eso no lo detuvo—. No, oye, está bien. Eres la Ira de Dios, signifique eso lo que signifique.

La Ira de Dios. Esas cuatro palabras seguían dando vueltas en mi cabeza, junto con la amenaza de Alexander de arrasar Abbot si no salía de allí en las próximas veinticuatro horas. Pero ¿qué haríamos luego? En realidad, no sabíamos demasiado sobre lo que estaba por venir ni cuándo empezaría. O cómo afrontarlo.

—La tía Letty habló sobre una marca: la marca de los malditos —continuó divagando Cam—. Dijo que Alexander la tenía.

Fruncí el ceño. No sabía nada de una marca. Me estrujé el cerebro en busca de algún comentario al respecto y, por una vez, agradecí que

mi memoria fuese tan selectiva como para recordar a la perfección cómo era Alexander sin camiseta. Recordaba tanto las dos cicatrices enormes que tenía como la marca color café sobre su pecho. Al final, ser una pervertida me iba a servir para algo.

—Tiene una marca en el pecho, en la parte izquierda, sobre el corazón. Pero no me pareció nada extraordinario. —Las cejas de Cam salieron disparadas hacia arriba—. Ni se te ocurra preguntarme cómo lo sé; no es lo que piensas.

Cam soltó una risita. Era muy consciente del rumbo que habían tomado sus pensamientos, pero yo continué divagando mentalmente sobre lo que había dicho. «La Ira de Dios y la marca de los malditos». Debían de estar relacionadas de algún modo, ¿no? Alguien tenía que saber algo al respecto. Yo ya había visto una vez, hacía mucho tiempo, algo con un aspecto similar al que tenía Alexander cuando se transformaba. En la biblioteca.

Me puse en pie de forma tan repentina y apresurada que Cam resbaló por el lateral de la cama y terminó desparramado por el suelo.

—¡Mierda, Danielle! ¡Solo era una broma!

—¿Recuerdas aquella vez que nos colamos en la zona prohibida de la biblioteca? ¿Puedes conseguirnos las llaves de nuevo? —lo interrogué, tendiéndole la mano y obviando sus quejas—. Tal vez allí encontremos algo sobre esa marca o qué significa ser la Ira de Dios.

De todas formas, habíamos acordado que no podríamos intentar escabullirnos de la escuela hasta que fuera de madrugada, y todo eso suponiendo que pudiésemos darle esquinazo a mi sombra particular.

Cam se encogió de hombros.

—Puedo probar, aunque, dado que has volado por los aires la mitad del despacho de mi padre, no estoy seguro de si estarán en el mismo sitio.

Le enseñé el dedo corazón. Pese a sus protestas, estaba bastante emocionado con el hecho de que hubiera desmantelado la oficina de su padre, lo cual decía bastante de su actitud rebelde.

Mientras Cam iba a por las llaves, me quedé esperándolo en su habitación para evitar que Sebastian nos siguiera, lo que puso de relevancia otro pequeño problema: ¿cómo íbamos a despistar al Ibis para poder colarnos en una zona de la biblioteca en la que no

podíamos estar? Que no hubiera ido corriendo a chivarse de mi salida de la clase de Danforth, no implicaba que fuera a dejarnos saltarnos otras normas.

Para cuando regresó Cam, no se me había ocurrido aún ningún plan, pero de todas formas nos encaminamos hacia la biblioteca. Con suerte, Sebastian se quedaría en la puerta o se sentaría en una de las mesas de estudio y no prestaría demasiada atención mientras deambulábamos entre las estanterías.

—Saltarte las clases para pasar el rato en el ala de los chicos no te hará sumar muchos puntos frente al consejo —comentó el Ibis en cuanto abandonamos la habitación de Cam.

Estaba apoyado en la pared en una actitud mucho más relajada que la que había mantenido en el despacho de Hubbard o en la sala de retención, aunque continuaba vistiendo el uniforme negro y las botas militares, al que en esta ocasión había añadido también la capa, y se veía igual de imponente e intimidante, o incluso más.

—No sé cómo sería cuando estudiaste en la academia, pero ahora no está prohibido que las chicas estén aquí.

Un asomo de sonrisa le curvó los labios.

—Bueno, sigues con la ropa puesta y el dormitorio no ha explotado, así que puedo decirte que, sin ninguna duda, cuando yo estudiaba aquí nos divertíamos mucho más.

Cam empezó a reírse, lo que le valió un codazo por mi parte. Me dedicó una mirada de disculpa y yo lo agarré del brazo y lo empujé pasillo adelante. Echamos a andar y Sebastian, cómo no, nos siguió. No parecía especialmente entusiasmado con su labor de niñera, pero, para ser un Ibis, no se había quejado demasiado. Y lo que le había dicho a mi amigo era cierto; incluso con su ridículo sentido del humor, podría haber sido peor. Podía haberse tratado de Efrain.

—¿Cómo está tu compañero? ¿Se ha recuperado del todo?

—Está bien.

No me había girado para mirarlo, pero la pausa que había hecho Sebastian antes de contestar fue lo bastante significativa para que me quedase parada en mitad del pasillo. Cam se detuvo conmigo. Recordé lo que me había dicho el Ibis sobre la pérdida temporal de magia que había sufrido Efrain.

—¿Bien? ¿Bien del todo?

Otra pausa, esta aún más larga. Giré en redondo para encararlo.

—No debería hablar de esto contigo.

—No le vengas con esas y dile ya lo que sea que te estás guardando —intervino Cam, pero enseguida debió de darse cuenta del modo en que le estaba hablando a un brujo Ibis y añadió—: Si te parece bien, claro.

Sebastian lo fulminó con la mirada unos segundos antes de volver a centrarse en mí.

—Hay algunos tipos de magia que ya no puede practicar —confesó finalmente, bajando la voz.

Acto seguido, apretó los labios como si se arrepintiera de haber hablado. No lo dudaba, y tampoco entendía por qué parecía mostrar cierta amabilidad conmigo, la verdad, pero no iba a quejarme al respecto. Necesitaba toda la información que pudiera obtener.

Traté de repasar lo que ya sabía: la profecía, la capacidad de Alexander de drenar magia, sus cuernos y mis alas, su oscuridad y mi luz… Se suponía que éramos opuestos, pero tal vez no fuera tan literal como habíamos pensado. ¿A qué tipo de magia se estaba refiriendo Sebastian? La imagen de Alexander tocando la barrera de luz que yo había creado para ayudarlos a escapar en Nueva York destelló en mi mente. ¿Sus dedos habían perdido la oscuridad durante unos segundos o habían sido imaginaciones mías?

«La Ira de Dios».

Se me abrieron los ojos como platos.

—Magia de sangre; es eso, ¿no? O magia oscura. ¡Ya no puede practicarla! —Sebastian no contestó, pero ser un Ibis demasiado expresivo no jugó mucho en su favor en aquel momento; no hizo falta que dijera nada—. Pero se supone que esa magia está prohibida para los brujos blancos…

Más silencio. Así que por eso no se les permitía hablar de ello. Los Ibis debían tener autorización del consejo para emplear un tipo de magia que, en teoría, estaba completamente prohibida para los nuestros. Claro que tampoco sabía por qué me extrañaba, dada su labor.

—No puedes hablar de esto con nadie, Danielle. El consejo…

—¡Los del consejo solo son una panda de malditos brujos hipócritas!

—Baja la voz. —Sebastian trató de agarrarme del brazo, pero Cam le dio un empujón para apartarlo.

—Te recuerdo que, si la tocas, te pateará el culo y hará todo eso de ponerse a explotar cosas —lo amenazó, mientras yo negaba con la cabeza, más decepcionada aún si cabe. No debería haberlo estado, pero no podía evitarlo—. ¿Mi padre lo sabe? ¿Sabe la magia que empleáis?

¡Mierda! No había pensado en eso. Cam ya estaba bastante decepcionado por que su padre le hubiese contado las mismas mentiras que a mí y al resto de alumnos, pero aquello parecía demasiado. Podía comprender lo que estaba sintiendo; aún mantenía fresco el recuerdo y la rabia que me había provocado conocer la realidad de nuestra comunidad de boca de Alexander.

—Sí, lo sabe. Pero no podemos hablar de esto aquí —susurró Sebastian—, y no podéis decírselo a nadie.

No estaba segura de que las cosas fueran a ponerse peor de lo que ya estaban para mí si el consejo se enteraba de lo que habíamos descubierto, pero lo que sí sabía era que no irían bien para Sebastian por habérnoslo contado.

—Muy bien, no diremos nada. Pero tú también vas a tener que ser discreto. —No le di más explicaciones—. Vamos.

—¿Discreto con qué?

Reanudé el paso y arrastré a un Cam enfurruñado conmigo.

—Vas a sentarte en la biblioteca y vas a vigilar por nosotros mientras buscamos información. En el área prohibida —agregué tras una pausa.

—No podéis entrar ahí.

Le lancé al Ibis una sonrisita por encima de mi hombro.

—Bueno, supongo que no somos los únicos en hacer cosas que no se pueden hacer. O en contarlas a quien no deben.

# 30

—¿Estás loca? —murmuró Cam, una vez que accedimos a la biblioteca—. No puedes confiar en él.

Todo el mundo estaba aún en clase, así que los pasillos se encontraban prácticamente desiertos. Los pocos que se hubieran arriesgado a escaquearse de alguna de las sesiones matutinas, no estarían precisamente en la biblioteca estudiando.

—No dirá una palabra. Tendrá que responder frente al consejo si se enteran de lo que nos ha contado. Además, no es un completo gilipollas.

Sebastian aún dudó un momento al acceder detrás de nosotros, pero finalmente se dirigió a una mesa y se sentó sin abrir la boca a pesar de que estaba segura de que nos había escuchado.

—No puedo creer que mi padre me haya ocultado toda esta mierda —susurró Cam, con tal amargura que me sentí mal por él.

Sebastian suspiró mientras se frotaba las sienes, como si todo aquello le diera dolor de cabeza. Y cuando casi esperaba que intentara persuadirnos para que no quebrantásemos otra de sus normas, me sorprendió tratando de consolar a Cam.

—Tu padre solo quiere protegeros.

—Pues lo está haciendo de pena —le espetó mi amigo sin titubeos.

El Ibis volvió a suspirar.

—Mira, tienes que saber algo: fue un director muy anterior a tu padre quien instauró la norma de no hablarle a los alumnos sobre lo que pasaba ahí fuera. Y, sí, Thomas Hubbard mantuvo esa norma cuando tomó posesión del cargo, pero solo lo hizo porque no quería que esto fuera una escuela para soldados, Cameron. Los alumnos vienen aquí siendo solo niños que sueñan con aprender a controlar su poder y tienen derecho a crecer pensando que no lo están haciendo para acosar o perseguir a nadie, sino para ayudar. Tu padre no quiere

quitaros eso. —Sebastian parecía casi turbado, y me pregunté cómo había sido su formación, teniendo en cuenta que a los brujos destinados a convertirse en Ibis se los escogía desde muy jóvenes y no recibían sus clases junto con el resto de los alumnos.

No podía negar que lo que Sebastian nos estaba explicando tenía cierto sentido. A pesar de que no creía que mantenernos a oscuras fuera la mejor idea, entendía por qué Hubbard habría podido llegar a tomar esa decisión. Y yo era muy consciente de que el padre de Cameron no se parecía en nada al mío; Thomas Hubbard quería de verdad a su hijo.

—Sigue siendo una mentira —sentenció él, pero ya no sonaba ni la mitad de enfadado.

—Puede, pero no todos los brujos blancos participan de esa batalla silenciosa. Algunos han rechazado enfrentarse a los brujos oscuros… —La mirada de Sebastian pasó de Cam a mí, y supe exactamente de lo que hablaba: el aquelarre de Robert; de algún modo, él sabía lo que eran.

Se quedó mirándome, como si esperase que yo dijera algo al respecto; sin embargo, hablar de lo que Robert nos había mostrado parecía una traición. Y puede que Sebastian no se comportase como esperaba y pareciese muy diferente a Efrain u otros Ibis, pero no podía fiarme de él. Al fin y al cabo, era uno de los guardias del consejo.

Al ver que no decía nada, añadió:

—Conozco a Annabeth Putnam. Estudiamos juntos.

—¡¿Annabeth es un Ibis?! —repliqué, a pesar de mis recelos iniciales.

—Iba a serlo. Su abuelo la escogió por delante incluso de su primo Gabriel; el chico no tenía el temperamento adecuado para ser uno de nosotros. Ella empezó a formarse cuando yo ya llevaba algunos años haciéndolo.

Gabriel me había parecido un tipo impulsivo y poco dado a seguir órdenes de nadie. Annabeth, en cambio, se había mostrado algo más dócil que su primo. O, al menos, más serena y reflexiva. No me extrañaba que el consejo quisiera asegurarse de que los Ibis hacían lo que se les decía sin perder los estribos.

—Annabeth desertó. Se escapó una noche sin decirle nada a nadie,

lo cual armó un buen revuelo. Pero el viejo Putnam se encargó de silenciar cualquier rumor sobre su linaje —continuó explicando Sebastian—, y el tema se dio por zanjado.

—¿Cómo sabes entonces en qué anda metida ella ahora? —inquirí, alarmada por la posibilidad de que hubiesen capturado a alguno de los brujos jóvenes.

Alexander le había asegurado a Cam que todos estaban a salvo, pero tal vez nos habíamos dejado atrás a alguno sin saberlo. O alguien había llegado después al edificio buscando refugio. Yo estaba inconsciente cuando me habían sacado de allí, así que no tenía ni idea de si era la única a la que habían logrado pillar.

—Porque, unos años después de que desertara, Annabeth me ayudó a esconder a mi hermano pequeño.

Me dejé caer en una de las sillas frente a Sebastian y Cam también se sentó. No habíamos ido a la biblioteca para aquello, y no podía olvidarme de que el tiempo corría en nuestra contra. En cualquier momento, el horario de clases llegaría a su fin y, aunque la mayoría de los alumnos se irían directos al comedor, siempre había alguno que podía acudir en busca de un libro o a ponerse al día con los deberes.

Pero quería conocer la historia de Sebastian. Tal vez así comprendiera por qué no había acudido aún al consejo para contarles lo de mi padre y quizás podríamos ganar un aliado. Así que nos quedamos escuchando mientras él nos narraba a grandes rasgos la desesperación que había sentido al enterarse de que su hermano también había sido seleccionado para convertirse en un Ibis. Sebastian ya había acabado de formarse; era bueno en la lucha cuerpo a cuerpo y resistía con tanto estoicismo como los demás el dolor físico, todo ello después de un condicionamiento mental que había puesto a prueba su cordura. Si le cortabas un brazo a un Ibis, continuaría luchando con el otro o pasaría a emplear su magia para defenderse, pero Sebastian nos explicó que no dar muestras de ese dolor no implicaba que no lo sintieran.

—Al igual que tu padre solo ha tratado de proteger una parte de la inocencia de sus alumnos mientras crecían, yo solo quería proteger a mi hermano. No deseaba esta vida para él. No la querría para nadie.

—¿Por qué no te fuiste con él? —terció Cam, adelantándoseme.

Era justo lo que iba a preguntarle a continuación.

—Ya era suficiente vergüenza para mis padres que uno de sus hijos desertara, y yo ya estaba… echado a perder —dijo, inexpresivo por una vez, pero era difícil no leer entre líneas—. Además, continuar formando parte de la guardia me permite seguir protegiendo a mi hermano si llega a darse el caso.

—Dime que no fuiste tú quien les dijo dónde encontrarnos.

No tendría demasiado sentido que fuera así, ya que puede incluso que uno de aquellos brujos jóvenes de Nueva York hubiera sido su hermano, pero desconocía cómo habían sido capaces de dar con nosotros. Habíamos tomado muchas precauciones para que eso no ocurriera.

—No fui yo, Danielle, pero es mejor para ti no saber quién fue.

—¿Por qué?

—Porque ya has sufrido suficiente. —Fue como decírmelo todo sin tener que decir nada.

—Fue mi padre, ¿verdad? —Cerré los ojos un instante. Ahora que sabía que los brujos blancos no dudaban en emplear la magia de sangre si les convenía, podía imaginar cómo lo había conseguido—. Hizo un hechizo de búsqueda empleando su propia sangre para encontrar la mía, son los más potentes. Y, probablemente, la protección que usamos en el coche no fuera suficiente para evitar que nos rastrease de esa forma.

Deberíamos haberlo imaginado. Era un milagro que Tobbias Ravenswood no hubiera tratado de localizarnos del mismo modo. Si había algo importante para los nuestros, algo ineludible, al parecer, era la sangre. Nuestro linaje.

Estaba harta de aquello.

Mi padre, Nathaniel Good, un brujo blanco «modelo», había recurrido a la magia oscura, y con la connivencia del propio consejo. Aquello solo era una prueba más de lo podrida que estaba la comunidad. O, al menos, parte de ella. Nunca el límite entre ambos bandos había estado tan difuso para mí.

—Vamos, id a por lo que sea que estéis buscando. Yo vigilaré —se ofreció Sebastian, tal vez intuyendo que no quería seguir hablando de mi padre.

Lo dejamos sentado en la mesa de estudio de la entrada y nos deslizamos en silencio entre las estanterías, directos hacia el fondo de la biblioteca. Esa zona estaba algo menos iluminada, pero, en cuanto Cam dio uso a las llaves de su padre y pasamos a la sala contigua, encendimos unas cuantas lamparitas.

—¿Recuerdas en qué estante estuvimos rebuscando la última vez?

—Por aquí. —Lo seguí, aunque no parecía del todo seguro.

Con la cabeza ladeada, iba lanzando breves vistazos a los lomos alineados en los estantes intermedios. Había filas y filas de ellos desde el suelo hasta el techo, y también una buena cantidad de polvo. Deambulamos un rato de un lado a otro, persiguiendo el recuerdo de los dos niños que habíamos sido en el pasado. Hasta que Cam aseguró que habíamos llegado al mismo lugar.

Nos quedamos plantados delante de la enorme estantería, contemplando las decenas de libros de varios tamaños y grosores.

—Tú empieza por ahí —lo insté, señalando un lateral—. Yo voy por aquí. Busca cualquier referencia a la marca o la Ira de Dios. Y mira las ilustraciones. Estoy segura de que tiene que haber algo en algún lado.

Nos pusimos a trabajar de inmediato. Tal vez no encontrásemos nada, pero era mejor estar ocupados buscando que esperar de brazos cruzados en nuestros dormitorios a que se hiciera de noche. Recé para que el consejo no eligiera justo ese momento para enviar a alguien en mi busca.

—Bueno… Entonces, tú y Alexander Ravenswood… —comentó mi amigo, como si tal cosa, sin apartar la vista de su lado de la estantería.

—¿De verdad, Cam? ¿Eso es lo que más te preocupa en este momento?

—Él sí que parecía bastante preocupado por ti mientras se dedicaba a amenazarme. Es un tipo muy… intenso.

Eso no podía negárselo. Tiré del lomo de un volumen muy grueso que me resultaba familiar. Agarré otros dos más y me senté en el suelo para revisarlos. Cam optó por una serie de cinco libros más delgados titulados *Criaturas del infierno. Invocación, control y destierro* —lo cual resultaba bastante alentador— y se acomodó a mi lado.

—¿Os liasteis?

—¡Cam! —Muy a mi pesar, me eché a reír—. No voy a hablar contigo de eso.

—Entonces es que sí. Dime, Danielle Good, ¿qué se siente al montárselo con un brujo oscuro?

Me dedicó algo que pretendía ser un movimiento insinuante de cejas. Cam siempre había sido muy payaso, y quizás por eso nos llevábamos bien. Me hacía reír.

—Te repito que no pienso hablar contigo de eso.

—¡Oh, vamos! Por lo que yo sé, apenas te has enrollado con nadie desde lo nuestro. Dime al menos que has mejorado tu percepción del sexo.

¡Dios! No tenía ningún tipo de vergüenza.

—Lo nuestro estuvo bien —dije, y me miró con cara de saber que estaba mintiendo, claro que él había estado allí—. Vale, fue un desastre.

Se echó a reír. Ignoré sus carcajadas y me puse a pasar páginas.

—Lo fue. Un auténtico desastre —rio, y pese a estar admitiendo que había sido un amante pésimo, lo dijo con cariño. Pero, tras una pausa, arremetió de nuevo—. Así que… ¿hubo tema o no? ¿Cometisteis toda clase de perversidades oscuras y pecaminosas?

—Eres idiota. Lo sabes, ¿verdad? Empieza a revisar eso o no acabaremos nunca.

Hizo una mueca.

—Eres aburrida, Danielle Good. No sé por qué me junto contigo.

Continué pasando páginas, pero sonreí de todas formas. No todo había sido malo al regresar a Abbot; si algo había aprendido de todo lo sucedido era que había gente que, aunque no pertenecieran a tu linaje, podía formar parte de tu familia. Cam era una de esas personas. Allí estaba, saltándose las normas y dispuesto a meterse en un lío por mí. Sin cuestionarme, sin preguntar. E intentado hacerme reír y que olvidara lo mal que estaban las cosas.

—Gracias —escupí de repente.

—¿Por llamarte «aburrida»? De nada. Para eso estamos. Puedo insultarte siempre que quieras, aunque no sabía que ese era tu rollo.

Puse los ojos en blanco. ¡Dios! Sí que era idiota, sí. Pero lo quería de todas formas. Y sin Dith…

—Por estar aquí conmigo. —Suspiré—. Echo mucho de menos a Dith.

Cam me dio un empujoncito con el hombro.

—Lo sé. Todo irá bien, ¿vale? Estaré contigo pase lo que pase.

Nos miramos un instante.

—Ahora vas a decir alguna payasada, ¿verdad?

Cam sonrió con ese descaro tan suyo.

—Tienes que contarme cómo es foll… —Le tapé la boca.

—Ni se te ocurra terminar esa frase. —La mano me vibró contra sus labios a causa de sus carcajadas.

Y, al final, yo también me eché a reír.

# 31

Pasamos un buen rato sentados en el suelo de aquella sala, rodeados de volúmenes polvorientos. Mientras buscábamos cualquier cosa que pudiera ser útil, Cam se dedicó a formular preguntas aleatorias sobre el tiempo que había pasado en Ravenswood: «¿Cómo eran las clases?»; «¿Se lanzaban maldiciones unos a otros?»; «¿Practicaban magia de sangre por los pasillos?»; «¿Cómo es eso de que tienen tiendas? Nosotros no tenemos zona comercial», y así hasta el agotamiento. Yo le contestaba con monosílabos o un par de palabras y seguía buscando. Había encontrado un apartado en un libro que hablaba de demonios, y Cam, a su vez, ojeaba un hechizo de invocación para algo a medio camino entre una cabra y un… ¿caballo? de nombre impronunciable; no creía ni que estuviera en nuestra lengua o en ninguna conocida.

—¡Oh, espera! Tengo otra: ¿viste el rabo a los lobos? —Giré la cabeza muy despacio hacia él y lo fulminé con la mirada. Estaba conteniendo la risa, el muy capullo—. ¿Lo pillas? El rabo…

—Te veo muy interesado en los lobos para lo mal que dices que te cayeron. Y en el rabo de dichos lobos en particular.

Me sacó el dedo corazón y fue mi turno para reírme de él.

—No me interesan en absoluto, pero sigo diciendo que Raven es un imbécil arrogante con aires de grandeza y un problema de control de la ira.

¡Vaya! Pues sí que se lo había tomado mal.

—Y yo sigo diciendo que tienes que haberlos confundido. Aunque que conste que Wood tampoco lo es. No todo el tiempo. En el fondo, es un buen tío.

—Estás equivocada.

Pasé la hoja y mis ojos tropezaron con un galimatías escrito en latín.

—¿Amenazaste a Alexander o a Wood? Es lo único que haría que Raven se mostrara agresivo —murmuré, distraída, mientras trataba de aclararme con el texto.

—No. Bueno… —Levanté la cabeza de nuevo; ese «bueno» no había sonado bien—. En realidad, lo ataqué yo a él.

—¡¿Atacaste a Raven?! ¿Y ninguno de los otros te arrancó la cabeza? Tuviste suerte, te lo aseguro.

—¿Qué querías que hiciera? Tres tipos se plantan en la puerta de la casa de mi tía cuando yo te esperaba a ti. Traté de reducir al primero que pillé para obligar a los demás a mantener las manos quietas.

—Estás vivo de milagro —insistí. Me extrañaba que Alexander no le hubiera drenado hasta la última gota de magia del cuerpo sin pararse a preguntar.

Cam refunfuñó por lo bajo.

—No necesitó que nadie lo defendiese. Me hizo una mierda de llave y terminó sentado a horcajadas sobre mí.

Le sonreí.

—Hubiera pagado por verlo. ¿Qué? ¿Qué más pasó? —pregunté, cuando puso una cara rara—. ¿Cam? ¿Qué le hiciste a Raven?

—No le hice nada, joder. El tipo estaba… —Hice un gesto con la mano para animarlo a seguir. ¿Qué demonios había pasado para que se anduviese con tantos rodeos?—. Estaba duro, ¿vale? Ya está, ya lo he dicho.

Jamás en toda mi vida había visto a Cam ponerse tan rojo, y mucho menos parecer avergonzado por nada. Apreté los labios y juro que intenté no reírme. Lo intenté. No funcionó. Cam me empujó para hacerme callar, y lo hizo con tanta fuerza que me caí de lado. Incluso se me saltaron las lágrimas.

—Vete a la mierda. No es gracioso.

—¿De verdad vas a hacerte ahora el tímido? —Entonces caí en la cuenta—. ¡Oh, Dios! ¡No es eso lo que te cabrea! ¡Tú también lo estabas!

—¿Qué? ¡No, ni de coña, joder!

—Ya, claro. No te lo crees ni tú. Lo que pasa es que te va la marcha. —Me incorporé y recogí el libro que había estado hojeando, y

al bajar la vista mis ojos se clavaron en dos palabras en latín. Dejé de reírme de inmediato—. *Ira Dei*.

—¿Eh?

Le mostré la página a Cam y señalé el párrafo.

—La Ira de Dios.

El latín de Cam era casi tan malo como el mío, pero aquellas dos palabras no dejaban muchas dudas, tampoco la ilustración que encontramos en la página siguiente: una especie de soldado —llevaba una espada y una armadura ligera— con el brazo en alto y rodeado de un halo brillante y, frente a él, lo que parecían ser demonios que se retorcían de dolor. El tipo tenía alas, unas alas muy similares a las mías, pero las suyas parecían estar formadas de plumas y no de luz.

Leí por encima tratando de entender algo de lo que decía y otra palabra me llamó la atención: *pūrificātiō*. Purificación. A duras penas conseguí traducir mucho más de esa parte, pero venía a decir algo sobre un poder capaz de purificar el mal. De purgar… la oscuridad.

—Si Efrain ya no puede practicar magia oscura, ¿crees que ese es mi don?

Parecía lógico, aunque el Ibis era un brujo blanco y lo que había frente al guerrero de la imagen eran demonios. Pero ¿podía yo purificar la oscuridad de los brujos? ¿Era esa la manera en la que el equilibrio había elegido compensar el poder de Alexander? Él podía drenar la magia, pero suponía que, con el tiempo, esta podría regenerarse, como ocurría cuando cualquier brujo la empleaba y se le agotaba. Mientras que, en mi caso, al parecer eliminaba el poder en sí. Tal y como yo lo veía, casi parecía… demasiado. Aunque no sabía si la marca de la que me había hablado Cam implicaba algo más de lo que ya sabía sobre Alexander. Tendría que hablar con él de esto cuando volviésemos a vernos.

Proseguí revisando el texto, pero no encontré nada relevante salvo alguna que otra referencia a ángeles vengadores y demonios sedientos de poder y sangre. O eso fue lo que entendí con mi latín chapucero. Nuestro profesor de Mitos y Rituales Antiguos solía decirnos que en muchos libros había leyendas que no se ajustaban apenas a la realidad, pero también que en toda leyenda siempre había una verdad oculta.

—Así que eres un purificadora —comentó Cam cuando cerré el libro—. Pues mola mucho más lo de la Ira de Dios.

Pasamos un tiempo más buscando y al final tuvimos que rendirnos a riesgo de que la biblioteca empezara a llenarse —después de comer siempre había más gente— y alguien nos pillara. La única entrada que habíamos podido encontrar sobre una marca hacía referencia al consabido pentáculo, pero ese era un símbolo que tenía una variedad de usos para los brujos tanto blancos como oscuros, y también distinguía a los miembros del consejo de cada comunidad. Sin embargo, en una nota a pie de página, se mencionaba casi de pasada una relación entre dicho símbolo y un poder antiguo y maldito. No explicaba qué tipo de poder ni cuál era la maldición correspondiente, pero en la ilustración que acompañaba el texto se apreciaba una figura oscura envuelta en sombras; en su rostro, sobre la piel de la frente, llevaba dibujado un pentáculo.

Salimos del lugar acompañados de un silencioso Sebastian. Los recuerdos que le hubiera despertado nuestra conversación horas antes parecían haberse quedado con él todo aquel tiempo. No nos habló ni tampoco preguntó si habíamos encontrado lo que buscábamos, se limitó a caminar detrás de nosotros por los pasillos y nos siguió hasta el comedor. Una vez en el interior, se colocó junto a la pared de la entrada con los brazos a la espalda y la máscara inexpresiva propia de un Ibis durante cualquier misión.

A pesar de que tan solo quedaban ya unos pocos rezagados, su presencia despertó tantos cuchicheos como en los dos días anteriores. No era habitual tener Ibis rondando por la escuela, o al menos ejerciendo de niñera para algún alumno. Normalmente, si acaso, se los veía junto a un miembro del consejo cuando estos convocaban una de sus sesiones, pero solían ser mucho más discretos y sigilosos en esas ocasiones. En teoría, no había ninguna amenaza de la cual protegerlos entre esas paredes; ahora, supuse que la amenaza podía ser yo.

—¿Cómo vamos a despistarlo esta noche? —preguntó Cam, mientras recorríamos el bufé y escogíamos lo que íbamos a comer de entre lo poco que quedaba a esas alturas.

Por suerte, la comida era uno de los puntos fuertes de la academia; de no ser así, me hubiera vuelto loca todos estos años aquí encerrada. Lamentablemente, de lunes a viernes los postres se limitaban a fruta de temporada. Por eso, Cam y yo solíamos colarnos de forma habitual algunas noches para saquear las enormes neveras de la cocina, en las que se guardaban tartas, bollos y otras delicias que luego devorábamos en alguno de nuestros dormitorios.

El recuerdo de todas esas exquisiteces me hizo pensar en los gemelos y en su insaciable apetito; aquellos dos sí que tragaban comida a un nivel realmente preocupante… Cam me había comentado que, a pesar de que Alexander se había propuesto plantarse en la entrada de Abbot y exigir que me dejaran salir, los gemelos lo habían convencido para que esperase en Dickinson a que yo abandonara la finca por mis propios medios. La situación ya estaba de por sí lo bastante tensa como para que el heredero del linaje Ravenswood llamara a la puerta de Abbot y eso no fuese considerado una declaración de guerra en sí misma.

—Tendrá que dormir en algún momento, digo yo. No creo que se vaya a tumbar delante de mi puerta a hacerlo.

—¿Qué tal un hechizo de sueño? Nos aseguraríamos de que no se despierte en toda la noche —sugirió él a continuación.

—Ese hechizo es poco fiable sin una poción que lo acompañe. Necesitaremos caléndula y un par de cosas más. Y tendríamos que hacer que se lo bebiera.

—Bueno, supongo que los Ibis también comen y beben.

Ambos miramos en dirección a Sebastian. Hasta el momento, no se había sentado a comer conmigo, pero tal vez pudiésemos convencerlo de que lo hiciera esa noche. Bastaría con que uno lo despistara mientras el otro vertía la poción en su bebida.

—Espera un momento. ¿Has hablado en plural de despistarlo? Tú no vienes.

Cam se echó hacia atrás en la silla con tanto ímpetu que esta chirrió al desplazarse sobre el suelo.

—Ni hablar. No vas a largarte sola otra vez.

—Cam…

—No, no voy a discutir sobre esto. Voy contigo. Alguien tiene que

mantenerte alejada del lado oscuro de la fuerza cuando te juntes de nuevo con esos tipos.

Se me escapó la risa. Solo Cam podía hacer un chiste malo sobre *Star Wars* y los Ravenswood en una situación como aquella y, aun así, hablar totalmente en serio.

—No quiero que te pase nada.

No me lo perdonaría. Ya había perdido a Dith, y Cam ni siquiera había aprendido magia más allá de los hechizos defensivos que nos enseñaban en Abbot. Sabía pelear gracias a las clases con su tutor de artes marciales en las que yo siempre me colaba, pero todo aquello… era demasiado arriesgado para él. Lo era incluso para mí; sin embargo, no había nada que pudiera hacer al respecto. Yo estaba metida hasta el cuello me gustase o no. Pero podía mantener apartado a mi amigo del peligro.

—Tu padre me mataría si te pasase algo. —«*Yo* me moriría si te pasase algo».

—Mi padre no puede protegerme del mundo exterior eternamente, Danielle, y tú tampoco. Voy contigo —repitió, totalmente convencido.

Bien, tal vez también tuviera que emplear el hechizo de sueño y la poción con él, aunque era muy consciente de que, si lo hacía, Cam no volvería a hablarme en la vida.

—Ya veremos —concluí, porque no quería seguir discutiendo.

Su expresión dejó claro que no pensaba ceder.

# 32

El plan era bajar a cenar con Sebastian e invitarlo a acompañarnos. Echaríamos la poción en su bebida y, más tarde, ya de madrugada, me las arreglaría para colarme en su habitación y murmurar el hechizo correspondiente. Me dirigiría a la cocina y saldría por la puerta que se empleaba para abastecer nuestras despensas. Era un plan sencillo, aunque con muchas lagunas, pero no teníamos nada mejor. El colgante de mis antepasados continuaba alrededor de mi cuello y, de un modo extraño y algo tétrico, casi podía sentir que Dith también estaba conmigo, incluso cuando el agujero de mi pecho continuaba abierto y dolía como el demonio. Lo único que lamentaba era no poder enfrentarme a mi padre y mirarlo a los ojos una vez más antes de marcharme de allí, aunque solo fuera porque una parte ridícula de mí todavía albergaba la esperanza de que aquel hombre podría mostrar alguna clase de amor por la única hija que le quedaba.

Había permitido que Cam preparara una bolsa con algo de ropa y un par de cosas y yo también preparé la mía. No volví a sacar el tema, pero me dije que lo mejor era que Cam permaneciera en Abbot, a salvo. Me odiaría por dejarlo atrás; sin embargo, podía odiarme todo lo que quisiera mientras continuara respirando.

No sabía si Alexander y los gemelos tenían claro qué íbamos a hacer a continuación. Cam me había contado que, mientras me esperaban, tratarían de buscar una forma para ponerse en contacto con Robert y comprobar si este había hablado de nuevo con Maggie, quizás así se enterasen de si el consejo oscuro había alcanzado un acuerdo sobre cuál sería su proceder respecto a Abbot o si había ocurrido algo digno de mención en el campus. Elijah Ravenswood continuaba suelto por el bosque y a Wood le preocupaba que hubiera podido atacar a otros estudiantes a pesar de que habíamos avisado a Wardwell de su presencia antes de marcharnos.

Escondí nuestras mochilas bajo mi cama. Encajé la poción entre la cinturilla de la falda y mi piel y me acomodé la camisa del uniforme para taparlo. Había convencido a Cam para que fuera él quien distrajese a Sebastian; eso me daría la posibilidad de deslizar parte del líquido también en la bebida de mi amigo. No estaba orgullosa de lo que iba a hacer y odiaba la idea de arrebatarle la posibilidad de decidir por sí mismo. La culpa apenas si me permitía mirarlo a los ojos, pero, en cuanto Cam abrió la puerta y me cedió el paso con una sonrisita y una estúpida reverencia, me reafirmé en que aquello era lo mejor que podía hacer por él.

Salí al pasillo y me detuve de golpe al encontrarme no solo a Sebastian allí, sino a una bruja; una bruja blanca, como era obvio, pero también una bruja maldita. Theresa era la familiar de Jeremiah Mather, un brujo malcriado de apenas trece o catorce años. Adoptaba la forma de un zorro al transformarse y tenía una preciosa y llamativa melena pelirroja —a juego con el pelaje de dicho animal—, una nariz diminuta y unos ojos también muy pequeños de color verde. Era muy callada y no solía relacionarse con nadie en la academia, pero, dado que Dith y ella eran las dos únicas familiares en Abbot, Theresa siempre la buscaba cuando quería huir de las exigencias de su protegido. No conocía los motivos que le habían costado su libertad y dudaba que Meredith los hubiera sabido tampoco; sin embargo, jamás estaría de acuerdo con la manera en que Jeremiah la trataba.

—Eh, hola, Theresa —la saludé.

Una suave ráfaga de aire empujó un mechón de su pelo hacia atrás y me pareció que se estremecía, aunque esbozó una pequeña sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Solo quería decirte que… siento mucho lo de Dith. —Aunque era más alta que yo, algo no demasiado difícil, se encogió un poco al pronunciar el nombre de mi familiar. Con lo tímida que era, debía de haberle costado muchísimo venir a hablar conmigo—. Sé que ya lo sabes, pero ella te quería mucho. Y te respetaba.

Traté de sonreír para agradecerle sus palabras y lo que sabía que era una tristeza sincera por la muerte de Meredith, consciente de que, en su caso, la relación entre Jeremiah y ella carecía de afecto o respeto. No comprendía cómo se podía despreciar a alguien que estaba

dispuesto a morir por ti, estuviera maldito o no. Para mí, los familiares no eran siervos ni esclavos, ni debía tratárselos como tales.

—Muchas gracias, Theresa. Te lo agradezco de verdad. Dith te respetaba de igual forma a ti —añadí, porque estaba segura de que así había sido y aquella bruja se merecía escucharlo al menos por una vez—. Y yo también lo hago.

Bajó la cabeza, cohibida, y murmuró un sucinto «gracias» antes de marcharse apresuradamente. Contemplé cómo se alejaba por el pasillo con paso rápido y silencioso hasta que dobló la esquina y desapareció de mi vista. Al volverme, me encontré a Sebastian observándome a mí a su vez.

—¿Qué?

—Había oído algunos rumores —dijo, sin perder ese halo nostálgico que lo rodeaba desde por la mañana.

—¿Sobre Theresa?

—No, sobre ti. Y sobre tu relación con tu familiar.

—Meredith Good nunca fue solo mi familiar —repliqué, aunque sabía que eso era exactamente a lo que se refería—. Era mi amiga, mi hermana…

Sebastian inclinó la cabeza en lo que interpreté como un gesto de disculpa. Cam me pasó un brazo por los hombros y juro que, por un instante, casi pude oler el aroma a libro antiguo y papel tan propio de la magia de Dith. Casi pude sentirla. ¡Dios, cómo la echaba de menos!

—Está bien, vamos a cenar —propuso mi amigo.

Le dejé a él la labor de convencer a Sebastian para que cenase con nosotros, y eso era justo lo que iba haciendo cuando enfilamos las escaleras principales de Abbot. Cam alegaba que llamaba mucho la atención, allí plantado junto a la puerta como un soldadito malhumorado —palabras suyas, no mías—. De repente, se me hizo un nudo en el estómago. Al principio lo achaqué a la conversación con Theresa, pero, una vez que mi vista vagó escalones abajo, tuve un mal presentimiento. Las puertas de entrada de la academia estaban abiertas de par en par. Ya había caído la noche y la corriente de aire frío que se colaba desde el exterior me puso los pelos de punta. Y puede que no hubiera sangre en las paredes ni una figura en el umbral, pero la sensación de que la escena que estaba contemplando

era la misma que la de mi sueño resultaba demasiado intensa como para ignorarla.

Un poco por detrás de mí, Cam discutía con Sebastian sobre la cena. Ambos llegaron hasta mí y se detuvieron en la parte alta de las escaleras.

—¿Qué pasa? —preguntó Sebastian.

No había mirado hacia abajo, tampoco lo había hecho Cam, o se hubieran dado cuenta de que no era normal que las puertas estuvieran abiertas. No había alumnos por la zona, lo cual resultaba un alivio, y tampoco podía ver del todo el exterior desde nuestra posición más elevada, pero estaba convencida de que había alguien fuera.

Bajé un par de escalones por inercia, con mis ojos fijos en el umbral.

—¿Danielle? —me llamó Cam esta vez—. ¿Qué…? ¡Mierda! ¿Por qué están las puertas abiertas?

Les hice un gesto con la mano para que se quedasen atrás, pero, como era obvio, Sebastian comenzó a bajar de inmediato y Cam tampoco me hizo el más mínimo caso.

—Algo no va bien —murmuré, más para mí misma que para ellos.

—Retrocede, Danielle. Iré a ver qué pasa.

—¡No! —exclamé, casi chillando.

La sangre en las paredes, la que había visto en el sueño, ¿era de él? ¿De Cam? ¿De algún alumno camino del comedor? Yo no era vidente, no debería ser capaz de haber presagiado algo así; ese era el poder de Raven. Sabía que Alexander había tenido también una visión, aunque la suya había sido de otro tipo. Un infierno en la tierra, había dicho. Pero quizás, al igual que el brujo podía emplear los dos elementos de sus familiares, el don de Raven se hubiera filtrado a través de la conexión con su familiar o algo por el estilo. La magia a veces escogía caminos extraños para manifestarse.

Sin embargo, no debía ser así para mí. Yo no podía haber tenido de verdad una visión; no había oráculos o videntes en mi linaje. De todas formas, me obligué a pensar que tal vez un golpe de viento hubiera abierto las puertas o algún gracioso de último curso hubiera hecho de las suyas. Cualquier explicación era más lógica que la posibilidad de que mi sueño fuese a convertirse en realidad.

Bajamos los tres muy despacio, escalón a escalón. Sebastian no volvió a pedirme que retrocediera y yo desistí de pedírselo a él o a Cam. Pero me juré que, si algo atravesaba esas puertas, no permitiría que ninguno de los dos saliese herido. A lo mejor era una estupidez preocuparme por el Ibis, pero sentí que, si dejaba que la sangre manchara las paredes de Abbot, de alguna forma, eso solo nos empujaría más cerca del cumplimiento de la profecía. Y, muy a mi pesar, el Ibis empezaba a caerme bien. Estaba claro que, si salíamos de esta, tendría que empezar a escoger mejor mis amistades.

Parte del terreno de la entrada fue quedando a la vista mientras descendíamos, también algunos de los pocos árboles que crecían en la zona y, más allá, la base del muro que aislaba la finca. Dos escalones más y podríamos ver las puertas de hierro que Dith y yo nos habíamos llevado por delante y que ya habían repuesto. Seguimos bajando y…

—La verja también está abierta —señaló Sebastian.

—Deberíamos… —empecé a decir, pero las siguientes palabras murieron en mis labios.

Allí, a lo lejos, frente a la entrada de Abbot y en mitad del camino entre ambas escuelas, se alzaba una figura solitaria. Estaba demasiado oscuro para saber si era un hombre o una mujer y mucho menos para verle la cara, pero de todas formas hubiera resultado imposible. Llevaba una capa similar a la que empleaban los Ibis y los miembros del consejo, y que ocultaba por completo su rostro y la forma de su cuerpo.

Un escalofrío me recorrió la columna y la magia presionó contra el interior de mi pecho al percibir la del extraño. Quienquiera que fuese, era poderoso, y me refiero a un poder realmente oscuro y perturbador.

—Dime que es uno de tus nuevos amigos —murmuró Cam, cuando se percató de la presencia del desconocido. Supuse que se refería a los Ravenswood.

—No. No es ninguno de ellos.

La magia de Alexander podía ser muy oscura, pero reconocería en cualquier parte el eco musical de su poder y no tenía nada que ver con lo que emanaba de esa cosa. Lo que percibía estaba… todo mal. Como si ni siquiera perteneciera a este mundo. Era retorcido y malicioso a niveles que jamás había sentido antes.

Casi estábamos ya al pie de las escaleras cuando, procedente del pasillo lateral que llevaba a su despacho, apareció Thomas Hubbard.

—¿A dónde creéis que vais? Deberíais estar ya en el comedor. ¿Sebastian? —reclamó al Ibis, al ver que ninguno le prestaba atención.

—Papá, no creo que…

No escuché qué más le dijo Cam a su padre ni qué le contestó este. No podía apartar los ojos de la figura embozada del camino. No se había movido. No avanzó ni se marchó. Estaba ahí, esperando, y no creí que quisiéramos saber por qué ni qué pretendía.

Por el rabillo del ojo percibí un parpadeo y, durante un instante, el aire se movió desde el interior del edificio hacia fuera, casi como si alguien hubiese pasado corriendo a mi lado. Me daba miedo dejar de mirar al extraño por si desaparecía, pero, al fijar la vista en la zona de tierra junto a los muros laterales de la verja, me pareció que las sombras que proyectaban sobre el suelo ganaban consistencia.

—Hay que cerrar las puertas —oí decir a Hubbard padre.

Se adelantó un par de pasos y agitó ambas manos en dirección a la entrada. El director dominaba el elemento aire, como su hijo, pero no pasó nada. Volvió a intentarlo varias veces con idéntico resultado y, cuando trató de cerrarlas con sus propias manos, no consiguió moverlas ni un milímetro.

Para entonces, yo ya sabía que había algo más junto a los muros. La oscuridad no era natural allí.

—¿Qué mierda es eso? —Cam señaló justo en esa dirección.

Dos formas se elevaban desde el suelo, dos formas oscuras casi humanoides, pero con brazos demasiado largos, garras al final de los dedos, piernas torcidas y rostros… Ni siquiera sabría cómo describir sus rostros; eran todo dientes y ojos. Ganaron altura hasta alcanzar al menos los dos metros y se volvieron aún más consistentes.

—Son demonios inferiores —afirmó Sebastian, y el leve tono sorprendido de su voz me dijo que no era algo que hubiera visto a menudo; tal vez nunca.

Aquellas cosas se parecían a algunas de las imágenes que, en nuestra excursión a la zona prohibida de la biblioteca, habíamos visto Cam y yo ese mismo día en uno de los libros.

—Avisa a los otros —le ordenó Thomas a Sebastian, y supuse que

se refería a los Ibis que hubiera en la academia—. Cam y Danielle, id arriba.

Miré a Hubbard.

—Ni hablar. —Tiré de mi magia solo un poco, lo suficiente para que las venas de mis manos y antebrazos empezaran a brillar. Cam masculló una palabrota que en otro momento su padre le hubiera reprochado, pero el director ni siquiera creo que lo oyera, estaba pendiente de mí—. Me necesita para esto.

Sinceramente, más allá de dejar salir mi poder a lo bruto, no sabía muy bien cómo emplearlo; era demasiado consciente de que los que me rodeaban podían salir heridos o algo peor si me descontrolaba. En Nueva York había sido capaz de encauzarlo para formar una barrera, esperaba ser capaz de hacer lo mismo ahora para evitar que esos demonios accedieran a la academia, pero eso no los desterraría de los terrenos de la escuela.

Pensé en mi explosión en el despacho de Hubbard. Todo lo que recordaba era la rabia tan intensa que había sentido, la furia que me había invadido después de que mi padre me contara la verdad —su verdad— sobre mi madre. El modo en que el odio casi me había consumido y la… ira.

La ira. La Ira de Dios. ¿Era eso lo que alimentaba mi poder? Me había dedicado a acumularla desde la muerte de Dith, a empujarla hasta el fondo de mi pecho junto con mi magia. Incluso Alexander me había dicho que encerrarme en mí misma y tragarme todo el rencor, las lágrimas y la furia no haría nada bueno por mí. Había anhelado venganza, aunque no me sintiera en absoluto preparada para reclamarla. Y odiaba a Tobbias Ravenswood con todas mis fuerzas. Así que, si esa rabia era lo que necesitaba…

Las figuras, al igual que el encapuchado, continuaban inmóviles, pero otras dos comenzaron a tomar forma junto al muro. Cuando se hubieron convertido en cosas tan horrendas como las primeras, resultó bastante obvio que Abbot estaba siendo atacado.

—Sebastian, ve a buscar a los demás —insistió Hubbard, mientras tiraba hacia atrás de Cam.

Mi amigo retrocedió un poco, arrastrado por su padre, lo que nos dejó a mí y a Sebastian solos frente a las puertas abiertas. No podía

culpar a Hubbard por tratar de poner a salvo a su hijo. El Ibis no hizo caso de la orden, tampoco se distanció de mí a pesar de que tenía todos los brazos ya iluminados y sabía lo que mi magia podía hacerle si me tocaba.

—Señor, será mejor que vaya usted —sugirió él, y señaló a los demonios—. Esas cosas no van a tardar en llegar aquí.

No dio más explicaciones. No quería dejarme sola allí y la verdad era que yo tampoco quería que lo hiciera. La oscuridad ya estaba aquí.

La oscuridad había llegado a Abbot.

# 33

Estaba claro que las protecciones de mi academia eran una mierda, porque más y más de esas cosas fueron tomando forma por toda la parte delantera del edificio. El encapuchado continuaba inmóvil en el camino; casi parecía una estatua, ni siquiera su capa ondeaba de forma natural con el aire. Sebastian recitó varios hechizos en un nuevo intento de cerrar las puertas, pero nada funcionó.

Hubbard había empujado a Cam escaleras arriba y se había marchado en busca de los otros Ibis. Claro que mi amigo se había detenido a mitad de camino una vez que su padre había desaparecido por uno de los pasillos.

—Vete, Cam.

—Te dije que me quedaría contigo. Pasase lo que pasase.

—Cam, por favor —supliqué, pero sabía que no se marcharía.

Y, tal y como esperaba, se negó a irse, aunque al menos permaneció donde estaba a mitad de camino, entre una planta y otra. Volví a centrarme en el exterior.

—Soy la Ira de Dios —murmuré para mí misma, tratando de convencerme de que podía enfrentarme a aquellos seres, pero Sebastian debió de oírme.

—¿Qué has dicho?

Lo miré y le mostré mis brazos, donde la luz formaba bajo mi piel un entramado brillante similar a las raíces de un árbol. En su honor diré que no parecía muy impresionado, aunque no era la primera vez que lo veía. Había estado en Nueva York y también en el despacho de Hubbard.

—Da igual, es una larga historia que no tengo tiempo para contarte ahora, pero creo que puedo cargármelos.

Resopló. No fue un gesto exactamente despectivo, aunque tampoco mostraba demasiada confianza en mí. En cualquier caso, no me

contradijo. Se llevó las manos a la espalda y se sacó de no sé dónde dos dagas brillantes y perfectamente afiladas. Quise pensar que los Ibis llevaban siempre sus armas a mano y no que tuviera algo que ver con que le hubieran asignado mi vigilancia.

Susurró un nuevo hechizo en voz baja y comprendí que, esta vez, iba destinado a las armas.

—No estoy seguro de que funcionen con esos seres, Danielle.

Lo encaré y alcé mis manos hasta colocarlas justo frente a su rostro.

—Yo tampoco —repliqué, con una risita totalmente fuera de lugar.

Puede que fuera la Ira de Dios, pero estaba muerta de miedo; no era como enfrentarse a guardias del consejo, por muy bien entrenados que estuvieran; esas cosas eran demonios. Ojalá hubiera habido una manera de avisar a los gemelos y a Alexander. Estaba convencida de que ninguno de ellos entraría en pánico como estaba haciéndolo yo. Pero no estaban allí y no había manera de que supieran lo que estaba ocurriendo. Y me dije que, si un Ibis y yo era todo lo que se interponía entre unos demonios inferiores y la academia de la luz, tendría que apañarme como pudiera. Por mucho que Abbot no hubiera sido nunca un verdadero hogar para mí, era el único que alguna vez había tenido.

Sebastian y yo giramos a la vez hacia la entrada y contemplamos a todas las figuras oscuras que salpicaban el césped. Ellas, al igual que el encapuchado, también parecían estar esperando.

—No cruces el umbral. Tal vez no tengan poder suficiente como para acceder al interior del edificio. Y, si lo tienen, estamos más protegidos a cubierto. No podrán venir a por nosotros todos a la vez —me explicó Sebastian a toda prisa, y me alegró saber que incluso esas cosas podrían tener algún tipo de reglas.

La alegría no me duró demasiado. Eché un vistazo hacia atrás al oír un rumor de pasos y me di cuenta de que había alumnos en el vestíbulo. Algunos debían de haber terminado de cenar.

—¡Salid de aquí! ¡Ya! —grité, pero no creí que fueran a hacerme caso, porque, bueno, en el pasado yo también me habría quedado allí como una idiota mirando.

Una sombra se movió en la oscuridad del exterior de repente y algo atravesó volando el umbral. Cayó a unos metros de mí y rodó

hasta quedar a mis pies. Perdí el aliento de golpe al comprender lo que era. No quería mirar. No quería ver las salpicaduras de sangre en el suelo, rodeando una cabeza. La cabeza cortada de alguien.

—¡Mierda, es el guardés! —exclamó Sebastian.

Alguien había decapitado al brujo que cuidaba de la finca y se encargaba de los jardines exteriores, y acababa de lanzarnos su cabeza literalmente a los pies. No estaba segura de estar respirando. El nudo que me apretaba el estómago se soltó de golpe y la bilis me llenó la boca. Escuché gritos a mi alrededor y gente corriendo. Deseé que fueran los otros alumnos huyendo a buscar refugio. Apreté los puños y me obligué a no vomitar, necesitaba calmarme.

Pero en lugar de calma, sentí… furia.

Alcé la vista en el mismo instante en que el encapuchado del camino levantaba un brazo y señalaba en nuestra dirección. Dos demonios echaron a andar hacia la puerta. Quien fuera el misterioso visitante, parecía que los estaba controlando.

Llevé más de mi magia hacia mis manos y percibí cómo trepaba por mis brazos y alcanzaba mis hombros. Sebastian ladeó la cabeza y su cuello crujió, sus puños se cerraron con más fuerza sobre las dagas.

—Mantente alejado de mí —le advertí a duras penas— si no quieres acabar como Efrain.

—Das por sentado que soy como él.

—¿No lo eres? —inquirí, mientras las dos sombras retorcidas alcanzaban los tres escalones de la entrada.

Sus movimientos eran espasmódicos y su piel tenía un tono similar a la de Alexander cuando se transformaba, aunque la textura era diferente, como escamas de pez o algo por el estilo.

—Bueno, esperemos que no llegues a adivinarlo. ¿Lista?

Asentí. Sebastian no me estaba mirando, pero no fui capaz de encontrar mi voz para poder contestarle en voz alta. Los dos demonios ralentizaron sus pasos al llegar justo al límite de las puertas y, en ese momento, oí a varias personas acercarse a nuestra espalda. Los otros Ibis. Por fin.

A partir de ese instante, todo se aceleró. La espera se había acabado. Más demonios empezaron a avanzar, se desenfundaron armas, se susurraron hechizos, el ambiente se hizo más denso y el

regusto amargo de la ira me cubrió la lengua. Recé para que mi visión no se cumpliera y mi sangre y la de aquellos Ibis terminara decorando las paredes del vestíbulo de Abbot. Y también para ser capaz de mantener algo de control y no volarnos a todos por los aires.

El primer demonio atravesó el umbral. Sebastian se enfrentó a él, sus dagas cortaron el aire con un silbido. Creí ver salir despedido un trozo de algo con forma de garra, una mano tal vez, pero no perdí el tiempo intentando descubrir lo que era. Dos demonios más cruzaron el límite de la entrada. El Ibis de mi derecha se hizo cargo de uno y yo me concentré en el otro. Moderé mi ira y dejé salir solo una porción mínima de mi magia, y un rayo destelló en mis dedos y lo alcanzó en mitad del pecho, si es que podía llamarse así a aquel bloque de carne putrefacta.

La cosa chilló y la oscuridad de la que estaba formada explotó en cientos de pedazos. Mientras continuaba enfrentándose a su oponente, me pareció que Sebastian resoplaba de una forma muy poco elegante en algún lugar a mi izquierda. «¿Celoso?» quise burlarme de él, aunque el momento no era el más adecuado para las bromas. El grito agudo que había soltado la criatura al desvanecerse pareció espolear aún más al resto de demonios y empezaron a avanzar con mayor rapidez. Los demás Ibis —creí contar cinco— también peleaban ya con otros demonios, y un fugaz vistazo por encima de mi hombro me confirmó que Hubbard empujaba con su elemento para retrasarlos; Cam lo estaba ayudando. Sin embargo, eran demasiados y nosotros muy pocos.

Cambié de estrategia. No podía esperar a que cruzaran las puertas para eliminarlos o terminarían sobrepasándonos. Recordé los látigos de oscuridad que Alexander había empleado en Ravenswood para enfrentarse a los Ibis oscuros e intenté hacer algo similar con mi luz. Tendí mis brazos hacia el frente y una cascada de luz brotó de mis muñecas. Al tocar el suelo, comenzó a retorcerse sobre sí misma y a reptar por el suelo. El sudor me caía por la espalda mientras intentaba que mi poder hiciese lo que yo quería. Era más difícil de lo que pensaba.

Lancé un golpe tentativo, pero apenas si le rocé el pie a uno. Su pierna se disolvió momentáneamente y el demonio cayó al suelo, pero

este no desapareció como el primero, y otro ya avanzaba directo hacia mí. Un borrón oscuro se deslizó a toda velocidad a su lado y atravesó las puertas. Trastabillé hacia atrás y perdí un poco el equilibrio, hasta que me di cuenta de que no era otra de aquellas cosas, u otra cabeza, sino un enorme lobo negro.

«Raven».

El alivio se convirtió en horror cuando un Ibis se lanzó en su dirección empuñando una espada. Me metí entre ellos y apunté con la palma de la mano hacia el brujo soldado. El poder chisporroteó alrededor de mis dedos, listo para salir.

—Si lo tocas, te mato.

El tipo me miró como si acabara de amenazarlo de muerte, que era exactamente lo que había hecho. Pero no dejaría que nadie le hiciera daño a Raven. No me importaba si acababa de saltarse todas las reglas al irrumpir en la academia de la luz.

Un aroma dulzón se extendió a mi alrededor y el Raven humano apareció a mi lado.

—Tranquila, no puede hacerme daño. Ahora soy tu familiar.

—¡¿Qué?! —exclamamos el Ibis y yo a la vez.

Raven ignoró al brujo. A mí se limitó a guiñarme un ojo y a sonreírme. Luego, señaló las puertas y dijo:

—Luego te lo cuento.

Dicho lo cual, volvió a convertirse en un lobo y se lanzó contra el demonio más cercano con la boca abierta. Tan abierta como la tenía yo en ese momento por la sorpresa. Había ciertas reglas en lo que respectaba a dañar al familiar de otro brujo, pero Raven no podía ser el mío. Eso no era posible, ¿no? ¿O sí?

Tuve que apartar el pensamiento para cuando no estuviésemos siendo atacados por una horda de demonios horrendos.

Raven no pareció tener ningún problema en mezclarse con aquellos seres. Iba de un lado a otro seccionando miembros como si se tratase de su deporte favorito. Llevé mi mirada más allá de él y descubrí a su gemelo a pocos metros del encapuchado. Wood también estaba en su forma animal, con las patas delanteras flexionadas, los dientes expuestos y el lomo erizado por completo. Alexander se hallaba a su lado, pero él no estaba transformado. Verlo allí en mitad

del camino, encarado con quien fuera que se escondiera bajo aquella capa, y sin rastro alguno de su oscuridad, me hizo sentir más inquieta de lo que me hubiera gustado.

—¡Danielle, cuidado! —La advertencia de Sebastian llegó casi demasiado tarde.

Tuve que apartarme de un salto para ganar algo de distancia, pero, por suerte, mi instinto se hizo cargo. Con un golpe de mi mano, mi ira se transformó en un rayo de luz que partió a un demonio por la mitad. Con otro chillido insoportable, la cosa se disolvió.

Me di cuenta de que no se oían gritos provenientes de los Ibis ni ningún quejido, solo el silbido de las armas al cortar el aire y algún gemido provocado más por el esfuerzo que por el dolor. Los guardias luchaban sin una sola protesta a pesar de que había salpicaduras de sangre por el suelo; a pesar de que había heridos. Pero ahora sabía que, aun así, sufrían. Su silencio resultaba casi tan enfermizo como los gritos de los demonios al extinguirse.

No pude evitar que mis ojos buscaran de nuevo a Alexander. El extraño estaba extendiendo ahora el brazo hacia él, pero no le mostró la palma, sino casi parecía que quisiera… tocarlo. Y Alexander, por algún motivo, continuaba sin transformarse. Mi inquietud se tornó en miedo y ese miedo pasó muy pronto a alimentar mi ira. Más y más ira.

«No vas a tocarlo», me dije, y cuando quise darme cuenta estaba avanzando hacia el umbral.

—Danielle, ¡no salgas! —me gritó Sebastian, pero lo ignoré.

Me adentré en las sombras, solo que estas ya no resultaban tan oscuras, tal vez porque la magia continuaba avanzando por mi piel. La notaba trepando por mi cuello y mi barbilla. Apropiándose de mi pecho, rodeándome la cintura y las caderas. Bajando por mis piernas. La contuve lo suficiente como para que mis alas no emergieran, pero, aun así, un halo brillante se extendió a mi alrededor. Los demonios más cercanos sisearon y se volvieron hacia mí, y solo entonces comprendí el error que había cometido. Estaba sola en mitad del jardín delantero, rodeada de luz, pero también de todas aquellas criaturas. Inmersa de lleno en la oscuridad.

Invoqué más de mi poder; esta vez, me limité a moldearlo en un solo látigo, rezando para que se me hiciera más fácil controlarlo de

esa forma. Lo lancé hacia delante y se enredó en la pierna de un demonio. El ser explotó. Uno menos, ya solo quedaban… ¿veinte? ¿Treinta quizás?

Un aullido se elevó desde algún punto por delante de mí. Era complicado localizar a Raven entre toda aquella oscuridad; sin embargo, lo que sí pude ver fue que ahora el encapuchado ya no miraba a Alexander, sino a mí. Cuando el desconocido hizo amago de echar a andar a través de la verja del colegio, Alexander reaccionó por fin.

El cambio se operó de un segundo al siguiente, y luego ya no era un chico, sino algo que parecía salido del mismo lugar del que provenían aquellas cosas. Todo cuernos, llamas violáceas y oscuridad. Aun así, su magia seguía cantando para mí con la misma melodía armoniosa y familiar que se elevó por encima de cualquier otro sonido que pudiera oír. Cuando quise comprobar la reacción del encapuchado, descubrí que este había desaparecido.

La distracción me costó cara. Un demonio vino a por mí y, antes de que pudiese hacerle frente, me alcanzó en el brazo izquierdo con una de sus garras. Siseó en cuanto me rozó la piel brillante, pero eso no evitó que consiguiera arañarme antes de perder la extremidad.

Grité de dolor.

Un profundo gruñido fue el único aviso que obtuvo el demonio antes de que Raven saltara sobre él y le arrancara el otro brazo, y un aullido —proveniente de Wood, supuse— reverberó también a lo largo y ancho del lugar. Levanté la mirada en dirección al sonido para ver Alexander atravesando la verja exterior, envuelto en llamas, ambos ojos de un negro tan denso que se tragaba toda la luz de alrededor y el poder emanando de él en potentes oleadas. Como un señor de la oscuridad. Un dios siniestro y terrible.

Se detuvo a pocos pasos de los primeros demonios. Las llamas que brotaban de él se transformaron en una niebla oscura que resbaló por sus piernas y se deslizó por encima del terreno, extendiéndose hacia las criaturas, y cuando las alcanzó… no pasó nada. Nada de nada. Los demonios ni siquiera lo miraron. Raven gruñía como un loco a los que trataban de llegar hasta mí y les lanzaba dentelladas. Otro demonio se acercó demasiado, convertí el látigo en algo similar a una pica y lo

atravesé de parte a parte. La pelea en el vestíbulo continuaba, los Ibis luchaban y yo tenía que hacer lo mismo.

—¡Deteneos! —rugió Alexander entonces, y su voz… Su voz provenía de otro mundo. Áspera y antigua; tan inflexible que no admitía réplica, ni la orden, otra cosa que no fuera obediencia inmediata.

Todos los demonios se quedaron inmóviles en el acto. Escuché jadeos de sorpresa desde el interior de la academia y era posible que a mí también se me escapara el aire de los pulmones de golpe. Incluso mi poder retrocedió y el cerco de luz que me rodeaba se atenuó hasta desaparecer del todo. Durante unos pocos segundos, creo que nadie se movió, ni aquellos seres infernales ni ninguno de los «nuestros».

—Marchaos —les ordenó Alexander a continuación.

Los cuerpos amorfos de miembros demasiado largos, garras y algún que otro ojo de más, se desmoronaron sobre sí mismos. Durante un momento, pasaron a ser charcos oleaginosos sobre el suelo. Y luego… ya no estaban. No quedó nada de ellos.

Hubo más jadeos, susurros y murmullos provenientes del vestíbulo, pero yo solo podía mirar a Alexander. No aparté la vista de él ni siquiera cuando empezó a transformarse de nuevo. Esta vez, el cambio fue mucho más paulatino, como si le costara cierto esfuerzo alejarse de ese otro lado suyo. Los cuernos disminuyeron poco a poco de tamaño y desaparecieron entre los mechones de su pelo, que empezó a tornarse rubio. El ojo azul se aclaró hasta adquirir su tonalidad habitual, y el blanco se extendió alrededor de sus iris. Los dientes perdieron sus puntas afiladas. La oscuridad retrocedió por sus venas, abandonó su rostro y se perdió bajó su ropa. Y las llamas se consumieron hasta que solo quedó… un chico. El mismo chico que había acudido a buscarme a la azotea del edificio de Nueva York, vestido con un pantalón vaquero y una simple camiseta. El que había hecho brotar una pared de flores blancas a nuestro alrededor. El que me había consolado primero y besado después. El chico que jamás había abandonado Ravenswood y que no se había permitido estar cerca de nadie durante años. El brujo oscuro, heredero del linaje más poderoso que hubiera existido. Ese chico.

«¿Lo quieres? ¿Quieres que te toque?», me había preguntado. Y yo

le había dicho que sí.

Antes de tomar la decisión siquiera ya estaba corriendo hacia él. Fue bastante genial que, por una vez, dejara sus reticencias de lado, porque me lancé directamente a sus brazos y hubiera hecho un ridículo horrible si se hubiera apartado o retrocedido. Pero no lo hizo, sino que me abrazó y me apretó contra su pecho. Hundí la cara en él y respiré su aroma como la yonqui que al parecer era cuando se trataba del rico olor a bosque que desprendía.

—Estaba muerta de miedo —admití, casi sin querer, temblando de pies a cabeza.

—Pues te has cargado a unos cuantos.

—Alex —gemí de forma vergonzosa. Sabía que todos los Ibis, Hubbard e incluso, tal vez, algunos alumnos me estaban observando, pero no podía importarme menos.

Él me apretó un poco más. Percibí un roce suave de su boca contra mi sien y luego su aliento revoloteó sobre mi oído. Supe que estaba sonriendo sin tener que mirarlo.

—Así que han tenido que atacarte unos engendros del demonio para que me llames Alex de nuevo —se burló; y luego, en voz más baja, añadió—: Te he echado de menos, Danielle Good.

Fue casi lo más bonito que me hubieran dicho jamás. Y, sí, lo había llamado Alex, pero solo había sido un lapsus debido a la descarga de adrenalina del momento. Me callé el detalle de que, en la terraza, cuando nos habíamos enrollado, también se me había escapado. Si él no lo recordaba, no sería yo quien le refrescara la memoria. Había convertido el hecho de dirigirme a él llamándolo Alexander en una especie de escudo entre los dos, algo que nos obligaba a mantener la distancia, y continuaba resistiéndome a abandonar ese hábito a pesar de todo lo que habíamos compartido.

—Ahora es cuando dices que tú también me has echado de menos.

Le di un golpecito con el puño en el pecho. ¡Dios, qué bien olía!

—No te vengas arriba. No ha sido para tanto.

Se echó a reír y yo escondí la cara de nuevo contra su pecho para que no viera que también sonreía. Algo peludo me rozó la pierna y supuse que se trataría de Raven, pero necesitaba aún un par de segundos más. Tal vez un minuto. O cinco. Me sentía demasiado bien

para apartarme de Alexander todavía.

No creo que lo admitiera jamás ante él ni ante mí misma, pero pocas veces había tenido una sensación tan intensa de estar justo donde tenía que estar como la tuve en ese instante entre sus brazos.

Su risa se apagó hasta morir.

—Elevaste una barrera entre nosotros —continuó susurrando, y sonó… dolido—. Bruja terca e irresponsable.

Se apartó un poco para mirarme a los ojos, con el reproche escrito por todo su rostro. Pero no me disculparía por tratar de mantenerlos a salvo, aunque, dada la actual situación, no parecía haber servido de mucho. Eso me recordó que teníamos público, y también el hecho de que había tres Ravenswood en los terrenos de Abbot, que el que me abrazaba en ese momento había dado una orden a un puñado de demonios inferiores y estos le habían obedecido, que dos eran lobos y que uno de ellos había afirmado ser mi familiar.

Bien, estaba claro que las cosas acababan de complicarse un poquito más para todos nosotros.

# 34

Avanzamos en dirección a la entrada de Abbot. Raven se había situado a mi lado y Wood trotaba junto a Alexander. Por las caras de los que nos observaban, podía hacerme una ligera idea de la imagen que debíamos de estar dando mientras nos acercábamos.

—Todos nos están mirando —murmuré por lo bajo.

—Sí, eso parece.

—Esos demonios te han hecho caso —solté a continuación, también susurrando.

Ladeé la cabeza para mirarlo, pero Alexander movió la cabeza en una leve negativa.

—Luego.

No discutí. Ya estábamos casi en la entrada. Ascendimos los escalones y todos los que se habían arremolinado en el umbral —incluyendo un buen número de mis compañeros— retrocedieron varios pasos. Busqué a Cam con la mirada y suspiré aliviada al encontrarlo allí, a salvo.

Ni siquiera me planteé estar haciendo algo malo cuando me adentré en el vestíbulo, hasta que me di cuenta de que era la única que lo había hecho. Tanto Alexander como los lobos se habían detenido justo un paso por detrás del umbral. Sin embargo, Raven enseguida se movió hacia delante y retomó su lugar a mi lado. Le rasqué la oreja y le sonreí por pura costumbre, pero el gesto levantó una nueva oleada de cuchicheos.

Alguien se abrió paso desde el fondo mientras el apellido Ravenswood resonaba por toda la estancia. Al parecer, muchos de los alumnos los habían reconocido desde el primer momento. Algunos me miraban con temor, otros casi con asco o desprecio, tal vez ambos. Los Ibis, todos con sus correspondientes capas, uniformes negros y diversas heridas, tampoco parecían muy contentos. Salvo Sebastian,

tal vez. Y tampoco estaba demasiado segura de eso.

Dos miembros del consejo blanco se situaron en primera línea: Elias Fisk y John Peabody. Al igual que el resto de los consejeros, sobrepasaban los ochenta años y ambos, como ocurría en el caso de Danforth, pertenecían a linajes descendientes de algunos de los jueces de Salem. No me caían mejor que mi profesor, eso seguro.

—Ellos no pueden entrar en Abbot —dijo Fisk, rojo de rabia.

Mi mirada iba de los dos hombres a Alexander, que continuaba en el umbral.

—¿Está de broma? *Ellos* acaban de pelear para mantener esta escuela a salvo —repliqué sin poder contenerme, y me pareció que Sebastian se acercaba disimuladamente a mí; tal vez temía que fuera a invocar mi poder y freír a los consejeros, pero la verdad era que, después de la pelea, apenas si me quedaba energía—. ¿Dónde estaban ustedes mientras tanto?

Hubbard había ido en busca de los Ibis, y estos tenían que haber estado con los consejeros. Sabían lo que estaba pasando, ¿por qué no habían venido a ayudar?

Ninguno de los dos hombres dijo nada, fue Alexander quien habló.

—Sí, sí que puedo entrar. —Dio un paso adelante con una teatralidad premeditada, cruzó el umbral y hasta me dio la sensación de que estaba tratando de no sonreír. Aquello no era del todo una novedad, porque últimamente sonreía más a menudo, pero se había esforzado tanto por no hacerlo al principio de conocernos que no pude evitar sentirme como si fuese la primera vez.

Wood rodeó entonces a su protegido, se acercó hasta mí y se restregó con un ademán sin duda intencionado contra mis piernas. Luego, regresó con Alex. Alexander, quiero decir.

Nada de aquello ayudaba a mi ya de por sí perjudicada reputación, pero fue un verdadero gustazo ver palpitar una gruesa vena en el cuello de Fisk y a Peabody a punto de perder los papeles.

—Todos a sus respectivos dormitorios —azuzó Hubbard a los alumnos, y les hizo una seña a dos Ibis para que los llevaran arriba—. Vamos, los quiero a todos de inmediato en sus camas. Se han saltado el toque de queda. Tú también, Cameron.

Bueno, estaba claro que el director de Abbot no olvidaba sus

responsabilidades ni siquiera tras un ataque demoníaco. Aunque a lo mejor lo que pretendía era que no hubiera público para lo que fuese a ocurrir a continuación.

Cam no se movió de donde estaba y se cruzó de brazos en un claro desafío a su padre. Hubbard, para mi sorpresa, le permitió quedarse. Y cuando el último alumno hubo desaparecido escaleras arriba, Peabody se adelantó para encararse directamente con Alexander.

—Largo de aquí.

—Le aseguro que tiene problemas mucho más graves de los que preocuparse que de mi presencia o la de mis familiares en esta academia. Esas cosas van a volver —aseguró él, señalando el exterior a través de las puertas—. Tal vez no esta noche, ni mañana, pero regresarán en cuanto el brujo que ha logrado convocarlos recupere suficiente poder. Y entonces quizás ya no se trate de demonios de bajo rango, sino de seres más inteligentes y mucho menos torpes.

Si los demonios que nos habían atacado eran torpes, no quería saber cómo podían ser los que vinieran a continuación.

—Es usted, señor Ravenswood, quien tiene que recordar cuál es su lugar, y no es este, se lo aseguro. Un brujo oscuro no tiene nada que hacer aquí —sentenció Peabody, y su mirada descendió entonces sobre Wood—, y esos…

Me adelanté un paso.

—Voy a pedirle educadamente que, por su bien, reflexione sobre el modo en el que elige referirse a Raven y Wood Ravenswood.

No soné educada ni de lejos, y me estaba enfrentando a dos de los miembros de un consejo que podía escoger condenarme a solo Dios sabía qué destino, pero no me tembló la voz ni el pulso al lanzar lo que claramente era una amenaza. Estaba empezando a cabrearme.

Peabody me dedicó una sonrisa despreciable.

—Señorita Good, su situación ya es bastante precaria. No la empeore.

—Ha pasado el último mes en compañía de brujos oscuros. Con ellos —apostilló Fisk, como si no hubiera quedado claro que se refería a los Ravenswood.

¿De verdad eso era todo cuanto les preocupaba? ¿Cómo podían estar tan ciegos? ¡La cabeza del guardés estaba aún tirada a un lado de

las escaleras! Había sangre manchando el suelo del vestíbulo de Abbot; por suerte, no tanta como en mi visión, pero allí estaba. Varios Ibis de los que ahora se situaban a sus espaldas estaban heridos… A lo mejor si esos dos brujos retrógrados y elitistas no se hubieran escondido mientras nos atacaban, no descartarían tan rápido la gravedad del asunto y les darían las gracias a quien con tanta facilidad estaban despreciando.

La rabia empezó a burbujear bajo mi piel. Estaba tan harta, tan cansada…

—Esos brujos oscuros han luchado junto a sus soldados para defender a los alumnos de Abbot.

Fisk hizo un ruidito despectivo. Joder, ¿qué parte de todo aquello no habían comprendido?

—No me están escuchando —intervino Alexander, con mucha más calma que yo—. Ya no hay un «ellos», ni un «nosotros». Ni bandos. No hablen como si no conocieran tan bien como yo lo que augura la profecía. Ya está pasando. Y esos demonios han sido solo el principio… —Se interrumpió de golpe.

En un segundo Alexander estaba al menos a un par de metros de mí, defendiéndose frente a los idiotas del consejo, y al segundo siguiente lo tenía a mi lado. Me di cuenta de que, alrededor de mis muñecas, había pequeños destellos de luz. No me extrañó demasiado, estaba frustrada y enfadada, y odiaba lo necios que podían llegar a ser aquellos tipos. Al parecer, no era capaz de contener del todo mi poder cuando eso ocurría. Pero Alexander no estaba mirándome las muñecas.

—Estás herida. —Fue a agarrarme el brazo izquierdo, donde uno de los demonios me había arañado y ahora lucía tres marcas paralelas.

Entré en pánico. Se me secó la boca de golpe y mi corazón empezó a latir descontrolado cuando me percaté de que estaba a punto de tocarme. Retiré el brazo en el último instante, justo antes de que me rozara. Al abrazarlo un momento antes, ni siquiera me había parado a pensarlo y, vale, tal vez no había pasado nada al tocarnos, pero ¿y si con mi poder tan cerca de la superficie le arrebataba el suyo? ¿Y si le hacía daño?

Alexander frunció el ceño y me miró a los ojos, y no tengo ni idea

de lo que vio en ellos, pero su expresión se suavizó de inmediato. Sus comisuras se curvaron levemente y el iris negro tililó como hacía siempre que me observaba con aquella intensidad tan cruda. Como si fuera capaz de hundirse en mi interior y contemplar cada uno de mis pensamientos. Se quedó mirándome tanto tiempo que todo lo que estaba alrededor desapareció. No había Ibis ni consejeros estúpidos. Tampoco estaban Cam ni Thomas Hubbard. No había siquiera una escuela de la luz ni otra de la oscuridad. Solo quedamos Alexander y yo. Observándonos el uno al otro.

Extendió la mano y, sin titubear, me rodeó la muñeca repleta de puntitos brillantes. Ni siquiera sé por qué se lo permití. Pero tiró un poco de mi brazo para estirarlo y poder contemplar mejor las heridas. Repasó los bordes enrojecidos con las yemas de los dedos y luego elevó la barbilla de nuevo en busca de mis ojos.

—Te veo, Danielle Good, y yo tampoco te tengo miedo —susurró, con una dulzura inusitada, solo para mí.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Yo le había dicho en varias ocasiones que no le tenía miedo, primero solo con la mirada y luego en voz alta. Y él me lo repetía ahora; además de demostrarme que no le importaban en absoluto las consecuencias que mis nuevos poderes pudieran tener para él, incluso después de ver lo que había hecho a esos demonios.

No fui capaz de articular palabra. No creí que fueran suficientes, porque también comprendí la enormidad que había supuesto para él, después de todos sus años de aislamiento, permitirse a sí mismo tocarme. Y pensar que, durante días, yo no había hecho más que burlarme de él por ese motivo…

—Gracias, Alex —me las arreglé para decir finalmente, y él, a cambio, me regaló una sonrisa tan amplia y luminosa, tan sincera, que supe que no la olvidaría jamás.

## Alexander

Al parecer, los miembros del consejo de Abbot eran tan tercos e imbéciles como los de Ravenswood, y eso que tan solo había dos de

ellos. Me hubiera reído de lo mucho que tenían ambas escuelas en común si la situación no hubiese sido tan seria. Ya no se trataba solo del ataque, sino del hecho de que, cuando habíamos conseguido contactar con Robert, nos había informado de que dos alumnos más de Ravenswood habían aparecido desangrados en sus dormitorios en los últimos días.

Mi instinto me decía que Elijah estaba sacrificando brujos oscuros para poder interactuar temporalmente con el mundo de los vivos, tal y como había hecho con la Ibis que había matado frente a nosotros, aunque se me escapaba cuál podía ser su objetivo final. No ganaba más que unos pocos minutos a este lado del velo, pero quizás eso fuera suficiente para lo que tramaba, y quizás le había bastado para convocar a los demonios que acababan de atacar Abbot.

—Vamos, tenemos que curarte.

Me volví hacia las escaleras a pesar de que no tenía ni la más remota idea de dónde estaba nada en aquel lugar. Me parecía mejor opción optar por no pedir permiso; en realidad, no creí que los consejeros fueran a concedérmelo. En cuanto me moví, los dos hombres empezaron a protestar de nuevo.

—Usted no va a ningún lado, señor Ravenswood, salvo fuera de esta escuela —dijo uno de ellos.

Los Ibis que se habían mantenido en un discreto segundo plano y que mostraban una variada colección de heridas, fruto de la pelea, se situaron ahora a ambos lados de los hombres. Pero Thomas Hubbard se adelantó y se interpuso en su camino.

—Llévela arriba —intervino, para mi sorpresa y disgusto de los consejeros. Luego se volvió hacia su hijo—. Cam, ve con ellos. Sebastian también os acompañará por si necesitáis ayuda.

«Sebastian». Sabía que ese tío me sonaba de algo. Era uno de los Ibis que nos habían acorralado en el sótano en Nueva York, el que parecía haber reconocido a Annabeth. También era el único que no estaba junto a los consejeros, sino más cerca de Danielle, lo cual resultaba… interesante.

—¡Esto es del todo inaceptable, Thomas! —comenzó a ladrar el que no había hecho más que repetir que tenía que irme de allí—. ¡No puede permitir que esta gente vague por nuestra academia! El consejo

lo prohíbe terminantemente.

Hubbard se irguió en toda su estatura, con el rostro serio y la misma altivez que solía emplear Wardwell las veces en las que nos habíamos visto obligados a relacionarnos.

—Sigo siendo el director de Abbot, Elias, y te recuerdo que, como tal, tengo plena potestad para tomar las decisiones que considere oportunas.

—Pero el consejo…

—El consejo no está reunido. Que yo sepa, solo vosotros dos os encontráis en el edificio. Así que, mientras se convoca a los demás miembros, haré lo que crea que es mejor para asegurar el bienestar de esta institución y de sus alumnos. —Volvió a mirarnos—. Vamos, marchaos.

Le dediqué un leve asentimiento de cabeza en señal de respeto. Si en Abbot, al igual que en Ravenswood, se habían mantenido las viejas tradiciones, sus argumentos eran válidos solo a medias. Aunque fuera el director quien decidía cómo se gestionaba la academia, un miembro del consejo siempre estaría un escalón por encima de él en la toma de decisiones que atañían a la comunidad. Y la presencia de brujos oscuros en Abbot desde luego que afectaba no solo a los alumnos, sino a todos los brujos blancos. Podía considerarse alguna clase de asalto o desafío, y sin duda era un quebrantamiento de las normas que hasta ahora habían regido la relación entre ambas comunidades. Pero supuse que ellos las habían roto primero al enviar a los Ibis a por Danielle.

Fuera como fuese, Hubbard se estaba arriesgando mucho por mí. O en deferencia a Danielle; no lo sabía y poco importaba. La cuestión era que me estaba permitiendo quedarme.

Dejé que mis dedos resbalaran por la muñeca de Danielle y los entrelacé con los suyos. Ignoramos las subsiguientes quejas de los consejeros, que prosiguieron discutiendo con Hubbard y profiriendo múltiples amenazas, y comenzamos a ascender por las escaleras. Raven nos acompañó, mientras que Wood se deslizó a través de las puertas de entrada, aún abiertas. Posiblemente, iba en busca de la mochila de Danielle para que esta pudiera recuperar el grimorio de su madre, y de paso se aseguraría de que no quedaban demonios ni

ninguna otra amenaza en los alrededores.

—Tu padre los tiene bien puestos —murmuré en dirección a Cam.

—Es la primera vez que lo veo enfrentarse así a alguno de esos vejestorios.

Eché un vistazo por encima del hombro para comprobar si Sebastian venía detrás de nosotros y podía escucharnos. Danielle me dio un apretón en la mano al darse cuenta de que estaba mirando al Ibis.

—No es un gilipollas del todo.

—Gracias —replicó el brujo, con un tono cargado de ironía—, es la segunda vez que te refieres a mí de una forma tan amable.

—Estabas en Nueva York. Te vi.

El tipo asintió, pero no dijo una palabra más. Se limitó a caminar un par de metros por detrás de nosotros mientras Cameron nos guiaba a través de los pasillos de la academia de la luz. A pesar de que la mansión Abbot era tan antigua como Ravenswood, aquel sitio no se parecía en nada a mi hogar. Donde Ravenswood era todo lujo y decadencia, Abbot resultaba… impersonal. No me extrañaba que Danielle hubiera deseado largarse semanas atrás. Resultaba irónico que al final hubiésemos acabado todos allí.

Nos dirigimos a una de las alas del edificio. Mientras caminábamos en silencio por un pasillo repleto de puertas, y ahora que la amenaza de los demonios había pasado y que nada impedía que me concentrara en lo que me rodeaba, me sentí ligeramente abrumado por la cantidad de brujos que podía percibir tras las paredes. Puede que apenas hubieran pasado unos pocos días desde que habíamos abandonado Ravenswood, pero me había acostumbrado demasiado rápido a no estar continuamente rodeado de magia.

La oscuridad se revolvió en mi interior, ansiosa y voraz, más que nunca.

—Esto es diferente —murmuré para mí mismo.

Sin ser demasiado consciente de ello, apreté los dedos de Danielle. No había soltado su mano y ella tampoco había hecho nada por deshacerse de mi agarre.

—¿A qué te refieres? —me preguntó, aunque pensaba que no me habría oído.

—La magia blanca es diferente. La percibo como… —No supe cómo concluir la frase. No estaba seguro de cómo explicarle lo que estaba sintiendo.

Danielle se detuvo en mitad del pasillo y se giró hacia mí. Cam siguió andando hasta llegar a una de las puertas; Raven estaba pegado a él e hizo ademán de restregarse contra sus piernas, pero el brujo se retiró y lo fulminó con la mirada.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Danielle, llamando de nuevo mi atención. Luego bajó la voz para añadir—: ¿Ellos también «cantan» para ti?

La incómoda sensación disminuyó ligeramente cuando capté una emoción inesperada en el tono con el que había hecho la pregunta. No quería ser un idiota, pero apenas si pude contener la sonrisa. Me incliné en su dirección y le hablé también en voz baja.

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Son celos eso que detecto, Danielle?

Se echó hacia atrás de golpe y supe que había dado en el clavo, y seguramente sí que era un imbécil, porque sentí cierta satisfacción al comprender que aquello de verdad le molestaba. Tal vez solo fuera preocupación por lo que mi poder podía hacer a sus compañeros. O quizás, en realidad, esperaba que su poder fuese el único que me atraía de la manera en que lo hacía.

«No tienes ni idea, Danielle Good. Ni la más remota idea de lo que me haces».

—Sigues siendo un capullo —me espetó, una vez que recuperó la compostura. Sin embargo, incluso cuando me estaba lanzando una de sus miradas de «Vete a la mierda», había un leve rubor coloreándole las mejillas.

Fue a darse la vuelta, pero tiré de su mano y la mantuve en el sitio. No hubiera podido decir por qué enfrentarme a ella me hacía sentir tan vivo, por qué lo disfrutaba tanto. Quizás fuese solo una consecuencia de lo que éramos, de esa naturaleza contrapuesta que supuestamente debía empujarnos el uno contra el otro, como las dos caras de una misma moneda que convivían, pero jamás llegaban a tocarse del todo. Quizás era mi oscuridad dejándose tentar por su luz. O quizás solo fuese un instinto más primitivo y mucho menos noble. Tal vez lo único que quería era comprobar una y otra vez que de

verdad ella también… me veía.

Con mi mano en torno a la suya y los ojos fijos en su rostro, avancé un paso y Danielle retrocedió. Avancé otro, y ella volvió a retroceder. Cuando di un tercero, su espalda acabó pegada a la pared; mi cuerpo prácticamente contra el suyo y mi oscuridad desplegándose a través de la carne y los músculos. Rugiendo. Reclamando.

Sonreí.

Cam murmuró algo que no pude oír del todo bien, abrió la puerta frente a la que se había detenido y la atravesó sin más, seguido de Raven. Una rápida mirada en la otra dirección me hizo saber que Sebastian se encontraba a una distancia aceptable y parecía tratar de ignorar por todos los medios lo que estaba sucediendo. Mejor para él.

Apoyé un brazo junto a la cabeza de Danielle y coloqué nuestras manos unidas al otro lado de su cuerpo. Ella mantuvo la barbilla alta y ni por un momento perdió esa expresión desafiante que tanto me sacaba de quicio, pero que, en el fondo, anhelaba de una forma algo retorcida.

Me incliné sobre su oído.

—No existe magia en este mundo ni fuera de él que se sienta como lo hace la tuya, Danielle Good. No la hay ni la habrá jamás.

Se estremeció al escucharme. Sus dedos se apretaron en torno a los míos y su mirada destelló con más de ese brillo furioso que había visto un rato antes mientras se enfrentaba a los demonios en el exterior de la escuela.

—No me importa una mierda… —comenzó a decir. Pero, finalmente, cedí al impulso que había estado conteniendo desde el mismo instante en el que nos habíamos reunido de nuevo e hice lo único que, posiblemente, no debería haber hecho.

Besé a Danielle Good.

# 35

Alexander me estaba besando. No era la primera vez y tampoco podía negar que yo misma había deseado hacerlo cuando había saltado sobre él de la forma más inapropiada posible un rato antes. Pero no había forma en la que hubiese podido prepararme para sentir de nuevo sus labios sobre los míos. Cada vez —cada maldita vez— se sentía diferente. Mejor. Demasiado.

Fue suave y a la vez exigente; cuidadoso pero también salvaje. Su lengua se deslizó despacio en el interior de mi boca, para luego saquearme a placer. Alexander besaba como si estuviera reprimiéndose y también como si pensara que no habría un mañana en el que aquello pudiera volver a repetirse. Como si fuera la primera vez y también la última. Tenía que recordarme que él jamás había besado a ninguna otra persona antes, porque me hacía olvidar que yo sí lo había hecho.

Se bebió el gemido que escapó de mi garganta y su cuerpo presionó contra el mío. Toda la dureza de sus músculos tensos contra mis curvas suaves, incluso cuando yo me negara a rendirme ante él y su insistente necesidad de tomar todo de mí. Ni siquiera se me ocurrió pensar en la magia que bombeaba furiosa en mis venas o en la oscuridad que llenaba las suyas. O, al menos, no hasta que alguien se aclaró la garganta y Alexander, con un último mordisco a mi labio inferior, se retiró, exhaló un suspiro y dejó reposar la frente contra la mía.

—Tenemos mucho de lo que hablar —dije, ignorando la presencia de Sebastian al final del pasillo.

El corazón me iba a mil por hora y el aire a duras penas entraba en mis pulmones, pero no se me había ocurrido nada más que decir. Alexander resultaba abrumador la mayoría de las veces, pero empezaba a darme cuenta de que, por mucho que nos fuésemos

conociendo, por mucho tiempo que pasásemos juntos, eso no cambiaría. Y, seguramente, no tenía nada que ver con lo que él era o en lo que yo me hubiera convertido.

Eché un vistazo al pasillo. Sebastian se había quedado atrás, pero resultaba obvio que había sido testigo de nuestro pequeño arrebato. Tras las puertas, estaba segura de que más de uno de mis compañeros también estaría cotilleando.

—Sabes que existe un hechizo muy básico para ver a través de las paredes, ¿verdad?

Una de sus comisuras se curvó, pero no llegó a sonreír. Tampoco se movió. Su aliento cálido revoloteaba sobre mis labios y sus dedos continuaban envueltos alrededor de mi mano; sus caderas presionando y uno de sus muslos entre los míos. ¡Por Dios! Prácticamente le estaba montando la pierna.

—Ahora todos van a saber… *esto* —concluí, porque no sabía muy bien cómo llamarlo. Cómo llamarnos.

—¿Te molesta?

No era la clase de conversación que esperaba tener en aquel momento, la verdad. Pero Alexander y yo no solíamos tener las charlas adecuadas en los momentos oportunos, así que tampoco aquello era una sorpresa, supuse.

—No.

Esta vez, Alexander sí que sonrió y, por la manera en que lo hizo, me costó recordar que había habido un tiempo en el que apenas conseguía curvar ligeramente las comisuras de sus labios.

Sebastian se aclaró la garganta de nuevo y esa fue nuestra señal para apartarnos por fin el uno del otro y fingir que allí no había pasado nada. Sin embargo, antes de retirarse, Alexander susurró:

—De verdad que no te imaginas cuánto te he echado de menos.

A lo mejor yo también sonreí.

—El verdugo. Era él —dijo entonces Alexander. Señaló la puerta abierta de mi habitación—. Vamos, te lo contaré todo mientras curamos esa herida.

En mi dormitorio, Cam hizo uso de sus conocimientos de magia curativa para arreglar el destrozo de mi brazo mientras Alexander permanecía de pie, supervisando el proceso, con aspecto ligeramente

enfurruñado, como si desease ser él quien lo hiciera. Sin embargo, al terminar, le dio las gracias a mi amigo antes de continuar poniéndonos al tanto de todos los detalles de su visita a Loretta Hubbard. Gran parte de lo que explicó ya había llegado a mis oídos gracias a Cam, así que fue mi turno para narrar mi explosión en el despacho del director y lo que habíamos descubierto Cam y yo en la biblioteca.

Con Raven tumbado en un rincón de mi dormitorio, Sebastian en el pasillo, custodiando la puerta, y Alexander y Cam pendientes de cada una de mis palabras, no tuve valor para hablarles de la confesión de mi padre. Más tarde o más temprano tendría que hacerlo, pero… resultaba demasiado difícil aún admitirlo en voz alta delante de todos ellos.

Alexander, en cambio, no tuvo problema para asegurar que la figura del encapuchado era en realidad el verdugo mencionado por Elijah en nuestro encuentro en el bosque. Parecía convencido de que se trataba de una bruja, y su voz —aunque le había sonado distorsionada, como pasaba con la suya al transformarse— le había resultado en parte familiar.

—Me pidió que regresara a casa, y estoy bastante seguro de que es una bruja oscura.

Bueno, eso tampoco era ninguna sorpresa. Elijah había dicho que Alexander debía ayudar al verdugo, así que, en cierto modo, era de esperar que dicho brujo o bruja fuera de los suyos. Lo que no teníamos tan claro era si todo aquello se trataba de una elaborada venganza por parte de Elijah para compensar la condena de tantos brujos oscuros en Salem o bien el antepasado de Alexander continuaba persiguiendo, incluso después de muerto, el poder que tanto había anhelado en vida. Fuera como fuese, el resultado pretendía ser el mismo: el reinado de la oscuridad. Porque si algo parecía claro era que Elijah Ravenswood estaba dispuesto a hacer que la profecía se cumpliera hasta sus últimas consecuencias.

Y pretendía que Alexander contribuyera a ello.

—Es muy probable que Elijah esté detrás del ataque de los demonios —aseguró un momento después. Se llevó la mano al lado izquierdo del pecho y se frotó la zona a través de la tela de la camiseta

—. Hay algo más de lo que no te he hablado. Algo sobre mi linaje.

«Más y más secretos de los Ravenswood», me dije, y me pregunté si alguna vez llegaría a conocerlos del todo.

—La marca —repuse, porque sabía que era allí donde la tenía; justo sobre el corazón.

Alexander asintió. Raven levantó la cabeza y luego se alzó sobre las cuatro patas. El lobo negro y yo aún teníamos una conversación pendiente, pero no creí que fuera el momento para ponerme a discutir con él sobre por qué había dicho que era mi familiar. No tenía sentido alguno; la verdad es que pocas cosas lo tenían últimamente. Pero aquello sin duda era imposible, a no ser que yo fuera una Ravenswood y de algún modo la magia hubiera decidido que, tras perder a Dith, necesitaba que alguien ocupara su lugar.

—La marca de los malditos es el más antiguo y oscuro secreto de los Ravenswood —explicó Alexander, inexpresivo—, uno que mi linaje se ha esforzado mucho por borrar de la memoria colectiva de todos los brujos. También se la conoce como «la marca de Caín».

—¿Caín? ¿El Caín de Abel? —inquirí, y Alexander volvió a asentir con expresión sombría—. ¿Los Ravenswood descienden de Caín?

¡Vaya! Eso sí que era un gran secreto que guardar. Nadie querría ir por ahí diciendo: «¡Ey! ¿Sabes que mi antepasado se cargó a sangre fría a su hermano? Sí, desciendo del primer asesino de la historia conocida». No me extrañaba que hubieran tratado de ocultarlo por todos los medios.

—No, en principio no descendemos de él, pero sí hay muchas similitudes en nuestra historia. Supuestamente, Caín fue condenado a portar la marca para que cualquiera que lo viera fuera conocedor de su delito. Y ¿sabes lo que se decía también de él? Que su castigo debía ser eterno y que, si alguien osaba hacerle daño, sufriría la Ira de Dios.

Me señalé a mí misma.

—¿Yo?

—Eso creo, sí. Pero hay más.

—Cómo no…

Subí los pies a la cama y me acomodé sobre el colchón, con Cam a mi lado. Alexander alternó la mirada entre ambos. Yo arqueé las cejas y le lancé una sonrisita burlona, porque estaba claro que no era capaz

de dejar de provocarlo por muy serio que fuera el tema que estábamos tratando. De verdad que a veces era un poco idiota.

Cam resopló.

—¿Hacéis esta mierda todo el rato?

—No —contestamos Alexander y yo a la vez.

Cam levantó las manos y agitó la cabeza, resignado. Alexander lo ignoró y continuó con la explicación.

—Los gemelos y yo siempre hemos pensado que la marca estaba inactiva, por decirlo de algún modo. Nunca se había manifestado, pero lo hizo en Nueva York, cuando tú —dijo, señalándome, enfurruñado por enésima vez— invocaste todo tu poder y te hiciste la heroína.

—Percibo cierto retintín…

—Sois realmente agotadores —murmuró Cam, frotándose las sienes, pero ninguno de los dos le hicimos caso.

—La cuestión es que la marca viene con algunos… poderes asociados.

Suspiré.

—¿Esto tiene algo que ver con el hecho de que esos demonios te obedecieran?

—La marca concede cierto dominio sobre una serie de criaturas que no son de este mundo.

—Demonios —aclaré yo, porque resultaba bastante obvio.

Bien, ahora todo tenía mucho más sentido. Desde la apariencia de Alexander cuando se transformaba hasta el hecho de que esas cosas ni siquiera hubieran dudado en desaparecer cuando él así se lo había ordenado, pasando por el hecho de que todo el mundo sabía que Elijah había estado jugando con fuerzas oscuras en el pasado.

—Espera. ¿Elijah la tiene? ¿La marca? —Me eché hacia atrás y pegué la espalda contra la pared.

¡Mierda! Si el antepasado de Alexander podía invocar esas cosas y sacarlas del infierno… ¿No era eso una definición bastante exacta de aquello de «desatar una oscuridad como nunca antes se había visto» como decía la profecía? Un infierno en la tierra, uno que consistiera en llenar el mundo de demonios.

—Sí, Elijah fue el último portador antes de que yo naciera, aunque no debería poder emplear su poder porque está muerto. Tal vez sea

por eso por lo que está asesinando a alumnos de Ravenswood. Y de ahí que el verdugo me haya pedido que regrese…

No tenía muy claro cómo había esperado que se cumpliera la profecía ni cuál era la oscuridad de la que hablaba, pero aquello, desde luego, era peor que cualquier cosa que hubiera imaginado. Wardwell había estado en lo cierto al creer que ese mal iba a afectarnos a todos, incluidos los humanos.

Aquello era casi un apocalipsis bíblico, pero sin el «casi».

—Para que seas tú quien los invoque y los dirija —concluí por él.

Alexander no respondió, aunque no fue necesario. Al parecer, no había estado equivocada al pensar que el poder oscuro que ostentaba provenía del mismísimo infierno. No era una posesión, no, era algo mucho peor.

—Pero si yo soy la Ira de Dios —proseguí, a pesar de lo surrealista que sonaba aquella conversación—, ¿cómo encajo en todo esto?

—Tú eres la consecuencia no deseada, Danielle.

—¡Oh, gracias! Tú sí que sabes cómo hacer sentir especial a una chica.

Cam se tragó una risita, pero fue lo bastante inteligente como para no intervenir.

—No, no lo entiendes. Si Elijah piensa que no deberías existir, tiene que ser porque tu poder es lo único que se interpone en la consecución de sus planes; porque tú eres la única que puede mantener el equilibrio que él quiere romper.

¡Por Dios! Me daba vueltas la cabeza. Me miré las manos y pensé en lo que le había hecho a Efrain. Después de que tratara de agarrarme y mi luz lo alcanzara, el Ibis no había sido capaz de realizar ninguna clase de magia oscura. Cam debía de estar pensando en lo mismo, porque dijo:

—¿Crees que Danielle podría quitarle a Elijah el poder de invocar demonios? ¿O quitártelo a ti? En el libro que vimos hablaba de una purificación. Y hace un rato ha demostrado que es más que capaz de eliminar a esas cosas.

Alexander hizo una mueca.

—No estoy seguro. Según el mito, la Ira de Dios fue concebida para evitar que nadie hiciera daño al portador de la marca de Caín. Es

probable que no sea efectivo sobre mí…

Cam se encogió de hombros.

—Podríamos probarlo.

Alexander no se opuso, solo se me quedó mirando como si Cam no acabase de sugerir que tratara de arrancarle algo que, para bien o para mal, era parte de él.

—No. Ni hablar —me negué en rotundo—. Estáis locos si pensáis que… No, no voy a discutir algo así.

Raven lloriqueó desde el lugar que había ocupado en el suelo junto a la cama, y quise creer que estaba de acuerdo conmigo. Si algo había aprendido en estas últimas semanas era que el poder, cualquiera que fuese su origen, solo era malo o bueno según el uso que un brujo hiciera de él. Puede que Alexander portara un poder oscuro y aterrador, pero era su elección cómo emplearlo. Y no sería yo quien se lo arrancase de debajo de la piel.

—Podría ser la forma de acabar con esto de una vez por todas. Sin mi poder, Elijah no podría utilizarme para lo que supuestamente me necesita.

Miré a Alexander de hito en hito.

—¡Podría matarte!

Nos enfrascamos en uno de nuestros épicos duelos de miradas y durante un rato demasiado largo nadie dijo nada. El aire se fue cargando de tensión hasta resultar asfixiante y opresivo, y juro que, de haber sido un poco más violenta, no hubiera dudado en abofetearlo para hacerlo entrar en razón.

Finalmente, Cam se deslizó por encima del colchón y se puso en pie.

—Vale, voy a dejaros discutir esto a solas. —Se dirigió hacia la puerta y Raven fue tras él—. No, tú no vienes, *amigo*.

Pero Raven parecía tener sus propios planes. Se pegó a sus piernas y, cuando Cam abrió la puerta, trató de atravesarla con él. Cam masculló una palabrota.

—Danielle, dile que se quede contigo. No puedo ir por la academia con un lobo pegado a mis talones.

—Díselo tú mismo. No es mi mascota; Raven toma sus propias decisiones.

Cam buscó ayuda en Alexander, pero este se cruzó de brazos y no abrió la boca.

—Chucho estúpido —masculló mi amigo, ganándose un gruñido del lobo.

—Eso no ayuda —señalé yo, pero Cam ya había salido al pasillo, y Raven con él. Me volví hacia Alexander—. ¿Qué pasa entre esos dos?

—No estoy seguro de querer saberlo.

La atmósfera de tensión entre Alexander y yo no mejoró en absoluto cuando la puerta se cerró y nos quedamos a solas. Encogí las piernas contra el pecho y volví a dejar que mi espalda se apoyara contra la pared antes de cerrar los ojos.

—No voy a usarte de conejillo de indias, Alexander —murmuré un rato después—. No me pidas que haga algo así. Tú mejor que nadie deberías saber…

—Lo sé —me interrumpió—. Lo siento, no debería haberlo sugerido.

Incluso con los ojos cerrados, percibí que se movía por la habitación. No se había acercado a mí mientras Cam y Raven habían estado allí; sin embargo, ahora, el colchón se hundió y su aroma lo inundó todo a mi alrededor. No me molesté en levantar los párpados para comprobar qué demonios estaba haciendo. ¡Dios! Estaba tan cansada… Estaban ocurriendo demasiadas cosas a la vez. Yo no había querido ningún poder extraño ni nada de aquello. Y, aunque era consciente de que lloriquear como una cría por ello no iba a cambiar nada, no podía evitar lamentarme. No había detenido el ataque de los Ibis en Nueva York, no detendría tampoco nada de lo que estaba sucediendo y, desde luego, no tenía fortaleza suficiente como para afrontar todos los desafíos que el destino parecía empeñado en lanzarme. Y no me importaba si eso me hacía parecer débil o vulnerable. Tal vez lo fuera. Quizás no era más que una chiquilla asustada y ridícula.

Noté un roce suave sobre la mejilla. Alexander me colocó un mechón tras la oreja y luego sus dedos se demoraron sobre la piel de mi cuello. Odiaba y amaba las sensaciones que sus caricias despertaban en mí, y ni siquiera estaba segura de por qué. En realidad, creo que odiaba que me gustara tanto que me tocara, si es

que eso tenía sentido.

Cuando sus dedos comenzaron a retirarse, mi mano salió volando y se aferró a la suya.

—No, está bien —susurré.

—A veces parece que te… duele cuando te toco.

Su sinceridad me arrancó un suspiro y, solo Dios sabía por qué, decidí que, por una vez, bien podía ser tan honesta como él.

—Solo cuando dejas de hacerlo.

# 36

Mi confesión no hizo más que añadir tensión al ambiente ya de por sí cargado del dormitorio y, durante un instante, Alexander me contempló con una intensidad que resultó aún más abrumadora. Quizás había sido demasiado sincera; quizás él pensaba que estaba loca. Pero, fuera como fuese, no dijo una palabra al respecto. Nos acomodamos en la cama como pudimos, uno frente al otro, sin quitarnos los ojos de encima. Apenas si había distancia entre nuestros cuerpos, lo cual no contribuía en nada a apaciguar el hormigueo continuo que recorría mi piel y mis labios, como tampoco calmaba el latido errático de mi corazón.

Deberíamos haber aprovechado para intentar descansar un poco y, seguramente, Alexander debería haberse marchado a otra habitación para hacerlo, pero no había manera alguna en la que yo le pidiera que se fuese ni me quedase dormida allí con él. Una parte de mí no podía evitar recordar el sueño que Raven me había inducido hacía unas semanas y lo mucho que se parecía a aquella situación.

—¿Crees que soy una Ravenswood? —solté sin más. No podía dejar de pensar en ello.

—¿A qué viene eso?

Suspiré.

—Raven, antes en el vestíbulo, ha dicho que él es ahora mi… familiar.

Busqué en su rostro alguna señal de que sabía de qué estaba hablando. Tal vez Raven le había dicho algo, o quizás solo era una mentira que el lobo negro había empleado como arma para escandalizar al Ibis. Sí que había algunas normas acerca de dañar al familiar de otro brujo, pero no había manera de que él lo fuera de verdad.

—¿Que él es qué?

Bueno, estaba claro que Alexander no sabía nada.

—Eso es lo que ha dicho…

Frunció el ceño y casi pude ver los engranajes de su cerebro girando y girando. Cuando quería, Alexander podía mostrarse muy estoico y no revelar ninguna emoción. Y en ese momento no tenía ni idea de lo que estaba pensando.

—No eres una Ravenswood, Danielle. —Abrí la boca para protestar, pero no me dejó decir palabra—. Eso quedó muy claro desde el momento en que tu poder se reveló. Debería haberlo sabido la noche de nuestra huida de Ravenswood, al ver tus alas y la clase de luz que eres capaz de desprender. No hay modo alguno de que tengas una gota de sangre Ravenswood en tus venas; la maldición está demasiado arraigada en mi linaje como para que ninguno de nuestros miembros pueda ser el portador de una luz tan pura como la tuya. No sé qué fue de Mercy Good, pero, desde luego, tu linaje no proviene de ella. Descendéis de Dorothy Good.

—¿Estás seguro? —inquirí, a pesar de que parecía totalmente convencido.

—A estas alturas, incluso dudo que Sarah Good o el resto de tus antepasados en Salem fuesen brujos oscuros. Quizás eso fue lo que a los Ravenswood les interesaba que creyesen todos. Tal vez el rechazo que sufrió tu linaje no se debió a que cambiaseis de bando, sino a la relación ilícita entre Sarah y Benjamin.

—Pero, entonces, eso significaría que la sangre de Mercy era una mezcla de ambas magias. Una bruja blanca y oscura a la vez, y a Sarah no la habrían condenado por practicar magia oscura… Todo han sido mentiras. Mentiras y más mentiras —murmuré. Resultaba agotador—. Mi padre mató a mi madre.

Hubo un momento de silencio total en el que Alexander pareció quedarse paralizado; creo que incluso yo dejé de respirar. Lo había soltado sin pensar, a pesar de habérmelo guardado hasta ese momento. Por vergüenza. Por miedo. A saber.

—¡Dios, Danielle!

Me rodeó con sus brazos y me apretó contra su pecho. Y entonces empecé a vomitar cada palabra que mi padre me había dicho: las sospechas de mi madre sobre mi hermana y sobre mí; cómo había

empezado a actuar de forma extraña y como él había mandado seguirla; la supuesta locura que había llevado a mi madre a matar a Chloe y querer acabar también conmigo, y la admisión de mi padre de haberla matado a ella a su vez para evitarlo. Todo salió a borbotones. Todo. Y dolió, joder, cómo dolió.

Alexander me mantuvo contra su pecho todo el tiempo, acunándome como a la niña rota que yo sentía que era en ese momento. Porque ¿cómo podría sentirme de otro modo si tenía que admitir que mi madre había querido deshacerse de mí y de mi hermana pequeña y, a cambio, mi padre la había matado a ella? ¿Cómo no iba a doler igualmente que hubiera sido yo la que se hubiese salvado y no Chloe? ¿Y cómo asumir que mi padre no lo hubiera hecho por amor hacia su hija, sino por su propio interés?

—Lo siento. Lo siento tanto, Danielle… —me susurró al oído, mientras me sujetaba con tanta fuerza que parecía estar tratando de mantener todos mis pedazos juntos.

—Bueno, supongo que ambos tenemos familias disfuncionales.

Traté de reírme de mi propia broma, pero la carcajada que escapó de entre mis labios sonó tan hueca y vacía como parecía estarlo yo misma en ese momento. Oculté la cara en su pecho y mis lágrimas no tardaron en comenzar a empaparle la camiseta. Lloré sin poder evitarlo, y los sollozos sacudieron mi cuerpo de pies a cabeza. Y, a pesar de que me estaba rompiendo segundo a segundo, también sentí cierto alivio al confesarlo todo por fin. Respiré el aroma reconfortante de Alexander y dejé que me llenase los pulmones, porque sabía que, si alguien podía entenderme en ese momento, era él. El mismo brujo al que su familia había desterrado de sus vidas y al que su propio padre miraba como si se tratase de un monstruo.

—No, ahora tienes otra familia —afirmó él entonces, con una convicción inamovible—. Nos tienes a nosotros y nosotros te tenemos a ti, nunca lo olvides. Somos tu aquelarre, Danielle, y si Raven dice que es tu familiar es porque de verdad lo es. No sé cómo ni por qué, pero de algún modo… De algún modo, puede que Raven siempre haya estado destinado a ser tu protector. Te quiere —concluyó tras un momento, en un susurro tan tan suave que me puso el vello de punta.

Parecía haber mucho más detrás de esa sencilla afirmación.

—Sabes que eso no es posible. No si no soy una Ravenswood —farfullé, con la cara aún hundida en su pecho, abrumada por su vehemencia.

Sin embargo, a pesar de lo que acababa de decir, pensé en lo que había visto en mi viaje astral; en todos aquellos cordones brillantes que se extendían frente a mí y en cómo había uno de ellos que era tan grueso o más que el que había pertenecido a Dith. ¿Era ese cordón mi conexión con Raven? ¿La prueba de que lo que él me había dicho era verdad? Yo no habría imaginado nunca que la unión existente entre un familiar y su protegido se traducía en algo «físico» y real hasta que Meredith había muerto y la conexión se había roto; hasta que lo había sentido y luego lo había visto con mis propios ojos. Y si eso era lo que su don le permitía ver a Raven todo el tiempo, ¿no sabría él mejor que nadie de qué tipo era nuestra conexión? La magia era la encargada de decidir a quién se le asignaba un brujo maldito, nadie sabía del todo cómo funcionaba, así que tal vez…

—Raven te quiso desde el instante en que te vio, Danielle, puede que tal vez desde antes incluso que eso, cuando supo que visitarías Ravenswood. Y no sé si lo que lo une a ti es o no la misma conexión que un familiar tiene con su protegido, pero si hay alguien capaz de saltarse todas las normas de la magia ese, desde luego, es Raven.

Levanté la mirada hacia su rostro. No había un ápice de rencor o tristeza en sus palabras, nada que indicara que le disgustaba que Raven pudiera estar unido a mí de esa forma a pesar de que era *su* familiar.

—¿No te importaría que fuera así?

Alexander sonrió. Fue una sonrisa suave y muy dulce, una que no creía que me hubiera dedicado antes. Una de la que no le hubiera creído capaz de no estar siendo testigo de ella. Era de nuevo el chico de la terraza de Nueva York, solo ese chico. Y tenía que admitir que tal vez… tal vez pudiera querer a ese chico de una forma que no tenía nada que ver con nuestro destino, la magia, ni ningún poder oscuro o perturbador.

—Es mi familiar, Danielle, pero él no es mío. No me pertenece. Y no podría pensar en nadie mejor que él para protegerte ahora que Dith no está. —Titubeó un momento y sus brazos se tensaron alrededor de

mi espalda; todo su cuerpo se tensó en realidad—. Hay algo más que tienes que saber.

—Si es una mala noticia, casi prefiero esperar a mañana. Estoy demasiado cansada.

Alexander no dijo nada, y resultó evidente que lo que tenía que decirme no iba a resultar agradable. Así que dejé caer la cabeza contra su pecho de nuevo y decidí que no quería saberlo por ahora. Su corazón latía justo bajo mi oreja y su magia parecía estar cantándome de nuevo la misma nana que aquella otra noche, cuando habíamos escapado de Ravenswood y yo también me había roto un poco tras la muerte de Dith. Arrullada por su olor, el calor de su cuerpo, la canción dulce de su magia y su corazón, y por la caricia distraída de sus dedos enredándose en mi pelo, supongo que mi cuerpo se rindió por fin y me quedé dormida.

## Alexander

La puerta se entreabrió, pero no me moví. Danielle llevaba un rato durmiendo y no quería despertarla, y si a Sebastian, que fue quien se asomó al interior, le molestaba o sorprendía lo más mínimo que estuviera en la cama abrazando a Danielle, me importaba una mierda. En realidad, era una suerte que se hubiera quedado dormida sobre mí, porque eso era lo único que impedía que saliera de aquella habitación y fuera a buscar a Nathaniel Good para pedirle algunas explicaciones. O al puto consejo blanco. A quien fuera que pudiera hacer aquella situación más soportable para ella. Si lo que Nathaniel Good le había contado sobre su madre era cierto… ¡Dios! No quería ni pensar lo mucho que eso debía de dolerle.

Pero el Ibis no dijo nada. Solo abrió un poco más la puerta y permitió que Raven entrara en la estancia. Luego, la cerró de nuevo.

—¿Ya te has cansado de perseguir a Hubbard hijo? —le pregunté en voz baja, cuando se irguió y colocó las patas delanteras sobre el borde del colchón. No esperé su respuesta—. Danielle me ha contado lo que dijiste. Que eres su familiar.

Raven apoyó el hocico en la cama y sus ojos brillantes me

observaron con fijeza. Después de un momento, elevó un poco la cabeza y volvió a bajarla.

—Supongo que eso es un sí. ¡Santo cielo, Rav! Ni siquiera entiendo cómo eso es posible, pero… está bien. Estoy seguro de que hay una buena razón para ello.

Empujó mi brazo con el morro, buscando atención. Así que estiré la mano y le rasqué el lateral del cuello. A pesar de que entender a Raven en su forma animal no suponía un problema después de tantos años, era muy distinto de conseguir comprender lo que pasaba por su mente o qué se proponía. Pero la cuestión era que, si él afirmaba que ahora era el familiar de Danielle, estaba seguro de que lo era.

—Sigues siendo mi familia; lo sabes, ¿verdad? Eso nunca va a cambiar. Jamás, no importa lo que pase. —Ronroneó como un gatito, tal vez por mis palabras o quizás porque continuaba rascándole en su lugar favorito, a saber—. Pero, cuando te sientas preparado para ello, me gustaría que me explicaras qué demonios te pasa con Cameron.

Arqueé las cejas cuando el ronroneo se detuvo y fue sustituido por un gruñido bajo. Sentí deseos de reírme, pero no quería despertar a Danielle; necesitaba descansar.

—Está bien, solo cuando estés preparado. Pero es amigo de Danielle, así que tal vez puedas ser un poco más amable con él. No es propio de ti mostrarte tan descortés.

Raven resopló. Por lo visto, no estaba dispuesto a ceder cuando del brujo blanco se trataba. Sin embargo, conocía a Rav lo suficiente como para saber que, lo que fuera que lo llevaba a comportarse de aquella manera con Cameron, terminaría por cambiar de un modo u otro. Y si Wood llevaba razón sobre los motivos…, bueno, aquel iba a ser un cortejo muy difícil de presenciar; sobre todo porque tal vez Cameron no tuviera las mismas preferencias que él, y eso probablemente acabaría con un corazón roto, el de Raven. Sin embargo, tenía que recordarme que no había nada que yo pudiera hacer en ese sentido, por mucho que quisiese protegerlo de cualquier daño o dolor.

—¿Wood está fuera con Dith? —Su suave gruñido me indicó que eso era exactamente lo que pasaba—. Ni siquiera sé cómo decírselo a Danielle. Lo he intentado, pero… va a destrozarla de nuevo.

Rav lloriqueó su acuerdo, aunque todos nos habíamos alegrado de la insistencia de Meredith en permanecer a este lado del velo cuando había aparecido horas antes en Dickinson para avisarnos de lo que estaba ocurriendo en Abbot. Sin ella, no hubiésemos sabido nada del ataque hasta que hubiera sido demasiado tarde.

Me froté la marca a través de la camiseta húmeda aún por las lágrimas de Danielle. Podía sentirla bajo la tela, a pesar de que en ese momento no me ardía ni me molestaba. Sin embargo, ahora que parecía haberse activado, no había forma alguna de que olvidara que estaba allí.

La puta marca de Caín. Otro de los legados de un linaje maldito, oscuro y repleto de secretos. Ojalá la sangre no nos marcara de la forma en la que lo hacía en nuestro mundo.

De todos modos, si era verdad que Raven de alguna manera había conseguido convertirse en el familiar de Danielle, siendo ella una bruja blanca y él un brujo oscuro, quizás había alguna esperanza para el resto de nosotros. Tal vez pudiésemos dejar de ser lo que un apellido o nuestra familia nos imponía, o lo que nuestro poder hacía de nosotros. Quizás pudiésemos ser lo que quisiéramos.

Suspiré.

—Tenemos que acabar con Elijah —le dije a Raven, aunque supuse que él ya habría llegado a la misma conclusión.

Pero mi antepasado no dejaba de ser un fantasma, el rastro de algo que había sido y ya no era. Y, salvo tratar de empujarlo hacia el maldito infierno, no tenía ni idea de cómo podíamos deshacernos de él. Lo que nos dejaba casi como al principio.

Casi.

—Si Danielle es una parte de la profecía y yo soy la otra… Eso solo nos deja al verdugo. —Un empujoncito con el morro por parte de Raven. Me froté la marca otra vez—. Pero ¿cómo detenemos lo que sea que está haciendo? ¿Y por qué me necesita exactamente?

Imaginaba que Elijah me quería al mando de los demonios que estuviera invocando, pero parecía que el verdugo también podía hacerlo y, de todas formas, mi antepasado tendría que poder hacerlo él mismo. Ahora bien, aunque él también poseía la marca y debía poder arruinar el mundo y cubrirlo de oscuridad si se lo proponía,

supuse que era más complicado llevarlo a cabo cuando estabas muerto. De hecho, si todo continuaba como hasta ahora y yo me negaba a regresar, Elijah podría terminar asesinando a todos los alumnos de Ravenswood para conseguirlo. Y no era que no lo creyera capaz de ello, pero supuse que, por muy enfermo y obsesionado que estuviera, incluso él tenía sus propios límites.

Y, sin embargo, tenía que haber algo más, algo que únicamente yo fuera capaz de llevar a cabo; de otro modo Elijah se hubiera valido del verdugo y no me necesitaría a su lado.

—No voy a invocar a ningún demonio ni a… gobernarlos —afirmé, atragantándome con la palabra por todo lo que suponía—. Lo que sea que quiere de mí, no pienso dárselo, Rav. Pero tampoco puedo permitir que Elijah siga sacrificando a brujos inocentes.

Raven retrocedió un poco y se sentó sobre los cuartos traseros. Escruté el limpio azul de su mirada como si pudiera sonsacarle alguna respuesta, algo de lo que hubiera visto gracias a su don y de lo que se negara a hablar.

—No tengo ni puta idea de lo que debería hacer —admití, finalmente.

Pero, al parecer, tampoco él tenía mucho que decir. Solo se acercó y empujó mi brazo con el hocico hasta colocarlo sobre la espalda de Danielle. Cuando lo consiguió, deslizó el morro hasta mi hombro y me dio un par de toquecitos.

«Quédate con ella», parecía querer decirme.

—Siempre.

Lo haría mientras pudiera. Lo haría porque, por una vez en mi vida, había alguien más aparte de los gemelos que no temía mi oscuridad ni me juzgaba por ella; que no sentía una devoción extraña por mí solo por quien era o de donde provenía, como parecía suceder con el resto de la comunidad oscura. Alguien a quien no le importaba una mierda hablarme claro, desafiarme e incluso burlarse de mí. Alguien que veía más allá de mis ojos de distinto color o del poder perturbador que albergaba en mi interior. Alguien para quien no era un monstruo.

Bajé la mirada para contemplar el rostro de Danielle: las largas pestañas, la curva de sus labios, la piel suave de sus mejillas, su

pequeña nariz. Deslicé un dedo a través de su pómulo y me sorprendió la contundencia del pensamiento que siguió a ese gesto…

Volví a mirar a Raven, que no había dejado de observarme.

—La deseo —admití, pero él continuó esperando. Suspiré—. No sé en qué momento ni de qué modo, Rav, pero sucedió. De algún modo… creo que estoy…

Raven me lamió el dorso de la mano y, luego, su lengua quedó colgando por un lateral de la boca. Juro que estaba riéndose de mí y de mi torpeza para expresar lo que sentía con claridad.

—Al final, te has salido con la tuya, ¿verdad? Querías esto —lo reprendí, señalándonos a Danielle y a mí, aunque no había más que un profundo cariño en mi tono—. ¿Crees que ella también…?

Raven ladeó la cabeza y su lengua se descolgó aún más fuera de su boca. Podía haber asentido, si es que sabía de verdad la respuesta a la pregunta que le estaba haciendo. Pero era Raven, así que solo se quedó ahí, mirándome, en apariencia feliz y satisfecho, mientras yo no dejaba de decirme que, en mitad de todo aquel lío, mis sentimientos no deberían tener mucha importancia.

Y, sin embargo, la tenían.

Puede que Raven tuviera razón. Puede que la magia que sustentaba el verdadero amor fuera más fuerte que cualquier hechizo o conjuro que un brujo pudiera realizar. Puede que fuera más potente que la sangre, los apellidos y los linajes. Y puede incluso que, de esa manera extraña en la que el amor transforma a la gente, me convirtiera en algo mejor de lo que era. O de lo que el destino me había creado para ser.

# 37

Aunque ya habíamos compartido cama antes, esa mañana fue la primera en la que me desperté entre los brazos de Alexander Ravenswood. Nos habíamos quedado dormidos totalmente vestidos. Mi cabeza reposaba sobre su hombro, una de mis piernas estaba sobre las suyas y su brazo me rodeaba la cintura. Incluso dormido, me había mantenido apretada con firmeza contra su cuerpo, aunque tampoco era que la cama individual de mi dormitorio en Abbot diera para mucho más.

Elevé la mirada hasta su rostro y me quedé contemplándolo. Su respiración era pausada y regular, pero tras unos pocos minutos se detuvo un instante, y supe que él también estaba despierto.

—Me estás mirando —dijo, aunque no abrió los ojos.

No se movió ni añadió nada más. Tampoco yo lo hice. Solo… lo observé. Tranquilo y sereno. Ni siquiera parecía un brujo oscuro. O tan siquiera un brujo.

—Sigues mirándome —rio esta vez.

No esperó una respuesta. Movió el brazo hacia mi pierna y su mano aterrizó en mi rodilla. Arrastró los dedos sobre mi piel; primero tan solo trazando círculos perezosos, para luego dejarlos ascender lentamente por la parte externa de mi muslo. El vello de la nuca se me erizó.

Resultaba terriblemente obvio que me sentía muy atraída por Alexander, pero continuaba resistiéndome a examinar muy de cerca mis sentimientos hacia él, y me pregunté si no sería porque me daba demasiado miedo lo que pudiese llegar a descubrir.

Sin embargo, cuando me tocaba…

—¿En qué piensas? —le pregunté, para evitar que mi mente se concentrara en el camino que habían emprendido sus dedos.

—En lo perfecto que es este momento y en lo mucho que quiero

besarte —soltó, con los ojos aún cerrados, pero sin el más mínimo titubeo—. En lo mal que está que eso sea lo único en lo que no puedo dejar de pensar todo el maldito tiempo. En la sensación tan jodidamente deliciosa de mis manos sobre tu piel —continuó enumerando, y sus dedos ascendieron un poco más, colándose bajo el dobladillo de la falda de mi uniforme—. En la manera perfecta en la que tu cuerpo se amolda al mío cuando me permites que te abrace y en el increíble sabor de tu boca. Y en que quizás sea la persona más egoísta y horrible que existe en este mundo, porque si la oscuridad llamase a la puerta de este lugar ahora mismo, todavía querría encontrar un segundo para poder besarte de nuevo.

Sus párpados se elevaron por fin y clavó su mirada dispar en mí, con los ojos colmados de un deseo abrasador, los labios entreabiertos y su respiración tan acelerada como la mía. Su mano alcanzó el hueso de mi cadera y no pude evitar estremecerme.

Tomé aire a trompicones.

—Entonces, hazlo.

Se movió tan rápido que tuve que agarrarme a sus hombros para evitar caerme de la cama. Mi espalda cayó contra el colchón, y su cuerpo, sobre el mío. Y atacó mi boca con la desesperación del que cree que este es el último segundo de vida que le queda. Su lengua se coló entre mis labios y se bebió el largo gemido que abandonó mi garganta. Fue feroz y exigente, y tan minucioso que no hubo un rincón que no recorriera. Perdió el control y yo no quise conservar el mío, y me besó durante tanto tiempo y con un ansia tal que todo dejó de importar.

—Me vuelves loco, Danielle Good.

—Y eso es… ¿malo? —repliqué cuando se separó tan solo lo suficiente como para poder mirarme a los ojos.

¡Dios! Era dolorosamente atractivo, de una forma terrible y hermosa. Cualquiera podría acabar perdiendo la cordura mientras contemplaba las líneas duras de su rostro, el tono azul de uno de sus ojos, ahora mucho más oscuro por el deseo, y la negrura absoluta del otro. Su mentón pronunciado. Su maldita sonrisa.

—Es malo de la mejor y de la peor de las maneras —susurró él, y su pulgar trazó la curva de mis labios hinchados por sus besos—,

porque desde el día en el que te conocí no sé qué hacer conmigo mismo cuando estás en la misma habitación. Y empiezo a creer que podría permitir que el mundo entero ardiera si tú me lo pidieses.

Alcé la mano y coloqué la palma contra su mejilla, y él se inclinó en busca de un contacto mayor.

—Nunca me ha importado tan poco lo que soy como ahora, y nunca he necesitado tanto que a otra persona tampoco le importe —agregó tras un momento.

—No me importa. No te tengo miedo, ¿recuerdas?

—Te deseo, Danielle —admitió, con la voz rota—. Te deseo como jamás he deseado nada en toda mi vida.

—Me tienes —repuse yo, porque no había otra cosa que pudiera decir.

Me había tenido desde aquel primer momento en el salón de su casa en Ravenswood, cuando él había pronunciado su nombre completo y yo había levantado la cabeza y lo había descubierto en mitad de las escaleras. Solo que entonces yo no lo sabía.

Metió una de sus rodillas entre mis piernas para separarlas y luego sus caderas estaban ahí, alineadas con las mías de una forma deliciosa y placentera. Su erección presionó contra mi centro y gemí, y él sonrió contra mi boca. Yo empujé hacia arriba la tela de su camiseta y Alexander terminó de sacársela por la cabeza. Luego, sus dedos se apresuraron a desabrocharme la camisa. Le temblaban tanto las manos que, en un arranque, acabó dando un tirón y los botones salieron volando en todas direcciones. Que estuviera tan nervioso me pareció demasiado tierno como para protestar al respecto; aun así, no pude resistirme a bromear:

—Que sepas que no pienso ser yo quien le explique a Hubbard por qué necesito una camisa nueva para el uniforme.

Todo lo que obtuve como respuesta fue una media sonrisa descarada y una lluvia de besos ansiosos a lo largo del cuello y el escote. Sus manos se adentraron entonces bajo las solapas abiertas y me acarició las costillas con la punta de los dedos. Luego, deslizó un brazo bajo mi cuerpo y tiró de mí hasta que mi espalda quedó en el aire, y su otra mano ascendió por el centro de mi estómago, entre mis pechos. La caricia fue muy muy lenta, exquisita, y mi piel respondió

calentándose bajo sus dedos.

—Joder, eres realmente preciosa —aseguró, mientras perseguía el recorrido de su mano con la mirada.

La devoción que desprendió su voz resultó embriagadora. Todo en Alexander lo era.

Me deshice de los restos de mi camisa todo lo rápido que pude, alentada por un sentimiento de urgencia que no quería pararme a descifrar. De algún modo, fue como si sintiésemos que se nos acababa el tiempo y que aquel era el último momento del que disponíamos para ser solo él y yo. No un brujo oscuro y una bruja blanca. No dos opuestos. Solo un chico y una chica. Y ya habíamos esperado demasiado. Habíamos estado jugando a perdernos y encontrarnos, chocando cada vez, bailando en torno al otro. Nos habíamos rozado —alguna vez más que eso— sin permitirnos tocarnos del todo.

Solo en Nueva York habíamos estado a punto de sucumbir. Pero, incluso en esa ocasión, Alexander se había limitado a dar y no había tomado nada a cambio. Y por una vez quería ser yo la que le entregara a él todas las caricias, los toques, los besos que él mismo se había negado hasta ahora. Así que lo empujé de modo que fue su espalda la que acabó contra el colchón. Me subí a horcajadas sobre él y sus manos volaron de inmediato hacia mis caderas.

—No tenemos que… —empezó a decir, pero lo silencié colocando un dedo sobre sus labios.

—Quiero… follarte —concluí tras un leve titubeo, porque emplear otra palabra expondría partes de mí que no estaba preparada para mostrar aún.

Alexander apretó la parte de atrás de la cabeza contra la almohada y cerró los ojos.

—Joder, Danielle.

—Eso también me sirve —repliqué, mientras me permitía por fin trazar las líneas de su pecho y su abdomen.

Me incliné para besar la cicatriz de su hombro derecho y fui descendiendo por su torso hasta alcanzar la que le cruzaba parte del abdomen. Alexander se estremeció y sus ojos se abrieron de nuevo para contemplar cómo, por último, besaba la marca sobre su pecho. No me importaba lo que él creía que significaba esa marca; no me

importaba lo que su linaje esperase de él o en lo que un antepasado loco deseara que se convirtiera por el mero hecho de poseerla. Ahora mismo, no era más que una mancha sobre su piel.

Levanté la vista y nuestras miradas se encontraron a mitad de camino. Volví a rozarle la piel con los labios una vez más y él exhaló un gemido ronco. Sus dedos se clavaron en la carne de mis caderas y me empujó contra su cuerpo, buscando la fricción que tanto necesitaba.

—Danielle —gimió una vez más—. Joder, me estás matando.

Balanceé las caderas y sonreí solo para provocarlo. Se le veía tan… abrumado. Aturdido. Su expresión era puro pecado. Saber que me deseaba de la misma manera cruda en que mi cuerpo anhelaba perderse en el suyo…

Abrí las trabillas de mi falda y la lancé al suelo, y mi sujetador fue detrás. Ni siquiera me sentí cohibida a pesar de que Alexander se quedó observándome fijamente. Sus ojos descendieron por mi cuerpo, deteniéndose aquí y allá, en un lento barrido que fue casi como recibir una caricia de sus manos, las mismas manos que ahora lucían suaves trazos de oscuridad en torno a las muñecas. Cuando me miré las mías, descubrí que estaban brillando.

Eso no nos detuvo.

Alexander me alzó en vilo para salir de debajo de mí y me dejó sentada sobre el colchón mientras se ponía en pie. No apartó la vista de mi rostro ni siquiera cuando tiró del botón de su pantalón y más de esa piel dorada asomó por debajo de la tela. Y yo no podía dejar de mirarlo.

«¡Madre mía, no lleva ropa interior!».

Fue su turno para provocarme con una de sus sonrisitas pecaminosas. Me mordí el labio cuando se inclinó y empezó bajarse los pantalones muy poco a poco. A pesar de lo segura que me había mostrado hasta ese momento, me las arreglé para que se me atascase el aire en la garganta y hacer un ruidito vergonzoso cuando volvió a erguirse del todo frente a mí.

¡Por Dios! Era… magnífico, y *sexy* como el infierno, a pesar de que fuera una comparación horrible en nuestro caso.

—Estás muy desnudo —señalé, con las mejillas, y otras partes

menos visibles, ardiendo—. Muy muy desnudo.

Alexander me miró con una intensidad tal que tuve que apretar los muslos. Con toda esa gloriosa piel dorada y sus músculos expuestos. Sin pudor. Sin nada más que escondiera qué o quién era.

—Y tú no lo suficiente. Así que —dijo, acercándose de nuevo a la cama e inclinándose sobre mi oído— vamos a tener que solucionarlo para que puedas… follarme.

Me agarró de los tobillos y me arrastró de golpe para hacerme caer hacia atrás. Solté un chillido que lo hizo reír, y el sonido oscuro y rico de su risa reverberó en cada rincón de mi cuerpo. Lo observé atentamente mientras se subía al colchón y se situaba entre mis piernas, y puede que terminara de volverme loca del todo al contemplar a Alexander Ravenswood totalmente desnudo y cerniéndose sobre mí.

Enredó los dedos en el elástico de mis bragas, pero no hizo nada para quitármelas.

—¿Puedo?

Asentí con un énfasis vergonzoso, y quizás también lo adoré un poco más por pedir mi permiso incluso después de que fuera yo quien iniciara todo aquello.

Tiró de la cinturilla y me bajó la prenda por los muslos; sus nudillos me rozaban la piel en una caricia lenta y sensual. Cuando por fin estuve tan desnuda como él, sus ojos se deslizaron de nuevo por mi cuerpo. Desde mis tobillos hasta mis rodillas, los muslos y más y más arriba. Al alcanzar mi rostro, el aire escapó de sus pulmones con una brusca maldición…

—Eres… Joder, no creo que haya palabras, Danielle —afirmó, acto seguido.

No esperó una respuesta, y yo no estaba segura de poder dársela. Sus manos recorrieron el mismo camino que había seguido su mirada, y fue dejando besos aquí y allá. Suaves y húmedos y muy cálidos. Ascendió por mi cuerpo probando y lamiendo. Había una devoción intencionada en cada uno de sus movimientos. Anhelo y ansia. Mis nervios vibraban bajo su contacto. Y lo deseaba tanto…

—Ven aquí —le pedí, porque necesitaba sentir su peso sobre mí.

Antes de obedecer, estiró su mano hacia la puerta y recitó en voz

baja un hechizo de cierre, lo cual fue de lo más acertado y algo en lo que yo ni siquiera me había parado a pensar. Y hablando de cosas en las que deberíamos haber pensado… A pesar de que en Abbot se nos proveyese de remedios y hechizos anticonceptivos, no estaba segura de poder realizar ninguno en ese momento y no acabar metiendo la pata.

—Necesitamos condones.

Tanteé a ciegas la mesilla junto a mi cama y abrí el cajón de abajo. Nunca me había alegrado tanto de que en la academia fuesen tan paranoicos con el tema del sexo seguro como para asegurarse de que también dispusiésemos de otros métodos más tradicionales. Sin embargo, fue un poco difícil dar con ellos mientras Alexander se entretenía devorando mi cuello. La parte inferior de su cuerpo descendió en ese momento y…

—Alex —gemí al sentirlo deslizarse totalmente duro contra mi centro.

El muy cabrón se rio contra mi oreja. Comencé a sacar cosas a lo loco del cajón. Por favor, por favor, que estuvieran allí. Continué tanteando sin mucho éxito; me dio un tirón en el brazo y solté un taco. Alexander volvió a reír.

—Tómate tu tiempo —se burló. Metió la mano entre nuestros cuerpos, y entonces fueron sus dedos los que se deslizaron entre mis pliegues—. Joder, estás muy mojada.

No fui capaz de decidir si quería que parase o que no se detuviese nunca. Cada contacto, cada caricia, se sentía demasiado bien. Pero entonces mi mano tropezó por fin con un envoltorio de plástico.

—Lo tengo.

—Mmm… —murmuró, e introdujo un dedo de golpe en mi interior.

Estuve a punto de ahogarme con mi propia saliva.

—Alex, si sigues… —murmuré a trompicones.

—Quiero que te corras primero. No estoy seguro de cuánto voy a aguantar —admitió, un instante después, con tanta sinceridad que me hizo recordar que nunca había estado con nadie.

Era su primera vez y, aun así, lo único que parecía preocuparle era que yo disfrutase. Sinceramente, no tenía muy claro quién se estaba

follando a quién, pero, fuera como fuese, se dedicó a besarme y a beberse mis gemidos mientras continuaba llenándome con sus dedos. Hasta que fue imposible resistirme a la suavidad de sus empujes, su sabor cubriéndome la boca, la manera en la que, al menos en dos ocasiones, se separó un poco para contemplar el movimiento de su mano y cómo mi espalda se arqueaba. Como si no quisiera perderse ni una sola de mis reacciones.

Hasta que caí.

## Alexander

Todo el cuerpo de Danielle temblaba. Y, joder, era preciosa. Una fina capa de sudor cubría su piel y había destellos de luz atrapados en sus muñecas. Sin duda, su expresión al correrse había sido algo… glorioso.

—Necesito un minuto —farfulló, y no pude evitar reírme.

Quizás ahora entendiera un poco mejor el modo en el que Wood había rondado a Dith como un lobo tras su presa cada vez que esta había visitado Ravenswood. Y lo peor de todo era que ni siquiera habíamos *follado* aún. Pero tenía muy claro que podría hacerme adicto al sabor de Danielle. A su aroma. Al tacto de su piel y la forma en la que se estremecía. Probablemente, ya lo fuera.

Abrió los ojos, turbios por el placer, y me miró. Y si no hubiera albergado ya un montón de sentimientos por aquella bruja descarada, *sexy* y bocazas, estoy seguro de que me hubiera dado cuenta entonces de que los tenía. ¡Dios! Era tan jodidamente hermosa que dolía mirarla.

Rompió el envoltorio que había estado sosteniendo todo el tiempo en la mano, se sentó en la cama y ella misma me puso el preservativo. Al primer roce de su mano, encadené unas cuantas maldiciones y, entonces, fue ella la que se rio. No me importó. Joder, no había bromeado un rato antes al decirle que dejaría arder el mundo por ella si me lo pidiese, y desde luego que permitiría que este sucumbiera solo por escucharla reír así todo el tiempo. Tenía una risa increíble.

La agarré de la nuca y me moví con ella hasta que quedamos

tumbados de nuevo.

—¿Estás segura? —le pregunté, para cerciorarme de que quería aquello.

—Eres mucho menos borde cuando estás desnudo.

Apreté la mano que mantenía en torno a su nuca y ella se arqueó contra mi cuerpo, con los labios entreabiertos y las mejillas sonrojadas. Parecía una maldita diosa.

—Puedo ser más borde si quieres.

Enredé los dedos en su pelo, la obligué a ladear la cabeza y le lamí el cuello. Joder, no iba a cansarme jamás de su sabor. Estaba tan duro que sentía que explotaría en cualquier momento, y quería hundirme tan profundamente en ella que no supiéramos dónde empezaba su cuerpo y dónde terminaba el mío. Pero también quería tomarme mi tiempo, y estaba bastante seguro de que, una vez que estuviera dentro de ella, las cosas iban a ir muy muy rápidas.

—¡Ah! Ahí está el brujo gruñón que conozco —bromeó, aunque sabía que solo estaba tratando de hacer todo aquello más fácil para mí.

No había olvidado lo que le había dicho en Ravenswood, que nunca había hecho aquello con nadie. Pero la cuestión era que, ahora mismo, no estaba nervioso en absoluto. La quería. La deseaba tanto… que cualquier espera posible habría merecido la pena por llegar a este momento. Por que fuese ella.

Bajé la cabeza y lamí uno de sus pezones, arrancándole otro de esos deliciosos jadeos, y luego me coloqué entre sus piernas. La miré y ella asintió. Empecé a deslizarme muy poco a poco en su interior. Ambos gemimos.

—Joder. Esta sensación…

Danielle me clavó las uñas en los hombros con fuerza cuando la llené por completo.

—¿Bien? —inquirió, mordiéndose el labio.

—Perfecta.

Rocé nuestras bocas con suavidad. Una caricia leve. Un «Estoy aquí. Te siento. Te veo. Y eres la perfección más absoluta».

No hablamos más durante un rato. Me moví sobre ella y cada embestida fue como rozar el puto cielo con las manos. Ella era el

cielo, joder. Tan húmeda, tan cálida, tan entregada. Su espalda arqueada. La melena extendida sobre la almohada. Los jadeos y su magia resonándome en el pecho y en los huesos. En el alma.

Empujé entre sus piernas y sus caderas salieron a recibirme una y otra y otra vez. La cubrí con mi cuerpo y apoyé mi frente contra la suya.

—Eres perfecta, Danielle —murmuré, contra su boca, tantas veces que la única palabra que no dejó de tener sentido fue su nombre.

Nos movimos uno contra el otro. Ella, tan excitada que apenas podía contener los gemidos o mantener los ojos abiertos; yo, borracho de su sabor y su tacto, de sus caricias y el modo en que la sentía por todas partes. Intenté contenerme. Darle más. Dárselo todo. Hasta que la oscuridad trepó por mis brazos y me alcanzó los hombros, y su luz le abrazó las caderas. Hasta que todo su cuerpo vibró y las paredes de su sexo palpitaron a mi alrededor. Y entonces mi control se esfumó.

—Joder, ángel —gemí, totalmente desatado.

Tomé su rostro entre las manos. Me apropié de su boca y de su aliento y me dejé ir del todo. Me ahogué en ella. Como me había estado ahogando cada puto día desde que la había conocido. Incluso mis sombras se enredaron en luz, al igual que mi cuerpo se había enredado en el suyo. Mi magia, empujando contra la de ella. Y fuimos. No como opuestos, algo que tal vez nunca hubiésemos sido; simplemente, fuimos juntos.

# 38

Los miembros del consejo no se dieron tanta prisa por aparecer en Abbot como hubiese sido de esperar, y eso que según Cameron habían estado entrando y saliendo continuamente de la academia en las últimas semanas. Quise pensar que no tenía nada que ver con la posibilidad de un nuevo ataque, porque si era así y se estaban escondiendo… iban a resultar ser aún peores personas de lo que pensaba.

En un primer momento, se me permitió ausentarme de mis clases, pero eso desembocó en una especie de rebelión estudiantil y Hubbard terminó cancelando cualquier actividad lectiva, lo cual fue una buena idea porque muchos se marcharon a sus casas. Cuanta menos gente hubiera en la academia, menos vidas estarían en riesgo. Pero, incluso así, el director estaba de los nervios, y no podía culparlo. Tener a dos lobos y al heredero del linaje Ravenswood rondando por la escuela podía hacerle eso al temple de cualquier persona. También tuvo que lidiar con Elias Fisk y John Peabody. Los consejeros habían sugerido de forma reiterada que me encerrara en una de las habitaciones de retención y que a Alexander y a sus familiares se los expulsara de inmediato del edificio. Hubbard se negó a ambas cosas. Tuvimos una pequeña reunión con él en su despacho, que ya habían reconstruido valiéndose de algunos hechizos de reparación, y nos hizo saber que contaba con nosotros en caso de nuevos ataques. Esa fue una de las condiciones que nos puso para permitir a los gemelos y a Alexander quedarse allí. Eso, no hacer uso de nuestros poderes —como era obvio— y que los tres Ravenswood se alojaran en el ala de los chicos. Esa última parte despertó algunas burlas entre mis amigos, aunque nadie hizo ningún comentario explícito en voz alta delante de Hubbard ni de otros alumnos. Ya resultaba más que evidente que había estado «confraternizando con el enemigo», y todos sabíamos el castigo que

eso conllevaba, así que no era cuestión de tentar aún más a la suerte.

El último consejero en llegar a Abbot fue Putnam, el abuelo de Annabeth y Gabriel y el más anciano de los cinco. Iba en silla de ruedas y los achaques propios de una edad tan avanzada como la suya se habían apoderado de su cuerpo; mirarlo casi resultaba doloroso.

Habían pasado dos largos días desde el incidente con los demonios y la llegada de Alexander a Abbot y, para entonces, me daba la sensación de que él estaba a punto de salir de allí, cruzar la carretera y enfrentarse a lo que fuera que encontrara en Ravenswood. Se le veía inquieto y preocupado. La verdad era que me parecía admirable que, a pesar de que su linaje le hubiera reportado tantas cosas malas, todavía se sintiera responsable de su legado. Aunque lo entendía, lo entendía a la perfección.

La atmósfera de toda la academia estaba impregnada de una mezcla de expectativas, algo similar al temor y también cierta sensación de inminencia. Como si todos supiésemos que estaba a punto de ocurrir algo, algo muy gordo, solo que no teníamos muy claro el qué. Quizás los demonios atacaran de nuevo o quizás el consejo terminara maldiciéndome. O tal vez decidieran colgarme directamente y acabar con todo aquel lío. Fuera como fuese, no caería sin luchar. Y me daba igual lo que dijeran sobre los brujos oscuros; no tenían ningún derecho a creerse superiores. No cuando ya se había descubierto de todo lo que eran —éramos— capaces.

En ese momento, había cuatro Ibis —uno en cada esquina del comedor— supervisando cada bocado de mis compañeros, algo que jamás había sucedido. Cam, Alexander y yo estábamos sentados en una de las mesas del fondo, las que se extendían junto a los ventanales que daban al jardín trasero de la escuela. Los últimos rayos de sol coloreaban el horizonte, aunque la estrella del alba lucía ya solitaria, a la espera de que otras tantas fueran apareciendo e inundaran un cielo libre de nubes. No había luna esa noche y, por algún motivo, eso casi parecía alguna clase de oscuro presagio.

A pesar de que las clases se habían suspendido durante un tiempo indefinido, los pocos alumnos que no se habían ido a sus casas vestían los colores de Abbot, incluida yo. Pero lo mejor era que Alexander también llevaba uno de nuestros uniformes. Hubbard les había pedido

a los Ravenswood que trataran de no desentonar y, para sorpresa de todos, ellos habían aceptado. Me hubiera encantado poder decirle que le quedaba fatal, pero hubiera sido mentira. El muy idiota lo lucía como si hubiera nacido con él puesto, con una arrogancia innata y esa imperturbabilidad tan suya. Estaba segura de que, a su padre, como mínimo, le habría dado un aneurisma si lo hubiera visto vestido así.

La puerta se abrió y Wood atravesó la entrada como si fuera el dueño y señor del lugar, a lo cual contribuía que él también vistiera nuestro uniforme; si bien, había prescindido de la corbata y la chaqueta y llevaba el faldón de la camisa por fuera del pantalón. Parecía la viva imagen de la dejadez más atractiva, incluso cuando le faltaba parte de esa chispa socarrona y bromista que lo caracterizaba. Igual que me pasaba a mí, la ausencia de Dith continuaría doliéndole durante mucho tiempo, tal vez para siempre.

Al menos dos decenas de ojos siguieron sus movimientos mientras se dirigía hacia nuestra mesa y juraría que oí tantos suspiros como siseos de desprecio. Si me paraba a pensarlo, no creía que ninguno de nosotros fuera realmente consciente de la enormidad que suponía lo que estábamos haciendo. En las últimas semanas, yo me había acostumbrado tanto a estar rodeada de brujos oscuros que no me había parado a pensar en el hecho de que, desde Salem —y salvo en el caso de aquelarres clandestinos como el de Robert—, nunca había habido brujos blancos y oscuros haciendo algo tan banal como compartir una comida, y menos aún en una de las dos academias.

—Las cosas están muy tranquilas ahí fuera —comentó el lobo blanco, derrumbándose en el asiento junto a Alexander—. Demasiado tranquilas.

Paseó la vista de una esquina a otra de la sala para comprobar quiénes eran los Ibis de guardia. Agitó los dedos en un saludo burlón cuando descubrió que Sebastian estaba entre ellos. Wood no se fiaba del todo de él y yo me sentía dividida al respecto, pero supuse que en tiempos extraños surgían alianzas aún más extrañas. Y después de lo que nos había contado sobre su hermano, y sabiendo que no había delatado a Annabeth, quise creer que Sebastian había pasado a ser una de esas raras y desesperadas alianzas.

En cambio, a Efrain no había vuelto a verlo por la academia; o

bien no se había recuperado aún del todo, o bien lo habían enviado a otro lugar. Desde luego, no estaba ejerciendo de escolta de ninguno de los miembros del consejo, porque Putnam había llegado una hora antes y no estaba con él. Ahora, mientras cenábamos, los cinco brujos estaban reunidos junto con los asesores pertenecientes a los linajes más destacados, lo que incluía a Hubbard y, como una incorporación mucho más reciente, a mi padre, algo que no quería ni siquiera pararme a analizar. Apenas había cruzado una mirada con él en el vestíbulo; se había mostrado tan distante como siempre y hubiera sido ridículo que eso me sorprendiera a estas alturas.

Thomas Hubbard nos había sugerido que cenásemos temprano, mientras fuera posible, dado que era probable que en la primera parte de la reunión se discutieran aspectos de la situación que no requerían de nuestra presencia y, por tanto, no seríamos convocados hasta más tarde. Cam dijo que esa era una forma pomposa de decirnos que no pensaban hacer ni caso de ninguna de nuestras sugerencias, porque «sus viejos y tradicionales culos no pueden soportar la idea de que un Ravenswood les diga lo que tienen que hacer o a qué se están enfrentando»; esas fueron sus palabras, y yo estaba bastante de acuerdo con todas y cada una de ellas.

Sinceramente, no podía dejar de pensar en que, a pesar de que lo que estaba sucediendo afectaba a ambas escuelas por igual —al mundo entero, en realidad—, las cosas iban a tener que cambiar mucho para que la profecía no acabara condenándonos a todos.

Sabía que no todos los brujos oscuros deseaban un mundo en el que las sombras y los demonios fuesen todo lo que existiera: Wardwell no lo había querido así, ni Robert o Maggie, tampoco los Ravenswood ni seguramente ninguno de los miembros del aquelarre de Robert. Y tenía que haber más brujos dispuestos a unir fuerzas para combatir el mal que se avecinaba. Pero si los brujos blancos continuaban comportándose como unos esnobs y el padre de Alexander convencía a su consejo de que aquello solo era un plan para vengar la persecución a la que los nuestros los habían sometido durante los últimos siglos…, bueno, estaba claro que el mundo se iba a ir a la mierda más pronto que tarde.

—Deberíamos intentar hablar con Wardwell de nuevo —sugerí,

manteniendo un tono bajo para que no pudieran escucharme los alumnos de las mesas cercanas—, y con el consejo de la comunidad oscura.

Alexander movió la cabeza de un lado a otro, negando.

—No estoy seguro de que nos escuchen. No son mejores que Fisk, Peabody y el resto. La comunidad oscura lleva siglos acumulando rencor y odiando a la blanca por algo que no podemos cambiar. Y mi padre se asegurará de que no olviden cualquiera de las ofensas que se han cometido desde Salem. Su ambición es más peligrosa de lo que lo ha sido nunca, y no creas que Elijah es el único tan ansioso de poder en mi familia como para arriesgar cualquier cosa para conseguirlo.

El día anterior le había hablado de mis sospechas sobre la responsabilidad de su padre en las muertes ocurridas en el bosque semanas atrás y, por desgracia, Alexander había afirmado que su padre sería muy capaz de emplear ese tipo de treta con tal de aumentar el malestar entre ambas escuelas. Según él, había bastantes posibilidades de que fuera partícipe activo de los planes de Elijah. La idea de que los Ravenswood reinaran sobre todo y todos, al parecer, no era un deseo exclusivo de un antepasado enloquecido por la sed de sangre y muerte.

—Nuestra mejor opción es acabar con el verdugo —sentenció Alexander—. Elijah no puede permanecer en el mundo de los vivos el tiempo suficiente como para manejar por sí mismo los demonios que invoca, así que, quienquiera que sea esa bruja, debe tener el poder para hacerlo. Ya la visteis ahí fuera; los demonios atacaron cuando lo ordenó.

Apoyé los codos en la mesa, devanándome los sesos en un intento de atar los cabos sueltos. Alexander poseía la marca y yo era la Ira de Dios —pese a que ese detalle me seguía pareciendo irreal—; aunque, si hacíamos caso a Elijah, no representaba más que un estorbo. Y el encapuchado era el tercer elemento: el verdugo. Pero había cosas que continuaban sin cuadrar.

—Seguimos sin saber a qué se refiere exactamente la parte de la profecía que habla de una unión entre linajes. Por mucho que Mercy pudiera considerarse como esa unión entre linajes en caso de ser una mezcla de bruja blanca y oscura, ¡vivió hace más de tres siglos! ¿Crees

que se trata de una de sus descendientes y que por eso estaba en el libro de genealogías que encontramos en el despacho de Wardwell?

—El símbolo de la triple diosa estaba junto a su nombre y junto a los nuestros, aunque estuviera incompleto, así que podría ser que uno de sus descendientes estuviera implicado en la profecía —terció Alexander.

Sin embargo, Cam esbozó una sonrisita estúpida y nos señaló a Alexander y a mí.

—En realidad, a lo mejor esa «unión» sois vosotros dos, ya sabéis… —comentó, y lo acompañó de un gesto obsceno que implicó su pulgar e índice haciendo un círculo y también el índice de la otra mano.

Me contuve para no arrearle una colleja con todas mis fuerzas por ser tan burro, mientras que Alexander parecía estar tratando de no reírse.

—No creo que se trate de eso —replicó él, aunque no se molestó en disimular la sonrisa—. Y te aseguro que ni Danielle ni yo vamos a sumir el mundo en la oscuridad por voluntad propia.

En ese momento, Theresa hizo un ruidito apreciativo que no tenía ni idea de lo que significaba. Durante los últimos dos días, había pasado algo de tiempo con nosotros a pesar de que el cretino de Jeremiah, su protegido, le había exigido que nos ignorase por completo. «No me puede tratar peor de lo que ya lo hace», había admitido ella, después de desafiarlo por primera vez y acudir a nuestra mesa. Aun así, todavía le costaba un poco participar en nuestras conversaciones.

—¿Theresa? —la animé, y cuando se dio cuenta de que la atención de todos pasaba a ella, se ruborizó.

—Bueno, Raven me ha dicho que ahora es tu familiar. Eso se podría interpretar como una unión entre linajes, ¿no? Una que no creo que se haya dado nunca hasta ahora.

Hubo dos segundos exactos de silencio absoluto en la mesa, y luego todos empezaron a hablar a la vez. Esperaba de verdad que Raven no hubiera ido compartiendo ese detalle con mucha gente, porque eso no iba a ayudarnos demasiado frente al consejo.

—Por cierto, ¿dónde está Raven? —pregunté. Alcé la voz para hacerme oír entre las suposiciones y teorías, pero miré directamente a

Cam.

Raven se había autoproclamado como mi familiar, pero pasaba la mayor parte de su tiempo transformado en lobo y persiguiendo a mi amigo por toda la academia. En los pocos ratos que había optado por su forma humana, normalmente cuando Cam no estaba presente, no había conseguido sacarle una palabra sobre por qué estaba tan apegado al brujo blanco. Lo único que había dicho era que olía bien.

—¡¿Por qué demonios me miras a mí?! —exclamó Cam, indignado.

Hubo risitas a lo largo de la mesa. Yo no había sido la única en darme cuenta de que había hecho un nuevo amigo.

—No sé, ¿por qué te miro a ti, Cam?

Resopló y se cruzó de brazos. Cameron no era de los que se sonrojaban con facilidad; sin embargo, sus orejas no mentían, y se le habían puesto de un rojo furioso.

—No sé dónde está, y tampoco me importa.

La tensión del ambiente, aunque no desapareció del todo, se relajó un poco. Bromear parecía más fácil que tratar de comprender una profecía que Loretta Hubbard había vaticinado hacía más de dieciocho años y, lo que era seguro, mucho menos inquietante que pensar en lo que decidiría el consejo blanco. Yo nunca había sido paciente, y sentarnos allí a esperar a que nos convocasen resultaba una tortura. Pero al menos tenía alrededor a gente a la que realmente le importaba lo que me sucediese, y eso hacía las cosas un poco más fáciles. Por una vez sentía que pertenecía a un lugar y, lo que era más importante, que deseaba pertenecer a él.

—Te aseguro que Rav no tiene malas intenciones —le dijo Alexander a un Cam enfurruñado—. Siento si te ha estado molestando.

Me incliné de lado para acercarme a Cam y susurrarle:

—¿Te gusta Raven? —Me miró completamente horrorizado, o tal vez fingiendo estarlo, porque sus orejas estaban cada vez más rojas—. ¡Ay, Dios! Sí que te gusta.

—No, claro que no. Es molesto, joder, me sigue a todas partes.

Alguien se acercó a nosotros desde el otro lado de la mesa.

—Te encanta que te persiga. —Alcé la cabeza y me encontré con Raven, un Raven humano y muy sonriente, y un poco pagado de sí mismo quizás—. Además, hueles bien, aunque tu cuarto realmente

apesta. Necesitas limpiar un poco.

Rodeó la mesa para venir hasta mí y me dio un beso en la sien a modo de saludo.

—Es bueno verte sobre dos piernas —le dije, y él me sonrió.

Luego se volvió hacia Cam y le sonrió aún más. Cam le hizo una peineta, y Raven se la devolvió por duplicado. Busqué a Alexander con la mirada para comprobar su reacción: estaba cruzado de brazos contemplando la escena y aparentemente divertido. A pesar de haber vivido como un ermitaño durante tantos años, llevaba bastante bien lo de pasar el rato rodeado de gente y relacionarse con otros brujos. Había cambiado mucho desde el día en el que nos habíamos conocido.

Raven tomó una silla de otra mesa, la arrastró y la embutió entre la mía y la de Cam, a pesar de las protestas de este último.

—¡Dios! —lo oí farfullar por lo bajo.

—No paras de quejarte por todo —replicó Raven mirándolo fijamente.

—No me quejaría si dejaras de… meterte en mi espacio personal.

Toda la mesa estaba pendiente de su discusión, solo nos faltaba sacar las palomitas. Hasta Wood se mostraba interesado.

—¿Te refieres a este espacio? —inquirió Rav, inclinándose sobre él de modo que sus caras quedaron a apenas unos pocos centímetros.

—Exacto —replicó Cam entre dientes.

Colocó una mano sobre su pecho y lo empujó, y Raven cedió por fin y se retiró. Aun así, pasaron el resto de la cena lanzándose pullas y metiéndose el uno con el otro de las formas más ridículas posibles. Era como ver a dos críos que no supieran cómo decirse que se gustaban dar vueltas el uno en torno al otro, y observarlos interactuar resultaba tan conmovedor como exasperante.

Para cuando terminamos, el consejo no había dado señales de vida. Theresa se marchó con Jeremiah y Wood desapareció para una de sus rondas habituales y no me pregunté por qué siempre era él quien se encargaba de comprobar los alrededores.

Alexander, Cam, Raven y yo nos dirigimos a la sala de descanso que había en la zona donde confluían las dos alas de dormitorios. Esperaríamos allí hasta que nos llamasen. No habíamos hablado de ello, pero estaba bastante segura de que, si al consejo se le ocurría

tratar de retenerme, o algo peor, las cosas no acabarían demasiado bien aquella noche para ninguno de ellos. Yo lo único que quería a esas alturas era que comprendieran la gravedad de lo que estaba sucediendo y accedieran a ponerse en contacto con Wardwell y sus homólogos del consejo oscuro en busca de una posible colaboración. Visto lo visto, eso era una verdadera utopía en realidad, y por el estado de inquietud creciente de Alexander, me daba la impresión de que aquella era la única oportunidad que les daría de hacer lo correcto antes de tomar las cosas en sus propias manos.

—¿Estás bien? —pregunté mientras avanzábamos por uno de los pasillos centrales del edificio.

Cam y Raven caminaban por detrás de nosotros y continuaban enzarzados en uno de sus interminables rifirrafes, por lo que no nos estaban prestando atención.

—Estamos perdiendo el tiempo.

—Puede, pero ¿y si hay más ataques? Necesitamos al consejo de nuestro lado, aunque solo sea para que adviertan a todos los linajes de brujos de lo que está pasando y de lo que podría pasar. Tenemos que convencerlos de que es necesaria una tregua entre ambos bandos, porque si siguen insistiendo en que todo se reduce a brujos oscuros contra brujos blancos… las cosas no van a acabar bien. Tal vez ese sea el plan maestro de Elijah, azuzar el odio existente entre nosotros hasta que acabemos matándonos unos a otros.

—¿Y sobre quién iba a reinar entonces? ¿Quién quedaría para someterse a él y a su poder oscuro? —terció Alexander, deteniéndose en mitad del pasillo para poder mirarme a la cara.

—Los humanos, ¿quién si no?

# 39

Cuando llegamos, encontramos la sala de descanso vacía y sumida en una agradable penumbra. Con el consejo en pleno en Abbot y la mansión llena de Ibis, los pocos alumnos que quedaban en la academia debían de estar decididos a mantenerse fuera del camino de ambos. Pasado un rato, Cam se ofreció para averiguar si había alguna novedad y se marchó de vuelta a la planta baja; Raven solo tardó medio minuto en seguirlo.

Aquella estancia era de las pocas que contaba con algo de personalidad, quizás porque pertenecía a los alumnos y, durante años, habíamos sido nosotros los encargados de colocar algunos detalles aquí y allá para hacerla algo más confortable. Había sofás y butacas repartidos en varias zonas. De las paredes colgaban algunos pósteres y fotos de estudiantes; ninguna oficial, más bien se trataba de una variada colección de *selfies* e imágenes en ocasiones un poco ridículas. También había cómics y novelas de ficción que no tenían cabida en la biblioteca formal y «seria» de Abbot. Una neverita con refrescos y chucherías. Un par de chaquetas de uniforme olvidadas, unas doscientas corbatas, una mochila tirada por el suelo, apuntes. Un rincón despejado de muebles y un poco más oscuro en el que se solían practicar hechizos cuando el aburrimiento se apoderaba de nosotros… O en donde se acurrucaban algunas parejas para evitar ser molestadas.

Mientras yo contemplaba el exterior a través de una de las ventanas, Alexander se había sentado en un sofá, observándolo todo. Parecía dispuesto a absorber cada detalle de la habitación, como si las paredes pudieran hablarle de las charlas insustanciales o las tardes de ocio que habían tenido lugar allí. Tendía a olvidarme de lo nuevo que debía de resultar cada paso que daba para él, cada sitio que descubría o cada persona a la que conocía.

Exhaló un suspiro y su cabeza cayó hacia atrás. Cerró los ojos, tal

vez abrumado, o quizás sopesando una vez más cómo conseguir evitar algo que aún no había llegado a suceder. Un mechón rubio resbaló por su frente, pero no se molestó en retirarlo. Simplemente se quedó allí sentado, inmóvil, respirando de forma pausada mientras la melodía suave y baja de su magia se extendía por toda la sala y llegaba hasta mí. Me pregunté si se podía extrañar lo que nunca se había conocido, y si Alexander echaba de menos algo tan sencillo como pasar una tarde tirado en un sofá similar al que ocupaba y charlando con personas a las que no estaba unido por un vínculo mágico y maldito.

Caminé por la estancia hasta llegar a él y me detuve entre sus piernas abiertas. No lo toqué, pero estaba segura de que sabía exactamente lo cerca que estaba.

—¡Ey! —dije, solo para llamar su atención.

No abrió los ojos, pero su mano voló hasta la parte de detrás de mi rodilla y comenzó a deslizar los dedos arriba y abajo con suavidad. Después de lo sucedido entre nosotros, parecía no poder mantener las manos apartadas de mí. Y tenía que admitir que me gustaba que fuera así, que se permitiera tocarme siempre que lo deseara.

Sus párpados se elevaron perezosos y, un segundo después, su mano empujó de tal modo que caí sobre su regazo.

—No podemos enrollarnos aquí.

—¿Ah, no? —inquirió. Arqueé las cejas y me permití por fin apartar el mechón rebelde de su frente. Él respondió rodeándome con los brazos y apoyando la barbilla sobre mi hombro. La escena fue tan… doméstica que sentí deseos de reír—. ¿Qué tal llevas la espera?

Suspiré. Era una pregunta sencilla, pero no tenía una respuesta simple para darle. Estaba preocupada, aunque en realidad no era por lo que pudiera decir el consejo respecto a mi excursión a Ravenswood o mi relación con brujos oscuros. Todo en lo que podía pensar en ese momento era en el modo en el que el verdugo se había quedado plantado allí, a medio camino entre ambas academias, y había estirado la mano hacia Alexander. Como si estuviese reclamándolo; como si fuera inevitable que lo acompañase. Y como si no importase lo que hiciésemos porque todo acabaría por encajar según sus planes.

—Te quieren en su bando —repliqué, y no tuve que especificar a qué me refería.

—Ya no hay bandos, Danielle, eso es lo que nadie termina de entender. No debería haberlos habido nunca. Lo único que debería contar son nuestras propias decisiones y cómo empleamos nuestro poder. Y yo nunca emplearía el mío para hacerle daño a nadie a no ser que tuviera que defender a alguno de mis seres queridos. —Hizo una breve pausa que yo aproveché para contemplar su rostro estoico. Solo contaba veinte años, pero en ese instante sonaba como su tuviera muchos más—. Pero estaremos bien.

La puerta se abrió y entró un grupito de cinco o seis alumnos, todos de apenas doce o trece años. En cuanto el brujo que iba delante se percató de nuestra presencia, se detuvo de inmediato. Los demás prácticamente lo arrollaron y la animada charla que mantenían murió de golpe. Los brazos de Alexander se cerraron en torno a mi cintura; ni siquiera trató de disimular ni apartarse de mí. De todas formas, la mitad del alumnado me había visto saltar sobre él después del ataque y había un montón de rumores corriendo por los pasillos. Supuse que era tarde para que tratásemos de escondernos.

—Íbamos a… —murmuró uno de los chicos, y señaló el rincón de la sala que solía usarse para realizar hechizos sin la supervisión constante de los profesores, pero no completó la frase.

Les hice un gesto con la mano. Quizás, si normalizábamos todo aquello, entendieran que no había nada de malo en que brujos oscuros y blancos se relacionaran entre sí. Tal vez todo lo que necesitaban era un ejemplo a seguir que no fueran esos brujos rancios del consejo.

—Adelante.

El mismo chico que había hablado —creí recordar que se llamaba Johan y era miembro del linaje Lewis— asintió, aunque todos permanecieron aún un momento más allí plantados, observándonos con los ojos como platos y expresiones que iban desde la perplejidad a la simple curiosidad. La mayoría de los alumnos que se habían quedado en Abbot, o bien pertenecían a linajes menores, cuyas familias no podían llevárselos de vuelta a casa por diferentes motivos, o bien eran huérfanos y la academia era su hogar, como lo había sido para mí.

Al final, reaccionaron y se dirigieron al rincón. Se desperdigaron por la zona, algunos sentados en el suelo y otros de pie. Johan y una

bruja con el pelo castaño y muy corto, la más pequeña de todos, arrastraron una de las macetas que había junto a la ventana. Johan empezó a susurrarle alguna clase de indicaciones, aunque no pude oírlas bien desde donde estaba.

—¿Vienen aquí a practicar? —me interrogó Alexander.

Me hizo resbalar por sus piernas y acabé sentada a su lado; no creí que fuera por timidez o decoro, más bien parecía realmente interesado en los recién llegados.

—Sí. ¿Está bien para ti?

Había dicho que la magia de los brujos blancos era diferente —aunque no había especificado en qué sentido—, y no quería que forzara más su control cuando podíamos marcharnos a otro lugar.

Alexander apartó la vista de ellos y me dedicó una pequeña sonrisa. Luego, deslizó los dedos por un mechón de mi pelo y lo enredó en torno a su índice.

—Estás muy mona cuando te preocupas por mí. Por fin sé lo que se siente.

Le di un empujón en el hombro y él se echó a reír. El sonido atrajo más miraditas de reojo por parte de los chicos. Pobrecillos, debían de estar alucinando.

—Eres realmente imbécil. A niveles que no puedo ni empezar a describir —repuse, y él tan solo continuó sonriendo, tremendamente orgulloso de sí mimo.

—En realidad, te encanta que sea un imbécil —dijo, y luego añadió —: Está bien. Puedo controlarlo, se hace más fácil cada vez.

Los brujos actuaron con cierta indecisión, posiblemente porque eran muy conscientes de que los estábamos mirando, pero después de un rato comenzaron a animarse y se olvidaron de nuestra presencia. Quedó claro que Johan trataba de ayudar a la chica más joven con su elemento: tierra. Ella intentaba seguir sus instrucciones, pero, la única vez que consiguió que un nuevo tallo brotara de la tierra, este apenas tenía unos pocos centímetros de alto y se marchitó enseguida.

Alexander movió la cabeza de un lado a otro, negando, aunque no dijo nada. Sin embargo, cuando la frustración de la bruja resultó evidente, se levantó y se dirigió hacia el grupo. Todos volvieron a enmudecer de repente, pero él fingió que no se percataba de nada,

tampoco de que dos de ellos se retiraban un poco. Se colocó junto a la chica y yo me planteé si acercarme también para que no se sintieran tan intimidados, porque era evidente que lo estaban, pero decidí esperar a descubrir qué pretendía Alexander.

—¿Cómo te llamas?

—Ava —dijo la bruja, con una vocecita infantil que hablaba de lo joven que era.

—Muy bien, Ava. Tienes que dejar de desearlo y simplemente hacerlo. La magia sale de aquí —se señaló el pecho y luego la sien—, no de aquí. Lo estás pensando demasiado. Puedes apoyarte en un hechizo las primeras veces, pero en realidad no lo necesitas. Siéntelo como algo que es parte de ti, como tu propia mano, y luego solo deja que fluya. Así.

La chica contempló el modo en el que Alexander tan solo volvió la palma de la mano hacia la maceta y apenas décimas de segundos después un nuevo tallo comenzó a crecer junto al anterior. De él brotaron pequeños tallos laterales, hojas y luego, finalmente, un capullo minúsculo se abrió y dio lugar a una pequeña flor blanca.

Para entonces yo ya estaba sentada en el borde del sofá, un poco maravillada por la suavidad, la delicadeza e incluso el cariño con los que había hablado a la bruja; casi como si fuera una hermana pequeña a la que tratara de ayudar a dar sus primeros pasos con la magia. Y que tuviera esa deferencia con alguien que no conocía de nada y que, además, era una bruja blanca, me encogió un poco el corazón.

Nadie se había molestado en actuar así con Alexander siendo un niño y, sin embargo, ahí estaba él, paciente y dedicado. Me había equivocado tanto con él…

La chica hizo un nuevo intento. Al principio, no pasó nada. Pero Alexander le susurró un «Tranquila, respira y solo déjalo salir», y enseguida un brote verde asomó a través de la tierra. El tallo se elevó al menos treinta centímetros en el aire y comenzó a dar hojas de un verde fresco y perfecto. Todos los chicos rodearon a la bruja y aplaudieron, felicitándola.

Alexander no esperó ningún agradecimiento. Giró sobre sí mismo y, mientras regresaba conmigo, con la sombra de una sonrisa enternecedora en los labios, me dije que no me importaba lo que

dijera el consejo blanco o el oscuro, lo que nadie dijese de él. Puede que Luke Alexander Ravenswood albergara en su interior una oscuridad capaz de arrasar el mundo y que portara la marca de los malditos, y puede que existiera una profecía que le auguraba un destino funesto y terrible, pero él era bueno. Elegiría ser bueno. Y si cometía un error, no sería por el mal que muchos le adjudicaban, ni por ser un Ravenswood, sino porque era… «humano».

Cuando se dejó caer a mi lado, empujé hacia abajo el nudo que se me había formado en la garganta y fingí no estar emocionada como una cría por lo que acababa de hacer.

—¿Vas a explicarme lo que tienes con las flores blancas? —pregunté, porque aquella campanilla era idéntica a las que había invocado para mí en Nueva York.

Ava pareció darse cuenta entonces de que Alexander había desaparecido de su lado. Miró en nuestra dirección por encima del hombro y, con las mejillas encendidas y los ojos repletos de adoración, le brindó a Alexander un leve asentimiento de cabeza.

Él se lo devolvió y luego trasladó su atención a mí.

—Creo que no. Me lo voy a guardar para mí —dijo, pero, acto seguido, me mostró la palma de la mano.

Allí, minúscula y solitaria, había otra de esas preciosas florecillas. La tomé entre los dedos.

—Gracias, Alexander Ravenswood.

Imitó el gesto que le había dedicado Ava y contestó:

—Un placer, Danielle Good.

Nos quedamos en la sala un poco más, observando los torpes intentos de todos aquellos chiquillos. Sin hablar y casi sin tocarnos, de no ser por el muslo que él apretaba a ratos contra el mío. Y albergando, en un silencio cómodo y cómplice, la esperanza de que el futuro de esa nueva generación de brujos jóvenes fuera distinto de la realidad que nos había tocado vivir a nosotros.

Al cabo de un rato, decidimos ir a beber algo al comedor y, cuando íbamos a abandonar la sala de descanso, nos encontramos en el pasillo a Raven en su forma animal y a Sebastian y Cam con expresiones tan graves que no necesitaron decirnos qué hacían allí. La espera había llegado a su fin.

# 40

A pesar de lo tarde que era, no solo se habían reunido los cinco miembros del consejo, sus respectivos Ibis y los asesores. Al parecer, todo alumno y profesor que aún estuviera en la academia había sido llamado a presenciar lo que, probablemente, se convertiría en un juicio público; un juicio donde yo era la procesada. Tal vez hubiera subestimado la necesidad que tenían nuestros líderes de proporcionarme un escarmiento.

Antes de acceder a la sala, Hubbard me agarró del brazo y me apartó a un lado.

—Escucha, Danielle. Quiero que niegues haber estado en Ravenswood. —Le lanzó una rápida mirada a Alexander, a pocos metros de nosotros. Wood había atravesado las puertas de entrada un momento antes y estaba allí con Cam, Raven y Sebastian—. Y que no hables de tu relación con ellos.

—Sabrán que miento, todos me han visto con Alex. Con Alexander, quiero decir. Muy juntos —aclaré, porque comentarle al director de Abbot que nos estábamos enrollando era un poco violento incluso para mí.

Desde luego, tampoco iba a contarle que pensaba cada vez más en Alexander Ravenswood simplemente como Alex. Ese chico que me había consolado en la terraza en Nueva York. El mismo con el que había hecho el amor al despertar, por mucho que me hubiera empeñado en que solo estábamos *follando*. Una parte de mí sabía que mis sentimientos por él eran mucho más profundos de lo que quería admitir, y esa misma parte estaba aterrorizada por todo lo que ello suponía.

—Mejor que te acusen de mentir que de violar las normas de la academia.

Me eché a reír. Agradecía que estuviera preocupado por mí, y

estaba bastante segura de que Hubbard tenía que estar un poco harto de mis salidas de tono, pero todo aquello era tan surrealista que no pude evitarlo.

—No te van a maldecir, no son tan tontos —prosiguió susurrándome en voz baja—. Tu padre ha sabido convencerlos de que tu poder puede serles realmente útil.

Apreté los dientes y me obligué a mantener la ira a raya. Sabía que la insistencia de mi padre se debía puramente a un interés ajeno al hecho de que yo fuera su hija; sin embargo, al menos esta vez jugaba en mi favor. Me dije que no se merecía mi dolor o tristeza. Yo ya tenía mi propia familia y, desde luego, Nathaniel Good no era parte de ella.

—No voy a renegar de los Ravenswood. Ellos son mi aquelarre ahora, le guste al consejo o no. Y seguramente también sean lo único que se interpondrá en un futuro no muy lejano entre el infierno y todos nosotros. Si quieren exiliarme —me encogí de hombros— que lo hagan.

Hubbard se frotó las sienes. Estaba despeinado, tenía la ropa arrugada y aspecto de no haber dormido demasiado en los últimos días. Cam nos había contado que se había pasado todo este tiempo llamando una a una a las principales familias de brujos blancos y a todo aquelarre con el que mantuviera una relación cordial para pedirles apoyo. El director de Abbot podía ser muchas cosas, pero no era un estúpido y no había ignorado ninguna de nuestras advertencias. Si los ataques se repetían, al menos quería saber con quién podía contar. Yo había visto el terror en sus ojos cuando habían atacado la academia, había visto el miedo a que le pasara algo a Cam o a cualquiera de sus alumnos. Podría haberse largado de allí con su familia, pero no abandonaría su puesto ni a los brujos que carecían de otro lugar para refugiarse. Y, de todas formas, dudaba que nadie pudiese esconderse de lo que estaba sucediendo en nuestro mundo.

—No mencionaré a Cam ni nada de su visita a la casa de Loretta —agregué para tranquilizarlo—, pero…

Inhaló con fuerza, sabiendo que no cambiaría de opinión.

—Está bien. Te protegeré todo lo que pueda.

—No se torture. Sinceramente, lo que yo haga o con quien esté no debería preocuparles en absoluto.

—Lo sé. Cameron me contó todo lo que dijo la tía Letty, y puede que muchos crean que la mujer había perdido la cordura hace tiempo, pero yo no soy de esos. Si dijo que la oscuridad estaba aquí, lo está.

Los demás estudiantes terminaron de acceder a la sala, incluido Johan, Ava y su pequeño grupito. Me fijé en que Johan llevaba a la chiquilla de la mano, y me pregunté si, al carecer de familia, aquellos chicos terminarían formando también su propio aquelarre. Ojalá se protegieran los unos a los otros; no había nada peor que no tener a nadie que te respaldara y que velara por ti.

—La casa de mi abuela Florence es muy grande y está vacía —le dije a Hubbard—, podría enviar a los más pequeños allí. Tal vez con un Ibis, solo por si acaso —sugerí. No quería que ninguno de ellos terminara herido y ya había quedado claro que no tenían conocimientos para manejar su magia si las cosas se ponían feas—. Mi padre no puede negarse, es parte de la herencia de los Good y, como tal, me pertenece.

Hubbard asintió.

—Tal vez sea una buena idea. Trataré de organizar un traslado lo más pronto posible. Gracias, Danielle.

—No hay de qué.

Me cedió el paso y fui directa hacia la puerta. Sin embargo, en cuanto la atravesé, Raven ya estaba junto a mí, apretado contra mis piernas; Alex se colocó al otro lado y sus dedos se deslizaron entre los míos. Cam no dudó en situarse junto a Raven y Wood lo hizo al lado de Alexander. Hubbard y Sebastian entraron detrás. Y…

Todas las jodidas cabezas de la sala se volvieron hacia nosotros.

En la tarima elevada del fondo, casi como reyes en sus tronos, estaban los consejeros: Elias Fisk, John Peabody, Carla Winthrop —la única mujer del consejo—, Samuel Richards y Adrien Putnam; un poco por detrás se encontraban los asesores, un par de profesores entre ellos, y también mi padre. Solo había un sitio libre, el de Thomas Hubbard, que no parecía tener mucha prisa por ocuparlo. Y abajo, desperdigados por las sillas que llenaban la estancia, los alumnos y el resto de los profesores. La primera fila, vacía, supuse que estaba destinada especialmente para mí.

—Esto es ridículo —dijo Alex, malhumorado.

No se molestó en bajar la voz y, por la expresión de desprecio de cuatro de los cinco consejeros, supe que lo habían oído. Putnam fue el único que no reaccionó, claro que igual lo había hecho y no había sido apreciable; su rostro era un mapa de arrugas demasiado envejecido como para saberlo. O quizás, simplemente, no hubiera escuchado el comentario.

Fisk se puso en pie y señaló en nuestra dirección. ¡Dios! A ese tipo le encantaba señalar.

—Ellos no pueden estar aquí.

Casi pude ver a su antepasado haciendo algo similar siglos atrás. ¿Así había sido en Salem? ¿Brujos cegados por sus intereses y sus costumbres acusando a otros brujos?

—Creía que ya habíamos hablado de eso —replicó Alex, en un tono bajo y muy suave que resultó mucho más amenazante que cualquier grito exigente—. Puedo, y si alguno de ustedes intenta impedírmelo, le aseguro que los demonios van a ser la menor de sus preocupaciones.

—Esto es… es… —balbuceó el hombre, pero Alex no había terminado aún.

—Reduciré esta academia a cenizas si se les ocurre hacer el menor movimiento en contra de alguno de los míos. Y esta no es una advertencia que pretenda pronunciar dos veces.

No necesitó especificar que yo era uno de los suyos, lo cual despertó una inesperada calidez en mi pecho y también levantó una breve oleada de susurros entre los alumnos y los asesores; todos murmuraron unos con otros sin ningún tipo de disimulo.

Cam se inclinó hacia mí.

—Espero que no lo diga en serio. Morir quemado es horrible —bromeó, aunque su nerviosismo era evidente.

Quise decirle que era muy probable que Alex estuviera incluyéndolo también a él al decir «los suyos». No solo porque era mi amigo y de los pocos que estaban de nuestro lado, sino porque jamás haría nada que pudiera provocarle ningún daño a Raven. No importaba que ninguno supiésemos exactamente qué interés tenía el lobo negro en él, Alex lo protegería de cualquiera de las maneras. Así que Cam estaba metido en aquello hasta las cejas, le gustase o no.

—Consejeros, empecemos de una vez —intervino Hubbard.

Nos hizo avanzar por el pasillo hasta la parte delantera y, aunque tenía un asiento detrás de los consejeros, el director permaneció de pie a un lado de la sala, como también lo hizo Sebastian. Supuse que Hubbard pretendía hacer de abogado del diablo —nunca mejor dicho—, teniendo en cuenta que mi padre parecía muy cómodo en su nuevo asiento.

Alexander se sentó junto a mí y Raven lo hizo a mis pies; el resto ocupó las demás sillas de la primera fila.

—Danielle Good, miembro del linaje Good, descendiente de Nathaniel y Beatrice Good —enumeró Peabody, cuando ninguno de los demás hizo nada por tomar la palabra—, tal vez quiera empezar por contarnos dónde y cómo ha pasado las últimas semanas…

Resoplé. En el fondo, había sabido lo que me preguntarían, pero era desesperante comprobar que estaban tan apegados a sus costumbres obsoletas que preferían sentarse allí a escuchar lo que una bruja de dieciocho años había estado haciendo que tratar de adelantarse a un más que posible fin del mundo. O, como mínimo, hablar sobre los demonios que habían atacado la academia unos días antes.

—… nos vimos obligados a enviar una partida de rescate a Ravenswood por culpa de su comportamiento irresponsable y temerario…

Me puse en pie.

—¿Saben qué? Sí, he pasado un mes en Ravenswood conviviendo con brujos oscuros. Ellos —señalé a Alexander y a los gemelos—. Y ¿saben qué más? Ahora son mi aquelarre. Nos protegemos y nos debemos lealtad de un modo que ustedes jamás podrán comprender. Pero eso ni siquiera importa. Nada de esto importa lo más mínimo —continué, porque había tomado carrerilla y, si los diversos gestos de desagrado de mis jueces eran una señal, iban a prohibirme que continuara hablando en cuanto lograran reaccionar—. Hay una profecía y se está cumpliendo. Hay brujos oscuros malvados, sí, pero también los hay que quieren ayudar. Y si consiguieran dejar de pensar en «ellos» y «nosotros» como enemigos por una vez, tal vez tendríamos una oportunidad de salir de esta.

—¡Señorita Good! —me atajó Peabody.

—No sabe lo que está diciendo —se apresuró a comentar mi padre, lívido. Lo de que tuviera mi propio aquelarre seguro que no entraba en sus planes—. Danielle es una Good, y forma parte de nuestra familia.

Aquel hombre se merecía todo el odio que pudiera albergar contra él. Que él precisamente hablara de familia, eso sí que era una blasfemia. Sin embargo, todo lo que podía sentir en ese momento era pena. Pena y una tristeza infinita por un tipo que no anhelaba nada salvo una posición de mierda en un consejo de mierda. Puede que la ausencia de Dith hubiera dejado un hueco en mi pecho, pero era él quien estaba vacío por dentro. Vacío y podrido.

—Soy una Good, pero los Ravenswood son mi aquelarre ahora.

Mi padre abrió la boca para replicar, pero Raven emitió un gruñido que reverberó por toda la sala y acalló cualquier cosa que fuese a decir él o cualquier otra persona. Incluso los murmullos del alumnado se apagaron.

—Deberían centrarse en ponerse en contacto con Ravenswood en busca de una alianza —sugerí.

—¿Cree que puede venir aquí y decirnos lo que tenemos que hacer? —apuntó Fisk, con tanta altivez que deseé arrearle un puñetazo para que se callara de una vez.

Hubbard dio un paso adelante.

—Tú mismo viste a esos demonios, Elias, o lo habrías hecho si hubieras acudido a las puertas de la academia un poco más rápido.

Un punto para el director de Abbot; él también se había dado cuenta de la cobardía de los dos consejeros.

Tanto Winthrop como Richards se volvieron para mirar a los asesores que tenían tras ellos. Cada consejero solía tener cierta debilidad por alguna familia, bien porque existieran uniones por matrimonio entre ellos o por intereses comunes. Ambos intercambiaron susurros discretos con los suyos. Me hubiera gustado saber qué estaban diciendo.

Alexander se irguió en toda su estatura, tan controlado, firme e inexpresivo como se había mostrado conmigo cuando lo había conocido. Ni siquiera necesitaba de aquellas llamas u oscuridad a su

alrededor, se bastaba por sí mismo para resultar imponente. Nunca se había mostrado tanto como el heredero del linaje más poderoso existente como lo hizo en ese momento.

—Puedo tratar de comunicarme con la directora Wardwell en nombre de este consejo.

—¿Qué hay de su padre? —inquirió Richards, tomando la palabra por primera vez.

Alex no se resintió a pesar de la mención, tampoco cuando habló y dijo:

—No cuenten con él. Tiene sus propios planes y no coinciden con los míos, y espero que tampoco lo hagan con los de este consejo. Y para que quede constancia de ello, mi padre ha contraído una deuda de sangre con el linaje Good; mató a Meredith Good.

El silencio posterior a la revelación de Alexander resultó asfixiante. Nadie dijo una palabra, nadie se atrevió a desafiar su afirmación a pesar de que las llamadas deudas de sangre se consideraban ya algo obsoleto y provenían de un tiempo anterior a Salem. Por aquel entonces, matar a un brujo de otro aquelarre sin que hubiese existido entre ellos ninguna clase de disputa previa que justificara el ataque, se consideraba un desafío a dicho aquelarre, y normalmente conllevaba la entrega de una vida por otra. Esa clase de deuda podría repercutir también por defecto sobre cualquier miembro del linaje Ravenswood. Alexander acababa de ponerla de manifiesto y eso implicaba que él mismo podía convertirse en responsable.

«¡Mierda, Alex! ¿Qué estás haciendo?».

Para mi sorpresa, el viejo Putnam carraspeó; todas las miradas volaron hacia él.

—Señorita Good, he oído que el lobo es ahora su familiar. —No era una pregunta, pero asentí de todas formas—. Bien, bien.

No añadió nada más, lo cual resultó un poco incómodo, porque los demás consejeros parecían esperar que lo hiciera. Carla Winthrop, la única que no había intervenido hasta entonces, tomó la palabra. Debía de contar alrededor de noventa años y su cabello, recogido en un pequeño moño, estaba tan poblado de canas que apenas si conservaba unas pocas hebras de su castaño original. Tenía fama de ser tan autoritaria y altiva como el resto, pero también la más justa.

—Como bruja blanca, debe saber que ha quebrantado al menos media docena de nuestras leyes y normas, y coincidirá conmigo en que la presencia de brujos oscuros en la academia es, cuanto menos, algo poco… convencional —argumentó, aunque me pareció que hubiera deseado emplear otra palabra—. Sin embargo, también se nos ha informado de la reciente adquisición por su parte de un poder muy particular. Tal y como yo lo veo, de cualquier forma, debería recibir un castigo por su…

Wood se puso en pie de repente. Cada músculo de su cuerpo en tensión y los ojos de un azul tormentoso. La ira emanaba de él; apretaba los puños contra los muslos, como si estuviera luchando consigo mismo para no ceder a esa furia y emplearlos con todos los brujos frente a él. Juraría que el suelo de la sala se estremeció y que el aroma de su magia se filtraba por cada poro de su piel.

¡Oh, Dios! Aquello no iba a acabar bien.

—¡A la mierda ustedes y a la mierda sus castigos! —explotó, pero no se detuvo ahí—. Lo único que les preocupa es mantener esos asientos calientes y a su comunidad dócil, da igual a qué precio. Les diré algo: más de un siglo y medio atrás, miembros de este mismo consejo se atrevieron a castigar también a otra Good, la condenaron porque quería estar —se atragantó con las palabras, el dolor y la misma ira que me consumían también a mí derramándose de entre sus labios— conmigo. La castigaron porque se atrevió a desear más que toda esta mierda. Otra familia. La castigaron porque para ella jamás se trató de brujos blancos y oscuros, sino de personas. La castigaron, y a mí con ella. Y seré yo mismo quien traiga el puto infierno a este mundo antes de permitir que vuelvan a hacer lo mismo otra vez. —En esta ocasión, fue Wood quien señaló al consejo, uno a uno—. Hagan una llamada a Ravenswood, manden un correo electrónico o una maldita paloma mensajera si eso les hace sentirse más dignos. O, mejor aún, pueden cruzar la jodida carretera y llamar a su puerta. Pero pónganse de acuerdo con la comunidad oscura de una vez por todas. La cagaron en Salem y han seguido cagándola desde entonces. No lo hagan también ahora. ¡Ah! Y una última cosa —añadió, avanzando un par de pasos más hasta el estrado—, que sepan que, si estamos aquí, formando parte de esta farsa de juicio, es solo para que

crean que aún conservan algo de ese poder al que tanto se aferran. Si por mí fuera, quemaría ambas academias hasta los cimientos y me sentaría a ver el puto mundo arder.

Y así fue como Wood Ravenswood amenazó de muerte a los consejos de ambas comunidades y luego dio media vuelta y salió de la sala. Nunca hubiera creído que pudiera estar tan orgullosa de él.

# 41

—El muchacho tiene razón.

La frase, que no podía ser más concisa y breve, vino de labios de Winthrop. La mujer no había perdido un ápice de rectitud y su voz no resonó con menos gravedad, pero su afirmación despertó una leve esperanza en mí.

—Tienes que estar bromeando, Carla —apuntó Peabody.

—No, no lo estoy. Y si el chico me hubiera dejado terminar hace un rato, habría escuchado de mis propios labios que, aunque creo que la señorita Good ha obrado mal y debería recibir un castigo acorde a sus faltas, no es el momento para ello. —Quise decirle a Winthrop que ese «chico» al que se refería tenía más de tres siglos de edad, pero no me pareció oportuno ahora que por fin estaba entrando en razón—. Deberíamos establecer vías de comunicación con la comunidad oscura de inmediato. Y también advertir a todos los brujos blancos y sacar de aquí cuanto antes a los alumnos que quedan.

Hubo un revuelo de protestas, provenientes sobre todo del grupito de Ava y Johan, que la consejera acalló con la consiguiente mirada de desaprobación. Hubbard se había colocado junto a mí después de que Raven saliera trotando de la sala detrás de su hermano, pero se adelantó para hacerse oír.

—Me ocuparé cuanto antes de los alumnos.

—No puedes tomar esta decisión tú sola, Carla —intervino de nuevo Peabody, con la aprobación de Fisk, que asentía con énfasis a su lado.

Winthrop se inclinó sobre la mesa y miró en su dirección, luego hacia el otro lado, donde se encontraban Richards y Putnam.

—Bien, votemos entonces. Aunque me voy a permitir recordar a los presentes que, según tengo entendido, durante el ataque que se produjo hace unos días, ningún alumno salió herido gracias al

aquelarre de los Ravenswood. Ahora bien, desde este mismo momento, si uno solo de nuestros estudiantes sufre las consecuencias de las decisiones que aquí se tomen, sus muertes pesarán sobre tu conciencia y los que piensen como tú —sentenció, dirigiéndose ahora a Peabody—. Puede que no tengan familia, pero yo misma me aseguraré en su nombre de que la deuda sea saldada.

Hubo una votación. Incluso después de la amenaza de Winthrop, no me sorprendió que Fisk y Peabody votaran en contra, pero los demás, por suerte, estuvieron a favor de contactar con la academia de la oscuridad, y fueron mayoría. Se avisaría a toda la comunidad blanca de lo que estaba sucediendo y se suspendería, de manera temporal al menos, toda hostilidad hacia los brujos oscuros siempre que no respondiera a un ataque directo. Esto último se dijo de una forma mucho más pomposa y retorcida, tal vez por la presencia de los alumnos, pero, básicamente, el consejo blanco estaba proponiendo una tregua con la comunidad oscura. Por fin.

—¿Crees que Wood estará bien? —le pregunté a Alex, mientras se discutían los detalles.

Mi padre se había puesto de pie y estaba susurrándole solo Dios sabía qué cosas a Peabody al oído, pero traté de ignorar todo lo posible su presencia. Otros asesores del consejo también se hallaban alrededor de la mesa, Hubbard entre ellos.

—Esto es muy difícil para él. Le trae demasiados recuerdos. Y, sobre eso, tenemos algo de lo que hablar. Algo que debería haberte dicho la otra noche.

—Señorita Good —me llamó Putnam entonces, y me hizo un gesto para que me acercara.

Miré a Alex.

—Ve, luego hablamos.

Sabía que él había querido decirme algo la misma noche en que yo le había contado lo de mi padre, pero no había vuelto a sacar el tema desde entonces y yo lo había olvidado por completo. Sin embargo, asentí y me dirigí hacia el estrado. Adrien Putnam era el abuelo de Annabeth y Gabriel. Me pregunté dónde estarían sus nietos ahora. Aunque Robert se encontraba con ellos y Raven y él se habían comunicado varias veces en estos días, no nos había dicho en qué

lugar se habían refugiado tras el ataque de Nueva York. ¿El consejero sabría algo del extraño aquelarre que formaban? ¿Sabía lo que hacían? Para ser el más anciano, y al que se le presuponía una actitud mucho más férrea y conservadora en cuanto a nuestras costumbres, apenas si había puesto ningún impedimento y casi le había parecido bien que Raven fuera ahora mi familiar.

Ascendí los dos escalones de la tarima y me acerqué al consejero.

—Señor —lo saludé.

Su expresión pétrea no me dio ninguna indicación de qué demonios quería decirme.

—¿El lobo es su familiar? —me preguntó de nuevo, y pensé que tal vez el hombre no estaba todo lo lúcido que se esperaba de un miembro del consejo. De todas formas, asentí—. El señor Ravenswood ha mencionado una deuda de sangre de su linaje. Y es curioso, porque hay una historia, una historia muy antigua que mi abuelo me contó una vez, y su abuelo a él antes de eso, sobre un brujo que asesinó al familiar de otro. —Bien, a lo mejor Putnam no estaba tan desconectado de la realidad como había creído y sí había prestado atención—. El brujo exigió una compensación por la ofensa y reclamó en pago que el otro le entregara a su propio familiar. Y así se hizo.

No había escuchado nunca esa historia y, a pesar de la insistencia de Raven en que ahora era mi familiar, ni siquiera creía que eso fuera posible. Los familiares siempre se transmitían dentro de un mismo linaje y solo a la muerte del brujo o bruja que protegían…

—¿Y qué pasó?

—Lo mató. —Me estremecí—. El brujo mató a su supuesto nuevo familiar en venganza.

No entendía a dónde quería ir a parar. Yo no le había pedido a Alex ningún tipo de compensación, y mucho menos tenía pensado matar a Raven o hacerle el más mínimo daño.

—Es solo una historia. —No sabía qué más decir.

—En toda leyenda siempre hay una verdad. Pero lo importante de todo esto… —La frase quedó interrumpida por una tos fuerte que lo dejó sin aliento y Putnam tardó un minuto largo en recuperarse—. Lo importante es que el señor Ravenswood ha saldado la deuda contraída con su linaje.

—Yo no le pedí que lo hiciera.

—Pero la magia lo hizo de todas formas e intuyo que usted lo sabe. Recuerde, señorita Good, toda leyenda esconde una verdad —repitió, como si no acabara de decírmelo un momento antes—. Toda magia alberga una laguna. Y todo hechizo conlleva siempre un pago.

Asentí, más por hacer algo que porque estuviera entendiendo el sentido de aquella conversación. Sin embargo, era cierto que Dith solía recordarme a menudo que cualquier conjuro o hechizo medianamente transcendental requería una compensación. Ese era el eterno equilibrio al que los brujos parecíamos estar sometidos.

—Ahora, regrese con su aquelarre y piense en ello.

—Em… Sí, señor.

Antes de que pudiera retroceder junto a Alex, mi padre se acercó hasta la esquina del estrado del que yo acababa de bajarme. Me puse rígida de inmediato. No quería hablar más con él ni escuchar nada de lo que quisiera decirme.

—Danielle, unas palabras, por favor —dijo, sin ni siquiera molestarse en bajarse de la tarima.

Me erguí un poco más, y aluciné cuando él hincó una rodilla para hablarme. Dudaba que jamás se hubiera arrodillado ante nadie.

—No tengo nada de lo que hablar contigo.

—Sigues siendo una Good. Sigues perteneciendo a nuestra familia —aseguró, y la convicción con la que lo dijo me revolvió el estómago.

—No hay tal familia. Ni siquiera te has molestado en mostrarme tu pesar por la muerte de Dith, y ella sí que era mi familia.

Al mencionarla, casi pude sentir cómo un débil olor a libro antiguo me rodeaba, y el sentimiento de añoranza que me invadía siempre que hablaba de ella aumentó de tal modo que la humedad amenazó con inundarme los ojos.

Mi padre suspiró con resignación, como si yo solo fuera una cría en mitad de un berrinche y no supiera qué hacer conmigo.

—Lo que hice solo fue para protegerte.

—Me abandonaste. Yo acababa de perder a mi madre y a mi hermana y tú me trajiste a esta academia y te olvidaste de mí. —De un día para otro, me había quedado sin nada. Solo Dith había permanecido a mi lado.

—Era lo mejor para ti —prosiguió, sin darse cuenta de que nada de lo que dijera podría hacerme cambiar de opinión.

—Por mucho que cuentes una mentira, no vas a convertirla en verdad.

—No puedes renegar de tu linaje.

—Y no lo hago, *papá*. Solo reniego de ti.

Me alejé sin permitirle replicar, a sabiendas de que lo único que podía conseguir hablando con el hombre que se hacía llamar mi «padre» era incrementar mi dolor. Él nunca comprendería y yo no iba a tratar de hacerle comprender. Yo había sido un niña rota y asustada, y él me había echado de su lado. Todo lo que había deseado era que me quisiera, que me cuidara y me consolara. Incluso si era verdad que mi madre había matado a Chloe y había querido hacer lo mismo conmigo, ¿qué clase de padre se deshace de su hija después de algo así? Si de verdad hubiese querido protegerme, me habría mantenido lo más cerca posible de él.

En vez de acudir junto a Alex, pasé por su lado y musité un «Necesito tomar el aire». Enfilé el pasillo y prácticamente eché a correr para salir de aquella sala. De repente, no podía respirar. El nudo de mi garganta se tensaba segundo a segundo, y la ira, la tristeza, la amargura, el odio… cada pérdida, cada golpe que se acumulaba en mi interior parecía demasiado. Demasiado duro. Demasiado intenso. Demasiado doloroso.

Salí al pasillo y me apoyé contra la pared. Traté de respirar mientras puntos oscuros me nublaban la visión. Estaba bastante segura de que no era un buen momento para tener un ataque de ansiedad. ¿No era yo la Ira de Dios? ¿De qué servía todo mi poder si estaba allí pataleando como la cría que mi padre creía que era?

Una vez más, empujé todas mis emociones hacia abajo, todo lo profundamente que pude, rezando para que eso ayudara, y me escabullí en dirección el vestíbulo. No quería que nadie me viera así, mucho menos el consejo o cualquiera de mis amigos. Sin embargo, apenas avancé unos metros cuando Alex me alcanzó.

—¡Eh, espera! ¿Qué pasa?

—Estoy bien —respondí, demasiado rápido y de forma brusca.

Me rodeó para encararme y el movimiento envió una vaharada de

su aroma hacia mí. Sus ojos recorrieron mi rostro con atención y cautela. Quería saltar sobre él y pedirle que me abrazara y, a la vez, echar a correr a cualquier lugar lejos de allí. Cuando tomó mis manos entre las suyas, me estremecí.

—Danielle…

—Estoy bien —repetí, porque, al parecer, era lo único que podía decir sin derrumbarme. O sin explotar.

Pero era evidente que Alex no me creía. Sinceramente, yo tampoco lo hacía. No había mentido en el interior de esa habitación, los Ravenswood eran mi aquelarre ahora y, fuera posible o no, de alguna manera sentía que estaba conectada con Raven de la misma forma en que lo había estado con Dith. Y eso me aterrorizaba. Había perdido a mi hermana, a mi madre, también a mi padre, a Meredith… Tenía un hueco en el pecho que no sabía cómo rellenar salvo con rabia, odio y miedo, y un poder que no estaba segura de poder controlar del todo.

Y luego estaba él. Alex. Alexander Ravenswood.

—Danielle, no hagas eso —susurró—. No te escondas de mí.

—No lo hago.

Sí, lo hacía. O lo había hecho desde la muerte de Dith. Me escondía de él porque me daba demasiado miedo que lo nuestro se convirtiera en algo a lo que no pudiese renunciar. Algo que necesitase.

—Sí, lo estás haciendo, todo el tiempo. Incluso… el otro día por la mañana. Te fuerzas a tragar todo lo que no quieres afrontar por un motivo o por otro.

Di un tirón y retiré mis manos de entre las suyas, y él hizo una mueca de dolor.

—Lo del otro día solo fue sexo —me obligué a decir, incluso cuando las palabras resultaron amargas sobre mi lengua—. Solo eso, Alexander. No lo convirtamos en otra cosa.

Retrocedió como si lo hubiera abofeteado, y me dije que tenía que parar. Pero estaba asustada. ¿Qué ocurriría si le pasaba algo? ¿Si lo arrancaban de mi lado también a él y me quedaba de nuevo sola? No quería quererlo. No quería querer a nadie de nuevo y tener que perderlo más tarde.

—Danielle… —Estiró el brazo y arrastró la yema de los dedos por mi mejilla, y su contacto resultó reconfortante y doloroso al mismo

tiempo.

—No. Tenemos que centrarnos en lo importante.

—Tú eres lo importante para mí.

«No, no. No digas eso». Su magia cantó, pero, por primera vez, me cerré a esa dulce melodía. Me aferré a la ira y dejé que ella hablara por mí. Alejarlo parecía mucho más seguro que ceder y admitir que…

—Yo no soy nada. Solo un miembro más de tu aquelarre. Solo eso.

Su expresión se endureció, y de repente había sombras sobre sus hombros y oscuridad en sus venas. Asintió.

—Está bien. Así que esto… —dijo. Avanzó un paso hacia mí y recorrió mi labio inferior con el pulgar. Luego me sujetó por las caderas y me hizo retroceder hasta que mi espalda se estampó contra la pared— no es nada.

Estaba temblando, pero obligué a mi cuerpo a calmarse. No quería ceder esta vez. No *podía* ceder.

—No.

—Está bien —repitió—. Si eso es lo que quieres.

Un sonido bajo y grave, algo similar a un gruñido, nos llegó desde el final del pasillo. Al mirar hacia allí, descubrí que se trataba de Raven. Alexander lo miró un instante. Raven ladeó la cabeza y mostró los dientes, y supe que estaban teniendo unas de sus conversaciones silenciosas. Traté de empujar a Alexander lejos, pero no me soltó, y el movimiento llamó su atención de vuelta a mí.

Y entonces por fin retrocedió un paso y me liberó de su agarre. Me quedé vacía y exhausta, más de lo que lo hubiera estado jamás, pero no fui capaz de desdecirme y mucho menos de admitir que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo más allá de mantener los restos de un corazón herido y roto a salvo… Sin saber que, en realidad, solo estaba pisoteándolo un poco más.

—Como quieras —me espetó, recuperando el tono autoritario con el que un momento antes se había dirigido al consejo.

Regresó al interior de la sala y yo no fui capaz de detenerlo. Resbalé por la pared y me dejé caer hasta el suelo, y entonces Raven ya estaba allí. Una parte de mí quería empujarlo lejos también a él, pero no me quedaban fuerzan suficientes, así que permití que se sentara a mi lado y se apoyara contra mis piernas.

—Es lo mejor, Rav —aseguré, aunque sabía que no podía contestarme.

Sus ojos escrutaron mi rostro y entreabrió la boca de modo que sus colmillos quedaron expuestos.

—Es más fácil así —proseguí diciendo, y no estaba segura de a quién trataba de convencer, si a Raven o a mí.

Hundí los dedos en su pelaje y me repetí a mí misma que estaba bien, que había hecho lo correcto. Solo me estaba protegiendo antes de que fuera demasiado tarde. Alexander y yo nos habíamos dado un revolcón, solo eso. Y había estado bien, sí, pero eso no significaba nada. Él me atraía, su magia me atraía, y a Alexander le llamaba mi poder. Era un miembro de mi aquelarre, lo protegería, al igual que haría con Wood y Raven, al igual que con Cam. Pero nada más.

Nada más.

# 42

## Alexander

Inspiré profundamente mientras accedía de nuevo a la sala del consejo. Nadie me prestó atención a pesar de que no tenía que mirarme los brazos para saber que había oscuridad arremolinándose bajo mi piel.

«Maldita bruja terca y cabezota», pensé para mí.

Cam se me acercó desde el fondo de la sala, echó un breve vistazo a mis brazos, pero hizo como si no pasase nada extraño.

—¿Y Danielle? ¿A dónde ha ido?

—Lejos de mí. —La respuesta salió con mucha más amargura de la que pretendía.

Cameron arqueó las cejas. Metió las manos en los bolsillos y reflexionó un momento en silencio antes de decidirse a decir:

—Es su *modus operandi*. Lo hacía todo el tiempo cuando estaba aquí. No se permitía acercarse a nadie demasiado.

—Creía que tú sí habías estado *muy* cerca hace algún tiempo —repliqué, antes de darme cuenta de lo que decía.

Pero él soltó una carcajada y no pareció ofenderse por mi referencia a lo que Danielle y él habían tenido.

—No estaba seguro de que lo supieras —alegó, sonriendo como un idiota, aunque supuse que yo era el idiota en realidad—. Mira, te daré un consejo no solicitado respecto a Danielle: quédate a su lado. Y cuando te empuje, porque lo hará, siempre lo hace, resiste. En algún momento se dará cuenta de que no puede enviarte lejos. O de que tú no vas a irte. Está tan acostumbrada a que la dejen sola que no sabe qué hacer cuando alguien le presta atención. Y puede que se muestre como alguien fuerte y decidido, pero todo esto… —silbó— es

demasiado para cualquiera.

—Está aterrada —repuse, y me odié a mí mismo por no haberme dado cuenta antes. Fruncí el ceño, luego me di la vuelta, decidido a encontrarla y… resistir, tal y como había dicho Cameron, pero me detuve un instante—. Un consejo no solicitado sobre Raven: creo que le gustas. Que le gustas de verdad, y no sabe muy bien cómo enfrentarse a eso. Así que, si él no te interesa de esa manera, solo házselo saber. No te morderá. Lo prometo. En realidad, él es el mejor de todos nosotros.

Cameron abrió la boca, pero la cerró de golpe; sus mejillas brillaron cargadas de un tono rojizo que le llegó hasta la punta de las orejas. Lo que fuera que iba a contestar, decidió guardárselo para sí mismo. Así que salí al pasillo y lo dejé allí rumiando sobre Raven y su interés por él.

Y hablando del lobo negro…

—Rav, Cameron te está buscando —dije, cuando su cabeza se levantó del regazo de Danielle y sus ojos se posaron sobre mí.

Estaban ambos tirados en el suelo, y Danielle parecía completamente destrozada. Raven se irguió sobre las cuatro patas y le lamió la cara, y ella le agarró la cabeza mientras murmuraba algo que no llegué a oír. Un momento después, el lobo se deslizó por el pasillo con su sigilo habitual y pasó a mi lado en dirección a la sala del consejo. Solo se detuvo un segundo para empujar mi mano con el hocico, igual que había hecho la noche en la que Danielle y yo habíamos estado tumbados en su cama y ella dormía. Le froté el morro para que supiera que sabía lo que intentaba decirme. Debería haberme avergonzado emplear a Cameron para despistarlo, pero le pediría disculpas más tarde. Ahora necesitaba hablar con Danielle.

Cuando nos quedamos de nuevo a solas en el pasillo, avancé y me planté justo frente a ella. No levantó la cabeza, así que me arrodillé sobre el suelo. Acuné su rostro entre las manos y la obligué a mirarme.

—En los próximos segundos, voy a besarte. No lo haré si me dices que no quieres que lo haga, pero necesitas saber que yo sí deseo hacerlo. —No dijo nada, tampoco apartó la vista, y había tanto dolor en sus ojos… —. No te tengo miedo, ¿recuerdas?

Me incliné hasta que nuestros labios se rozaron, y tampoco

entonces se movió. Pero retrocedí un poco solo para decirle:

—No voy a ningún lado, Danielle. Yo estoy… —Me tapó la boca con la mano.

—No.

Tragué saliva. Y repetí las palabras de Cameron en mi mente: «Cuando te empuje, porque lo hará, siempre lo hace, resiste». Me quedé allí, inmóvil, con los ojos clavados en su rostro, esperando. Resistiendo.

—No —insistió entonces, pero su mano resbaló por mi mentón y cayó a un lado. Decidí ponérselo fácil, tal vez fuera eso lo que necesitaba.

—Solo… sexo, dijiste. Y esto es solo un beso. —Asintió, pero había algo terriblemente mecánico en el movimiento. Su respiración era dura, como si el aire le resultara demasiado pesado—. Está bien.

Aun cuando esa admisión pudiera parecer una derrota, sonreí. Me acerqué de nuevo muy lentamente a su boca y la besé. Y no fue un beso amable ni lento. Fue duro, áspero y profundo; fue casi como habíamos sido nosotros la mayor parte del tiempo. Fue como ofrecerle el aire que parecía faltarle, o como si pudiera tragarme su dolor. Y entonces ella respondió de igual manera.

El beso se tornó furioso, su rabia me ardió sobre la lengua y yo dejé que me quemara a sabiendas. La dejé que volcara toda su ira en mí, que me devorara. Me clavó las uñas en los hombros y me empujó contra su cuerpo. No hice nada por ponerle freno. Quizás eso fuera lo que necesitase, deshacerse de toda esa frustración, liberar su furia, vaciarse de cada una de las emociones que le hacían daño por dentro y por fuera.

Y cuando, finalmente, los movimientos de su lengua se volvieron más suaves y su agarre se hizo más lánguido, volví a sonreír contra sus labios.

—Te veo, Danielle Good, y no tengo miedo. No puedes deshacerte de mí —le susurré muy bajito, con un último roce de mi boca.

—Es… Yo…

—Lo sé —la corté, porque no necesitaba más explicación—. Te tengo, ángel.

Volvió a asentir, con los ojos brillantes por una humedad que no se

permitiría derramar, pero esta vez fue un movimiento más suave, algo errático tal vez. Retrocedí y me puse en pie, y luego le tendí la mano. Mi oscuridad había desaparecido, pero Danielle lucía sendas pulseras brillantes en torno a sus muñecas. Quise decirle que no tenía por qué ahogarse en sus emociones y que debía dejarlas salir, pero me di cuenta de que yo había estado en su lugar durante mucho tiempo. No podía esperar que asumiera en cuestión de días lo que a mí me había llevado años, y la muerte de Dith estaba aún demasiado reciente; ni siquiera le había dicho todavía que ella estaba aquí, en la academia. Sabía que tendría que contárselo pronto, pero la verdad era que no tenía ni idea de cómo hacerlo.

En algún lugar del vestíbulo, se oyó una puerta crujir y abrirse. Supuse que sería Wood, tal vez regresando del exterior. Tenía que hablar también con él. No podía culparle por ninguna de las afirmaciones que había hecho frente al consejo. Sinceramente, yo también había deseado en un par de ocasiones derribar ambas academias y empezar de cero. Es más, si solo fuera eso lo necesario para eliminar las barreras que se habían alzado entre brujos oscuros y blancos después de Salem, yo mismo me encargaría de prender fuego a ambas academias y dejarlas arder. Pero era un poco más complicado. Ojalá lo sucedido un rato antes sirviera para acercar a ambas comunidades. Tal vez, la aparición de un enemigo común consiguiera unirnos; quizás, de nuevo, era el equilibrio el que trataba de poner las cosas en su lugar y había elegido el peor modo posible.

Pero no fue Wood quien apareció al fondo del pasillo.

—¡Maggie! —gritó Danielle, al ver a la bruja Bradbury allí.

Estuvo a punto de echar a correr hacia ella, pero elevé el brazo a tiempo y lo interpuse en su camino. Entorné los ojos y permití que mi magia se extendiera hasta el fondo del pasillo. Me había reprimido todo lo posible estando en Abbot, dado que la magia de los brujos blancos tenía un «sabor» mucho más dulce y tentador, pero ahora me dejé ir. Maggie sonrió como si supiera exactamente lo que estaba haciendo. Había algo… algo mal. Danielle frunció el ceño y trató de apartarme.

—¿Qué haces?

Ignoré su pregunta.

—¿Quién eres?

Danielle dejó de forcejear conmigo y miró hacia ella.

—Es Maggie Bradbury, Alex, la conociste en Ravenswood. Es la prima de Robert.

—Hola, Danielle —dijo ella, y la curva de su sonrisa se acentuó de un modo perturbador.

La magia que emanaba de su cuerpo no estaba bien. Era oscura, sí, nada que ver con los brujos de Abbot, pero seguía estando mal de todas formas. Mal de una manera errada. Siniestra.

Maggie avanzó un par de pasos. Danielle dio un respingo en cuanto estuvo más cerca. No supe lo que estaba percibiendo, pero imaginé que había notado algo.

—¿Maggie?

—Prueba otra vez —terció la bruja.

Yo aún no era capaz de entender lo que sentía, sin embargo, tenía una cosa muy clara.

—No es ella. O no del todo.

—¡Oh! Así que ahora te estás dando cuenta por fin —rio, y avanzó un paso más. Tiré de Danielle y la hice retroceder conmigo—. Supuse que no lo sentirías aquella noche en el baile, después de todo, el auditorio está muy protegido y yo no era del todo yo, pero deberías haberte dado cuenta cuando fui a tu casa. O la noche del ritual de despedida. Solo que estabas demasiado pendiente de ella, ¿verdad? La dulce Danielle. Tan imprudente. Y tan poderosa. Con esa magia suave y bonita. Tan apetecible…

Soltó una carcajada cínica y, cuando dejó de reír, chasqueó la lengua.

—¿Quién eres? —insistí.

—Bueno, tal vez quieras preguntar quién *era*. Ahora, parece que soy una Bradbury, y algo más. —Miró su cuerpo de arriba abajo—. En otro tiempo, fui otra. Aunque debo admitir que mi nombre es… similar.

«Tú buscas a la otra», había dicho Loretta Hubbard al preguntarle si Danielle era una Ravenswood.

La otra.

Cuando la comprensión por fin me alcanzó, fue como recibir una

patada en la boca del estómago. Aquello era imposible.

—Mercy Good. No puede ser —añadí, porque, incluso si Elijah hubiera conseguido salvarla, habían pasado más de tres siglos desde Salem.

—Puede ser y es, Luke. Mírame. —Estiró los brazos, y solo entonces me di cuenta de que de su cuello colgaba una capa que había retirado hacia atrás—. No es mi cuerpo, pero me vale.

Mercy se había apropiado del cuerpo de Maggie Bradbury de algún modo, pero no se trataba de eso, en realidad. Mercy era el verdugo. Era el tercer elemento de la profecía, y la habíamos tenido delante todo el tiempo mientras estábamos en Ravenswood.

—Tú no… —Danielle negó con la cabeza, y luego me miró.

—Es Mercy, y es el verdugo.

Mercy aplaudió, riendo. Había locura en sus ojos, y una malicia como no había visto en toda mi vida.

—Y tú eres un problema —replicó, dirigiéndose directamente a Danielle—, y tienes algo que me pertenece. En realidad, tienes varias cosas que son mías.

Se adelantó de nuevo y extendió la mano hacia mí, tal y como había hecho la noche del ataque, y supuse que al menos una de esas *cosas* era yo. Danielle se aferró a mi brazo como si temiera que acudiera junto a Mercy, pero no era a mí a quien miraba, sino a ella.

—Fuiste tú, la noche del baile. Tú derramaste la lámpara de aceite.

Mercy se encogió de hombros.

—Bueno, en realidad, fue esa estúpida de Ariadna Wardwell la que trató de hacerte daño; yo solo me aproveché de ello y amplifiqué su hechizo, ya que ella no tenía poder suficiente para saltarse las guardas mágicas del edificio. Desde luego, tengo que admitir que no esperaba que Raven te protegiese de esa forma y fuese él quien acabase herido. Estoy segura de que a Maggie no le hubiera gustado demasiado la idea de atacarte, aunque yo tampoco disfruté fingiendo que me agradaba tu compañía —rio, y no pude evitar estremecerme—. Pero dejar que Ariadna se saliese con la suya fue una buena manera de saber de lo que eras capaz, Danielle, de saber si estabas a mi altura. Me hubiera encantado haberte matado entonces y ahorrarme toda aquella estúpida y agotadora pantomima. Sin embargo… necesitaba que

Alexander desarrollara todo su poder y, por desgracia, solo podía conseguirlo gracias a ti. Y tú solo lo hiciste gracias a él, por todo ese rollo de los opuestos y el equilibrio. —Hizo una mueca de desagrado—. No podía permitir que tu estancia en Ravenswood fuera tan mala como para que escapases corriendo a las primeras de cambio. Estuvo muy mal que os marcharais sin mí, ¿sabéis? Fue muy desconsiderado por vuestra parte.

Danielle prácticamente vibraba a mi lado. Percibía el modo en el que su magia pulsaba a través de su piel, agitada y frenética, empujada por su ira. Maggie, o Mercy, quienquiera que fuese, se quedó en silencio. No supe si esperaba alguna clase de respuesta por nuestra parte, tal vez que la atacásemos, pero tanto Danielle como yo estábamos demasiado desconcertados para intentar nada.

Mercy elevó las manos en un ademán dramático, y el movimiento despertó mi instinto. Convoqué mi poder, en caso de que lo necesitase, lo cual era bastante probable, y este acudió de inmediato a mis dedos.

—¡Ah, vamos! Esperaba algún tipo de reacción más interesante por tu parte, Danielle.

—¿Cómo demonios puedes estar aquí? —inquirí, aunque empezaba a hacerme una idea.

Sarah Good y Benjamin Ravenswood le habían pedido a Elijah que salvara a Mercy, y solo Dios sabía qué clase de sacrificio había hecho este para conservar su alma hasta poder hacerla renacer. Y nada menos que en el cuerpo de una Bradbury, un linaje que había sido maltratado y humillado desde Salem casi como ningún otro. Si alguien podía albergar deseos de venganza, desde luego, eran ellos. ¿Lo había sabido Robert? ¿O el brujo era ajeno a todo aquello?

«Una combinación de linajes», eso era. Ya nos habíamos planteado que Mercy fuera la mezcla de linajes de la que hablaba la profecía, y resultaba obvio que los símbolos que habíamos descubierto en el libro de genealogías indicaban dicha mezcla de sangre y magia, pero, en realidad, Mercy era algo más: una Good, una Ravenswood y, ahora, también una Bradbury.

—Es curioso que menciones a los demonios. Tú, precisamente tú —rio, con otra de esas carcajadas espeluznantes—. Deberías venir conmigo, te lo explicaré todo. —Ladeó la cabeza y sus cejas se

arquearon al mismo tiempo que lo hacían sus labios—. Estás destinado a esto, Luke. Es lo que eres. Lo percibes, ¿no? Todos esos brujos, toda esa magia esperando ser tomada por ti para que yo pueda emplearla a mi antojo.

—No vas a tocarlo —intervino Danielle, y el comentario fue poco más que un gruñido—. No tocarás a ningún brujo de esta academia.

Mercy desechó la amenaza con un gesto de la mano y expresión irritada. Para entonces, la luz cubría ya la piel de Danielle hasta los antebrazos, y la oscuridad de mi interior danzaba alrededor de mi figura. En la atmósfera del pasillo flotaba una quietud extraña, la calma que precedía a una brutal tempestad. Teniendo en cuenta lo que Danielle le había hecho al despacho de Hubbard, mucho me temía que la idea de Wood de derrumbar las academias no estaría muy desencaminada si sus barreras cedían y dejaba salir todo su poder de golpe.

—Calma —le susurré, muy bajito, rezando para que Mercy no me oyera; luego alcé la voz—. No iré contigo a ningún lado. Si de mí depende, la profecía no va a cumplirse. Jamás. No te ayudaré.

Mercy esbozó un mohín contrariado y se atusó la melena rubia de modo que cayó sobre su hombro hasta llegarle casi al estómago. Apenas si había pasado un par de breves momentos en su presencia tiempo atrás, pero ni sus gestos ni su forma de hablar se parecían a los de Maggie. Me pregunté cómo era posible que Raven no se hubiera percatado de nada cuando habían acudido juntos al baile de máscaras. ¿Había sido Mercy la que ocupaba su cuerpo todo el tiempo? ¿O Maggie todavía estaba ahí dentro, en algún lado, luchando por imponerse?

—La oscuridad ya está aquí, Luke. Y no hay nada que puedas hacer para evitar lo que está por venir. Así que sé listo y únete a nosotros. No tienes muchas alternativas; no con la marca de los malditos ardiéndote en el pecho y esa hermosa oscuridad que te corre por las venas. —Elevó los brazos y las mangas de su camisa cayeron para revelar una red siniestra de oscuridad bajo su piel—. Eres como yo. Como él.

Apreté los dientes y ni siquiera quise a pararme a pensar con quién más me estaba comparando.

—No soy como tú.

Soltó una risita desquiciada.

—No, es verdad. Tú eres muy especial y puedes llegar allí donde yo no puedo. Por eso vas a venir conmigo o… —elevó la mirada hacia el techo y luego sus ojos se deslizaron por las paredes— este sitio caerá.

Volvió la vista hacia atrás con una sonrisa maliciosa adornándole los labios. Seguí el rumbo de su mirada hasta el rincón donde el pasillo giraba. Las sombras se acumulaban allí; sombras que habían empezado a profundizarse. A moverse.

Una mirada rápida a Danielle me bastó para encontrarla casi cubierta de luz por completo. En su cuello, decenas de puntos luminosos destellaban mientras se agrupaban y le inundaban las venas. Su magia se estaba alzando de tal manera que apenas era capaz de sentir o escuchar otra cosa que no fuese ella. Y lo que fuera que estaba invocando Mercy, además, parecía estar despertando también la marca, que palpitó en mi pecho.

—Puedes hacerlo, Luke, puedes comandar un ejército de oscuridad. Y yo… yo seré tu reina.

# 43

«Una mierda vas a hacer», maldije para mí misma. De no estar tratando de mantener cierta calma, se lo hubiera dicho a lo que quiera que fuese aquella cosa que tenía frente a mí. Desde luego, no era Maggie Bradbury. La bruja amable y algo tímida que había conocido en Ravenswood había desaparecido por completo. Y no podía creer que la que la había suplantado fuese de algún modo un miembro de mi linaje. Pero si, como había afirmado ella misma, Mercy era quien había estado en el baile, resultaba obvio que su cortesía solo se había tratado de una espectacular actuación que yo me había tragado por completo. Otra gran mentira.

—No voy a ir contigo —rugió Alex, y su negativa me llegó acompañada de una oleada de alivio.

No era que esperara que se lanzara en sus brazos, pero no tenía muy claro si Mercy podía ejercer alguna clase de influencia sobre él. Estábamos hablando de una bruja que debería haber muerto hacía más de tres siglos; cualquier cosa era posible. Y había visto los rastros de oscuridad en sus venas, gemelos a los de Alexander.

Me hubiera encantado fulminarla con uno de mis rayos de luz en ese mismo momento, sin embargo, me daba miedo no ser capaz de controlar mi poder y terminar explotando cosas. O personas. La sala del consejo estaba apenas a unos metros y todos los que habían permanecido en la academia estaban allí.

—Lárgate de Abbot, Mercy.

Podíamos perseguirla hasta el exterior. Si salía de la academia, no pensaba contenerme.

—Lo haré, pero Luke vendrá conmigo. O… lo haremos del modo difícil, y no sé si os va a gustar.

Desvié la mirada hacia un punto sobre su hombro, allí donde las sombras parecían ahora no ser solo sombras, sino algo más. Una figura

emergió del rincón del pasillo al tiempo que Mercy se movía hasta quedar apoyada de manera informal contra la pared. Cualquiera que la viera pensaría que solo estaba pasando el rato; su tranquilidad resultaba un poco inquietante. Como si creyera que aquella era una batalla que ya había ganado.

Alex adelantó una de sus manos y la oscuridad comenzó a derramarse desde sus venas, pero en esta ocasión no alcanzó el suelo, sino que se congregó en torno a sus dedos y luego se estiró hacia abajo, hasta que tomó la forma de una espada afilada. Bueno, aquello sí que era un buen truco.

Mercy chasqueó la lengua con desaprobación y la cosa del rincón comenzó a avanzar hacia ella. Parecía un poco más humano que los que habían atacado la vez anterior, pero sin duda seguía tratándose de un demonio; la piel grisácea y correosa, una boca enorme repleta de dientes afilados y ojos negros como el carbón, sin rastro alguno de blanco. Las luces del techo cayeron sobre su cuerpo y me permitieron obtener una nueva perspectiva de su pecho; la carne era rugosa y estaba cubierta de grietas, y…

—¡Por Dios! ¿Está medio desnudo? ¡Qué asco, joder!

Alex resopló con una buena cantidad de resignación. No creo que hubiera esperado esa clase de comentario. Pero es que aquel ser era de verdad repugnante.

—No creo que sea el momento —me reprendió. Pese a la situación, percibí un destello de humor en su tono.

El demonio llegó a la altura de Mercy y se detuvo. Alex elevó un poco la barbilla.

—¡Vete! —le gritó a la criatura, pero esta miró a su vez a Mercy, como si buscase su aprobación. Lo siguiente que supe fue que Alex se había transformado del todo—. ¡Regresa a dondequiera que hayas salido!

La orden, emitida con esa otra voz antigua y grave, hizo vacilar al demonio. Mercy levantó una de sus manos, aunque su pose despreocupada no varió.

—No —dijo, y a continuación, con una sonrisa, añadió—: Mata a la bruja. Mátalos a todos menos a él.

Los ojos de aquella cosa se incendiaron durante unos segundos

hasta adquirir un tono carmesí, y entonces empezó a avanzar directo hacia mí. Desaté mi poder los suficiente como para que los dedos me chisporrotearan cargados de magia. Si esa cosa pensaba que podía llegar hasta mis amigos, estaba muy equivocada.

«Puedes dominarlo. Puedes hacerlo», me dije, aunque en mi cabeza sonó más como la voz de Dith alentándome. Ella me hubiera animado a soltarme, a tomar las cosas en mis propias manos y no quedarme esperando a recibir el primer golpe. Me hubiera dicho que podía hacerlo, y tuve que creer que así era. Sin embargo, mientras el demonio recorría el largo pasillo a grandes zancadas, un aullido se elevó muy por detrás de él.

¡Oh, mierda, Wood! ¿De verdad tenía que elegir aquel momento para aparecer? Escuché también movimiento a mi espalda, y un segundo aullido se alzó en respuesta: Raven. Los gemelos, como si hubieran presentido el peligro, estaban allí.

—Quietos —murmuró Alexander entre dientes, y luego gruñó—: Es mío.

Pero yo había visto lo que la oscuridad de Alex hacía a los demonios: nada de nada. Tal vez podía comandar un jodido ejército de aquellos seres, pero su poder no estaba concebido para enfrentarse a ellos; porque él era como ellos.

La reducida estrechez de aquel pasillo no resultaba el mejor lugar para convocar toda la ira de mi propio poder, pero iba a tener que pensar algo rápido. Eché un vistazo al arma de sombras que Alex mantenía aferrada con fuerza en su mano derecha y fingí que sabía lo que estaba haciendo cuando traté de convocar algo similar. Todo lo que conseguí fue una especie de punzón tamaño XL. Todavía estaba admirando mi chapucero trabajo cuando Alex se lanzó hacia delante para dar la primera estocada.

El demonio reaccionó con rapidez. Atrapó su brazo y cerró los dedos como una tenaza de carne putrefacta en torno a su muñeca. Alex respondió con un puñetazo directo a su mandíbula que lo hizo trastabillar y, por suerte, también consiguió que lo soltara.

Otra de aquellas cosas salió del rincón. Genial, todo aquello era genial. Wood ya estaba saltando sobre el segundo de los demonios, y tuve que aprovechar que Alex se había apartado un poco del demonio

para actuar. Con la mano libre, recurrí a mi elemento. Una fina película de agua, procedente de la humedad ambiental, se adhirió a la piel del demonio y lo empujó contra la pared. Lo necesitaba lo más lejos posible de Alex; no quería que mi poder lo rozara sin querer y tener que sentarme a contemplar las consecuencias.

—¡Échate atrás! —le grité, con la esperanza de que entendiera lo que trataba de hacer, pero Alex me miró como si me hubiese vuelto loca.

Un borrón negro pasó a mi lado y se lanzó sobre él para apartarlo de mi camino. Al parecer, Raven sí que me había entendido.

El demonio forcejeó con la barrera de agua que, por otro lado, no era demasiado compacta. Sus manos, convertidas en garras, rasgaron el velo acuoso con facilidad. Giré sobre mí misma y empujé el brazo hacia delante con todas mis fuerzas. El punzón terminó clavado en mitad de su pecho.

—Jódete, cabrón —escupí.

Resultaba obvio que mis reticencias sobre dar muerte a alguien no abarcaban a aquellas cosas, porque nunca me había sentido tan bien. La ira cegadora que me corría por las venas crujió y se expandió, y todo a mi alrededor se volvió brillante, como si alguien hubiera lanzado cubos y cubos de purpurina por todas partes.

¡Ah, no! La luz brotaba de mí. Pero al menos no había sacado las alas.

Alex me dedicó una sonrisita que no pude pararme a descifrar. Nuevos demonios se forjaron a través de las sombras del rincón y una serie de gritos resonaron a mi espalda, seguidos de la risa oscura y maliciosa de Mercy. Giré la cabeza hacia atrás; los gritos provenían de la sala del consejo.

—Ven conmigo, Luke, y evitarás todo esto. —Mercy pronunció la última frase como si «esto» se refiriera a un contratiempo sin importancia. Un pequeño y molesto bache en su camino empedrado de muerte y destrucción.

Alex alzó la mano para mostrarle las llamas púrpuras que danzaban entre sus dedos. Lanzó una bola de fuego en su dirección como toda respuesta, pero Mercy murmuró algo y, con un gesto de la mano, la desvió de su trayectoria. Tuve que lanzar mi elemento para

apagar las llamas antes de que provocasen un incendio, sin embargo, Alex parecía más decidido que nunca a enfrentarse a Mercy. Prosiguió avanzando y casi la había alcanzado cuando otro demonio se colocó junto a la bruja. Alex dio un grito y la espada de su mano se dividió para dar lugar, al menos, a media docena de puntas afiladas. Trinchó al demonio como si fuera un pavo de Navidad.

Bien por él.

—Vete al infierno —espetó, y antes de que Mercy pudiera decir una palabra para contradecirlo, estiró la mano hacia ella y la agarró del cuello.

El demonio se desintegró, de regreso a su mundo o dondequiera que viviese, y Alex lanzó a Mercy por el aire. La bruja se estampó contra el recodo del final del pasillo e incluso yo, desde donde estaba, pude oír el fuerte jadeo que exhaló cuando todo el aire escapó de golpe de sus pulmones.

Bajé la mirada hasta Raven.

—La sala. Ve a ayudar —le ordené, y el lobo negro salió disparado.

Había al menos cuatro demonios en la esquina, rodeando el cuerpo de Mercy, y podía escuchar los gruñidos de Wood, que posiblemente había atraído a algunos hasta el vestíbulo para poder atacarlos. Si había más de ellos en la sala, no podía ni empezar a imaginar lo que estaría sucediendo. Pero no quería dejar a Alex allí solo con Mercy. Fuera cuales fuesen los planes de aquella bruja desquiciada, necesitaba a Alex ileso. No le haría daño, sin embargo, el poder de este no era tan eficaz como el mío y no iba a permitir que se lo llevase. No iba a perderlo.

—¡La sala del consejo! —le grité, porque no creía que se hubiera dado cuenta de que también los estaban atacando—. ¡Hay más allí!

Alex había empezado a caminar en dirección a Mercy, todo oscuridad, llamas púrpuras y más de aquellos filos punzantes brotando de sus dedos. Con una niebla oscura rodeándole las piernas y deslizándose por el suelo junto con sus pies. Los cuernos le asomaban entre el lío de mechones blancos y negros.

Se detuvo en mitad del pasillo, indeciso.

Mercy se puso primero de rodillas y luego se alzó. No había nada en sus movimientos que delatara que estaba herida de gravedad a

pesar de que el golpe había sonado terrible. Se sacudió la falda del uniforme de Ravenswood y luego nos miró. Balanceó la cabeza en ademán reprobatorio.

—Solo tienes que acompañarme, Luke —siseó—. ¿O quieres que alguno de tus lobitos salga herido?

Apenas si había acabado de hablar cuando un aullido cargado de dolor resonó a nuestra espalda. Mercy sonrió y tanto Alex como yo nos quedamos rígidos. Un par de segundos más, y otro sonido similar llegó desde el vestíbulo. Cualquiera que fuese el poder del verdugo, parecía que le permitía controlar a los demonios sin tener que emitir ordenes verbales.

Aquello era malo. Muy malo.

—Ve con Wood —le dije a Alex—. Yo iré a por Raven.

Sentía que separarnos era una muy mala idea, pero no podíamos quedarnos los dos allí. No solo por Raven, sino porque todos los que quedaban en la academia estaban en aquella sala. Era como si Mercy hubiera sabido exactamente cuándo atacar para encontrarnos a todos reunidos en el mismo sitio. ¡Por Dios! Ava, Johan y aquel grupito de niños estaban allí; solo eran unos críos que apenas habían comenzado a controlar su magia.

No esperé respuesta de Alex. Giré sobre mí misma y eché a correr hasta la puerta de la sala, y cuando me asomé al interior… no me detuve. Seguí corriendo y me lancé sobre la espalda de una de aquellas cosas, lo cual fue un movimiento estúpido y temerario, pero que resultó efectivo. Había suficiente luz en mi piel para que el demonio sufriera una especie de cortocircuito y empezara a oler a chamusquina. Caímos al suelo y las sombras se convirtieron de nuevo en un líquido oscuro y pegajoso. De alguna forma, me las arreglé para quedar a cuatro patas en el charco.

Traté de ignorar todo aquel pringue y busqué a Raven con la mirada. La mayoría de los brujos jóvenes estaban ahora, gracias a Dios, en el estrado. Los adultos trataban de protegerlos y luchaban en la parte más cercana a ellos, mientras los Ibis se habían desperdigado por la sala y peleaban sin descanso contra las criaturas. Winthrop también estaba con los guardias; la consejera recitaba un hechizo desconocido para mí, con las manos extendidas hacia una de aquellas

criaturas. Y fuera cual fuese, funcionaba, al menos en parte, porque el demonio se movía de manera descoordinada y muy despacio.

No vi a Raven por ningún lado, pero, en una esquina, descubrí a uno de los demonios inclinándose sobre Cam. Hubbard apareció de la nada y arremetió contra él con un golpe de viento, pero apenas si consiguió que se retirara un poco. Todo aquello era una locura, pero traté de no pensarlo demasiado. Me puse en pie y me abalancé hacia delante, apartando las sillas que aún quedaban en pie.

No llegaría a tiempo junto a Cam y su padre. El demonio había levantado ya la mano en forma de garra…

Aterrorizada y con el sabor de la bilis llenándome la boca, estiré el brazo y convoqué toda la cantidad de ira que me atreví hasta darle forma a un látigo de luz que cortó la distancia entre ellos y yo. Recé para que encontrara su objetivo y, sobre todo, para que lo hiciera a tiempo.

# 44

El demonio explotó en cientos de pedacitos de oscuridad y regó tanto a Cam como a su padre de más de aquella cosa pringosa; sin embargo, estaban vivos. Eso era todo cuanto me importaba. Mientras, los Ibis peleaban con la entrega que se esperaba de ellos y, a juzgar por la sangre que salpicaba el suelo, y las heridas que mostraban algunos, lo harían hasta su último aliento.

Localicé a Sebastian en mitad de aquella locura, con sus dos dagas, girando, adelantándose y retrocediendo, apuñalando y desmembrando con la soltura de quien se halla en mitad de algún tipo de baile que ha practicado hasta la saciedad. Tenía un desgarrón en la manga de la camiseta y una herida en la mejilla, pero, por lo demás, parecía bastante entero. A mi padre me pareció verlo junto a los brujos más jóvenes, aunque no estaba segura de que intentara ayudarlos. El muy cobarde quizás se estuviera escondiendo tras ellos.

Se me escapó un jadeo cuando, en la parte derecha del estrado, atisbé a Putnam sentado en la silla que había estado ocupando durante todo el juicio. Tenía la barbilla apoyada sobre el pecho, casi como si se hubiese quedado dormido, pero la parte delantera de su camisa estaba empapada de sangre. A pesar de que fuera un miembro del consejo, y de que yo no tenía especial afecto por ninguno de ellos, sentí lástima por que hubiera encontrado la muerte así.

Di un nuevo barrido frenético a la sala y por fin encontré a Raven. Un demonio lo había acorralado en un rincón y parecía estar buscando la manera de llegar hasta él sin perder ninguna extremidad. El lobo tenía todo el pelo del lomo erizado y el labio superior retraído por completo. No dejaba de gruñir, pero no se decidía a atacar. Esperaba que no estuviese herido.

Me desplacé por la sala hacia ellos, pero otro demonio se interpuso en mi camino. Abrió la boca y emitió un sonido horrible. Joder,

aquellas cosas no gritaban al esfumarse, pero al parecer lo hacían por placer.

—Aparta de mi camino o te ilumino como un puto faro. —No esperé su respuesta, tampoco sabía si aquella cosa podía hablar.

Le planté la mano en mitad del pecho. Mis dedos se hundieron un poco y toda la carne alrededor se contagió del brillo de estos. Una lluvia oscura y densa me salpicó de pies a cabeza. Reprimí las ganas de vomitar de puro milagro. Puede que ser la Ira de Dios molara, pero sus consecuencias eran una mierda. De verdad que lo eran.

Más tarde, cuando la adrenalina desapareciera de mi cuerpo y mi poder casi se hubiera agotado, seguramente colapsaría y acabaría encogida en un rincón. Pero ahora mismo no tenía tiempo para lloriquear y la ira que danzaba en mis venas me mantenía centrada.

—¡Danielle! —gritó alguien a mi derecha; me pareció que era Cam.

Me aparté de un salto y evité a duras penas unas afiladas garras, pero la criatura que se había lanzado sobre mí fintó conmigo y cuando quise darme cuenta me había agarrado del brazo. No explotó ni se deshizo de golpe como las otras, sino que hundió los dientes en mi hombro. Grité al sentirlos clavándoseme en la piel y tiré sin darme cuenta de que iba a desgarrarme la carne.

—Joder —mascullé, abrumada durante unos segundos por el fogonazo de dolor que me recorrió todo el brazo.

Tuve que hacer un esfuerzo para que mi poder no retrocediera, pero al menos al demonio le fue mucho peor. De su garganta brotó un sonido brusco y, un instante después, más de esa mierda negra empezó a chorrearle de la boca y se desplomó.

Desde ese momento, el sonido de las armas de los Ibis pareció ganar fuerza, pero también los hicieron los chillidos que lanzaban los demonios. Conseguí llegar hasta Raven y ni siquiera me lo pensé dos veces, hundí la mano de golpe en el pecho del demonio que lo acosaba y me marqué un Elijah; sí, justo igual, mi mano salió por el otro lado, aunque sin corazón de por medio.

Me hubiera gustado revisar a Raven y comprobar que estaba intacto, pero no hubo tiempo para nada. Los demonios parecían salir de todas partes, y él continuó peleando también con ellos, así que

quise pensar que no lo habían herido. Hubo más gritos. Más sangre, de brujo y de demonio. En la sala resonaban distintas voces que recitaban diferentes hechizos. Sollozos y, de vez en cuando, sonidos de agonía. Sabía que no provenían de los Ibis, y tuve que armarme de fuerza de voluntad para no encogerme cada vez que dichos sonidos se elevaban por la estancia, a sabiendas de lo que podía suponer.

Perdí la cuenta de los demonios que iluminé con mi poder, de las veces que su sangre oscura me salpicó. Y también fingí que no me dolía el hombro ni las otras heridas que recibí, que fueron unas cuantas. Mi poder menguó y yo seguí tirando de él, y me obligué a no pensar en Alex y Wood. No los veía a mi alrededor, lo cual quería decir que continuaban en el vestíbulo con más demonios y con Mercy. Si les ocurría algo a alguno de los dos…

¡Joder! Le había dicho a Alex que lo ocurrido en mi habitación solo había sido sexo, cuando yo sabía a la perfección que no había nada en lo concerniente a aquel brujo idiota y gruñón que fuera solo *algo*, y mucho menos lo que habíamos compartido. Pero todo aquello, todo en lo que estábamos inmersos, el pasado, mi presente, el futuro incierto… Todo era demasiado. Y daba miedo.

Y quizás, dada la situación, fuera una persona horrible y egoísta, pero no quería sufrir más. No quería volver a perder. No quería añorar más a gente que no regresaría. No quería sentir. Mi ira parecía algo más seguro a lo que agarrarse, así que la dejé fluir y seguí adelante.

Perdí a Raven de vista en algún momento. La sala olía a muerte y sangre, y a una mezcla de la magia de los brujos presentes. Me dolían los brazos. Las manos. Todo el cuerpo. Mi energía se agotaba, pero continué peleando. Y cuando ya no pude más, fui yo, y no uno de esos seres, la que abrió la boca y… gritó.

## Alexander

Había sido una suerte que Wood me entrenara con la espada y hubiese podido convocar una, porque ni mediante órdenes ni reuniendo toda mi oscuridad era capaz de mandar de regreso al infierno a ninguna de las criaturas que infestaban el vestíbulo de Abbot. Al menos, no

trataban de hacerme daño o, mejor dicho, se estaban contentando con no amputarme ningún miembro o herirme de gravedad. Wood peleaba a mi lado convertido en lobo y su pelaje estaba salpicado en varias zonas con sangre, tanto roja como negra. De haber tenido sus armas a mano, suponía que hubiera elegido su otra forma y habría disfrutado hasta la locura de ello. Pero, dado que no era así, se limitaba a desgarrar las partes de los demonios que más a mano le quedasen, y no estaba siendo nada agradable.

—¡Detén esto! —le grité a Mercy.

Se había acomodado en las escaleras y contemplaba la escena casi con aburrimiento, sin intervenir, lo cual era más que bienvenido. Que no me quisiera muerto no significaba que no pudiera hacerme daño. O que no se lo hiciera a Wood.

—Ven conmigo y parará.

Wood chasqueó los dientes y el sonido rebotó contra las paredes como una advertencia. Sabía lo que estaba pensando. Que tal vez me plantease ceder y acompañarla, y estaba en lo cierto. Incluso si regresase con Mercy a Ravenswood, no había manera de que hiciera nada de lo que ella esperaba de mí.

Ahora mismo, no sabía si Danielle y Raven se encontraban bien, ni nada de lo que estaba sucediendo en la sala del consejo. Y eso me estaba matando por dentro.

Lancé golpes con la mano derecha, clavando la espada a diestro y siniestro, mientras desataba mi oscuridad por pura frustración. Las paredes y el suelo temblaron. El retrato de la familia fundadora cayó al suelo. El edificio entero pareció sacudirse. Y el eco de la magia de todos y cada uno de los brujos presentes en Abbot destelló en el fondo de mi mente. Mercy apenas si se inmutó, y yo tan solo conseguí que la marca de los malditos ardiera aún con más intensidad en mi pecho. Pero continuaba sintiendo a Danielle, así que al menos sabía que estaba viva.

—Si voy contigo, ¿los dejarás vivir? —gruñí.

Todos los demonios dejaron de pelear a la vez, algo que hubiera aprovechado Wood de no ser porque se transformó en el acto.

—Por ahora, sí —dijo Mercy, complacida.

—Ni de coña —replicó Wood a la vez—. No vas a ningún lado.

Se encaró conmigo. Tenía los brazos llenos de cortes y una mancha de sangre impregnó la tela de su camiseta y se extendió con rapidez por su costado. Unos diez demonios nos rodeaban, pero ni siquiera les prestó atención. No estaba seguro de si era Mercy quien los invocaba —seguía pensando que Elijah debía de tener un papel en todo aquello, más allá de haberla traído de vuelta—, pero en algún momento su magia tendría que agotarse y dejarían de brotar de las sombras como putas setas en mitad del bosque. El problema era que tal vez no pudiésemos esperar a que eso sucediese.

—Te dejaré traerte a tus mascotas —añadió la bruja, poniéndose en pie—. Siempre que se comporten, son más que bienvenidos. Al fin y al cabo, son Ravenswood. Como tú y como yo.

—Alex, no puedes ir con ella. No sabes lo que te hará…

—¡Oh! En realidad, yo no voy a hacer nada todavía. Eres tú —me señaló y luego hizo un gesto hacia los demonios— quien va a emplear su oscuridad y la marca. Apuesto a que ni siquiera sabes todo lo que puedes hacer.

—No voy a comandar ningún ejército.

Mercy arqueó las cejas y avanzó entre los demonios, deteniéndose aquí y allá para admirarlos con una extraña devoción. Si su alma había estado en alguna clase de limbo durante más de tres siglos, estaba claro que no le había sentado demasiado bien a su cordura.

—Harás mucho más que eso, Luke…

—Deja de llamarme así —le espeté, aunque parecía una minucia por la que preocuparse en un momento como aquel.

Pero, ahora más que nunca, sentía que Luke era el Ravenswood que mi padre había deseado que fuese, tal vez incluso el que habría participado de toda aquella charada. Yo no era ese brujo y no quería serlo.

Mercy se limitó a sonreír.

—Harás mucho más, *Luke* —insistió, ignorando mi petición—. Tienes el poder para abrir del todo puertas que hasta ahora solo han estado entreabiertas. Tú y esa bonita marca de tu pecho.

No tenía ni idea de qué estaba hablando. La marca de los malditos era una maldición, una muy antigua. Un castigo que solía convertir a sus portadores en sombras de sí mismos, ansiosos, maliciosos,

siniestros. Brujos que anhelaban el poder por encima de cualquier otra cosa. Brujos que habían hecho cosas terribles a lo largo de la historia, amparados por su propia oscuridad, lo cual no era poco. Pero más allá de eso…

—Retira todos los demonios del edificio ahora mismo.

Mercy hizo una pirueta y agitó el dedo de un lado a otro. Estaba a apenas un par de metros de donde yo me encontraba. Si era rápido, quizás pudiera tratar de atravesarle el pecho con mi espada. ¿Moriría? ¿Se liberaría el cuerpo de Maggie Bradbury? No tenía ni idea, pero valía la pena intentarlo.

—No, no, no. No funciona así. Tú sales de aquí conmigo y ellos nos seguirán.

—Miente —intervino Wood—. No la escuches.

Mi familiar me conocía y sabía que iría con ella si eso conseguía salvar a los demás. No había muchas más opciones, salvo que mi pequeño truco funcionase y fuera capaz de acabar con el verdugo. Eso debería terminar con la profecía.

Me forcé a sonreír.

—Está bien. —Le tendí la mano—. ¿Vamos?

Wood me agarró del brazo y tiró de mí, pero lo empujé con toda la fuerza que me quedaba. Ambos estábamos exhaustos; aun así, conseguí que retrocediera. La mirada que me dedicó…

—No lo hagas —suplicó, y el dolor en su voz fue desgarrador.

—Confía en mí.

Casi pareció que le hubiera dado un segundo golpe, pero se recuperó enseguida.

—Entonces iré contigo.

Su afirmación consiguió que Mercy se pusiera a dar saltitos, como una niña pequeña a la que acabaran de conceder vía libre para hartarse a chocolate. Le tendí la mano una vez más y se acercó a mí con más de aquellos saltos enloquecidos. Pero mientras empezaba a echar la otra mano hacia atrás para tomar impulso con la espada, un grito resonó a través de las paredes y del techo, del suelo, proveniente de todas partes y ninguna. Una onda de energía le sucedió un instante después y mi oscuridad retrocedió hasta la parte más profunda de mi pecho. Me transformé sin poder evitarlo y, con ello, mi espada

desapareció también.

Todo lo que se me ocurrió fue agarrar a Mercy y empujarla a través de las puertas de entrada. Por suerte, no encontré mucha resistencia. Quizás ella también se hubiera debilitado. Los demonios se lanzaron tras ella como perros obedientes tras su amo.

—¡Las puertas! —me gritó Wood.

Recité el hechizo de cierre más potente que conseguí recordar y, con un último gesto, la madera voló contra los vanos y encajó en su sitio. Durante un minuto eterno ambos esperamos que se abriera de nuevo, pero eso no sucedió.

Ambos echamos a correr hacia la sala del consejo a la vez. Lo que quiera que hubiese sido esa explosión de energía, sin embargo, había derruido parte del techo del pasillo. Ni yo ni Wood dijimos nada mientras empezamos a retirar cascotes de en medio de forma apresurada; ninguno de los dos se atrevió.

# 45

Recobré la consciencia no sé cuánto tiempo después. Tosí, y ese simple gesto me hizo encogerme de dolor. Durante unos pocos segundos no supe dónde me encontraba ni qué había pasado. Lo único que tenía claro era que mi magia parecía estar casi agotada y mi cuerpo mucho peor. Me dolían lugares que ni siquiera sabía que pudieran hacerlo.

Elevé los párpados a duras penas. Había escombros por todos lados y un montón de polvo flotando en el ambiente. El techo de la sala se había derrumbado e incluso una zona de la pared junto a la puerta había caído también, pero al menos no se veían demonios por ningún lado; lo malo era que tampoco se apreciaba ningún otro movimiento. Cam yacía a pocos pasos de mí, también sobre el suelo, aunque, por suerte, parecía haberse librado de lo peor del derrumbe del techo.

—Cam —lo llamé, y la voz me salió áspera.

Tenía la garganta seca y me dolía, como el resto del cuerpo, y recordé que había gritado poco antes de que todo se fuera a la mierda. Junto con ese grito, y empujada por la desesperación, había dejado salir cada gota de mi magia en una explosión brutal que había barrido toda la sala. La luz había brotado de mi cuerpo como una ola y había lanzado a todo el mundo, brujo o no, por los aires.

—Cam —insistí, tratando de dominar mi pánico.

Una herida le cruzaba la frente, aunque la sangre ya se había coagulado. Además de algún desgarrón en la ropa y la capa de mugre que lo cubría, no parecía tener ninguna otra herida relevante.

Yo estaba tumbada boca abajo, con un brazo bajo el estómago y el otro a un lado. Traté de reunir algo de fuerza para moverme, pero entonces Cam soltó un leve quejido y sus ojos se movieron tras sus párpados. Suspiré de puro alivio.

—¿Estás bien? ¿Puedes moverte? —inquirí, cuando por fin abrió los ojos.

—No estoy… seguro —gimió, y se llevó una mano a la cabeza. Siseó de dolor cuando se tocó la frente—. ¡Mierda!

Hice un esfuerzo y estiré el brazo hacia él, y Cam atrapó mi mano y enredó los dedos con los míos. Me dio un apretón reconfortante, aunque doloroso, y exhaló una profunda bocanada de aire.

—¿Qué ha pasado?

—Creo que… es culpa mía. Perdí el control y… ¡Dios! Tenemos que movernos, comprobar cómo están los demás… Si alguno… Si yo he…

—Shhh… Está bien. Tranquila —intentó calmarme. Ladeó la cabeza para echar un vistazo alrededor—. Al menos esas cosas ya no están.

Era un consuelo muy pobre. Puede que hubiera acabado con todos los demonios de un solo golpe, pero ¿qué le habría hecho a los demás?

A Cam le llevó tres intentos conseguir sentarse, mientras que yo necesité que me ayudara. Cada mínimo movimiento despertaba un nuevo dolor. Resultaba evidente que, además de las heridas que había sufrido mientras peleaba con los demonios, mis explosiones no me hacían ningún bien físicamente.

A lo largo de la sala empezaron a oírse algunos quejidos y sollozos, lo cual era una buena noticia porque significaba que había más gente… viva.

Cam soltó una maldición y, en cuanto seguí el rumbo de su mirada, me di cuenta de lo que la había causado. Hubbard estaba apoyado contra una de las paredes laterales, cubierto de polvo y sangre. Tenía los ojos cerrados, pero mantenía una de sus manos apretada contra el costado, por lo que debía de estar mínimamente consciente.

Acudimos a su lado lo más rápido que nuestro estado nos lo permitió. Cam se arrodilló frente a él.

—¿Papá? ¿Papá, me oyes?

—Estoy bien —jadeó Hubbard, aunque ni de coña lo estaba.

Cam le apartó los dedos para descubrir un tajo justo sobre su cadera. No era demasiado grande, pero sí profundo, y seguía sangrando. De inmediato, lo cubrió con una de sus manos y comenzó a recitar un hechizo curativo con una vehemencia que puso de

relevancia lo preocupado que estaba.

—Te pondrás bien, papá.

—Lo sé, lo sé. Solo es un pequeño corte —aseguró el director, con su habitual entereza—. ¿Los alumnos…?

—¿Necesitas mi ayuda? —le pregunté a Cam, pero él negó.

—Ve a ayudar a los demás.

Hubbard abrió los ojos mientras algo de color regresaba a su rostro pálido. Le dediqué un leve asentimiento para que supiera que buscaría a los otros alumnos. Y eso hice. A pesar de que apenas podía mantenerme en pie y de la tortura que suponía cada movimiento, me giré hacia la sala dispuesta a encontrar a todos y cada uno de los brujos que habían estado allí un momento antes. Con un rápido vistazo, descubrí que había ya varias personas también en pie, aunque ningún lobo. Me maldije a mí misma por haber perdido de vista a Raven, pero me dije que tenía que seguir vivo; si le hubiera pasado algo, yo debería de haberlo percibido, ¿no? Si Raven era mi familiar, lo sabría… Como había pasado con Dith.

Saqué fuerzas de flaqueza, espoleada por la preocupación y avancé entre las sillas caídas y los escombros. No había ni rastro del techo, por lo que podía ver algunas de las habitaciones de una de las alas de dormitorios. Joder, había volado media academia.

—¡Danielle! Gracias a Dios, estás bien. —Me sorprendió lo aliviado que parecía Sebastian, y también la alegría que sentí al verlo en pie—. Ven, ayúdame con esto.

Fui hacia él y, entre los dos, retiramos algunos bloques de piedra y restos de muebles. Ayudamos a varios alumnos. Encontramos heridos, aunque vivos, a la mayoría de los asesores, profesores —incluido Danforth—, a la consejera Winthrop y también a Fisk; John Peabody, en cambio, no había corrido la misma suerte. Tenía el estómago abierto en canal y parte de sus vísceras estaban esparcidas a su alrededor y cubiertas de sangre de demonio. Creo que no vomité toda la cena porque mi cuerpo no podía permitirse el esfuerzo. Richards todavía respiraba, pero tenía una herida muy fea en el pecho que no paraba de sangrar. Sebastian hizo todo lo posible por él, sin embargo, apenas unos minutos después de que lo encontrásemos también falleció.

Mi padre apareció bajo la mesa del consejo, intacto salvo por algún raspón sin importancia, y no pude evitar sentirme aliviada a pesar de lo poco que pensaba que me importaba ya el destino que corriera Nathaniel Good. Estaba convencida de que se había ocultado ahí en algún momento y había dejado a su suerte a los alumnos. No le dediqué más que una mirada rápida; no se merecía ni siquiera mi reprobación.

Me concentré en seguir buscando a más supervivientes. Empleé los restos de mi magia casi inexistente para curar algunas heridas leves de un par de brujos jóvenes, pero seguía sin dar con Raven y tampoco había visto a Ava y Johan. Mi inquietud no dejaba de crecer.

«Está vivo, concéntrate en eso», me dije, porque de otra manera me volvería loca.

Un sollozo llamó mi atención hacia uno de los rincones más oscuros de la sala. Vi un bulto moverse, y al acercarme…

«No, no, no. Por favor», gemí para mis adentros. Me dejé caer junto a Ava. La niña estaba prácticamente enroscada en torno a un cuerpo inerte. Se me llenaron los ojos de lágrimas al contemplar el modo en el que el llanto sacudía su espalda y sus hombros, encorvados sobre el pecho destrozado de Johan. El crío estaba… No, no podía ser.

Le tomé el pulso a pesar de que *sabía* que estaba muerto y, aunque no lo encontré, me negué a aceptarlo. Extendí la mano sobre la herida y convoqué cualquier mínimo rastro de energía que aún corriera por mis venas. Tomé todo lo que me quedaba, incluso lo que no existía ya, y lo volqué en el pequeño cuerpo del muchacho. E incluso cuando ya no tenía nada más que dar, continué reclamándole a mi mismo ser que no se rindiera. Cedí a las lágrimas, aunque estas no iban a poder ayudarlo. Mi piel no brillaba, ninguna luz salió de mí, pero seguí y seguí hasta que me costó respirar. Hasta que ya no notaba los dedos ni las piernas. Ni ninguna otra parte de mí.

—¡Para, Danielle! —Me apartaron de golpe, unos brazos se cerraron a mi alrededor y luego Cam murmuró en mi oído, con mucha más suavidad—: No puedes hacer nada por él. Ya se ha ido. Se ha ido.

No quise escucharlo. Me revolví y pataleé, mientras sollozaba de rabia y dolor. De impotencia. No me quedaban fuerzas para liberarme de su abrazo. Aun así, luché durante unos instantes más. Pero Cam me

mantuvo apretada contra su pecho y conservó la calma hasta que mi cuerpo no pudo hacer otra cosa que rendirse.

—Ava —gemí, aplastando la cara contra su pecho, porque alguien tenía que consolarla a ella. Alguien tenía que decirle que todo saldría bien, que el dolor pasaría, aunque fuese mentira.

—Shhh… Sebastian está con ella. Solo… tienes que calmarte. Tienes que ser fuerte.

—No quiero ser fuerte, Cam —repliqué—. Duele.

Dolía demasiado. Nada de aquello debería haber sucedido, y no importaba si a Johan lo habían asesinado los demonios, porque estaba muerto de todas formas. Y yo me sentía un poco más rota. Más débil, pero al mismo tiempo más… furiosa.

Me revolví una vez más.

—Suéltame, Cam. Tengo que buscar a Raven. Tengo que encontrarlo. —La presión de sus brazos se aflojó tan solo un poco—. Por favor, por favor.

Me soltó por fin, aunque se mantuvo a mi espalda para evitar que me derrumbase. ¡Dios! Estaba hecha una mierda en todos los sentidos y, sin embargo, logré permanecer erguida, decidida a encontrar a Rav aunque tuviera que arrastrarme por toda la sala a través de piedra, sangre y polvo. A través del dolor y la ira.

—No se puede llegar al vestíbulo. El pasillo está inoperable —oí decir a uno de los Ibis.

Cerré los ojos un instante y apreté los párpados hasta que decenas de lucecitas destellaron en la negrura. Pensé en Alex y Wood, y deseé con todas mis fuerzas que estuvieran bien, aunque estaba visto que desear no servía de nada. Tal vez Raven se había escapado por alguna de las ventanas y había rodeado el edificio para ir a buscarlos; había una bastante grande al final del pasillo. Tenía que ser eso.

Cam y varios Ibis me ayudaron a remover los escombros de la sala. Lo pusimos todo patas arribas, si es que se podía describir así cuando ya estaba todo hecho un desastre. Flaqueé de nuevo cuando encontramos a otro alumno muerto; uno de los Ibis, de unos treinta años y con diversas heridas, como el resto, se inclinó sobre el cuerpo para examinarlo y dictaminó que sus heridas habían sido causadas por un demonio. En total, habían muerto tres consejeros, un asesor y dos

alumnos; todos, en apariencia, víctimas de aquellos seres infernales, pero eso no me consoló en absoluto. Habíamos estado perdiendo el tiempo en discusiones inútiles, juzgando mi comportamiento inapropiado o la presencia de los Ravenswood en Abbot, cuando deberíamos haber evacuado a todos los alumnos y trazado algún tipo de plan de contención.

—Voy a matarla. La mataré —afirmé, furiosa, y fue la primera vez que de verdad sentí que podía cumplir una amenaza de ese tipo.

Mi amargura y la ira eran un ente siniestro que se enroscaba en mi estómago, lo único que en ese momento me mantenía en pie, junto con la aguda necesidad de encontrar a Raven y asegurarme de que Alex y Wood estuvieran bien. Me negaba a pensar que les había sucedido nada. Ojalá no hubiesen acabado ellos con Mercy, porque quería ser yo la que tuviera ese placer. Con el sonido apagado y roto del llanto de Ava aún resonando por la sala, me prometí a mí misma que acabaría con ella a cualquier precio.

Proseguimos con la búsqueda, pero fue en vano. Raven no estaba por ningún lado. Así que salí de la sala, seguida por un Cam receloso y por Sebastian. Al menos, mi amigo había logrado curar a su padre y estaba fuera de peligro, aunque iba a necesitar mucho descanso hasta recuperarse del todo.

Nos encontramos con dos de los Ibis tratando de despejar el pasillo. Uno de ellos aún debía de tener algo de magia para emplear su elemento, y se estaba valiendo de este para hacer levitar los trozos de piedra más pesados. Se oía ruido al otro lado, como si alguien estuviera allí también escarbando entre el desastre.

—¿Alex? —grité, y juro que me mareé cuando él replicó también a gritos y me aseguró que Wood también se encontraba bien. Comencé a apartar más y más cascotes a toda prisa—. ¿Está Rav contigo?

El Ibis terminó de desplazar otra roca enorme en ese momento y abrió un agujero lo bastante ancho como para que pasase una persona muy pequeña. Ninguno cabía por allí, pero escalé hasta poder asomarme y ver el otro lado.

—¿Rav? ¿Está ahí? —inquirí, angustiada.

Tanto Wood como Alex estaban cubiertos de sangre oscura y de la suya propia de pies a cabeza, aunque parecían bastante enteros. Pero

no había rastro de Raven.

—No lo encuentro —proseguí, presa del pánico. El rostro de Alex palideció y juraría que Wood, a su lado, se tambaleó—. No está.

Aquello era un mal sueño. Una pesadilla macabra. Raven tenía que estar bien.

«No. Él no. No me hagas esto», recé a cualquiera que tuviera el poder para ayudarme. Ni siquiera me detuve a esperar a que el pasillo estuviera practicable. Me dirigí al extremo contrario, directa hacia el ventanal, que milagrosamente estaba intacto, y lo reventé de una pedrada. Me hice un corte en el brazo —otro más—, que ni siquiera sentí, mientras me arrastraba al otro lado y me dejaba caer sobre el suelo de tierra. Y luego eché a correr a pesar de que mis músculos protestaron, resentidos.

No me paré a pensar en lo que podría estar esperándome fuera; no me paré a pensar en nada. Sin embargo, el jardín delantero estaba completamente desierto cuando llegué a la parte frontal del edificio. La verja exterior de la finca se hallaba abierta de par en par, pero las puertas de la academia estaban cerradas y había algo…

Me detuve de golpe y fui acercándome muy muy despacio. El pulso se me aceleró mientras deslizaba la mirada por la madera y las palabras grabadas en ella, como si alguien hubiese empleado un punzón o algo afilado para hacerlo. Tuve que leer el mensaje dos veces antes de que calara en mi mente y pudiera comprenderlo o, más bien, asimilarlo del todo. Y, en cuanto eso sucedió, se me aflojaron las piernas y caí de rodillas sobre el suelo. La puerta se abrió en ese momento, pero yo continué viendo las palabras pese a que ya estaban fuera de mi vista.

*Si lo quieres, ven a por él, Luke. Mañana, a medianoche.*

Mercy se había llevado a Raven. Se había llevado a mi familiar. Y yo no pensaba parar hasta acabar con ella, con la profecía y con cualquiera que se interpusiera en mi camino. No pararía hasta vengar la memoria de Dith y asegurarme de que Raven estuviera a salvo.

Cuando Alex descubrió el mensaje, el rugido iracundo que lanzó retumbó a través de toda la finca y debió de llegar incluso hasta los terrenos de Ravenswood. Esperaba que esa zorra de Mercy lo hubiera oído.

# 46

Fuera cual fuese el plan de Mercy, estaba claro que no quería esperar para llevarlo a cabo. Aunque yo ni siquiera me había percatado de ello antes, la noche siguiente no sería cualquier noche, sino la víspera de difuntos. La noche de Halloween, una en la que el velo entre este y el otro mundo se volvería más delgado y quebradizo que nunca, y nuestro poder más fuerte. Pero también lo sería el suyo.

—Es una trampa —señaló Sebastian, y Hubbard asintió su acuerdo.

—Me da igual. Voy a ir —replicó Alex.

Yo ni siquiera me molesté en contestar; no albergaba ninguna duda de que acudiríamos directos a una trampa, pero abandonar a Raven no era una opción. Si Alex, Wood y yo no habíamos cruzado ya el camino era solo porque sabíamos que debíamos permitir que nuestra magia se recuperase para poder enfrentarnos de nuevo a Mercy. Aun así, me estaba costando muchísimo no echar a correr hacia Ravenswood.

Wood, transformado en lobo, no dejaba de gruñir y dar vueltas de un lado a otro como un animal enjaulado. Estábamos en la planta baja, en la sala donde solían reunirse los profesores entre clases, ubicada en el ala de Abbot que no se había derrumbado. El ala de los dormitorios de los chicos había quedado prácticamente inservible y la que se correspondía con las zonas comunes, como el comedor y la biblioteca, también estaba afectada. En el vestíbulo había grietas en las paredes y el cuadro de los fundadores iba a necesitar una seria restauración, aunque al parecer eso había sido más culpa de Alex que mía. Cuando Elias Fisk había tratado de increparle por ello, él lo había mandado a la mierda sin pestañear. A mí ni siquiera se atrevió a reprocharme nada, lo cual fue una suerte para el consejero, porque no tenía muy claro cómo hubiera respondido a una provocación, viniera de quien viniese.

Salvo Cam y yo, el resto de los alumnos ya estaban de camino a un

sitio seguro. Se había trasladado a varios asesores y a un par de Ibis con heridas graves, y los demás asesores y todos los profesores habían pedido marcharse también, incluido mi padre. Hubbard les había dicho que, si no pensaban quedarse a ayudar, se buscaran la vida. Y, aunque ya era bien entrada la madrugada, el director había enviado un montón de mensajes pidiendo ayuda urgente a los aquelarres más cercanos. Muy pocos de ellos podrían llegar a tiempo, y no estaba segura de cuántos acudirían, pero, de cualquier manera, Alex, Wood y yo pensábamos ir a Ravenswood al anochecer.

Todo aquello era un desastre. Antes del ataque, apenas si se habían llegado a enviar algunos mensajes a la comunidad oscura, y ninguno había obtenido respuesta aún. En realidad, la mansión Ravenswood permanecía sumida en una calma inquietante; no había luces en ninguna ventana ni ningún movimiento que indicara que había gente allí. Dado que la finca era enorme, podrían haber evacuado a sus alumnos por otra zona sin que los viésemos; ojalá fuese así, porque nada hacía pensar que Mercy no hubiera arremetido también contra su propia comunidad. No creía que alguien como ella guardara lealtad a nadie, salvo a Elijah tal vez.

—Iré con vosotros —afirmó Hubbard.

Cam parpadeó y miró a su padre como si este acabase de dar una pirueta con doble mortal hacia atrás incluido.

—Yo también —se apresuró a decir mi amigo. Hubbard abrió la boca para protestar, pero Cam se le adelantó—: Voy a ir, papá. Da igual lo que me digas. *Tengo* que ir.

Para un tipo que había estado refunfuñando desde el mismo momento en que había conocido a Raven, se había tomado bastante mal el secuestro del lobo negro. Estaba indignado, preocupado y tan furioso como cualquiera de nosotros. No había que ser muy listo para darse cuenta de que las atenciones de Rav no le habían molestado ni la mitad de lo que había intentado hacernos creer.

—Yo también voy —intervino Sebastian.

Alex le dedicó un asentimiento formal y controlado a pesar de lo exhausto e inquieto que yo sabía que estaba. Percibía su magia de una forma muy débil, apagada, que palpitaba como un eco distorsionado. Sin armonía. Hubiera apostado cualquier cosa a que la mía no sonaba

muy diferente pese a que no dejaba de repetirme que Raven tenía que estar bien; Alex o yo lo hubiésemos notado si no fuera así.

—No creo que tengamos problemas para entrar, pero no sé si, una vez dentro, será tan fácil salir, al menos para vosotros —comentó él—. Las protecciones de Ravenswood no nos afectan ni a Wood ni a mí, y ya las rompimos una vez para sacar a Danielle, pero es muy posible que hayan vuelto a reforzarlas.

—Mataremos a Mercy, y luego ya nos preocuparemos de cómo salir de allí —intervine yo, y ni siquiera me tembló la voz al hablar. Pese al cansancio. Pese al dolor.

Me retiré hasta una silla y tomé asiento, mientras Alex esbozaba un mapa en un folio y les explicaba a los demás la distribución de las construcciones de la academia por si nos separábamos. No teníamos ni idea de dónde estaría reteniendo Mercy a Raven, aunque Alex creía que se habría atrincherado en el auditorio. Las salvaguardas de ese edificio en concreto evitarían que ningún brujo pudiera atacarla, mientras que ella, al parecer, podía sortearlas al menos en cierto modo, tal y como había demostrado durante el baile de máscaras. Pero Alex y yo estábamos en las mismas circunstancias que ella: yo había podido curar la quemadura de Raven esa noche, y parte del poder oscuro de Alex se había filtrado al exterior cuando había acudido junto con Wood. Así que estaríamos en igualdad de condiciones, aunque Cam, Hubbard y Sebastian, o cualquiera que nos acompañara si llegaba ayuda, no podrían hacer uso de su magia una vez que entráramos en el edificio.

Ese detalle disgustó en extremo al director; seguramente, más por Cam que por sí mismo. Sebastian no dijo nada. El Ibis tenía sus dagas metidas en la cinturilla del pantalón, a la espalda, y anunció que armaría a cualquiera de nosotros que lo desease. Al parecer, había una sala en Abbot que funcionaba como armería para los guardias del consejo y para otras eventualidades. Suponía que esta era una de ellas.

—Deberíamos ir a curarnos del todo las heridas y descansar. Mañana nos espera una noche muy larga, y probablemente mucho peor que la de hoy —vaticinó Hubbard, y todos asentimos.

Necesitaba una ducha, o dos, y luego intentaría dormir para ayudar a mi magia a recuperarse lo más rápido posible, a pesar de que

no estaba segura de que consiguiera conciliar el sueño. Si cerraba los ojos, aún podía ver a Ava llorando sobre el cuerpo de Johan, a Putnam degollado, a los otros muertos… Y no quería imaginar lo que Mercy podía estar haciéndole a Raven. Tuve que convencerme de que, si quería a Alex como aliado, no le haría daño, a riesgo de enfrentarse a su furia.

Sebastian y Hubbard se marcharon juntos, discutiendo en voz baja sobre las posibilidades de que algún aquelarre acudiera en nuestra ayuda. Miré a Cam. Él también necesitaba una ducha, la verdad, y que alguien revisara la herida de su frente. Con Alex apenas había cruzado una palabra; no supe si era vergüenza por lo sucedido un poco antes del ataque o temor a que me culpara por la desaparición de Rav. Él tampoco se había acercado a mí, aunque fuera, en la entrada, me había revisado con atención varias veces, en busca de alguna herida importante, supuse.

—¿Necesitas que le eche un vistazo a tu cabeza? —le pregunté a Cam, pero él negó.

—Conserva tus fuerzas. Me pondré hielo y le pediré a mi padre que me cure si es necesario. —Se miró la ropa—. Nos vemos más tarde.

Y con eso, se largó de la sala. Ni una broma o un chascarrillo. Era tan impropio de Cam ponerse tan serio incluso cuando las circunstancias así lo requerían.

Wood esperó hasta que Alex y yo nos pusimos en marcha también. Percibí el instante en el que retomó su forma humana, pero no me detuve. Quería llegar cuanto antes a mi dormitorio; recogería mis cosas y haría uso del baño común para lavarme.

—Díselo. O se enterará de todas formas —oí que le murmuraba a Alex. Luego, con una pequeña explosión de magia, regresó a su forma animal.

Pasó trotando a mi lado y se perdió por el pasillo. No tenía ni idea de a dónde iría. Los dormitorios que habían estado ocupando los Ravenswood estaban ahora casi todos destruidos; Hubbard había sugerido que emplearan cualquiera de los que estaban libres en el ala femenina.

—¿A qué se refería? —inquirí cuando empezamos a subir las escaleras.

Una vez que todos los evacuados habían abandonado la academia, Sebastian y los Ibis que se habían quedado reforzaron las puertas con todos los hechizos de cierre y las protecciones que se les ocurrieron y que sus menguadas fuerzas les permitieron. No creí que eso detuviera a Mercy si se impacientaba y decidía regresar, pero era todo lo que podíamos hacer.

Alex caminaba unos pasos por detrás de mí, cabizbajo y con las manos en los bolsillos. Su pelo era un lío de ondas a medias cubierto con mugre oscura, y su ropa no estaba mucho mejor. Tenía algunos de cortes y arañazos en brazos y rostro, nada grave, como era de esperar, dado que yo misma había escuchado a Mercy ordenar a los demonios que no le hicieran daño. Y, en realidad, sus heridas casi parecían tener mejor aspecto que un rato antes.

—¿Confías en mí? —inquirió, con una ausencia de expresión que debería haberme preocupado. Pero lo conocía, sabía cómo se estaba sintiendo. Su miedo. Su dolor. Así que asentí—. Te lo contaré más tarde, antes de ir a Ravenswood. Será mejor así.

Volví a asentir, conforme. Confiaba en Alex de una forma en la que, probablemente, solo había confiado en Dith en el pasado. Y la verdad era que ahora mismo no sabía cómo podría enfrentarme a nada que pudiera decirme, salvo que se tratase de una buena noticia, como que contábamos con un ejército para ir a por Mercy o algo por el estilo, cosa que veía poco probable. Tendríamos suerte si al final llegaban algunos brujos más antes de que anocheciera.

No volvió a decir nada hasta que alcanzamos la puerta de mi dormitorio.

—Puedo ayudarte a limpiar las heridas.

Giré y me lo encontré apoyado en la pared de enfrente, con los hombros hundidos y los ojos tristes. Y por algún estúpido motivo estuve a punto de echarme a llorar. Me sentía deshecha; no solo cansada, sino rota en formas en las que no hubiera concebido que pudiera romperme jamás, o al menos, no después de la muerte de Dith. Y a pesar de todo… lo estaba. Apenas tenía magia, y mi estado tanto físico como mental eran desastrosos. Me dolía y, a la vez, estaba furiosa. Resultaba agotador.

—Quiero darme una ducha, y tú también deberías.

—Ve primero —sugirió, con un gesto de barbilla—. Te esperaré aquí.

Me hubiese quedado tres horas bajo la ducha si hubiera podido. El agua era mi elemento y siempre me hacía sentir mejor, pero necesitaba dormir un poco, o al menos tumbarme y que mi cuerpo se relajara para que mi magia volviera a recargarse y fluir; la iba a necesitar. Así que me contenté con media hora bajo el chorro difuso que descargaban las duchas comunes de Abbot. Por suerte, no había nadie más allí, por lo que me ahorré el sermón merecido debido al despilfarro. Me lavé el pelo dos veces y me froté como una auténtica maníaca, hasta que mi piel adquirió un tono sonrosado y toda la sangre de demonio se coló por el sumidero. El hombro me palpitaba como si mi corazón se hubiera trasladado hasta esa zona, y la piel de alrededor del mordisco estaba inflamada y ligeramente más caliente.

Una vez limpia, me embutí en un pijama tremendamente cursi que me había regalado Dith en mi anterior cumpleaños. Tenía manga corta y pantalón largo, y un montón de dibujos de piruletas, nubes algodonosas y unicornios montados en arcoíris; pero también era calentito y me recordaba lo mucho que se había reído Dith al ver mi expresión una vez que hube abierto el paquete.

Tiré mi uniforme destrozado al cubo de la basura que había bajo los lavabos y, tras peinarme rápidamente con los dedos, regresé por el pasillo sintiéndome un poco más persona, pero igual de inquieta. No podía dejar de pensar en Raven, y me preguntaba si sufriríamos nuevas pérdidas antes de que todo aquello terminara; la idea de que el lobo negro fuera una de ellas me atormentaba sin descanso.

—Sigues aquí —dije al llegar frente a mi puerta.

Alex estaba en la misma posición en la que lo había dejado, aunque parecía aún más cansado. Me rodeé el torso con los brazos, sintiéndome un poco ridícula con aquel pijama después de estar peleando con demonios tan solo un rato antes.

—Te dije que esperaría.

Lo había dicho, sí, pero la noche había sido un infierno, literalmente, y no estaba segura de que no decidiera optar por descansar. Después de la batalla nos habíamos mantenido alejados el uno del otro y, de nuevo, parecíamos sumidos en ese baile estúpido en

el que avanzamos dos pasos para retroceder tres a continuación. También me estaba cansando de eso, pero yo era más culpable que él en ese aspecto, así que no había nada que pudiera reprocharle.

—Iré a lavarme las manos y te ayudaré antes de irme a descansar.

Se marchó por donde yo había venido con paso decidido a pesar del agotamiento. Mientras lo esperaba, saqué algunas vendas y un kit de primeros auxilios con algunos ingredientes básicos que solía guardar en el fondo del armario. Mis manos tropezaron con el grimorio de mamá mientras reunía todo el material. Wood me lo había devuelto tras el primer ataque y yo lo había guardado allí y me había olvidado convenientemente de él; quizás porque todo lo que me recordaba a ella ahora resultaba aún más doloroso que de costumbre. Así que ignoré el tacto familiar de su cubierta, lo aparté a un lado y me dije que ya le echaría un vistazo cuando me sintiera con fuerzas para hacerlo.

Alex apenas tardó unos minutos en regresar y, al entrar en la habitación, se quedó mirando todo el despliegue de ingredientes sobre la cama. De repente, parecía mucho menos seguro de sí mismo.

—No es… No sé bien cómo emplearlos… —confesó tras un silencio titubeante.

—Lo sé, pero voy a enseñarte. Eres un brujo y es un hechizo de curación muy sencillo, puedes hacerlo.

Yo no podía curarme a mí misma más allá de limpiar las heridas —algo que ya había hecho— y colocarme un par de tiritas. Si Alex hubiera recibido la formación necesaria, podría haberme ayudado sin recurrir a nada más que su magia, como Cam al curar a su padre. Pero siendo un novato en la magia de curación, le resultaría mucho más fácil al contar con algunos ingredientes adicionales.

Abrí el kit y, sentada en la cama, comencé a mezclar un poco de sauce, eucalipto, laurel y un par de hierbas más en un pequeño mortero hasta pulverizarlos por completo. Alex me observaba sin decir palabra.

—¿Por qué lo haces con la mano izquierda?

La pregunta me pilló tan desprevenida que no fui capaz de inventar algo coherente sobre la marcha. Si le enseñaba el mordisco, seguro que iba a hacer una montaña de un grano de arena. Estaba

convencida de que en unas horas ya no me dolería. O al menos no tanto.

—¿Eh?

—Eres diestra y lo estás preparando con la mano izquierda. —Avanzó hasta que su pierna rozó el lateral de mi rodilla, y tuve que levantar la vista para mirarlo—. ¿Te has hecho daño en el brazo?

Negué con tan poca convicción que dio verdadera lástima.

—No es nada.

—Déjame verlo.

—Alex…

Arqueó las cejas, pero la comisura de su labio tembló de forma muy leve, casi inapreciable si no fuera porque me había acostumbrado a buscar siempre sus sonrisas.

—Me encanta que me llames Alex, pero esta vez no va a funcionar. Vamos, déjame verlo.

Suspiré, resignada, y me aparté el cuello de la camiseta lo suficiente como para mostrarle la zona de la clavícula y el hombro.

—Joder, Danielle —masculló entre dientes en cuanto la herida quedó a la vista—. ¿Por qué no has dicho nada antes?

—No es tan malo como parece.

No lo convencí en absoluto. Apretó los dientes y tomó asiento a mi lado.

—Está bien, enséñame cómo hacerlo.

Le tendí el mortero y le pedí que se espolvoreara las manos mientras le explicaba el hechizo que debía pronunciar. Sus labios comenzaron a moverse mientras lo repetía en voz baja para sí mismo, y me conmovió un poco lo mucho que parecía estarse esforzando para hacerlo todo como yo le indicaba.

—Es magia de creación, pero no es diferente de cualquiera que os hayan enseñado en Ravenswood. Ya sabes, tan fácil como sentirla de verdad, tal y como le explicaste a Ava.

Asintió con tanta solemnidad que, en otro tiempo, me hubiera reído de él, pero ahora solo sentí deseos de abrazarlo y fingir que todo estaba bien. Me contuve por muy poco.

—Bastará con que pases el dedo impregnado de polvo sobre la herida y recites el hechizo.

—Bien.

Me miré los brazos, llenos de pequeñas laceraciones.

—Solo las heridas más grandes —comenté— o no acabaremos nunca.

—Deja que yo decida eso. Será mejor que te tumbes y… quítate la camiseta. —Esta vez fue mi turno para enarcar las cejas, aunque lo mío fue más una burla que otra cosa. Alex resopló—. Me alegra ver que todavía conservas el suficiente descaro como para pensar de todo esto otra cosa.

Le enseñé la lengua solo porque sí. Era agradable retomar nuestra rutina de pinchar al otro y llevarle la contraria hasta en las cosas más absurdas. Le daba a la situación cierto aire de normalidad, y eso era algo que me hacía mucha falta en un momento como aquel.

Me deshice de la camiseta y me tumbé sobre la cama con tan solo un sujetador de algodón blanco. En cuanto terminó de empolvarse las manos, se giró hacia mí, pero lo que quiera que fuera a decir murió en sus labios. Sus ojos recorrieron mi torso durante unos segundos, sin embargo, en cuanto alcanzaron mi hombro, su mirada ganó resolución y se puso en marcha de nuevo.

—Párame si ves que me equivoco en algo.

Apoyé la mano en su antebrazo y me pareció que se estremecía, pero tal vez me lo hubiera imaginado. Ya me había visto desnuda unas cuantas noches atrás y, desde luego, también lo había tocado y él me había tocado a mí. Mucho. Y en partes que ahora no estaban a la vista.

—Lo harás bien, Alex. Confío en ti.

No contestó. Sus dedos tantearon las huellas de los dientes que el demonio había dejado en mi piel con una delicadeza extrema y, aun así, no pude evitar sisear.

—Joder, lo siento.

—Estoy bien. Sigue adelante.

Comenzó a murmurar el hechizo que le había enseñado y, de inmediato, sentí un alivio inmenso a lo largo de todo el brazo. Le sonreí para que supiera que lo estaba haciendo bien, aunque estaba tan concentrado en lo que hacía que no creo que se diera cuenta. Cerré los ojos y lo dejé trabajar. Sus manos moviéndose de un lado a otro, su voz no más alta que un susurro, los toques suaves; fue

cuidadoso, concienzudo y tierno, todo a la vez. Y para alguien que no había curado jamás a otra persona en su vida, lo hacía mucho mejor que la mayor parte de los brujos que había conocido.

Mi cuerpo se fue relajando poco a poco, acunado por las caricias leves y por la musicalidad de su magia, que volvía a resonar en mi pecho como una suave canción de cuna. Perezosa y muy bajita, tal vez porque él tampoco contaba con demasiada energía, pero increíblemente hermosa. Y en algún momento, mientras Alexander Ravenswood me curaba con una ternura conmovedora, me quedé dormida. Solo que antes, aún tuve tiempo de farfullar:

—Quédate a dormir conmigo.

# 47

Me desperté dolorida pero envuelta en algo cálido y que olía de forma deliciosa; alguien, en realidad. Los brazos de Alex me rodeaban la espalda y mi cara estaba pegada a su pecho desnudo; nuestras piernas, enredadas de tal modo que resultaba difícil saber a quién pertenecía cada una. Mi camiseta estaba en su sitio y él no mostraba rastro alguno de suciedad, así que supuse que la noche anterior, además de volver a vestirme, había ido a darse una ducha y cambiarse para luego regresar y meterse en la cama conmigo.

Nadie había venido aún a buscarnos. Imaginé que no debía de ser muy tarde, pero era demasiado consciente de la ausencia de Raven como para permitirme remolonear justo en ese momento. Sin embargo, en cuanto intenté moverme, los brazos de Alex se tensaron a mi alrededor. Había supuesto que estaba dormido, pero, al parecer, no era así.

—Tranquila, apenas hemos dormido unas pocas horas. —Hizo una pausa—. Tengo tantas ganas como tú de cruzar ese camino e ir a buscarlo, pero necesitas tu magia y yo la mía.

Aplasté la nariz contra su pecho y ahogué contra su piel el suspiro que escapó de mi garganta.

—¿Cómo te sientes? Y no me digas que bien, Danielle. Sé lo mucho que te afectó lo que pasó en esa sala.

—Derrumbé el techo —solté a bocajarro—, y perdí de vista a Raven. Él no… Y Johan…

—No, no hagas eso. No te culpes por todo. Es muy probable que salvaras la vida a muchos de los que han sobrevivido, y Raven sabe cuidarse solo, es él quien tiene que protegerte.

Me eché un poco hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—Sabes tan bien como yo que no funciona así. No para mí, y tampoco para ti.

Se llevó una mano al pelo y se lo revolvió aún más, frustrado, aunque su mirada dejaba claro que estaba de acuerdo con mis palabras. Nunca había considerado a sus familiares como meros protectores y yo tampoco lo hacía; no había mucho más que decir.

—Lo sé.

Volví a apoyar la mejilla en su pecho, y él, la barbilla sobre mi pelo. Y nos quedamos un rato así, abrazados. Por una vez, no hubo chispas luminosas bajo mi piel ni oscuridad en torno a sus muñecas; fue algo cómodo y tranquilo, a pesar de nuestras preocupaciones. Me obligué a no culparme también por eso. Alex tenía razón, no le serviríamos de nada a Raven si nos adentrábamos en Ravenswood agotados y sin magia. Y respecto a los demás…, lamentarse no arreglaba lo sucedido. Al menos los demás alumnos ya estaban a salvo, lejos de allí.

Deslicé un dedo por la zona izquierda de su pecho, sobre la marca, y sentí la piel caliente, lisa y sedosa bajo mis dedos. Me fijé entonces en sus brazos y, luego, alcé la vista hasta su rostro.

Fruncí el ceño.

—¿Te curó Cam anoche? Ya no tienes ninguna herida.

Alex esbozó una sonrisa culpable.

—Puede que me cure más deprisa que la gente normal… —empezó a decir, y lo golpeé en mitad del pecho.

—¿En serio? ¿Y no habías dicho nada? ¿Y por qué tú te curas y yo solo exploto cosas?

El muy idiota se echó a reír, encantado por mi arrebato, lo cual solo consiguió que lo golpeara de nuevo, aunque en secreto me alegraba que contara con ese poder. Luego recordé la vez que había creído que tenía una pierna rota, después de una de sus crisis, pero él había reaparecido por la casa unos días más tarde sin daño alguno. Eso hizo que me alegrara doblemente por él, dado que los gemelos habían tenido que hacerle daño, en solo Dios sabe cuántas ocasiones, para desterrar su oscuridad.

—Sigo descubriendo cosas de ti que no sabía —murmuré, aunque no estaba enfadada.

—Si te consuela saberlo, no es nada que quisiera ocultarte a sabiendas. Solo que nunca había salido el tema hasta ahora.

Habíamos tenido tan poco tiempo para conocernos y, aun así, me había acostumbrado tan rápido a su presencia, a que formase parte de lo que era mi vida ahora… No conseguía imaginarme cómo sería retomar mi vida anterior y no contar con los Ravenswood en ella; en realidad, tampoco había una vida real a la que volver. Quisiéramos o no, todo había cambiado de forma irremediable y definitiva. Todo. Incluso lo que había entre Alex y yo.

Sus brazos se apretaron un poco más alrededor de mi espalda. No me había soltado ni un solo segundo y… eso estaba bien para mí. No era como si no siguiera estando completamente aterrada por todo lo que me hacía sentir, sobre todo en momentos en los que, como ahora, me contemplaba con tanta intensidad y sus ojos estaban cargados de tantas emociones que apenas me atrevía a empezar a ponerles nombre; pero no quería seguir huyendo. No después de que hubiese sido precisamente mi huida de Abbot lo que nos había metido en aquella situación para empezar.

—Está bien —le dije, y él me brindó una pequeña sonrisa.

—¿Por qué no intentas dormir un poco más? Te despertaré dentro de un rato, lo prometo.

Acepté a pesar de que sabía que no volvería a quedarme dormida. Era demasiado consciente de lo bien que me sentía entre sus brazos, de él y de todos los puntos en los que nuestras pieles se tocaban. De la paz que me aportaba su sola presencia, lo cual era bastante irónico porque, tiempo atrás, me había puesto de los nervios. Y también de que la noche siguiente las cosas podrían torcerse y podríamos perder. Perder más de lo que ya habíamos perdido.

Así que me apreté contra él y me permití disfrutar de aquel breve lapso de calma previo a la tempestad. Imaginé que todo estaba bien ahí fuera y traté de olvidar que había volado media academia, que Raven no estaba con nosotros y que Dith ya nunca lo estaría. Me olvidé de mi padre y de su indiferencia. De mi madre y de Chloe. De la magia. De la luz y de la oscuridad. Del maldito equilibrio, de las profecías y de Salem. Y me dije que, si por casualidad esta era la última oportunidad de sentirme solo una chica normal en brazos de un chico normal, la tomaría sin dudarlo un segundo.

—Pase lo que pase —susurré contra su pecho—, me alegro de

haberte conocido.

—Cuidado, Danielle, eso se parece demasiado a un halago. Voy a pensar que te caigo bien.

—Eso te encantaría, ¿verdad?

—Sí. —Fue todo lo que dijo.

Luego, me hizo girar sobre el colchón, me arrastró contra su cuerpo y volvió a rodearme con los brazos. Y durante un rato, nos quedamos así, acurrucados y en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Hasta que sus labios rozaron mi oído y susurró:

—Yo también me alegro, ángel.

La realidad nos alcanzó demasiado pronto, como era de esperar. Tras haber descansado unas horas para recuperar la magia, al mediodía nos reunimos con los demás en el comedor para reponer energías y trazar un plan que fuera algo más específico que «asaltar Ravenswood, matar a Mercy y traer a Raven de vuelta». Después de discutirlo, decidimos que entraríamos por la puerta principal, aunque solo fuera porque la zona frontal de la mansión era la que con menos protecciones contaba. Habíamos llegado a la conclusión de que, o bien la academia estaba vacía, o bien Mercy había agrupado a todo el mundo en otro de los edificios. Por muy poderosa que fuera, Alex dudaba que pudiera manejar a tantos brujos como había normalmente en el campus, así que manteníamos la esperanza de que Wardwell o el consejo hubieran tomado la decisión de evacuarlos en algún momento de los días anteriores.

No recibimos ninguna respuesta a nuestras peticiones de ayuda y nadie se presentó en Abbot. Así que, conforme las horas iban pasando, tuvimos que asumir que estábamos solos. Yo seguía sin poder creer que ningún brujo blanco fuera capaz de ver que aquello ya no solo se trataba de liberar a Raven, sino de cortar los planes de Mercy de raíz, antes de que fuese demasiado tarde.

—Sé que llevamos más de tres siglos enfrentándonos entre nosotros, pero esto va mucho más allá de Salem.

—Todo se trata siempre de Salem, Danielle —repuso Hubbard, con el mismo pesar que todos compartíamos.

Fuese cierto o no, no nos quedó más remedio que aceptarlo. Todos los asesores se habían marchado —mi padre, sin ni siquiera despedirse—, así como los dos consejeros vivos, Winthrop y Fisk, que alegaron que debían proteger lo que quedaba del órgano de gobierno de nuestra comunidad, algo que habría esperado más de Fisk que de Carla Winthrop, pero así estaban las cosas. Además, su marcha había provocado que buena parte de los Ibis se fueran con ellos. Solo dos guardias —una chica joven llamada Elizabetta y Derek, un tipo algo más mayor y que se comunicaba con nosotros únicamente con monosílabos— habían permanecido en la academia; además de Sebastian, claro. Dos. Éramos ocho en total. Recé para que Mercy estuviera sola, porque si una mínima parte de la comunidad oscura la respaldaba…

Comimos y planeamos, y también debatimos sobre lo que mi poder podría haberles hecho a todos en la sala del consejo. Sebastian aseguró que nada había cambiado para él, lo que traduje como que había probado a realizar algún hechizo oscuro y no había tenido ningún problema con ello. No quise preguntar lo que había intentado, pero parecía claro que, a no ser que tocara a alguien directamente durante una de mis explosiones, como había pasado con Efrain, no había riesgo de suprimir esa parte de su magia. Suponía que podía ser tanto una ventaja como una desventaja, dependiendo de a quién me estuviera enfrentando.

Más tarde, con todo decidido, cada cual se marchó en busca de una fuente de poder que lo ayudara a recargar su propio elemento. Aunque la mayoría salió al jardín, yo me di otra ducha aún más larga que la de la madrugada anterior. El ambiente era sombrío y todos estábamos tensos. Íbamos a ciegas y lo sabíamos; había demasiadas incógnitas y un montón de cosas que podrían salir mal. Y seguía existiendo una posibilidad muy grande de que Elijah tuviera una participación mucho más activa en los planes de Mercy, más allá de haberla traído de vuelta. Incluso Sebastian advirtió a sus compañeros de que podían elegir permanecer en Abbot si lo deseaban. No me pareció mal que les diera esa opción —no creí que se la hubieran dado nunca—, pero ellos afirmaron que querían ayudar y todo quedó resuelto.

Me vestí con unas mallas, una camiseta y una sudadera; ropa negra

y discreta, tal y como habíamos acordado, aunque no esperaríamos a medianoche, sino que entraríamos en Ravenswood en cuanto se pusiera el sol. Tal vez eso nos diera algo de ventaja.

Alguien llamó a la puerta cuando estaba terminando de calzarme las zapatillas. Grité un «adelante» mientras me ataba los cordones, y Alex entró enseguida en la habitación. Tuve que parpadear un par de veces antes de comprender lo que estaba viendo.

—¿Eso es lo que creo que es?

Por supuesto, iba todo de negro, y seguro que era un momento horrible para fijarse en ello, pero tanto los pantalones como la camiseta de manga larga se le pegaban al cuerpo de una forma escandalosa. Llevaba puesto el uniforme de los Ibis. Además, dos tiras se cruzaban sobre su pecho; supuse se trataba de algún tipo de sujeción para un arma.

—Me lo ha dejado Sebastian. Al igual que esto. —Con una sonrisa asesina curvando sus labios, llevó una mano hacia atrás, hasta la parte alta de la espalda, y desenvainó una espada—. Por si necesito reservar mi magia. Hay una esperando por ti, si la quieres.

Agité las manos frente a mi cara.

—Es posible que me cortara un brazo con ella antes de conseguir sacarla de su funda siquiera. Pero llevaré algo más pequeño, por si acaso.

No me contradijo. Guardó la espada y se quedó inmóvil en mitad del dormitorio.

—Tenemos que hablar.

—Ninguna conversación que empiece con esas palabras termina en un buen lugar —intenté bromear.

Alex suspiró, dejó la espada sobre el escritorio y se sentó a mi lado. Pero luego debió de pensárselo mejor, porque tiró de mí y, una vez más, me encontré contra su pecho. Y tal vez saber más de lo que fuera que tuviera que contarme me ponía nerviosa, así que me limité a soltar una de mis tonterías.

—Estás empezando a acostumbrarte a lo de los abrazos.

—No me acostumbraré nunca. —Me hundí más contra él, porque no tenía ni idea de cómo responder a eso, y en realidad tampoco quería que dejara de hacerlo—. De cualquier forma… es Noche de

Difuntos y supongo que sabes cómo afecta eso al velo que hay entre nuestro mundo y el de los muertos, así que… Joder, ni siquiera sé cómo decirlo.

Enredé mis dedos en los suyos para darle un apretón. Me preparé mentalmente y me dije que las cosas no podían ponerse peor.

—Solo dilo.

—Meredith no ha pasado al otro lado —soltó a bocajarro, aunque no podía haberlo oído bien.

—¿Perdón?

—Se quedó aquí. Wood ha estado viéndola desde que nos refugiamos en la cabaña. Se niega a irse hasta que se asegure de que estás bien. De que todos lo estamos.

—¡Dios! —exclamé, negando con la cabeza. No pude evitar estremecerme—. Es… Debería haberlo sabido. Todo este tiempo… Jodida Dith.

Sus labios rozaron mi sien en un gesto de consuelo y redobló la fuerza con la que me sostenía. No sé si esperaba que terminara de perder la cabeza o me hundiera del todo en la miseria. Pero aquello era algo tan propio de Dith que al final terminé estallando en carcajadas. Unas carcajadas horribles, eso sí. Fue doloroso reír.

—Danielle…

—No, está bien. Es una imbécil cabezota capaz de arriesgar el descanso eterno por mí —negué una y otra vez, aún riendo—. ¿Sabes? He creído percibir su aroma un par de veces, pero pensé que estaba desquiciada.

—Estás llorando.

Me toqué la cara, y me sorprendió descubrir que tenía las mejillas húmedas. Me dolía el pecho y, al mismo tiempo, era como si parte del hueco que había dejado Dith al morir se hubiera rellenado. Era extraño y alarmante, porque un espíritu atrapado entre los dos mundos siempre acababa mal, pero a una parte egoísta de mí le resultaba reconfortante. No podía estar enfadada con ella, aunque lo estaba.

—Es idiota. Y la quiero. Te quiero, Dith —murmuré algo más bajito, solo por si estaba presente en ese momento.

—Lo sabe, estoy seguro. Pero si te digo esto ahora es porque tal

vez puedas verla esta noche.

Me giré tan rápido que a punto estuve de darle un cabezazo en la barbilla.

—¡¿Qué?!

—Es Noche de Difuntos, Danielle —repitió con una paciencia infinita.

Me quedé mirándolo, pese a que no veía nada en realidad. Las lágrimas fluían por mi rostro sin que pudiera hacer nada por detenerlas. Alex no dudó en secármelas con la punta de los dedos a pesar de que debía de ser consciente de que iba a continuar derramándolas; de que Dith, incluso si lograba verla esa noche, en realidad, tendría que marcharse de nuevo. Y sabía que tenía que ser así; lo último que deseaba era que fuera perdiendo partes de sí misma y acabara convertida en un espectro. Pero no sabía cómo sentirme. Cómo asumir que estaba ahí pero no estaba. Que la perdería de nuevo.

Me obligué a tragar el miedo, la amargura y la ira que esa idea me provocaba.

—Vale. Deberíamos… irnos.

Me levanté de golpe y fui hacia la puerta, pero Alex me interceptó antes de que consiguiera abrirla. Me acunó el rostro con las manos y se aseguró de que lo mirase.

—Tienes derecho a estar enfadada. Por todo. Y tienes derecho a llorar cuanto necesites. A gritar o a sentirte triste. Tienes derecho a pararte y respirar, y también a no tener ni puta idea de lo que estás haciendo. Porque yo no la tengo, créeme. Y no sé qué va a pasar esta noche. Estoy aterrado, Danielle —admitió, de una forma que me hizo verlo con nuevos ojos. Vulnerable, temeroso, aunque igualmente decidido—. Pero, por favor, no te lo guardes todo. No te llenes de ira ni creas que necesitas parecer más fuerte de lo que ya eres. Lo eres para mí. Lo fuiste desde el mismo instante en que decidiste escapar de un lugar que te asfixiaba. Cuando te enfrentaste a tu padre. Cada vez que has tropezado y has vuelto a levantarte. Es más de lo que yo he hecho jamás.

—Alex…

—No, déjame terminar —me cortó. Sus pulgares repasaron la línea de mis pómulos en un gesto enternecedor y su mirada se hundió en

mis ojos, amenazando con colarse tras cada pared que hubiera podido levantar para mantenerlo lejos. Aunque, si era sincera conmigo misma, creo que ya las había rebasado hacía tiempo—. Nunca te rindes. Te rompes, recoges los pedazos y sigues adelante. Y si alguien te dice que no puedes hacer algo, tú vas y lo haces, aunque aún no he decidido si eso es algo bueno del todo —rio, y yo reí con él a pesar de las lágrimas—. Sé que muchas veces sigues creyendo que estás sola, pero no lo estás ni lo vas a estar mientras yo siga respirando. Y te aseguro que Raven jamás amaría a nadie que no lo mereciera… Como yo tampoco lo haría.

Perdí el aliento de golpe y mi corazón se aceleró al comprender la interpretación que podía dársele a sus palabras. ¿De verdad acababa de decir lo que yo creía? ¿O solo era una forma de hablar? Abrí la boca, aunque no estaba segura de lo que iba a salir de ella, pero, antes de que pudiera empezar a vomitar a saber qué tipo de comentarios, alguien llamó a la puerta y la abrió sin esperar respuesta.

Wood y su tremendo don de la oportunidad se asomaron desde el pasillo.

—Estamos listos.

Alterné la mirada entre Alex y él, totalmente aturdida y sin saber qué demonios acababa de pasar. Me sentía demasiado sobrepasada por todo como para pensar con claridad.

—Vamos pues —replicó Alex, tomando la espada y envainándola de nuevo. Me dije que tenía que decir algo, cualquier cosa, pero él debió de darse cuenta de lo abrumada que estaba, porque colocó un dedo sobre mis labios y añadió—: Luego. Cuando regresemos de Ravenswood, hablaremos de todo lo que creas que debemos hablar.

Lo dijo con tanta seguridad que decidí creer que habría un después y que todos estaríamos allí para verlo. Tenía que haberlo.

Su mano bajó por mi brazo y aferró la mía antes de salir al pasillo. Miré nuestros dedos unidos mientras me dejaba llevar, y luego mi mirada ascendió por su espalda hasta llegar a su nuca, donde algunos mechones rubios se retorcían contra su piel dorada. Sentía el calor de su mano, la presión de sus dedos, el eco de su magia con una intensidad tal que durante un momento me mareé…

—¡Espera! —Tiré de su brazo y lo arrastré de vuelta al interior del

dormitorio—. Danos solo un segundo, Wood.

Cerré la puerta de un golpe y lo empujé contra ella. No me permití pensarlo demasiado. Me puse de puntillas y estampé mi boca contra la suya. Sus labios se entreabrieron por la sorpresa y yo aproveché para hundir la lengua en su interior y saborearlo con una necesidad angustiosa. Alex se recuperó enseguida. Muy pronto, su propia lengua bailó junto a la mía, enlazó los brazos en torno a mi cintura y me pegó a su cuerpo. Fue más un asalto que un beso; una pelea que ninguno quería perder. Una declaración de intenciones que había ignorado que necesitara realizar. Fue brusco, ansioso, desesperado… Todo dientes, humedad y caricias hambrientas. Y cuando quise darme cuenta, Alex era el que estaba sobre mí y mi espalda la que presionaba contra la madera de la puerta. Su aroma. Su sabor. Todo él.

—Esto no es una despedida —gruñó entre dos embestidas de su boca—. ¿Me oyes?

Aferré con fuerza una de las tiras que mantenían la funda de la espada en su sitio y tiré de él hacia mí. Sus ojos se habían oscurecido y había en ellos una seguridad cruda y sincera. Real. Y me dije que fuera lo que fuese aquello, no importaba. Porque era y no había manera alguna de negarlo. Por desgarrador y oscuro que se sintiera. Por mucho que pudiera doler en un futuro.

—Traeremos a Raven de vuelta —aseguré. No había otra alternativa.

—Os llevaré a Nueva York de nuevo. Podemos establecernos con el aquelarre de Robert si nos lo permite —afirmó él a cambio, y la idea sonaba tan bien que casi nos imaginé allí, juntos.

Apoyé la frente en su mentón y suspiré.

—Eso me gustaría.

—Lo haremos. Haremos lo que queramos, Danielle.

Deseé con todas mis fuerzas que tuviera razón.

# 48

## Alexander

En cuanto regresamos al pasillo, Danielle se lanzó sobre Wood con el mismo ímpetu con el que lo había hecho un momento antes contra mí.

—¿Ella está bien? —murmuró, con la respiración entrecortada por la emoción—. No, claro que no… Pero Dith…

—Tan jodidamente desesperante como siempre —rio Wood, aunque también a él le costó hablar. Dio un paso atrás y echó un rápido vistazo sobre su hombro. Tras una pausa, añadió—: Quiere que sepas que está muy orgullosa de ti.

Danielle se tambaleó un poco, así que coloqué una mano en la curva baja de su espalda. No podía dejar de tocarla de la manera que fuese y, a pesar de que continuaba percibiendo su magia como la más exquisita de todas cuantas había conocido, no sentí ningún impulso de tomarla para mí. Ninguno en absoluto. Y quizás eso, junto con la declaración que se me había escapado unos minutos antes, fuese tan revelador como para que me decidiera a aceptar por fin que… me había enamorado de Danielle Good. Me volvía loco de maneras que no conseguía entender y despertaba en mí sentimientos que jamás hubiera esperado albergar por nadie que no fueran los gemelos. Quería protegerla del mundo entero; quería *entregarle* el mundo entero. Sinceramente, no sabía qué hacer conmigo mismo ni con ese tipo de pensamientos. Pero lo que sí tenía claro era que la mantendría a salvo a cualquier precio. Demolería Ravenswood si hacía falta después de liberar a Raven. Y no me avergonzaba admitir que dejaría que ardiera hasta sus cimientos si con ello conseguía que mis seres queridos no volvieran a sufrir daño alguno.

—Está aquí —repitió. Aunque esta vez no era una pregunta, Wood

le hizo saber con un gesto que así era—. ¡Dios! Lo siento tanto, Dith… Lo siento… Lo siento…

Wood hizo una mueca de dolor. Apenas si era capaz de mantener sus propias emociones a raya, lo cual era mucho decir tratándose de él. Resultaba frustrante no poder hacer nada para ayudarlo; no poder concederle lo que más deseaba. Ni siquiera podía imaginar el dolor que estaba sintiendo y esperaba no tener que sentirlo nunca.

—No hay nada que lamentar —afirmó él—. Tú no tienes la culpa, Danielle. Y Dith quiere que sepas que volvería a hacerlo. Volvería a salvarte una y otra vez. —Wood tomó aire, y los ojos de Danielle volvieron a concentrarse en su rostro.

—Lo siento. Por ti y por todo lo que te he arrebatado.

Wood se forzó a sonreír. Acto seguido, le dio un beso en la frente, y supe que tampoco él la culpaba por lo que le había sucedido a Meredith. Probablemente, y a su propia manera, él también amaba un poco a aquella bruja bocazas e impetuosa, aunque solo fuera por el mero hecho de que Dith lo hacía.

Se miraron un instante y luego Wood se aclaró la garganta.

—Bien, ahora vamos a por mi hermano.

Los demás nos esperaban ya en el vestíbulo. Salvo el director de Abbot y Wood, que vestía sus propios vaqueros y una camiseta oscura que alguien debía de haberle dejado, los demás llevaban el mismo tipo de prendas elásticas y resistentes que los Ibis y que yo mismo. También portaban un montón de armas de aspecto afilado y letal.

—Puedo conseguirte un uniforme —le dijo Sebastian a Danielle, cuando esta se quejó de que casi todos llevaran uno.

—No, está bien así.

Cameron se acercó a ella y le entregó una daga corta con un bonito mango repleto de símbolos. Supuse que todas las armas de los Ibis estarían encantadas, así que me fijé en las de Wood para asegurarme de que aún contaba con las que se había llevado de Ravenswood. No quería a ninguno de los gemelos cerca de aquel tipo de filos.

—Los brujos oscuros no son enemigos —les recordé a todos, aunque tuve que obligarme a agregar—: Pero sed cautos, no sabemos si algunos podrían estar del lado de Mercy. Y… mucho cuidado con Tobbias Ravenswood. Ya ha intentado matar a Danielle antes y, si

existe un brujo dispuesto a colaborar con Mercy o con Elijah Ravenswood, desde luego que se trata de él.

Nadie dijo nada ni señaló que era mi propio padre del que hablaba; supuse que, a esas alturas, todos eran conscientes de dónde residía mi lealtad. Renegar del propio linaje no era nada común en nuestro mundo; normalmente, era más probable que se exiliara a uno de sus miembros a que uno renunciara voluntariamente. Pero los Ravenswood habíamos envenenado las mentes de los demás brujos a lo largo de toda nuestra historia; habíamos mentido y habíamos ocultado tantos secretos como faltas había en nuestro haber. Y eran muchas. Muchísimas. Ya era hora de que pagásemos por ello.

Apenas un leve rastro de luz teñía ya el horizonte cuando salimos al exterior, aunque no nos pondríamos en marcha hasta que se hiciera de noche por completo. La temperatura amenazaba con ser más fresca que en días anteriores y en el aire flotaba una energía muy particular, lo cual no resultaba extraño teniendo en cuenta el día del que se trataba. Los humanos estarían ahora comenzando sus celebraciones de Halloween, repartiendo caramelos en las puertas de sus casas decoradas, y los niños correrían por las calles, disfrazados de monstruos, sin ser conscientes de lo reales que eran algunos. Esperaba que pudieran seguir permaneciendo ajenos a ello.

La mansión fundada por mis antepasados se alzaba más allá de la verja y los muros que rodeaban Abbot, al otro lado del camino, tan majestuosa como lo había sido durante más de tres siglos, aunque más oscura y siniestra que nunca. «Demasiada calma», pensé para mí. Demasiado silencio. Y también demasiadas sombras rodeándola; sombras que nos ampararon cuando nos acercamos hasta el edificio, pero que también eran la fuente de la que podían brotar demonios en cualquier momento. Las horas que nos habían permitido recuperar nuestra energía también se lo habrían permitido a Mercy, estaba seguro.

«Vamos a por ti, Rav. Resiste solo un poco más».

Traspasar los límites de los terrenos de Ravenswood no supuso un problema, fue demasiado sencillo en realidad. El grupo entero, incluidos los Ibis, solo tuvo que dar un paso y ya estaba dentro. Me pareció que Hubbard se estremecía, y no tardé en descubrir la causa.

—No hay barrera. —Nos quedamos todos mirándolo a pesar de que a mí también me había parecido que había algo raro—. Eso significa que Wardwell… está muerta.

Se armó un pequeño revuelo que me obligué a silenciar enseguida. Fue Wood el que nos brindó una explicación a las palabras de Hubbard; él parecía demasiado afectado para estar hablando de una mujer que, en realidad, era su contraparte oscura.

—La barrera de protección de Ravenswood es algo que se vincula directamente a la magia de cada director cuando este acepta el cargo y se nutre de su persona para renovarse cuando sufre cualquier intrusión o alteración; si no hay barrera, es porque ya hace días que Wardwell ha muerto y no se ha nombrado un sustituto. Los hechizos suelen mantenerse durante al menos setenta y dos horas tras el fallecimiento. —Miró a Hubbard antes de añadir—: Supongo que en Abbot las cosas funcionan igual.

El hombre asintió para mostrar que no se equivocaba.

—No me gustaba esa mujer, pero esto… —Danielle no concluyó la frase, pero ninguno lo necesitábamos. Dudaba que Mary Wardwell hubiera tenido una muerte pacífica y por causas naturales.

Continuamos avanzando por el camino y, en cuanto alcanzamos la entrada principal de la mansión, me adelanté a los demás. Las puertas contaban con relieves trabajados con un gusto exquisito y databan del año mil setecientos, el mismo en el que se había fundado la academia de la oscuridad y también en el que habían nacido los gemelos. Su padre, Robert Ravenswood, la había encargado en madera de roble y se había asegurado de que se realizara el trabajo según sus gustos y necesidades.

La ausencia de barrera no eliminaba todas las protecciones de la academia, así que coloqué las palmas planas sobre una de las hojas y dejé fluir un poco de mi magia. Aquel había sido el único hogar que había conocido durante gran parte de mi vida y, pese a todo lo sucedido, continuaba formando parte de mi legado. Una herencia maldita, pero era la mía, y la vieja mansión lo sabría. Me permitiría entrar, no tenía dudas sobre eso.

—He vuelto. Déjame entrar —murmuré y, tal y como esperaba, sonó un chasquido y la madera cedió bajo mis manos.

Empujé hasta que se abrió lo suficiente como para permitir que nos escabullésemos dentro. Al otro lado, todo parecía estar tranquilo. Les hice un gesto a los demás para que entraran.

—Danielle —capturé su mano cuando fue a pasar junto a mí y me hice a un lado con ella mientras los otros avanzaban—, sé que sueles hacer lo contrario de lo que te digo, pero existe una posibilidad de que el hechizo que lanzaron Corey y tu madre sobre toda la finca siga siendo efectivo incluso con todo tu poder desatado, así que… ten cuidado, por favor.

Permaneció un instante en silencio, observándome, y solo ella sabría lo que estaba viendo en mi rostro, pero finalmente asintió.

—Tú también.

Me incliné sobre ella y le di un suave beso en los labios.

—Siempre.

Un momento después, nos colamos juntos en Ravenswood. Hacía muchos años que no pisaba el vestíbulo de la academia, casi tantos como desde mi llegada al lugar, pero recordaba gran parte de los detalles. Lo primero que registraron mis ojos, incluso a través de la suave penumbra en la que se encontraba sumida, fue el retrato que presidía la estancia. En él, los gemelos habían sido pintados mirándose, cara a cara, como imágenes especulares el uno del otro salvo por el tono de su pelo. Robert Ravenswood tenía la misma cara de capullo cruel que imaginaba que habría tenido en vida, y Martha, su mujer, se hallaba a su lado, aunque no se tocaban entre ellos ni a los niños. Odiaba ese puto retrato con toda mi alma y me prometí que, cuando todo esto acabara, se lo entregaría a Wood y Raven para que lo despedazaran de la manera que les pareciera más oportuna; se habían ganado esa satisfacción, por mínima que fuera.

—Deberíamos separarnos —sugirió Sebastian, empleando tan solo un hilo de voz—. Cubriremos más rápido todo el lugar.

—Eso dicen siempre en las películas y termina con todos… Bueno, ya sabéis, todo acaba mal. Muy mal.

Me alegró que Danielle aún tuviera ánimo para bromear, aunque sabía que, al igual que yo empleaba máscaras para ocultar mis estados de ánimo, el humor era el arma del que ella se valía para combatir sus propios demonios.

Habíamos hablado de cómo proceder una vez que estuviésemos en la academia. La mayoría eran partidarios de continuar juntos, pero si queríamos encontrar a Raven antes de que diesen las doce, y también asegurarnos de que a Mercy no se le hubiese ocurrido retener a los alumnos o algo similar, todos sabíamos que lo más rápido era ir por separado. Ravenswood era enorme, mucho más que Abbot, como un pequeño pueblo con tiendas incluidas y un buen número de casitas unifamiliares, además de la mansión, el edificio Wardwell y el auditorio que llevaba el mismo nombre. Había muchas posibilidades de que Mercy hubiera escogido este último, pero ¿y si me equivocaba?

—Elizabetta, Derek y yo revisaremos la mansión. Si aparece algún alumno, lo ayudaremos a salir de aquí. Seremos más rápidos —prosiguió Sebastian—. Id vosotros directos al auditorio.

Era lo más lógico, aunque solo fuera porque los Ibis estaban acostumbrados a los trabajos de campo. No creía que fuera el primer lugar que tenían que rastrear en busca de brujos oscuros, aunque esta vez fuera por una buena causa. Además, éramos Danielle y yo quienes debíamos enfrentarnos a Mercy, los demás solo estaban allí de apoyo, aunque no creía que ninguno dudara en cortarle el cuello si se le presentaba la ocasión.

—Si encontráis a algún alumno, llevadlo a Abbot.

Los tres Ibis aceptaron sin ninguna objeción, a pesar de que Hubbard acabara de ordenarles que metieran a brujos oscuros en la academia de la luz, lo cual decía mucho del hombre que dirigía Abbot y también de lo rápido que estaban cambiando las cosas para todos. Esperaba que Cameron estuviese orgulloso de su padre, porque ojalá el mío fuera la clase de persona a la que no le importara reconocer que se había equivocado y que se esforzaba por enmendar dichos errores. Pero Tobbias Ravenswood, desde luego, no era ni sería nunca así.

Nos separamos tras un breve intercambio de miradas y un escueto «suerte» por parte de Sebastian. Tampoco era que hubiera mucho más que decir. Mucho me temía que lo que sucediera allí esa noche no tendría nada que ver con la suerte y sí con el maldito destino y sus grotescos planes.

Wood guio al resto del grupo por la mansión con la soltura del que

había nacido y crecido entre sus muros. Sus pasos eran decididos pero ligeros y sigilosos. Me había advertido una y otra vez que, si se veía obligado a transformarse para pelear y no podíamos comunicarnos, no se me ocurriese preocuparme por él y fuera directo a por Raven, como si mi inquietud por su destino pudiera ser menor que la que padecía a causa de la ausencia de su hermano. No me planteé tener que elegir entre ellos; nunca podría, esa sería una elección imposible. Los amaba a ambos por igual y recé para no verme jamás en esa situación.

En cuanto llegamos hasta las puertas traseras, extendí mi poder en todas direcciones y supe de inmediato que el campus no estaba vacío. Demasiado tranquilo, sí, pero había brujos allí, y en un buen número.

—¡Mierda! Hay alumnos ahí fuera —informé a los demás.

Danielle asintió de forma leve; ella también los sentía. Me concentré con más ahínco en busca del rastro desagradable de la magia de Mercy. Me hubiera resultado más fácil si me hubiese transformado, pero no quería hacerlo todavía. Cuanto más esperase, menos de mi magia malgastaría; estaba seguro de que la iba a necesitar.

No detecté nada irregular ni que se asemejara a lo que había sentido la noche anterior al encontrarme con Mercy. Quise pensar que eso indicaba que tenía razón y se hallaba en el auditorio, dado que era lógico que sus protecciones amortiguaran al menos parte de su poder. Miré hacia la izquierda, en dirección contraria. Las luces indirectas que iluminaban los caminitos de piedra estaban todas encendidas, por lo que a lo lejos pude ver la casa que los gemelos y yo habíamos ocupado durante tantos años; nuestras cosas todavía estarían allí, o eso suponía, pero me di cuenta de que no echaba de menos el lugar en absoluto. Aquella no era más que una construcción cualquiera, y lo que hubiera dentro, bienes materiales que jamás sustituirían a las personas que realmente necesitaba a mi lado.

Le hice una señal a Wood hacia la derecha, la zona en la que se hallaba el edificio Wardwell. Había ventanas iluminadas, algunas incluso abiertas, y mi instinto me decía que parte de los brujos que sentía estaban allí. Pero nuestro destino se alzaba justo detrás de él, aunque no fuera visible desde donde nos encontrábamos.

Nos movimos por la fachada de la mansión, hasta que esta ya no

pudo brindarnos refugio, y luego echamos a correr. Emplear los rincones más oscuros del campus puede que no fuera nuestra idea más brillante, pero, si empezaban a salir demonios de ellos, tendríamos que admitir que Mercy había descubierto que estábamos allí y entonces ya no habría necesidad de ser discretos. ¿Podría sentirme ella? ¿Sentiría el poder de Danielle? No estaba seguro. En lo que concernía al verdugo, ninguno sabíamos nada, ni cuál era su función en esa historia ni qué destino le había augurado la profecía, aunque suponía que era quien acabaría por desatar la oscuridad sobre el mundo. O por gobernarla.

«Puedes hacerlo, Luke, puedes comandar un ejército de oscuridad. Y yo… yo seré tu reina», esas habían sido sus palabras. Una reina de la oscuridad, una que decidiría quién viviría y quién moriría; un verdugo también entonces. Sin embargo, la había visto dar órdenes a los demonios. Lo único con lo que yo contaba, y que ella no poseía, era la marca de los malditos, así que parecía obvio que ese era el motivo por el que me quería a su lado. Y eso era perfecto, porque no había manera alguna de que yo hiciera nada de lo que Mercy deseaba.

# 49

En todo el tiempo que había vivido en Abbot, nunca me había dado por imaginarme entrando a hurtadillas en Ravenswood, y mucho menos haciéndolo la Noche de Difuntos. Recordaba haber estado presente mientras algunos de mis compañeros bromeaban sobre los rituales que se debían llevar a cabo allí ese día en particular e incluso yo había participado de esas bromas con mis propias aportaciones. Ahora, sin embargo, ya no resultaba ni la mitad de gracioso.

Había crecido ajena a la realidad de ambos mundos, y ahora los dos estaban cayendo y se convertían en uno solo. A pesar de no contar con el apoyo de nadie más para hacer frente a Mercy y su ejército de sombras, ya no había duda de que aquello marcaría un hito para las dos comunidades, al igual que lo había hecho Salem. Resultaba irónico que en ese entonces los Good y los Ravenswood nos hubiésemos encontrado en mitad de todo el meollo y ahora lo estuviésemos de nuevo. Aunque igual no era una simple coincidencia, sino más de ese destino que parecía empeñado en hacernos tropezar una y otra vez: Benjamin y Sarah, Wood y Dith, Alex y yo… A lo mejor no solo era el linaje de los Ravenswood el que estaba maldito, quizás también lo estuviera el mío. O tal vez, en realidad, no fuera una condena, sino una nueva oportunidad para hacer las cosas de la manera correcta. Quizás Alex y yo teníamos ahora la oportunidad que ninguno de los demás había tenido. Prefería pensar que el universo entero estaba decidido a que, en algún momento, dejara de juzgarse a nuestras familias por relacionarse. Al menos, pensando así me quedaba la esperanza de que todo aquello, cuando terminara, lo haría bien.

Una vez que rodeamos el edificio Wardwell, el auditorio apareció frente a nosotros. No pude evitar pensar en la noche del baile de máscaras. En cómo me había sentado en aquella sala junto a Maggie y

ella me había hablado de que se marcharía con Robert cuando se graduara, y de cómo me había compadecido de ella por los ataques reiterados a los que se sometía a su linaje solo por descender de quienes lo hacían. Me había sentido unida a ella casi al instante.

Alex me había dicho que no tenía ni idea de en qué momento Mercy se había apoderado del cuerpo de Maggie Bradbury, pero que, por lo que él sabía, ese tipo de rituales tan oscuros conseguían resultados mucho más estables a largo plazo cuanto más joven era el huésped. Dado que Mercy no parecía tener ningún problema con su nuevo cuerpo, parecía evidente que llevaba mucho tiempo ocupándolo. Me hervía la sangre al pensar en el modo en que había estado fingiendo y cómo había conseguido engañarme por completo solo para conseguir que el poder de Alex se convirtiera en lo que ella necesitaba.

Nos acercamos al edificio de la forma más sigilosa posible, todos en silencio, tensos y alertas. Alex aún no había convocado su oscuridad, y yo me estaba esforzando para presionar mi poder y que no saliera a la superficie; los nervios no jugaban a mi favor, aunque por ahora aguantaba bien. Y percibir el modo en el que empujaba contra mi piel sirvió para eliminar la duda que Alex había sembrado al recordarme las visitas de mi madre a Ravenswood y lo que ella había hecho para protegerme, al menos antes de decidir que sus hijas estarían mejor muertas.

Aparté el pensamiento y continué avanzando junto a los demás. Aún nos quedaban unas horas para la medianoche, el tiempo suficiente como para sacar de allí a Raven y evitar lo que Mercy hubiera planeado para ese momento en concreto. No éramos tan tontos como para creer que aquello era solo una casualidad. La noche anterior había ido a Abbot en busca de Alex o, en su defecto, para llevarse a alguien al que emplear como moneda de cambio y obligarlo así a ceder a sus intereses. Elegir justo a Raven para ello había resultado muy cruel, aunque si se hubiera tratado de Wood, habríamos acabado allí de igual forma.

Accedimos al edificio sin ningún problema, pero listos para encontrárnoslos. Cam, Hubbard y Wood llevaban las armas ya en las manos; Alex y yo preferíamos tenerlas libres. Se nos veía decididos, y

tal vez también un poco aterrados, quizás porque conforme atravesamos el umbral todos percibimos los hechizos que presionaron nuestro poder y el modo en el que estos amenazaban con sofocar la magia en nuestro interior. No había sido tan consciente de ello la vez anterior, pero en ese momento no pude evitar estremecerme bajo el peso de años y años de conjuros protectores de todos los directores de la academia; los que fuera que habían realizado, estaba claro que no desaparecían con sus muertes, como en el caso de la barrera exterior. Sin embargo, no resultaba suficiente para sobrepasar en lo que me había convertido, y eso me hizo comprender lo poderosa que era ahora. Lo mucho que había cambiado todo en cuestión de semanas.

Nos detuvimos justo frente al acceso a la enorme estancia en la que se había llevado a cabo el baile. Alex buscó mi mirada ya con las manos sobre la puerta, preparado para empujar y abrirla, y yo asentí mientras los demás se alineaban detrás de nosotros. La quietud del aire resultaba antinatural, pesada y agobiante.

—Rav está ahí dentro —murmuró Wood entre dientes, tras olfatear ligeramente el aire.

No estaba segura de querer saber cómo podía afirmarlo con tanta seguridad, pero algo en su expresión me aconsejó no preguntar. En cuanto Alex empujó y pudimos ver el interior de la sala, fui consciente de que no habíamos llegado hasta allí gracias a nuestro sigilo o habilidad, sino porque Mercy nos lo había permitido. Estábamos justo donde ella nos quería y, posiblemente, también en el instante en el que había esperado que apareciésemos.

—Aquí estáis —dijo desde el fondo, acomodada en algo que se parecía sospechosamente a un trono. Abrió los brazos y abarcó el lugar con un gesto complacido—. Espero que os guste todo lo que he preparado para vosotros.

Alex se irguió en toda su estatura y entró en la estancia del mismo modo en que lo había hecho la noche del baile, con una actitud decidida y feroz. Y, de nuevo, ya no parecía el chico de la terraza de Nueva York ni el hombre con el que había hecho el amor días atrás. Era Luke Alexander Ravenswood, el heredero del linaje más oscuro y poderoso que hubiera existido jamás, el portador de la marca de los malditos. La marca de Caín.

Se transformó entre un paso y el siguiente, sin ni siquiera detenerse. La oscuridad manó de su cuerpo en una explosión controlada y se derramó por el suelo, formando un manto ondulante a su alrededor, y las llamas envolvieron su figura como la suavidad propia de una amante. Su pelo viró a negro o blanco según el mechón. Los cuernos asomaron sobre su cabeza. Todo de un solo golpe. La demostración de poder que estaba haciendo era una clara advertencia para Mercy; incluso sometido a las protecciones del lugar, nada iba a detenerlo. Nada atemperaría su furia. Nadie le impediría llevarse a su familiar de vuelta sano y salvo. Era oscuro, aterrador y hermoso más allá de toda duda, y el mejor ejemplo de que de dónde viniésemos no tenía por qué decidir quiénes queríamos ser ni condicionaría la causa por la que elegiríamos luchar.

Lo contemplé sobrecogida, como al dios terrible y poderoso que era, pero sin olvidar quién era para mí. Lo que significaba.

«No te tengo miedo». Las palabras se formaron en mi mente con una claridad devastadora. Incluso con toda esa oscuridad desplegada a su alrededor continuaba siendo él. No tenía dudas.

Se detuvo a pocos metros de la primera línea de brujos. Había cinco hileras, cada una con cinco alumnos arrodillados, veinticinco en total; todos con las palmas de las manos apretadas la una contra la otra y un fino cordón anudado alrededor de las muñecas. Casi parecían estar rezando, aunque no creía que fuera el caso. Ni siquiera creía que estuviesen lúcidos. Sus ojos se encontraban abiertos, pero tenían la mirada perdida y opaca. Enturbiada de un modo espeluznante.

«Están hechizados», comprendí al revisar sus caras uno por uno y darme cuenta de que todos estaban en el mismo estado. Cuando me atreví a dejar que mi mirada vagara más allá de ellos, descubrí a Raven a los pies de Mercy, tirado sobre el suelo e inconsciente. Apreté los labios para no gritar. Quería ir hasta él y arrastrarlo lo más lejos posible de aquel lugar, lejos de cualquier cosa que pudiera dañarlo.

—Déjalos ir y entrégame a mi familiar —bramó Alex, y el eco de su otra voz reverberó por toda la sala, terrible y antiguo. Poderoso.

Mercy ladeó la cabeza y sonrió como la psicópata que era.

—¡Oh! Pero no es tu familiar en realidad, ¿verdad? Ya no. Ahora

es de ella, así que creo que voy a revocar su invitación. Sin embargo, puedes quedarte con el lobo blanco como mascota. Soy así de generosa.

Alexander apretó los dientes y los puños. La oscuridad se movió bajo sus pies formando ondas cada vez más densas; las llamas oscilaron sobre sus hombros. Me dio la sensación de que el edificio al completo se estremecía. Que cada ladrillo vibraba. Mis propias células temblaron.

—Es mi familia. Nada podrá cambiar eso jamás, así que entrégamelo. Ahora.

Mercy se puso de pie de un saltito. Esta vez no había rastro de su capa ni del uniforme de Ravenswood. Iba toda de negro y llevaba un vestido que, a juzgar por el corte, podía haberle pertenecido perfectamente a su yo original, solo que parecía nuevo. Se le ceñía a la cintura a la perfección y tenía una de esas faldas ligeramente voluminosas de la época; el cuello era la única parte blanca de todo su atuendo. Fue como contemplar en movimiento una de las imágenes de los juicios de Salem que los profesores nos mostraban en ocasiones en clase.

—Yo soy tu familia.

—Tú no eres nada mío y no lo serás nunca —replicó Alex, con la rabia desbordándose de sus labios, afilada y brutal.

La sonrisa de Mercy se retorció de tal modo que su rostro se convirtió en una máscara cruel, reflejo de un alma mucho más oscura de lo que podría haber imaginado. Y supongo que esa fue mi señal para salir de mi estupor, porque de repente me encontré caminando hasta donde Alex se encontraba. Me situé a su lado, el dorso de mi mano rozó la suya. El contacto no fue más allá de una leve caricia, pero la sentí por todo el cuerpo.

Los demás no tardaron en seguir mi ejemplo. Uno por uno, todos se adentraron en el ambiente opresivo de la sala para hacer frente a Mercy Good-Ravenswood. Brujos oscuros y blancos por igual.

—No eres nadie —insistió Alex—, y si crees que vas a conseguir algo de mí, estás muy equivocada.

—Puedo hacerle mucho daño…

—Si lo tocas, te asegurarás de que jamás te ayude en nada. Te

perseguiré hasta el fin del mundo, y te prometo que no seré compasivo. Te destruiré —concluyó con una calma serena y, aun así, no hubo duda de que cumpliría con la amenaza.

La expresión de Mercy se suavizó, sus labios esbozaron una sonrisa pequeña y tímida, y su mirada pasó a ser tan inocente que no pude evitar ver en ella a Maggie Bradbury. Era su rostro el que estábamos mirando, el mismo que me había mostrado a mi llegada a Ravenswood y con el que me había engañado por completo. Solo que Maggie no estaba de verdad allí; quizás nunca lo hubiera estado. Quizás la había poseído durante su nacimiento y ese hecho había sido justo lo que había desatado la profecía.

—Pero ya has dicho que no vas a ayudarme, Luke —murmuró con una vocecilla infantil que me puso todo el vello del cuerpo de punta.

Movió los dedos de la mano derecha. Todos los alumnos arrodillados echaron la cabeza hacia atrás de golpe y dejaron expuestas sus gargantas. El movimiento fue tan coordinado que casi pude oír el sonido de sus vértebras cervicales crujir todas a la vez. Resultó escalofriante.

—Míralos. Pobres, tan jóvenes… —continuó diciendo. Y lo eran. Los veinticinco parecían muy muy jóvenes, seguramente, estarían en su primer año o, como mucho, en el segundo. No podían ser mayores que Ava y Johan—. A ellos sí puedo hacerles daño. Eso sí me lo permitirías, ¿verdad? Nunca te han tratado bien. No eres parte de la comunidad oscura, nunca te dejaron serlo solo porque eras diferente. Ahora tienes una oportunidad para vengarte de su desprecio. Los harás pagar con sangre.

Era verdad que Alex jamás había formado parte de su propia comunidad, siempre había vivido aislado, pero lo que Mercy ignoraba era que esa había sido una decisión que él mismo había tomado, a sabiendas de lo que suponía y de que lo condenaría a estar solo para siempre. Aun así, estaba segura de que nunca se había arrepentido de ello, ni lo haría en el futuro. Solo había tratado de protegerlos de su poder. Me daba la sensación de que, en realidad, era la parte Bradbury que había en Mercy la que anhelaba que pagaran por ello… o quizás fuera el bebé al que todos los Good habían abandonado en la cárcel para que muriera.

—No busco venganza, y ellos son de los tuyos —señaló Alex, aunque ya no hubiera bandos para él—. ¿Sobre quién reinarás si los matas a todos?

Mercy desechó su pregunta —una que él ya me había hecho a mí una vez— con un gesto de la mano. Al parecer, yo no había andado muy desencaminada en la respuesta que le había dado.

—Hay más en el edificio de al lado. Y los tengo a ellos. —Me señaló y también a Cam y a Hubbard. Hablaba de los brujos blancos —. Y a los humanos. ¿Te imaginas? Harán lo que queramos. Cualquier cosa. No podrán defenderse.

—No la vas a hacer entrar en razón —susurró Wood, solo para nuestros oídos—. Vamos a por ella de una vez y acabemos con esto.

Alex también le contestó en voz baja.

—Los matará, y matará también a Raven antes de que podamos llegar hasta él.

—Y… tengo a mis pequeñas mascotas —prosiguió Mercy, ajena al intercambio entre ellos.

El gran salón estaba iluminado con las mismas lámparas de aceite del baile, por lo que había sombras por doquier. Las escudriñé todas en busca de demonios, pero no vi nada raro. Si se le ocurría empezar a convocarlos, lo tendríamos muy complicado para sacar de en medio a todos los brujos y conseguir llegar hasta ella. Hasta Raven.

—Y a él —añadió en último lugar—. Sobre todo lo tengo a él.

Volvió a mover los dedos, pero en esta ocasión solo uno de los alumnos se movió. Se puso en pie como si sus extremidades estuvieran unidas a hilos que la propia Mercy manejaba y empezó a avanzar hasta el trono. Rodeó a Raven y se detuvo.

Alex dio un paso hacia delante, dispuesto a intervenir, pero, en cuanto comenzó a avanzar, la línea de brujos más cercana se puso de pie también como un único ente. El cordón que unía sus muñecas cayó al suelo y estiraron los brazos los unos hacia los otros, con las palmas expuestas en nuestra dirección, forjando una barrera de cuerpos entre nosotros y el resto de la sala. La estaban protegiendo. O, más bien, Mercy los usaba para protegerse de nosotros.

Convoqué mi magia y la empujé para hacerla fluir hasta las puntas de mis dedos, lista para emplearla si era necesario. Al menos que

supiésemos, no le había hecho daño a nadie en la sala del consejo. Todos los muertos habían tenido heridas provocadas por los demonios, así que, si me veía forzada a explotar y dejar toda mi ira salir, no mataría tampoco a Mercy, pero tumbaría a todo el mundo. Quizás eso me diese la oportunidad de llegar hasta donde estaba. Y entonces sí que la agarraría del cuello y permitiría que los restos de magia que me quedaran la recorrieran de pies a cabeza hasta arrancarle cada gota de su poder.

«¿Y si Maggie sigue ahí, en algún lugar dentro de su cuerpo?». ¿Podría estarlo? ¿Habría sobrevivido? No estaba segura. No sabía tanto de posesiones como para dilucidarlo, pero si se le ocurría tocar a Raven, si amenazaba a alguno de mis amigos, no me creía capaz de controlar mi ira. La mataría, y no lo lamentaría en absoluto.

El problema era que no sabía exactamente cómo afectaría mi poder a Alex. Lo que le haría. Él no había estado presente en ninguna de mis explosiones, así que, a pesar de que sospechaba que tenía que tocar a alguien para que su magia se viera dañada, no estaba segura de si eso también se aplicaba a él.

El aire a mi alrededor crepitó. La suave canción de la magia de Alex aumentó de volumen y resonó a través de mi cuerpo, tranquilizándome, al menos de momento. Él me lanzó una mirada rápida y negó, como si supiera exactamente la clase de pensamientos que pasaban por mi mente. Sinceramente, no creí que le preocupara demasiado lo que le sucediera si conseguía sacar a Raven de allí sano y salvo. Pero ¿podía arriesgarme a hacerle daño a Alex?

En el fondo, sabía la respuesta a esa pregunta. Aquella era una decisión imposible.

El brujo que se había adelantado giró en redondo, quedando de cara a nosotros. Apenas tendría doce años. La palidez de su piel contrastaba con su pelo negro, y sus ojos… Parecía perdido, pero, de algún modo, había un profundo temor habitando en ellos. Como si de alguna manera fuera consciente de lo que sucedía, pero no pudiera hacer nada por evitarlo.

Mercy lo miró y sonrió. Tuve un mal presentimiento, uno muy malo. Y fue aún a peor cuando Wood lanzó un grito de advertencia y, al segundo siguiente, al chico se le abrió la garganta sin que Mercy

hiciera un solo movimiento. La sangre comenzó a caer como una cascada macabra cuello abajo y empapó la camisa de su uniforme en cuestión de décimas de segundo. Se me escapó un jadeo de horror y la bilis me llenó la boca. A mi alrededor resonaron maldiciones y expresiones de horror.

La magia empujó con fuerza bajo mi piel, pero fue Alex quien respondió primero. Dio un grito que hizo vibrar las paredes y el techo, incluso el suelo. Su oscuridad pulsó entonces con la misma fuerza que su voz y se extendió hacia delante como una flecha. Durante un instante creí que atacaría a Mercy, pero alcanzó al muchacho justo antes de que este se derrumbara sobre el suelo. La oscuridad envolvió su cuerpo en un capullo protector, acuñándolo con cuidado y una dulzura infinita, y luego lo bajó poco a poco hasta dejarlo recostado junto a Raven.

Los alumnos que quedaban arrodillados se levantaron a la vez. Wood empujó a uno de los que le quedaba más cerca, tratando de apartarlo de su camino sin herirlo, lo cual no resultó demasiado efectivo. Alex temblaba de pies a cabeza con los ojos fijos en Mercy, y un odio profundo y ciego rezumaba de él con tanta intensidad como lo hacía su oscuridad. Yo ni siquiera había podido reaccionar. Como tampoco lo hice cuando algo empezó a tomar forma justo sobre el charco de sangre del brujo degollado. Me quedé paralizada; ya había visto algo así antes. En el bosque.

La sangre ascendió por el aire como si algo la estuviese succionando y se arremolinó hasta que unas piernas se materializaron frente a nuestros ojos; luego, un torso, brazos, cuello y un rostro, uno conocido: Elijah Ravenswood. En cuanto mis ojos se posaron sobre él, supe que las cosas iban a empeorar mucho más a partir de ese momento.

—Bienvenido de nuevo a tu hogar, Luke. —Fue lo primero que dijo el nigromante.

Alex apenas si le permitió terminar de hablar antes de contestarle:

—Que te jodan.

Juraría que había lágrimas corriendo por sus mejillas.

# 50

## Alexander

La marca ardía en mi pecho. Mi oscuridad pulsaba. A pesar de las protecciones del edificio, percibía con una nitidez absoluta cada fuente de poder en la estancia; cada brujo, cada gota de la magia que corría por sus venas. La de Danielle destacaba entre ellas aún con más intensidad, vibrante y pura. Exquisita. Me llamaba y no me llamaba. Tiraba de mí y a la vez no lo hacía, como si las dos partes de lo que yo era no se pusieran de acuerdo en si la anhelaban o no. No había vuelto a ansiar absorber su magia desde hacía días, no de aquella forma desgarradora y brutal. En cualquier momento, sentía que me partiría por la mitad. Y ni siquiera se había transformado aún. Tal vez fuera a causa de la rabia que palpitaba bajo mi piel o, tal vez, de la ira que se estaba desatando bajo la suya. O quizás solo se trataba de ese lugar maldito y de lo decidido que estaba yo a acabar con todo aquello.

Pero mientras que Danielle lucía como un faro en mitad de la noche más profunda, al fondo de la sala, por el contrario, todo lo que había era… malicia. Oscuridad. Un agujero negro de horror y muerte. Lo que hubiera hecho Elijah a lo largo de los años para mantenerse en este plano y no perder del todo la cordura —si es que aún conservaba algo de ella—, y para traer de vuelta a Mercy, había convertido su poder en algo decadente y cruel. Una cosa retorcida más allá de cualquier límite que alguna vez hubiera podido existir, y que, al parecer, había llegado a su auge al desarrollar yo mi propio potencial.

Y esa cosa que era ahora me estaba sonriendo.

—Sabía que regresarías —dijo, obviando mi poco sutil respuesta anterior, e insistió—: Este es tu hogar.

Lo había sido, el único hogar que había conocido alguna vez, pero

ahora yo ya sabía que no se trataba del lugar, sino de las personas. De la familia, la *verdadera* familia. De Raven y Wood, e incluso Dith. Luego, Danielle. Ellos eran mi ancla, y no Ravenswood, no la sangre, pero eso no quería decir que no fuera a defender a sus alumnos con todo lo que tenía. El mío, a diferencia del suyo, no sería un legado maldito. No si podía evitarlo.

—Te equivocas —rugí, apenas conteniendo la rabia.

Sentí un suave roce en el dorso de la mano, otro más. Me sobrevino la imperiosa necesidad de contemplar el rostro de Danielle, pero no aparté la vista de Elijah. No quería darle la oportunidad de hacer el más mínimo movimiento. Si se atrevía a acercarse un centímetro más al lugar en el que Raven yacía, quizás no fuese capaz de controlarme, y no estaba seguro de lo que la parte más oscura de mí haría. Dada mi acuciante sed de magia, bien podría drenar a todos los alumnos con solo desearlo. Ni siquiera creía que necesitara tocarlos… Ya no.

—Todo está hecho. Tú… —Elijah titubeó un instante, sin dejar de observarme—. Ya has estado allí, ¿verdad? Lo has visto…

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Puedo sentirla. La marca se ha activado y ahora tu poder está completo. —Se dirigió a Mercy—. ¿No lo sabe?

Mercy se retorció las manos y negó. De repente, parecía mucho menos segura de sí misma. Y asustada. Temerosa.

Elijah volvió a mirarme y avanzó varios pasos. El bloque que constituían los alumnos se movió a la vez para formar un pasillo en el centro por el que se adentró un par de metros. Se detuvo en mitad de ellos. Fue un alivio que se alejara de Raven, pero verlo rodeado de aquellos críos no me gustó en absoluto. No sabía cuánto tiempo le concedía el sacrificio que acababa de realizar, pero no podía ser mucho. Muy pronto necesitaría matar a otro brujo para continuar siendo tangible. Posiblemente, esa era la única razón por la que necesitaba a Mercy a su lado; él era un fantasma, uno que apenas podía mantenerse a este lado del velo el tiempo suficiente como para llevar a cabo sus planes.

—He pasado tres siglos esperando por alguien como tú. Un heredero con la marca y con el poder para emplearla del modo

adecuado.

—¿Qué clase de poder? —preguntó Danielle.

Aunque yo era muy consciente de su presencia, ella no había hablado hasta ese momento y el sonido firme de su voz me sobresaltó. También desvió la atención de Elijah sobre su persona. El rostro del nigromante se contrajo en una mueca de repulsión y juraría que incluso hizo ademán de retroceder. Danielle era la Ira de Dios y no creía equivocarme al pensar que se había convertido en una bruja mucho más poderosa que yo. Se suponía que dicho poder había sido concebido en su origen para evitar que alguien pudiera dañar al portador de la marca de Caín y, si lo que le había sucedido a Efrain era muestra de ello, parecía bastante claro que, a su vez, Danielle era la única que podía drenar la oscuridad de mí y, seguramente, también de Elijah. Es decir, era tanto una protectora como la única con la capacidad para hacernos daño. Sin embargo, yo mejor que nadie comprendía que no hubiera querido usarme de conejillo de indias para comprobarlo.

—Debería haber sabido que el equilibrio buscaría una manera de intervenir, aunque no esperaba que se tratase justo de esta —repuso él, ignorando su pregunta.

Danielle le dedicó una sonrisa repleta de dientes. No parecía amedrentada, aunque tampoco tenía miedo de mí, lo cual no sabía si hablaba muy bien de su sentido de supervivencia, pero sí que hacía que me sintiera extrañamente orgulloso de ella. A pesar de todo por lo que había pasado en las últimas semanas, allí estaba, erguida y desafiante, plantándole cara a mi antepasado.

—Me importa una mierda el equilibrio —soltó, tan descarada como siempre—, pero tú eres el que no debería estar aquí. Este mundo ya no es el tuyo.

—Lo será. Y también será suyo… —Me señaló—. Cuando por fin acepte quién es y vea lo que puede hacer. A dónde puede ir y lo que traerá consigo.

Algo destelló en los límites de mi consciencia. Un recuerdo. Una visión. Fuego y desolación. Oscuridad y sombras.

—El infierno —murmuré con apenas un hilo de voz, pero Elijah me oyó. Todos lo hicieron.

Mercy avanzó entonces hasta situarse junto a él, sonriente y complacida, mucho más entera que un momento antes. Elijah, sin embargo, no le prestó demasiada atención. Eché un rápido vistazo a Raven, rezando para que se despertase. Su pecho subía y bajaba a un ritmo normal, pero no tenía ni idea de si estaba dormido, inconsciente o también lo habían hechizado.

—Tienes la marca y tu poder es una llave, la única que abrirá la puerta del todo. Por fin.

—¿De qué habla? —me preguntó Danielle.

—No te dirijas a él —escupió Elijah, y ella se echó a reír.

—Llegas un poco tarde para eso, porque he hablado mucho con él últimamente.

Si aquello era o no una insinuación sobre lo que había sucedido entre nosotros, no me importó, aunque oí una risita ahogada proveniente de alguien de nuestro grupo. Elijah —o Mercy, no estaba seguro—, en cambio, respondió de una forma muy diferente y, con él, también Danielle. Las sombras que poblaban la estancia se hicieron un poco más profundas, y la electricidad que flotaba en el ambiente también aumentó.

Había círculos brillantes en torno a las muñecas de ella y ríos de luz comenzaban ya a ascender por sus brazos. Aunque no hubiera estado contemplándola, lo hubiera percibido de todas formas. Su magia se estaba alzando en respuesta no solo al poder de Mercy y el de Elijah, sino a mi propia oscuridad.

—Convócalos.

Cuando quise darme cuenta de que Elijah no estaba hablando con Danielle ni conmigo, sino que la orden iba dirigida a Mercy, ya había *cosas* creciendo en los rincones de la sala, y esta vez no eran solo demonios inferiores. Estaba claro que, de algún modo, Elijah necesitaba a Mercy para atraerlos hasta nuestro mundo, tal vez incluso para manejarlos, y también que el poder de esta era más fuerte dentro de los límites de Ravenswood.

Los seres se mantuvieron inmóviles, entre las sombras. Seres que yo ya había visto en las dos ocasiones en las que había sufrido visiones; solo que quizás habían sido algo más que meros vistazos de lo que pudiera suceder en un futuro.

—Todos estos años —murmuró Elijah. Su figura se emborronó levemente en los bordes durante unos pocos segundos—. Décadas. Siglos. Nuestro linaje nunca ha sido tan poderoso como ahora. Nuestra familia siempre ha estado destinada a reinar por encima de cualquier otra. Por encima de todos —continuó recitando.

Estaba claro que le encantaba oírse hablar y que no le preocupaba demasiado si se veía obligado a matar a otro alumno para continuar allí.

—No puedes hablar en serio —intervino Hubbard, y señaló uno de los rincones del salón en el que las sombras se agitaban amenazantes, cada vez más densas—. Eso no pertenece a este mundo. Lo arrasarán.

Mercy dio un saltito, eufórica. No podía ni empezar a imaginar la clase de ritual que había empleado Elijah para traerla de vuelta, mucho menos lo que eso le había hecho a su mente y a su alma. Pero estaba claro que había perdido totalmente la cabeza.

—Harán lo que les digamos que hagan y, cuando ya no sean necesarios, se los devolverá al lugar del que provienen —dijo Mercy.

La mirada sombría de Elijah se deslizó hacia la bruja y una de sus comisuras se arqueó de manera escalofriante. La observó tan solo unos segundos y, para ser el hombre que la había criado y que le había devuelto la vida —o algo similar a una vida—, no parecía que albergara un afecto excesivo por ella. O ningún afecto en absoluto. Era un peón, uno más en sus retorcidos planes.

Pero Mercy no se percató de nada o no quiso hacerlo, y continuó hablando.

—Esto es lo que auguró la profecía, y yo, la comunión entre linajes que lo hará posible.

Elijah no dijo nada, ni siquiera dio muestras de estarla escuchando. Su atención estaba puesta de nuevo en mí y, de golpe, como si se hubiera percatado en ese instante de que Raven yacía junto al trono, se volvió a medias hacia atrás. Mis músculos se tensaron y mi poder volvió a palpitar; oleadas de niebla se extendieron hasta llegar a sus pies, pero ni él hizo nada por evitarlas ni pareció afectarle de ninguna manera. Supuse que mi oscuridad, después de todo, era también la suya.

—La sangre Ravenswood no debería derramarse aquí —dijo, y su

voz adquirió un matiz más bajo y profundo.

No era la primera vez que decía algo así; lo habíamos escuchado de sus labios aquella noche en el bosque, cuando la Ibis había herido a Raven.

—Solo está hechizado —replicó Mercy—, y ya no es su familiar.

La cabeza de Elijah giró en nuestra dirección de golpe y contempló el espacio entre Danielle y yo como si hubiera algo allí, algo que solo él podía ver.

—Debería seguir siendo un Ravenswood, pese a *eso*.

—Alex —murmuró Wood, entre dientes, a modo de advertencia.

Las sombras se movían, cada vez más audaces. Dientes, cuernos, garras e incluso escamas. Odio y una maldad tan arraigada como lo estaba ya en la carne de mi antepasado. Unos ojos color carmesí que lanzaban destellos, unos colmillos demasiado afilados… Seres que nos provocarían pesadillas durante semanas. O años. Si es que conseguíamos salir de allí con vida.

—Ya lo veo —repliqué por lo bajo mientras el poder de Danielle avanzaba por su piel.

Elijah también parecía consciente de ello.

—Si ahora es tuyo y quieres conservarlo, será mejor que no hagas eso —le dijo, y su figura volvió a parpadear.

Nos estábamos quedando sin tiempo. Si no hacíamos algo pronto, Elijah sacrificaría a otro alumno, o bien los demonios atacarían. Seguramente, ambas cosas.

—Cam, Thomas, deberíais retroceder. Danielle…

—Estás loco si crees que me retiraré y te dejaré solo —me interrumpió ella.

Elijah avanzó un paso y todos los alumnos se movieron a la vez, encarándonos de nuevo. Se oyeron siseos y una serie de sonidos guturales e inhumanos. Ansiosos. Sedientos.

—Vete —exigió Elijah—. Márchate, Danielle Good, si no quieres perderlos a todos.

—No voy a perder a nadie más.

Nuevos chasquidos de dientes resonaron por toda la sala, pero fue la carcajada amarga de Elijah lo que me puso los pelos de punta.

—Estás destinada a perder.

—Ni hablar —rugió Danielle, pero Elijah se dirigió a mí.

—Ocupa tu lugar junto a mí o… asume las consecuencias.

Era un desafío, uno que no sabía si estaba dispuesto a asumir.

Titubeé.

No pensaba hacer nada de lo que él quería, al igual que no había previsto hacerlo cuando Mercy me había reclamado que regresara con ella, pero… perder a Raven o a cualquiera de los otros no era una opción. Nunca lo sería para mí. Y seguramente fuese tan egoísta como ya había pensado una vez que era, porque una parte de mí estaba dispuesta a permitir que el mundo sucumbiera si con eso conseguía evitarles cualquier daño a mis seres queridos. Pero nada me aseguraba que así fuera y, al final, si el infierno se desataba en nuestro mundo, dudaba que ninguno de ellos estuviese a salvo en él.

—No —repetí yo.

Elijah se limitó a asentir.

—Así sea.

# 51

No había tenido demasiadas esperanzas de salir de Ravenswood sin pelear, pero me negaba a ver a nadie más morir. No perdería a nadie más.

Las sombras avanzaron al tiempo que los veinticuatro alumnos estiraron los brazos al frente y adoptaron una postura defensiva. Sin embargo, me di cuenta enseguida de que no podrían acceder a su poder; solo estaban allí como un señuelo. Carnaza, eso eran. Mercy debía de saber que intentaríamos no hacerles daño.

Miré hacia atrás.

—¡Marchaos! —le grité a Cam y a su padre.

Sin magia, de repente, las armas que portaban no me parecían suficientes. No tenía que haberles permitido que nos acompañasen, por muy director de Abbot que fuese Hubbard. Si Elijah no había titubeado en matar a un brujo oscuro y bañarse en su sangre, ¿qué no haría con el hombre que dirigía la academia de la luz?

Pero ni él ni Cam retrocedieron. Aferraron sus espadas con firmeza y se dispusieron a hacer frente a lo que viniera. A un lado, Wood ya se estaba enfrentando a un demonio. El ser tenía un aspecto muy similar a Alex, aunque sin llamas ni oscuridad, pero sí con unos cuernos que se enroscaban sobre su frente y la piel de un tono grisáceo y pulido. También tenía una fila de dientes que parecían poder cortar piel, músculo e incluso hueso si se lo proponía.

No pude entretenerme mucho más contemplando la escena. Todos a una, los alumnos se dispersaron por la sala, y los demonios lo hicieron a su vez entre ellos. No los tocaron, pero estaba claro que no dudarían en emplearlos como escudo si lo necesitaban. Y por sus expresiones ansiosas y hambrientas, tal vez tampoco tuvieran mucho reparo en darles un mordisco si tenían ocasión.

Mi magia, al límite de desbordarse, destelló entre mis dedos. Tenía

la piel brillante y un halo se expandía a mi alrededor. Me daba miedo dejarla salir del todo, pero no había cesado de empujar y empujar hasta que me había cubierto por completo. Me obligué a contener las alas, y mi esfuerzo debió de funcionar, porque, por el momento, se mantuvieron ocultas bajo mi piel. O a dondequiera que fuesen cuando no estaban al descubierto. Quizás fuera una estupidez y tendría que haberlas dejado salir… No estaba segura. Sin embargo, me pareció que, una vez que lo hiciera, la ira que se acumulaba en mi pecho encontraría también el modo de aflorar. Y, dado lo mucho que me enfurecía ver a Raven allí tirado, no creía que fuera a hacerlo de una forma silenciosa y pausada. No después de perder a Dith. No después de las mentiras de mi padre. De la muerte de Johan, los consejeros… No cuando apenas quedaba ya nada de la chica que había huido de Abbot con la triste ilusión de conocer algo más que sus cuatro paredes y sus estrictas reglas.

Había demasiado rencor y rabia en mi pecho, y un anhelo profundo de venganza que, en ocasiones, parecía lo único que me impulsaba a seguir adelante a pesar de que no estaba segura de ser capaz de cobrármela. No pude evitar pensar en el miedo que había sentido Alex al conocerme. Su temor a hacerme daño no debía de distar mucho de la impotencia que sentía yo al no poder hacer uso de todo mi poder por miedo a herir a los demás. Al menos, los jóvenes brujos no estaban peleando, solo se limitaban a… existir. Y a estorbar, eso también.

Traté de convocar mi elemento, pero a duras penas conseguí extraer nada de agua del ambiente. Los hechizos protectores del edificio, de algún modo, afectaban en mayor medida a esa parte de mi magia. Así que, mientras una mole de al menos dos metros y cien kilos se dirigía directo hacia donde Alex y yo nos encontrábamos, no tuve más remedio que tirar de mi nuevo poder. La luz que me rodeaba las muñecas brotó de estas y se convirtió en sendas pulseras sobre mi piel. Enseguida, la de la derecha comenzó a estirarse y serpenteó por el aire para caer y acumularse sobre el suelo. Con un movimiento del brazo, desenrosqué el látigo de pura luz y me dije que más me valía ser capaz de emplearlo con acierto.

—Procura no… explotar —repuso Alex. Parecía impresionado a

pesar de no ser la primera vez que me veía hacer algo así.

Tuve el tiempo justo para sonreírle, y le hubiera enseñado la lengua en un ademán de lo más infantil si el demonio gigantón no hubiese llegado hasta nosotros en ese momento. Alex giró sobre sí mismo para hacerse a un lado en un movimiento de lo más elegante y lo ensartó con uno de sus tridentes de oscuridad, lo cual fue muy espectacular pero no del todo efectivo. Puede que Alex y yo no fuéramos en realidad opuestos, o no del modo en el que todos esperaban que lo fuésemos, pero en aquel aspecto estaba claro que sí contaba. Su poder retrasaba a los demonios o podía debilitarlos momentáneamente, pero nada más.

Enredé el látigo en uno de los gruesos muslos de aquel ser y tiré de él. Esta vez, no se esfumó como habían hecho los demonios inferiores, aunque conseguí que se tambalease. También logré captar su interés por completo.

—¡Ve a por Raven! —dijo Alex.

Mercy y Elijah habían retrocedido hasta el fondo y permanecían impasibles mientras más de esas cosas abandonaban el refugio de las sombras y se lanzaban a por nosotros. Eran muchos, demasiados. Y Alex no podría con ellos, ni siquiera con la ayuda de Wood. Me necesitaba peleando junto a él.

Apreté los dientes y busqué a Cam con la mirada, solo para darme cuenta de que Sebastian y los otros dos Ibis atravesaban a la carrera las puertas del salón. No podían llegar en mejor momento. Al parecer, la ira que alimentaba mi poder también resultaba de lo más atractiva para aquellos seres. Todos parecían estarse arrastrando en mi dirección, seguramente, porque Elijah necesitaba a Alex de una pieza. De algún modo debía de haberles prohibido que lo dañaran, al menos de forma irreversible.

—¡Cam, Sebastian! —los llamé, mientras permitía que el látigo azotara el aire frente a mí evitando todo lo posible a los alumnos a pesar de que era una tarea casi imposible—. Id a por Raven.

Pero Cam ya se estaba moviendo por un lateral hacia delante, tan decidido que cualquiera hubiese pensado que Raven era, en realidad, su propio familiar. Manejaba la espada con una destreza de la que no le hubiera creído capaz, y nunca me alegraría tanto como entonces de

que su padre le hubiera permitido tomar clases de artes marciales y, por lo visto, su tutor le hubiese enseñado a empuñar esa clase de arma.

Sebastian tampoco titubeó. Se lanzó tras él, mientras que tanto Elizabetta como Derek se sumergían de lleno en la pelea. Wood rugió y apartó a un alumno fuera de su camino. No fue demasiado delicado, pero en su defensa diré que los alumnos parecían obstinados en meterse en mitad de todo aquel lío.

Durante no sé cuánto tiempo, peleamos casi como si fuésemos Ibis, ignorando el dolor y continuando adelante porque no había otra cosa que pudiésemos hacer. Esquivando y golpeando. Apartábamos a los alumnos siempre que podíamos. En algún momento, Alex trató de ordenar a los demonios que se fueran al infierno, literalmente, pero no obedecieron, ni siquiera parecían prestarle atención; supuse que la presencia de Mercy y Elijah, combinado con el hecho de que este último también contara con la marca, bastaba para arrebatarle a él esa facultad. Y si Mercy, como verdugo, era capaz de dirigir a los demonios, como ya había demostrado, el único motivo por el que querían a Alex de su parte tenía que ser porque él era esa llave que habían mencionado. O mucho me equivocaba, o sus visiones habían sido muy diferentes a la que yo había tenido. Las palabras de Elijah habían dejado entrever que, en realidad, Alex había viajado hasta el mismísimo infierno. El único otro detalle que jugaba a nuestro favor era que, por suerte, el nigromante no podía permanecer mucho tiempo en nuestro mundo.

Me concentré hasta que la punta del látigo se afiló y, con un giro de mi muñeca, esta se le clavó en la piel al demonio. Imprimí un poco más de mi magia y empujé hasta conseguir que le atravesara el muslo y saliese por el otro lado. La criatura aulló de dolor, pero seguía allí.

Lo retiré de golpe. Otro demonio se lanzó sobre mí desde la izquierda, pero Elizabetta apareció a mi lado y se interpuso en su camino. No desaproveché la oportunidad. Volví a balancear el látigo y fui directa a por la cabeza del gigante; se le enredó alrededor de la gruesa columna que era su cuello. Cerré los dedos en un puño. Se oyó un crujido repugnante y apreté un poco más a pesar de que me dieron ganas de vomitar. Un segundo después, la cabeza de aquella cosa

explotó. Luego lo hizo su cuerpo.

—Joder —farfullé, dando un salto hacia atrás.

Alex no reaccionó tan rápido y acabó bañado en sangre de demonio, o lo que quiera que fuese aquella mierda. Pero ni siquiera se inmutó. Me dedicó una sonrisa rápida y repleta de tensión y se lanzó a por la siguiente criatura.

Cam y Sebastian proseguían su lento avance por el lateral de la sala. A pesar de mi preocupación por Raven, traté de no mirar demasiado hacia el fondo de la sala, a riesgo de perder la concentración. Mientras me esforzaba para sacar de en medio a los alumnos hechizados y repeler los intentos de los demonios por llegar hasta a mí, solo me permitía breves vistazos para asegurarme de que tanto Elijah como Mercy se mantenían apartados de mi familiar. Si bien, estaba convencida de que su impasibilidad no duraría mucho y, si acaso comenzaban a sospechar que la balanza se inclinaba a nuestro favor, tal vez se mostraran más proclives a derramar sangre Ravenswood.

Resultaba irónico que, incluso cuando los brujos le dieran una enorme importancia a su linaje o al aquelarre del que formaban parte, ninguno de los dos fuese capaz de concebir que cualquiera de nosotros entregaría su propia vida para salvar a Raven. No lo entendían, porque nada era más importante para ellos que su ambición o el poder. De haber sido conscientes de lo que significaba Rav de verdad para Alex, para Wood o para mí, de lo profunda que era nuestra conexión, era probable que aquella pelea hubiese sido muy muy corta.

Su desapego y sus carencias afectivas eran una ventaja para nosotros.

—¡Danielle! —gritó Alex. Me volví y me encontré frente a frente con un puñetero demonio con ascuas por ojos y los dientes de un tiburón.

Me tiró al suelo antes de que pudiera reaccionar, y el golpe me sacudió de tal modo que el látigo desapareció. Rodamos juntos, derribando a su vez a una alumna cuyas piernas quedaron atrapadas bajo mi cuerpo. Noté una puñalada en el muslo, pero, por suerte, una de mis manos terminó justo sobre el estómago de mi atacante. Invoqué mi magia y ni siquiera me paré a pensar en darle forma.

Clavé los dedos en su carne dura y la dejé salir.

—Muérete, joder.

Algo húmedo me empapó la camiseta y, acto seguido, el demonio comenzó a convulsionar. Aparté la cara un segundo antes de que comenzara a toser un montón de líquido oscuro, aunque todavía le dio tiempo a chasquear los dientes y arañarme el cuello. Ahogué el gemido de dolor y empujé un poco más hasta que acabé con la mano hundida en él hasta la muñeca. El muy cabrón tardó aún un instante más en deshacerse del todo y dejarme nadando en aquella asquerosidad oleosa.

—¡¿Estás bien?! —gritó Alex.

Peleaba con uno de los humanoides brazilargos que había empleado Mercy durante el primer ataque a Abbot y, a la vez, con algo que apenas si tenía forma y no levantaba más de un metro del suelo. Le dio una patada en el lugar donde debería haber estado su cara, si la hubiera tenido, y luego se agachó para evitar un zarpazo del otro demonio. Sin llegar a erguirse por completo, su oscuridad se alzó y formó una muralla frente a él con la que se protegió de forma temporal.

—¿Danielle?

—Estoy bien —gemí, aunque me dolía todo y el lateral del cuello había empezado a palpitarme. ¡Dios! Tenía que encontrar alguna forma de que aquellas cosas dejaran de morderme y de arañarme de una vez.

Me puse de pie. Si salíamos de allí, alguien iba a tener que darme clases para mejorar mi estilo de pelea, aunque solo fuera para aprender a patear traseros como Alex.

A un par de metros junto a mí, Derek, el Ibis callado, decapitó a otro demonio, pero su cuerpo continuó moviéndose aún durante un instante. Lo bueno fue que, aunque no se esfumó como sucedía cuando los atacaba con mi poder, no volvió a levantarse. Al menos de momento.

Escuché un grito y me giré a tiempo de ver a Sebastian sacarle de encima a Cam a otro de esos demonios enanos e informes. Cam terminó el trabajo pateándolo y… partiéndolo por la mitad de un golpe limpio con la espada. Bueno, eso serviría, supuse.

Había al menos una docena de demonios en el salón y muchas más sombras acumulándose y tomando forma en cada rincón. De estar segura de que no dañaría a Alex, hubiera invocado hasta la última gota de mi ira para barrerlos a todos a la vez. No quería tener que llegar a eso; no sabía si sería capaz de llegar a eso. Pero tenía que acercarme hasta donde se encontraban Mercy y Elijah. Quizás esa fuera la única manera de terminar con aquello. Podía concentrarme, canalizar mi magia solo sobre ellos y rezar para mantener el control suficiente y no terminar volándonos a todos por los aires.

Me volví hacia donde se encontraban. Había varios alumnos aún por medio y, por supuesto, demonios; uno de ellos, con una hilera de afiladas espinas recorriéndole el centro de la espalda, músculos brotando de los músculos y dos putos pinchos saliéndole de los hombros. ¡Dios! Era la pesadilla de las pesadillas.

Me miró y abrió la boca. Me preparé para uno de esos chillidos estridentes, pero, en cambio, lo que ocurrió fue que la mandíbula de esa cosa se descolgó, sus labios se estiraron y dejaron a la vista dos hileras de colmillos, además de mucha mucha baba.

—¡Mierda! —Fue lo único que atiné a decir, pero comencé a avanzar hacia él de todos modos.

Alex continuaba despachando demonios haciendo uso de toda clase de armas que iba invocando según a lo que se enfrentase. Como yo, hacía todo lo posible por avanzar y lanzaba breves miradas de vez en cuando hacia Elijah y Mercy. Estaba bastante segura de que se percató de mis intenciones cuando me adentré más aún entre los brujos hechizados. Hasta entonces, ninguno de los alumnos había resultado hostil, pero me salieron dos al paso, un chico y una chica; los rostros inexpresivos, la mirada, vacía. Se lanzaron sobre mí como uno solo. Me aparté lo más deprisa que pude, pero solo pude esquivar a la bruja. El chico me agarró del pelo y dio un tirón tan fuerte que creo que me arrancó todo el mechón.

Grité de dolor mientras trataba de quitármelo de encima. No podrían emplear la magia, pero no nos lo estaban poniendo nada fácil. Lo empujé, pero volvió a abalanzarse sobre mí enseguida con la palma de la mano por delante y el cordón, que había estado anudado en torno a sus muñecas poco antes, entre los dedos.

Me entró el pánico. No tenía ni idea de si ese fino hilo tendría algún efecto sobre mi voluntad, pero mi reacción fue instintiva. Sujeté al chico del hombro y le di una corta descarga de mi poder. Se le pusieron los ojos en blanco y cayó al suelo. Horrorizada por la posibilidad de haberle hecho un daño irreversible, no pude apartar la vista de él hasta que me cercioré de que continuaba respirando.

Su compañera aprovechó entonces para saltar sobre mi espalda y a punto estuve de irme con ella al suelo. De reojo, vi al demonio bocazas acercándose. Si esa cosa me alcanzaba, no estaba segura de que mis miembros continuaran todos en su sitio. Pero Wood salió de la nada convertido en lobo. Saltó sobre la chica y se las arregló para arrancármela de encima. Apenas tuve tiempo de rehacerme antes de que el demonio lanzara hacia mí la primera dentellada. Finté para esquivarlo por los pelos. No pensaba estirar la mano hacia esa cosa armada de dientes estando tan cerca, le tenía demasiado aprecio a mi brazo, así que traté de retroceder un poco para ganar espacio. Pero entonces alguien aulló de dolor, el suelo vibró y las paredes también se sacudieron cuando Alex envió una nueva oleada de oscuridad por toda la sala. Y tuve que mirar…

La ira ascendió desde mi pecho hasta mi garganta. El miedo. La frustración. Cada golpe recibido durante las últimas semanas. Cada incertidumbre. Cada pérdida. Cada temor convertido en realidad. El aire se volvió eléctrico. Olía a salvia y canela. Olía a bosque salvaje. Olía a algodón de azúcar. Olía a papel y libro antiguo. Pero, sobre todo, olía a muerte.

—No. ¡NO!

# 52

Cam estaba de rodillas junto al cuerpo de Raven, con los hombros encorvados y las manos tanteando de forma frenética su cuello incluso cuando él mismo tenía varios arañazos por toda la cara y la sangre le corría por las mejillas. Incluso cuando Mercy estaba a su vez inclinada sobre él y le estaba apretando el hombro con los dedos cubiertos de una oscuridad similar a la que portaba Alex.

«No. No. No».

Estiré el brazo y cinco puntas de luz brotaron de mis propios dedos y atravesaron al demonio que tenía delante. No se deshizo ni explotó, pero al menos se detuvo. Cada uno de aquellos seres parecía más poderoso que el anterior, y mi magia no aguantaría eternamente. Pero *tenía* que llegar hasta Raven y Cam.

A mi derecha, el aire retumbó y la niebla de Alex ascendió desde el suelo hasta llegarle a mitad del muslo.

—Aléjate de ellos —bramó, con su otra voz. Aunque la orden iba dirigida a Mercy, me dio la sensación de que los demonios, durante un instante, titubearon.

No podía pararme a descubrir si lo obedecían o no, así que invoqué algo similar a una espada con mi mano izquierda. No sería capaz de manejarla de forma adecuada ni siquiera con la derecha, pero, tan cerca como estaba del demonio, no me hacía falta. La empujé con todas mis fuerzas en el centro de su pecho en el mismo instante en el que su boca comenzaba a cerrarse sobre mi otro brazo. Los dientes me perforaron la carne y, joder, dolió como ninguna otra de las heridas que había recibido hasta ese momento, lo cual era mucho decir. Pero no me permití ceder; la agonía que suponía pensar que Raven podría no estar…

«No, lo hubiera sentido. Está vivo. Sigue vivo. No te detengas».

Aparté mis temores y cualquier pensamiento de mi mente, y

permití que una furia helada ocupase su lugar. Estaba perdiendo el control, era consciente de ello, pero, en cuanto el demonio bocazas se derrumbó y se convirtió en un charco hediondo, continué avanzando. Dejé de ver a los demás; tanto a los Ibis —que, aun heridos, seguían peleando—, como a Alex, Wood y Hubbard, al que ni siquiera sabía dónde ubicar. Todos proseguirían luchando, supuse.

Yo, en cambio, me concentré en Mercy y lo que le estaba haciendo a Cam. Una red de venas negras trepaba por el cuello de mi amigo, muy despacio pero de forma implacable, mientras ella sonreía con tanta malicia y desprecio que se me revolvió el estómago. Sin embargo, Cam no trató de apartarse, sino que se quedó allí, cubriendo a Raven con su cuerpo. En ese momento, ni siquiera me paré a pensar por qué Sebastian no estaba junto a él.

No había manera de que llegara junto a ellos lo bastante rápido, así que volteé mi mano, dejando la palma hacia abajo, mientras observaba la escena. Un fino hilo de luz brotó de entre mis dedos. Como una serpiente, culebreó por el suelo repleto de niebla y se camufló entre ella, deslizándose más y más hacia delante del mismo modo sigiloso en el que lo haría dicho animal. Quizás no necesitara una gran explosión; quizás solo hacía falta algo más sutil.

«Vamos, vamos, vamos», me dije, impaciente. Sin embargo, me refrené todo lo que pude, incluso cuando fue Elijah quien, dejando a otro alumno tirado a un lado y un charco de sangre aún mayor del que ya había bajo él, se acercó hasta Mercy para echar un vistazo a lo que hacía.

Complacido, buscó a Alex con la mirada.

—Vuelve a tu hogar —le gritó, por encima de la pelea. Por encima de los cuerpos que había en el suelo; no todos eran de demonios—. Ríndete.

Apreté los labios. Más y más de mi magia fluyó por aquel hilo delgado. Pasó por encima de la sangre, de *gente*, pero no se detuvo. Arranqué cada gota del poder de ese río impetuoso en el que se había convertido mi magia, me concentré solo en continuar alargándolo más allá de mí y recé para que, si se me acercaba un demonio, alguien me cubriera, porque no sería capaz de defenderme y hacer aquello a la vez.

Cam tenía ya parte de las mejillas cubiertas de capilares oscuros cuando logré llegar hasta ellos. Muy muy despacio, dirigí el hilo de luz hacia los pies de Mercy. Pero entonces el eco terrible de la voz de Alex se alzó por encima de cualquier otro sonido.

—¡Detente! ¡Lo haré! ¡Haré lo que quieras!

Me encogí un poco al oír el tono desgarrado y culpable que empapó cada una de sus palabras. Y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no volverme hacia él y decirle que no podía ceder. Me callé. Elijah lo miraba a él, y también Mercy, que no se había apartado de Cam y Raven. Mientras prestaran atención a Alex, no me estarían observando a mí.

El sudor me corría por la espalda y el rostro, y los dedos empezaban a acalambrárseme. Mi magia se debilitaba, lo sabía. Percibía algo extraño en el modo en el que respondía a mi llamada y, además, la piel había comenzado a picarme como si tuviera un nuevo brote de alergia, aunque no estaba segura de que esto último tuviera algo que ver con mi cansancio.

Aferré el colgante de mis antepasados con la otra mano y rogué y rogué para que me escucharan y me concedieran un poco más de aliento. Solo un poco más. Lo suficiente como para aprovechar la oportunidad.

—Bien —oí decir a Elijah, y sonó tan complacido que me dieron ganas de gritar.

Alex no replegó su oscuridad, pero la estaba conteniendo, incluso yo podía notarlo. Y también estaba agotado. Apenas sentía ya la melodía que, un rato antes, había resonado alta y clara en mis oídos y en mi corazón. Saber que estaba dispuesto a sacrificarse no ya solo por Raven, sino también para ayudar a Cam, estuvo a punto de hacer que me derrumbara.

—Solo… deja marchar al resto.

Me quedé muy quieta, tanto como los propios demonios. Mis ojos registraron un cuerpo desplomándose a mi derecha y, de forma egoísta, me obligué a no mirar y deseé que no se tratara de ninguno de los «míos». Mantuve la mirada al frente, una mano sobre el colgante de la triple diosa, otra vuelta hacia el suelo y los ojos fijos en el extremo del hilo que ascendía ahora por el tobillo de Mercy. A

riesgo de colapsar, dirigí un poco más de mi energía hacia allí mientras me aseguraba de no rozar su piel. Todavía no.

Se me secó la garganta, temblaba y me estaba mareando.

—Jura por nuestro linaje que harás mi voluntad. Jura que cumplirás con tu destino y abrirás para mí las puertas del infierno. Bajarás allí y lo harás desde dentro, para que así puedan permanecer abiertas. Esto —dijo, abarcando la sala con un movimiento del brazo— es solo una muestra de lo que conseguiremos.

Me quedé sin aliento a pesar de que aquello era lo que yo ya había sospechado. A Elijah ya no le bastaba con invocar demonios en los alrededores de Ravenswood, sino que quería lanzarlos por ahí y permitirles campar a sus anchas. Al parecer, Mercy no había desvariado al asegurar que quería reinar sobre brujos y humanos. Y la profecía no había errado al augurar una oscuridad como jamás se había visto antes. Querían traer el infierno a la tierra.

—Mercy y tú —prosiguió, creyéndose vencedor—. Como una reina oscura y su rey. Mano a mano. Hombro con hombro. Traeréis la oscuridad a este mundo. Ya no habrá equilibrio. Nunca más. Y solo los Ravenswood decidirán quién es digno.

¡Por Dios! Aquel no era más que el sueño de un fanático borracho de poder. Uno al que, al parecer, no le importaba lo más mínimo dinamitar nuestro mundo para que su linaje pudiera gobernar sobre los escombros.

Desde un lado del gran salón, Wood elevó el hocico y soltó un aullido grave y desgarrador, como si hubiera conocido las palabras que su protegido iba a pronunciar incluso antes de que abandonaran sus labios.

—Está bien —aceptó Alex, e insistió—, pero déjalos ir.

Se me emborronó la visión en el instante en el que el cordón de luz asomaba por encima de uno de los hombros de Mercy. No iba a poder estrangularla con mis propias manos, pero, con suerte, mi poder acabaría con ella y todos los demonios desaparecerían. Si no lo hacían, esperaba que Alex pudiera dominarlos. Luego ya nos ocuparíamos de mandar a Elijah a través del velo.

—Retira a los demonios —insistió en exigir Alex, evitando realizar ningún tipo de juramento— y deja ir a todos los demás.

A pesar de que se estaba rindiendo, su postura no perdió un ápice de dignidad, pero, de alguna forma, yo podía sentir la amargura de la derrota resonando en el cántico de su magia. De no haber tenido ya el corazón roto, aquello me lo hubiera destrozado por completo.

Alex comenzó a avanzar entre demonios y alumnos, ahora totalmente inmóviles, y me dije que tenía que actuar de inmediato. Me forcé a reunir el poder que me quedaba, afilé a golpe de pensamiento el extremo del hilo y lo dirigí hacia el corazón de Mercy, lo cual no fue fácil en absoluto porque tendría que atravesar su pecho de atrás adelante para evitar que ella se percatara de nada. Si había algo oscuro y malvado en ella, estaba segura de que era el órgano que latía allí, y esperaba que desatar la Ira de Dios directamente sobre él consiguiera deshacer lo que fuera que Elijah hubiera hecho para traerla de vuelta. No se me escapaba la triste ironía de que estuviera dispuesta a matar a alguien y, precisamente, tuviera que tratarse de la única persona, aparte de Raven, que me había recibido con amabilidad a mi llegada a Ravenswood. Pero tuve que recordarme que aquella no era Maggie Bradbury y que solo había estado fingiendo.

Todo aquello era una mierda, pero no podía continuar dudando. Cam sucumbiría a la oscuridad de Mercy, Raven encontraría a saber qué destino y Wood se volvería loco si perdía a su gemelo —yo me volvería loca—, y Alex… ¡Dios! No quería ni pensar en qué le pasaría si acababa entregándose. Pero no lo permitiría. Así que la decisión estaba tomada, y la suerte, echada. Fuera cual fuese.

Wood volvió a aullar y Hubbard empezó a adelantarse hacia donde se encontraba su hijo; Sebastian y los otros dos Ibis también parecían querer intervenir, mientras que Alex caminaba ya por mitad de la sala. Nunca había parecido tan resuelto y, a la vez, tan derrotado. Yo sabía que entregaría su vida por Raven, fuera su familiar o no, porque la obligación que en teoría los unía había dejado de ser tal hacía mucho tiempo. Raven había sido para él lo mismo que Dith para mí: padre, hermano, amigo… y mucho más. Algo que ninguna palabra existente podría explicar de forma adecuada. E incluso si había una posibilidad de que Elijah lo hechizara para hacerle cumplir su voluntad, él jamás se arriesgaría a perder a Rav. Así que aquella era nuestra última oportunidad de deshacer la profecía y vencer al destino.

Visualicé mi objetivo y el hilo que había asomado sobre el hombro de Mercy descendió por detrás de ella hasta desaparecer de mi vista.

«Lo siento mucho, Maggie».

Me imbuí de esa oscura rabia que rebosaba en la parte más profunda de mi interior y, con un suave movimiento de mi dedo hacia delante, atravesé su pecho.

# 53

## Alexander

La cabeza de Elijah giró de golpe en dirección a Mercy y rugió de una manera inhumana al tiempo que la espalda de ella se arqueaba y se le abría la boca en un grito silencioso. Durante un momento, no comprendí qué diablos estaba pasando. Hasta que me percaté de la punta afilada y brillante que sobresalía del pecho de Mercy.

Volví la mirada hacia Danielle. Su expresión era un batiburrillo de emociones; el ceño fruncido por la concentración, los labios apretados. Su piel resplandecía. No había un centímetro de ella a la vista que no estuviera cubierto por su magia, por aquella ira deslumbrante y cegadora que había acumulado durante semanas en su interior. Sus alas, hasta ahora ocultas, se habían desplegado a ambos lados de su cuerpo y lucían como una red tupida y radiante de finos hilos dorados, algo perturbadoramente hermoso. Parecía una jodida diosa. O, más bien, un ángel.

Sin embargo, temblaba de pies a cabeza. No supe si era por el esfuerzo o por la propia rabia que sentía. Fuera como fuese, resultaba evidente que no aguantaría mucho en ese estado. Dominar esa clase de poder no era fácil, yo lo sabía mejor que nadie a pesar de que el mío fuese una versión sombría y horrible del suyo. Además, lo percibía en mis propios huesos, en mi carne y en mi corazón, y sobre todo en el zumbido disonante en el que se había convertido ahora la canción agradable y tranquila que solía desprender su magia.

Cuando resultó evidente que las piernas de Mercy no la sostendrían por mucho más tiempo, Elijah se abalanzó hacia delante y rodeó su cintura con un brazo, aunque evitó rozar el hilo dorado que la unía con Danielle. Una vez que consiguió estabilizarla, alzó el otro

brazo; la mano apuntando directamente no hacia mí, sino a Danielle. Un segundo rugido se elevó por la sala; femenino y agudo, casi un aullido, mientras que algo más tomaba forma justo frente a mi antepasado. Algo no, *alguien*.

—Dith —murmuró Danielle con apenas un hilo de voz, pero aun así llegó a mis oídos.

Meredith Good se materializó delante de Elijah, pero de espaldas a nosotros; sin embargo, no había duda de que era ella. Llevaba la misma ropa que había vestido aquella noche fatal en los límites del campus y, de no ser así, la hubiera reconocido de todas formas. Debía de estar empleando la magia de la Noche de Difuntos para hacerse visible. Eso, o su amor por Danielle, cualquier cosa me parecía posible a estas alturas.

—No les harás daño —dijo, plantándole cara a Elijah Ravenswood.

Wood aulló, y el sonido fue desgarrador y terrible.

—Dith —repitió Danielle, atormentada.

Echó a andar a trompicones hacia delante, como si el propio cordón que la unía con Mercy estuviese tirando ahora de ella. O tal vez fuera la necesidad de acercarse a su familiar. Apenas le quedaban un par de metros para llegar hasta el fondo de la sala cuando me di cuenta de que Meredith no podría hacer nada por detener a Elijah. No era más que una aparición; los límites del velo eran esa noche tan delgados que permitían que se manifestara a ojos de todos, pero no tenía ninguna clase de poder con el cual hacerle frente al nigromante.

—¡Danielle! —grité para advertirla, pero no se detuvo.

Elijah ignoró momentáneamente a Dith y Danielle, centró su atención en Mercy y la apartó de Cam, que ahora yacía desplomado sobre Raven. Ninguno de los dos se movía. Hasta ese momento, yo había tratado de conservar cierta calma y actuar con una frialdad que estaba muy lejos de sentir, pero la posibilidad de que alguno de los dos estuviese muerto golpeó mi autocontrol con tanta fuerza que perdí el aliento durante un segundo. Mi oscuridad se alzó como una marea que sacudió todo mi cuerpo; la retraje de golpe hacia mí y luego la solté en un pulso único que barrió la sala de parte a parte. Fue tal la brutalidad con la que empujé mi poder que el edificio al completo se sacudió. Algunas de las vidrieras de las ventanas estallaron, las

paredes vibraron y el suelo onduló bajo mis pies. La mayoría de los presentes cayeron, pero Danielle se mantuvo erguida a duras penas, equilibrándose gracias a sus alas. Por desgracia, también lo hizo Elijah.

—Estás muerta —se regodeó él, dirigiéndose de nuevo a Dith.

—Tú también, gilipollas.

Elijah esbozó una sonrisa cruel, pero no le contestó. Mercy empezó a convulsionar y la punta brillante que brotaba de su pecho comenzó a teñirse de oscuridad. Un instante después, contemplé cómo esa misma negrura se apropiaba poco a poco del cordón. Era como si Danielle estuviera arrancando la oscuridad de su cuerpo. Absorbiéndola. Drenándola.

La mirada de Elijah se desvió entonces a Danielle.

—¿De verdad crees que puedes detenerme? —le dijo, aún sonriendo, a pesar de que su imagen parecía estar perdiendo solidez y de que su protegida probablemente estuviera muriendo frente a sus ojos.

Los demonios que habían permanecido inmóviles hasta entonces volvieron a la vida. A la derecha de aquella especie de trono en el que habíamos encontrado sentada a Mercy a nuestra llegada, uno atacó a Hubbard. Cerca de allí, otros dos se lanzaron contra Wood. El sonido de las espadas de los Ibis volvió a cortar el aire cargado de electricidad y los estudiantes que habían caído a causa de mi oscuridad se movieron por el suelo, tratando de levantarse. Se oyeron gritos de dolor y lamento. Pero Danielle no se movió. Su brazo estirado en dirección a Mercy tampoco flaqueó, y la oscuridad continuó fluyendo por el fino hilo entre ellas. Saliendo de Mercy y entrando en Danielle.

—Puedo y lo haré. Esto se acabó —respondió ella con una seguridad tal que de verdad creí que lo conseguiríamos.

Me costó un esfuerzo sobrehumano no correr hacia donde yacían Raven y Cam y, en cambio, dirigirme hacia Danielle. No estaba seguro de lo que drenar la oscuridad de Mercy podía hacerle, pero parecía nuestra única oportunidad de detenerla. Mi poder era demasiado parecido al de la bruja y al de mi propio antepasado, así que no podía ayudar a Danielle a vencerla, pero sí podía protegerla mientras ella lo

hacía. Luché con cada demonio que me salió al paso, aparté a cada alumno y tiré de mi magia hasta que apenas quedó nada a lo que recurrir. Hasta que mis músculos dolieron, los dedos se me agarrotaron y perdí el aliento de tal modo que mis pulmones ardieron por la falta de oxígeno.

—No, te equivocas. Esto solo acaba de empezar —replicó Elijah, mientras el cuerpo de Mercy se quedaba completamente laxo entre sus brazos.

Y entonces sucedió lo único que no habíamos previsto que podría ocurrir; algo para lo que no nos habíamos preparado. Elijah dejó que Mercy resbalara hasta el suelo, se arrodilló junto a ella y luego, sin dar muestras de ninguna pena o dolor, sin ningún titubeo, le clavó los dedos en el centro del pecho. La sangre salpicó alrededor y brotó a borbotones de la boca de la bruja mientras que él mantenía la mano sumergida en su carne, casi como si estuviera rebuscando en su interior. Sus labios se movían en una aparente letanía que no fui capaz de descifrar y, conforme recitaba cualquiera que fuera el hechizo que estuviera empleando, su figura fue haciéndose más y más densa. Consistente. *Real.*

Y su magia… Su poder se transformó en algo aún más oscuro. Más aterrador. Profundo y horrible. Algo que palpitaba dentro de él y a su alrededor.

—¡Joder! —gemí para mí mismo.

El cordón luminoso que Danielle había empleado como un arma se apagó por completo y desapareció. Sus alas se esfumaron. Cayó de rodillas y de su boca brotó un jadeo que pareció arrancarle del cuerpo mucho más que el aire de sus pulmones. Apenas tuve tiempo de llegar hasta ella antes de que se derrumbara del todo sobre el suelo. La rodeé con mis brazos y la sostuve contra mi pecho mientras farfullaba incoherencias, completamente exhausta. Se le pusieron los ojos en blanco y casi esperaba que se desmayase, pero enseguida parpadeó y recobró al menos una pequeña parte de lucidez. Ahora que la luz de su ira se había retraído, advertí una serie de manchas negras sobre su piel. Sin embargo, no hubo manera de que pudiera detenerme a indagar más en ello.

Elijah soltó una carcajada salvaje que inundó por completo la sala.

Lo miré para ver cómo alzaba las manos frente a su cara y las volteaba a un lado y otro, contemplando con una profunda satisfacción tanto el dorso como las palmas.

—¡Regresad al infierno! —bramé, desesperado, mientras acunaba el cuerpo de Danielle.

Empleé mi otra voz y le imprimí toda la autoridad que pude reunir. Ahora que Mercy estaba inconsciente quizás obedecieran. Y, por suerte, así fue. El puñado de demonios que quedaban en la sala se volatilizaron de un segundo al siguiente, dejando tras ellos tan solo algunos charcos de sangre oscura. Aun así, el ambiente estaba tan impregnado del aroma de la muerte y la desesperación que me costaba respirar.

—No tenéis ni idea de lo que acabáis de hacer —dijo Elijah, incorporándose, con esa inquietante sonrisa de nuevo curvando sus labios.

A pocos pasos de él, Wood adoptó su forma humana.

—¡Se ha transmutado, Alex! ¡Se ha transmutado por completo! —gritó, un momento antes de que Elijah dirigiera una de sus manos hacia él. Mi familiar salió volando hacia atrás, golpeó la pared con un crujido y cayó al suelo. ¡Joder!

La sangre le chorreaba a Elijah de los dedos. La sangre de Mercy. Pensé en la profecía y en las diferentes interpretaciones que habíamos hecho de ella. En la combinación de linajes que era Mercy y en que creíamos que sería ella quien traería la oscuridad. Y lo era, pero no en la manera en la que habíamos pensado.

—Joder, no. No.

Lo habíamos entendido todo mal, absolutamente todo. Una transmutación consistía en que un fantasma o un espectro se hacía, literalmente, carne; es decir, si Wood tenía razón, Elijah acababa de regresar de entre los muertos y ya no era solo un ente con cierto poder, sino el nigromante que había sido en vida, solo que con todo el poder de tres linajes —Good, Ravenswood y Bradbury— corriendo ahora por sus venas y más de trescientos años de antigüedad. Tres siglos que habían retorcido aún más su mente, pero también que habrían ampliado sus conocimientos sobre magia oscura de una manera que no podíamos ni siquiera empezar a imaginar.

«Una oscuridad como nunca antes se ha visto», repetí para mí mismo.

Mercy no había estado destinada en realidad a ser quien reinase en ese nuevo mundo y la oscuridad que traería no era literalmente la del infierno. No, la sangre de Mercy era la que había conseguido despertar dicha oscuridad haciendo regresar a Elijah Ravenswood. De alguna manera, al atacar a Mercy, lo único que habíamos propiciado era empujar más en su locura a mi antepasado y, con ello, que la profecía se cumpliera. Habíamos hecho exactamente lo que creíamos estar evitando.

Loretta Hubbard había tratado de avisarme con sus últimas palabras: «No dejes que consiga su sangre», me había dicho, pero yo apenas había prestado atención, a sabiendas de que la mujer estaba muriendo.

—Aún puedes unirte a mí, Luke —dijo Elijah, y su voz fue entonces un sonido retorcido y ronco. Irreal a pesar de que nunca como ahora había formado más parte de este mundo; no desde Salem. Volvió a contemplar sus manos ensangrentadas, maravillado con la visión de un modo repugnante—. Aún podemos reinar juntos.

—Nunca. —Fue toda mi respuesta.

—Entonces, pagarás el precio.

# 54

Me costaba respirar y, más que dolerme, apenas si era ya capaz de percibir mi propio cuerpo. Sabía que Alex me estaba sosteniendo solo porque podía verlo, y de mi magia no quedaba más que unos cuantos rescoldos que terminarían por apagarse en cualquier instante. Mis pensamientos se sentían pesados y confusos; sin embargo, todavía me quedaba la lucidez suficiente como para comprender lo que acababa de suceder. Había contemplado a Elijah hundir la mano en el pecho de Mercy e incluso había sentido en mi propia carne cómo él se apoderaba del poder de su sangre; lo había sentido con una claridad absoluta, como si el cordón que nos unía en ese momento, de alguna forma, me transmitiera su oscuridad a la vez que sus emociones o sentimientos.

Pero luego esa conexión se había interrumpido de repente, arrancada de mi pecho del mismo modo brutal en el que Elijah había sacrificado a Mercy. Wood nos había advertido de que el nigromante se había transmutado, y la clase en la que nos habían explicado eso sí que la recordaba; sabía lo que significaba. Como también comprendía por qué Alex tenía la expresión del que sabe que ha cometido el mayor error de su vida y que no hay manera de enmendarlo.

La habíamos cagado tanto y de tantas maneras que me hubiera reído de no estar tan jodida; de no haber querido llorar, en realidad. Y gritar, también quería gritar, solo que tampoco me quedaban fuerzas ya para eso.

Nunca se había tratado de Mercy. Ella había sido, como los demás, un mero peón en el juego que el destino había establecido para nosotros. Nos habíamos concentrado tanto en la bruja —y habíamos pretendido que luego sería fácil deshacernos de Elijah— que nos habíamos olvidado de que los intentos por evitar una profecía la mayoría de las veces acababan con esa puta profecía dándote en las

narices. Ni siquiera creo que Raven, con su don, hubiera previsto nada de aquello. Seguramente, si es que había sabido algo al respecto, hubiera vislumbrado a Mercy tan muerta como lo estaba ahora mismo, tirada a pocos metros de su propio cuerpo con el pecho abierto y rodeada de su sangre.

El verdugo había muerto, sí, pero Elijah Ravenswood ahora estaba muy vivo y, lo que era peor, contaba con la marca de los malditos. Eso, probablemente, le resultara suficiente como para no tener que depender más de Alex, y eso eran malas noticias para todos.

Hice un esfuerzo para mirar a mi alrededor. No había demonios, pero sí algunos alumnos cerca. No llegué a ver a ninguno de mis amigos, no sabía si estarían vivos o muertos, y el pensamiento hizo que me atragantara con el escaso aire que lograba llevar a mis pulmones.

Elijah se alzaba sobre nosotros a unos pocos metros, más oscuro y siniestro si cabe.

—Aún puedes unirte a mí, Luke. Aún podemos reinar juntos.

—Nunca —replicó Alex. Incluso entonces su voz no perdió convicción.

Dith estaba allí también, mostrándose como si jamás se hubiera ido a pesar de que su figura era parcialmente transparente. Su mirada alternó entre el lugar donde había caído Wood y mi rostro, y resultaba evidente lo impotente que se sentía, tanto como yo. Ella ya no contaba con ningún poder y yo había agotado el mío, y todos nuestros amigos, nuestros seres queridos, estaban a merced de Elijah Ravenswood.

—Entonces, pagarás el precio —dijo este, condenándonos a todos.

Sus brazos comenzaron a llenarse de oscuridad, su mirada se recubrió de un velo negro y supe que ninguno saldríamos de allí con vida si permitíamos que invocase todo su poder. Con un último esfuerzo, alcancé la mano de Alex y la arrastré hasta mi estómago. Traté de esbozar una sonrisa de disculpa, aunque iba dedicada a Dith, y creo que ella supo enseguida lo que iba a hacer; me conocía demasiado bien.

—Alex, tienes que… Drena lo que queda de mi magia —mascullé a trompicones. Sus ojos buscaron los míos y vi el horror en ellos, un miedo tan profundo y aterrador que tuve que luchar para mantener las

lágrimas a raya. Pero no había tiempo para eso, no había tiempo para nada y yo no dejaría que todos murieran si había una forma de evitarlo. Tenía que centrarme en reunir toda la ira que pudiera acumular—. Hazlo. Dréname y luego drénalo a él. Salva a Rav. A Wood y a los demás…

Alex negó con la cabeza y me apretó un poco más contra su cuerpo. Yo sabía que lo que le estaba pidiendo iba en contra de todos sus principios, de todo por cuanto había luchado para demostrarse a sí mismo y a los demás. Le estaba pidiendo que me hiciera lo que le había hecho a su madre, solo que no había suficiente vida en mí para que fuese capaz de soportarlo. Ambos lo sabíamos. Sin embargo, si podía reunir al menos una parte de mi poder, sumarlo al suyo y llegar hasta Elijah, había una posibilidad de que le arrebatara toda esa magia oscura con la que el nigromante se había hecho. Ese era su don, después de todo: drenar otros brujos.

Una vez, Alex le había preguntado a Wardwell que cómo esperaba que él contribuyera con su poder a ayudar a la academia de la oscuridad, y ella había afirmado que no empleándolo contra sus miembros, sino contra los brujos blancos. Había estado equivocada, Alex podía usarlo para drenar a su antepasado y arrebatárselo todo, tal y como este había hecho con Mercy.

—Puedes hacerlo, sabes que puedes. Es la única manera…

—No… No puedo, Danielle. No me… pidas eso —balbuceó él, con la voz entrecortada—. No me pidas que te… vea morir.

¡Oh, Dios! Estaba llorando. Luke Alexander Ravenswood estaba llorando. A aquellas alturas, no pensaba que nada pudiera romperme más el corazón, pero verlo llorar lo hizo.

Levanté la mano para llevarla hasta su mejilla y, por primera vez, fui yo quien trató de limpiarle las lágrimas a él. Me forcé a sonreír mientras Elijah estiraba los brazos al frente, cubiertos de oscuridad. Por suerte, parecía tan condenadamente pagado de sí mismo que apenas nos prestaba atención. Pero eso cambiaría en cuanto terminara de invocar todo su poder, estaba segura.

—Tienes que hacerlo. Solo recuerda que no eres un monstruo. Nunca podrías serlo. Pero tienes que salvarlos.

—No, Danielle. No…

Nuestras miradas se enredaron y fui consciente de que, aunque se negase, él lo sabía. Sabía que tenía que hacerlo, pero no quería. Aquello iba a matarlo por dentro, pero todos acabarían muertos si no aprovechaba esa última oportunidad. Yo era un mal menor. Tal vez siempre hubiera estado destinada a ser esa consecuencia no deseada de la que había hablado Elijah.

—Danielle…

—Hazlo ya, Alex. Por favor —rogué, y sus dedos se me clavaron en el estómago.

Se inclinó sobre mí y, temblando, me dio el beso más suave que jamás me hubiera dado nadie, un beso repleto de todas las confesiones para las que ambos sabíamos que ya no había tiempo.

—Bruja terca e irresponsable —gimió, sollozando.

—Salva a nuestra familia —dije, antes de tener que concentrarme en mi ira.

No eran esas las últimas palabras que me hubiera gustado pronunciar, pero no podía decirle las que de verdad deseaba; no lo rompería de esa forma. No cuando sabía lo que tenía que hacerme a continuación. Así que me las guardé para mí y supuse que, si nos encontrábamos al otro lado del velo dentro de muchos años, después de que él tuviera una larga y provechosa vida, eso sería lo primero que le diría.

Levanté un poco la mirada para ver a Dith a un lado, observándome en silencio. No necesité decirle nada y ella tampoco habló, pero, a la vez, su sonrisa triste fue suficiente para hacerme saber lo que Wood ya me había dicho al principio de la noche: estaba orgullosa de mí, siempre lo estaría, tanto como yo de ella.

Cerré los ojos y me esforcé por traer a mi mente cada mal recuerdo de mi vida y, sobre todo, de esas últimas semanas. Necesitaba mi ira, toda ella, lo cual era jodido porque ni siquiera iba a poder morirme evocando los buenos momentos. La risa y las tonterías de Dith, la nobleza y el cariño de Raven, el descaro de Wood. La amabilidad de Robert. La lealtad de Cam. Esa incipiente amistad con Sebastian. Y Alex… ¡Oh, Alex! Sus cada vez más frecuentes sonrisas. Su aspecto terrible pero hermoso. El olor y el cántico de su magia. El sonido de su voz. Su sabor. Sus besos. La forma en la que me había tocado, como si

yo fuera algo raro y precioso que atesorar. El modo en el que se había introducido en mi cuerpo y me había poseído, y cómo me había permitido poseerlo a él.

Incluso cuando no pudiera decirlo, esperaba que supiera lo importante que era para mí. No se lo había dicho a ninguno de ellos. Tan acostumbrada había estado a no contar con nadie, salvo con Dith, que no había llegado a explicarles lo mucho que significaban para mí. Que eran más que mi aquelarre. Que eran familia y hogar. Un hogar de verdad.

—Hazlo —volví a rogarle a Alex por última vez.

Luego, sin esperar una respuesta o permitirme mirarlo de nuevo, derribé por fin por completo todas las barreras que habían contenido no ya mi poder, sino mi dolor. Y, mientras caían, lancé mi mente años atrás, al día en el que habían muerto mi madre y Chloe. Evoqué la imagen de mi hermana tirada en el suelo, del cuerpo inerte y destrozado de mi madre. Rebusqué hasta encontrar ese sentimiento de abandono que me había acompañado tanto tiempo después de que mi padre me dejara en Abbot. Su indiferencia. Su frialdad, y lo que me había confesado días atrás en el despacho de Hubbard. Recordé la noche en la que había muerto Dith; todos y cada uno de los detalles. Las quemaduras, sus intentos de sonreír a pesar de lo mucho que debía de estar sufriendo, el dolor de Wood y el mío propio al percibir cómo se rompía el lazo que me unía a mi familiar. Pensé en la joven Ava aferrándose al cuerpo sin vida de Johan; Johan, que había tenido toda una vida por delante y al que habían acabado matando unos demonios. Johan, que ya no podría cuidar más de su pequeña amiga. Los consejeros muertos. La desesperación por el secuestro de Rav… Me concentré en todo eso. El odio. La rabia. El sufrimiento. La muerte. La pérdida. Todo el dolor fluyó y fluyó y mi ira se reavivó en el centro de mi pecho, incluso cuando yo no pudiera sentirlo ya. Incluso cuando la agonía fue tal que no podía moverme ni articular ninguna palabra.

Solo… dolía y dolía y dolía. Y puede que estuviera llorando o gritando o muriéndome en silencio. No era capaz de saberlo y, seguramente, ya no importaba. Solo quedaba ira y amargura y rabia y muerte. Y más dolor. Siempre dolor.

Y entonces sentí que fluía de nuevo, pero ahora ya no en mí, sino

fuera de mi cuerpo. A través de mis músculos y mi piel. Alex. Alex estaba llevándoselo todo. Arrancándomelo de dentro para que no tuviera que sentirlo más. Drenándolo. Drenándome. Aunque no quisiera. Aunque eso matara su corazón, su mente y su alma. Aunque se odiara para siempre. Toda la vida. Pero al menos podría vivirla. Los demás también podrían. Los salvaría. Sabía que podía hacerlo. Que reclamaría ese poder que jamás había empleado con nadie a sabiendas y lo volvería contra su propio linaje para salvar a su familia de verdad. A Rav, a Wood, a Cam y a todos en aquella sala. En el campus. En el mundo.

Y deseé poder llorar de alivio. Deseé poder sonreír. Deseé besarlo por última vez y recordarle que no era un monstruo. Que era bueno. Que aquello solo era un bache. Un tropiezo. Un mal necesario. Y, finalmente, deseé haberle dicho que lo quería.

Que nunca un Ravenswood sería tan digno de ese poder oscuro.

Y que nunca un brujo oscuro había sido tan blanco como lo fue él en ese momento.

# Agradecimientos

A vosotros, lectores, a los que habéis estado ahí desde el principio a y los que llegasteis luego. Todo esto no tendría sentido sin vosotros. Muchísimas gracias por vuestro cariño, por leerme y por no dejar de pedirme esta segunda parte.

A Tamara Arteaga y Yuliss M. Priego, por acompañarme siempre y por empujarme cuando lo necesito. Os quiero.

A Nazareth Vargas, este será un bonito año para las dos. ¡Lo sé! Te quiero y te echo de menos.

A Cristina Martín, por estar a mi lado desde el principio.

A Esther Sanz, mi editora. Por confiar siempre en mí y en mis historias. Y a Luis Tinoco por sus preciosas portadas. A mí correctora, Berta, cuya voz resonaba en mi cabeza mientras escribía preguntándome todo el tiempo el porqué de cada detalle. A Leo Teti, por la cita para la novela. A Patricia, Mariola y todo el equipo de Ediciones Urano.

A mi familia. Hemos tenido un año muy duro, pero de nuevo habéis estado ahí apoyándome en todo. A mi padre, que, aunque ya no esté, me hizo ser quien soy. Te quiero, papá. Y a mi pequeña Daniela, que ya no es tan pequeña, pero a la que cada día quiero más.

A todos los blogueros, *bookstagrammers, booktookers* y administradores de páginas literarias por la labor que hacen para promover la lectura. Gracias por dar difusión y reseñar mis novelas. Y a los que, como lectores, también dedican su tiempo a compartir su amor por los libros y su opinión con los demás. Gracias por esas preciosas fotos y por vuestros comentarios. Por el cariño y por darle alas a mis sueños.

Y gracias a ti, que estás leyendo esto, porque eres tú quien siempre le da sentido a cada historia. Hazla tuya, solo espero que consiga hacerte soñar.

## ¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

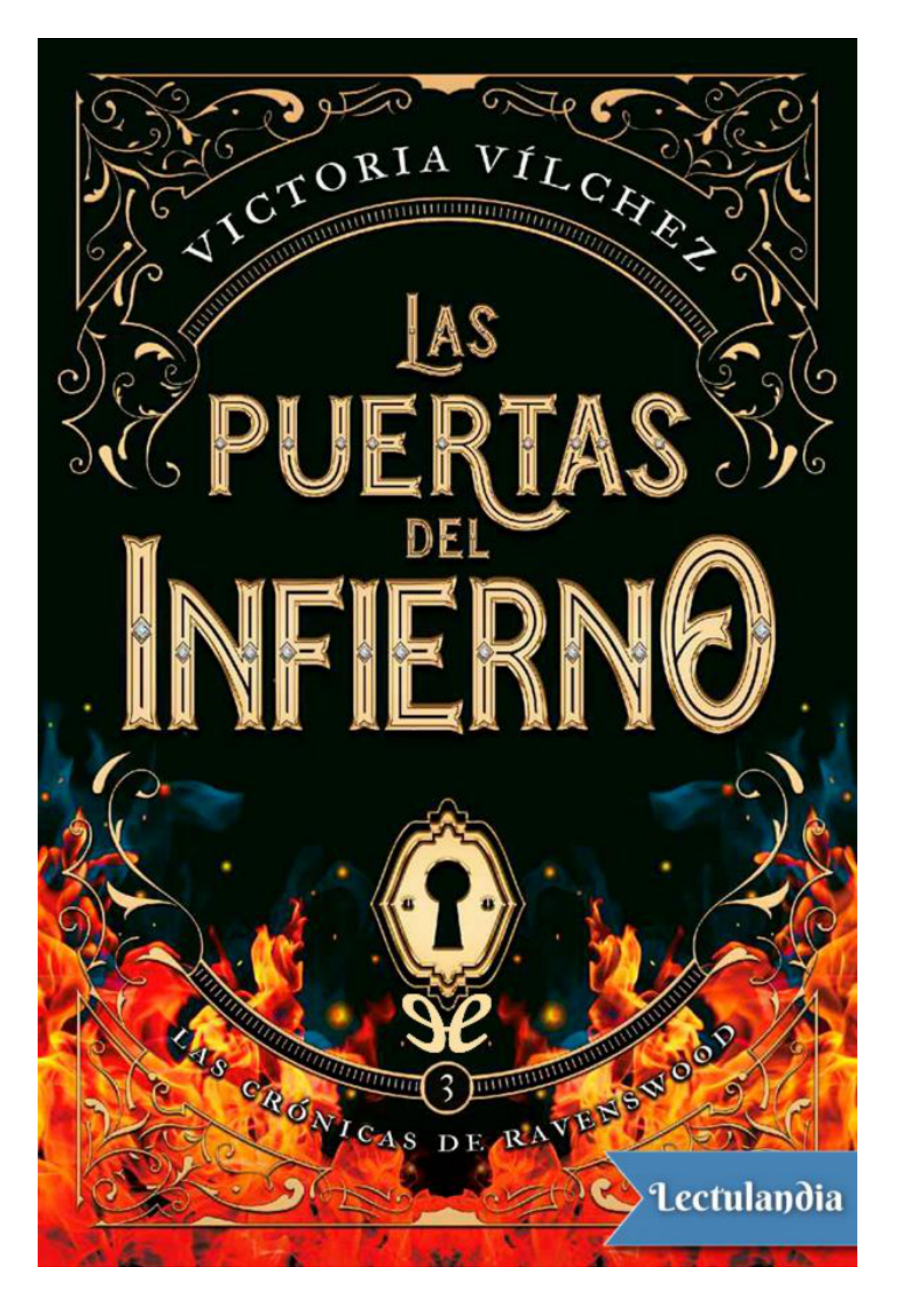
escríbenos y cuéntanos tu opinión en

/Sellotitania /@Titania_ed

/titania.ed



#SíSoyRomántica


VICTORIA VÍLCHEZ
LAS PUERTAS DEL INFIERNO
LAS CRÓNICAS DE RAVENSWOOD
3
Lectulandia

La profecía que Danielle y Alexander tanto han luchado por evitar ha terminado cumpliéndose, y ahora el mal que temían se ha desatado en el mismísimo corazón de Ravenswood. Ningún brujo, blanco u oscuro, está ya a salvo, por lo que ambas comunidades deberán aunar fuerzas por primera vez desde los juicios de Salem y luchar para restaurar el equilibrio que se rompió entonces. La oscuridad no viene, sino que ya está aquí, y ha llegado el momento de enfrentarse a ella.

Victoria Vílchez

# Las puertas del infierno

## Las crónicas de Ravenswood - 3

**ePub r1.0**

**Titivillus** 12-07-2024

Título original: *Las puertas del infierno*
Victoria Vílchez, 2024

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

*Te sigo echando de menos. Esta también va por ti, papá.*
*Y para todas las lectoras que no han dudado en regresar a Ravenswood.*


VICTORIA VÍLCHEZ
LAS PUERTAS DEL INFIERNO
LAS CRÓNICAS DE RAVENSWOOD
3

# 1

## Alexander

Había sido inevitable. Daba igual lo que hubiéramos intentado hacer, nada había salido como esperábamos. Mercy Good-Ravenswood estaba muerta, pero eso no había detenido la profecía, porque así era como *tenía* que ser. Porque así había querido el destino que fuera. Porque su papel real en aquella historia nunca había sido reinar, invocar demonios o desatar un infierno en la tierra, sino que su sangre —la sangre combinada de tres linajes de brujos: Good, Ravenswood y Bradbury— le había dado el poder a Elijah Ravenswood para transmutarse y regresar al mundo de los vivos. Él era el mal. Él era la muerte. Él era la oscuridad que estaba por venir. O, más bien, la que ya había llegado.

No había modo de deshacer lo que estaba hecho. De burlar nuestro destino. Y ese mismo destino oscuro y maldito nos había llevado hasta aquel momento. Uno en el que Danielle Good tenía que encontrar la muerte a mis manos solo para que pudiésemos enmendar nuestros errores y los de nuestros antepasados. Para que el equilibrio por fin se restableciera. Y, sobre todo, para evitar que la oscuridad pudiese extenderse más allá de los límites de Ravenswood.

Por todo eso, yo la estaba drenando.

Todo lo que había hecho hasta este momento para mantener mi *don* lejos de Danielle parecía ahora inútil. La brillante luz de su magia iluminaba también mis dedos y su canción me llenaba los oídos mientras el dulce sabor de su poder cubría mi lengua conforme le arrebataba la vida poco a poco. Mientras, gota a gota, la esencia de lo que ella era pasaba de su cuerpo al mío.

Aquello no se parecía en nada a lo que había sucedido con mi

madre. Dolía y sanaba al mismo tiempo. Revitalizaba mis músculos cansados, mis huesos e incluso mi corazón, pero a la vez sentía como si este estuviera también quebrándose muy lentamente; como si se marchitara de forma irreversible. No importaba que el poder se alzase ahora en mi interior con una fuerza aún mayor que al principio de esa fatídica noche. Era como caer y volar al mismo tiempo. Como morir y revivir al segundo siguiente, y me pregunté qué quedaría de mí cuando Danielle exhalase su último aliento.

Fueron unos segundos infinitos. Un instante mortal que parecía no terminar nunca. No había tiempo que perder. No sabía qué había sido de los demás, quién vivía o quién podría estar muriendo. Quién estaría ya muerto. Algunos de los alumnos que Mercy había tomado como rehenes estaban poniéndose en pie. No quedaba ningún demonio en la sala, pero Elijah muy pronto no necesitaría ningún refuerzo para enfrentarnos a todos. Para enfrentarse a mí. El poder de tres linajes de brujos corría por sus venas, la marca de los malditos palpitaba también sobre su piel y más de tres siglos de conocimiento se acumulaban en su mirada sombría y en su corazón aún más oscuro y podrido.

Y Danielle Good, la bruja terca e irresponsable de la que yo no había podido evitar enamorarme, continuaba muriendo entre mis brazos. Sacrificándose por un mundo del que solo había recibido mentiras y dolor. La misma bruja que jamás me había temido a pesar de que fuera yo, precisamente, quien estaba dándole muerte…

«No te tengo miedo, Alexander Ravenswood», había dicho una vez.

«Te veo, Danielle Good, y yo tampoco te tengo miedo», había sido mi réplica tiempo después.

Tal vez ambos habíamos estado ciegos y equivocados. No había una manera en la que yo pudiese temer su poder o a ella misma, pero quizás Danielle sí debería haber estado asustada. Fuera como fuese, ya no había nada que hacer al respecto.

Sus párpados revolotearon mientras trataba de enfocar la vista sobre mi rostro. Incluso ahora, no había rastro de miedo o recelo en su expresión; más bien, compasión. Como si fuese yo quien estuviese muriendo y ella la que lamentara tener que acabar con mi vida. Su fortaleza no dejaba de sorprenderme.

Continué absorbiendo la ira de sus mismas venas. Ella exhaló un

jadeo y su cuerpo se sacudió.

—Shhh, tranquila —murmuré muy bajito, mientras la sostenía contra mi pecho—. Está bien. Todo está bien, ángel.

Esa fue otra mentira que se sumó a las que ya le habían contado a lo largo de su vida; sin embargo, no sabía qué más podía decirle. Parpadeé con rapidez para hacer frente a las lágrimas que en algún momento habían empezado a brotar de mis ojos y resbalar por mis mejillas, y un aullido desgarrador se elevó entonces desde uno de los laterales de la sala: Wood. Terror y alivio se entremezclaron en mi interior; mi familiar estaba vivo, pero Danielle…

—Alexander —dijo Dith, de pie junto a mí.

Aunque solo pronunció mi nombre, su voz sonó rota y herida. No había tratado de detenerme, pero deseé que lo hiciese. De una forma totalmente egoísta, anhelé en silencio que alguien lo hiciera, incluso cuando eso supusiera que el poder de Elijah se alzara por completo y el mundo entero terminara sucumbiendo a la oscuridad. Y fue en ese momento cuando comprendí que no podía seguir adelante. No había en mí la voluntad suficiente para drenar a Danielle hasta la muerte. Una vez había pensado que podría permitir que las sombras creciesen y se apoderasen de todo si eso mantenía a mis seres queridos a salvo. Y, aunque ese mero pensamiento me convirtiese en una persona mezquina y terrible, quizás, después de todo, lo fuese.

«No puedes dejarla morir. No puedes…».

Mi mano continuaba sobre el estómago de Danielle. Su piel estaba helada; tal vez ya fuera demasiado tarde para ella, pero el flujo de su magia se ralentizó a mi voluntad. Un instante después, cesó por completo. Rocé su frente con los labios y aspiré su aroma una última vez, y luego coloqué su cuerpo sobre el suelo con todo el cuidado posible. Me obligué a apartar la mirada de su rostro y apreté los dientes, invocando hasta la última sombra de mi oscuridad. Dejé no solo que me cubriera, sino que mi carne, mis huesos, mi corazón y mi mente se inundaron de poder, se *convirtieron* en el poder mismo. Mis pensamientos se tornaron siniestros, y quizás mi alma también cediera por fin a lo que fuera que me poseía… A lo que fuera que yo fuese.

Si Danielle era un ángel, yo sería el mismísimo diablo.

—¡Elijah! —grité, y mi voz retumbó a lo largo de la sala como

un trueno en plena tempestad. Los pocos cristales que quedaban intactos se sacudieron, también las paredes y los cimientos del edificio.

No esperé su respuesta. Me erguí por completo, furioso. La ira de Danielle y su dolor, el sufrimiento al que se había negado a hacer frente en las últimas semanas y que había dejado salir por fin solo para que yo pudiera emplearlo contra mi antepasado, eran ahora míos; su magia me corría por las venas y alimentaba mi propio poder oscuro.

Apenas podía respirar. Apenas podía evitar vibrar bajo su influjo. Me dolía la piel, ahora gris y dura, y el sabor de la sangre me llenó la boca cuando mis afilados dientes me rasgaron los labios. Un manto de llamas me rodeaba y la niebla oscura que manaba de mi cuerpo cubría el suelo a varios metros de mí.

Elijah era un monstruo, pero yo sería uno aún peor, aunque eso me convirtiese en todo cuanto había luchado por evitar. Al igual que había sucedido con la profecía, quizás eso fuese lo que siempre había estado destinado a ser.

—¡Elijah Ravenswood! Hijo de William y Lydia Ravenswood, miembro del linaje Ravenswood —proclamé, y empecé a avanzar hacia él, dejando que los alumnos que ya se habían recuperado y estaban en pie me rodeasen.

Mi antepasado se centró en mí. Sus ojos velados de negro me atravesaron y su labio superior se retrajo en una mueca de disgusto feroz. La oscuridad rodeaba ya su garganta. Su poder continuaba elevándose de un modo siniestro, pero no permitiría que fuese más terrible que el mío. No lo dejaría ganar.

El suelo volvió a temblar bajo mis pies y las paredes se sacudieron. Los hechizos de los antiguos directores de la academia que mantenían el lugar protegido presionaron y la potente energía que emanaban restalló en el aire. Envié mi magia contra ellos con un solo pensamiento. Rabia, ira, furia. Odio. Dolor. Y, uno a uno, dichos hechizos se quebraron para luego deshacerse en la nada de mi propia oscuridad. Tragados de tal manera que bien podrían no haber existido nunca.

Si Ravenswood entero tenía que caer, que así fuera.

—Luke, detente. ¡Ahora! —exigió él, y fue la primera vez que aprecié un ligero pánico en su voz.

Puede que escuchara el aullido de un lobo, un llanto dolorido que era al mismo tiempo advertencia y rendición, como si Wood supiera que no había nada que pudiera hacer para evitar lo que fuera a ocurrir a continuación, pero que de todas formas tratase de alertarme acerca de las consecuencias, del precio que iba a tener que pagar.

No importaba, nada importaba ya.

Otras voces se elevaron y llegaron a unos oídos que eran los míos aunque no me pertenecieran. Voces de gente que alguna vez había conocido. Voces que gritaban, que tropezaban con su propia respiración y con las palabras que pronunciaban. Magia que latía temerosa. Otros brujos. Brujos blancos, brujos oscuros. Otras canciones, débiles en comparación con la de ella.

*Ella.*

«Danielle».

Volví la vista para mirarla, inerte sobre el suelo, apenas viva. Pálida como la misma muerte a la que yo la había empujado. Mis ojos tropezaron a continuación con la melena turquesa de una chica, una piel oscura, un tipo alto de hombros anchos y un tercer chico, uno humillado y despreciado por sus orígenes: Annabeth, Aaron, Gabriel, Robert… Y más. Había otros. Una parte pequeña y ridícula de mí se alegró de que alguien hubiese acudido finalmente en nuestra ayuda. Pero ya era tarde. Demasiado tarde. El poder del infierno rugía a través de mi cuerpo. La marca dolía y me quemaba el pecho. Porque yo era el mal. Yo era la muerte. Yo era la oscuridad.

Sin embargo, fue solo la minúscula parte de mi corazón ahora marchito que continuaba resistiendo la que impulsó mi mirada hacia los miembros del aquelarre de Robert y me obligó a decir:

—Lo siento.

«Lo siento mucho», repetí para mí mismo. Luego, volví la vista al frente y extendí las manos hacia delante.

Rodeado como estaba ya por los estudiantes hechizados de Ravenswood, ni siquiera tuve que tocarlos. Solo lo deseé y, cuando quise darme cuenta, ocurrió… Comencé a drenar a aquellos niños; su poder fluyó hacia mí desde sus mismos corazones. Desde sus almas.

Y a pesar de que deseé encontrar aunque fuera un pequeño

atisbo de remordimiento en mi interior, supuse que de verdad era tarde, porque no logré hallarlo por ningún lado.

# 2

## Wood

Dith estaba gritando, incluso cuando solo era una aparición, una que todos podían ver gracias a la magia de la Noche de Difuntos, aunque anhelaba que fuera más que eso. También yo quería gritar, pero ningún sonido salía de mi boca abierta y no sabía qué palabras hubieran brotado de mis labios si hubiera logrado encontrar mi voz. Mi grito era en realidad un alarido silencioso de puro horror que se elevó en mi mente, y el miedo que me embargó en ese momento fue solo comparable al que había sentido en el instante en el que había comprendido que Meredith estaba muerta semanas atrás.

Alex había comenzado a drenar a los alumnos de Ravenswood. Había cedido a la oscuridad, y lo había hecho de tal manera que no estaba seguro de que, ni siquiera rompiéndole todos y cada uno de los huesos del cuerpo, fuese a ser capaz de regresar. Tiempo atrás, el dolor lo había traído de vuelta más veces de las que podía o quería recordar, pero ahora…

—Alex —farfullé a duras penas, incapaz de incorporarme.

El golpe recibido me había quebrado de tal modo que moverme resultaba casi imposible. Me sentía completamente impotente; un triste espectador en un espectáculo de mierda sin posibilidad alguna de proteger a Alexander no ya de una amenaza externa, sino de sí mismo. No había podido salvar a Dith y ahora tampoco podría salvarlo a él.

—Yo… soy… la… oscuridad —dijo, sin apartar la vista de Elijah y puntuando cada palabra con un golpe de su poder siniestro.

A su espalda, las sombras se agruparon y tomaron forma. Decenas de cuervos salidos de la mismísima noche desplegaron las alas y alzaron el vuelo sobre él. Pájaros hechos de magia y tinieblas

que se lanzaron a través del gran salón. Cuando creí que se estrellarían contra Elijah, viraron hasta la zona donde yacían Raven y Cam y los rodearon hasta formar una espesa nube de picos, plumas y ojos vidriosos carentes de vida.

Una chispa de esperanza brotó entonces en mí. ¿Alexander estaba protegiéndolos? ¿Protegía a Raven a pesar de todo? ¿A pesar de lo que lo poseía, de lo que ahora era?

Dith apareció a mi lado, sólida y a la vez inalcanzable. El corazón se me disparó en el pecho, como lo hacía cada vez que volvía a verla.

Cada maldita vez.

—Mi amor —gemí, sin importar que jamás me hubiera dirigido a ella así si no estábamos completamente solos. Nada importaba ya, no cuando la había perdido y el infierno parecía estar cada vez más cerca.

Se arrodilló y estiró la mano. Por un segundo sentí la suavidad de la yema de sus dedos contra la mejilla. Fuera cual fuese la magia de esa noche le permitió tocarme, y yo creí morir al percibir la ternura de esa breve caricia sobre la piel. Algo en mi interior se quebró y la humedad inundó mis ojos. Exhalé un suspiro tembloroso, un ruego y un agradecimiento al mismo tiempo, justo cuando ella habló.

—Tienes que traer de vuelta a Alexander antes de que sea demasiado tarde. Levántate.

—No puedo.

—Sí puedes. Tú nunca te rindes —dijo, con el fantasma de las lágrimas apropiándose también de sus ojos—. No te rendiste conmigo cuando nos conocimos. No te rendiste durante décadas, durante siglos, estuviésemos juntos o separados. Y no vas a rendirte ahora. No con él.

—Pero Danielle…

—Danielle aún respira, y mientras lo haga hay una posibilidad de salvarla. Ella no está destinada a morir aquí. No *puede* morir aquí.

La súplica en sus ojos resultó… dolorosa, más que cualquier otra cosa que hubiera podido decir. Ella no suplicaba nunca; Meredith Good exigía, y yo la había amado de forma feroz por ello y la seguiría amando hasta el final de mi existencia maldita. Y también

cuando esta acabase.

—Si ella muere o él mata a esos alumnos… —Negó con la cabeza, sobrecogida.

Ambos sabíamos lo que ocurriría: Alex se perdería a sí mismo de forma irrevocable. Todos perderíamos, y el mundo se llenaría de muerte y oscuridad.

—¡Detente, Luke! —gritó Elijah, con los brazos alzados y las manos extendidas frente a él.

El aquelarre de Robert había atravesado la entrada un momento antes y sentí deseos de reír. Habían acudido en nuestra ayuda; sin embargo, no sería suficiente. No si de lo que se trataba era de detener a un Alexander que hubiera perdido cualquier rastro de esperanza.

Los cuervos de sombras continuaron girando y girando en torno a Raven y Cam mientras forzaba mi cuerpo a obedecerme. Luché para ponerme de rodillas. El dolor era demasiado; lo que fuera que se hubiera roto dentro de mí, la magia tardaría en recomponerlo. Pero Dith tenía razón y, aunque no hubiese sido así, yo hubiera hecho cualquier cosa que ella me hubiese pedido. Así que apreté los dientes, empujé con las manos sobre el suelo y me erguí.

—Yo… soy… la… oscuridad —repitió Alex, con esa voz tan antigua como el mismísimo mundo. Letal. Horrenda.

—¡Alexander, no! —grité.

Traté de ponerme de pie y… fallé, pero alguien apareció a mi lado: Annabeth Putnam. Me agarró del brazo y tiró de mí hasta que quedé por fin sobre dos piernas. Creí que lo conseguiría, que sería capaz de llegar hasta mi protegido, hasta Danielle, hasta mi gemelo y el resto de nuestros amigos. Creí, durante un segundo, que podría salvarlos a todos. Pero entonces Elijah se adelantó y, como si eso fuese todo lo que necesitaba para reaccionar, Alex se arrodilló y golpeó con ambos puños las baldosas que conformaban el escudo de nuestro linaje. Una oleada de poder devastador brotó de su cuerpo y la oscuridad misma explotó a través de la sala. El techo crujió, las paredes se desmoronaron, el suelo se deshizo y el aire se llenó de sombras y llamas en un único instante, impregnándose de cosas que se retorcían y gemían y gritaban; cosas hambrientas.

Y en ese momento supe, sin ningún asomo de incertidumbre, que Ravenswood acababa de caer.

# 3

*Un mes más tarde*

## Alexander

—Ese será el tercero que destroce si continúa golpeándolo así —escuché comentar a alguien desde la puerta; Annabeth Putnam, tal vez.

Wood hizo un ruidito mostrando su acuerdo; sin embargo, no me molesté en reconocer la presencia de ninguno de los dos. En esos momentos, pocas cosas conseguían captar mi atención y menos aún mantenerla. Continué golpeando el saco de boxeo colgado a un lado de la sala sin pausa. Una y otra y otra vez, a pesar del dolor en mis nudillos y de lo pesados que sentía mis brazos. No había manera de que esas molestias compitieran en modo alguno con ese otro dolor que se extendía desde el centro de mi pecho, casi como si fuera mi propia oscuridad la que irradiaba en todas direcciones, arañando la carne a su paso.

Pero no había rastro de sombra en mis venas ni había llamas en torno a mis hombros. Mis ojos mantenían su tono dispar y los mechones de pelo que se me pegaban a la frente y la nuca a causa del sudor exhibían su color dorado habitual. La marca de mi pecho no arrojaba nada más allá de un leve picor. Y a pesar de que podía percibir la magia de cada uno de los brujos distribuidos por todo el edificio y los alrededores, ninguna canción se alzaba en mis oídos con la suficiente fuerza como para tentarme en lo más mínimo.

Era yo mismo y a la vez no lo era. O no lo había sido durante el tiempo que llevábamos allí. La oscuridad se mantenía recluida en mi interior y, sin embargo, la sentía en torno a mí. Sobre mi boca y mi piel. Aislándome. Asfixiándome. Como si todavía me hallara

sumergido en ella. Como si aún continuase en el auditorio de Ravenswood. Como si aquella maldita Noche de Difuntos no hubiera terminado y nunca fuese a hacerlo.

Golpeé, golpeé y volví a golpear. Mis dedos crujieron al impactar con el cuero y el saco se balanceó. Golpeé de nuevo.

Frustrado.

Herido.

Roto.

Furioso.

—Alex —me llamó Wood.

Su voz sonaba lejana en mis oídos, incluso cuando me di cuenta de que había accedido a la sala y estaba ahora mucho más cerca. Dijo algo más, pero mi mente se negó a procesarlo. Seguí lanzando golpes y más golpes, y nuevas palabras salieron de la boca de mi familiar. Ruido, solo era ruido.

Continué golpeando.

El saco se movió hacia un lado al recibir un golpe que no provenía de mí y mi siguiente puñetazo encontró solo aire. Lo había lanzado con tanta fuerza que trastabillé hacia delante y, de regreso, fue el saco el que me golpeó en el costado.

—¡Maldita sea, Alex! ¡Para de una vez!

—¡No! —rugí, porque no quería detenerme.

Traté de situarme de nuevo frente al saco, pero Wood me empujó hacia atrás, llevándome lejos de él.

—¿Quieres pelear? Pues pelea conmigo entonces.

Me lanzó un puñetazo antes siquiera de haber acabado de hablar. Aun así, lo esquivé a tiempo. No quería pelear con él, sino conmigo mismo. Con la neblina difusa que me rodeaba. Con la culpa. Con la rabia.

Con la ira.

—Danielle… —suspiré sin siquiera darme cuenta de que lo hacía en voz alta.

—No la metas en esto. No va de ella, sino de ti.

Wood amagó con la derecha y me golpeó en el mentón con la izquierda. Toda mi mandíbula vibró con el puñetazo, pero no sentí dolor. Apenas sentía nada en realidad.

—Hiciste lo que tenías que hacer —agregó—. Todos lo saben.

Sí, por supuesto. Todos en aquel sitio sabían lo que había hecho.

Todos conocían el relato de cómo Luke Alexander Ravenswood se había erigido como algo salido del mismísimo infierno y había drenado a un montón de brujos que no eran más que niños hechizados y luego había derrumbado un edificio sobre ellos quebrando los mismísimos cimientos de una escuela que llevaba más de tres siglos en pie. Después de escapar de allí, nadie se había acercado lo suficiente como para comprobar lo que fuera que vivía ahora en aquellos terrenos. Ni siquiera estábamos seguros de lo que le había hecho al lugar, aunque yo tenía mis sospechas. Y por si eso fuera poco, Elijah había conseguido escapar.

Todo había sido en vano.

—No —repetí, porque parecía que era lo único capaz de decir en ese momento.

—Se están recuperando. —«Los que viven», pensé yo, aunque no fui capaz de hablar en voz alta—. Y Danielle…

Mi puño salió disparado y se hundió en su estómago. Wood soltó el aire de golpe, retrocedió un par de pasos, tambaleándose, y se llevó la mano al punto en el que lo había golpeado. Pero el muy estúpido se limitó a sonreírme como si el hecho de que le pegase fuese lo más divertido que le había sucedido en todo el día.

Tal vez lo fuera; con Wood nunca se podía estar seguro de nada.

—¡Le arranqué su magia! ¡¿Es que no lo entiendes?! —grité finalmente, perdiendo cualquier atisbo de control que hubiera podido mantener—. ¡Se estaba muriendo en mis brazos mientras yo me alimentaba de su sufrimiento! ¡Y luego hice lo mismo con esos críos!

Él se cruzó de brazos y suspiró. Me obligué a apartar la vista. Si descubría siquiera la más mínima compasión en sus ojos… me volvería loco, si es que no lo estaba ya.

—Escúchame bien. Fue ella quien te pidió que empleases su poder. Y, aun así, a pesar de que te rogó que lo tomases todo, no fuiste capaz. Sé que suena egoísta y probablemente lo sea, no te mentiré sobre eso, pero no soy un santo, Alexander; no voy a decirte que yo no habría hecho lo mismo si se hubiera tratado de Dith. Lo habría hecho sin siquiera pensármelo dos veces. Habría sacrificado casi a cualquiera por ella, así que no voy a culparte por tus actos ni por las decisiones que has tenido que tomar. No cuando, además, intentaste usar tan solo un poco de cada uno de ellos…

—Nada de eso lo hace mejor.

—¿Eso crees? Porque te aseguro que yo no hubiera tenido tantas contemplaciones.

Mentía. Conocía a mi familiar. Wood hubiera muerto por Dith y también habría matado por ella, no tenía ninguna duda sobre eso; sin embargo, no a un puñado de niños inocentes. En el pasado le hubiera agradecido que tratase de hacerme sentir mejor, pero no ahora. No con aquello. No cuando finalmente me había convertido en todo lo que una vez había luchado para no ser. No cuando le había dado la razón a mi padre. No cuando me parecía seguir percibiendo la muerte a mi alrededor. Y no cuando todo había sido para nada.

Ravenswood había caído en las sombras. Abbot estaba medio derruida. Elijah había escapado a un mundo que no estaba ni mucho menos preparado para hacer frente a la oscuridad del monstruo en el que mi antepasado se había convertido, y tampoco para lo que yo era.

—Wood tiene razón.

Me giré hacia la puerta y encontré a Annabeth apoyada contra el marco. La melena turquesa le caía sobre el hombro y hasta la cintura en forma de una larga trenza. Vestía un uniforme similar al de los Ibis, ropa negra y ceñida que no entorpecía sus movimientos en una pelea, aunque no había armas a la vista.

Sabía que se estaban organizando patrullas para inspeccionar el desastre que era ahora Ravenswood, pero no estaba al tanto de mucho más. Mi atención en esos días se centraba en una única cosa; al margen de ello, tan solo me permitía unas cuantas horas en el gimnasio para liberar la tensión a la que estaba sometido mi cuerpo ahora que reprimía de forma constante la oscuridad, lo cual apenas servía de nada en realidad. Aunque había funcionado en el pasado, en aquel momento el ejercicio físico no era más que un parche muy débil para todo lo que había en mi interior, y yo lo sabía.

—Wood tiene razón —repitió Annabeth.

Negué.

—Soy un peligro para todos, ni siquiera debería estar aquí —repliqué, a pesar de que no pensaba marcharme.

No había puesto un pie en el exterior del edificio después de que atravesásemos las puertas un mes atrás. La aparición tardía del

aquelarre de Robert en Ravenswood había permitido que fuésemos rescatados tras mi estallido final. Habían tenido que remover y rebuscar entre los escombros, y solo la ausencia de las protecciones que una vez había tenido la academia les permitió emplear la magia para conseguir salvarnos y sacar a la mayoría de allí. El golpe de poder había sido tal que durante un instante llegamos a creer que Elijah había sido vencido y devuelto al infierno del que había escapado. Sin embargo, no habíamos encontrado su cadáver ni señal alguna que indicara tal cosa. Pero sí que habíamos descubierto otros cuerpos…

Se había traslado a los heridos al edificio en el que ahora nos encontrábamos, en el que, con el paso de los días, habían ido refugiándose cada vez más y más brujos; algunos oscuros, otros blancos. Una academia, eso era aquel lugar. Robert y su aquelarre no se habían limitado a ofrecer refugio a algunos brujos *descarriados* en Nueva York, sino que, mientras lo hacían, habían estado planeando otras muchas cosas, tales como la fundación de un centro en el que no se distinguía entre los linajes de sus alumnos; donde la magia era simplemente… magia, y lo importante era lo que hacías con ella.

De no haber estado tan aturdido por todo lo sucedido, tan furioso y tan repleto de amargura, me habría maravillado todo lo que habían conseguido hacer a espaldas de ambas comunidades, lo mucho que se habían jugado. Si alguno de los dos consejos se hubiese enterado de sus planes, lo más probable era que hubieran acabado malditos y convertidos en familiares. Pero eso había sido antes de que la oscuridad llamase a nuestra puerta. Por ahora, los consejos estaban demasiado dispersos y desestabilizados por las pérdidas como para reclamar que se cumpliesen sus normas obsoletas.

Wood se plantó frente a mí una vez más. No había ni rastro de las heridas que había recibido la Noche de Difuntos a pesar de lo mal que estaba cuando lo sacaron de allí, pero las sombras que se apreciaban bajo su mirada hubieran podido competir con las que yo acumulaba en mi interior.

—Te estás reprimiendo, Alex, y eso… —Agitó la cabeza de un lado a otro—. Vas a tener que dejarlo salir en algún momento o te consumirá hasta matarte.

Sentí deseos de reír. Ya estaba consumido, ya me estaba matando. Me moría un poco más cada vez que cerraba los ojos y me veía a mí mismo drenando a Danielle. Veía con claridad mi mano sobre su estómago; la súplica en sus ojos, alentándome a hacerlo incluso cuando sabía que eso la mataría; las palabras que no había llegado a decirle y las que ella no había podido pronunciar. Veía las venas negras en mis brazos extendidos hacia los jóvenes brujos cuya magia había robado a continuación. Veía, y sentía, el poder ingobernable que me había controlado por completo.

Veía… veía un monstruo.

Así que procuraba no cerrar los ojos el tiempo suficiente como para perderme en esas imágenes, lo cual seguramente me convertía en alguien aún más cobarde.

Annabeth se adelantó desde el lugar junto a la puerta que había estado ocupando.

—Necesitamos tu ayuda, Alexander. Los informes que han llegado no son…

Levanté la mano para interrumpir su discurso, aunque esta vez no fue porque me negara a escucharla. Había algo. Un sonido… Ladeé la cabeza y, a riesgo de que las pesadillas que me torturaban tanto dormido como despierto cobraran vida una vez más, cerré los ojos para concentrarme. Un edificio lleno de brujos oscuros y blancos no era el mejor lugar para mí teniendo en cuenta lo que mi poder podía hacerles, pero después de los días que llevaba allí ya me había acostumbrado al ruido de fondo en mi mente que provocaba la magia de estos. Solo que ahora…

Abrí los ojos de golpe.

Se me aflojaron las rodillas en cuanto comprendí lo que estaba escuchando. Durante un momento, el tiempo pareció quedar suspendido en un segundo infinito; un instante más tarde, la oscuridad rugió en mi interior.

—¿Qué es? ¿Qué pasa, Alex? —preguntó Wood al percatarse de que algo estaba sucediendo.

No le respondí. Cuando por fin reaccioné, eché a correr hacia la puerta, y luego seguí corriendo por los pasillos.

# 4

## Alexander

Aquella academia no se parecía en nada a Ravenswood y tampoco a Abbot. No era ostentosa y decadente como la primera, ni fría y aséptica como la segunda. Era un sitio moderno y a la vez acogedor; más como las universidades a las que asistían los mortales. Había grandes cristaleras por todas partes y la luz natural entraba a raudales para iluminar cada rincón. De las paredes no colgaban retratos de miembros de linajes distinguidos o familias de brujos, sino que habían colocado fotografías de paisajes cuyo autor, fuera quien fuese, contaba con un talento considerable para captar la belleza del mundo exterior. Había representaciones de los cuatro elementos en cada esquina: fuentes rodeadas de plantas frondosas y de un verdor resplandeciente que hundían sus raíces en enormes macetones de tierra, pequeños cuencos con velas flotantes e incluso una serie de agujeros en las paredes que formaban una red de corrientes para renovar el aire continuamente. En realidad, el edificio al completo rezumaba magia, una magia fresca y joven; sin embargo, no presté atención a nada de eso mientras me forzaba a ir más y más rápido por los amplios corredores que llevaban al ala en la que se encontraban los dormitorios.

Los pocos brujos con los que me cruzaba me iban abriendo paso antes de que llegara a su altura, como si mi propio poder oscuro fuera apartándolos del camino. O tal vez fuera solo su temor hacia mí lo que los hacía retirarse y evitar cualquier contacto. No estaba seguro del aspecto que tenía; sin duda, sudoroso por las horas pasadas en el gimnasio, y apostaba a que también lucía el asomo de un cardenal en la mandíbula, allí donde Wood me había golpeado. Pero al menos no me había transformado, por mucho que la

oscuridad pulsara en mi pecho rogando para que la dejara salir.

Apenas me detuve el tiempo suficiente para abrir la puerta del dormitorio en el que había pasado todas las horas que no empleaba en agotarme físicamente. Irrumpí en la estancia a trompicones y sin aliento, con un nudo en la garganta —fruto a partes iguales de la esperanza y el miedo— que se había ido apretando cada vez más con cada paso que daba. Dicho nudo se cerró del todo en el momento en que mi mirada se posó sobre la cama que presidía la habitación. Sobre su ocupante.

Durante unos pocos segundos infinitos no me moví, no respiré; y mi corazón dejó de latir. Luego, mis pies avanzaron por propia iniciativa hasta que me topé con el borde del colchón. Mis rodillas cedieron finalmente y se clavaron en el suelo duro. Ni siquiera acusé el golpe. Parpadeé, y el aire entró de golpe por mi boca y mi pecho se expandió de forma brusca. Fue como tomar aire por primera vez en mucho tiempo y, de alguna manera, un trozo de los muchos que ahora conformaban mi corazón destrozado encontró su sitio de nuevo.

—Tienes un aspecto de mierda, Alex —dijo Danielle.

Aunque la voz le salió tan áspera que apenas si parecía la suya, la humedad me llenó los ojos al escucharla. Se había incorporado hasta quedar sentada, apoyándose contra la multitud de almohadas que alguien —posiblemente Annabeth— había colocado en la cama cuando la había preparado para ella semanas atrás.

Treinta días. Danielle llevaba un mes completo inconsciente, desde la Noche de Difuntos. Desde que yo la había drenado prácticamente hasta la muerte. En un primer momento, había sido Aaron Proctor quien le había curado las heridas externas, pero fue tras nuestro traslado allí cuando Laila, otra de las brujas del aquelarre de Robert, se había encargado de reforzar su magia. Del ataque le había quedado una leve cicatriz entre el hombro y el cuello, producto del mordisco que había recibido de un demonio y que no hubo conjuro que pudiera eliminar del todo, y una especie de manchas un poco más oscuras en la piel que sospechaba que eran el resultado de la oscuridad que Danielle había drenado de Mercy. Me había sentido tentado de cederle parte de mi magia, tal y como ya había hecho alguna vez en Ravenswood, pero me había aterrado la posibilidad de que, ahora que mi poder se había

desatado por completo, le hiciera más mal que bien. Así que no había hecho nada mientras Aaron y Laila empleaban todos sus conocimientos, humanos y mágicos, para hacerla despertar.

Nada había dado resultado.

A pesar del alivio que me invadió al comprobar que parecía ser la misma Danielle de siempre, dado que aún contaba con la energía necesaria para meterse conmigo, no logré encontrar ánimo para darle una réplica mordaz a su comentario y continuar con nuestro habitual tira y afloja. Todo lo que pude hacer fue cerrar los ojos e inspirar, hasta que no existió nada más que su dulce aroma y el sonido exquisito de su magia, ese que había permanecido en un amargo silencio durante aquellas largas semanas.

—Ey, no lo decía en serio.

Abrí los ojos y levanté la vista para encontrármela a su vez observándome; sus ojos muy abiertos y repletos de burla, y esa sonrisita que, aunque cansada, resultaba extremadamente exasperante.

—Sigues siendo una mentirosa terrible —dije por fin, lo cual era una mierda como primera cosa que decir después de lo mucho que había deseado que se despertase y poder hablar con ella.

Dios, necesitaba contarle —confesarle— tantas cosas…

Danielle extendió el brazo y una descarga me recorrió de pies a cabeza cuando apoyó la palma de la mano en mi mejilla. De ser una persona menos egoísta, no le habría permitido que me tocase a riesgo de volver a hacerle daño, pero había anhelado tanto sentirla de nuevo que no me retiré. Nuestras miradas se enredaron y el resto de la habitación se desdibujó. Ninguno de los dos habló durante un momento; sin embargo, me sentí como si estuviera volviéndome del revés y le mostrase hasta el último rincón oscuro de mi interior. Como si ella pudiera verlo todo, incluso aquello que yo estaba desesperado por ocultarle. Todo cuanto me avergonzaba.

—Hola.

—Hola —susurré de vuelta, tan bajito que no estaba seguro de que ella lo hubiera escuchado.

Las comisuras de sus labios volvieron a arquearse y esbozó una sonrisa más sincera, tan preciosa y luminosa que amenazó con destruirme por completo. Había temido tanto que no llegara a despertarse nunca como que lo hiciera y no fuera ella misma; que,

junto con su magia, yo le hubiera robado parte de su ser. A pesar de que Laila me había asegurado que podía percibir el poder rehaciéndose en su interior con el paso de los días, y de que yo mismo también lo notaba, había pasado aterrado todo ese tiempo. No era su poder lo que yo más temía haberle arrebatado, sino la propia esencia de lo que ella era. Su ferocidad, su lealtad, la chispa de ese humor provocador que tanto me sacaba de quicio. Su descaro. Su fuerza. Su luz.

—Lo de verte arrodillado frente a mí es muy… estimulante —continuó burlándose.

Cedí al deseo de estar más cerca de ella. Trepé por la cama y me coloqué a su lado. Inclinándome, apreté la frente contra la suya y dejé ir el aire que había estado conteniendo. La mano de Danielle aún acunaba mi rostro y yo no quería que dejara de hacerlo jamás.

—Danielle, yo…

Me silenció con dos dedos.

—No vamos a hacer esto de nuevo, Alex.

—¿Hacer qué?

Se echó a reír y ese sonido… Joder, ese sonido era incluso más delicioso que la canción de su magia. Retumbó por todo mi cuerpo y se me clavó en el pecho. Y deseé oírla reír cada día de mi vida, tan larga o tan corta como esta fuese.

Retiró los dedos para, a continuación, ocupar su lugar con los labios. Fue un beso suave, un roce tentativo que ni por asomo duró lo suficiente. No fue apenas nada, pero se sintió como todo. Con una mano en su nuca, le permití que se retirase, pero no alejarse más allá de unos pocos centímetros.

—Esto —dijo, señalando entre nosotros, y tuve un momento de pánico en el que creí que por fin había entrado en razón y me apartaría de ella—. Lo de la culpa. Lo creas o no, te conozco y sé que vas a hacer un drama de lo que sucedió… Tienes tendencia a cargar sobre tus hombros mucho más de lo que te corresponde. Apuesto a que, si mañana nos cayese un meteorito, encontrarías la manera de culparte por ello.

Que estuviera despierta y de tan buen humor resultaba maravilloso, pero Danielle no era consciente de cómo habían acabado las cosas en Ravenswood ni del tiempo que había pasado inconsciente. Como tampoco del hecho de que Elijah era ahora un

problema aún mayor de lo que lo había sido. La profecía se había cumplido. Aun así, en ese momento lo único en lo que yo podía pensar era en que ella estaba bien, y todo lo que podía desear era que no me odiase por lo que le había hecho. *Esto* —la culpa— era algo que no podía evitar sentir.

## Danielle

No estaba segura de dónde me encontraba, lo único que sabía era que estaba viva. Durante un instante, al despertar, había creído que había muerto en el auditorio de Ravenswood y me había convertido en un fantasma. Solo cuando Alexander había atravesado la puerta de un dormitorio que no era capaz de reconocer y nuestras miradas se habían encontrado, solo cuando había visto esos ojos dispares aterrorizados y al mismo tiempo anhelantes, aliviados y temerosos —esos preciosos ojos que había pensado que jamás volvería a contemplar—, solo entonces me había dado cuenta de que, de alguna forma, había sobrevivido al desastre de la Noche de Difuntos.

Alexander había avanzado y había caído de rodillas junto a la cama, y las imágenes de nuestros últimos minutos juntos habían regresado desde el fondo de mi mente. Él sosteniéndome y su rostro cubierto de lágrimas, odiándose a sí mismo incluso antes de que hubiera empezado a drenar la magia de mis venas. El dolor, la impotencia. Tiempo atrás, yo había sido incapaz de descifrar sus emociones, incluso había pensado que no las tenía, más allá de gruñir y mostrar una arrogancia a juego con su enorme ego, pero aquella noche en el auditorio dichas emociones habían estado por toda su cara. Tal y como lo estaban ahora.

Había sabido que Alexander no se perdonaría jamás por drenarme hasta la muerte, pero al parecer tampoco lo haría aunque estuviese viva.

La puerta que había dejado entreabierta se abrió del todo y un Wood jadeante se asomó al interior. La sorpresa inundó su expresión al vernos allí. Al verme despierta, supuse.

—¡Joder! —Fue todo lo que dijo.

Esa única palabra salió de sus labios cargada no solo de incredulidad, sino de un profundo alivio. Un alivio idéntico al que

sentí yo al verlo de pie y completamente ileso.

—Oh, Dios —gemí, conteniendo un sollozo de pura alegría—. Estás bien…

Alguien más apareció tras él, y me bastó captar el destello de una llamativa melena turquesa para comprender que se trataba de Annabeth Putnam. ¿Cómo es que estaba allí, dondequiera que fuese allí? ¿Y sabrían ya Gabriel y ella que su abuelo había fallecido en Abbot?

Madre mía, tenía tantas preguntas.

—Espera. —De repente, me faltaba el aliento—. ¿Dónde está Raven? ¿Y Cam?

Me llevé la mano al pecho, como si tanteando mi piel pudiera alcanzar la conexión que se había establecido entre Raven y yo al convertirse este en mi familiar; como si pudiera tocar ese cordón anaranjado que había visto una sola vez, pero que estaba segura de que era con el lobo negro con quien me unía. Prácticamente me arañé el pecho, no sé si tratando de llegar hasta él o por la falta de aire.

Mientras Alexander tiraba de mi brazo para detenerme, un músculo palpitó en su mandíbula, y juro que sentí su poder oscuro latir con la misma cadencia. La canción de su magia llegó a mis oídos, aunque me dio la sensación de que, en cierto modo, estaba *desacompasada*. La suave nana que me había acostumbrado a escuchar proveniente de él parecía ahora carente de ritmo, o más bien desafinada. No sabría describirlo de manera adecuada, pero algo andaba mal con su poder; o con él mismo.

Al no obtener una respuesta de Alex, miré a Wood.

—Rav está bien, ¿verdad?

No podía contemplar otra opción; no podía perder a nadie más. Pero las palabras de Elijah retumbaron en mi mente: «Estás destinada a perder». Entré en pánico.

«No, no, no…».

—Está bien —dijo Wood por fin.

Mi mano resbaló hasta mi regazo, ya libre del agarre de Alexander. Este continuaba en silencio, aunque juraría que se había separado un poco de mí.

—¿Y Cam?

Esta vez, Wood tardó aún más en contestar.

—Cameron está vivo.

Me desplomé contra el cabecero, tan aliviada que en ese momento no me di cuenta de que Wood había escogido las palabras con un cuidado deliberado. En realidad, había una gran diferencia entre estar vivo y estar bien.

# 5

Después de que Alexander y Wood intercambiaran una larga mirada que solo ellos dos sabrían qué significaba, este último y Annabeth se retiraron y nos dejaron a solas. Aún apoyada en una pila desproporcionada de almohadas y con los ojos cerrados, me permití unos pocos segundos para que mi mente se pusiera al día. No sabía lo que había sucedido con Elijah y una parte de mí tenía miedo de preguntar. Dado el estado de ánimo en el que se encontraba Alex, parecía seguro que las cosas no habían acabado como habíamos esperado. La verdad era que nada había sido como deseábamos. Nada en absoluto.

—¿Qué pasó? —pregunté finalmente. No tenía sentido retrasarlo.

Abrí los ojos y lo encontré contemplándome con una mirada repleta de agonía. Llevó la mano hasta mi rostro y trazó la línea de mi mandíbula con la yema de los dedos. El gesto estaba cargado de ternura y fue tan delicado que no pude evitar estremecerme.

—Pensé… que habías… muerto —dijo entonces, atragantándose con cada palabra—. Pensé que yo te había… matado.

Mi primer impulso fue hacer alguna broma al respecto; sin embargo, por mucho que sacarnos mutuamente de quicio se hubiera convertido en un juego para ambos, me daba la sensación de que aquel era un momento importante, una especie de muro a derribar entre nosotros. No estaba segura de las horas que había pasado inconsciente —unas cuantas, supuse, si me habían trasladado a dondequiera que estuviésemos—, pero aún tenía en la punta de la lengua las palabras que no había llegado a decirle, esas que había callado primero y luego me hubiera gustado gritar. Y ahora me ahogaba con ellas del mismo modo en que Alexander lo había hecho al señalar algo que no había llegado a suceder: no me había matado.

—No lo hiciste —atiné a decir, aunque una vocecita me animaba a confesarle mis sentimientos de inmediato, antes de que él me lo contestase todo y el mundo real invadiera nuestra pequeña burbuja —. Estoy viva.

«Y enamorada de ti», pensé, pero se me hizo un nudo en la garganta. ¿Cómo de ridícula podía parecer si le decía algo así justo en ese momento? Pero ¿y si luego tampoco había tiempo? ¿Y si cometía de nuevo el error de callar?

—No gracias a mí —señaló, y me di cuenta de que empezaba a moverse aún más atrás sobre el colchón.

Lo agarré de la camiseta y tiré de él para obligarlo a acercarse. Lo tomé tan desprevenido que no opuso ningún tipo de resistencia. Nuestros rostros quedaron a tan solo unos centímetros. Un suspiro de distancia, ese era el espacio entre nuestras bocas. Aun así, él continuaba estando demasiado lejos.

—¿Sabes qué fue lo último que pensé antes de desmayarme? —pregunté, y el horror que reflejó su expresión fue indicación suficiente de lo erradas que debían de ser sus suposiciones sobre aquel instante—. Eres digno Alexander Ravenswood. Digno de un poder que nunca has querido y que llevas toda tu vida luchando por controlar. Y puede que dicho poder sea oscuro, pero tú no lo eres. No eres malo. No eres un monstruo. —Se encogió y trató de retirarse de nuevo, pero no se lo permití. Alex necesitaba oír eso—. No lo eres. Lo que hiciste fue porque yo te lo pedí, porque había que hacerlo, y a pesar de que era la única forma, sigo aquí… Y yo… —Se me quebró la voz—. Yo te…

Incapaz de continuar hablando, lo besé. Tal vez así pudiera convencerlo de que mis palabras eran sinceras. Lo que había dicho era verdad, y lo que sentía por él, real. Tan real que incluso a mí me sorprendió. Estaba enamorada de Alexander Ravenswood, y era tan estúpida que no lograba decirlo en voz alta.

El beso fue torpe y cargado de desesperación, y totalmente unilateral al principio. Alex se quedó paralizado, y me dije que igual sí que estaba haciendo el ridículo. La vergüenza se extendió por mi piel en forma de un cosquilleo desagradable y empecé a retroceder. Pero entonces se movió de golpe, más rápido de lo que lo hubiera visto hacerlo jamás. En un momento estaba sentada junto a él y al instante siguiente me encontré tumbada, con su cuerpo

sobre el mío, una de sus manos apoyada en la almohada, junto a mi cabeza, y la otra aferrando mi rostro.

Atacó mi boca como el general que se lanza a la batalla decisiva de una guerra eterna, como el lobo que cae hambriento sobre su presa después de haberla acechado durante horas. Y yo le permití que me asaltase a placer. No sé durante cuánto tiempo nos besamos, pero cuando Alex retrocedió finalmente sentí los labios entumecidos de la manera más agradable posible. Se quedó mirándome en silencio y, a pesar de lo agitado de su aliento, lucía más pálido de lo normal. Casi como si hubiera visto un fantasma.

Me planteé que el temor que había sentido al despertar no fuera tan solo un miedo infundado. Que yo hubiera caído y todo se tratara de algún sueño o engaño. O que algo del don de su familiar se hubiera filtrado hacia él y ahora compartieran la habilidad de ver a los muertos.

—Estoy viva, ¿verdad?

Alex soltó una carcajada, apretó la mano que mantenía en mi nuca y me dijo:

—No vuelvas a hacer algo así.

—¿Hacer qué? ¿Preguntas estúpidas? ¿Besarte?

La esquina de su boca se curvó, pero negó con la cabeza.

—Sacrificarte. —Su expresión perdió entonces cualquier asomo de burla—. Nunca más, Danielle. Prométalo. No puedo… No voy a…

No fue capaz de terminar la frase, y me maravilló ser capaz de dejar a Alexander Ravenswood sin palabras. Quizás, tal y como me pasaba a mí, había algunas que él tampoco se atrevía a pronunciar…

El pensamiento despertó un aleteo en mi estómago.

Pero entonces él tomó aire y lo soltó muy lentamente. Luego, su frente estaba de nuevo contra la mía y cerró los ojos mientras dejaba salir otro suspiro que lo hizo sonar totalmente derrotado.

—Perdí el control, Danielle, y me dejé ir por completo. Me aterroriza y avergüenza en lo que me convertí. No dudé en drenar a los alumnos que Mercy había hechizado. Fui cobarde y egoísta, pero me resultó imposible arrancarte hasta la última gota de tu poder. No pude hacerlo; no me importó lo que estuviera en juego. También me las arreglé para derrumbar el auditorio Wardwell porque creía

que estabas muerta, que yo mismo había apagado tu luz.

—Por Dios, Alex.

Lo rodeé con los brazos y lo apreté contra mí, pero forcejeó para alejarme. No creo que fuera porque despreciara mi contacto, sino porque no se creía merecedor de él: se había mantenido aislado durante años para evitar hacerle daño a otros brujos y ahora su peor miedo se había convertido en realidad. Recé para que todos los alumnos hubieran sobrevivido; de no ser así, Alex no se lo perdonaría jamás. Ni siquiera estaba segura de que se perdonase por haberme drenado, daba igual que hubiera sido nuestra única salida.

—No puedes llevar esa carga —le susurré al oído, cuando finalmente sus músculos se aflojaron y escondió la cara en el hueco de mi cuello.

Sin embargo, era Alexander Ravenswood, así que no me sorprendió en absoluto cuando replicó:

—Puedo y lo haré. —Su voz sonó amortiguada contra mi piel, pero había una certeza ineludible en su afirmación.

—Y luego soy yo la terca —traté de bromear.

Se movió un poco y sus labios rozaron mi sien con más de ese cariño delicado que conseguía estremecerme cada vez, luego buscó de nuevo mi mirada.

—No debería haberme quedado en este sitio, pero no… No podía separarme de ti.

Mi pecho se contrajo al escuchar el tono desgarrado de su confesión y la expresión desolada con la que me contempló. Su comportamiento había cambiado tanto desde aquel primer día en el que nos habíamos conocido; continuaba manteniendo la actitud seria y dura del heredero Ravenswood, pero ahora era mucho más. En ese momento, sus emociones se reflejaban en cada centímetro de su rostro: el ceño fruncido por la culpa y la preocupación, el miedo en los ojos y en las líneas rectas de sus rasgos afilados, la curva descendente de su boca… No pude evitar recordar la visión de sus lágrimas cubriéndole las mejillas mientras me drenaba. Puede que hubiésemos cometido un montón de errores, pero el destino —aquel equilibrio de mierda— no había sido nada benevolente con alguien que había estado sufriendo casi desde su nacimiento.

—Gracias —murmuré, sosteniendo su mandíbula para que no

desviara la mirada, lo cual intentó hacer casi de inmediato.

—No me…

—No, escúchame. Seguramente es muy egoísta por mi parte, pero gracias por salvarme y gracias por quedarte conmigo.

Salvo Dith, nadie se había quedado jamás y… joder, eso tenía que contar. Contaba para mí.

Ahora solo restaba descubrir cómo podíamos arreglar ese desastre. Si la profecía se había cumplido, si Elijah era la oscuridad augurada y ya estaba libre por el mundo, entonces íbamos totalmente a ciegas con lo que sucedería a partir de ahora.

Alexander parecía abrumado como jamás lo había visto. Había humedad en sus ojos y también un montón de agradecimiento que luchaba por ocultar. Ladeó la cabeza y su pulgar trazó mi mentón antes de inclinarse sobre mí y rozar los labios contra mi boca.

—Siempre me quedaré contigo, Danielle Good. Siempre.

Tomé aire para contener mis propias emociones. Las heridas que hubiera tenido se habían curado, pero sentí un peso persistente en el pecho. Resultaba doloroso ver tan derrotado a alguien como Alexander Ravenswood, no por su poder o el linaje al que perteneciera, sino porque yo sabía que era una buena persona, una a la que le habían pasado demasiadas cosas malas. Y estaba bastante segura de que aún tendríamos que sufrir más antes de que todo eso acabara.

Eché un vistazo a la habitación en la que nos encontrábamos y traté de sobreponerme a mis sombríos pensamientos, porque no ayudarían en nada; lo que más necesitábamos en ese momento era esperanza.

—Por cierto, ¿dónde estamos?

Alex soltó un profundo suspiro, como si él también necesitase unos segundos para recuperar algo de serenidad. Si bien se retiró un poco, su mano se deslizó hasta mi muñeca y enredó los dedos con los míos. Juraría que sus mejillas enrojecieron levemente cuando se dio cuenta de lo que había hecho, pero no me soltó.

Quién hubiera pensado que llegaría a ver a un Alexander tímido. La idea me hizo sonreír.

—En una academia —contestó tras aclararse la garganta. A pesar de la situación, no pude evitar emocionarme; nunca había estado en ninguna de las otras escuelas del país—. Una nueva,

fundada por el aquelarre de Robert y que aloja tanto a brujos oscuros como blancos.

Vale, eso sí que era sorprendente. Las academias de ambos bandos que habían existido hasta entonces tenían mínimo un siglo de antigüedad y dependían directamente de Abbot o de Ravenswood, que habían sido las iniciales; además, todas habían sido fundadas por linajes destacados. No podía ni empezar a imaginar lo que habría supuesto para Robert y los demás crear una al margen de la estructura ya establecida, el trabajo y el riesgo asociados.

—Vaya… ¿Y le han puesto nombre?

Alex dejó salir un asomo de sonrisa.

—Parece ser que discutieron mucho sobre ello. Robert era bastante reacio, pero finalmente la bautizaron como Academia Bradbury.

Bueno, bien por los Bradbury. Había sido un linaje muy maltratado a lo largo de tres siglos. A pesar de lo que había sucedido con Maggie, o quizás a causa de ello, aquel podría ser el nuevo comienzo que necesitábamos; tal vez había llegado la hora de que las nuevas generaciones se olvidaran de las rencillas de sus antepasados y crearan algo más allá de las normas impuestas por estos. Ojalá tuviésemos un futuro en el que fuésemos solo brujos, sin más etiquetas. O, mejor aún, personas.

—Ah, y estamos cerca de Montreal.

Se me abrieron los ojos como platos y de inmediato mi mirada voló hacia la ventana. Las cortinas que la cubrían evitaron que pudieran ver nada del exterior.

—¿Estamos en Canadá?

—Así es.

Nunca había salido del país, pero en cierto modo parecía lógico que el aquelarre de Robert decidiese hacerlo y alejarse así de Salem. Alexander no parecía muy impresionado por nada de aquello, aunque a lo mejor era porque él había llegado allí por su propio pie.

Me dejé caer contra las almohadas y estaba a punto de preguntarle cuánto tiempo había pasado inconsciente cuando la puerta se abrió de golpe. Raven entró a la carrera, directo hacia la cama, y se lanzó sobre mí. A pesar de que Alex ya me había dicho que estaba bien, una nueva oleada de alivio me recorrió de pies a

cabeza al verlo de una sola pieza.

—¡Rav! —chillé cuando me rodeó con ambos brazos y me aplastó contra su pecho.

No pude evitar echarme a reír mientras que, al mismo tiempo, las lágrimas regresaban a mis ojos. Había temido tanto por él cuando Mercy lo había secuestrado… Y, bueno, teniendo en cuenta que había pensado que iba a morirme, me estaba permitido mostrarme más emocional que de costumbre.

Raven me mantuvo apretada de tal forma que me resultaba difícil respirar, pero no me importó en absoluto y no me quejé al respecto. Me limité a disfrutar de su calor y brindé un agradecimiento silencioso por haberlo mantenido a salvo a quien fuera que estuviese escuchando.

—Bienvenida de nuevo, Dani —murmuró en mi oído, y tuve que redoblar mis esfuerzos para no ponerme a sollozar.

Raven era el único que alguna vez me había llamado así, él y Chloe, mi hermana pequeña, y se sintió como volver a casa, al hogar que eran ahora los Ravenswood para mí. Mi familia. No importaba dónde nos encontrásemos siempre que estuviésemos juntos.

# 6

Alex se marchó enseguida. Yo no quería que lo hiciera; lo necesitaba donde pudiera verlo y convencerme de que, incluso cuando no habíamos *ganado*, seguíamos aquí y vivos. Pero él se empeñó en que tenía que comer algo ahora que por fin había despertado y, ya de paso, avisaría de que estaba consciente para que alguien viniera a echarme un vistazo. Le aseguré que me sentía muy bien, casi demasiado bien en realidad, aunque no sirvió de nada, así que lo dejé marchar a regañadientes.

Una vez a solas con Raven, este se tumbó de lado y yo lo hice cara a cara con él para que le fuera fácil leerme los labios. Su pelo negro estaba hecho un lío y unas leves ojeras asomaban bajo los ojos. Parecía muy cansado, y la sonrisa que me dedicó, aunque era la suya, resultó algo más triste de lo habitual. Habíamos pasado por mucho, y solo Dios sabría lo que Mercy y Elijah le habrían hecho durante su secuestro.

—Las sábanas son de algodón para que no te den alergia —dijo, como si de todo lo sucedido aquello fuera lo más importante—. Y hay ropa en el armario para ti.

Solté una carcajada, solo Raven podría pensar en algo así en un momento como aquel.

Su mirada se arrastró a continuación hacia la esquina de la habitación donde, sobre una butaca, descansaba una manta doblada. Había una pequeña pila de libros en el suelo.

—Esa manta también es de algodón —agregó.

Entendí lo que no estaba diciendo: Alexander y yo compartíamos alergia a los tejidos sintéticos y, al parecer, había pasado velándome el tiempo suficiente como para que alguien le procurara algo con lo que taparse. La calidez que había sentido al escucharlo afirmar que siempre se quedaría conmigo brotó de nuevo e inundó mi pecho.

—¿Cómo de malo es? He notado algo raro en su magia.

Raven asintió.

—No quiere saber nada de volver a dejar salir la oscuridad de su interior, piensa que es un peligro para todos. Más aún que antes. El problema es que reprimirla no va a funcionar. Ya no. Necesita sacarla de vez en cuando o acabará consumido por ella. Y ya lleva un mes…

—¡¿Un mes?! —inquirí, alarmada. No creía haber estado tanto tiempo inconsciente.

Raven dibujó la curva de mi pómulo con la punta de los dedos mientras yo volvía a mirar la butaca. ¿Llevaba todo un mes fuera de juego? ¿Y Alex lo había pasado instalado allí?

—Tu cuerpo necesitaba descansar.

—Ya, bueno, pues se lo ha tomado con mucha calma —bromeé, aunque supuse que aquello era una señal evidente de lo cerca que había estado de morir.

Cerré los ojos en un intento de asimilar… todo. Respiré hondo y los abrí de nuevo.

—Me alegra que estés bien —susurré—. Si te hubiera ocurrido algo, no creo que pudiera soportarlo.

Él esquivó mi mirada y se puso a juguetear con uno de mis mechones. Gracias a Dios, alguien se había preocupado de mantener mi melena limpia. Aparté esa frivolidad de mi mente para concentrarme en el comportamiento de Raven. Sabía que Alexander le preocupaba, pero había algo más.

Le di un toque en el hombro y, cuando eso hizo que me mirase, le pregunté con suavidad:

—¿Rav? ¿Qué va mal?

—Lo siento.

—¿Por qué? Nada de esto es culpa tuya, tampoco de Alex o de ninguno de nosotros.

Sí, habíamos convertido la profecía en una realidad, pero al final eso era lo que pasaba con la mayoría de ellas, ¿no? Y tampoco se nos podía acusar de no haberlo intentado todo.

—Debería haberlo visto. No… no lo vi. Yo solo… —balbuceó, compungido—. Supe que me… llevaría, pero creía que la profecía moriría con ella.

No mencionó a Mercy y tampoco hacía falta. Imaginé que en algún momento había tenido una visión no solo sobre la muerte de

esta, sino que había sido muy consciente de que iban a secuestrarlo y no había dicho nada porque había pensado que así tenía que ser para que la bruja muriese. Él también había optado por sacrificarse, y eso me rompió un poco más el corazón.

—Ey, está bien. No pasa nada, Rav —lo consolé, acunando su rostro para asegurarme de que pudiese captar lo que decía—. Estoy orgullosa de ti. Muy orgullosa. Ninguno esperaba que pasara nada de todo esto, pero encontraremos el modo de arreglarlo. Saldremos adelante.

Se mordisqueó el labio inferior y parpadeó para espantar las lágrimas; nunca me había parecido tan joven, vulnerable y herido como en ese instante. Ojalá pudiera ahorrarle cualquier dolor o pesar. Raven también había sufrido demasiado; de un modo u otro, todos lo habíamos hecho.

Opté por cambiar de tema. Ya habría tiempo para enterarme de todos los detalles que me había perdido después de desmayarme en Ravenswood. De todas formas, él había estado también inconsciente durante nuestro enfrentamiento con Elijah, así que poco iba a poder aclararme sobre lo sucedido entonces.

—¿Dónde está Cam? Me extraña que no ande ya por aquí señalando lo perezosa que soy.

—Él… —titubeó, y eso encendió todas mis alarmas.

—Tu hermano dijo que estaba bien.

Raven esbozó una mueca y, con el corazón desbocado, contuve el aliento. Cam no podía haber muerto, Wood no me mentiría sobre eso, ¿no?

—Lo que sea que Mercy le hizo la Noche de Difuntos contaminó su magia. No ha sido él mismo desde entonces.

Bueno, estaba vivo, podíamos arreglar lo demás. Tenía que pensar que podríamos hacerlo, al igual que necesitaba creer que terminaríamos acabando con Elijah y que el mundo no estaba yéndose definitivamente a la mierda.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué le hizo Mercy?

Agitó la cabeza, negando.

—No estoy seguro. Nadie ha sido capaz de descubrir qué le ocurre exactamente, pero pasa muchas horas durmiendo y sigue muy cansado a pesar de que sus heridas están curadas por completo. Y hay otra cosa… Thomas Hubbard está muerto.

Se me cayó el alma a los pies. El director de Abbot no había sido mi persona preferida en el mundo durante mi estancia en la academia, pero era el padre de Cameron y de los pocos adultos que había dado la cara por nosotros. Había tratado de protegernos de lo que estaba sucediendo y, al resultar evidente que no había manera de apartarnos de todo aquel lío, nos había acompañado a Ravenswood para rescatar a Raven y pelear junto a nosotros. Había sido un hombre noble al que le preocupaban de verdad sus estudiantes. Cam debía de estar devastado.

Desolada por las noticias, miré a Raven y él supo lo que deseaba sin que tuviera que decírselo.

—Vamos, te llevo con él.

Era probable que Alexander se pusiera como loco cuando llegara y no nos encontrara allí, pero necesitaba ver a mi amigo; necesitaba comprobar que de verdad seguía vivo con mis propios ojos. Comprendía demasiado bien lo que era perder a alguien y sabía que yo jamás hubiera sobrevivido de no haber tenido a Dith a mi lado. Y a no ser que alguien de su familia estuviera en aquella academia, algo que dudaba, Cam solo contaba con nosotros.

Me deslicé fuera de la cama y fui hacia la puerta seguida de Raven. Alguien me había vestido con un camisón de tirantes que me llegaba a medio muslo y unos simples calcetines, pero no me molesté en ponerme algo más de ropa. Si tropezábamos con algún alumno y eso le molestaba, no era mi problema. Supongo que había muchas cosas que habían dejado de tener relevancia después de tanta muerte y oscuridad.

—¿Dith sigue…? —comencé a preguntar, cuando salimos a un pasillo amplio y muy luminoso.

—Está aquí aún, posiblemente con Wood o revisando los alrededores. Y sigue siendo ella misma.

«Por ahora». Esa era otra de las cosas que tendríamos que solucionar. Verla de nuevo había sido un auténtico regalo a pesar de las circunstancias, pero no estaba segura de cuánto tiempo tardaba un fantasma en convertirse en espectro. Y aunque Dith era fuerte y resistiría todo lo que pudiese, no podía quedarse con nosotros para siempre.

—¿Qué hay de Sebastian y los otros Ibis?

—Sebastian y Elizabetta tenían heridas bastante graves cuando

los sacaron de Ravenswood, pero se han recuperado muy bien gracias a Aaron y Laila.

No tenía ni idea de quién era Laila, pero ya me caía bien.

—¿Y Derek? —pregunté, aunque temía cuál sería su respuesta, ya que no lo había mencionado.

Rav negó mientras me guiaba por el corredor, y otra pequeña parte de mi corazón se marchitó. Casi no había conocido al Ibis; sin embargo, se había quedado para pelear y solo por eso ya se había ganado mi respeto.

Más muertes que se añadían a una lista demasiado larga.

—¿Los rehenes de Mercy?

—La mayoría se están recuperando. Está siendo duro para ellos. No tenían control alguno sobre sus actos, pero recuerdan todo lo sucedido. Físicamente están bien; emocionalmente…, no tanto.

Joder, nada de aquello era muy alentador, pero necesitaba saberlo todo y agradecía que Raven fuese directo y sincero conmigo. Inspiré mientras intentaba encontrar el modo de hacer la siguiente pregunta.

—Las muertes… Son… Ellos… —Ni siquiera podía decirlo en voz alta, me dolía incluso pensarlo, pero de nuevo Raven comprendió enseguida lo que quería saber.

—No hay certeza de que fueran causadas por Alex, tampoco de lo contrario. Es difícil saberlo, y creo que eso lo está matando. Además de…

—Ya, lo sé. Drenarme y drenar a esos niños.

Seguimos avanzando en un silencio pesado. No creía que Rav culpara a Alexander, y yo tampoco lo hacía. ¿Cómo hacerlo si me había salvado? Era un pensamiento egoísta, tal y como le había dicho, pero no había duda de que Alex había sido colocado en una situación imposible.

No había prestado demasiada atención a mi poder o a la magia de los demás ocupantes del lugar al despertar, salvo a la de Alexander. Así que, a pesar del caos de emociones que era mi mente en ese momento, permití que se abriera a lo que me rodeaba. Lo primero que percibí fue a Raven; su magia brillante y cálida fue una caricia para mi alma dolorida, como el primer rayo de un amanecer sobre la cara después de una noche demasiado larga. Luego sentí a muchos otros, brujos oscuros y blancos; aunque me parecía que los

primeros eran ligeramente superiores en número. Fui capaz de *encontrar* a Alexander en el edificio y también creí dar con otras huellas mágicas que me resultaron familiares. Pero tras la puerta frente a la que Raven se detuvo…

—¿Cam está ahí?

—Sí, lo he dejado durmiendo.

Así que allí era donde había estado Rav cuando yo me había despertado, junto a Cam. Lo hubiera interrogado sobre esa reciente *obsesión* por mi amigo, pero me preocupaba más lo que estaba percibiendo. Cuando me había reencontrado con Cam al regresar a Abbot, con mi poder ya despierto, su magia me había resultado… chispeante, por decirlo de algún modo. No tan brillante como la de Rav, pero sí vibrante y con un toque salino, como un soplo de brisa procedente del mar. Ahora, en cambio, la sentía apagada, débil, y pensé en las ramificaciones oscuras que había alcanzado a ver en su piel y en lo que había dicho Rav sobre que Mercy lo había contaminado.

—Quiero verlo de todas formas. No haré ruido.

Raven esbozó una pequeña sonrisa.

—Lo sé.

El dormitorio tenía la misma distribución que en el que yo había despertado. Las cortinas también estaban corridas, pero había una lamparita en la mesilla de noche que desprendía una luz tenue, por lo que el ambiente resultaba acogedor y podía ver a Cam en la cama, hecho un ovillo en el interior de un nido de mantas a pesar de que la temperatura del edificio era agradable. Avancé hasta él mientras Raven cerraba la puerta. Solo podía verle un lado de la cara. No capté ningún rastro oscuro y el color de su piel era saludable, pero había huellas del cansancio del que Rav había hablado en forma de leves arrugas en torno a su boca y ojos que permanecían incluso cuando parecía estar durmiendo profundamente.

—Aún dormirá un rato —susurró Raven.

Asentí. No iba a despertarlo, pero me quedé mirándolo unos minutos más. Desde que nos habíamos conocido siendo niños, Cam siempre había estado lleno de energía. Incluso cuando yo al principio había sido bastante reacia a entablar conversación con nadie en Abbot después de que mi padre me hubiera dejado allí, él

no se había rendido conmigo; me había pinchado hasta conseguir una reacción y luego se había convertido, junto con Dith, en mi compañero de travesuras. Descubrirlo así y pensar en lo que estaría sufriendo por la muerte de su padre agregó otra capa de amargura a la que ya sentía.

Poco después salimos de puntillas al pasillo, por suerte, desierto. Me apoyé en la pared junto a la puerta para evitar derrumbarme. Mi cuerpo podría estar casi libre de cicatrices o heridas, pero en mi interior todo se sentía en carne viva.

—Dani, ¿estás bien? —Asentí de forma apresurada, lo cual solo hizo que Rav frunciera el ceño—. No te sientas culpable, no lo eres más de lo que podemos serlo los demás.

Supongo que era más fácil decirle a los demás que habían hecho todo lo posible, que solo se trataba de aquellas circunstancias de mierda y que no podían sentirse responsables de lo que había sucedido… Pero tal vez lo fuésemos todos y quizás lo único que podíamos hacer era repartir esa carga y acarrearla juntos.

Alguien giró en la esquina del final del pasillo. El paso resuelto de Sebastian tropezó un poco cuando su mirada recayó en mí, aunque enseguida se recuperó y siguió avanzando hacia nosotros. Llevaba puesto el uniforme de los Ibis, ahora sin ningún escudo en el lado izquierdo de su pecho, y tenía buen aspecto. Una pequeña victoria, supuse.

—Me alegra verte por fin en pie, Danielle.

—Lo mismo digo.

Me forcé a devolverle la sonrisa amable que me dedicó y traté de no pensar en cuántos más tendrían que caer antes de que Elijah fuese derrotado y devuelto a la oscuridad de la que había salido.

# 7

Raven se disculpó para regresar con Cam y me dijo que se reuniría conmigo en cuanto este despertase. Me alegraba que hubiera estado cuidando de él y me pregunté si, cuando habíamos estado en Abbot, habría pasado algo entre ellos de lo que los demás no teníamos conocimiento. Ver a Rav perseguir a Cam por toda la academia había sido motivo de burla para nuestro pequeño grupo de inadaptados, pero la verdad era que, en mi opinión, hacían una pareja muy bonita. Y estaba claro que Raven se preocupaba mucho por mi amigo. Ojalá fuese recíproco y ambos encontraran algo de luz en toda aquella oscuridad.

Sebastian se ofreció a acompañarme de vuelta a mi dormitorio y lo acepté de buena gana; aún notaba las piernas un poco débiles y agradecía la compañía.

—Siento lo de Derek.

Sebastian apretó los labios en una mueca de resignación, pero no dijo nada. Al parecer, todos habíamos perdido a alguien.

—¿Cómo están las cosas ahí fuera?

—Ya sabes que Abbot quedó medio derruido. Ravenswood… Bueno, no estoy muy seguro de lo que hay allí ahora. Tratamos de contactar con algunos de los brujos que viven en Dickinson; al ser la población más cercana a las academias, pensamos que tal vez podrían decirnos si habían presenciado algún incidente fuera de lo normal…

—¿Pero? —lo animé a continuar cuando se detuvo.

—Ninguno de ellos contestó, así que enviamos una patrulla. Todo parece normal… Sin embargo, no hay ni rastro de los brujos. Sus casas también estaban en orden; y sus cosas, su ropa y efectos personales, todo estaba allí.

Me detuve en mitad del pasillo.

—La gente no desaparece así como así.

—No, no lo hace.

—¿Crees que es obra de Elijah?

Era una pregunta estúpida. Tenía que tratarse del nigromante o bien de una consecuencia de lo que había pasado en la academia de la oscuridad. Me forcé a recordar los detalles de aquella noche, de lo que habían dicho tanto Mercy como Elijah y lo que Alexander me había contado un rato antes. Si él era la llave que abría las puertas del infierno y había perdido del todo el control, entonces… Tal vez sí hubiera despertado algo allí. O había abierto del todo una puerta que debería haber permanecido firmemente cerrada.

—¿Ha ido alguien hasta Ravenswood?

Sebastian negó con la cabeza.

—No después de que nos sacaran de allí. No hemos querido arriesgar a nadie más. Necesitábamos organizarnos y ya… han muerto suficientes brujos.

Pero si otros estaban desapareciendo, no podíamos quedarnos de brazos cruzados. Además, tenía la sospecha de que más tarde o más temprano todo aquello también empezaría a afectar a los humanos, y ellos no iban a poder detener a Elijah; ni siquiera estaba segura de que nosotros mismos pudiésemos.

Decidí compartir con el Ibis mis pensamientos. Confiaba en Sebastian a pesar de lo que lo habían entrenado para ser; ya había demostrado de sobra que no compartía ni de lejos las creencias del consejo blanco ni su proceder. Le gustara o no, yo lo consideraba parte de nuestra familia.

—El de los Ravenswood siempre ha sido un linaje oscuro, pero no sé si estás al tanto de que Alexander posee la marca de los malditos, una especie de maldición que se manifiesta solo en ciertos individuos de su familia y que va acompañada de un poder terrible. Lo peor es que durante más de tres siglos Elijah ha estado *trabajando* para otorgarle otra cualidad aún más oscura, hasta que nació Alexander y al parecer consiguió con él lo que quería. Es posible que Alex, sin querer, haya abierto una puerta en Ravenswood. —Arqueó las cejas, esperando que desarrollase más esa idea—. Las puertas del infierno, eso fue lo que dijo Elijah, que Alexander era la llave para abrirlas de forma permanente.

Sebastian se irguió de golpe y su expresión reflejó lo alarmante de mi declaración.

—Joder —masculló.

Eso lo resumía todo bastante bien.

Si mis suposiciones eran acertadas, las perspectivas serían malas, muy malas. Y no dudaba de que también Alexander habría pensado en ello. Él había escuchado tan bien como yo la arenga exaltada que había soltado su antepasado y no le habría costado llegar a la misma conclusión. De lo que no estaba tan segura era de que conociera el destino sufrido por los brujos residentes en Dickinson.

—¿Sabe Alex lo que ha sucedido en el pueblo?

—No lo creo, no ha estado prestando demasiada atención a nada que no fueras tú. Solo se ha despegado de tu lado para ir al gimnasio y matarse haciendo ejercicio.

—Va a querer ir hasta Dickinson en cuanto se entere.

El Ibis coincidió con un asentimiento, luego esbozó una media sonrisa y dijo:

—Lo hará ahora que has despertado.

Sentí que se me calentaban las mejillas. La mirada que Sebastian me dedicó a continuación dejó claro que no pensaba que fuera solo culpabilidad lo que había mantenido a Alex junto a mi cama. Sin embargo, a pesar del color repentino de mi rostro, no me avergonzaba de nada de lo que había entre el brujo oscuro y yo.

—No necesito un sermón.

Sebastian alzó las manos y me mostró las palmas.

—No pensaba darte ninguno. En realidad, me alegro por vosotros. Tal vez consigáis que el consejo, o lo que queda de él, deje de una vez de meter sus dignas narices donde no los llaman —dijo, y había no solo reproche en su tono, sino también cierta amargura —. No sabemos nada de Elias Fisk. Debe estar escondido en algún agujero esperando a que todo esto pase, pero la consejera Carla Winthrop apareció aquí hace unos días.

Dos chicas se asomaron al fondo del pasillo. En cuanto nos vieron, dieron media vuelta y se largaron apresuradamente por donde habían venido. No me paré a reflexionar sobre si estarían esquivando a Sebastian o a mí; no era una prioridad en ese momento, aunque seguro que todo el mundo allí había escuchado un montón de versiones diferentes de lo acontecido en los últimos meses en Abbot y Ravenswood. Si aquella academia se parecía en algo a la de la luz, los chismes estarían a la orden del día.

—¿Winthrop está aquí? —Suspiré—. Bueno, mejor ella que Fisk.

La mujer se había mostrado mucho más moderada en sus opiniones durante mi juicio; quizás hubiera venido a apoyarnos. Y la cuestión era que íbamos a necesitar mucha ayuda, de un bando y de otro. Aquello se había convertido en el problema de toda la comunidad mágica.

—Estaba bastante desconcertada con el hecho de que hubiera una academia con estudiantes *mezclados*…

—Ya, puedo imaginarlo.

Ella y todos, seguramente, pero unirnos contra Elijah era justo lo que necesitábamos. Y ahora que el nigromante estaba libre por el mundo, no teníamos mucho tiempo para hacer algo al respecto. Y ni hablar de lo que sucedería si quedábamos expuestos frente a los humanos. Todo ello, siempre que el mundo no acabara sumido por completo en la oscuridad.

Si las puertas del infierno habían quedado abiertas, significaba que tal vez los demonios ni siquiera necesitasen ser convocados.

—Esto pinta realmente mal —dije, porque no se me ocurrió qué otra cosa decir.

Él resopló.

—Eso es quedarse bastante corto, Danielle. Muy muy corto.

Sebastian me dejó en la puerta del dormitorio y desapareció por el siguiente pasillo, no sin antes repetir lo mucho que se alegraba de verme recuperada. Si alguien me hubiera dicho unos meses atrás que habría un Ibis al que consideraría un amigo, habría pensado que estaba teniendo uno de mis sueños disparatados y surrealistas; y lo peor era que eso no resultaba, ni de lejos, lo más disparatado que nos había ocurrido.

Me quedé un momento en el pasillo, con la mano en torno al pomo, observando lo que me rodeaba, pero sin ver nada en realidad. Habían pasado tantas cosas en tan poco tiempo… No todo era malo, claro. Ahora tenía una familia y amigos; gente que se preocupaba por mí y de la que yo también me sentía responsable. Eso era, sin ninguna duda, lo mejor de todo. Pero el resto… Ojalá se hubiera tratado solo de una horrible pesadilla.

Antes de que me decidiera a entrar en la habitación, el pomo resbaló de mi mano, la puerta se abrió desde el otro lado y Alexander apareció tras ella. Se me quedó mirando, y no sé muy

bien lo que transmitía mi expresión, pero un segundo después me rodeó con los brazos y me atrajo contra su pecho. Supuse que el horror de descubrir que Thomas Hubbard estaba muerto y Cam enfermo de alguna forma que nadie comprendía aún se reflejaba en mi rostro, porque no dijo nada ni hizo ninguna pregunta. Su cuerpo formó un capullo protector a mi alrededor y me mantuvo apretada contra él.

—Es… —comencé a decir, pero el nudo de mi garganta se apretó y no hubo manera de encontrar las palabras adecuadas.

Sin embargo, de alguna forma, a lo largo del tiempo que habíamos pasado juntos, Alexander había aprendido a leerme mejor de lo que yo creía y seguramente era consciente de que la pérdida sufrida por Cam reabría heridas que yo jamás había conseguido cerrar del todo; de hecho, era posible que no pudiera hacerlo nunca, teniendo en cuenta que mi madre había sido responsable de la muerte de mi hermana, y mi padre, de la de ella.

—Lo sé. No tienes que darme ninguna explicación. Lo entiendo.

Apreté la mejilla contra su pecho y permanecí un rato más allí, dejando que el retumbar de su corazón me calmara y que mi respiración se acompasara a la suya. Incluso cuando la canción de su magia continuaba teniendo una cadencia irregular, también contribuyó a que me sintiera mejor. No quería pensar en si el equilibrio nos había *moldeado* para ser la mitad, el opuesto del otro o cualquier estupidez similar, pero tenía claro que Alexander se había convertido en una parte muy importante de mi vida.

—Tenemos que hablar de Ravenswood —dije una vez que logré dominar mis emociones.

—Primero necesitas comer algo, y estoy seguro de que también te apetecerá darte un baño. Hemos empleado diversos hechizos para mantenerte hidratada, nutrida y limpia, pero ahora que estás despierta tu cuerpo necesita ponerse al día.

A pesar de que no tenía ninguna intención de soltarlo todavía, me eché un poco hacia atrás y alcé la vista para poder mirarlo.

—¿Me estás diciendo que huelo mal?

Él ladeó la cabeza y hundió la cara en mi cuello para luego aspirar profundamente. Tras un suave roce de labios contra mi piel, se retiró.

—Hueles demasiado bien para pasearte por este sitio vistiendo

tan solo esa *cosita*.

Oh, así que se había dado cuenta. ¿Y eran celos eso que detectaba en su voz? Me permití sonreír más de lo que lo había hecho hasta ahora y me planteé también si no me estaría provocando precisamente para ayudarme a apartar la tristeza a un lado. Las pullas que nos lanzábamos habitualmente siempre resultaban estimulantes para mí, y él lo sabía.

—No hace nada de frío —comenté, como si eso lo explicase todo.

Ambos bajamos la vista hacia el hueco entre nuestros cuerpos. Al abrazarlo, el escote del camisón se había deslizado un poco hacia abajo y dejaba la curva superior de mis pechos expuestos.

Alexander tragó saliva y alzó la mirada muy lentamente hasta mi rostro.

—No es la temperatura lo que me preocupa, Danielle. —Mi nombre se derramó de sus labios con un tono bajo y ronco que me puso la piel de gallina.

Por pésima que fuera nuestra situación, era evidente que a mi cuerpo le daba exactamente igual. Pero ya no solo se trataba de la chispa que había brotado entre nosotros desde el momento en el que nos habíamos conocido. Esa chispa había ido creciendo, alimentada por otras emociones más profundas, ganando cada vez más fuerza hasta convertirse en un incendio fastuoso e incontrolable. Y yo tenía que encontrar el momento y la forma de hacérselo saber. Sin embargo, en ese instante, agradecí enormemente volver a estar ante un Alexander mucho más juguetón y menos sombrío que el que me había encontrado al despertar. Quizás era lo que necesitábamos, olvidar todo lo malo por lo que habíamos pasado y aprovechar cualquier pequeña tregua que el destino nos ofreciera. Después de haber estado a punto de morir, era seguro que yo lo necesitaba.

Sus manos descendieron con pereza hasta la parte baja de mi espalda y me brindó una sonrisa descarada y absolutamente pecaminosa. No creía poder acostumbrarme jamás a esa visión; me había arrebatado el aliento la primera vez que lo había visto sonreír y seguía haciéndolo ahora. A pesar de que padecía una clara falta de horas de sueño, seguía estando guapísimo. A juzgar por el pelo húmedo, había aprovechado mi ausencia para darse una ducha

rápida y se había cambiado de ropa; la camiseta de un verde bosque y de manga corta que llevaba puesta se le tensaba de una forma deliciosa sobre el pecho y los brazos.

—¿Y qué es lo que te preocupa entonces?

Su respuesta fue deslizar el dedo índice por la curva de mi cuello y luego enredarlo en el tirante finísimo. El rastro de calor que dejó a su paso me produjo un estremecimiento del que él, por supuesto, se percató. Eso solo lo hizo sonreír aún más.

—¿Estás buscando más halagos? —murmuró, acercando su boca a la mía.

Mis manos volaron hasta su pecho y me aferré a la tela que lo cubría; igual necesitábamos trasladar al interior de la habitación lo que quiera que fuese aquello, porque yo solo llevaba el camisón y, aun así, de repente me parecía que había demasiada ropa entre nosotros.

—¿Es eso? —prosiguió provocándome—. ¿Quieres que te diga lo mucho que odiaría que cualquiera que no sea yo te vea así? ¿O tal vez que señale lo preciosa que eres? ¿Lo mucho que te deseo? ¿Cuánto te necesito? ¿Que no puedo permanecer lejos de ti?

—Es un buen comienzo.

Mi réplica le arrancó una carcajada. Casi había olvidado lo que era escuchar a Alexander Ravenswood reír de ese modo tan profundo y sincero. Tan real. No se parecía en nada al que había intentado echarme de su casa, aunque tampoco era el chico tímido de la terraza de Nueva York. Me preguntaba si él también estaría tan desesperado como yo por disfrutar de estos preciosos segundos en los que solo éramos una pareja tonteando…

Ay, Dios, ¿éramos pareja? ¿Novios? ¿Estaba saliendo con Luke Alexander Ravenswood?

Yo también me reí, pero creo que la mía fue una risita un poco más nerviosa, a juego con el huracán de mariposas que levantó el vuelo en mi estómago y que, a diferencia de veces anteriores, ya no podía ni quería pisotear por nada del mundo.

# 8

La parte de mí que solo anhelaba encerrarse con Alex en la habitación y olvidarse del mundo exterior se llevó un chasco cuando él insistió en que tenía que comer algo. Sin embargo, confieso que, en el momento en que mis ojos se posaron sobre la bandeja repleta de comida que me había traído, descubrí que estaba famélica. Mis tripas resonaron de una forma vergonzosa.

Un mes a base de energía mágica me había mantenido con vida, pero a mi estómago estaba claro que eso no le parecía suficiente y me hizo devorar el plato de verduras, carne y puré de patatas sin pararme a saborear nada de ello. De lo que sí disfruté con más calma fue del enorme trozo de tarta de chocolate que los acompañaba. Tuve que ignorar la miradita de suficiencia que Alex me dirigió por ello.

—¿Mejor?

—Maldito brujo sabelotodo —murmuré, pero luego añadí—: Gracias.

Extendió el brazo hacia mí y me colocó un mechón de pelo rebelde tras la oreja. Su respuesta llegó en forma de un susurro muy bajito y tierno que no estaba segura de que quisiese que yo escuchara. Pero lo hice de todas formas.

—Siempre. —Se aclaró la garganta y volvió la mirada hacia la segunda puerta de la habitación—. ¿Qué tal un baño?

Asentí a pesar de que no me estaba mirando. Sinceramente, todavía tenía que acostumbrarme a un Alexander Ravenswood que se mostraba a ratos tímido y a ratos descarado, pero que de ninguna de las dos formas dudaba en dejarme clara su preocupación por mí.

Lo dejé sentado en la cama y me deslicé hacia el baño un momento después. La estancia, al igual que el resto de la academia, estaba decorada con muebles modernos y de líneas sencillas, cerámica blanca y madera oscura, así como un espejo enorme en el

que no me detuve demasiado a contemplarme para no recrearme con la cicatriz de mi cuello o con las leves manchas de la piel de mi brazo que ni siquiera sabía de dónde habían salido. Una mampara de cristal separaba la ducha del resto. También había una ventana; me acerqué a ella con los ojos fijos en el exterior.

La academia se encontraba en mitad de la nada. A pesar de que debíamos estar al menos en una tercera o cuarta planta de altura, no vi ninguna otra construcción en la distancia, salvo un alto muro de piedra que debía rodear todo el recinto y, un poco más allá de él, lo que intuí que se trataba de un pequeño lago helado. Sin duda, lo más increíble de todo era que el suelo estaba cubierto de una fina capa de nieve y algunos copos revoloteaban por el aire en su camino hacia el suelo. La nieve no era algo nuevo para mí, pero me quedé un rato mirándola embobada.

Con esa estampa al otro lado de la ventana, me hubiera encantado sumergirme en un baño caliente y repleto de espuma, pero estaba demasiado inquieta para sentarme a esperar que la bañera se llenase o permanecer aseándome demasiado tiempo. Quería saber más de todo lo sucedido y además tendríamos que trazar alguna clase de plan para buscar y detener a Elijah. También necesitaba compartir con Alex mis sospechas sobre lo que era probable que hubiera desatado en el campus de Ravenswood, y tener una conversación seria con él sobre el mal que podía hacerle continuar reprimiendo su magia.

Todas mis preocupaciones no impidieron que, como siempre, el agua me hiciera sentir más ligera y llena de energía. Procuré concentrarme en las cosas buenas, aunque fueran muchas menos, y mantener la esperanza de que podríamos revertir el mal causado; nada le devolvería la vida a Thomas, Dith o a los que habían muerto, pero precisamente por ellos estábamos obligados a continuar luchando. Por ellos y por el resto del mundo.

Inmersa en mis pensamientos como estaba, no me di cuenta de que no había traído una muda de ropa hasta que estuve fuera de la ducha y envuelta en una toalla. Ni siquiera sabía si en realidad tenía ropa allí, aunque Rav lo había mencionado. Todas nuestras cosas se habían quedado en Abbot incluido el grimorio de mi madre. A pesar de lo que nos había hecho —de lo que le había hecho a Chloe—, deseaba recuperarlo en algún momento.

Al regresar a la habitación, encontré a Alex junto a la ventana. Había descorrido las cortinas y también él parecía haberse quedado absorto en el paisaje. No tenía ni idea de si alguna vez se habría permitido algo tan banal y mundano como mantener una pelea de bolas de nieve con los gemelos, y la certeza de lo mucho que se había perdido del mundo exterior, más incluso que yo, me golpeó con crudeza una vez más. Dado lo bien que mantenía la compostura, resultaba muy fácil olvidar su infancia o lo duro que debía haber sido para él crecer tan aislado, y más aún darse cuenta de que eso no lo había convertido en el monstruo que él temía ser o que su padre creía que era.

Mientras lo observaba, me dije que encontraría una forma de brindarle al menos algunas de las experiencias que debería haber tenido, un poco de normalidad en mitad de aquella locura en la que nos hallábamos inmersos. Lo merecía.

Se volvió hacia mí y sus ojos destellaron al encontrarse con los míos. Me había quedado plantada junto a la puerta del baño, con las manos enroscadas en el borde de la toalla y el pelo chorreándome por la espalda, pero sintiendo nada más que una calidez embriagadora en el pecho.

Madre mía, estaba totalmente colgada de él.

—Ey —dijo, mientras sus ojos revoloteaban por mi cuerpo—. Vas a enfriarte.

—¿Sabes? La mayoría de los chicos no intentarían ponerme más ropa encima.

—La mayoría de los chicos no te han sostenido mientras te morías entre sus brazos. —Cerró los ojos y frunció el ceño en cuanto pronunció la última palabra, arrepentido por la dureza de su tono. Enseguida los abrió de nuevo—. Lo siento, es solo que… Lo siento.

Fui hasta donde estaba. Haber tenido que drenarme y hacer lo mismo con los brujos hechizados lo estaba matando. Necesitaría un tiempo para aceptarlo y seguir adelante, y yo no tenía ni idea de cómo ayudarlo salvo haciéndole saber que estaba allí, viva y sana, y que iba a seguir estando a su lado mientras él me lo permitiera. Al menos no me había apartado y había regresado al Alexander estoico y malhumorado, lo cual yo consideraba una victoria en sí misma.

Levanté la mano y la llevé hasta su mejilla, y él respondió apretándola más contra mi palma, buscando mi contacto como si

hubiera pensado que jamás volvería a sentirlo.

—Aún no me creo que de verdad estés viva.

—Lo estoy, Alex, y si te ayuda disculparte puedes hacerlo las veces que quieras, pero tienes que saber que yo no lo necesito. Yo te lo pedí, ¿recuerdas? Simplemente, era lo que había que hacer. Hiciste lo correcto, lo que debías. Además, diría muy poco de mi gusto por los hombres que me hubiese enamorado de un tipo que no lo mereciese…

Cerré la boca de golpe, pero ya era tarde. A él se le abrieron los ojos como platos cuando escuchó lo que pretendía ser una broma pero no lo era en absoluto, y a mí se me cortó el aliento. Al final lo había soltado de la peor manera posible.

«Vaya mierda de declaración, Danielle», me reprendí, mientras me mordía el labio inferior y esperaba una respuesta por su parte. No era que él tuviese que decir nada al respecto, claro. Nos conocíamos hacía solo unos pocos meses y todo había sido un desastre…

Mi disertación mental quedó interrumpida de golpe cuando Alex me agarró de las caderas y tiró de mí contra su cuerpo. Su boca estaba sobre la mía un segundo después. El beso fue delicado pero concienzudo. Derramó sus emociones en cada roce de labios y con cada caricia de su lengua; con cada toque de sus manos, que ascendieron por mi espalda hasta mi nuca y luego pasaron a acunar mi rostro. Me besó con entrega y devoción, y con una dulzura tal que ya no fueron necesarias las palabras.

Cuando se retiró lentamente hacia atrás y me miró, el corazón me dio otra sacudida. Ay, Dios, ¿tenía los ojos húmedos?

—Eres una mujer excepcional, Danielle, preciosa y divertida, y también un quebradero de cabeza constante —rio, aunque estaba bastante segura de que luchaba con las lágrimas—. La primera vez que te vi en mi salón, debería haber sabido que no tenía ninguna posibilidad contra ti. Que ibas a poner mi vida patas arribas y a arrasar mi interior. No estaba preparado para tu fortaleza, tu terquedad, tu nobleza y la forma que tienes de entregarte a los demás. Ni para verte tratar con tanto cariño a Rav o burlarte de Wood. Para sacrificarte por ellos y por mí. Nadie ha exigido nunca de mí tanto como tú ni me ha dado tanto a cambio. Y nadie ha conseguido hacerme sentir que de verdad importo más allá del

poder que ostento, que soy más de lo que mi apellido dice de mí. —Hizo una pausa y tomó aire; sus manos temblaban contra mis mejillas—. Te has apropiado de todo lo que soy, incluso de las partes más oscuras, especialmente de esas. Las has visto y no te has marchado ni me has juzgado por ellas, y seguramente no me lo merezco, pero… Te quiero, bruja terca e irresponsable, así que, si el mundo sucumbe a la oscuridad, asegúrate de que tu luz continúe brillando para que yo pueda encontrarte en el otro lado, porque te aseguro que no me importa quién se interponga en mi camino. Lo haré, te encontraré siempre. Siempre.

Cuando terminó de hablar, yo ya no estaba respirando. La mía había sido una declaración penosa, pero la de Alexander en cambio… Ahora yo también luchaba para no sollozar. Tuve que esforzarme para encontrar mi voz y, cuando lo conseguí, elegí contestar con algo que sabía que significaba más que ninguna otra cosa para él.

—Te quiero, Alexander Ravenswood, y no me das ningún miedo.

Una lágrima solitaria escapó finalmente de sus ojos. Levanté la mano para limpiársela, pero él me detuvo.

—No, está bien. Es algo… bueno. No me importa —dijo con una sonrisa suave que conmovió mi propio corazón destrozado.

Sus manos se desplazaron hacia la parte baja de mi espalda y luego un poco más abajo, hasta alcanzar mi trasero. Tiró de mí y me alzó en vilo. Me tomó tan desprevenida que di un gritito vergonzoso, y no me quedó más remedio que enredar las piernas en torno a su cintura.

—Ahora vamos a ponerte otro de esos bonitos camisones y a echarnos una siesta. Necesitas descansar.

—Llevo un mes durmiendo. No quiero descansar más.

Me apretó contra su cuerpo y avanzó hacia la cama. El corazón me latía desbocado después de lo que acababa de decirme, pero puede que mis pensamientos descarrilaran de forma estrepitosa cuando en sus labios se formó una sonrisita socarrona; a lo mejor lo de la siesta era un eufemismo y él tampoco estaba pensando en descansar.

—No has estado durmiendo, sino inconsciente. —Vaya, tal vez sí que estaba hablando de dormir—. Tu cuerpo necesita sueño real y luego, si te portas bien y descansas lo suficiente, podría mostrarte lo

mucho que te he echado de menos.

Arqueé las cejas y estuve a punto de decirle que podía empezar a demostrármelo justo ahora, pero mis ojos tropezaron de nuevo con la manta de la butaca y luego con las sombras oscuras bajo sus ojos, y me dije que él sí que necesitaba descansar.

Le robé un beso que me obligué a no alargar por el bien de ambos.

—Está bien, trato hecho.

# 9

Alexander me arrastró bajo las sábanas, se colocó a mi espalda y acto seguido me envolvió con los brazos. Durante un momento creí imposible quedarme dormida. Mi mente iba a mil por hora por multitud de razones; entre ellas, y aunque no fuera ni de lejos lo más importante, estaba el hecho de que llevaba otro de los camisones que Annabeth Putnam había dejado en el armario para mí y que Alex se había deshecho de los pantalones para quedarse tan solo con la camiseta y un bóxer. Que mantuviera una mano extendida sobre mi abdomen desde luego no ayudaba en nada. Cada punto en el que su piel y la mía estaban en contacto ardía, y la calidez de su aliento sobre mi nuca enviaba escalofríos por mi columna.

—Duérmete, Danielle —susurró en mi oído, y juro que sentí la sonrisa en su voz.

Estaba segura de que sabía lo que me estaba haciendo. Pero quizás tuviera razón y mi cuerpo necesitaba un descanso real y no uno derivado de mi casi muerte, porque no mucho después me quedé dormida.

Al despertar, la luz que entraba por la ventana había menguado, así que supuse que la tarde debía de estar ya bastante avanzada. No me había movido de entre los brazos de Alexander, pero en algún momento había girado sobre mí misma. Mi cabeza reposaba ahora en su pecho y una de mis piernas se había colado entre las suyas; prácticamente estaba subida encima de él. Por el amor de Dios, incluso dormida mi cuerpo estaba decidido a fusionarse con el suyo.

Tal vez por eso tardé un poco en darme cuenta de que había alguien más en la habitación.

—Lo de mirarnos mientras dormimos es un poco espeluznante incluso para ti.

Wood me hizo un corte de mangas desde la butaca donde se

hallaba sentado, aunque su expresión dejó claro que era más una burla que otra cosa.

—Solo quería asegurarme de que estabais bien —replicó en voz baja, y su mirada se desvió hacia Alexander—. Me alegra ver que por fin está durmiendo algo.

Yo también lo miré entonces. Su rostro estaba libre de todas las arrugas de preocupación que había lucido horas antes, aunque mantenía un brazo rodeándome la cintura como si temiera que, mientras dormía, me alejase de él. La escena resultaba tan tierna que sentí el calor acudiendo a mi rostro al comprender la imagen que debíamos haberle estado ofreciendo a Wood un momento antes.

—Raven está preocupado por él y yo también lo estoy —continuó susurrando el lobo blanco.

—Lo sé, me lo dijo. He notado que algo no va bien con su magia.

—Tienes que hablar con él, a ti te hará caso.

—Eso es mucho suponer.

Wood se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas; también él parecía agotado. Mechones de pelo blanco le caían desordenados sobre la frente, y el azul de sus ojos, así como su piel, estaba más pálido de lo normal.

—Mira, sé que os habéis conocido hace relativamente poco tiempo y que es pronto, pero… Todavía no lo has entendido, ¿verdad? No lo viste cuando te trajo aquí. A pesar de sus heridas y el cansancio, ni siquiera permitió que alguien más te cargara, y solo dejó que Aaron y Laila se acercaran a ti porque él apenas conoce hechizos de curación. De todas formas, no se hubiera atrevido a emplear su magia contigo por miedo a hacerte más daño. Sabes lo que Dith representa para mí; pues hazte a la idea de que tú eres la Dith de Alexander —soltó, solemne—. Hará cualquier cosa por ti, Danielle. Cualquier cosa. Si mañana le pidieras que saliese ahí fuera y desatase su poder sobre el mundo entero, ni siquiera te preguntaría por qué. Lo haría sin más. No eres consciente de lo que le has dado…

Se me hizo un nudo en la garganta, porque lo que estaba diciendo se parecía demasiado a lo que Alexander ya me había confesado. Y eso era mucho para procesar. Muchísimo. Quizás porque tampoco a mí me habían amado nunca con esa entrega tan

ciega, sin condiciones. Joder, mi madre había querido matarme y mi padre me había abandonado, pero Alex, un brujo oscuro que apenas unos meses antes no había sido más que un desconocido, estaba dispuesto a arrasar el mundo por mí.

—Yo…

Wood levantó la mano para acallar mi réplica.

—No necesito que digas nada. Solo quiero que me prometas que hablarás con él y harás todo lo posible para que ceda y saque su poder antes de que sea tarde.

Asentí, y él se puso en pie. Eché un rápido vistazo al rostro de Alexander. Continuaba profundamente dormido. Cuando me concentré en Wood de nuevo ya iba camino de la puerta, pero se detuvo y me miró por encima del hombro. Su expresión severa había desaparecido y la curva de sus labios estaba ahora repleta de algo que se parecía sospechosamente a la ternura.

—Eres buena para él —dijo, lo cual significaba todo un mundo viniendo de Wood.

—Di la verdad, te estás encariñando conmigo.

Puso los ojos en blanco, pero la tensión que había flotado en el ambiente se diluyó e incluso sus hombros parecieron deshacerse de un peso invisible. Era raro ver al lobo blanco tomarse algo en serio, aunque supuse que su labor como protector de Alexander era una de esas cosas y, más allá de eso, deseaba para él la felicidad que no había podido obtener para sí mismo.

Quería preguntarle por Dith y cómo demonios íbamos a obligarla a cruzar al otro lado, pero no creí que fuera un buen momento para recordarle que tendríamos que volver a perderla; que él tendría que volver a perderla. Y a pesar de lo mucho que deseaba decirle que también él era bueno para Meredith y que no podría pensar en nadie mejor para ella, me callé y lo dejé marchar.

A diferencia de Alexander y yo, que aún teníamos una oportunidad para pelear por nosotros y por los que amábamos, Dith y Wood jamás podrían tener un final feliz.

El edificio de la academia había sido construido con una forma de U que dejaba en el centro un patio amplio y ajardinado, con bancos y caminitos de adoquines, todo ello cubierto ahora por una fina capa de nieve. La zona donde se encontraban los dormitorios que se nos habían asignado estaba destinada a los visitantes, mientras que los

alumnos ocupaban las dos plantas intermedias de esa ala y la más alta alojaba a Robert y al resto de su aquelarre. Las otras alas se destinaban a las clases, comedores, salas de estudio y demás usos comunes. Había un gimnasio enorme y también una piscina cubierta que se encontraba en un anexo al edificio principal, algo que me entusiasmó más de la cuenta y a la que hice prometer a Alexander que iríamos en algún momento.

Los pasillos hervían de actividad a esa hora de la noche; la cena ya había tenido lugar y los alumnos parecían reacios a regresar a sus dormitorios. Fingí que no me percataba de que todas las conversaciones se silenciaban a nuestro paso. Alex hizo lo mismo, aunque su expresión volvía a estar vacía de toda emoción, y sus hombros y espalda, más tensos que nunca.

—¿A dónde nos dirigimos exactamente? ¿Y quién es Laila? —pregunté cuando alcanzamos la planta baja.

Las ventanas allí formaban arcos que carecían de cristal, pero aun así la temperatura continuaba siendo lo suficientemente agradable como para que la camiseta de manga corta con la que me había vestido resultara suficiente. También llevaba unos pantalones repletos de bolsillos y unas botas militares, todo negro. Parecía lista para meterme en una pelea, o al menos para asistir a un entrenamiento.

Alexander me había dicho que teníamos que ir al encuentro de Laila. Una vez vestida, me había dado un repaso de arriba abajo que había puesto en mi mente imágenes muy inapropiadas, y luego me había sacado de la habitación a toda prisa.

Reprimí una sonrisita mientras esperaba que esclareciera mis dudas; yo no era la única que tenía pensamientos turbios más a menudo de lo que admitiría jamás, eso seguro.

—Vamos al invernadero, y Laila es mi persona favorita en el mundo ahora mismo teniendo en cuenta que te ha mantenido de una pieza. —Me lanzó una mirada rápida—. Mi segunda persona favorita.

—Eres adorable —repliqué, encantada de que se mostrara dispuesto a bromear a pesar de lo incómodo que lucía rodeado de tanta gente.

Los brujos se apartaban a un lado conforme avanzábamos y nos lanzaban miradas nada discretas. Alexander continuó ignorándolos,

centrado en mí y en el camino por delante. Yo, en cambio, los observé con curiosidad y me llamó la atención que no vistieran ningún uniforme; algunos llevaban ropa similar a la mía, pero la del resto era de lo más variada tanto en colores como en estilo. Tampoco parecían temer emplear su poder allí, en mitad de un pasillo cualquiera y a la vista de todos. Una chica estaba haciendo flotar una decena de gotitas de agua en torno a otra de mayor tamaño, casi como una representación del sistema solar en miniatura; otro brujo, apoyado en la pared, empleó una racha de viento repentino para levantarle la falda a dos compañeras que caminaban por delante de él y se rio cuando estas le reprocharon el gesto.

Resoplé. Bueno, eso no era muy diferente en Abbot, también allí los chicos solían hacer estupideces de ese tipo.

Volví a mirar a través de los arcos hacia el patio exterior.

—¿Cómo es posible que haga tanto calor aquí dentro?

El aire en todo el edificio era tibio, pero en esa zona resultaba imposible que fuera de manera natural o, en su defecto, debido a una caldera o algún sistema de calefacción. Tenía que ser algo mágico. Sin embargo, la cantidad de magia que se necesitaría para mantener algo así estable a lo largo del tiempo constituiría un auténtico despilfarro. No podía creer que Robert y su aquelarre malgastaran su poder de una forma tan innecesaria.

—No estoy muy al tanto de… de nada —admitió, y recordé lo que había dicho Sebastian sobre prestarme atención solo a mí—. Pero si mi instinto no me engaña, hay hechizos en toda esta zona y la magia que proviene de ellos es tanto blanca como oscura. Eso los hace muchísimo más fuertes. Lo que Robert ha conseguido aquí… —Silbó por lo bajo, impresionado.

Yo también lo estaba, la verdad. Y no me costó nada aceptar que el uso de ambos tipos de magia mezclados pudiera dar lugar a algo mejor, más grande. Alexander había hablado en Nueva York de aquelarres mixtos previos a los juicios de Salem en los que brujos de ambos bandos, además de colaborar, también vivían juntos, sin las distinciones que a nosotros nos habían parecido tan sumamente importantes como para llegar a maldecir a los brujos que se atrevían a cuestionarlas.

Me concentré para tratar de percibir lo que Alex debía estar

sintiendo y al abrir mis sentidos capté justo lo que él había comentado: los hechizos estaban imbuidos de magia blanca y oscura que no chocaban entre sí, sino que se entrelazaban de una manera perfecta y armoniosa hasta formar algo nuevo y único.

—Es increíble.

—Lo es —coincidió él.

Alcanzamos el final del corredor, donde una puerta de madera de doble hoja se elevaba desde el suelo al techo. Alexander no se molestó en llamar. Empujó y mantuvo una de las hojas abiertas para cederme el paso, y cuando avancé…

—Vaaaaaya, esto es aún más increíble.

—Pues espera a que te presente a Laila. No te he dicho su apellido, ¿verdad?

A pesar de la maravilla que tenía frente a mí, me obligué a apartar la vista para mirar a Alexander. No estaba segura de a qué familia podía pertenecer la bruja en cuestión como para que él se mostrara tan divertido por la situación.

—¿Y bien? ¿Quién es?

—Resulta irónico, sobre todo porque estoy en deuda con ella, ya sabes… —hizo un gesto con la mano hacia mí—, pero su nombre completo es Laila Abbot.

# 10

## Alexander

Danielle se me quedó mirando como si me hubiera salido un tercer brazo o una segunda cabeza. Comprendía su sorpresa; yo también había alucinado bastante cuando Aaron la había traído consigo para ayudar en la curación de Danielle. Laila era una bruja Abbot y, por su edad, había muchísimas probabilidades de que fuese la heredera de los fundadores de la academia de la luz.

Al presentármela, recuerdo vagamente una larga explicación sobre alguna clase de don para sanar propio de su familia, aunque en ese momento lo único que me había importado era que podía ayudar a restaurar la magia de Danielle y, por tanto, asegurarse de que lo poco que yo había dejado de ella no acabara con su vida. Eso me había bastado.

—¡No… me… jodas! —exclamó cuando por fin recuperó el habla. Incluso el impresionante jardín interior a su espalda había perdido por completo su atención.

—Pues sí. Desde luego, la suya tiene que ser una historia interesante.

No tenía ni idea de cómo había llegado allí una bruja de su linaje. Lo poco que sabía de ella era que formaba parte activa del aquelarre de Robert junto con Annabeth, Aaron y Gabriel. Hasta entonces, no había preguntado más, pero ahora que Danielle estaba lúcida y en pie, mi curiosidad al respecto no era menor que la suya.

—Los Abbot estuvieron durante décadas al frente de la dirección de la academia —me dijo, y supuse que estaría tratando de recordar lo que sabía de ese linaje—, pero en algún momento del siglo pasado se apartaron y cedieron ese puesto al linaje de Cameron. No hay una explicación concreta de por qué tomaron esa decisión, al

menos nunca se nos enseñó nada al respecto. Siempre se trató como una simple renovación del cargo.

—Mi familia hizo lo mismo —comenté sin mucho ánimo de pensar en ellos, no al menos en mi padre—. Pero creo que fue porque deseaban disponer de todo el tiempo posible para manejar los hilos del consejo. Su posición en él les permitía igualmente controlar cualquier decisión que se tomara sobre la formación de las nuevas generaciones.

—Pero los Abbot no están en el consejo, así que en realidad sí que se apartaron del todo del poder.

Miré alrededor. ¿Cuánto dinero había costado construir un edificio como aquel a espaldas de la comunidad mágica? ¿De dónde había sacado Robert los recursos? ¿De los Abbot tal vez? Eran uno de los linajes más prósperos, así que parecía factible.

El susurro de unos pasos cercanos nos obligó a abandonar las cavilaciones. Danielle se giró hacia el espacio abierto y luego elevó la vista. Allí, flotando un poco por debajo del techo, cientos de bolas blancas de luz mantenían todo el invernadero libre de sombras; parecían estrellas contra el cielo nocturno que se adivinaba más allá del cristal.

Cuando Danielle volvió a bajar la cabeza, Laila se acercaba ya a nosotros por uno de los senderos principales. Todo el suelo estaba hecho de tierra y, salvo por los caminos abiertos entre la vegetación, se hallaba cubierto de plantas y flores e incluso de algunos árboles. Reconocía solo unas pocas de las especies, pero imaginaba que la mayoría tenían algún uso mágico o medicinal.

Laila esbozó una sonrisa amable en cuanto llegó a nuestra altura. Era una bruja bajita y delgada, y las veces que la había visto tratando a Danielle había mantenido una expresión perpetua de cortesía que no parecía fingida. Al contrario, se había mostrado tan preocupada por su estado como yo, aunque ella había conservado mejor la compostura. Me avergonzaba pensar que, a nuestra llegada, le había gritado un par de veces solo porque me había parecido que no estaba haciendo nada por ella.

Luego, cuando ya no había habido sangre ni heridas a la vista y tras apaciguar mi pánico, había tratado de disculparme. Laila le había restado importancia a mi comportamiento. Sabía que también había estado atendiendo a Cam y al resto de los heridos; sin

embargo, ni siquiera lo agotador de las largas jornadas que se habían sucedido en esos días le había hecho parecer menos decidida a ayudar.

—Estaba deseando conocerte, Danielle Good. —Señaló el camino por el que había venido—. Vamos, te echaré un vistazo en mi consulta y nos aseguraremos de que todo esté bien.

—Eres una Abbot. —Fue toda su respuesta.

Laila soltó una risita que la hizo parecer casi una niña.

—Soy mucho más que eso. Igual que tú o Alexander, ¿no es así?

Sinceramente, a mí me importaba una mierda a qué linaje perteneciera. Bruja blanca u oscura. Era la persona a la que le debía la vida de Danielle, y solo por eso tendría siempre mi gratitud y cualquier cosa que necesitase y que estuviera en mi mano darle. Tampoco a Danielle le importaban demasiado los apellidos, pero tenía que reconocer que encontrar a un Abbot en aquella academia resultaba muy peculiar.

Avancé un poco y llevé mi mano a la parte baja de su espalda para instarla a avanzar, sabiendo que era esa misma sorpresa lo que la mantenía en el sitio y que precisamente ella no querría incomodar a nadie por la familia a la que perteneciera.

Laila encabezó la marcha y nos dirigimos hacia uno de los laterales. El ambiente era mucho más húmedo que en el resto del edificio, además de desprender un olor maravilloso que era mezcla de tierra, hierba y el aroma de la gran cantidad de plantas en flor. A pesar de que la frondosidad de la vegetación dejaba muchas zonas ocultas a la vista, parecía que éramos los únicos allí. Al menos, no nos habíamos tropezado con nadie cuando alcanzamos una pared con varias puertas.

Inspiré para llenarme los pulmones casi de forma inconsciente.

—Huele muy bien —dije a nadie en particular.

Mis ojos se posaron entonces en un grupo de hojas enormes cubiertas de gotitas de rocío y reprimí una sonrisa al comprender por qué me agradaba tanto el olor de aquel sitio; Danielle olía de forma muy similar. Le lancé una mirada fugaz solo para comprobar que de verdad estaba allí, sana y salva. Durante cuatro semanas había temido que lo que le había hecho fuera irreversible, y una parte de mí todavía esperaba que apareciera alguna secuela. Pero ella lucía radiante y preciosa, tan descarada, terca y contestona

como siempre.

El despacho de Laila era un cruce entre laboratorio y enfermería; un caos de papeles, libros y tarritos con multitud de ingredientes, así como algunas plantas en pequeñas macetas y material médico. Salvo una de las paredes, ocupada por una camilla, las demás estaban cubiertas de estanterías y, en el centro de la estancia, había una mesa rectangular con todo el instrumental necesario para llevar a cabo su labor: alambique, mortero, filtros de diferentes tamaños…, además de un grueso grimorio que apenas si podía permanecer cerrado debido a la gran cantidad de hojas sueltas que asomaban entre sus páginas.

—Sentaos, por favor. —Ocupamos las dos sillas frente al escritorio y, tan pronto como ella tomó asiento detrás de este, se dirigió a Danielle—. ¿Cómo te encuentras?

—En realidad, bastante bien.

—¿Y tu magia? ¿Algo raro que hayas percibido? Cuando te trajeron aquí estabas casi… agotada. Nos costó un poco mantenerte estable y darte tiempo para que la recuperases, pero he de decir que peleaste con todas tus fuerzas incluso estando inconsciente.

La oscuridad se retorció en el interior de mi pecho al recordar el estado en el que había llegado Danielle a la escuela. De no ser por Aaron, que había aparecido la Noche de Difuntos en Ravenswood junto con los demás, no tenía muy claro que ella hubiera logrado sobrevivir. El brujo había encadenado un hechizo tras otro durante todo el camino hasta allí para mantenerla con vida. Incluso así, Laila prácticamente se había consumido a sí misma para conseguir sanarla del todo.

—Todo está bien —dijo Danielle, y sonó convencida.

Lo estaba, al menos yo lo sentía así. La preciosa melodía de su poder era lo único que conseguía mantener a raya mi culpabilidad en esos momentos.

Laila sonrió.

—Eso es genial.

Su mirada osciló entre nosotros, cautelosa. No fui el único que se percató de ello.

—¿Qué pasa? —preguntó Danielle.

—Nada, es solo que… Bueno, estoy al tanto de la profecía, que por desgracia parece que se ha cumplido. Y también de lo que se

dice de vosotros: que sois el opuesto del otro, luz y oscuridad. Alexander es capaz de drenar el poder de otros brujos, mientras que tú puedes arrebatarles la capacidad de practicar magia oscura. Y me preguntaba… —Hizo un pausa. No estaba muy seguro de a dónde iba todo aquello—. Cuando llegasteis, Alexander también tenía algunas heridas, menos importantes, eso sí. Pero sanaron sin dedicarles casi atenciones.

—Sí, él puede curarse más rápido de lo normal, y yo… tengo alas —concluyó, y pareció arrepentirse de inmediato por haberlo soltado sin más.

Laila rio.

—También me dijeron eso, lo cual es francamente impresionante y espero que puedas mostrármelas alguna vez si no es molestia. Pero no era eso lo que quería preguntar. ¿Has curado a alguien alguna vez?

Danielle frunció el ceño, desconcertada por la pregunta.

—Sí, claro. Es decir, ya sabes que en Abbot la magia de curación es una de las partes más importantes de nuestra formación. O supongo que lo sabes —añadió de forma apresurada.

Laila Abbot no se había formado en la academia que llevaba su propio apellido, algo que era una anomalía en sí misma.

—No hablo de hechizos de curación, sino de curar con tu elemento, solo con tu poder.

Aún no entendía muy bien qué trataba de sugerir, pero de todas formas dije:

—En el baile de máscaras curaste a Raven.

Lo había hecho a pesar de las guardas del auditorio; unas guardas que ahora no existían porque yo las había volado por los aires, al igual que el propio edificio.

—Empleé un hechizo —aclaró Danielle. Por su expresión, tampoco ella sabía en qué estaba pensando Laila.

Sin embargo, esa no era la única vez que había curado a Raven.

—La noche que abandonamos Ravenswood, cuando mi padre nos atacó, Raven estaba inconsciente y no sabíamos lo que le pasaba. Tú lo despertaste. Fue la primera vez que vi un atisbo de tus alas. Recuerdo haber pensado que jamás había visto una luz tan pura como la tuya en ese momento. ¿Empleaste entonces algún hechizo?

Danielle negó; Laila, en cambio, asintió satisfecha.

—Dado que Alexander puede curarse a sí mismo, he pensado que tal vez tú puedes curar a los demás.

—Muchos brujos pueden hacer eso, incluso estudiantes. Cameron lo hizo con su padre —repuso, y esbozó una mueca de dolor al mencionar al director de Abbot.

Que Thomas Hubbard hubiera muerto intentando ayudarnos a liberar a Raven era otra de las cosas que no sabría cómo podría perdonarme. La lista a esas alturas parecía infinita.

—Normalmente se trata de heridas físicas, no mágicas. Pero no es más que curiosidad personal. Los Abbot estamos dotados de forma natural para la magia de curación, incluso cuando el daño es mágico, y me preguntaba si también tenías alguna clase de poder curativo similar al nuestro, dado que parece que Alexander y tú os equilibráis en muchos aspectos. Sois como… las dos partes de un todo. Encajáis.

Un leve rubor ascendió por el cuello de Danielle. Me hubiera encantado saber en qué estaba pensando exactamente; tendría que preguntárselo más tarde.

—¿Has tratado de emplear tu magia? —Danielle negó. Laila se levantó entonces y rodeó el escritorio para situarse junto a ella—. ¿Te importa si hago una comprobación? Mi don me permitirá saber que está todo bien.

Semanas atrás, había tratado de hacer eso mismo conmigo, solo que yo me había negado en rotundo a que invirtiera tiempo y energía en mí. Por suerte, ella no había vuelto a preguntar. Ya tenía a Rav y Wood insistiendo en que debía dejar salir al menos una parte de mi poder, no necesitaba que Laila se les uniera.

La bruja colocó las manos sobre los hombros de Danielle y cerró los ojos. Supe el momento exacto en el que tiró de su poder; lo percibí como una oleada que la recorrió de pies a cabeza y fue a parar al punto exacto en el que la estaba tocando. También percibí la magia de Danielle vibrando en su interior.

Lo que fuera que estuviera haciendo no le llevó más que unos pocos segundos, porque enseguida retiró las manos y retrocedió.

—Todo parece estar bien, pero tengo que decirte que jamás me había encontrado con un brujo que tuviese una reserva de magia tan grande como la tuya —comentó, sin disimular la admiración

que sentía—. Es realmente inmensa.

Danielle no parecía saber qué decir.

—Gracias, supongo.

Laila volvió a ocupar su lugar tras el escritorio y sus ojos se pasearon de nuevo entre nosotros; como si estuviera buscando algo, pero no supiera muy bien de qué se trataba.

—Es una buena noticia. Elijah Ravenswood es un problema, uno que debemos solucionar cuanto antes. Hemos enviado una patrulla a Dickinson para intentar descubrir qué ha pasado con los brujos que viven allí. Nadie sabe nada de ellos y…

—Quiero ir —la interrumpí.

Elijah era un problema sí, uno con mi apellido y que nosotros habíamos creado. Ningún brujo, de la comunidad que fuese, tenía demasiadas oportunidades de enfrentarse a él y salir bien parado. Y Ravenswood ya no era un lugar seguro para nadie; quizás no lo fuera ni para mí.

—Yo también voy —dijo Danielle.

Laila no parecía en absoluto sorprendida. Yo tampoco lo estaba. La sola idea de que Danielle volviese a enfrentarse a Elijah me ponía los pelos de punta, pero la conocía lo suficientemente bien como para saber que no se mantendría al margen.

—Lo imaginaba —dijo la bruja, y nos brindó una pequeña sonrisa—, pero ya están en camino. Veamos qué encuentran y luego decidiremos cómo actuar. No sabemos si Elijah continúa allí siquiera.

—Debería estar. Ese lugar constituye un núcleo de poder para él. Lo que no quiere decir que ahora no pueda salir de allí, claro. Pero los sacrificios que ha hecho durante años en el bosque no han conseguido más que acrecentar dicho poder. Todo mi linaje es mucho más poderoso en esos terrenos que en ninguna otra parte del mundo, aunque solo sea porque hemos vivido y sangrado en esa tierra durante más de tres siglos.

—Menos tú.

—¿Qué?

—Creo que tú eres más poderoso cuando estás con Danielle. Sois más poderosos juntos. Estéis donde estéis.

Me ahorré señalar que su afirmación podía ser cierta si yo me dedicaba a drenar a Danielle, algo que no volvería a suceder nunca.

Jamás.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó ella.

—Ya os lo he dicho. En realidad, no creo que seáis exactamente opuestos, sino que el equilibrio os concibió para que vuestros respectivos poderes encajasen con los del otro, para que se complementasen. Creo que Alexander nunca ha estado destinado a ayudar a Elijah en cualquiera que sea la oscura cruzada que ha emprendido. Nadie está destinado a hacer el mal solo por ser un brujo oscuro y, sobre todo, si no es su voluntad hacerlo. Así que… ¿qué es lo que quieres hacer tú, Alexander? O debería preguntar… ¿quién quieres ser tú en todo esto?

# 11

Laila nos dejó marchar después de pedirnos que fuésemos a verla si sentía cualquier cosa extraña en algún momento. No lo dijo, pero me dio la sensación que la petición se extendía a Alexander, lo cual daba a entender que también ella sabía que algo iba mal con su magia. Imaginé que incluso él mismo lo sabría, pero no comenté nada mientras atravesábamos el corredor por el que habíamos venido, ahora algo menos abarrotado. Parte de los estudiantes debían estar ya en sus habitaciones, preparándose para irse a dormir. En cambio, nosotros nos encaminamos hacia el comedor.

A través de los arcos que daban al patio era visible el cielo, un montón de estrellas y una luna casi llena; la nevada había cesado, aunque sobre el suelo se había acumulado una capa blanca considerable.

—Quiero esto —solté de repente.

Alexander ladeó la cabeza para mirarme.

—¿El qué?

—Esto. Ya sabes, que no importe de qué linaje procedas ni quién se supone que tienes que ser; lo que hayan hecho tus padres, tus abuelos o un tipo de hace doscientos años al que ni conoces. Quiero esto para todos nosotros. Para cualquier brujo.

Él sonrió. No había abierto la boca después de lo que había dicho Laila y me preocupaba un poco que volviese a dudar de sí mismo, pero entonces su mano se deslizó en la mía y le dio un apretón a mis dedos.

—Yo también lo quiero. No eres tus padres, Danielle, no pienses eso ni por un momento. Tampoco eres tu linaje ni tu apellido.

—Bueno, eso debería funcionar para los dos, ¿no? —repliqué, devolviéndole la sonrisa.

—Lo mío es un poco más complicado.

Su otra mano cubrió la parte izquierda de su pecho, y supe que

se refería a la marca que había allí.

—¿Sabes lo que pienso yo? Creo que solo tienes esa marca porque Elijah también la tiene, y vamos a necesitar ese poder para acabar con él.

—Mi poder no le afecta.

—Tiene que haber una forma, estoy segura.

Alexander titubeó un momento. Dejó de andar y yo me detuve con él.

—La Noche de Difuntos, en el auditorio, hice algo más que perder el control.

—Elijah y Mercy dijeron que eras la llave —comenté yo, y él asintió.

También se había dado cuenta.

—¿Y si abrí una de esas puertas del infierno de las que hablaban? ¿Y si ahora todo Ravenswood está plagado de demonios? Vi ese sitio, Danielle, he estado allí un par de veces y creía que no eran más que sueños o visiones de lo que podría llegar a pasar en este mundo si la oscuridad se apropiaba de él. Pero ahora creo que era de verdad el infierno.

Si Alexander había abierto una puerta directa al mismísimo infierno, íbamos a tener un problema aún mayor que lidiar solo con Elijah y un puñado de demonios, eso seguro.

—Si la abriste, también podrás cerrarla. Puedes arreglarlo.

Alexander apartó la mano de su pecho y la llevó hasta mi cuello. Se quedó mirándome en silencio, y yo me perdí en la profundidad de sus ojos dispares. Eran unos ojos preciosos, repletos de emociones crudas y de sentimientos; nunca entendería cómo su padre podría haberlos considerado como alguna clase de señal de su supuesta maldad, y resultaba más irónico aún teniendo en cuenta lo que ese hombre le había hecho a Dith y como había castigado a su propio hijo durante años.

Tobbias Ravenswood era más monstruo de lo que Alexander podría llegar a ser jamás, y si Laila me hubiese preguntado a mí quién creía que quería ser Alex, hubiera tenido muy clara mi respuesta.

—No sé si puedo controlarlo, Danielle. No estoy…

—Puedes —lo corté, y de verdad lo creía. Si alguien podía manejar un poder como ese, era Alexander. Había sido hecho para

ello.

Mis palabras le arrancaron una sonrisa suave; esta vez, también sus ojos la reflejaron.

—Es halagador lo mucho que confías en mí.

—Que no se te suba a la cabeza —bromeé a pesar de que confiaba en él como no lo había hecho en nadie en mucho tiempo.

—Estoy seguro de que evitarás que así sea. —Aunque había comido antes de nuestra siesta conjunta, mis tripas eligieron ese momento para protestar—. Venga, anda, vayamos a por algo de comer. A esta hora es probable que Cam ya se haya despertado y Rav y él estén también tomando una cena tardía.

El comedor era una estancia rectangular enorme con mesas alargadas, más de esas lucecitas flotantes y ventanas que iban desde el suelo hasta casi el techo. Al fondo había todo un mostrador con distintos platos, bebidas y un buen surtido de postres para elegir. Alexander había acertado: Rav y Cam estaban allí, acompañados de Wood, Annabeth y Aaron. En cuanto atravesamos las puertas, me dio igual que aún quedasen algunos alumnos rezagados; eché a correr por entre las mesas y me abalancé sobre Cameron. Al pobre ni siquiera le dio tiempo a levantarse del asiento, así que acabé prácticamente sentada sobre su regazo. Ignoré el escalofrío que me recorrió al tocarlo, le rodeé el cuello con ambos brazos y lo apreté con fuerza contra mí.

—No sabes cuánto me alegro de que estés bien —susurré, cuando consiguió estabilizarse y también me abrazó—. Siento mucho lo de tu padre.

Lo sentí encogerse bajo mi cuerpo, pero me brindó un asentimiento a modo de réplica antes de decir:

—Nos has tenido muy preocupados.

Me separé para mirarlo a la cara. A pesar de haber estado durmiendo, su aspecto era el de alguien que hubiese pasado toda la noche en vela; dos noches tal vez. Nunca lo había visto tan apagado. Incluso su pelo negro carecía del brillo habitual.

—Estoy perfecta. Laila me ha visto hace un momento y dice que todo va bien.

Rav, sentado a su lado, se inclinó un poco hacia mí.

—Hola de nuevo, Dani.

Le sonreí. Les sonreí a todos, incluidos Annabeth y Aaron.

—Me han dicho que fuisteis a Ravenswood a ayudarnos. Y que me curaste —agregué, dirigiéndome a Aaron directamente.

—A Annabeth le encanta meterse en líos, así que no podíamos dejar que fuera sola.

—Te gustan los líos tanto como a mí —protestó la aludida.

—Gracias. Por todo. —Miré alrededor—. ¿Y Sebastian?

Beth resopló, y fue ella la que dijo:

—De patrulla en el exterior. Da igual las veces que le digamos que este sitio es seguro. Nadie entra aquí sin que su huella mágica sea registrada antes; los hechizos de la barrera se ocupan de eso.

Bueno, no podía culpar al Ibis por tomarse la seguridad tan en serio. No solo porque lo habían entrenado para ello. Él había estado durante los dos ataques demoníacos que había sufrido Abbot y nos había acompañado a Ravenswood. Yo tampoco estaba del todo convencida de que existiera ningún hechizo o barrera capaz de detener a Elijah si se proponía entrar aquí.

Alexander apareció a un lado de la mesa con dos platos repletos de comida.

—¿Vas a comer ahí sentada?

Seguía sobre Cam, que tampoco había hecho nada por apartarme. Elevé una ceja, y Alex respondió al gesto con una sonrisita. De no estar rodeados de gente, le hubiera preguntado si prefería que me sentara sobre él, pero me limité a mirarlo sonriendo como una idiota.

Raven debió de percatarse de nuestro intercambio de miraditas y de lo que no estábamos diciendo, porque lo escuché soltar una risita. Creo que, incluso después de los meses que habían pasado desde que nos habíamos conocido, nuestras pullas le seguían divirtiendo tanto como a nosotros mismos.

Me incorporé finalmente. Alex colocó uno de los platos en un hueco libre y me hizo una señal para que lo ocupara. Él se acomodó justo al lado.

—¿Te has puesto celoso? —me burlé, pero él se echó a reír.

Acto seguido, se las arregló para robarme un beso mientras los demás continuaban con la conversación.

—Casi te pierdo, Danielle, así que estoy más que agradecido de verte en pie, sonriendo y con tus amigos. Nada de lo que hagas va a cambiar eso. —Bien, ahora sí que estaba sonriendo como una tonta

—. Vamos, come algo.

Me incliné un poco hacia él y hablé muy bajito.

—Cuando no estás comportándote como un brujo gruñón eres superadorable, Alexander Ravenswood. Estoy empezando a apreciar mucho esta faceta tuya.

—Y tú sigues siendo una bruja terca e irresponsable, Danielle Good, pero no te cambiaría por nada del mundo.

Sí, sí que estaba colgada de él, y al parecer Alexander también lo estaba de mí.

Durante la cena, me enteré de algunos detalles que me había perdido de la Noche de Difuntos. El malestar de Alexander quedó patente mientras narraba su parte de la historia y resultó evidente lo culpable que se sentía al respecto, pero no por ello escondió nada de lo ocurrido. Raven aseguró que había pasado la mayor parte de su secuestro inconsciente; sin embargo, creía que el único objetivo de Elijah era traer el infierno a este mundo y reinar sobre los escombros. El uso de la magia negra y los siglos que había pasado como fantasma solo habían acrecentado su ansia insana de poder; si en vida su cordura ya había sido cuestionable, estaba claro que nada de eso había mejorado con los años.

—Creo que aún necesita a Alexander —dijo Wood en un momento dado.

Alex no estuvo de acuerdo.

—No debería. Él también tiene la marca, y ahora que se ha transmutado…

—La tenía en vida y no fue capaz de llevar a cabo sus planes. Ha pasado siglos esperando a que tú nacieras, y estoy bastante seguro de que es porque ni con todos los conocimientos que haya podido acumular es capaz de acceder a las puertas del infierno. Por eso no intentó matarte una vez que comprendió que no te unirías a él, y no porque guarde alguna clase de lealtad hacia su propio linaje.

Lo que decía Wood tenía sentido. Elijah no había tratado de salvar a Mercy cuando yo la había atacado. Le había arrancado el corazón sin ningún tipo de miramiento para hacerse con el poder de los tres linajes. Si no hubiera necesitado a Alexander, habría intentado acabar con su vida de la misma forma.

—Tal vez ya las he abierto.

La afirmación de Alex causó un pequeño revuelo en la mesa y

tuvimos que contar a los demás nuestras sospechas. Esperaba que Raven dijese algo, pero fue Cam quien tomó la palabra.

—Hay una persona que quizás podría darnos información. La tía Letty no era la única vidente en mi familia.

—Espera, no sé si quiero que alguien lance otra profecía —intervine—. Con una ya hemos tenido más que suficiente.

Un murmullo de acuerdo recorrió la mesa, pero Cameron nos explicó que Amy Hubbard era solo una niña de diez años y que, por ahora, su don no actuaba exactamente como el de Loretta. Nada de profecías entonces. Era un alivio.

—Yo no la conozco en persona. Sus padres la han mantenido bastante aislada del resto de la familia y de todo el mundo en general. Pero ella ve… cosas cuando toca a la gente.

Hubo varias exclamaciones de sorpresa entre los presentes. Ese tipo de don, al igual que el de la videncia en general, no era muy común. Miré a Raven en busca de alguna reacción por su parte. Se mantenía atento a los rostros de los demás, tratando de no perderse nada de la conversación, pero me extrañó lo silencioso que se mostraba.

—No perdemos nada por probar —dijo Annabeth.

Dudaba que hubiera algo en lo que la bruja no se prestara a participar; parecía tan impulsiva como yo. Y aunque no estaba segura de que ese fuera un rasgo bueno, me caía bien.

Al final, quedamos en que Cameron llamaría a los padres de Amy para preguntarles si aceptarían traerla aquí, o bien que nosotros fuésemos a buscarla. Después de eso, la conversación se trasladó a temas sin importancia, así que aproveché para pedirle a Alexander algo que llevaba rondándome la cabeza desde que había despertado; mucho antes, en realidad.

—Quiero que me entrenes. O Wood, o Raven. O los tres. Quiero saber defenderme mejor. —Me froté el cuello, allí donde uno de los demonios me había mordido—. Me da la sensación de que habrá más peleas en nuestro futuro.

Wood debía estar escuchando, porque ni siquiera dejó a Alex contestar.

—Puedo hacerlo. Alex no tiene paciencia.

—¿Y tú sí? —terció yo. Ni de broma el lobo blanco tendría más paciencia que Alexander. Ya había entrenado con él en Ravenswood

y me había machacado.

—Lo haré yo —dijo Alexander.

La sonrisa que me dedicó no me gustó nada. Nada en absoluto.

—Ya me estoy arrepintiendo. Puedo pedírselo a Sebastian. O a Annabeth…

—De eso nada —insistió él. Me rodeó la cintura con el brazo y tiró de mí hasta que terminé apretada contra su costado—. Te va a encantar.

Sí, definitivamente, ya me estaba arrepintiendo.

# 12

Todo el mundo se dispersó después de la cena. Quería hablar con Cam y también con Raven, además de con Wood. Quería hablar con todos. Estaba más inquieta de lo que me atrevía a exteriorizar, pero no tenía muy claro el motivo; más allá de lo evidente, que no era poco. Sin embargo, no traté de detener a ninguno de ellos cuando se fueron retirando cada uno a sus habitaciones.

Alex y yo regresamos también al ala de los dormitorios y yo fui a sentarme en el borde de la cama en cuanto entramos en el mío.

—¿Estás bien?

Giré la cabeza hacia él. Se había quedado junto a la puerta, y caí en la cuenta de que no tenía ni idea de si también le habían asignado un dormitorio propio. Aparté ese pensamiento durante un momento.

—Me siento extraña.

Alex arqueó las cejas.

—¿Extraña de un modo malo?

—No, es que… para mí fue ayer mismo cuando estábamos en Ravenswood. Y yo… bueno, pensaba que iba a morirme. Pero ahora estamos aquí, y siento que estamos como al principio. Pero Cam está raro, Raven apenas habla, creo que Wood me evita y tú… Tú tienes que hacer algo con tu poder, Alex. —Hizo una mueca, pero yo había tomado carrerilla y no pensaba parar ahora. Me llevé la mano al pecho—. Lo noto aquí, como una presión, y tu magia sigue cantando para mí, pero lo hace… mal.

Suspiró. Parecía totalmente deshecho y yo me sentía igual, pero dar rodeos sobre el tema no nos ayudaría a ninguno de los dos. Y si queríamos tener alguna oportunidad contra Elijah, necesitaríamos el poder de Alex, el mío y quizás el de todos en esa escuela.

Me hice a un lado cuando vino a sentarse junto a mí.

—Tienes razón.

—Esas palabras son algo que de verdad jamás esperé escuchar viniendo de ti.

—Listilla.

—Un poco sí, pero lo que he dicho iba en serio.

Alex me rodeó la espalda con un brazo y apoyó la frente contra mi sien. Lo escuché inspirar profundamente y, por el rabillo del ojo, me di cuenta de que había cerrado los suyos.

—Lo sé, solo… necesito hacerme la idea de que estás aquí y que no te hice daño.

—Lo estoy.

No añadí nada más. Tenía que ser él mismo quien se convenciese, y podía entender su recelo. Tal y como le había confesado, también yo me sentía rara con la situación; perder un mes de vida y que el mundo siguiera girando sin ti era realmente extraño.

Empecé a apartarme muy despacio, pero el brazo de Alexander se tensó a mi alrededor y me cortó la retirada. Tiró un poco más de mí y al final se las arregló para que acabase sentada sobre su regazo. Un momento después, su otra mano serpenteó por mi espalda y fue a parar a mi nuca.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó en un tono mucho más bajo y profundo.

—A ningún lado.

Las comisuras de sus labios se curvaron con malicia al escuchar mi respuesta.

—Ya me parecía.

Hundió la cara en el hueco de mi cuello y fue dejando pequeños besos a lo largo de él. Bien, me gustaba el rumbo que estaba tomando aquello. Me gustaba mucho. Y me gustó aún más cuando empezó a mordisquearme el lóbulo de la oreja mientras sus manos vagaban de nuevo espalda abajo.

—Sé que hay mucho de lo que deberíamos hablar, pero…

—¿Pero?

Normalmente, odiaba los «pero», siempre venía algo malo detrás de esa palabra maldita; sin embargo, este no parecía el caso.

—Pero, aunque debería marcharme a mi dormitorio y dejarte descansar… —prosiguió, y sus manos resbalaron hasta mi trasero.

Nos contemplamos en silencio, y el deseo en su mirada resultó

tan evidente que no necesité que terminara la frase. Yo también lo deseaba.

—Te habría echado de menos de haber estado consciente —dije, y Alexander se echó a reír por lo absurdo de mi declaración.

Aun así, creo que comprendió lo que trataba de decirle.

Enterró los dedos en el nacimiento de mi pelo sin dejar de mirarme; el ojo oscuro casi negro y el otro de un azul tormentoso. Balanceé un poco las caderas solo para observar su reacción. Me encantaba provocarlo, ya fuera verbalmente o de formas mucho más divertidas como aquella, y sentí una profunda satisfacción cuando exhaló una maldición brusca como respuesta.

—Tú también me has echado de menos —me burlé, al percibirlo duro bajo mi cuerpo.

Lo siguiente que supe era que estábamos girando. Me arrastró hacia arriba y mi espalda golpeó el colchón. Encajado como estaba entre mis piernas, todavía había demasiada ropa entre nosotros.

—Te he echado de menos muchísimo —dijo. Su mano se coló bajo el dobladillo de mi camiseta y el roce de sus dedos despertó un cosquilleo agradable entre mis piernas—. Terriblemente.

Demasiado consciente de cada uno de sus movimientos, le clavé las uñas en los brazos cuando comenzó a tirar hacia arriba de la tela hasta dejar mi pecho al descubierto. Y entonces, con una sonrisa que era puro pecado, apartó la copa de mi sujetador y arrastró la lengua por encima del pezón. La descarga de placer fue tal que pronuncié su nombre como un gemido agónico. Él, a cambio, me regaló una nueva pasada de su lengua.

—Permíteme que te lo demuestre.

Y me lo mostró. Durante largo rato me olvidé de que había un mundo fuera de aquellas cuatro paredes. Lo que era demasiado duro como para relegarlo del todo al menos quedó apartado a un lado, suspendido en el tiempo mientras Alexander repartía decenas de besos y caricias por mi pecho, mi cuello, la clavícula y también mi estómago. Se entregó a esa labor con una devoción encomiable, casi como si pensara que no habría otras oportunidades; no lo culpaba, nuestro futuro era demasiado incierto y ya habíamos creído antes que no tendríamos uno en absoluto.

—Tu sabor es incluso mejor que tu aroma —murmuró con los labios contra mi piel caliente y sonrojada.

Elevó la vista y me atrapó con una mirada oscura, aunque esta vez no tenía nada que ver con su poder. El mío me corría salvaje por las venas. El descanso y los hechizos aplicados mientras estaba inconsciente habían dado sus frutos y mi magia volvía a estar desatada. Me sentía despierta y viva, y eso… bueno, eso ahora mismo era mucho.

Frotó ambos huesos de mis caderas con los pulgares. A esas alturas, mi camiseta había desaparecido junto con mi sujetador. Tal vez la Danielle que había sido alguna vez se hubiera avergonzado, incluso cuando no era la primera vez que estaba desnuda frente a Alexander; tal vez no lo hubiese hecho. Pero ¿haber estado a punto de morir? Eso lo había cambiado todo.

Tenía una segunda oportunidad con Alexander. Una nueva ocasión para vivir una vida más allá de los muros de Abbot, algo con lo que había soñado la noche en la que había empezado todo, aquella en la que había echado abajo la verja de la academia de la luz y había acabado en los terrenos de Ravenswood. Por Dios, hacía solo unos meses de eso; me parecía que había sido ayer y al mismo tiempo como si hubiesen pasado siglos.

Sí que habían cambiado las cosas, sí, y yo también lo había hecho.

—Ven aquí. —Tiré de la camiseta de Alex para acercarlo y luego un poco más para que se deshiciera de ella.

Una vez que entendió lo que quería, la prenda acabó olvidada en el suelo y él se alzó sobre mí con el pecho expuesto. Pasé los dedos por la marca primero y luego sobre las cicatrices que acumulaba, con cierto temor de encontrar alguna nueva. Aún no sabía cómo había conseguido regresar después de haber cedido por completo a su oscuridad, pero al menos no encontré nada que indicara que Wood o cualquier otro había tenido que infligirle daño para ello.

Fuera como fuese, Alexander continuaba siendo impresionante de muchas maneras diferentes, y sus cicatrices solo hablaban de lo mucho que había estado siempre dispuesto a sufrir para evitar hacerle daño a los demás; no lograba entender cómo no podía darse cuenta de ello.

Empujé sus hombros y lo hice caer a mi lado para poder retomar mi posición sobre él.

—Mi turno.

Hubo un destello de sorpresa en sus ojos. Un segundo después, el calor que se acumulaba en ellos volvió a desbordarse. Sus manos encontraron sitio en mis caderas y sus dedos me presionaron la carne con anticipación.

—Soy todo tuyo —dijo, y la afirmación, a pesar de estar cargada de sensualidad y picardía, parecía también esconder mucho más. Supe que así era cuando susurró—: Tuyo.

El ambiente de la habitación se cargó de una tensión electrizante. Se me erizó el vello de todo el cuerpo, algo que debió captar Alexander porque desplazó una de sus manos hacia arriba por mi brazo en una caricia lánguida. Continuaba sentada sobre él, pero no era capaz de moverme, y me dije que tendría que empezar a hacerlo o bien acabaría echándome a llorar como una idiota, y no era lo que quería en ese momento.

Me apropié de su boca durante unos preciosos segundos para luego retirarme y descender por su cuerpo. Besé también la marca, las cicatrices, los valles y crestas de su abdomen.

—Nunca he hecho esto —murmuré cuando alcancé la cinturilla de su pantalón.

Hice ademán de bajarle la cremallera y Alex debió entender por fin a lo que me refería.

—Danielle, no… —Levanté la vista y arqueé una ceja, también puede que le dedicara una sonrisita burlona, pero él prosiguió hablando—. No tienes que hacerlo.

Sinceramente, no tenía ni idea de cómo empezar. Es decir, conocía la mecánica, pero digamos que Cam y yo nunca nos habíamos aventurado con el sexo oral; bastante habíamos tenido con nuestro triste revolcón. Pero quería hacerlo.

Recordaba cada segundo del momento en la terraza de Nueva York y lo bien que Alex me había hecho sentir. No pensaba que tuviera que devolverle el favor ni nada por el estilo, solo… lo deseaba. Y a lo mejor era un poco temerario intentar que perdiera el control de esa forma, pero supuse que esa parte de mi personalidad no había cambiado en absoluto.

—Lo sé.

Abrí la cremallera y hundí los dedos por debajo de la tela de su bóxer hasta que lo rocé, duro y suave a la vez. Alexander siseó y se le cerraron los ojos. Enseguida los volvió a abrir. Ahora era yo la

que exhibía una estúpida sonrisa de satisfacción. Mientras me observaba, tiré de la cinturilla hacia abajo y lo descubrí por completo. Sus caderas temblaban, y caí en la cuenta de que esta era una primera vez para ambos.

—Avísame si hago algo mal.

Se echó a reír.

—Dudo que, hagas lo que hagas, puedas hacerlo mal.

Envalentonada, le guiñé un ojo. Luego, sin advertencia alguna, bajé la cabeza y lo lamí muy lentamente. Alex masculló una palabrota y entonces fui yo la que me reí. Probé de nuevo, esta vez con algo más de seguridad. Su respiración se aceleró. Notaba su mirada sobre mí y su poder arremolinándose bajo la piel de su estómago, allí donde mis manos reposaban. Pero esto ya no iba de su oscuridad o mi luz, de lo que Alex era o de lo que quiera que fuese yo. No tenía nada que ver con la magia; éramos solo él y yo. Quería allí al chico que hubiese sido alguna vez de no ser por lo que el destino había hecho de nosotros, y yo solo quería ser una chica cualquiera haciendo su primera… mamada.

El pensamiento me provocó una carcajada.

—Me alegra que te diviertas —comentó, aunque le tembló un poco la voz al decirlo.

—Apuesto a que sí.

No esperé a que dijera nada más y me lo metí en la boca, al menos una parte. El gemido que se le escapó fue tan crudo que se hizo eco a su vez entre mis piernas. Ese y los otros sonidos que salieron de sus labios fueron suficiente para guiar mis movimientos. Succioné y lamí mientras él se deshacía y yo me sentía cada vez más segura y excitada. Farfullaba mi nombre de vez en cuando y los músculos de su abdomen se tensaban y relajaban bajo mis manos. Rodeé su longitud con una de ellas solo para apartarme y encontrarlo contemplándome con la mirada vidriosa, los labios entreabiertos y la expresión completamente arrasada por el placer.

Pero entonces desvió la vista hacia su propia mano y las finas líneas oscuras que se le extendían muñeca arriba. Antes de que pudiera reaccionar como intuía que lo haría, la mía salió disparada y entrelacé nuestros dedos.

—Está bien.

—No deberíamos…

Solté una carcajada.

—Ni se te ocurra completar esa frase. —Llamé a mi magia hasta que me brillaron las venas de ambos brazos solo para mostrarle que no pasaba nada. Dio un respingo, pero no trató de deshacerse de mi agarre—. ¿Lo ves? Todo va bien. Es solo que te has emocionado un poquito con mis habilidades.

Entonces sí que me miró a la cara. Le sonreí con sinceridad; yo sabía que su oscuridad no me haría daño, ahora solo quedaba que él también lo recordase.

—Eres demasiado terca para tu propio bien.

No iba a seguir discutiendo con él. Mantuve mis dedos entre los suyos, mientras que mi otra mano se deslizaba perezosamente arriba y abajo por su miembro. Alex apretó los dientes y luchó para mantener los ojos abiertos, y mi sonrisa se amplió. A lo mejor me estaba volviendo un pelín sádica con él, pero esto era tan divertido como cuando discutíamos, y aún más excitante.

Finalmente, cerró los ojos y su cabeza cayó hacia atrás, pero enseguida apartó mi mano y me arrastró hacia arriba por su cuerpo.

—Ven aquí si no quieres que esto se acabe antes de empezar. Quiero estar dentro de ti.

Me mordí el labio para ahogar el gemido de necesidad que me provocó la honestidad brutal de su afirmación.

—Necesitamos protección. —Alex no contestó, pero se llevó una mano al estómago aún con los ojos cerrados y empezó a murmurar muy bajito—. Espera, ¿has aprendido a hacer un hechizo de ese tipo?

Sus párpados revolotearon y, cuando acabó, se levantaron al tiempo que sus comisuras se curvaban.

—He estado leyendo sobre muchas cosas durante este mes, Danielle.

—¿Y por qué no lo has empleado sobre mí?

A ver, los hechizos anticonceptivos podían ser usados tanto en hombres como en mujeres con la misma eficacia. La finalidad era idéntica: evitar un embarazo y que pudiésemos mantener sexo seguro. Pero yo sabía que, muy a menudo, mis compañeros de Abbot optaban siempre por que fuese la chica la receptora, por aquello de que éramos nosotras las que podíamos acabar embarazadas; como si ellos no fuesen parte de todo ello también.

—Es mejor así —dijo él tras un momento. Mejor porque de esa manera su magia no entraría en contacto con la mía, comprendí—. Además, si el hechizo tiene algún efecto secundario, prefiero que sea sobre mí.

Eso sí que no me lo había esperado. Resultaba conmovedor que se lo hubiera planteado siquiera, aunque era muy típico de Alexander tener siempre más en cuenta a los demás que a sí mismo. Y eso era lo que debía entender; si no lo lograba por sí mismo, ya me encargaría yo de que lo hiciera. Fuera como fuese.

Luke Alexander Ravenswood no era ni podría ser jamás un monstruo.

# 13

Alex me hizo girar de nuevo. Una vez encima, se deshizo de sus pantalones y luego empezó a quitarme los míos.

—Así que ya podemos *follar*.

—Ay, madre. Te acuerdas de eso —señalé avergonzada, mientras él descendía por mi cuerpo.

—No querías que pensase que significaba algo para ti.

Que hubiese sido capaz de comprender por qué había empleado justo esas palabras durante nuestra primera vez me sorprendió con la guardia baja. Levanté la cabeza para buscar su mirada.

—¿Cómo…?

—Cameron me dijo que solías apartar a la gente y que, cuando eso sucediera, no debería permitírtelo. Fue un buen consejo, pero no me apetece mucho hablar de Cam en este momento.

Yo tampoco quería pensar en nadie más que en nosotros. Quería ese instante a solas con él y fingir que todo estaba bien ahí fuera; nos lo habíamos ganado. Por suerte, Alexander parecía bastante decidido a no darme ninguna opción. Mientras besaba la piel suave del interior de mis muslos, sus dedos se enredaron en la cinturilla de mis bragas. Me miró antes de tirar de ellas, pidiendo un permiso que yo estuve encantada de concederle.

Cuando me hubo desnudado por completo, se movió hasta situar nuestros rostros a la misma altura y selló nuestras bocas en un beso que se llevó consigo todo el aire de mis pulmones y también gran parte de mi cordura.

—Eres preciosa, Danielle Good. No creo que nunca me canse de decírtelo.

Había marcas oscuras en torno a sus muñecas y sus antebrazos, pero ya no les prestaba atención.

—No creo que yo vaya a cansarme de oírtelo decir.

—Entonces voy a repetírtelo cada vez que pueda.

Se hundió de nuevo en mi boca y sus caderas lo hicieron entre mis muslos, presionando su erección en el punto en el que yo más lo necesitaba. Me froté contra él con tanto descaro que, poco después, coló la mano entre nuestros cuerpos y fueron sus dedos los que se deslizaron entre mis pliegues húmedos. Con los ojos fijos en los míos, rodeó mi entrada una y otra vez.

—Podemos pasar al plato fuerte —sugerí. Me estaba volviendo loca y era evidente que estaba lista para él, pero Alex negó.

—Voy a disfrutar esto y a alargarlo todo lo que pueda, Danielle. —Abrí la boca para protestar, pero entonces hundió un dedo en mi interior y las palabras fueron sustituidas por un gemido—. Y espero que nadie se atreva a interrumpirnos ahora mismo, porque entonces tal vez sí que me sienta tentado a lanzar mi oscuridad sobre quienquiera que sea el pobre desgraciado.

Su mano comenzó a moverse a un ritmo largo y tranquilo, y muy pronto un segundo dedo se unió al primero. A mí se me cerraban los ojos con cada embestida, mientras que él no dejaba de contemplar mi rostro, como si quisiera memorizar hasta el más mínimo detalle de mis reacciones. En su mirada había mucho deseo, pero también adoración, cariño, amor… Nadie me había contemplado así jamás.

Prosiguió torturándome más tiempo del que hubiese deseado, aumentando mi necesidad hasta convertirla en desesperación. Su boca se movió por mi hombro, mi cuello y mi pecho. Con una oscura sonrisa bailando en los labios, jugó a lamer mis pezones. Y mi espalda se arqueó en respuesta cada maldita vez.

—No cierres los ojos —me pidió—, quiero que veas lo que te hago. Quiero que lo recuerdes siempre.

No iba poder olvidarlo, como no había podido olvidar ninguno de los momentos íntimos que habíamos compartido. Peleé contra mí misma y contra el placer que sus caricias me provocaban para atender su petición, pero entonces aceleró el ritmo y movió el pulgar sobre mi clítoris. Lo rodeó y presionó, y fue… demasiado. El mundo estalló en cientos de pedazos. Mis párpados cayeron y, aun así, todo se iluminó, dentro y fuera de mí. Durante unos segundos eternos, lo único que hubo fue luz y calor y la sensación de estar cayendo más y más profundo.

Abrí los ojos de golpe, temiendo haberme dejado de llevar de tal

modo que mi poder hubiese encontrado la manera de escapar a través de mi piel y hacerle daño a Alexander. Sin embargo, a pesar del leve resplandor que me cubría de pies a cabeza, él continuaba entero y a salvo, inclinado sobre mí y exhibiendo una sonrisa satisfecha. Regueros de oscuridad manchaban sus brazos y destacaban aún más en contraste con ese brillo. Sus ojos eran ahora dos pozos profundos de oscuridad y un único mechón de color blanco le caía sobre la frente.

De alguna manera, se había transformado solo en parte. Estaba claro que ni siquiera ahora se dejaría ir del todo.

Levanté la mano y tracé una de las marcas oscuras con la punta de los dedos. Alex se estremeció, pero no hizo nada para evitar que lo tocara. Se limitó a perseguir el movimiento con la mirada, inmóvil y en silencio. Su expresión no distaba mucho de la que había tenido en aquella ocasión en la que nos habíamos besado por primera vez en el bosque, cuando había sido él quien me había acariciado con idéntica delicadeza después de años sin permitirse tocar a nadie que no fuesen los gemelos. Y sin que nadie lo tocase a él.

—Te veo y no me das miedo, Alexander Ravenswood —susurré. Se lo recordaría las veces que hiciera falta; se lo recordaría hasta que no necesitase que lo hiciera.

No replicó, no estoy segura de que pudiese, pero buscó mi mirada y lo que vi en sus ojos fue más que suficiente. Lo agarré de los brazos para atraerlo hacia mí. No necesitó ninguna explicación más. Se posicionó entre mis piernas y, un momento después, se hundió suavemente en mi interior. La sensación resultó deliciosa, más incluso que en nuestra primera vez. Lo sentí por todo el cuerpo. Erguido sobre mí, apoyado con ambas manos a los lados de mi cabeza, los músculos de su pecho y estómago en tensión y el placer devorándole las facciones del rostro, parecía un dios oscuro, poderoso, hermoso y terrible. Devastador.

Se retiró y empujó de nuevo. Y luego volvió a hacerlo. Otra vez, y otra y otra. Más y más profundo. Cada embestida de sus caderas se convirtió en una descarga de placer; cada golpe, en una declaración de intenciones de su mirada. La oscuridad que manaba de él se enredó con mi luz y el sonido de nuestros gemidos se convirtió en una nueva melodía. La canción de su magia cambió

también. Se suavizó y recuperó, al menos en un pequeña parte, la armonía que había perdido.

Rodeé su cintura con mis piernas y su cuello con los brazos; nuestras bocas se rozaron.

—Danielle —jadeó sin aliento, y sonó destrozado por completo.

No dejó de repetir mi nombre mientras mis caderas salían a su encuentro cada vez. Mientras el placer se arremolinaba en mi vientre, la piel se cubría de sudor y las venas me hervían. Mientras nos llevaba al borde del precipicio y, poco después, me hacía caer por él de nuevo. Y entonces fui yo la que no pudo evitar gritar su nombre.

Cualquiera que fuese el tiempo que duró nuestra unión, fuimos uno. Y en ese momento comprendí que más allá de que encajásemos a la perfección de una forma física, lo hacíamos también de todas las formas que importaban. Que yo lo veía y él me veía a mí. Su oscuridad, mi luz. Él y yo. Nosotros juntos. Y que más allá del destino, el equilibrio o cualquier maldición que nos hubiese llevado a encontrarnos, Alexander Ravenswood estaba hecho para mí de la misma manera en la que yo estaba hecha para él.

Dormí toda la noche, sin sueños ni pesadillas. Ni siquiera me moví. Desperté en la misma posición en la que me había quedado dormida, con la espalda contra su pecho y rodeada por sus brazos; sus labios seguían reposando contra mi nuca. Debería haberme dolido todo, pero estaba mejor que nunca. Descansada y feliz.

Habíamos dejado las cortinas abiertas y las primeras luces del día empezaban a iluminar la habitación. Aunque no tenía ni idea de a qué hora amanecía en esa zona de Canadá, supuse que sería bastante temprano.

—Buenos días —murmuró Alex contra mi piel, haciéndome saber que él también estaba despierto.

Sonreí.

—Buenos días.

Sus brazos me estrecharon y escuché como inhalaba. Luego, sentí un beso en el hombro.

—Anoche… —comenzó a decir, pero no añadió nada más.

—Lo sé.

Allí donde me había besado, percibí sus labios curvándose. No podía verlo, pero sabía que sería una bonita sonrisa. Relajada y

también feliz. Después de todo lo que había sucedido, ese momento de intimidad cotidiana parecía un verdadero logro; algo sencillo pero importante.

Tras un breve silencio, una pausa en la que supuse que él también estaría disfrutando de ese instante, el mundo real terminó alcanzándonos.

—Quiero ir a Dickinson —dijo, y luego agregó—: Y a Ravenswood.

—Sabes que iré contigo, ¿verdad?

Ya habíamos hablado de ello con Laila, pero quería que le quedase claro que nunca me quedaría atrás. Estábamos juntos en todo aquello.

—Me parece bien, pero…

—No hay pero que valga.

—Lo hay —replicó, incorporándose. Se inclinó un poco sobre mí y yo volví la cabeza para mirarlo—. Tienes que prometerme que no harás ninguna tontería, Danielle. Tienes tendencia a ponerte en peligro para proteger a los demás. Nunca más —exigió, mientras mantenía la mano contra mi mejilla.

No estaba segura de lo que iba a pasar a partir de ahora, si encontraríamos a Elijah y lo que requeriría de nosotros acabar con él. Nadie podía saberlo. A pesar de mi reciente coqueteo con la muerte, no tenía ganas de sacrificarme, pero cuando se trataba de Alex, de Raven o Wood, de Cam… Bueno, mi prioridad siempre sería mantenerlos a salvo.

—No correré riesgos innecesarios —dije, porque era todo lo que podía prometer.

—Esa no parece una promesa muy alentadora. —Sus dedos dibujaron la curva de mi labio superior. Se presionó con más fuerza contra mí y la sombra de una sonrisa creció en la comisura de su boca—. Y no sé si entiendes bien lo que significa que esté enamorado de ti. Si caes, haré que el mundo caiga contigo y no me importará en absoluto.

—Sabes que eso no es cierto.

Alexander había protegido su legado durante años, había condicionado su misma existencia para que ninguno de los residentes en Ravenswood tuviera que padecer el efecto de su poder e incluso había evitado abandonar ese hogar por miedo a que los

mortales pudieran verse afectados por él. Pero ¿y si algo había cambiado? Entonces pensé en lo que había dicho Wood, en que yo era la Dith de Alex, y luego me pregunté si había sido así también para nuestros antepasados. ¿Se habrían amado Sarah Good y Benjamin Ravenswood de tal forma que no les importó condenar al mundo para salvar al fruto de su amor? ¿Podría ser por eso por lo que estábamos allí después de todo?

Esa no era la primera vez que pensaba que la historia se repetía, ¿y si resultaba que los juicios habían sido solo una excusa para castigar el amor prohibido entre una Good y un Ravenswood? Sarah había sido una de las primeras condenadas, por lo que algo así tendría sentido. Pero ¿de verdad les había resultado a los Ravenswood tan ofensivo ese amor como para ajusticiar a tantas otras personas en su búsqueda de venganza? Además, Benjamin, que se supiera, no había sido incluido en las acusaciones, y Elijah había accedido a salvar a Mercy, aunque tuviera sus propios motivos egoístas para ello.

Alexander espantó mis sombríos pensamientos besando con suavidad mi sien.

—Me gustaría decir que lograría contener mi oscuridad si algo te sucediese, pero ya he demostrado que no es así. Y, si te soy sincero, lo peor es que no encuentro el modo de arrepentirme. Si tuviera que volver a drenar a esos niños para salvarte, lo haría.

Era una confesión muy dura para hacer y aún más dura de escuchar, pero Alexander estaba siendo totalmente honesto; no podía culparlo, no cuando yo no era mejor en ese aspecto.

Giré entre sus brazos y él me lo permitió. Ninguno de los dos se había molestado en vestirse la noche anterior antes de caer rendido, así que, cuando presioné mi pecho contra el suyo, quedamos piel con piel; nuestras piernas se enredaron al igual que lo hicieron nuestras miradas. Todo en aquella situación era terriblemente íntimo.

—No eres el único. —Alexander frunció el ceño, confuso—. Podría haber lanzado todo mi poder en el auditorio, hacer explotar esa sala, pero no lo hice porque tenía demasiado miedo de hacerte daño.

Tanto lo sucedido en el despacho de Thomas Hubbard como en la sala del consejo de Abbot durante el ataque de Mercy y los

demonios había dejado claro que, mientras no tocara a nadie, mi poder no parecía afectar a la magia de otros brujos. Sin embargo, ninguna de esas dos veces él había estado presente. La Noche de Difuntos me había aterrado que, si lanzaba la ira de Dios contra Elijah desde el otro lado del auditorio, con Alexander por medio, habría una pequeña posibilidad de que lo hiriera. Al igual que mi luz era ahora una parte fundamental de mí, la oscuridad lo era de él; y si no habíamos errado también en ese aspecto, yo era lo único que podía hacerle daño al protegido por la marca de los malditos.

—Supongo que eso nos convierte a ambos en personas malas y egoístas.

Alex me envolvió con sus brazos y eliminó cualquier pequeña distancia que hubiese entre nosotros.

—No hay nada malo o egoísta en ti, Danielle —afirmó, con una ferocidad que no admitía réplica—. Casi mueres para demostrarlo.

Me reí aunque no era gracioso. Nada nada gracioso. Aún estaba asumiendo la parte en la que yo me sacrificaba, la verdad. Todo lo ocurrido esa noche parecía un mal sueño. Sin embargo, las sombras que se acumulaban en los ojos de Alexander bastaban para recordarme que había sido muy real.

—Pero no lo hice.

—No, no lo hiciste. Y no lo harás, no mientras yo esté aquí para evitarlo.

Quise decirle que en algún momento ocurriría, aunque esperaba que fuese cuando hubiera vivido una larga y provechosa vida. Pero comprendía lo que Alex trataba de decir. Enredé los dedos en los mechones de su nuca y, en respuesta, la mano de Alexander cayó por mi espalda, arrastrándose por mi piel en una caricia perezosa pero firme.

—Entonces, Alexander Ravenswood, asegúrate de quedarte siempre a mi lado.

—Lo haré, puedes apostar por ello.

# 14

## Alexander

Durante el último mes, Elijah no había aparecido para mostrarnos sus cartas. Tampoco había habido ataques demoníacos u otra señal de lo que fuera que habitaba en Ravenswood —si es que se había despertado algo allí—, salvo por la misteriosa desaparición de los brujos de Dickinson. Al menos que supiese, mi antepasado aún no había movido ficha. Aunque tampoco era como si yo hubiese preguntado al respecto. Todo cuanto me había preocupado había sido Danielle, así que daba igual lo que ella creyese: yo sí era egoísta cuando se trataba de protegerla y no había nada que pudiera hacer para evitarlo; no quería evitarlo siquiera.

Durante toda mi vida había sabido muy poco lo que eran el cariño o el amor. Las únicas personas que habían estado a mi lado habían sido mis familiares y, aunque ni Wood ni Raven me considerasen una obligación, la cuestión era que lo había sido. Ellos nunca habían tenido una elección real sobre su propio destino y tampoco la tenían ahora. Me querían, eso también lo sabía; incluso si Raven había pasado a convertirse en familiar de Danielle, seguiría unido a mí para siempre. Y yo quería a los gemelos del mismo modo.

Pero con ella… Con Danielle todo era diferente en formas que no alcanzaba a comprender por completo. Tampoco me preocupaba no hacerlo. Quizás por eso, en secreto, había deseado que las cosas se mantuvieran en la misma calma extraña en la que lo habían hecho durante ese mes. Lo deseaba con todas mis fuerzas, una vez más de forma egoísta, a pesar de que en el fondo supiese que aquello no iba a durar.

Por supuesto, no lo hizo.

La nueva jugada del destino no implicó directamente a Elijah, sino a otro Ravenswood, alguien que no esperaba y que contribuyó a agitar aún más el delicado equilibrio al que estaban sometidas mis emociones en esos días.

—Tu madre está aquí.

Esas cuatro palabras, pronunciadas por un Wood mucho más serio de lo habitual, se repitieron en mi mente durante un momento antes de que pudiera procesarlas y entender su significado real. Apenas recordaba a mi madre; la última vez que la había visto yo tenía cinco años, mi magia se había manifestado de golpe y la había empleado contra ella. Ahora sabía que no había sido sino una parte pequeña de todo mi poder; lo cual resultó ser una suerte porque, de no ser así, estoy convencido de que la hubiera matado. Eso no había evitado que el incidente dejara huellas visibles en su aspecto, algo que sí recordaba con claridad. Mi padre la había apartado de mí para siempre y me había condenado a vivir aislado en Ravenswood. Tobbias Ravenswood ya había pensado que yo era un monstruo, pero aquella había sido la confirmación definitiva para que todos a mi alrededor lo creyeran también.

Tanto Danielle como yo nos quedamos inmóviles en el pasillo. La había convencido para ir a desayunar antes de visitar a Cam y comprobar cómo estaba. Era a la habitación de este a donde nos dirigíamos cuando Wood nos había alcanzado.

La oscuridad en mi interior se retorció como un ente ajeno a mi voluntad; se sentía como algo hambriento, desesperado por salir, por reclamar más poder. Por conquistar. La cercanía de Danielle debería haber constituido un problema; la melodía de su magia resonaba más alta que nunca ahora y seguía siendo la luz más potente de cuantas me rodeaban, pero desde lo sucedido en el auditorio —o antes de eso incluso— parecía como si esa voracidad la pasase por alto. Me llamaba, sí, y sin embargo lo hacía de una manera muy diferente. Nunca estaría lo suficientemente agradecido de que así fuera.

—Tienes que estar bromeando. —Fue todo lo que pude decir.

¿Qué demonios podría hacer allí mi madre? Por lo que sabía, Melinda Ravenswood ni siquiera hacía vida social más allá de las pocas visitas que recibía en el que había sido mi hogar de la infancia; si era por decisión propia o una imposición de mi padre,

no estaba seguro, pero no me hubiera extrañado que someterla a un aislamiento similar al que yo había sufrido fuese la forma de este de —una vez más— barrer la mierda de los Ravenswood bajo la alfombra. Mi linaje tenía una larga tradición escondiendo del resto todo lo que pudiera perjudicarle de un modo u otro.

Wood negó con una severidad que dejó claro que aquello no era una de sus bromas.

—Está fuera, más allá del muro. La barrera no le ha permitido entrar, pero hay una pequeña cabaña en la que se suele mantener a los recién llegados mientras se valora si son bienvenidos o no —nos informó, alternando la mirada entre Danielle y yo.

Ella apretó los dedos que mantenía en torno a mi mano, y su toque fue lo único que consiguió que mantuviese la compostura.

—¿Está sola?

«¿Está mi padre con ella?», fue la pregunta que no hice, porque de ser así…

Pero Wood entendió lo que quería saber en realidad. Mi familiar tenía su propia deuda pendiente con Tobbias Ravenswood, y pobre de ese hombre si alguna vez su camino volvía a cruzarse con el lobo blanco. No le auguraba nada bueno y tampoco lo merecía.

—Viene sola —confirmó él de todas formas.

Danielle giró hacia mí.

—Alexander…

—No, no quiero verla.

Puede que mi padre me hubiera apartado de Melinda, pero ella se lo había permitido. Había entregado el cuidado de un crío a dos familiares y se había olvidado de que tenía un hijo. Jamás había peleado por mí. Aun así, no solo era el rencor lo que me impulsaba a evitar ese encuentro. En el fondo, no estaba preparado para contemplar con ojos de adulto lo que le había hecho, para revivirlo. Y mucho menos para descubrir odio, miedo o desprecio en los suyos.

Danielle se situó frente a mí y aferró mi rostro con ambas manos para obligarme a mirarla. Wood se retiró un poco; sabía que él no intercedería a favor o en contra. Incluso cuando odiaba a Melinda casi tanto como a Tobbias, respetaría la decisión que yo tomara al respecto.

La presión de las manos de Danielle contra mis mejillas, de

algún modo, calmó la agonía en la que se había convertido la batalla constante contra mi oscuridad de las últimas semanas. Sus ojos desprendían calidez.

—No tienes que verla o hablar con ella si no quieres, no le debes nada, pero me quedaré contigo si decides hacerlo. No estarás solo.

El alivio que me recorrió fue inesperado. Me incliné y apoyé la frente contra la suya. Resultaba irónico que, siendo uno de los brujos más poderosos de los que ahora mismo se encontraban en aquella academia, temiera hacerle frente a solas a mi propia madre. Pero una vez más Danielle parecía saber qué decir y qué hacer. Y quizás esa manera de ver a través de todo mi poder oscuro fuese precisamente el motivo por el que no había podido evitar enamorarme de ella.

—Aunque quisieses verla, ni siquiera tienes que ir a hablar con ella ahora mismo.

—¿Cuándo te volviste la parte lógica y equilibrada de esta relación?

Danielle esbozó una sonrisa preciosa, amplia y luminosa. Contemplarla sonriéndome de esa forma de nuevo, teniendo en cuenta que yo casi la había matado, fue como recibir un abrazo y una patada en el estómago al mismo tiempo. No creo que ella fuese consciente de la fortaleza y la valentía que había demostrado y que seguía demostrando pese a la mierda que el destino no dejaba de echarle encima.

—Así que tenemos una relación… —rio, y, joder, el sonido me hizo desear empujarla de vuelta al dormitorio y olvidar que había un mundo más allá de esas cuatro paredes.

Enarqué las cejas, pero no fui capaz de contener mi propia sonrisa.

—La tenemos.

A regañadientes, desvié la vista hacia Wood. Se había apartado de nosotros, pero nos estaba observando con una expresión satisfecha que no parecía tener mucho que ver con la repentina aparición de mi madre. Su mirada nunca antes me había parecido tan antigua, tan cansada y, a la vez, tan complacida. Había paz en sus ojos azules, una serenidad extraña que no supe cómo interpretar. Últimamente me era difícil saber lo que le pasaba al lobo blanco por la cabeza.

—Laila me ha dicho que puede dejarla pasar si lo deseas, siempre que confíes en ella. O bien decirle que se marche por donde ha venido —dijo él, y tampoco entonces dio muestras de inclinarse por una u otra opción.

Por lo que tenía entendido, no había un líder claro en el aquelarre de Robert; funcionaban como un grupo unido e igualitario en el que las decisiones se tomaban entre todos. Una especie de consejo que no lo era del todo. Supuse que Laila contaba con la aprobación de los demás, aunque Robert y Gabriel habían viajado de regreso a Nueva York para asegurarse de que el refugio que mantenían allí continuara activo en el caso de que algún brujo necesitara ayuda.

—Podría tratarse de un truco de mi padre.

No conocíamos el paradero de Tobbias ni de ningún otro miembro del consejo, pero Wood ya me había informado de que, según algunos de los alumnos evacuados de la academia oscura, los cinco consejeros habían abandonado Ravenswood antes de que Elijah y Mercy pusieran en marcha sus planes; una casualidad que quizás no fuera tal. De igual modo, ya debían de conocer la existencia de ese lugar, puesto que Robert y los demás habían desvelado su existencia a raíz de la caída de las dos academias, y habían hecho correr la voz de que cualquier brujo podría encontrar refugio allí si lo necesitaba. La única norma que exigían cumplir era que debían comprometerse a no enfrentarse con brujos que provinieran originalmente del otro bando.

Wood se encogió de hombros.

—No se me ocurre qué pretendería conseguir enviando a Melinda. Venga en su nombre o no, no tiene ningún poder aquí y aún menos sobre ti.

—¿Puede Laila mantenerla fuera mientras lo pienso?

—Iré a decírselo.

—Wood —lo llamó Danielle, adelantándose un poco, aunque no me soltó la mano—. ¿Dith está… por aquí?

La mirada de mi familiar se ensombreció. No habíamos hablado demasiado sobre Meredith; en realidad, me había estado comportando como un imbécil con todo el mundo durante las últimas semanas, me di cuenta entonces. El hecho de que Danielle no hubiese despertado de inmediato una vez sanadas sus heridas

físicas me había desgarrado de tal manera que había ignorado el sufrimiento de mi propia familia y el resto de las consecuencias de lo sucedido.

—Sí —titubeó, y luego añadió—: Casi siempre.

—¿Qué quieres decir?

Wood suspiró y sus hombros se hundieron.

—A veces desaparece. No sé a dónde va, y no creo que ella lo sepa siquiera.

Eso era preocupante. El comportamiento errático de un fantasma y las pérdidas de memoria podían ser indicativo de que se estaba transformando en otra cosa, y solo había algo en lo que podía convertirse: un espectro. Por la mirada alarmada que le dedicó Danielle a Wood, supe que ella estaba pensando lo mismo.

—Hay que obligarla a cruzar —dijo.

Wood se pasó la mano por la cara. La angustia se reflejaba con claridad en su expresión.

—Buena suerte con eso.

Dicho lo cual, giró sobre mí mismo y se largó sin una palabra más. Danielle se quedó observando su espalda mientras se alejaba por el pasillo.

—He metido la pata, ¿no? —se lamentó—. Dios, a veces olvido lo que Meredith significa para él. Yo no quería…

Con su mano aún en la mía, repliqué el apretón de consuelo que ella misma me había dado un momento antes.

—Wood conoce las consecuencias de que no cruce y no es algo que quiera para ella. Piensa lo mismo que tú al respecto, Danielle. No es nada personal. Pero no puedo ni imaginar lo que siente cada vez que trata de convencerla de que tiene que marcharse.

—Estoy bastante segura de que ella no se lo pone fácil tampoco —repuso con una sonrisa que aunaba tanta tristeza como amargura.

—Dejemos que se tranquilice y vayamos a ver a Cam. Hablaré con él luego.

La animé a reanudar la marcha con un tironcito de la mano. Por suerte, no había nadie más alojado en los pasillos en los que se encontraban nuestras habitaciones, lo cual quizás no fuera para nada una cuestión de azar y sí una decisión consciente de Robert y su aquelarre para mantenernos apartados de los demás.

No tardamos en llegar a la habitación de Cam. A Raven se le

había asignado la que estaba justo al lado, pero, al parecer, le estaba dando el mismo uso que yo a la mía; es decir, ninguno. Ni siquiera sabía lo que había entre ellos, si es que había algo; otra cosa de la que no me había preocupado esas últimas semanas.

Me sentí como una mierda.

Danielle llamó a la puerta con dos golpes flojos y no tuvimos que esperar más que unos pocos segundos para que Raven nos abriera. Su rostro se iluminó al vernos. Abrazó a Danielle primero y luego hizo lo mismo conmigo mientras ella se colaba en la habitación. Esperé para ver si comentaba algo respecto a mi madre y, cuando no lo hizo, comprendí que Wood no debía haberle dicho nada. Mejor así, Raven no era más fanático de Melinda de lo que lo era su gemelo.

Cerró la puerta detrás de mí y regresó con Cam. Este parecía levemente avergonzado de que lo hubiésemos encontrado aún metido en la cama pese a lo avanzada que estaba la mañana.

—¿Cómo estás? —preguntó Danielle, sentándose en el borde del colchón.

Yo permanecí junto a la puerta, observándolos. No estaba seguro de lo que Mercy le había hecho a Cam, aunque Laila aseguraba que su magia estaba *contaminada*. Era lo único que la bruja había sido capaz de decirnos.

—Por el amor de Dios, estoy bien —dijo él, irritado.

Supuse que Raven le habría hecho esa pregunta muchas veces, lo que me llevó de vuelta a pensar que de verdad el lobo negro estaba interesado en él. Muy interesado. Al contrario que Wood, Raven casi siempre solía ser amable con los desconocidos, pero no mostraba una preocupación abierta por nadie que no fuese su hermano o yo, o Danielle, después de que ella hubiera irrumpido en nuestras vidas.

De cualquier forma, su preocupación parecía justificada. Cam no aparentaba estar bien. A pesar de lo mucho que Raven había dicho que dormía, tenía unas profundas ojeras y había una tensión extraña en su postura, incluso ahora que se encontraba recostado contra la cabecera de la cama.

Danielle continuó haciéndole preguntas, pero Raven se acercó a mí.

—No está bien.

—Ya lo veo —murmuré también—. ¿Qué crees que le hizo?

—Lo sabría si me dejase que lo desnudara.

Mi cabeza giró de golpe hacia él. No estaba seguro de haberlo entendido bien. Sus mejillas se tiñeron de un leve rubor.

—Creo que tiene alguna marca. No, no esa clase de marca —se apresuró a añadir al ver mi expresión alarmada—, pero creo que Mercy *inyectó* en él una parte de sí misma. Por eso Laila dice que su magia está contaminada.

—¿Puede hacerse? —pregunté. Yo mismo le había cedido a Danielle una parte de mi magia en dos ocasiones y eso no había supuesto ningún efecto secundario para ella.

Sin embargo, todo lo referente a nosotros no parecía seguir las normas que se aplicaban a los demás. Y no podía olvidar que ella era la Ira de Dios; bien podía haber purificado sin darse cuenta la energía que le estaba trasvasando mientras lo hacía. Cam, en cambio, no contaba con ese tipo de poder.

—No estoy seguro, pero es lo único que se me ocurre.

La imagen de Cam arrodillado, cubriendo a Raven con su propio cuerpo, volvió a mi mente. Había lucido una red de oscuridad bajo la piel que irradiaba del punto en el que Mercy había estado tocándolo. Recordaba que parte de esos trazos de oscuridad le habían llegado hasta el cuello.

Me impulsé hacia delante y avancé hasta la cama.

—Quítate la camiseta. —Tanto Danielle como Cam me miraron de hito en hito. Raven no dijo nada. ¿Se lo habría pedido ya a Cam y él se había negado?—. La camiseta. Quítatela y muéstranos tu espalda.

Danielle se puso en pie.

—¿Qué demonios haces, Alex?

—Solo quiero comprobar una cosa.

Danielle frunció el ceño.

—¿Qué cosa?

—Está bien, no importa —intervino Cam, y juraría que lucía más cansado aún que un momento antes.

Tiró hacia arriba del dobladillo de la prenda y se la pasó por la cabeza. Mis ojos fueron directamente a su hombro izquierdo; no había nada allí. Y sin embargo… Avancé otro paso y estiré la mano. Me detuve antes de llegar a tocarlo.

—¿Puedo?

Cam asintió a pesar de que la pregunta lo había desconcertado; no lo culpaba.

Empujé mi magia lo más profundo que pude, lejos de mi propia piel, ya que no quería que entrara en contacto con la suya. Aun así, en cuanto las yemas de mis dedos rozaron su hombro, una red de delgados filamentos negros se esparció por toda la zona y hasta su cuello. Danielle jadeó y juro que escuché a Raven gruñir a mi espalda.

Retiré la mano de inmediato.

—Eso… eso es… —comenzó a balbucear Danielle, pero fui yo quien terminó la frase por ella.

—Oscuridad.

# 15

—Inténtalo. ¿Qué tenemos que perder? —dijo Cam.

—No —se negó Raven, al mismo tiempo.

Llevábamos algo más de una hora conjeturando sobre lo que Mercy le había hecho a Cam y cómo deshacerlo. En un momento de la conversación, el propio Cam me había recordado algo que habíamos leído en un libro sobre la Ira de Dios y su poder purificador, y también el hecho de que yo había anulado cualquier capacidad para realizar magia oscura de Efrain. Alexander había hecho amago de preguntar sobre esa historia en particular —estaba segura de que me interrogaría más tarde al respecto—, pero no tuvo opción, dado que yo finalmente había captado lo que Cam estaba sugiriendo que le hiciera. La conversación había subido de tono a partir de ese momento.

Y así estábamos.

—No me pidas que haga algo así —dije, desde la pared de enfrente.

Me había alejado de la cama impulsada por el temor irracional de que mi poder fuese a actuar por sí solo y tratara de *purificar* a Cam. Los miraba a todos como si de repente nos hubiésemos convertido en enemigos. Menos a Raven, claro estaba; tampoco él parecía muy convencido de aquello.

—Danielle, entiendo que no quieras hacerlo conmigo —intervino Alex, conciliador—, pero la oscuridad de Cam no es igual que la que hay dentro de mí. No creo que puedas hacerle daño si tratas de sacársela.

En eso llevaba razón. El poder oscuro de Alexander estaba íntimamente ligado a lo que era; Elijah se había asegurado de ello. Tratar de suprimirlo o extraerlo de su cuerpo sería como intentar arrebatarle una parte de su propio ser.

Yo ya había demostrado ser capaz de anular ese tipo de magia

en un brujo como Efrain y quizás podría deshacer el mal causado por Mercy. Aun así, todo aquello no eran más que elucubraciones.

—Es una locura.

Alexander no estuvo de acuerdo.

—No, no lo es, y tú lo sabes, Danielle.

—¿Y si me llevo algo más? —«¿Y si lo mato?»—. Eso sin contar con que Cam no podría hacer jamás magia oscura. —El aludido me lanzó una mirada que dejaba claro lo poco que le importaba eso—. No quiero hacerte daño.

La discusión se alargó hasta que Cam le puso fin alegando que quería salir de la cama y darse una ducha. Fue su manera de enviarnos fuera de la habitación a todos, Raven incluido.

Agradecí la tregua. La posibilidad de que alguno de ellos sufriera me producía auténtico terror, ya no digamos si era yo la que provocaba ese sufrimiento. Necesitaba pensar en ello antes de tomar una decisión definitiva. Ni siquiera estaba del todo segura de cómo actuaba mi poder, lo único que tenía claro era que licuaba a los demonios de bajo nivel en el acto y, con un poco más de empeño, también acababa con los demás.

—¿De verdad crees que funcionaría? —preguntó Rav a Alex una vez que estuvimos en el pasillo.

Se me partió el corazón al escuchar el tono esperanzado con el que habló, y fue peor aún cuando, a continuación, apoyó la espalda en la pared y se dejó caer hasta quedar sentado en el suelo; su rostro reflejaba una cruda preocupación. Raven podía comportarse con fiereza e incluso cierto salvajismo, pero cuando se trataba de las personas que le importaban…

Alex se acuclilló frente a él, lo agarró del cuello y ambos intercambiaron una de esas miradas que tanto me había desesperado no comprender al conocerlos. Ahora, en cambio, me calentó el pecho contemplarlos comunicándose de esa forma, hablándose sin emplear ninguna palabra. Los ojos de Raven desbordaban anhelo; los de Alexander, comprensión y cariño.

—No puedo estar seguro de si funcionaría, Rav, pero te prometo que encontraremos la forma de ayudarlo.

—Él… Creo que él… *Eso* lo está devorando por dentro.

Mi corazón se encogió un poco más. No dudaba de que Raven estuviese en lo cierto. Pero ¿podía yo sanar a Cam? Aunque con ello

extirpase también la posibilidad de que pudiese realizar cualquier tipo de magia oscura en un futuro, ¿no era ese un pequeño precio a pagar si lo salvaba? De todas formas, él jamás había practicado dicha magia; podría pasar toda su vida sin hacerlo. Pero tal vez no tuviera una oportunidad de vivirla si permitíamos que lo que fuera que le estaba pasando prosiguiera avanzando.

—¿Podemos hablar de ello con Laila? —sugerí entonces—. Ella parece creer que yo tengo alguna clase de poder curativo.

Raven me leyó los labios y parte de su amargura se desvaneció.

—¿Lo cree?

Asentí.

—Piensa que podría ser la contrapartida al poder de Alex para curarse a sí mismo. Ya sabes… por todo eso de los opuestos.

—Opuestos no, complementarios —me corrigió Alex con una sonrisa cómplice.

Sí, *complementarios* sonaba mucho mejor, desde luego. No implicaba que tuviésemos que estar enfrentados ni nada por el estilo.

—Hablaremos con ella —afirmé entonces.

No había nada que deseara más que poder ayudar a Cam; ojalá la heredera de Abbot pudiese darme algún indicio de que era posible hacerlo sin infligirle un daño irreparable. Más allá del tema de la magia oscura, claro.

—Gracias, Dani.

Negué con la cabeza.

—No me las des. Haría cualquier cosa por vosotros. —Me arrodillé junto a ellos y aparté un mechón negro de su frente—. Sois mi familia ahora.

Los sentía como familia; más allá de que hubiésemos conformado nuestro propio aquelarre. Incluso Sebastian, el Ibis que una vez había protegido a los miembros del consejo blanco y que me había perseguido en Nueva York, había pasado a convertirse en un amigo.

Al pensar en el brujo, me dije que bien podría preguntarle por Efrain; nadie mejor que él podría hablarme de las secuelas a las que se había enfrentado su compañero después de verse afectado por mi poder.

—¿Rav? —Alexander reclamó la atención del lobo negro—.

¿Cam y tú…?

Él no lo dejó terminar.

—Sí.

Alex rio.

—Ni siquiera sabes lo que iba a preguntar.

—Sí que lo sé —repuso Raven, con ojos ahora mucho más brillantes y entusiastas.

Se me escapó una sonrisa que no hizo más que ampliarse cuando descubrí un débil rubor extenderse por su cuello. Ay, Dios, Rav y Cam sí que estaban liados.

—*NosbesamosenAbbot* —farfulló él, y tardé unos pocos segundos en comprender lo que acababa de decir.

Las cejas de Alexander treparon por su frente de un modo cómico cuando también él lo entendió.

—Repite eso.

—Nos besamos. —Hizo una pausa para comprobar la expresión del que hasta hacía poco había sido su protegido, aunque, por la actitud sobreprotectora de Alex, cualquiera diría que sus papeles habían sido intercambiados. Raven debió pensar lo mismo, porque añadió—: Tú… no vas a prohibirme que esté con él, ¿verdad?

Si Alex había pensado en oponerse de alguna forma, algo que dudaba, la cautela y el miedo aparente con los que Raven lo interrogó al respecto desbarató dichas dudas de un solo golpe.

—Joder, no, Rav, claro que no. Nunca intentaría prohibirte nada, mucho menos algo así.

Acompañó sus palabras con una caricia de la mano contra el cuello de Raven, pero al final tiró de él y lo abrazó. Después de un rato, se separaron. Alex capturó la barbilla de Raven para que mantuviera la vista en su rostro y asegurarse de que entendía lo que le decía a continuación.

—Pero… si te hace daño, le arranco la cabeza. O tu hermano lo hará. Quien sea de los dos que llegue antes.

Rav puso los ojos en blanco y yo reprimí la risa, pese a que la fiereza de Alexander no hacía pensar que estuviese bromeando.

Bajamos los tres juntos a la primera planta de la academia; allí nos separamos. Alexander se fue con Raven en busca de su desayuno y el de Cam, mientras que yo me propuse encontrar a Laila o, en su defecto, a Sebastian. En cambio, la primera con la que

tropecé fue Annabeth. La llamativa melena turquesa de la bruja atrajo mi atención desde el interior de un aula cuando caminaba por el pasillo. La puerta estaba abierta a pesar de que parecía que había una clase en marcha; o un entrenamiento más bien. Un grupo de unos diez brujos jóvenes, vestidos con camisetas, pantalones cargo y botas militares, escuchaba con atención sus explicaciones sobre el uso del elemento aire y cómo focalizar su poder en un objetivo reducido.

Permanecí observándolos desde la puerta. En el fondo de la estancia, un poco por detrás de los alumnos, había tres maniquíes en distinto estado de deterioro que supuse que empleaban para practicar. Cuando Annabeth terminó de darles indicaciones, los envió hacia allí. No había creído que se hubiera percatado de mi presencia, pero, por lo rápido que se volvió hacia la puerta y se acercó a mí, me di cuenta de que estaba equivocada.

—Les estás enseñando a pelear —dije, y no era una pregunta.

Vestida con ropa negra de combate, casi pude ver en ella la Ibis en la que se habría convertido de no haber huido de Abbot. Cuando Sebastian me había contado su historia, no me había parado a pensar en cuánto de la instrucción habría recibido la bruja antes de escapar de la academia. ¿Era capaz como Sebastian de suprimir el dolor? ¿La habían adiestrado para acabar con brujos oscuros? Lo que estaba claro era que, de ser así, no había puesto en práctica ninguna de esas enseñanzas. Se había unido al aquelarre de Robert y fundado una academia en la que había sitio tanto para brujos blancos como oscuros, algo que continuaba maravillándome.

—Les enseño a defenderse. Con Elijah Ravenswood de regreso en el mundo de los vivos, van a necesitarlo.

No la contradije; seguramente, Alexander y yo habíamos sido unos ilusos al creer que nos bastaríamos para acabar con el nigromante. Y ahora que tal vez contara con un suministro incontable de demonios a su disposición… Bueno, era el momento ideal para que ambas comunidades desterraran sus diferencias y se unieran contra él. Así que sí, estos chicos necesitaban cualquier conocimiento a su alcance que les brindara una oportunidad de mantenerse con vida si se veían obligados a enfrentarse a Elijah.

Un maniquí salió volando por los aires y se estampó contra la pared antes de caer medio desarmado al suelo. Annabeth echó un

vistazo sobre su hombro y silbó su aprobación.

—¿Sabes dónde está Laila? ¿O Sebastian?

—Ni idea de dónde está Sebastian, aunque apostaría que anda volviendo loco a su hermano.

—¿Su hermano está aquí?

El Ibis no lo había mencionado en nuestro breve encuentro del día anterior.

Annabeth asintió.

—Trajimos a Jameson de uno de nuestros refugios para que pudiesen reunirse. Hace años que no se ven.

El chico había estado destinado a convertirse en Ibis como su hermano mayor y, si no recordaba mal, Sebastian lo había evitado sacándolo de la academia y escondiéndolo, ayudado por Annabeth y los demás. Me alegraba que hubieran podido reencontrarse ahora, no todo era malo en aquella situación.

—Respecto a Laila, pensaba reunirme con ella al acabar la clase. Creo que hay noticias del grupo que enviamos a Dickinson.

Me erguí, separándome de la puerta.

—¿Ya han regresado? ¿Tan pronto? ¿Han encontrado a los brujos desaparecidos?

La mirada que me dedicó Annabeth no resultó alentadora; lo que fuera que había descubierto la patrulla, no podía ser bueno.

# 16

La reunión tuvo lugar en un despacho ubicado también en la primera planta que enseguida se volvió demasiado pequeño para todo el grupo: Laila, Annabeth, Aaron, Sebastian, Alexander, Wood y yo. Faltaban Raven y Cam, que estaban tratando de contactar con los padres de Amy Hubbard y habían quedado en unirse más tarde. Laila no esperó por ellos para tomar la palabra y dar a conocer las terribles noticias que los enviados a Dickinson habían traído consigo.

—Los brujos han sido ahorcados.

—¡¿Qué cojones?! —exclamó Wood—. ¿Estamos en Salem de nuevo o qué?

Laila ignoró el exabrupto, aunque resumía muy bien las reacciones de los presentes.

—Los encontraron expuestos en la entrada de los terrenos de Ravenswood.

Aquello era cosa de Elijah, estaba segura. Una forma de vengarse por lo sucedido tantos años atrás en Salem. Solo que en el pueblo había tanto brujos oscuros como blancos. Ya no importaba ser de uno u otro bando; lo único que le importaba a Elijah era si estabas con él o contra él.

Busqué a Alexander con la mirada y lo encontré apoyado en la pared, cruzado de brazos y con el rostro inexpresivo. El clamor de su magia resonaba alto y claro en mis oídos. Su aspecto no había sufrido ningún cambio aparente, pero juro que sentí el poder terrible de su oscuridad rodeándolo. Estaba furioso.

—¿La patrulla llegó a entrar en Ravenswood? —preguntó, pero Laila negó.

—Vuelve a haber una barrera y les fue imposible sortearla. A simple vista no vieron nada raro en el edificio principal ni en los terrenos de alrededor, tampoco había luces encendidas en el

edificio o alguna otra señal de que hubiese alguien allí. Claro que Elijah podría estar ocultándolo todo detrás de un hechizo.

—Él prefiere el bosque. Y hay un montón de otros lugares en los que podría estar. El campus es enorme.

Laila asintió, como si fuese consciente de la existencia de las otras construcciones; claro que el resto de su aquelarre había acudido allí la Noche de Difuntos, así que habrían visto con sus propios ojos todo lo que hasta aquel momento había ocultado la comunidad oscura.

—Está claro que es alguna clase de advertencia para mantener a la comunidad mágica alejada. Lo que no consigo entender es por qué se ha atrincherado allí y no ha hecho ningún otro movimiento. Ya ha pasado un mes…

Fue nuestro turno para explicarles las sospechas que albergábamos. Tuvimos que hablarles sobre la marca de los malditos, la capacidad de Alexander para abrir las puertas del infierno y la posibilidad de que Elijah careciera de esa habilidad, lo cual explicaría por qué no había actuado aún y, peor todavía, que no se daría por vencido en su intento de reclutar a Alex.

—Y entonces ¿qué? ¿Espera que Alexander se reúna con él por propia iniciativa? —preguntó Aaron, desde la butaca que ocupaba.

Annabeth se había acomodado en el reposabrazos, junto a él, y Sebastian llevaba un rato lanzándole miraditas de soslayo que ella se esforzaba mucho por ignorar; en algún momento tendría que enterarme de esa historia en concreto, porque estaba claro que había una historia ahí.

—Aunque fuese así —intervino el Ibis—, sí que puede invocar demonios, o al menos dirigirlos. Lo hizo en el auditorio. Tiene la marca también, ¿no?

—La tiene, y está claro que puede invocar demonios, pero creo que solo en un número reducido.

Laila suspiró.

—Pocos o muchos, nada le impide lanzarlos al mundo y provocar toda clase de desastres.

Alexander dio un paso adelante.

—Iré a Ravenswood y lo buscaré yo mismo. Ninguna barrera puede evitar que entre allí. Ese sitio es y siempre será mi legado.

—¿Y luego qué, Alex? —repuse. No quería tener esta

conversación delante de todos, pero él tenía que comprender que no podía enfrentarse solo a Elijah—. Necesitamos alguna clase de plan y ayuda, mucha ayuda.

Alex esbozó una mueca, pero no me contradijo. Y yo tampoco señalé que, antes de regresar a Ravenswood, él iba a tener que invocar todo su poder y transformarse para asegurarse de que podía controlarlo.

—Seguiremos entrenando a todos en esta academia… —comenzó a decir Laila, pero Alexander no le permitió continuar.

—No, no llevaré niños a Ravenswood.

Si hasta ese momento había habido cierta tensión flotando en el ambiente, la rotunda declaración de Alex la llevó a un nuevo nivel. El aire ganó peso y se tornó opresivo. Wood avanzó para situarse al lado de su protegido, supuse que con intención de respaldarlo, aunque no fue eso exactamente lo que hizo.

—Lo que sea que vayamos a hacer, tendremos que hacerlo pronto si no queremos encontrarnos a una horda de demonios a las puertas de este sitio, porque podéis estar seguros de que, si Alex no va a Ravenswood, más tarde o más temprano Elijah vendrá a por él.

La reunión llegó a su fin poco después de esa declaración y los presentes fueron abandonando el despacho con el ánimo bastante más sombrío que a su llegada. De nuevo teníamos a un grupo de brujos ahorcados; así había empezado todo. Nuestro único consuelo era que Elijah, al final de nuestro encuentro, había mostrado cierto temor hacia Alexander, y eso tenía que significar que había una forma en la que podíamos vencerlo. Solo teníamos que encontrarla.

Sebastian se marchó antes de que pudiera interrogarlo sobre Efrain, pero decidí quedarme atrás para hablar primero con Laila. Alexander permaneció a mi lado mientras le explicaba a la bruja Abbot lo que habíamos descubierto.

—Es muy posible que Alexander tenga razón y puedas limpiar la oscuridad que Mercy dejó en Cam; purificar parece un poder lógico para la Ira de Dios, ya lo has demostrado con los demonios.

—Los hago explotar —apunté, por si no le habían explicado esa parte.

—Pero Cam no es un demonio y estoy segura de que puedes ser un poco más delicada en el uso de ese poder. Déjame que consulte algunos libros antiguos de mis padres. Sé que he visto referencias a

la Ira de Dios en alguna parte.

—¿No puedes preguntarles si saben algo?

Eso sería más rápido que sumergirse en una búsqueda tediosa entre volúmenes polvorientos. Yo me había asomado a la biblioteca esa misma mañana y era realmente enorme, mayor incluso que la de Abbot.

Laila se mordisqueó el labio mientras negaba.

—Murieron hace algunos años en un accidente de coche. No… no se pudo hacer nada por ellos —explicó, e imaginé lo terrible que debía de haber sido para que ni siquiera con magia hubiesen podido salvarles la vida—. Pero consultaré a mi abuelo materno, tal vez él sepa algo.

—Si necesitas ayuda con los libros…

—Tranquila, tengo un sistema bastante eficiente para organizar mis lecturas, seré rápida. —Hizo una pausa y miró a Alexander—. Wood me ha dicho que prefieres que tu madre se mantenga por ahora en el exterior.

Él asintió. La rigidez que había mostrado durante toda la reunión no había desaparecido, y la mención a su madre no mejoró eso en absoluto. En algún momento iba a tener que aprender a relajarse un poco, vivir en ese continuo estado de tensión no ayudaría en nada a mejorar el desastre en el que se había sumido su magia.

—Asumo que no confías en ella ni en sus motivos para estar aquí.

—No, no lo hago.

—Bien, entonces te pediría que, si accedes a un encuentro, lo hagáis fuera de las protecciones de la academia. No quiero darle acceso al edificio si no es de fiar. Teniendo en cuenta las circunstancias…

No concluyó la frase, pero no hizo falta. Melinda era una Ravenswood, aunque fuese por casamiento. Si ni siquiera su propio hijo confiaba en ella, parecía lógico que Laila no quisiera arriesgar lo que habían construido allí. Se habían dado a conocer frente a todo el mundo mágico, incluidos los dos consejos —o lo que quedaba de ellos—, y las consecuencias aún estaban por ver.

—No tienes que disculparte ni darme explicaciones. Coincido contigo en que es mejor que no ponga un pie en la academia.

Laila asintió, visiblemente aliviada de que estuviese de acuerdo con ella y sus precauciones no le resultaran excesivas. También yo creía que era mejor así. La madre de Alexander bien podría ser solo un títere de su marido, y a saber qué estaría planeando ese hombre ahora que el poder de su linaje se tambaleaba. La academia Bradbury era una amenaza a la división entre brujos que había persistido durante tres siglos en nuestro mundo, y daba igual si ese mismo mundo corría el riesgo de irse literalmente al infierno a causa de uno de sus antepasados; los hombres como Tobbias Ravenswood nunca renunciaban a su posición de buen grado.

—Otra cosa —intervine—. Cam está tratando de contactar con algunos miembros de su linaje. Su hija es vidente y pensamos que podría darnos alguna pista de cómo derrotar a Elijah. Annabeth estuvo de acuerdo y supongo que lo habrá comentado contigo, pero quería asegurarme de que te parece bien si acceden a traerla aquí.

—Beth me lo contó, sí, y me parece bien. Pero sed cautos con lo que averigüéis; mis padres siempre decían que predicciones y profecías eran un arma de doble filo y no podías confiar en ellas.

—Bueno, Loretta Hubbard acertó de pleno… —dijo Alexander, pero el volumen de su voz fue descendiendo conforme hablaba.

Se quedó inmóvil y con la vista perdida unos segundos, como si tratase de alcanzar un pensamiento que se le escapaba una y otra vez.

—¿Alex?

—Justo antes de morir, Loretta dijo que no permitiera que obtuviera su sangre. Se refería a Elijah y la sangre de Mercy, la sangre de los tres linajes que le permitió transmutarse. Pero luego dijo algo más: «Deshazte de la marca… Paga el precio y deshazte de ella». Me había olvidado por completo de eso hasta ahora.

—No puedes deshacerte de la marca, a no ser que pretendas arrancarte la piel a tiras —señalé.

—No creo que se refiriera a algo tan literal.

Laila permaneció pensativa un momento antes de retomar la palabra.

—Toda magia alberga una laguna.

La miré, sorprendida.

—Dith dice… decía eso a menudo.

—Porque es cierto. Como también lo es que los grandes hechizos

y conjuros siempre tienen un precio —repuso Laila.

La expresión solemne de Alexander evidenció que él también lo creía tanto como lo hicieron sus siguientes palabras:

—Ahora solo tenemos que descubrir cómo hacerlo y cuál es el precio que tendré que pagar.

# 17

Para cuando abandonamos el despacho, Sebastian había vuelto a escabullirse. Supuse que trataba de recuperar el tiempo perdido y habría acudido de nuevo junto a su hermano pequeño. Después de vagar sin un rumbo determinado por la planta baja, Alexander y yo terminamos en el pasillo del día anterior, aquel que llevaba al invernadero. Había algunos alumnos dispersos a lo largo del corredor cuya atención se volvió de inmediato hacia nosotros; los cuchicheos tampoco se hicieron esperar. Oh, Dios, había cosas que nunca cambiaban.

No les prestamos demasiada atención y nos detuvimos junto a uno de los grandes arcos que se abrían al exterior. Alex había estado particularmente callado desde nuestra charla con Laila.

—¿En qué piensas? —pregunté cuando apoyó el hombro en la piedra y se quedó contemplando el jardín.

Las comisuras de sus labios se arquearon y la seriedad de su rostro dio paso a algo totalmente distinto. Enrolló uno de sus brazos alrededor de mi cintura y me atrajo hacia él. Juraría que los murmullos aumentaron a lo largo del pasillo. Si Alexander se percató, no dio muestras de ello.

—Me preguntaste eso una vez en Abbot. ¿Recuerdas mi respuesta?

La recordaba, no podría olvidarla aunque quisiera.

—Dijiste que si la oscuridad llamase en ese instante a nuestra puerta y el mundo entero se estuviera derrumbando, aún querrías encontrar un segundo para besarme de nuevo.

No había esperado una respuesta así entonces y tampoco esperaba que fuese eso en lo que estuviese pensando ahora.

Me permití caer en el abismo en el que se convertían sus ojos cuando me contemplaba con tanta intensidad. La presión de su brazo aumentó hasta que nuestros pechos estuvieron uno contra el

otro, y sus dedos juguetearon brevemente con un mechón de mi pelo antes de que lo deslizara detrás de mi oreja. El suave roce de sus dedos envió un escalofrío por mi columna.

—Sigo queriendo encontrar un momento para besarte, no importa lo complicadas que se pongan las cosas.

Alexander empujó mi barbilla hacia arriba y luego sus labios estaban contra los míos, suaves y cálidos. Me besó con ternura y delicadeza, y había tantas emociones diferentes en el roce diestro de su lengua y en la manera en que me sostenía contra su cuerpo, en la forma en que retrocedía un segundo antes de volver a por más. Gentil y sin ninguna urgencia, incluso si todo cuanto nos rodeaba parecía estar desmoronándose. Incluso si de verdad la oscuridad estaba llamando a nuestra puerta o lo haría en un futuro muy cercano.

Cuando se retiró finalmente, ambos respirábamos con dificultad. Apoyó la frente contra la mía, con los ojos cerrados y los labios aún entreabiertos.

—No vas a irte solo a Ravenswood, ¿verdad? —se me ocurrió preguntarle, porque temí que la dulzura de su beso fuese impulsada por la necesidad de una despedida—. ¿Ni a arrancarte la piel a tiras?

La segunda pregunta le provocó una carcajada espontánea que vibró a través de mi cuerpo de una manera deliciosa; no me acostumbraría jamás a su risa, profunda, masculina, rica y algo áspera, como si aún estuviera acostumbrándose a hacerlo.

—No, no voy a irme sin ti a Ravenswood. Estoy seguro de que me perseguirías —admitió, y estaba en lo cierto—. Y tampoco planeo despellejarme vivo. No creo que funcione así, pero si Loretta lo propuso, tiene que haber alguna forma.

Su cabeza cayó hacia atrás, contra la piedra, y yo aproveché para dibujar la línea de su mandíbula con la punta de los dedos. Era incapaz de mantener mis manos apartadas de él, y tampoco era como si quisiera hacerlo.

—Tal vez Amy pueda decirnos algo sobre eso. Mientras, debería estar buscando a Sebastian para preguntarle por Efrain. —Alexander abrió los ojos y me miró, reclamando una explicación—. Cuando exploté en el despacho de Hubbard en Abbot, el Ibis me estaba agarrando. Sebastian dijo que no habría sufrido ningún daño

permanente, salvo porque perdió la capacidad de hacer magia oscura. Espera un momento, si curé con ese mismo poder a Raven, ¿no debería él haberla perdido también?

No había pensado en ello hasta ahora.

—Es difícil saberlo. Hace décadas que Raven no práctica ningún tipo de magia oscura, siglos a decir verdad. En el pasado hizo muchas cosas para contentar a sus padres y, después de sus muertes, apenas ha empleado la magia más allá de su poder elemental en bruto.

—¿Crees que podríamos pedirle que lo intentara? ¿O eso removería recuerdos demasiado dolorosos para él?

Quería ayudar a Cam, y quería estar segura de que podía hacerlo antes de intentarlo, pero no a costa del sufrimiento de Raven. Y yo sabía que todo lo que de algún modo tuviera que ver con sus padres era un punto demasiado desgarrador para él.

—Rav haría cualquier cosa que le pidieses, Danielle, como yo lo haría. Deberías empezar a acostumbrarte a eso. Y si puede ayudar también a Cam con ello, lo hará además doblemente feliz.

—Bien, entonces busquemos a Sebastian primero. Luego iremos a hablar con Raven y Cam. Pero antes… —Eché un vistazo hacia el jardín. Había empezado a nevar de nuevo, y yo me había hecho una promesa a mí misma respecto a Alexander que quería cumplir—. Ven conmigo.

Tiré de él y lo arrastré a través del arco. En cuanto nos adentramos en el jardín, la magia que mantenía caldeado el edificio se diluyó hasta desaparecer. La piel de los brazos se me erizó y empecé a temblar casi de inmediato.

—¿A dónde se supone que vamos? ¡Está helando aquí fuera, Danielle!

—Lo está —reí a pesar del castañeteo de mis dientes.

Sí, hacía mucho frío a la intemperie, pero eso formaba parte del encanto de la situación. Luego podríamos darnos un baño caliente, arrebujarnos bajo las mantas o emplear alguna otra manera mucho más divertida de entrar en calor.

Le di indicaciones a Alexander para que se tumbara en el suelo. Obedeció a pesar de su evidente recelo. Había una capa esponjosa de nieve cubriendo la tierra y ambos íbamos en manga corta, así que tendríamos que ir rápido. Yo misma me estiré a su lado, aunque

dejé una distancia prudencial entre nosotros. Mientras me observaba, comencé a abrir y cerrar los brazos y las piernas.

—¡Venga! —lo animé a imitarme.

—Vamos a morir congelados… —refunfuñó, pero empezó a moverlos también, dando forma a su propio ángel en la nieve.

Me eché a reír al ver su expresión desconcertada; parecía totalmente fuera de lugar.

Apenas llevábamos un momento haciendo el idiota cuando Aaron Proctor se asomó sobre nosotros. Tenía una sonrisita estúpida en los labios y también un grueso abrigo que no había llevado durante la reunión. Chico listo.

—¿Qué demonios estáis haciendo?

—Pillar una pulmonía —repuso Alex, pero capté una chispa de diversión en la protesta.

Aun así, puse los ojos en blanco. Mi mano se cerró alrededor de un puñado de nieve y me erguí un poco. Antes de que Aaron pudiese reaccionar, la bola se había estampado contra su pecho. Se la hubiera lanzado directamente a la cara, pero llevaba las gafas puestas y no era cuestión de cabrearlo o hacerle daño.

Durante un instante, no se movió. Tan solo bajó la vista hasta el centro de su pecho, allí donde la bola había impactado, y se quedó mirando los restos de nieve. Pero entonces algo lo golpeó por detrás, su cabeza giró lentamente cuando una carcajada femenina hizo eco a lo largo del jardín. Me senté y alcancé a ver a Annabeth correr a varios metros de nosotros, aún riendo. Alexander se había incorporado sobre los codos también.

Mientras los dos seguían con la mirada a la bruja, volví a hundir las manos heladas en la nieve y le di forma a una bola lo más rápido posible. Luego, me incliné hacia Alex y se la colé por el interior de la camiseta.

—¡Mierda, Danielle! —Me puse de pie de un salto y salí corriendo en dirección a donde Annabeth se había ocultado tras un banco—. ¡Vuelve aquí, cobarde!

De algún modo, el grito de Alexander fue el pistoletazo de salida de una batalla que incluyó a los alumnos que hasta ahora se habían mantenido a la expectativa. De repente el jardín estaba lleno de gente que corría por todas partes, la nieve volaba de un lado a otro y se escuchaban protestas, gritos y risas por igual. Annabeth y yo

nos atrincheramos tras el banco y Aaron y Alex buscaron refugio también tras un arbusto y se turnaron para tratar de acertarnos. Nosotras, mientras, hicimos acopio de proyectiles, esperando que nuestra falta de respuesta los hiciera acercarse. Cuando los chicos cayeron en la trampa, los bombardeamos una vez tras otra.

Chocamos los cinco, riendo.

No fuimos las únicas en planear estrategias. A nuestro alrededor, se habían formado grupitos que sostenían sus propias batallas entre ellos. Un par de los alumnos que había visto en clase con Annabeth incluso emplearon el elemento aire para impulsar sus proyectiles y que llegaran aún más lejos, algo que ella aprobó totalmente.

En medio de la algarabía, una forma negra y enorme pasó a toda velocidad a mi lado, seguida de otra blanca: los gemelos. No recordaba haberlos visto juntos en su forma animal desde que habíamos abandonado Ravenswood por primera vez, y no pude evitar quedarme mirándolos mientras corrían por todo el jardín, persiguiéndose el uno al otro y lanzando aullidos al cielo de vez en cuando.

Todos los presentes pasamos de estar enzarzados en la pelea a contemplarlos con la boca abierta y una profunda reverencia. Dios, resultaban impresionantes. Había olvidado lo grandes que eran y el magnífico contraste entre el pelaje negro como el carbón de Raven y la pureza del blanco del de Wood; el poderío de sus gruesas patas golpeando el terreno y la forma en la que se movían, elegante y, al mismo tiempo, letal. En un momento dado, se acercaron el uno al otro, Wood frotó el costado contra el de su hermano y luego enredaron sus cuellos en un gesto tan cargado de amor mutuo que amenazó con humedecerme los ojos.

Annabeth apareció a mi lado y exhaló un suspiro de admiración.

—Son increíbles.

Asentí sin dejar de mirarlos. Lo eran, por muchos más motivos que su espectacular forma animal. Su maldición no era lo que los hacía especiales, ni siquiera lo más maravilloso de ambos hombres, pero era difícil no sentirse impresionada por ello.

Los lobos echaron a correr de nuevo y la batalla se reanudó de inmediato. Annabeth salió corriendo detrás de uno de sus alumnos al grito de «Te suspenderé por eso» cuando este le lanzó varios bolas encadenadas con un golpe de viento totalmente mágico.

Estaba claro que ya no lo aprobaba tanto, pero de todas formas su risa flotó tras ella junto con la larga trenza turquesa en la que llevaba recogida su melena.

Yo también reí. La mayor parte de mi ropa se hallaba empapada y estaba helada, pero me sentía bien. Un poco más ligera, un poco más yo misma. Quizás porque dar comienzo a una batalla campal entre estudiantes era algo que hubiera hecho tiempo atrás acompañada de Dith. A una parte de mí le dolía el pecho al pensar que, aunque Meredith estuviera allí con nosotros, no podía participar de la diversión; sin embargo, sabía que estaría sonriendo al ver a los gemelos correr juntos y a Alexander haciendo algo tan poco propio del brujo gruñón que se suponía que era.

Por cierto, ¿dónde se había metido?

Inspeccioné la zona, buscando entre las decenas de brujos que corrían, saltaban y se escondían en refugios improvisados. Había algunos árboles al fondo, donde el edificio se abría hacia la extensión de terreno tras la academia, y también por allí distinguí a un buen puñado de personas. Iba a dirigirme en esa dirección cuando me vi alzada en volandas. Di un gritito bastante vergonzoso, pero entonces el aroma a tierra y bosque que tan bien conocía, y tanto amaba, me envolvió.

—Mmm… estás mojada —dijo Alexander, mientras se las arreglaba para sostenerme de modo que acabé viéndome obligada a rodearle la cintura con las piernas—. Vaya, eso sonaba mejor en mi cabeza.

A pesar del frío, mi cuerpo se calentó de pies a cabeza. Solo que un momento después me di cuenta de que el calor que sentía no provenía de mí, o no solo de mí y de mis hormonas alteradas.

—Estás caliente —dije, lo cual no había sonado mejor que su comentario anterior—. Quiero decir… ¿por qué no estás mojado?

Ay, Dios, eso tampoco lo arreglaba, pero es que todo su cuerpo emanaba calor y su ropa estaba seca.

Alexander rio. Le brillaban los ojos y, por primera vez desde que había recuperado la conciencia, parecía totalmente relajado y feliz; la perpetua arruga de su ceño fruncido había desaparecido. Lucía incluso más joven y, desde luego, muchísimo menos serio que de costumbre.

—¿Has olvidado que uno de mis elementos es el fuego? —dijo.

Bueno, Alexander empleando su magia para algo tan banal como mantenerse caliente en una pelea de bolas de nieve sí que era sorprendente. El brujo que había prohibido realizar cualquier tipo de magia en su casa durante años no hubiera aprobado algo así, eso seguro.

Las comisuras de sus labios se mantuvieron arqueadas mientras esperaba una respuesta, pero yo estaba demasiado entretenida disfrutando de aquel Alex risueño, y también del hecho de que estuviera dejando salir algo de su magia. Eso tenía que ser buena señal.

—Mira la que has liado en un momento —prosiguió él cuando yo no dije nada, sosteniéndome con firmeza contra su cuerpo—. ¿Se puede saber a qué ha venido lo de instigar una batalla entre el alumnado?

Me encogí de hombros.

—Un poco de rebeldía nunca viene mal. —Fue toda mi respuesta.

Me sentía un poco tonta al pensar en confesarle que este era mi modo de proporcionarle alguna experiencia normal. Ojalá poder salir al mundo y tener un cita con él; ir al cine, a cenar o simplemente dar un paseo por un parque. Yo tampoco había tenido nada de eso viviendo tanto tiempo en Abbot, pero al menos había podido visitar de vez en cuando Dickinson, y desde luego no había vivido al margen del resto de mis compañeros.

Alex escrutó mi rostro durante un momento. No supe lo que buscaba ni lo que encontró en él, pero fuera lo que fuese consiguió que su sonrisa se ampliara. Me dio un beso fugaz en la punta de la nariz y luego me hizo resbalar por su cuerpo hasta dejar que mis pies alcanzaran el suelo, y fue un resbalón muy muy interesante.

Apenas tuve tiempo de recuperarme y él ya estaba inclinándose sobre mi oído.

—Corre —susurró, antes de propinarme una palmada juguetona en el trasero.

Y yo corrí.

# 18

Llamamos a la puerta de la habitación de Sebastian una hora más tarde, después de habernos calentado. Alexander se había marchado a su habitación para darse una ducha tras asegurar que, si nos metíamos juntos en la mía, no habría manera de que fuésemos rápidos. Quise discutir, pero Cam estaba enfermo y no sabíamos con cuánto tiempo contábamos para encontrar una solución; hablar con Sebastian era una prioridad.

Por suerte, el Ibis estaba allí. Su mirada osciló entre nosotros al encontrarnos plantados en el pasillo.

—¿Ha pasado algo?

—Necesito hacerte unas preguntas —dije, y enseguida se apartó para dejarnos pasar.

La estancia era bastante similar a mi propia habitación, aunque no presté demasiada atención a los detalles, ya que mis ojos volaron casi de inmediato hasta el tipo que había acomodado en una butaca. Parecía de mi edad, aunque probablemente en pie me doblaría el tamaño, claro que yo era bastante bajita. Reconocí en él parte de los rasgos de Sebastian: el castaño profundo de sus ojos y la forma de estos, y el tono oscuro de su pelo, aunque su peinado, con los lados rapados y una cresta en el centro, distaba mucho del estilo militar de su hermano mayor. La mueca burlona en sus labios tampoco era la del Ibis, ni la forma apreciativa en la que me estaba observando.

Aquel tenía que ser Jameson. No sabía muy bien por qué, pero me había imaginado a un crío de nueve o diez años, lo cual no tenía sentido porque hacía mucho tiempo que lo habían reclamado para iniciar el entrenamiento como Ibis y, como era obvio, había crecido desde entonces.

—Tú debes ser James… —Me interrumpí a la mitad de la frase cuando detecté un movimiento sobre su hombro. Se me abrieron los

ojos como platos—. Ay, Dios, es adorable.

El hermano de Sebastian se arrellanó en el asiento, separó más los muslos y esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Me lo dicen a menudo.

Sebastian resopló.

—Por favor, Jamie, no se refiere a ti.

—Más quisieras —escuché murmurar a Alexander desde detrás de mí casi al mismo tiempo.

Reprimí una sonrisa. No, no era a Jameson a quien me refería, y *adorable* desde luego no era un adjetivo que adjudicaría a aquel tipo. Donde Sebastian era todo rectitud y severidad, su hermano parecía… Bien, no estaba segura, ¿perezoso?, ¿autocomplaciente? Lo que fuera.

Lo ignoré y me concentré en la cosita peluda y de ojitos inquietos que asomaba tras su hombro. También me estaba mirando. Salió de detrás de Jameson y correteó por su brazo hasta ir a acomodarse en su regazo. El brujo lo rodeó con una mano en ademán protector, y algo hizo *clic* en mi cabeza.

Me giré hacia Sebastian.

—Espera, ¿tenéis un familiar?

Él señaló a su hermano.

—Parece ser que Jamie lo tiene.

—¿Desde cuándo? Ni siquiera sabía que había algún brujo maldito en tu linaje.

Tampoco era que conociera demasiado de la vida del Ibis, pero teniendo en cuenta lo que había sucedido con Dith, y con los gemelos rondando alrededor todo el tiempo, habría esperado que él comentase algo.

—Ni siquiera nosotros lo sabíamos. Hay una parte de mi linaje que vive en Europa, así que intuimos que ha estado con algún miembro de esa rama hasta ahora. Debe haber muerto recientemente.

—Apareció hace cosa de dos semanas de repente —intervino Jameson.

Alexander, que había permanecido junto a la puerta, se adelantó. La arruga estaba de vuelta en su frente.

—¿Intuís? ¿No os lo ha contado?

—Ha permanecido en esta forma desde que se unió a mí.

Alex ladeó la cabeza, observando al animal. Si no me equivocaba, era alguna clase de visón de las nieves; su pelaje era tan blanco y esponjoso como el de Wood. Daban ganas de estrujarlo.

—¿Y cómo sabéis que es un familiar y no un… bicho? —Esbocé una mueca de disculpa—. Lo siento, colega, es una pregunta legítima —añadí, dirigiéndome directamente al animal.

Juro que la mirada que me devolvió estaba cargada de desdén.

—Es un familiar —aseguró Alexander, que continuaba mirándolo con fijeza—, y es un «ella».

La expresión sorprendida de Jameson me hizo comprender que había estado convencido de que su nuevo familiar era un brujo y no una bruja. No estaba segura de que eso le gustase.

—¿Una chica?

Sebastian puso los ojos en blanco y resopló por enésima vez. Estaba claro que la actitud de su hermano lo irritaba como poco. Yo no fui tan comedida como él.

—Eh, las chicas molamos, imbécil. Puedo patearte el culo cuando quieras.

Ahora fue Jameson quien me contempló con un desdén absoluto. Vaya, no llevaban más de dos semanas juntos y su familiar y él ya se estaban contagiando gestos y expresiones.

Alexander apartó por fin la mirada del animal y se dirigió a Sebastian, ignorando por completo a Jameson.

—No parece estar bajo ningún hechizo, debería ser capaz de recuperar su forma humana a voluntad.

Ah, así que eso era lo que había estado haciendo: comprobar si había alguna clase de magia ajena interfiriendo. A pesar de que yo también tenía la capacidad de detectar y distinguir la magia de otros brujos, a Alexander se le daba muchísimo mejor que a mí.

—¿Y vosotros quién demonios sois si puede saberse?

Por fin alguien que no nos conocía. Claro que si habían mantenido a Jameson escondido del consejo durante años, era normal que no reconociera al heredero de los Ravenswood como pasaba con la mayoría de los brujos.

—Jamie, te presento a Alexander y a Danielle.

El tipo palideció de golpe. Estaba claro que al menos sí había escuchado hablar de nosotros, y solo Dios sabría qué le habían

contado. Por algún motivo, también aferró al visón con más fuerza y lo acunó entre sus brazos. Bueno, al menos no era de esos imbéciles que trataban a sus familiares como a basura.

—¿Alexander Ravenswood y Danielle Good? ¿Esos Alexander y Danielle?

—Los mismos —dijo Alex, con cierta satisfacción emanando de su tono.

Los ojos de Jameson saltaron entre él y yo, y estaba convencida de que se había percatado del modo en que Alex se había colocado a mi lado, muy cerca, con nuestros hombros rozándose.

—Bueno. Bien. —Fue todo lo que atinó a decir.

Me pareció que Alexander sonreía.

—Ahora, si has acabado de despreciar lo que una chica puede hacer para salvarte el culo —dijo, y señaló al animalillo acurrucado contra su pecho—, asegúrate de que coma y esté cuidada. Posiblemente, no confía del todo en ti o en su nuevo estatus como tu protectora, y de ahí que no se haya transformado. La mayoría de los familiares suelen tener pasados duros. Muchos han sido maldecidos por motivos absurdos.

—¿Y si no es así? —inquirió Jameson.

Sebastian se tensó al escuchar la pregunta, mientras que yo me acerqué un poco, moviéndome despacio para no asustar a la bruja.

—Puede oírte, ¿sabes? Y entiende lo que decimos. Si cometió un error, ya está pagando por ello. Esta es su segunda oportunidad, no la juzgues antes de tiempo.

En su defensa diré que Jameson asintió con firmeza y la mantuvo entre los brazos.

Avancé un poco más, aunque me detuve a una distancia prudencial, y extendí el brazo muy lentamente.

—Hola, soy Danielle. Puedes confiar en nosotros. El idiota de tu protegido va a tratarte bien, y si no lo hace puedes ir a quejarte a ese de ahí. —Señalé al Ibis—. Se llama Sebastian y es su hermano mayor.

—La trataré bien —aseguró Jameson, bajando la vista hacia su familiar.

Le rascó la parte alta de la cabeza y ella pareció relajarse contra su pecho. Un instante después, volvió a correr por su brazo y se enroscó alrededor de su cuello, dejando caer la parte delantera de

su cuerpo sobre uno de los hombros de Jameson y la cola sobre el otro.

—Le gusta hacer eso.

En su forma animal, a Dith le había encantado colarse bajo mi edredón y enroscarse en el hueco que formaban mis piernas al tumbarme de lado. No solía pasar toda la noche allí, pero nunca se marchaba antes de que me quedase dormida. Ahora sabía que con toda seguridad se escapaba a Ravenswood para poder estar con Wood.

Me hubiera encantado acariciar el sedoso pelaje del visón, pero no era un peluche, por mucho que lo pareciese, sino una persona que posiblemente estuviese tan asustada que no se había permitido cambiar. Así que retrocedí hasta donde estaba Sebastian.

—Tenías preguntas —dijo él, siempre tan directo.

—¿Qué sabes del estado actual de Efrain?

Su expresión no varió, aunque no creo que esperase que mencionara a su compañero.

—Lo han retirado del servicio activo, al menos de la primera línea de combate. Un Ibis que no puede practicar magia oscura…

—Un Ibis blanco —señalé, porque seguía resultándome de lo más hipócrita que nos hubiesen engañado al respecto durante toda nuestra formación.

Sebastian tampoco reaccionó entonces, aunque advertí un pequeño tic en su mandíbula; tampoco a él le gustaba lo que nos habían hecho.

—Ya no les es útil.

—¿Sabes si lo que le hice tuvo alguna otra secuela?

—Se recuperó bien físicamente, y lo último que supe de él fue que no tenía problemas para practicar magia blanca. Más allá de eso, no puedo decirte ninguna otra cosa. ¿Por qué? ¿De qué va todo esto?

Alexander le contó lo que queríamos hacer para ayudar a Cam, aunque nada de lo que había dicho Sebastian aportaba nuevos datos. Él se abstuvo de darnos su opinión sobre ello, algo que agradecí enormemente en ese momento.

La única persona que podía saber en realidad qué le había hecho Mercy a Cam era Elijah, y el antepasado de Alexander dudosamente se mostraría colaborador en ese sentido. Tampoco podíamos

plantarnos en Ravenswood así como así, a no ser…

—Preguntémosle a Elijah.

Tres pares de ojos, cuatro si contábamos a la familiar, se posaron sobre mí.

—¿Preguntarle? ¿Por Cam? —me cuestionó Sebastian.

Alex solo me observaba; como siempre, parecía estar buscando sus propias respuestas dentro de mí.

—Dijiste que no podíamos ir a Ravenswood sin un plan —me recordó un momento después.

—No tenemos que ir allí. —Todos seguían mirándome, pero ahora lo hacían como si estuviese loca. No lo estaba, había una forma—. Para eso están los viajes astrales.

# 19

Alexander fue el primero en reaccionar.

—Ni hablar. La última vez estuviste a punto de no poder volver, Danielle, y la cabaña de los Bradbury estaba mucho más cerca de las academias que este lugar.

—Puedo hacerlo y, piénsalo, Elijah no podrá dañarme en ese estado.

Sebastian hizo un ruidito con la garganta que no supe qué significaba, pero Alex prosiguió con el siguiente punto en la larga lista de objeciones que estaba segura que tenía.

—Incluso si sabe cómo solucionar lo que Mercy le hizo a Cam, ¿de verdad crees que va a decírtelo?

Bueno, ahí sí que llevaba razón; sin embargo, tal vez pudiésemos negociar con él de alguna manera.

—Escuchadme —intervino Sebastian—, no soy el experto en viajes astrales de mi equipo, ese era Efrain en realidad, pero sé lo suficiente para advertiros de que no son totalmente inocuos. No solo correrías el peligro de perderte por el camino, sino que existen determinados hechizos para evitar que puedas regresar. Elijah podría retenerte hasta que tu esencia se desligara totalmente de tu cuerpo físico, y eso acabaría… mal. Muy mal.

—Estoy convencida de que también habrá hechizos para protegerme de eso. Y con un ancla fuerte… —Miré a Alexander—. Raven y tú podéis traerme de vuelta.

Alex agitó la cabeza de un lado a otro.

—Estás loca si crees que te dejaría ir sola. Si vamos, lo haremos juntos. Y Wood y Raven pueden funcionar como anclas, son nuestros familiares.

Jameson abrió la boca, posiblemente para comentar que los lobos eran familiares de Alexander y no míos, pero no le permití meter baza. Ya se lo explicaría Sebastian más tarde.

—No, no deberías acercarte a Elijah hasta que sepamos de qué manera enfrentarnos a él.

Sus cejas se elevaron hasta desaparecer tras mechones de pelo dorado, y la sombra de una sonrisa jugueteó con las comisuras de su boca.

—Así que tú sí puedes ponerte en peligro, pero yo no. ¿Eso es lo que estás diciendo? Creía que ya habíamos hablado de esto.

Lo fulminé con la mirada. No lo quería cerca de Elijah, no me importaba si no estaba físicamente cerca. Y en ese estado, además, no tendría ningún poder, lo cual se aplicaba también a mí, pero… no era lo mismo.

Me cruce de brazos, irritada por su lógica.

—No soy yo a quién quiere.

—No, a ti te quiere muerta, Danielle; al menos a mí me necesita vivo.

—De todas formas, Ravenswood está a cientos de kilómetros. Sería una proeza que consiguieseis llegar hasta allí —medió Sebastian—. Y tampoco habría motivo para que Elijah os ayudase si lo lograseis.

Pero la mente de Alexander ya había empezado a trabajar; a lo mejor mi sugerencia no había sido tan buen idea.

—Puedo ofrecerle algo a cambio. O puedo simplemente pedírselo como acto de buena voluntad, sugiriéndole que podríamos llegar a un acuerdo posterior si nos ayuda.

—¿Crees que aceptaría? —inquirí, aunque no me gustaba nada aquello. Nada de nada. Había formas en las que un brujo podía exigir que se cumpliera una promesa.

Alexander se encogió de hombros.

—Es posible; si está lo suficientemente desesperado, sí.

—Sigues estando demasiado lejos —remarcó Sebastian.

—Danielle y yo tenemos mucho poder, y lo haríamos juntos. Si hay alguien que puede conseguirlo, somos nosotros.

—No me gusta —dije yo, mucho más indecisa que un momento antes, aunque solo por la insistencia de Alex en acompañarme.

¿Arriesgar mi integridad física para ayudar a los demás? ¡Claro que sí! Que lo hicieran los demás ya no me gustaba tanto. No me extrañaba nada que Alexander hubiera querido obligarme a prometer que no haría tonterías.

Él sonrió.

—Ha sido idea tuya. —Su mano se deslizó alrededor de la mía y entrelazó nuestros dedos, pero miró a Sebastian—. La vez anterior, Robert Bradbury preparó una poción para amortiguar las náuseas y otros efectos secundarios del viaje, ¿sabrías hacerlo tú?

—Sé de qué se trata, lo he hecho un par de veces. Cuenta conmigo.

—Bien.

—Pero, después de un viaje tan largo, no estoy seguro de que podáis atravesar también la barrera que protege ahora Ravenswood. O encontrar a tiempo a Elijah, ya que estamos. Solo tendréis unos pocos minutos.

Alex no se mostró en absoluto preocupado; ahora que había tomado la decisión, parecía decidido a llevarla a cabo.

—Le mandaremos un mensaje y le diremos que nos espere en el acceso a Ravenswood.

—¿Quieres avisarle que vamos? Eso le dará tiempo para prepararse —dije, muy consciente de que ahora era yo la que ponía objeciones.

—Que se prepare, nosotros también lo haremos.

Después de concretar algunos detalles con Sebastian —él se encargaría de hablar con Laila y conseguir los ingredientes que necesitase para la poción—, hicimos una parada en el comedor para acallar el rugido insistente de mis tripas. El personal de cocina no tuvo problemas en proporcionarnos varios platos de comida y lo mejor fue que pudimos disfrutar de ella sin ser objeto de miradas insistentes y cuchicheos. No podía culpar a los alumnos de Bradbury por tener curiosidad, yo misma la tenía sobre ellos y la manera tan diferente en que estaban siendo formados allí. Y tener alrededor a la Ira de Dios y al portador de la marca de los malditos… Bueno, su interés era más que razonable.

—¿De verdad vamos a hacerlo? No tienes por qué ir, Alex. No deberías arriesgarte así.

Él apartó el tenedor de sus labios y lo dejó a un lado.

—Cam también es mi amigo y quiero ayudarlo tanto como tú.

—Lo sé. Es solo que, no sé, Elijah podría intentar cualquier cosa contigo. No sabemos de lo que es capaz.

—Me necesita entero, no solo mi esencia, sino también mi

cuerpo.

—Esa es una suposición nuestra.

No contestó de inmediato.

—Si su poder estuviese completo y pudiera abrir las puertas del infierno, ya lo habría hecho. Estoy seguro. Ha estado esperando tres siglos para esto, no se tomaría un respiro justo ahora. De cualquier manera, hablaré con mi madre.

Me eché hacia atrás en la silla, confusa. No había vuelto a mencionarla desde el día anterior; es más, yo misma me había olvidado de que la mujer debía de continuar esperando en el exterior de la barrera a que él decidiera si quería verla o no. Y, desde luego, no entendía en qué podría ayudarnos Melinda Ravenswood.

Alex debió advertir el desconcierto en mi expresión y ni siquiera tuve que preguntar.

—Dudo mucho que mi padre no haya contactado de algún modo con Elijah o incluso forme parte de sus planes. Tal vez mi madre pueda decirnos algo al respecto. Sea como sea, creo que ya es hora de que me enfrente a ella. Necesito… cerrar esa etapa de una vez por todas.

—¿Quieres que te acompañe?

Ya le había preguntado antes y me había dicho que sí, pero la relación con su madre era un tema muy espinoso y entendería que hubiese cambiado de opinión y deseara encontrarse con la mujer a solas.

Me brindó un suave asentimiento e igualmente dijo:

—Siempre.

El plan era avisar a Laila o a algún otro miembro de su aquelarre de que pensábamos reunirnos con Melinda en el exterior, ya que no sabíamos si tenían que tomar alguna precaución añadida para nuestra salida de la academia y la posterior entrada. Sin embargo, Alex me comentó que, antes de encontrarse con su madre, quería pasar un rato en el gimnasio quemando energía. En realidad, dijo que lo necesitaba, y yo sabía muy bien a qué se debía esa necesidad.

Mantener la oscuridad recluida por completo en su interior no le hacía ningún bien, y estaba claro que preveía una conversación tan tensa con Melinda que temía no ser capaz de mantener el control. Pero cuando traté de sacar el tema, se cerró en banda. Así que recé

para que desahogarse a base de ejercicio físico y mi presencia a su lado bastaran para contenerlo. Y, ya que íbamos a retrasar un poco más la reunión, decidí aprovechar para tomar mi primera clase de defensa personal.

Quedamos en encontrarnos en el gimnasio, para que yo pudiera regresar a la habitación y ponerme ropa más cómoda. Para cuando llegué, poco más de media hora después, debía de haberse corrido la voz entre nuestros amigos de que iba a recibir una paliza épica y todos estaban allí. Aquello parecía un festival de tipos sin camiseta. Salvo Cam, que estaba sentado en un lateral con la espalda contra la pared, los demás andaban todos con el pecho al aire: Rav sentado a su lado, aunque con aspecto de haber intervenido en una pelea; Wood y Alex dando vueltas el uno en torno al otro en el centro de la parte acolchada de la estancia; Sebastian a un lado, observándolos, con los brazos cruzados y el semblante severo de un tutor; y, por último, Jameson y Aaron, cuchicheando cerca de él.

Me permití recrearme con la imagen que ofrecían durante un momento desde la entrada. Había estado a punto de morir, ¿no? Me merecía disfrutar de los pequeños placeres de la vida, y aquel sitio representaba una auténtica delicia visual; era como estar en el cielo de los torsos musculosos y los abdominales.

Escuché pasos a mi espalda y al girarme me encontré a Annabeth. Llevaba ropa deportiva muy similar a la que había encontrado en mi armario, lo que me hizo suponer que muy probablemente la que yo vestía fuese suya o la hubiese comprado ella.

Su rostro se iluminó con picardía en cuanto se percató del panorama.

—¿Disfrutando de las vistas?

—Deberían prohibirles estar todos en la misma habitación así… —me defendí, barriendo con la mano la estancia.

Su mirada siguió el movimiento de mi mano, pero hizo un alto al tropezar con la figura de Sebastian. Frunció el ceño y se le borró la sonrisa de la cara, pero mantuvo los ojos en el Ibis con una insistencia bastante reveladora.

—¿Puedo meterme donde no me llaman? —pregunté, porque me moría de curiosidad sobre lo que fuera que había entre ellos. A pesar de que apenas nos conocíamos, Annabeth asintió sin ningún

recelo; cada vez me gustaba más esta chica—. ¿Qué pasa entre Sebastian y tú?

Torció aún más el gesto al escuchar su nombre, pero eso solo avivó mi interés. Dios, era una cotilla.

—No mucho. Nada en realidad —aclaró enseguida.

Enredó los dedos en la punta de su trenza y la retorció una y otra vez mientras yo le lanzaba una mirada que decía «No me creo nada». Era la primera vez que la veía perder algo de esa seguridad que tanto la caracterizaba.

—He notado que hay cierta… tensión cuando estáis en la misma habitación. Y si te digo la verdad, me recordáis un poco a Alex y a mí cuando nos conocimos. —Oh, sí, Alexander y yo nos habíamos evitado y buscado continuamente, y también nos habíamos lanzado miraditas como lo hacían esos dos—. Peeero… no tienes que contarme nada si no quieres. Solo quiero que sepas que estoy por aquí si necesitas hablar.

Echó un vistazo a los chicos, que seguían a lo suyo, antes de contestarme.

—Los Ibis no tienen relaciones —soltó a bocajarro—, ni siquiera aventuras.

Vaya, eso era un poco perturbador. Con un poco de imaginación podría haber llegado a entender que se les prohibiera mantener relaciones serias; sería algo muy típico del consejo, les encantaba prohibir. Pero ¿en serio era necesario que los Ibis se mantuvieran castos y puros incluso en su tiempo libre?

Espera, tenían tiempo libre, ¿verdad?

—¿Me estás diciendo que no pueden echar un polvo?

Annabeth se echó a reír.

—Supongo que algunos no cumplen a rajatabla las reglas.

—Pero Sebastian sí.

—Exacto —repuso, y fue obvio lo mucho que el comportamiento disciplinado del Ibis la irritaba.

Enganché un brazo en el suyo. Me sentía muy cómoda con ella, tal vez porque me recordaba un poco a mí y un poco a Dith. Ya no podía llegar hasta mi familiar, no podía contarle mis preocupaciones o mantener una simple charla banal, y la verdad era que no me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba a alguna mujer en mi vida.

—Torres más altas han caído —dije. Hice un gesto con la barbilla hacia donde Wood y Alexander se lanzaban golpes—. Créeme, nada fue fácil con Alex al principio. Y viendo cómo te mira Sebastian, estoy segura de que su integridad ya está bastante comprometida. De todas formas, no creo que quiera continuar siendo un Ibis ni rigiéndose por las normas del consejo.

—Oh, lo sé —rio ella, y sonó terriblemente malvada—, pero tal vez ahora soy yo a la que él necesita desgastar.

Le sonreí.

—Me gustas. Me gustas mucho.

# 20

Esperaba que el entrenamiento estuviese consiguiendo que Alex se deshiciera de parte de su energía y su frustración, porque a mí me temblaban las piernas y estaba a punto de dejarme caer sobre la colchoneta y no volver a levantarme. Jamás.

Al contrario de lo que había dicho Wood, Alexander era un maestro paciente y entregado. Demasiado entregado tal vez. Habíamos empezado repasando algunos conceptos básicos que, gracias a mis clases en Abbot con Cam y su tutor, yo ya conocía: cómo caer sin hacerse daño, rodar y volver a levantarse de inmediato; esquivar golpes y bloquearlos, vigilar los movimientos del contrario y aprender a preverlos… El problema empezó cuando tratamos de avanzar y comenzamos con la ofensiva; todos los presentes tenían una opinión al respecto y mil instrucciones que darme. Sebastian en particular era desesperante y, aunque sentía cierta curiosidad sobre qué técnicas empleaban los Ibis para no reaccionar al dolor, perdí la cuenta de las veces que lo mandé a la mierda.

Alexander fintó a la izquierda y me lanzó un golpe con la derecha, que resultó también ser un señuelo. Cuando quise reaccionar, lo tenía detrás de mí. Me barrió los pies de debajo del cuerpo y yo me desplomé; de inmediato, se sentó a horcajadas sobre mis caderas.

Cerré los ojos e ignoré los comentarios de los demás señalando lo que había hecho mal. Pero entonces Alex se inclinó sobre mí y sentí su aliento contra mis labios.

—Creo que es suficiente por hoy —susurró, mientras los demás seguían discutiendo—. La próxima sesión la tendremos tú y yo a solas.

Gemí, y por una vez tuvo poco que ver con su cercanía y mucho con sus palabras.

—Eso suena genial.

Se rio bajito, solo para mí, y el resto de los sonidos en el gimnasio quedaron silenciados por su risa. Levanté los brazos, aunque eran poco más que dos pesos muertos, y llevé las manos hasta su pecho. Su piel estaba suave y caliente bajo mis dedos, y podía sentir el latido ligeramente acelerado de su corazón.

Abrí los ojos para mirarlo.

Estaba tan cerca que todo lo que veía era a él; su precioso rostro, sus ojos, azul y negro, brillantes, y la curva de sus labios tan tentadores.

—Hola —dijo, aún susurrando.

—Hola.

Luego solo nos miramos. Mi magia empujó desde el interior de mi pecho en busca de la suya, como siempre hacía, pero no le presté atención. Me limité a contemplarlo a él. Desplacé mis manos hasta su nuca y tiré hasta que su pecho se unió al mío. Hacía rato que mi camiseta había desaparecido y me había quedado con tan solo un top deportivo, así que había mucha piel en contacto. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza cuando Alexander rozó mi pómulo con los labios.

Me aferré a la sensación tanto como pude. Había mucho que hacer, así que sabía que debía atesorar los breves momentos juntos en los que todo lo que nos rodeaba desaparecía del mismo modo en que coleccionaba sus sonrisas o veía sus ojos brillar por algo que le sorprendía, algo nuevo para él. Estaba más que decidida a disfrutar de cada uno de ellos, solo por si al día siguiente no podía hacerlo. Sonaba un poco dramático, pero si algo me había enseñado la muerte de Dith, de Thomas Hubbard, del pequeño Johan o lo sucedido en el auditorio de Ravenswood era que las cosas podían torcerse muy muy rápido.

—Si sigues mirándome así, tal vez me plantee una ducha conjunta esta vez.

Capté un movimiento por el rabillo del ojo; o mucho me equivocaba, o los demás estaban marchándose para dejarnos a solas. Tendría que darles las gracias por eso luego a pesar de la sesión de tortura que me habían aplicado entre todos; esa parte no se la agradecería en absoluto.

—¿Cómo te estoy mirando?

—Como si quisieras quedarte conmigo.

—Siempre —repliqué, y luego tiré de él y lo besé.

No hubo ducha conjunta, lo cual —no voy a mentir— fue una auténtica decepción. Alexander convertía el acto de provocarme y luego dejarme con las ganas en un arte. Pero ya habíamos perdido la mitad de la tarde en el gimnasio; era hora de encontrarnos con Melinda Ravenswood y comprobar qué demonios quería la mujer.

Los preparativos para el viaje astral no nos llevarían mucho tiempo. Sin embargo, habíamos llegado a la conclusión de que sería mejor realizarlo durante las horas de luz y, con lo pronto que anochecía en esa zona, tendríamos que esperar a mañana. Además, quedaba aún el detalle de contactar con Elijah para hacerle saber que queríamos hablar, algo para lo que buscaríamos una solución después de ver a la madre de Alex. Era probable que optásemos por enviar un mensaje empleando la magia; con suerte, y teniendo en cuenta su relación de parentesco con el nigromante, Alexander se bastaría para conseguir que lo recibiera. Después ya solo quedaría rezar para que se presentara a la cita.

Salimos de la academia por la puerta principal. Laila nos había asegurado que la barrera nos dejaría pasar sin ningún problema y podríamos entrar luego de nuevo de igual forma; lo que fuera que hubiesen hecho a nuestra llegada mantenía su validez mientras alguien de su aquelarre no deshiciera el hechizo. Fuera de las protecciones, nuestro poder era lo único con lo que contábamos, así que Wood y Raven se empeñaron en venir con nosotros, por si aquello era alguna trampa por parte de Tobbias Ravenswood o, peor aún, del propio Elijah. Sebastian se nos había unido también en el último momento a instancias de Laila.

Aunque el sendero estaba cubierto de una capa de nieve, lo bordeaban dos hileras de árboles que el otoño había despojado de todas sus hojas y que nos dirigieron hacia la entrada de la finca. De repente me di cuenta de que me había perdido el día de Acción de Gracias. Los brujos no solían celebrarlo, tampoco Navidad, pero Dith y yo siempre hacíamos algo en esos días; cualquier excusa era buena para una fiesta improvisada y para intercambiar regalos.

Me consolé pensando que todavía quedaba por delante todo diciembre y las fiestas navideñas.

Alexander caminaba a mi lado. Me incliné hacia él antes de

preguntar:

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—¿Qué?

—Tu cumpleaños, ¿cuándo es?

No le había preguntado nunca por ello, pero quería saberlo. Quería saberlo todo de él.

—Nací durante el solsticio de invierno, el 21 de diciembre.

Me detuve y Alex también lo hizo.

—¡Venga ya! ¿La noche más larga del año?

—Sí, qué «casualidad», ¿verdad?

—Lo es más si tienes en cuenta que yo nací en el solsticio de verano, la noche más corta del año. —Puse los ojos en blanco—. Incluso en eso somos opuestos, por Dios.

Alexander me tomó de la mano con una sonrisa y empezamos a andar de nuevo. Los demás habían seguido caminando e iban un poco por delante.

—Complementarios.

—Eso es solo una manera bonita de decirlo.

—En realidad, me da igual el maldito equilibrio y sus planes para nosotros. Yo he hecho los míos —dijo, con su pulgar frotando sin pausa el dorso de mi mano.

—¿Ah, sí? ¿Y me los vas a contar?

Ladeó la cabeza y me lanzó una mirada oscura y sexi que le hizo cosas raras a mi pulso.

—Estoy seguro de que podemos encontrar un ratito a solas para que te dé los detalles.

—Promesas, promesas —me burlé, pero justo en ese momento llegamos al acceso de entrada.

El muro que rodeaba toda la academia se interrumpía allí y, en su lugar, había un portalón de madera que, aunque era muy diferente de la verja de hierro de Abbot, me recordó al día en que me la había llevado por delante. Dios, parecía hacer mil años de eso y, ahora que lo pensaba, había sido una temeridad lanzar un coche contra ella.

Sebastian se encargó de abrirlo lo suficiente como para que pasásemos. Uno a uno, cruzamos al otro lado. Cuando me llegó el turno, me impulsé hacia delante y la atravesé sin problemas, aunque sentí la enorme carga de magia de los hechizos protectores.

Estaba claro que Robert y los demás no habían escatimado a la hora de imbuir de magia la barrera.

Sebastian señaló hacia la izquierda y todos nos volvimos hacia allí.

—La cabaña.

—Lo de *cabaña* es un decir, ¿no? —repliqué, mientras contemplaba la mansión en miniatura que se alzaba a unos cincuenta metros de nosotros.

Tenía dos plantas de altura, una fila de al menos cuatro ventanales a cada lado de la puerta y hasta una valla rodeándola; también una chimenea de la que salía un denso humo blanco. Había un sedán negro de lujo estacionado justo donde la carretera, del ancho de un solo coche, parecía terminar; no podía estar segura con tanta nieve. El vehículo estaba también cubierto de una buena capa y, aunque contaba con cadenas en las ruedas, me pregunté cómo haría la madre de Alexander para largarse de allí. Dudaba que las cosas fueran tan bien como para que de repente él confiara en ella y se le permitiera a la mujer acceder a la academia.

—Parece que el aquelarre de Robert no hace nada a medias —dijo Alex, y luego se volvió hacia Raven—. ¿Sabes si va a quedarse en Nueva York o tiene pensado volver? Creo que aún no le he agradecido como es debido su ayuda y que nos haya dado refugio aquí.

Todos llevábamos gruesos chaquetones y ropa de abrigo, pero hacía el frío suficiente como para que no fuera cómodo ponernos a charlar a la intemperie. No dije nada al respecto, me daba la sensación de que Alexander trataba de alargar nuestra llegada a la cabaña, y me daba igual si necesitaba una hora allí fuera para reconciliarse con la idea de que estaba a punto de ver a la mujer que lo había abandonado con cinco años. Por mí, podría darse la vuelta en ese mismo instante y tampoco se lo echaría en cara.

Tampoco los demás parecían tener mucha prisa.

—Charlé con él hace unos días —dijo Rav—. Están en proceso de desviar aquí a los brujos que normalmente acuden a la sede de allí; este lugar es muchísimo más seguro ahora mismo. No quieren dejar a nadie atrás.

—Hablaré con él cuando vuelva —concluyó Alex, luego giró hacia la cabaña. Observó la construcción unos pocos segundos y

añadió—: Está bien, acabemos con esto.

Wood, Raven y Sebastian echaron a andar, adelantándose de nuevo. Habían dicho que se quedarían en el exterior esperando, pero con lo grande que era no veía la necesidad de que pasaran frío fuera. Había habitaciones de sobra para que pudieran estar calientes mientras Alex y yo nos reuníamos con Melinda.

Sebastian fue el primero en llegar a la valla. Abrió la portezuela y la mantuvo así hasta que todos pasamos al otro lado. El chasquido que produjo al cerrarse me puso la piel de gallina, y luego me di cuenta de que no había sido solo eso.

—¿Hay hechizos también sobre esta casa?

Alex asintió, aunque no estaba segura de si Laila se lo habría dicho o los estaba percibiendo como yo. Sin embargo, fue Wood quien nos brindó una explicación.

—Laila dijo que son para atenuar el poder de cualquier brujo que quiera pedir asilo en la academia, así evitan problemas mientras se aseguran de que es de fiar. Pero no creo que sean tan potentes como para suprimir los vuestros. Si pudisteis emplearlos en el auditorio, podréis hacerlo aquí. —Su semblante se endureció—. Hacedlo si creéis que es necesario. No confío en Melinda.

Alex no dijo nada, pero yo asentí. Si esa mujer trataba de hacerle daño, no tendría ningún tipo de compasión con ella.

—Podéis entrar con nosotros —dije, aunque escudriñé el rostro de Alexander en busca de algún destello de molestia por la sugerencia.

Tampoco entonces reaccionó. Estaba mirando fijamente la puerta de entrada.

Wood negó.

—Yo me quedó aquí, no creo que pueda contenerme si la tengo delante, y necesitáis persuadirla para que os cuente cualquier cosa que sepa. No sería de ayuda que yo le arrancara la garganta de un mordisco antes de que empezara a hablar.

Lo dijo tan serio que no creí que estuviese exagerando; odiaba con toda su alma a la mujer.

Me fiaba del criterio de Wood, así que tampoco pensaba que fuese a caerme bien. Definitivamente, ya había hecho muchísimos puntos a lo largo de la vida de Alexander para que no fuera así, pero trataría de mantener mi sarcasmo a raya aunque solo fuese

para no ponerle las cosas más difíciles a él. Por el momento.

—Entrad, no os preocupéis por nosotros —dijo Sebastian, y Raven asintió—. Gritad si veis cualquier cosa rara y estaremos ahí dentro en cuestión de segundos.

—No tardaremos —replicó Alex.

Comenzó a subir los escalones de entrada y fui tras él. Busqué su mano. Al percibir el contacto, respondió entrelazando los dedos con los míos. Exhaló un largo suspiro y entramos.

# 21

## Alexander

La atmósfera cálida del interior nos obligó a deshacernos de los abrigos, y también nos descalzamos para evitar ponerlo todo perdido. Danielle se recolocó el cuello del enorme jersey de punto con el que se había vestido para nuestra pequeña excursión y no pude evitar mirarla mientras ella contemplaba a su vez el recibidor. Nunca sabría lo agradecido que me sentía de que estuviese allí conmigo. No aspiraba a que la reunión fuese nada similar a una reconciliación familiar; mi único objetivo era sonsacarle toda la información posible a mi madre y luego despedirme de ella para siempre.

A pesar de ser un lugar de paso, la vivienda parecía contar con todas las comodidades posibles y estaba decorada con detalle y evidente cariño. Incluso había un perchero para los abrigos, fotografías de paisajes enmarcadas colgando de las paredes, velas esperando ser encendidas… Una alfombra de aspecto mullido nos llevó a lo largo del pasillo hasta un arco doble que se abría hacia lo que debía ser la sala de estar. Y allí, sentada en un sillón, estaba Melinda Ravenswood.

Mi madre siempre había sido un mujer hermosa, pequeña y delicada. Tenía un rostro alargado y armonioso, con pulcras cejas en arcos perfectos de un tono más oscuro que el rubio claro de su melena, ese que yo había heredado de ella. Labios llenos y un cuello estilizado, y unas manos pequeñas que ahora reposaban sobre su regazo. Estaba vestida con la misma formalidad con la que lo hacía en mis débiles recuerdos: falda de tubo hasta la rodilla, una chaqueta a juego y camisa blanca de botones; en sus pies, unos tacones con los que me hubiera encantado verla atravesar la nieve a

su llegada.

Sentada en el borde del sillón, con la espalda recta y las piernas cruzadas, era la imagen misma de una dama elegante y recatada. A su lado había una mesita con un juego de té y una taza llena a medias. ¿Se habría limitado a pasar las horas así, tomando té y contemplando las vistas a través de la ventana mientras esperaba que acudiera a su encuentro?

Tenía cuarenta y nueve años; sin embargo, a pesar de que seguramente habría intentado hacer uso de la cirugía estética humana allí donde la magia había fallado, lucía mayor. El pelo recogido en un moño apretado se veía pajizo, bajo el maquillaje se apreciaban pecas y manchas típicas de las personas de avanzada edad y había líneas profundas alrededor de su boca y sus ojos; si me hubiera estado mirando, también habría podido advertir la ausencia de brillo en estos.

Yo le había hecho eso.

Me aclaré la garganta para atraer su atención y Danielle le brindó un suave apretón a mi mano. Se lo devolví en el mismo momento en el que mi madre apartó la vista de la ventana y la posó sobre mí, pasando a Danielle por alto, como si estuviera allí plantado frente a ella yo solo.

—Alexander. —Mi nombre, el nombre que ella me había dado y que mi padre se negaba a usar, abandonó sus labios como si de un suspiro se tratase.

Luché para que ese pequeño detalle no le diese más mérito del que merecía mientras ella me observaba con gesto imperturbable. Esperé que la conmoción por estar al fin frente a ella apuñalara mi pecho o me sacudiera las entrañas, como también esperaba descubrir el reflejo de algún sentimiento similar en su rostro, pero su expresión no reveló nada, y yo, a cambio, suprimí cualquier emoción que tratase de apropiarse de mí.

Llevábamos sin vernos dieciséis años, pero aquello no iba a ser un emotivo reencuentro entre madre e hijo, eso estaba claro.

—Melinda. Esta es Danielle, mi novia. Danielle Good.

Añadir su apellido no era una provocación —aunque era probable que lo tomara como tal—, sino una declaración de intenciones, una forma de decirle a ella y al mundo entero que no me importaba lo que opinaran de nuestra unión. Si Melinda no

podía con eso era su problema.

Mi madre reconoció por fin la presencia de Danielle. Me tensé a la espera de una reacción, mientras que mi *novia* —aquella había sido la primera vez que lo decía en voz alta y sonaba… muy bien, correcto— no parecía preocupada ni cohibida. En realidad, mostraba esa actitud desafiante que me sacaba de quicio y amaba a partes iguales.

—Una Good. —Fue todo lo que dijo Melinda, y su mirada desganada regresó a mí—. Sentaos, por favor.

Estuve a punto de negarme, pero Danielle tiró de mi mano y me llevó hasta el sofá frente al cual se hallaba mi madre. Ni de lejos adoptó algo similar a la pose refinada de esta. Se acomodó como si aquella fuera una reunión social agradable y no el encuentro tenso que de verdad era; yo también tomé asiento y me permití rodearle los hombros con el brazo.

El silencio posterior se alargó más y más, añadiendo otra capa de incomodidad a la situación, hasta que me obligué a romperlo.

—¿Y bien? ¿Qué has venido a hacer aquí?

—Quería hablar contigo, por supuesto —replicó, y tuve que esforzarme mucho para no poner los ojos en blanco—. No deberías estar en este sitio, un lugar que lleva el nombre de un linaje de cobardes.

Oh, por todos los cielos, ¿de verdad íbamos a sacar a relucir ahora lo que había pasado en Salem? ¿Es que no era consciente de lo que estaba sucediendo en el mundo mágico? De todos modos, incluso si no hubiésemos estado al borde del puto apocalipsis, me seguiría siendo indiferente el nombre que llevaba esta academia.

—Estoy donde tengo estar, *madre*. Y me importa bien poco lo que hiciera un Bradbury hace más de tres siglos.

—Importa. Has abandonado tu legado…

—¿Sabes siquiera lo que ha ocurrido en Ravenswood? ¿Te ha contado tu marido que hay brujos ahorcados en los terrenos de *mi legado*? Y no se trata solo de brujos blancos.

Comprendí enseguida que ese encuentro había sido una idea terrible; no había manera de que pudiésemos mantener una conversación de forma civilizada, no saldría nada bueno de allí.

—Tu padre me ha hablado de lo sucedido.

—¿Ah, sí? ¿Y te ha dicho también que es un asesino? —solté sin

el más mínimo titubeo—. ¿Te ha explicado que mató sin provocación previa y sin mediar una palabra a la familiar de Danielle? Aunque en realidad estaba tratando de matarla a ella; Meredith Good murió para protegerla.

A pesar de mi tono furioso, apreté a Danielle más contra mi costado en un intento de reconfortarla. No estaba tan tranquila como quería aparentar, y la mención de Dith no ayudaría en nada.

—Eso no es…

—No me digas lo que es y lo que no, Melinda. Yo estaba allí y sé exactamente lo que pasó. —Apretó los labios con evidente disgusto, pero al menos no se atrevió a discutirlo—. Di lo que hayas venido a decir, o lo que sea que Tobbias te ha instado a decirme, y márchate.

—Alexander, estás siendo irracional. —Sus palabras junto con la mirada cargada de reproche y desaprobación que me lanzó fueron… demasiado.

—¿Irracional? ¿En serio? ¿Qué esperabas encontrarte en realidad? ¿Creías que me lanzaría en tus brazos después de todo este tiempo? ¿Que te trataría con el respeto que un hijo debería emplear con su madre? ¡Me abandonaste, joder! Me dejaste en Ravenswood y nunca miraste atrás. Y ¿sabes qué? Podría haberlo entendido. Me tenías miedo, temías lo que pudiera hacer o en lo que me convertiría. Pero era un niño de cinco años. ¡Cinco putos años! Y yo también lo tenía. Estaba aterrado —confesé, a pesar de mi decisión de no ceder un ápice frente a ella. Todo el resentimiento de años se acumulaba ahora en mi pecho. Me ahogaba. Me estaba rompiendo por dentro—. Podrías haberme llamado o enviarme un mensaje. Una maldita carta. Lo que fuera, joder. Cualquier cosa menos fingir que yo no existía.

No esperaba que nada de lo que había dicho la conmoviera, pero a una parte muy pequeña de mí le sorprendió que no pareciera mínimamente afectada. Continuaba sentada con la espalda muy recta y ese maldito gesto de resignada irritación, como si aquello no fuera más que la pataleta de un adolescente enfadado con el mundo. Por Dios, su actitud era demasiado fría incluso para un Ravenswood.

La mano de Danielle se había movido hasta mi muslo y ese toque suave pero firme era lo único que me mantenía bajo control en este momento. Inspiré profundamente, tratando de serenarme.

Aquello iba mal, todo iba terriblemente mal.

—Queremos que vuelvas con nosotros —dijo Melinda, y juro que creí que la había escuchado mal.

—¿Cómo?

—Tu padre y yo queremos que vuelvas a tu hogar.

Salté del asiento con tanto ímpetu que a punto estuve de arrastrar a Danielle conmigo. Se me escapó un sonido que tenía poco de carcajada; fue horrible y cruel y estaba desprovisto de cualquier rastro de diversión. Ni siquiera pareció humano.

—Tu casa nunca ha sido o será un hogar para mí —espeté con una dureza que raspó mi propia garganta al salir—. Mi hogar está con los gemelos. Ellos me criaron y se mantuvieron a mi lado cuando nadie más me quería cerca. Cuidaron de mí y me protegieron con su vida. Mi hogar está con Danielle, que nunca ha retrocedido o se ha alejado incluso cuando le he dado motivos para ello. Mi hogar, *madre*, está y siempre estará donde se encuentren ellos. Y estás mucho peor de lo que pensaba si crees que los abandonaría por vosotros. Ellos son mi hogar —insistí, porque esa era la única certeza de la que nunca me permitiría dudar, y al diablo con ella si eso ofendía su inexistente instinto maternal.

—Alex… —me llamó Danielle, con un tono suave que me hizo comprender de inmediato que tenía que calmarme.

Bajé la vista. Con la camisa de manga larga que llevaba, mis manos eran lo único que quedaba al descubierto, y estaban completamente negras. Un vistazo a mi reflejo en la ventana más cercana me bastó para comprobar que la oscuridad también se extendía ya por mi cuello. En mi pelo habían aparecido algunos mechones blancos y otros negros, y sentía el modo en que mis dientes habían comenzado a afilarse. Estaba a punto de transformarme.

La reacción de mi madre en esta ocasión fue instintiva y mucho menos contenida. Retrocedió en el asiento y se llevó la mano al colgante que pendía de su cuello. Sus labios se entreabrieron y supe que odiaría lo que fuera a decir antes incluso de llegar a escucharlo.

—Alexander, tú me hiciste daño.

Danielle inhaló con brusquedad mientras mi corazón se quebraba. Toda mi ira quedó sepultada por la oleada de amargura que me sobrevino y mi estómago se contrajo por las arcadas. Aun

así, la oscuridad de mis venas no retrocedió, aunque sí detuvo su avance, inmóvil en mi interior, como si se mantuviese a la expectativa de lo que pudiera suceder a continuación. Observando. Analizando. Esperando para engullirme por completo de un segundo al siguiente.

Me odié por sentirme así, pero no había nada que pudiese hacer para evitarlo.

Nada salvo Danielle, que se levantó y se colocó a mi lado. Ignorando a mi madre, acomodó su mano en el interior de la mía y, cuando traté de deshacerme de su agarre, no me lo permitió. Acto seguido, sin darle ninguna importancia a la red de venas oscuras que cubría mi piel, llevó la otra mano hasta mi cuello y deslizó el pulgar por mi mandíbula una y otra y otra vez; muy despacio y con una ternura infinita.

«Te veo, Alexander Ravenswood. Te veo y no me das miedo», dijeron sus ojos rebosantes no solo de confianza, sino de cariño. De amor.

Nos miramos durante un instante que pudo durar segundos u horas. La caricia de sus dedos no se detuvo, y luego ella susurró un «Siempre» que hizo eco por todo mi cuerpo y en mi propia alma.

Y fue ella también la que, cuando consiguió hacer retroceder mi oscuridad, se volvió hacia mi madre y tomó la palabra por primera vez desde que habíamos entrado allí.

—Por mucho que lo intento, no puedo encontrar la forma de lamentar lo que te sucedió, pero quiero que sepas que sí siento lástima por ti. Lástima porque hayas sido tan cobarde y mezquina como para perderte cómo el niño que te hirió sin ser consciente de lo que hacía ha crecido y se ha convertido en un hombre leal, honesto, cariñoso, divertido, respetuoso, generoso, compasivo y valiente; un hombre con una fortaleza increíble, tenaz, resiliente y justo. Podría seguir toda la noche enumerando sus cualidades, pero no voy a perder mi tiempo contigo. No te mereces un hijo como él, y ojalá el destino tenga un sitio en el infierno reservado para ti.

Y con esas palabras, mi corazón roto volvió a latir de nuevo.

# 22

La ira fluía por mis venas y…, mierda, anhelaba dejarla salir y fulminar a aquella despreciable mujer con ella. No, no lo merecía, me dije. No se merecía ni nuestro tiempo ni nuestra atención, ni siquiera nuestro odio. Culpar a un crío de cinco años, prácticamente un bebé, de algo sobre lo que no había tenido ningún control ya era miserable, pero que ese niño se tratase de su propio hijo y luego lo abandonase sin más… No tenía palabras.

De verdad que esperaba que fuese directamente al infierno. Y si al final Elijah conseguía traerlo a este mundo, por mí podía comérsela un demonio. ¿Es que no había sido consciente de lo dolido que había sonado Alex? ¿Del sufrimiento que había goteado de cada palabra y reproche? ¿De verdad había creído que se marcharía con ella sin más? De no haber conocido a Alex y a los gemelos, hubiera pensado que todos los Ravenswood habían perdido la cabeza.

Me contenté con asesinar a la mujer con la mirada, rezando porque no se le ocurriese replicar. Aquello se había acabado. No me importaba si no nos había dicho nada sobre Elijah y sus planes; de cualquier manera, dudaba que supiera algo al respecto.

Ya estaba girándome para decirle a Alex que nos marchábamos cuando de repente Melinda se lanzó sobre mí. Antes de que pudiera reaccionar, me retorció el brazo contra la espalda y me clavó las uñas de su otra mano en torno a la zona del cuello donde estaba la tráquea, y eran unas uñas muy afiladas. Aferré su muñeca con mi mano libre, pero no conseguí que aflojara su agarre. Aunque éramos de la misma altura, la fuerza que exhibía superaba por mucho la mía. No era natural.

—Eres tú quien acabará en el infierno —susurró en mi oído, mientras Alex se abalanzaba hacia nosotras. Empujó aún más arriba mi brazo, arrancándome un quejido que detuvo el acercamiento de

Alex de inmediato—. Ni se te ocurra, Luke, o le arranco la garganta.

«Luke».

Melinda no lo había llamado así en ningún momento; eso era lo único que había hecho bien durante el encuentro. Era su padre quien se refería a él empleando ese nombre. Y Elijah.

Tuve un terrible presentimiento.

—Suéltala —exigió Alexander, y su voz sonó antigua y perversa. Letal.

Melinda, o quien fuera que estuviese dirigiendo a la mujer, chasqueó la lengua.

—No. Me escucharás, y luego decidiré qué hacer con esta… cosa.

Elijah. Tenía que ser Elijah. No era como si no esperase un mejor trato por parte de Tobbias, pero el nigromante ya me había llamado «consecuencia no deseada». Lo de «cosa» solo parecía un paso más en la escala de referencias despectivas.

Alexander debió de darse cuenta también y… no fue bueno. El cambio en él se operó en lo que me llevó parpadear. Su oscuridad había estado tan cerca de la superficie un momento antes que dudo siquiera que se molestara en luchar contra ella.

—Suéltala —repitió, y su tono fue aún más terrible.

—Te has encariñado con ella, Luke, pero nunca saldrá bien. Los Ravenswood y los Good… —No terminó la frase; sin embargo, su desagrado quedó patente—. Lo sabes, ¿no? No está destinado a ser. Las Good siempre han sido mujeres engañosas y crueles.

Busqué la mirada de Alexander para tratar de transmitirle serenidad y me encontré con los dos charcos turbulentos y oscuros en los que se habían convertido sus ojos. Tenía el labio superior levemente retraído, exponiendo los dientes como harían los lobos. ¡Los lobos! Me había olvidado de que los gemelos y Sebastian estaban fuera. Sin embargo, apenas conseguía llevar aire a mis pulmones. La presión sobre mi garganta no me permitiría gritar, y no estaba segura de cómo reaccionaría Melinda —Elijah— si lo hacía; yo misma había visto al nigromante arrancarle el corazón no a una, sino a dos personas con sus propias manos. Y lo que fuera que estuviese haciendo, poseer a Melinda o controlar su cuerpo a distancia, no se estaba viendo demasiado afectado por los hechizos de supresión de la cabaña.

Alex ladeó la cabeza, lo cual lo hizo parecerse aún más a los lobos.

—¿Eso fue lo que te pasó, Elijah? ¿Sarah te engañó? Creía que habías hecho un trato con ella para salvar a Mercy.

Melinda siseó, aunque ya resultaba evidente que era Elijah quien hablaba a través de sus labios. Me concentré en buscar su magia. ¿De verdad estaba allí o era solo un elaborado truco de ventrílocuo? Percibía poder detrás de mí. No como el de Alex o como el mío; mucho más débil, en cierto modo, apagado. Me hizo pensar que era el de la propia Melinda. Pero había algo más que no conseguía ubicar, algo malicioso, pero tampoco tan devastador como debía de ser la magia del nigromante.

No estaba allí, no del todo. Quise pensar que también Alex lo sabía.

—Sarah eligió, y lo hizo mal. Como todas las Good. Así que sí, hice un trato con Benjamin. Ellos creían que los ayudaría a escapar juntos, pero me quedé con su criatura y, a cambio, maldije a todos los Good y Ravenswood de generaciones futuras que se atrevieran siquiera a desear estar juntos.

—Los traicionaste —dijo Alexander. Luego, sus ojos negros se fijaron en mí y murmuró para sí mismo—: Dith y Wood.

Yo había estado en lo cierto, o al menos me había acercado. Pero no había sido el destino quien parecía empeñado en unir a un Ravenswood y una Good para luego separarlos, sino que Elijah había maldecido dicha unión de llegar a producirse.

—Amabas… a… Sarah —farfullé a duras penas.

Me hubiera reído de haber podido a pesar de que no era gracioso. Salem, los juicios, todo lo sucedido… ¿había sido provocado por un amante despechado?

—¡Basta! No he venido hasta aquí para hablar de eso.

Sus uñas se hundieron un poco más en mi carne y sentí calidez gotear por mi cuello. Las fosas nasales de Alex se hincharon; un gruñido reverberó en su pecho.

—¿Qué quieres?

—A ti, Luke. Tu poder y tus capacidades. Solo eso.

—Quieres un imposible.

Elijah me empujó por la espalda, obligándome a arquearla para mantenerme lo más quieta posible.

—Igual que tú, ¿no es así? Esto —dijo, y me zarandeó de modo que la piel se desgarró un poco más— acabará mal si no te unes a mí.

—Te aseguro que si Danielle sufre más daño, lo único que obtendrás a cambio será mi furia. Y no descansaré hasta que haya borrado cualquier rastro de tu persona de la faz de la Tierra.

—Solo tengo que esperar —prosiguió, como si Alex no hubiera hablado. Los bordes de mi visión comenzaron a ennegrecerse por la falta de oxígeno—, pero estoy cansado de perder el tiempo, Luke. Tienes tres semanas para venir a mí, aunque no te prometo que no te haga una visita antes.

—¿O qué? No puedes abrir las puertas del infierno sin mí.

Me vi lanzada hacia delante. Por suerte, Alexander me atrapó antes de que me diera de bruces contra el suelo. Mis pulmones se expandieron de golpe al verme liberada y empecé a toser. El aire de la habitación crepitó y supe que Elijah se había marchado. Sin embargo, Alex se apresuró a dejarme en el sillón y regresó junto a Melinda. La mujer seguía de pie y debía estar confundida, porque ni siquiera se apartó cuando él extendió el brazo y le arrancó de cuajo el colgante que reposaba entre sus clavículas.

—Por tu bien, espero que no te hayas prestado a esto voluntariamente.

Tiró el collar al suelo y pisoteó el amuleto hasta convertirlo en pedacitos. Cuando regresó a mi lado, yo ya me había recostado para tratar de recuperar el aliento. Tenía la garganta dolorida y estaba un poco mareada.

—Lo siento, debería haberme dado cuenta —murmuró, arrodillándose junto al sofá.

Melinda hizo un ruidito de disgusto que no tuve fuerzas para detenerme a interpretar, así que me dediqué a ignorar que estaba allí y, por suerte, ella no se hizo notar de nuevo.

—No pasa nada. Estoy… bien.

Alex agitó la cabeza ante la mentira. No quería discutir con él, lo único que deseaba era alejarme, y alejarlo, de aquella mujer cuanto antes. Hice ademán de incorporarme, pero él me detuvo.

—Espera, hay que curarte. Avisaré a los demás.

Echó un vistazo rápido hacia su madre. La mujer se había sentado de nuevo y lucía completamente aturdida; sin embargo,

Alex debió decidir que no iba a correr ningún riesgo. En lugar de ir hasta la puerta, llamó a Wood a gritos. Apenas habían transcurrido unos pocos segundos cuando Wood, Rav y Sebastian irrumpieron en el salón.

Al descubrirme tumbada en el sofá, todos empezaron a hablar al mismo tiempo. Alex ni siquiera se paró a explicar lo sucedido.

—Sacadla de aquí —pidió, señalando a su madre—. Podéis encerradla en otra habitación mientras compruebo las heridas de Danielle, pero no la dejéis sin vigilancia.

Sebastian se adelantó antes de que ninguno de los otros pudiera ofrecerse. Agarró del brazo a la mujer y la obligó a ponerse en pie. La mirada que Wood le dedicó al pasar la hubiera hecho correr en dirección contraria si hubiera sido consciente de ella.

En cuanto estuvieron fuera de nuestra vista, Alex se concentró de nuevo en mí. Con el ceño fruncido por la preocupación, empujó mi barbilla con suavidad hacia atrás.

—Solo es un arañazo —señalé, lo cual era una mentira aún más gorda.

Alex resopló.

—Estás sangrando, y tu voz suena como si te hubieras dedicado a tragar piedras. No es solo un arañazo.

Rav se colocó junto a él y contempló los daños con la misma concentración, y fue solo entonces cuando me acordé de la dolencia que aquejaba a mi amigo.

—Oh, mierda, nos hemos olvidado de preguntarle por Cam.

—¿Cam? —inquirió Raven—. ¿Qué podría saber Melinda sobre lo que le ocurre a Cam?

Alexander apretó los dientes con tanta fuerza que temí que se rompiera alguno.

—Tenía un colgante embrujado que Elijah ha empleado para comunicarse con nosotros a través de ella.

Wood masculló una maldición, pero fue Raven el que dijo:

—Deberíamos haber entrado con vosotros.

—No es culpa vuestra. Yo debería haber percibido la magia del amuleto, pero estaba demasiado… distraído.

Más bien furioso y dolido, lo cual resultaba lógico en vista de lo mal que había ido todo.

—¿Crees que era él todo el tiempo?

Alex titubeó.

—No estoy seguro. Diría que es imposible que Elijah esté al tanto de mi historia completa, pero en realidad hablé yo la mayor parte del tiempo. Podría haber sido él desde el principio y estar siguiéndome el juego.

Yo no estaba tan segura. Melinda había dicho que Alex le había hecho daño. Ese dato no era de dominio público en Ravenswood, y veía complicado que el nigromante hubiera podido escucharlo de algún alumno a lo largo de los años. Claro que Tobbias podía habérselo contado.

—¿Qué fue lo que os dijo? —preguntó Wood.

Los dedos de Alex se deslizaron a lo largo de mi garganta y palpó el borde de las heridas con cuidado. Cuando se me escapó un quejido, retiró la mano. Volvió la cabeza hacia Wood para responder:

—Nos dio un ultimátum: tengo tres semanas para reunirme con él en Ravenswood.

Esperé para ver si añadía algo más, pero no lo hizo, y comprendí que había decidido no compartir con Wood nada sobre la supuesta maldición entre nuestros linajes. Puede que lo hiciera para no incrementar su dolor o para evitar que se preocupara por nosotros. Seguramente, por ambas cosas.

Wood ya había sufrido lo suficiente, y saber que tal vez su historia con Dith había estado condenada desde el principio no le ayudaría en nada. Pero si Elijah había dicho la verdad, significaba que ese era el mismo destino que nos esperaba a Alex y a mí.

# 23

Laila sanó mis heridas. Otra vez. Y lo hizo mostrándole a Alex cada paso a seguir a petición de este. Parecía decidido a aprender todo cuanto pudiera sobre la magia de curación. Los cortes desaparecieron y el dolor de garganta se fue con ellos, así como el cardenal que empezaba ya a formárseme en la zona. No le llevó más que un puñado de segundos; no se podía negar que la heredera de Abbot tenía un don para sanar.

Sebastian se había quedado en la cabaña custodiando a Melinda, pero apareció cuando Alex y yo estábamos saliendo del invernadero. Había estado interrogándola. Nos dijo que ella no había sabido que el colgante estaba hechizado. Al señalarle que podría haber mentido, Sebastian confesó que había empleado magia oscura para obligarla a decir toda la verdad. Si esperaba que Alexander o yo le reprochásemos ese detalle, debió de llevarse una decepción.

—¿Sabes si fue Elijah todo el tiempo?

Me encogí al escuchar la pregunta porque sabía que, a pesar de todo, a Alex aún le importaba.

—Recordaba todo lo sucedido hasta que tú te transformaste. Ha dicho que no sabe qué pasó después. Lo siguiente que recuerda es ver a Danielle ya herida y a ti rompiendo el colgante.

Joder. Melinda había estado ahí; incluso si exigirle que regresara era alguna clase de imposición de Tobbias, o del propio Elijah a través de este, había sido ella la que pronunciaba cada palabra de dicha petición. Y también la que le había reprochado el daño causado hacía tantos años.

Aunque Alex mantuvo el rostro inexpresivo, me apreté contra su costado, ofreciéndole consuelo. Él bajó la mirada hacia mí.

—¿Tienes hambre? —Negué. Puede que ya no me molestase la garganta, pero esa noche iba a pasar de la cena—. Bien, entonces es

hora de que conozcas la piscina de este sitio. El agua te vendrá bien para recargarte.

La idea me sonó a música celestial. En realidad, mi magia no había sufrido ningún desgaste porque no la había empleado en absoluto, lo cual hablaba bastante mal de mi capacidad de reacción. Aun así, la posibilidad de nadar…

Le brindé un leve asentimiento y él forzó una sonrisa que no me engañó ni por un momento. Luego, volvió a dirigirse a Sebastian.

—¿Sigue en la cabaña?

—La he metido en el coche y la he instado a largarse lo más lejos de aquí.

—Bien, y gracias por ocuparte de todo.

—¿Vais a seguir adelante con lo del viaje astral?

Después de lo sucedido parecía un riesgo innecesario. Aunque no habíamos llegado a preguntarle a Elijah sobre lo que le sucedía a Cam, ya sabíamos lo que quería el nigromante: a Alex, y eso no era negociable.

—No creo que sirviera de nada.

—Aún podría encontrar la manera de llegar a un acuerdo con él —terció Alex, titubeante.

Entrecerré los ojos y me quedé mirándolo.

—Si vas a ofrecerte como moneda de cambio para que nos ayude, la respuesta es no. Encontraremos otra manera de ayudar a Cam. Nada de viajes astrales por ahora.

Tras despedirnos de Sebastian, Alex me llevó directamente a la piscina. Estaba ubicada en un anexo justo en el ala contraria, así que tuvimos que atravesar toda la academia para llegar hasta allí. Casi todos los alumnos estaban ya en el comedor para la cena o dirigiéndose a él, por lo que esperábamos encontrar las instalaciones vacías y así fue, pero también estaban cerradas.

Alexander realizó un rápido hechizo de apertura y nos colamos en el interior sin que nadie nos viera. La humedad del aire me golpeó de inmediato. La piscina era de tamaño olímpico, y el vapor que se alzaba desde la superficie del agua convertía la estancia casi en una sauna. Oh, Dios, aquello era el cielo.

—Se te están contagiando mis malas costumbres —me reí. Saltarse las normas era más propio de mí que de él—. Creo que te he echado a perder.

Pensaba seguir metiéndome con él un poco más, hasta que se sacó por la cabeza la sudadera que había llevado para salir al exterior y caí en la cuenta de un detalle bastante relevante.

—No tenemos bañador.

Echó un vistazo alrededor y luego me miró como si me dijese «No hay nadie más aquí».

—¿Los necesitamos?

—Definitivamente, te he echado a perder.

Por toda respuesta obtuve una visión gloriosa de su pecho desnudo, pero no se detuvo ahí. Sus manos se movieron hasta la cinturilla de sus pantalones.

—¿Vas a seguir ahí plantada mirándome?

Asentí con un entusiasmo vergonzoso, porque aquel era un espectáculo digno de contemplar.

—Desnúdate, Danielle —dijo entonces—. Puedes dejarte la ropa interior si quieres, aunque… —Extendió el brazo hacia la puerta de entrada y sus labios se movieron para pronunciar un nuevo hechizo de cierre—. Nadie va a entrar aquí.

—Eres consciente de que todos en este sitio son brujos, ¿verdad? Brujos que pueden realizar hechizos igual que tú.

—Te aseguro que este les va a costar más deshacerlo. Ahora, quítate la ropa. ¿O prefieres que sea yo quien lo haga por ti? —Su tono descendió una octava en la última frase, y la mirada con la que acompañó sus palabras me provocó un escalofrío de anticipación.

No me permitió contestar. Se plantó frente a mí y enredó los dedos en el bajo de mi jersey. Agarré su muñeca y lo detuve. Me estaba distrayendo. Alexander tenía la capacidad de hacerme olvidar lo que era importante cuando adoptaba esa actitud juguetona, pero no quería dejarlo pasar.

—Espera. ¿Estás bien? Tu madre…

—No quiero hablar de Melinda. Nunca. No quiero dedicarle ni un solo pensamiento más.

Suspiré. Lo entendía, yo también evitaba pensar en mi padre, y aún más en mi madre y en lo que había descubierto sobre ella y la muerte de mi hermana. Pero hablar a veces ayudaba.

—Está bien, pero prométeme que hablarás conmigo si lo necesitas. —Le rodeé el cuello con los brazos para acercarlo—. Y quiero que sepas que cada una de las cosas que le dije sobre ti era

cierta. Es ella la que ha salido perdiendo en todo esto, no tú. No te merece.

Alex no contestó con palabras, pero sus ojos brillantes y su expresión conmovida hablaron por él. Con la punta de los dedos, me instó a elevar la barbilla para rozar la boca contra la mía.

—Soy yo quien no te merece a ti, aunque no te dejaré escapar de todas formas.

Fui a protestar, pero Alexander decidió dar el tema por zanjado. Me alzó en volandas y se encaminó hacia la piscina.

—Alex, ni se te ocurra.

Él soltó una risita y se situó en el borde.

—La próxima vez, Danielle Good, no discutas conmigo y desnúdate cuando te lo pida —susurró en mi oído.

Luego, sin más, me dejó caer.

Me hundí hasta el fondo antes de salir a la superficie despotricando. Sinceramente, no estaba cabreada. Me dije que podía convertir aquello en otro de esos instantes de normalidad que se le habían negado a Alexander durante tanto tiempo. Además, estas travesuras eran la clase de cosas que siempre había disfrutado; compartirlas con él era un plus.

—Sabes que voy a vengarme por esto, ¿verdad?

—Cuento con ello —dijo, mientras se inclinaba para deshacerse de los pantalones.

Volví a quedarme embobada, al ver toda esa piel dorada y los músculos en movimiento, aunque esta vez hice lo posible para mantener mi expresión desafiante y no delatarme. No estaba segura de haberlo conseguido. Cuando se irguió en toda su altura, cubierto solo por la tela negra del bóxer que abrazaba sus caderas como a mí gustaría estarlo haciendo en ese momento, Alex esbozó una sonrisita de suficiencia al captar mi mirada interesada. Estaba claro que mi capacidad para disimular era muy limitada.

Le hice un gesto con la mano y entonces fui yo quien se puso mandona.

—Ven aquí.

Él arqueó una ceja y me observó desde arriba, pero no se negó. Cuando me di cuenta de que iba a lanzarse, comencé a nadar hacia el otro lado de la piscina, lo cual era un poco complicado con la ropa mojada y las botas aún puestas. Sin embargo, el agua era mi

elemento, tenía ventaja allí. Sentía la magia más viva que nunca en mi interior, y huir de Alex, como un juego que hubiésemos empezado hacía mucho. Así que nadé con todas mis fuerzas y me empleé aún más a fondo cuando escuché a mi espalda el chapoteo de su entrada en el agua.

Al llegar a la zona menos profunda, me puse en pie y seguí moviéndome. No me detuve hasta que estuve a un par de metros del muro. Entonces, me giré para verlo avanzar nadando hacia mí. Tenía estilo, había que concedérselo, claro que había contado con una piscina propia en Ravenswood.

Me alcanzó en cuestión de segundos y se lanzó directo a por mí. No me resistí; enredé los brazos en torno a su cuello, y las piernas, alrededor de sus caderas. Él miro hacia abajo, entre nuestros cuerpos.

—Lo de lanzarte con ropa no ha sido una buena idea. —Me reí y él lo hizo conmigo. Cuando nuestras risas se apagaron, lo descubrí revisando de nuevo mi garganta—. ¿Estás bien de verdad?

—Laila ha hecho un trabajo increíble, y el agua —añadí, empleando una mano para salpicarle la cara— no hace más que reforzarlo. Estoy bien, Alex, deja de preocuparte.

—Nunca.

Puse los ojos en blanco.

—Qué dramático.

—Te encanta mi dramatismo.

—Lo odio.

Mentira, lo amaba. Me gustaba demasiado que fuera tan apasionado y leal con la gente a la que quería, que se desviviera por los gemelos y por mí.

Alex deslizó la mano por mi cuello y sostuvo mi cabeza. Se acercó muy muy despacio a mis labios, mientras que con su otra mano empujaba mi trasero para apretarme más contra él. Cerré los ojos, dispuesta a entregarme a otro de sus maravillosos besos, pero en el último momento trasladó la boca hasta mi oído y susurró:

—Mentirosa.

—Te odio, idiota —insistí, y percibí su sonrisa contra la piel seguido del roce de sus dientes.

Me estremecí. Su lengua salió a jugar. Lamió las gotitas de agua de mi cuello con una dedicación exquisita. Besó y mordisqueó, y

juro que sentí cada toque entre mis muslos. No sé cuánto tiempo estuvo entregado a la tarea, pero las caricias de su boca resultaron demasiado y a la vez insuficientes. El deseo me quemaba en las venas del mismo modo que lo hacía mi magia; lo quería, y lo quería todo.

—Alex…

—No suenas como si me odiases —dijo, y si no hubiera sido porque adoraba cuando se desprendía de su rigidez habitual, lo hubiese golpeado—. Tal vez quieras replanteártelo. O puedo sacarte de aquí, llevarte a la habitación y follarte hasta que admitas que me amas entre gemidos.

Oh, sí, me gustaba este Alexander. Mucho. Me eché hacia atrás para ganar un poco de espacio y poder verle la cara.

—Lo último. Mejor lo último.

Otra de sus sonrisas arrogantes asomó a su rostro y me mantuvo entre sus brazos, pero empezó a caminar hacia la escalera.

—Venga, salgamos de aquí.

# 24

Irme a la cama sin cenar resultó una idea terrible, más aún teniendo en cuenta que Alexander y yo no empleamos las primeras horas en dormir. Después del entrenamiento de la tarde, el ataque de Elijah y la ya mencionada sesión de sexo, primero en la ducha y luego en la cama, mi estómago decidió despertarme de madrugada y reclamar el alimento que no le había proporcionado. Así que dejé a Alex profundamente dormido, me puse su sudadera y un pantalón de chándal y me deslicé lo más silenciosamente posible fuera del dormitorio.

El pasillo estaba desierto y esperaba encontrar el resto de la academia en un estado similar, y fue justo ese pensamiento el que me hizo recordar las veces en las que Cam y yo nos habíamos escabullido en mitad de la noche para asaltar la cocina de Abbot. Nunca había creído que echaría tanto de menos algo tan simple como eso, pero, cuando quise darme cuenta, me dirigía hacia la habitación de Cam en vez de tomar las escaleras. Con todo lo que mi amigo había estado durmiendo, era muy probable que estuviera descansando también a estas horas; sin embargo, me dije que llamaría a su puerta muy flojito y probaría suerte, sabiendo que eso no despertaría a Raven.

Al llegar, descubrí que había luz bajo su puerta. Di solo dos toques suaves. Mi estómago volvió a rugir mientras esperaba. Tras un minuto largo, obtuve respuesta finalmente. Cam me miró con expresión somnolienta y a la vez desconcertada desde el interior del dormitorio.

—¿Qué haces aquí? ¿Y por qué parece que algo ha anidado en tu pelo?

Me había acostado con el cabello húmedo, así que lo llevaba en plan salvaje. Me pasé los dedos por él un par de veces antes de desistir por completo.

—No importa. Vengo a secuestrarte —dije, y su confusión aumentó—. ¿Te apetece una visita nocturna a la cocina?

Eso bastó para que comprendiera de qué iba todo aquello. Una sonrisa enorme le llenó la cara y echó un vistazo por encima de su hombro. Al seguir el rumbo de su mirada pude ver a Rav metido en su cama, durmiendo a pierna suelta. Sin camiseta. Oh, sí, íbamos a hablar de eso en cuanto consiguiésemos un buen trozo de pastel y algo de beber para ayudar a engullirlo.

Cuando volvió a mirarme, era yo la que estaba sonriendo como una imbécil. Le hice un gesto insinuante con las cejas.

—Vas a torturarme con esto, ¿verdad?

—No lo sabes tú bien —me reí—, pero voy a tener la consideración de esperar a que estemos en pleno coma diabético para hacerlo.

—Me parece justo.

Fuimos afortunados; la academia dormía. Laila, Robert y su aquelarre habían confiado hasta ahora en la fortaleza de la barrera para no haber establecido patrullas, pero eso estaba a punto de cambiar. Después de la amenaza de visitarnos lanzada por Elijah, de la que por supuesto habíamos informado a la bruja Abbot, esta nos hizo saber que organizaría guardias, al menos en el exterior, a pesar de que ya había una especie de alarma mágica que saltaría en caso de que alguien tratara de manipular la barrera para entrar. Cualquier precaución que tomásemos estaba justificada teniendo en cuenta lo poderoso que era el nigromante.

Cam y yo alcanzamos la puerta de acceso al comedor sin ningún contratiempo. Estaba abierta, pero no ocurrió lo mismo con la que comunicaba con la cocina. Él hizo un gesto con la mano y se apartó.

—Haz los honores.

Era tan bueno como yo forzando cerraduras, pero me dio la sensación que no se sentía del todo cómodo empleando su magia en la situación en la que estaba, y quizás fuera mejor que no lo hiciera; no sabíamos lo que podría ocurrir si se esforzaba más de lo debido.

Me adelanté y encaré la puerta. Fui rápida. Dith había hecho un gran trabajo enseñándome todo tipo de hechizos de apertura y había pocas cerraduras que se me resistieran, solo esperaba que no tuviera también una alarma y acabásemos teniendo que explicarle a Laila, Aaron o Beth qué hacíamos asaltando la cocina en plena

madrugada. No creía que les convenciera lo de que era una tradición para nosotros, y desde luego sería un pésimo ejemplo para los alumnos de la academia.

—*Et voilà* —dije, con cierto dramatismo, una vez que escuchamos un *clic* revelador.

Luego, invoqué una muy pequeña parte de mi poder en forma de bola de luz que hice levitar cerca del techo.

—Fanfarrona, podías haber simplemente encendido la luz.

—Deja que disfrute de mi momento de protagonismo.

Cam negó con la cabeza a causa de mis payasadas, pero sonrió de todas formas.

La cocina era mayor que la de Abbot, claro que estaba segura de que la academia Bradbury tenía capacidad para alojar a más estudiantes. Todo el mobiliario era metálico y estaba perfectamente limpio y ordenado. Cam y yo ni siquiera tuvimos que ponernos de acuerdo; él se dirigió hacia un lado y yo hacia el otro y dimos comienzo a nuestra particular búsqueda del tesoro. Abrimos varios frigoríficos, armarios, cajones… Reunimos un par de platos, tenedores, algunos refrescos y servilletas. Y, lo más importante, encontramos una tarta de tres chocolates que en un mundo ideal hubiese llevado nuestro nombre impreso.

—Alguien se va a cabrear mucho mañana —señaló Cam, pero no pudo disimular su entusiasmo.

Por un momento fue como estar de regreso en Abbot, y como si la persona que nos regañaría al día siguiente fuera Thomas Hubbard. Cam tenía que echarlo muchísimo de menos a pesar de sus reprimendas…

No regresamos al comedor, sino que nos servimos un trozo enorme de tarta cada uno y nos acomodamos directamente en el suelo, con la espalda apoyada en los armarios y el plato sobre el regazo. Ambos gemimos con el primer bocado.

Dios, de verdad sentaba bien volver a hacer aquello con él.

Durante un buen rato comimos, o más bien engullimos, sin intercambiar una palabra. Y me alegré de que el apetito de Cam no se hubiera visto afectado; aunque seguía ojeroso y algo pálido, quizás incluso un poco más que en nuestro último encuentro.

Necesitábamos encontrar una forma de curarlo pronto; porque, si no dábamos con nada, tendría que arriesgarme y tratar de sanarlo

yo.

—¿Te das cuenta de que aún podríamos graduarnos?

—¿Qué?

Cam hizo un gesto con el tenedor hacia lo que nos rodeaba.

—Podríamos terminar nuestro último año aquí.

No había pensado en ello; sinceramente, había olvidado que, según nuestras tradiciones, mi formación estaba incompleta y no era una bruja de pleno derecho. Tampoco nos habían entregado el que se convertiría en nuestro grimorio.

—No sé si tiene sentido que lo hagamos ya. Todo… ha cambiado —dije.

—Sí que lo ha hecho. —Cam suspiró y se metió otro trozo de pastel en la boca.

—Aunque no me importaría quedarme aquí un tiempo, ¿has visto la piscina que tiene este sitio?

—No, pero parece que tú sí. ¿Has ido con Alexander? —preguntó entonces, porque yo podía ser una cotilla, pero Cam tampoco perdía la oportunidad para ser partícipe de cualquier chisme.

—Ah, no. Aquí soy yo la que hace las preguntas. Ya tuve que soportar las tuyas cuando volví a Abbot. Así que… tú y Raven, ¿y bien? ¿Qué se siente al estar con un brujo oscuro? —me burlé, devolviéndole la pregunta que él mismo me había hecho sobre Alexander—. Porque estáis juntos, ¿no?

Rav había dicho que se habían besado, y no solo eso, estaban durmiendo en la misma habitación. En Abbot, Cam solía ser de los que visitaban otras camas, pero nunca se quedaba; tenía alguna norma absurda al respecto sobre mantener las cosas *ligeras*. En otras palabras, nunca se comprometía.

—¿Te vale si te digo que me gusta?

—Está ahora mismo durmiendo en tu cama; *gustar* me parece un término muy amplio. Concreta un poco más.

Resopló y me lanzó una mirada de soslayo.

—¿Ahora es cuando me das la charla sobre no hacerle daño a tu familiar?

Me eché a reír. No había sido esa mi intención. A pesar de su política de cero compromiso, Cam era un buen tipo y solía dejarle claro a sus ligues lo que podían esperar de él. Pero la verdad era

que me preocupaba un poco que Raven, con su particular forma de ser, pudiera malentender lo que había entre ellos y saliese herido.

—¿Necesitas que te la dé? Porque puedo hacerlo.

Las comisuras de sus labios se arquearon y apartó la mirada. Me di cuenta de que se estaba sonrojando.

—No, no hace falta. Supongo que sí estamos… saliendo.

—¿Supones?

Cam se encogió de hombros.

—No hemos tenido la conversación aún, pero me gusta mucho y es un tipo muy dulce. —Soltó un risita ridícula—. Nunca pensé que justo eso pudiera atraerme tanto de una persona.

—Oh, Dios, mírate, Cameron Hubbard, en el fondo eres un romántico.

Me dio un golpecito de advertencia en el muslo, pero yo estaba disfrutando demasiado de todo aquello. Me encantaba la pareja que hacían, y estaba segura de que se tratarían bien el uno al otro.

—Solo…

—¿Qué?

Se puso aún más rojo, y de verdad que adoraba verlo sonrojarse cuando hablaba de Raven. No era habitual en él, lo cual solo venía a confirmar que estaba colgadísimo.

—Quiero ir despacio con él, ya sabes… —dijo, aunque no tenía ni idea de qué estaba hablando.

—No estoy segura de a qué te refieres.

—Raven no tiene experiencia —admitió finalmente.

—Oh. ¡Oh! Vale, no, no lo sabía, aunque supongo que sí lo intuía. ¿Te supone eso un problema? —pregunté, y él me miró como si acabase de insultarlo.

—Ninguno, pero no quiero que se sienta presionado y no es como si yo me encontrase en mi mejor momento.

Deslicé el tenedor en mi boca con otro bocado y mastiqué mientras valoraba sus preocupaciones.

—Rav es muy sensible para algunas cosas y a veces es complicado hablar con él, no porque se tome nada mal, sino porque es capaz de saltar de un tema a otro sin que exista relación aparente entre ambos, pero, sinceramente, dudo que haga jamás nada que no quiera hacer. Tiene tres siglos de vida, no es un crío y no deberíamos tratarlo como tal, aunque me parece genial por tu parte

que respetes sus tiempos. Solo un consejo: no dudes en preguntarle directamente. A él le gustas muchísimo, Cam, eso sí puedo decírtelo. Y me dijo que os besasteis.

—Estuvimos a punto de acostarnos —soltó él a bocajarro. Me metí otro trozo de tarta en la boca para no hacer preguntas que no me concernían: ¡¿Cómo?! ¡¿Cuándo?!—. ¿Qué? ¿No tienes nada que decir?

Le di un sorbo a mi refresco antes de contestar:

—Mmm… ¿que uséis protección?

Cam se echó a reír, y me di cuenta de que se relajó. Tal vez estaba realmente preocupado por lo que yo pensaría o quizás le inquietaba el hecho de que Raven fuera un brujo oscuro y un familiar.

—Tienes mi bendición si eso es lo que quieres saber; no es que la necesitéis, claro. Por lo que sé, tenéis también la de Alexander, aunque es posible que haya amenazado con arrancarte la cabeza si se te ocurre herir a Rav de alguna forma.

Un montón de trozos de chocolate salieron volando de su boca de golpe.

—Bromeas, ¿verdad? —preguntó, alarmado.

Solté una carcajada.

—No.

# 25

A la mañana siguiente desperté sola. El lugar de la almohada donde debía reposar la cabeza de Alexander estaba ocupado por una nota que me avisaba de que estaría en el gimnasio. Fruncí el ceño al leerla, inquieta. Había pensado que, a pesar de la situación, Alex se habría quedado algo más tranquilo después de haberse transformado en la cabaña. Por lo visto, no había sido así. Yo no tenía claro que matarse a ejercicio lo estuviese ayudando mucho, pero presionarlo no me parecía la mejor solución; había demonios —esta vez figurados— con los que solo él podía lidiar.

Después del atracón de unas horas antes, decidí que podría saltarme el desayuno, aunque necesitaba con urgencia una dosis de cafeína. Cam y yo nos habíamos pasado gran parte de la madrugada charlando tirados en el suelo de la cocina, hasta que al final regresamos a nuestras respectivas habitaciones casi rodando y muertos de sueño. Un café bien cargado sonaba muy muy bien ahora mismo.

Pensaba darme una ducha rápida antes de ir a buscar uno al comedor, pero apenas había puesto los pies en el suelo cuando alguien llamó a la puerta. Me había vuelto a quedar dormida con una camiseta enorme de Alexander que tapaba lo necesario y estaba segura de que sería alguno de mis amigos, así que no me molesté en adecentarme antes de ir a abrir.

Bueno, pues no era ninguno de ellos.

Carla Winthrop era la última persona a la que hubiera esperado encontrar en mi puerta a pesar de que Sebastian me había dicho que estaba en la academia. Me tomó tan desprevenida que me quedé allí plantada sin decir nada.

—Señorita Good, es un placer volver a verla —dijo ella, cuando resultó evidente que yo me había quedado sin palabras. Su mirada descendió un momento, lo justo para que yo me percatase de que

era consciente de mi aspecto, y luché por no tirar hacia abajo del dobladillo de la camiseta—. Veo que no esperaba visita.

No la suya, eso seguro, pero me picó la curiosidad. Y el comentario no había estado destinado a ofenderme, o al menos eso me pareció, así que opté por ser amable.

—Consejera Winthrop, en realidad, no. Pero puede pasar si quiere.

Me hice a un lado, y ella no se demoró en entrar. Le señalé la butaca del rincón. No había mucho más donde elegir, por lo que yo fui a sentarme a los pies de la cama y le di tiempo para que se acomodase. Esperaba que aquella no fuera una visita oficial, porque si el consejo creía que aún tenía algo que decir sobre mi relación con Alexander, íbamos a tener una conversación muy muy corta.

—¿Y bien? ¿Qué puedo hacer por usted?

—Sin preguntas de cortesía y directa al grano.

Enarqué una ceja.

—No veo por qué deberíamos andarnos por las ramas, dada la situación.

—No, no deberíamos, así que hablaré con la misma franqueza que usted. Tutéame, por favor. Y si me lo permites, haré lo mismo. —Asentí para hacerle saber que me parecía bien y ella prosiguió—. Como bien sabrás, el consejo blanco ha perdido recientemente a tres de sus miembros. Solo quedamos Elias Fisk y yo, lo cual es una anomalía. Desde su fundación, nunca había sucedido que tuviésemos que lamentar la pérdida de más de un consejero a la vez.

—Sin ánimo de ofender, pero creo que tenemos problemas mucho más graves que ese ahora mismo.

Lo último que me preocupaba era el consejo y su organización, y tampoco veía por qué había venido a hablar de ello conmigo; yo solo era una alumna, una alumna díscola que se había fugado de Abbot y ni siquiera había llegado a graduarse.

—Los tenemos. Sé lo que sucedió en Ravenswood, Danielle. Sé a lo que os enfrentasteis y lo que hiciste. Pero el consejo es necesario. Este sitio, incluso cuando agrupa a distintos tipos de brujos, ¿crees que se dirige solo? ¿O es que no hay normas aquí? —inquirió, y tuve que admitir que en eso llevaba algo de razón. Sin embargo, la actitud de Robert, Laila y los demás y sus reglas no tenían nada que

ver con las obsoletas leyes del consejo blanco. O el oscuro, ya que estábamos—. Siempre ha de haber alguien para tomar las decisiones difíciles…

—Para castigar o maldecir a los brujos que infringen normas absurdas que ustedes mismos han inventado, quiere decir.

Dios, estaba siendo aún más descarada que de costumbre, pero no encontraba un motivo razonable para callarme. Ambos consejos habían impuesto su voluntad durante tres siglos y habían condenado, y a veces maldecido, a todo aquel que no aceptara sus estúpidos principios, Dith y los gemelos entre ellos. No, no iba a callarme.

—Se han cometido errores.

Me eché a reír.

—Eso es un puñetero eufemismo y usted lo sabe —repliqué, decidiendo que no me apetecía tutearla; no se había ganado esa clase de cercanía.

—Tienes razón, y lo siento en la medida en la que sé que te ha afectado directamente. Pero yo no condené a Meredith Good ni tampoco a los gemelos Ravenswood, Danielle. Te rogaría que recuerdes eso.

Inspiré hondo para calmarme. No estaba preparada para mantener ese tipo de charla tan temprano y sin haberme tomado un café, pero tenía que haber un buen motivo por el que la mujer hubiese decidido visitarme y, después de todo, había sido mucho más moderada durante la farsa de juicio que se había llevado a cabo contra mí.

—Está bien, de todas formas no es algo que podamos cambiar, lo que me lleva de nuevo a preguntarle qué puedo hacer por usted.

—Ya se han postulado candidatos para ocupar las vacantes. Estoy aquí por dos motivos: el primero era que quería comprobar con mis propios ojos cómo funciona la academia Bradbury, y el segundo, para advertirte de que tu padre es uno de los aspirantes a consejero.

—Lo siento, ¿qué?

Apenas había vuelto a pensar en mi padre después de nuestro último encuentro en Abbot. No era como si no pudiese esperar algo así de él, pero me sorprendí de todas formas.

—Tu padre podría entrar a formar parte del consejo blanco,

Danielle —repitió Winthrop con paciencia.

—Es absurdo, nadie querría a un Good en el consejo.

—Lo harían ahora que tú has demostrado tu valía. Tienes mucho poder, y eso le da prestigio a tu linaje incluso cuando has dejado claro que no estás especialmente interesada en someterte a ciertas reglas.

Resoplé. Dios, estaba harta de todo aquello. El poder era lo único que les preocupaba y quizás por eso estábamos con la mierda al cuello. ¿Es que no se daban cuenta?

—¿Qué pasará si sale elegido?

Nathaniel Good había dejado muy claro lo que sentía por los Ravenswood. Si se le ocurría venir a por ellos…

La consejera no contestó de inmediato. Ladeó la cabeza y se quedó mirando el exterior a través la ventana a pesar de que la mayoría de las vistas era terreno blanco y, más lejos, el muro. Aun así, el paisaje no estaba mal; el cielo había amanecido despejado y estaba teñido de un bonito color azul. Tal vez tuviésemos suerte y la nieve nos diera una tregua.

—Este sitio es diferente —dijo después de un momento—. Tengo que admitir que no está mal del todo. Han hecho algo bueno aquí y los alumnos parecen contentos; pero, más allá de eso, están unidos. Nadie ha visto algo así desde mucho antes de Salem.

—Lo sé. —Fue todo lo que dije, porque ella seguía ensimismada, contemplando el exterior.

Pero entonces me miró.

—Aunque apoyo la idea de que el consejo blanco se reorganice, no me gustaría ser la responsable de nuevos errores, Danielle. No quiero que otra chica como tú tenga que recriminarle en un futuro a mi sucesor o sucesora por algo que se podría haber evitado. —Bien, eso estaba muy bien. La mujer tenía conciencia y estaba dispuesta a hacer algo al respecto—. Pero, ahora mismo, el único otro consejero electo es Fisk, y creo que ambas sabemos perfectamente lo que se puede esperar de ese hombre. O de hombres como tu padre.

—Puedo imaginarlo. Si por casualidad conseguimos salir airosos de lo que sea que esté planeando Elijah Ravenswood, emplearán lo sucedido como arma arrojadiza contra la comunidad oscura, y en particular contra los Ravenswood. La guerra que lleva tres siglos desarrollándose entre ambos bandos se recrudecerá aún más si

cabe.

Winthrop asintió, y había verdadero pesar en su rostro.

—No quiero eso, y creo que tampoco es lo que tú quieres. Además, algo me dice que se necesitará de ambas comunidades para hacer frente a Elijah.

—¿Qué propone? Porque supongo que está aquí para proponerme algo.

Las comisuras de sus labios se curvaron levemente y las arrugas en torno a sus ojos se profundizaron. Pese a ello, el gesto la hizo parecer más joven, también más cordial.

Se inclinó hacia delante y yo la imité por pura inercia.

—Quiero proponerte a ti como candidata para el consejo.

Se me abrieron los ojos como platos y retrocedí de golpe. Era una broma, ¿no? O tal vez no la hubiera escuchado bien. ¿Eso era cosa de la falta de cafeína? A lo mejor me estaba haciendo alucinar; una especie de síndrome de abstinencia o algo similar.

—Tengo dieciocho años —señalé. No se me ocurrió qué más decir. En realidad, quería echarme a reír, pero me contuve.

—Soy consciente de ello, como también sé que no has llegado a graduarte, pero eso se puede arreglar, y creo que has acumulado suficiente experiencia de campo de todas formas.

Winthrop estaba drogada, tenía que ser eso. De haberme dicho que Alexander podía formar parte del consejo la hubiera creído, pero ¿yo? No podía estar hablando en serio.

—¿Sabe lo que he hecho esta madrugada? Asalté la cocina de este lugar con un amigo para conseguir tarta —dije, omitiendo el nombre de Cam porque no era una chivata— y me la comí sentada en el suelo. No puedo estar en el consejo. Ni siquiera sé qué hacer conmigo misma la mayoría del tiempo.

La mujer se echó a reír. ¡Se estaba riendo! No sabía si de mí o conmigo, aunque era muy probable que fuese lo primero.

«Definitivamente, está drogada», pensé.

—En mis tiempos, yo también arrasaba con los dulces en Abbot, Danielle. Y no siempre lo hacía con el beneplácito del personal de cocina.

Ya, bueno, me era difícil imaginarlo viendo a la mujer que tenía frente a mí, y aún menos podía pensar en un futuro en el que yo estuviera donde ella estaba ahora. Ni de broma.

Agité la cabeza, desconcertada.

—Nadie me tomaría en serio. Es más, digamos que le sigo el juego en toda esta locura, nadie va a votar por mí.

—Te asombraría lo que la gente piensa sobre ti y lo que hiciste en Ravenswood. Tampoco te importó enfrentarte a todo el consejo blanco en Abbot. Eres una mujer apasionada que lucha por lo que cree y con un sentido de la lealtad increíble, además de una gran capacidad de sacrificio, a costa incluso de tus propios intereses. Y eso hoy en día es muy difícil de encontrar.

—Lo hice porque alguien a quien quería estaba en peligro —admití, sin avergonzarme por ello.

Winthrop me observó un instante, serena y contemplativa, y solo Dios sabría en qué demonios estaba pensando mientras lo hacía.

—Hazte una pregunta: de haber sido esa niña, Ava, la que hubiera sido secuestrada, ¿habrías ido o no en su busca?

—Lo habría hecho, pero… ella es una niña.

—Está bien. Pregúntate entonces qué habrías hecho si hubiese sido tu padre, porque si la respuesta es afirmativa, Danielle Good, eres justo la persona que estoy buscando.

# 26

Cuando me reuní con los demás y les conté todo acerca de la visita de Winthrop, las carcajadas de Wood fueron épicas. Le hice una peineta solo por principios, porque luego se alineó con la opinión de los demás, que fue desconfiar más de las intenciones de la mujer que de mi posible valía como futura consejera.

Estaban todos locos.

No era tanto que no creyera en mí misma como que no pensaba ser la persona adecuada para decidir sobre la vida de los demás. ¿Qué era correcto? ¿Qué no lo era? ¿Quién debía ser castigado? No, gracias. La mitad de las veces ni siquiera tenía idea de si lo que yo hacía estaba bien o mal, como para ponerme a juzgar a los demás. Era ridículo.

Sin embargo, solo podía haber un miembro del mismo linaje en el consejo, y la alternativa era que mi padre fuese esa persona. Quizás no consiguiese el puesto, pero ¿y si lo hacía? Había sido víctima de su desmesurada ambición, sabía de lo que era capaz; si yo carecía de criterio, Nathaniel Good… No quería ni pensarlo.

Winthrop creía que podía salir vencedora frente a mi propio padre. Él podía tener el apoyo de la parte más conservadora y, desde luego, su edad y experiencia eran más adecuadas para el puesto, pero, según ella, habría unos cuantos linajes que votarían por mí y podrían aumentar en número cuando todos supieran lo que había hecho y que era la Ira de Dios. Pero Carla no solo había venido a tantearme a mí, también había hablado con Laila, tanto para saber si se presentaría como para preguntarle si me votaría de no hacerlo. La heredera de Abbot le había dicho que estaba totalmente entregada a su labor en la academia y no disponía del tiempo que requeriría dicho cargo, pero que… me secundaría. No supe qué decir cuando ella misma me lo contó.

Tenía una semana para pensarlo. Era el tiempo que se había

dado para que los que así lo desearan se postularan como elegibles. Ni siquiera pregunté a quién me enfrentaría, la verdad, algo que quizás debería haber hecho. Pero es que era todo demasiado surrealista.

—Lo harías bien —dijo Alexander—. Tienes un sentido de la justicia equilibrado. Y de todas formas, es hora de que las cosas cambien en ambos consejos. Puedes ser el motor de ese cambio.

Raven asintió con entusiasmo. Cam estaba partido de risa y no pude culparlo, yo también quería reír. O llorar, dependía del momento.

—No creo que esté preparada para hacer algo así.

Laila sonrió desde detrás del escritorio de su despacho, donde habíamos vuelto a apiñarnos.

—Alexander tiene razón, es una buena oportunidad para cambiar las cosas, Danielle.

Yo seguía negando con la cabeza, y no, no era falsa molestia ni nada parecido.

—¡Robé tarta anoche, por Dios! ¡Y me colé en la piscina!

Hubo alguna risita y Annabeth me lanzó una miradita que decía «Quiero detalles de eso más tarde». Pero Laila ni se inmutó.

—Lo sé. Ocurren pocas cosas en esta academia sin que yo me entere.

Alexander tosió. Juraría que acababa de atragantarse con su propia saliva. Al menos no nos habíamos puesto creativos en la piscina; pequeños detalles por los que estar agradecida.

—Eso es perturbador, Laila, y un poco espeluznante —comenté.

Su mirada se deslizó de Cam a Alexander y supe que, a pesar de que yo no los había mencionado, la bruja sabía que había estado con ellos en uno y otro lugar. De verdad que era perturbador; yo no sabía qué hacían o dónde estaban mis propios amigos durante la mayor parte del día.

—Pues yo creo que es una idea cojonuda —intervino Annabeth, aunque de ella me esperaba algo así—. Los Putnam te apoyaremos.

—Hablaré con los míos —repuso Aaron.

Sebastian fue a abrir la boca, pero lo acallé con un gesto.

—Si lo dices…

El Ibis sonrió.

—Pertenezco a un linaje menor, pero…

—No sigas.
—Te prefiero a ti antes que a tu padre.
—El listón está muy bajo, eso no es tan halagador como crees —repliqué, a pesar de que empezaba a emocionarme un poquitín al ver que estaban dispuestos a apoyarme.
La puerta se abrió y Robert apareció en el umbral. Oh, Dios, tal vez él pusiera algo de cordura en todo aquel lío.
—¿Dónde está nuestra candidata? —gritó, mientras entraba seguido de Gabriel Putnam.
A la mierda mi vida.
—No soy candidata.
—Mejor tú que cualquiera de esos vejestorios —dijo Gabriel, lo cual fue una sorpresa. No habíamos sido muy fan el uno del otro al conocernos.
Robert nos brindó un saludo general y luego fue hasta Raven y se dieron la clase de abrazo que se esperaría de dos viejos amigos. Cam contempló el intercambio con más interés del necesario, y eso sí que fue divertido. Cuando me descubrió mirándolo, enrojeció hasta las orejas y apartó la vista. Ay, madre, qué bonito era.
—¿Podemos olvidarnos del tema por ahora? Hay cosas mucho más importantes a las que prestar atención.
Las expresiones de los presentes pasaron de burlonas a sombrías en cuestión de segundos. Lamenté ser yo la que les aguara la fiesta, pero de verdad que necesitábamos centrarnos en solucionar problemas más acuciantes, como el puñetero fin del mundo, por ejemplo. Sin embargo, acto seguido me di cuenta de que aquella era una forma como otra cualquiera de pensar que iba a haber un futuro con algo más que oscuridad y demonios por doquier, y necesitábamos creer en ello. Lo necesitábamos desesperadamente.
—Lo siento.
Alex me rodeó la cintura desde atrás y me abrazó.
—No, tienes razón, pero no desestimes la importancia de la oferta de Winthrop. Podría ser la primera vez que un miembro del consejo está dispuesto a pensar diferente y pelear con los demás por ello. Está poniendo en riesgo la reputación de todo su linaje, y ya sabes lo importante que es para la mayoría.
—Lo sé, lo sé. Es solo que es mucha responsabilidad, y no creo que yo pueda hacerlo bien.

—Quizás es eso lo que te hace la persona adecuada, Danielle, te hará ser cauta y esforzarte para realizar tu labor lo mejor posible —dijo Laila—. Y la mayoría de los consejeros tienen una visión sesgada de nuestro mundo. Tú has sido capaz de ver a través de los bandos.

—También tú. O Robert. O todos vosotros en realidad.

—Pero eres la Ira de Dios —dijo Gabriel. Se había situado de pie detrás de Laila, y me recordó a Sebastian y su típica postura de soldado—. ¿Qué? Puede freírle el culo a cualquier imbécil que no se comporte —añadió cuando todos lo miraron.

Suspiré.

—¿Podemos volver a lo importante? ¿Se sabe algo más del estado de Ravenswood?

Laila me observó unos segundos antes de dar el tema por zanjado y contestarme, pero su mirada lo dijo todo: «Está bien, pero no olvides que seguimos teniendo un futuro y podrías hacer de él algo distinto y mejor».

—No ha habido ningún movimiento que sepamos. Hay una nueva patrulla vigilando los terrenos, aunque les he pedido que no se acerquen demasiado.

Era un buen consejo; estaba segura de que Elijah no dudaría en colgar más brujos si los descubría rondando por los alrededores. Me alegraba que Laila estuviera siendo cuidadosa en ese aspecto.

—En Dickinson está todo tranquilo también por ahora.

—Bueno, sabemos que Elijah sigue en Ravenswood. Le pidió a Alex que volviera allí.

Eso causó una pequeña ronda de preguntas, sobre todo por parte de Robert y Gabriel, con los que no habíamos comentado nuestras sospechas sobre lo que Alex podría haber despertado la Noche de Difuntos.

—Si despertaste algo oscuro en ese lugar, eso podría suponer que Elijah tenga acceso a un ejército de demonios al menos en los terrenos de la academia —comentó Gabriel.

Se frotó el lateral de la cabeza con evidente frustración. Tenía que haberse retocado el rapado, porque lo llevaba aún más corto que la última vez.

Alexander asintió con los dientes apretados y gesto serio a pesar de que no era una pregunta.

—Pero ¿por qué tres semanas? —tercié yo—. ¿Por qué no dos, una o ya mismo? ¿Por qué esperar? No tiene sentido. Elijah ha pasado tres siglos elaborando esta venganza macabra, cualquiera diría que querría empezar cuanto antes… —Miré a Alexander al caer en la cuenta de algo que me había estado molestando desde que su antepasado había lanzado su amenaza—. Tu cumpleaños. Dijiste que era en el solsticio de invierno, eso es en tres semanas.

Todo el mundo comenzó a hablar a la vez en un tono cada vez más alto. Hubo más preguntas, superpuestas las unas con las otras, que dieron lugar a una algarabía de voces. Temí por Raven, parecía agobiado al no poder seguir todas las conversaciones que se establecieron. Se había colocado contra la pared en un ángulo que le permitiera vernos e ir leyendo los labios a los presentes, pero no si todos se ponían de acuerdo para intervenir al mismo tiempo. Juraría que sentía la presión de su angustia en mi propio pecho.

Me acerqué a él y acuné su rostro entre las manos para que me mirase solo a mí.

—Hola, Rav. —Su rostro se descongestionó en su mayor parte y el alivio floreció en sus ojos azules—. ¿Qué tal si tú y yo vamos a dar una vuelta?

Asintió. Luego miró a Cam y este articuló un «Ve con ella». Enlacé nuestras manos y me dirigí con él hacia la salida sin dar ninguna explicación. Sin embargo, sentí el peso de la mirada de Alexander sobre mí y también una maravillosa calidez proveniente de él, como si de algún modo hubiera encontrado la manera de hacerme sentir su aprobación, su admiración y su cariño desde el otro lado de la habitación.

Al abrir la puerta, eché un vistazo por encima del hombro y lo descubrí observándome.

«Te veo, Danielle Good. Y digas lo que digas, eres la persona adecuada. Yo creo que en ti», me transmitieron sus ojos.

Y creo que fue esa mirada de orgullo, aceptación y confianza lo que de verdad me hizo decidirme: buscaría a Winthrop y le diría que contase conmigo. Si había un futuro para nosotros, quería que fuese uno en el que todos tuviésemos cabida sin importar quiénes éramos, qué capacidades teníamos, de cuánto poder disponíamos o cuál era el linaje en el que nos había tocado nacer.

## Alexander

Me acerqué hasta Cameron y ocupé el hueco que había dejado libre Raven al marcharse con Danielle. Él aún estaba mirando la puerta por la que acababan de salir, pero se volvió hacia mí después de un momento.

—¿Raven está bien?

—Danielle sabe cómo llegar hasta Rav; así que, si no lo está, lo estará muy pronto. Es complicado para él cuando hay mucha gente en la misma habitación.

La mayoría de la gente tendía a olvidar que Raven era sordo y no todo el mundo se daba cuenta del esfuerzo que le suponía a diario interactuar con otras personas, sobre todo fuera de su círculo más cercano. Incluso yo lo olvidaba a veces. Que Danielle se hubiese percatado de lo que sucedía y hubiera actuado con mayor rapidez que su propio gemelo o yo mismo solo consiguió que me reafirmara en lo correcto que era que hubiese pasado a ser su familiar; la sintonía entre ellos era total.

De no haberlo estado ya, me habría enamorado de ella entonces.

—Se preocupa mucho por él, y me alegra saber que tú también lo haces —agregué tras un instante.

—Debería haberme dado cuenta.

—Tranquilo, lo harás. —Hice un breve pausa—. ¿Sabes? Cuando escuché a Danielle hablar de ti por primera vez, me puse celoso. Ni siquiera te conocía y ya me caías mal.

Hubo un destello de sorpresa en sus ojos que no alcanzó a esconder, como tampoco disimuló el tono perplejo al preguntar:

—¿Celoso de mí? Si esto va por nuestra pequeña excursión de anoche a la cocina…

—Habías estado con ella y yo ni siquiera podía tocarla —lo interrumpí—. Sí, estaba celoso, y mucho. No tiene nada que ver con lo de anoche. Me gusta que tenga amigos a los que recurrir, aunque me preocupa un poco la cantidad de azúcar que sois capaces de tragaros de una sentada.

Cameron se relajó visiblemente, y quedó claro que había pensado que mi intención era reprocharle su escapada nocturna con Danielle. No se trataba de eso; más bien, todo lo contrario. Cameron era un buen amigo, y entendía lo preocupada que Danielle estaba

por él y por la posibilidad de hacerle cualquier clase de daño intentando curarlo.

—Gracias por el consejo, por cierto. El que me diste en Abbot, sobre no rendirme cuando ella tratase de escapar.

Cam sonrió.

—Se merece que alguien luche por ella y, sobre todo, que permanezca a su lado sin condiciones.

—Bien, porque no tengo planeado irme a ninguna parte.

Todo el mundo empezó a moverse a la vez a nuestro alrededor. Supuse que la reunión había acabado, aunque, tan centrado como había estado en Cameron, no me había enterado de nada en los últimos minutos. Mientras los demás abandonaban la habitación, Laila salió de detrás del escritorio y vino hasta nosotros.

—¿Puedo hablar con vosotros un momento? —preguntó, y tanto Cameron como yo asentimos—. He estado revisando muchos de los libros de mis padres y he encontrado muy pocas referencias a la Ira de Dios. Es decir, hay algunas y se menciona la capacidad de purificación de dicho poder, pero no terminan de especificar cómo actúa o las posibles secuelas. Los comentarios que he visto casi siempre están ligados a su uso en demonios, y no se habla de sanarlos precisamente.

Cameron hizo un mueca.

—Genial, realmente genial.

—Pero, como le dije a Danielle, tú no eres un demonio, y podemos suponer que lo que te ocurre se asemeja a algún tipo de infección mágica. Así que tal vez…

—Hay muchas suposiciones ahí —intervine, porque sabía que Danielle no se arriesgaría basándose solo en conjeturas—. ¿Qué hay de tu abuelo? ¿Has hablado con él?

Los hombros de Laila se hundieron.

—No sabe mucho más. En realidad, siempre ha pensado que ese poder era un mito, pero me planteó una cuestión en la que no habíamos pensado sobre Elijah: en teoría, la Ira de Dios se concibió para proteger al portador de la marca de los malditos y que nadie pudiera poner fin a su tortura eterna; entonces, ¿cómo esperar que Danielle y tú podáis derrotar a Elijah? También él la tiene.

—La Ira de Dios también es lo único que puede herir a su portador. De todas formas, nunca antes ha habido dos miembros del

linaje Ravenswood con la marca en la misma generación. Elijah no pertenece a esta época, incluso si se ha hecho carne de nuevo, así que el equilibrio debería estar de nuestra parte en esto.

—Así que Danielle podría matarte.

La pregunta de Laila me tomó desprevenido; me aterraba tanto la idea de hacerle daño a Danielle —lo que había estado a punto de hacerle— que no me había parado a pensar demasiado en lo que ella pudiera hacerme a mí. En ese momento comprendí mejor lo que me había confesado sobre no desatar todo su poder en el auditorio.

—Supongo que sí, si fuese necesario.

Cameron palideció con mi respuesta. En cambio, para mí resultaba tranquilizador saber que, si perdía el control, ella sería capaz de detenerme. Y quizás fuese eso justo lo que se preguntaba Laila. No la culpaba por ello; nos había prestado ayuda desde el primer momento, había curado a Danielle y estaba intentando ayudar a Cam, pero también tenía una academia llena de estudiantes a los que proteger.

—Era solo curiosidad —agregó, con una mirada de disculpa—. Pero, dime, ¿tienes idea de por qué Elijah ha elegido darte de plazo hasta tu cumpleaños? No creo que sea una simple casualidad.

—Yo tampoco lo creo, aunque no sé qué podría cambiar ese día.

—¿Cuántos cumples? —preguntó Cameron.

—Veintiuno.

—Ya puedes beber según las leyes humanas —dijo, encogiéndose de hombros.

Sí, bueno, no tenía pensado salir al mundo exterior solo para emborracharme, y habiendo vivido con la única supervisión de los gemelos, podría haberlo hecho desde hacía mucho. No era eso lo relevante.

Laila ni siquiera consideró la idea.

—Tal vez no sea tu cumpleaños, quizás es solo… él. Podría ser que su transmutación no esté completa hasta entonces y que no sea capaz de emplear todo su poder aún.

—Es posible. De nuevo, solo tenemos conjeturas.

—Esperemos que Amy pueda decirnos algo —dijo Cameron, ahogando un bostezo.

Me volví hacia él.

—Espera, ¿has conseguido hablar con sus padres?
—Así es.
—¿Y qué te han dicho? —lo interrogó Laila esta vez.
—Que se pondrán en camino cuanto antes.

# 27

Teníamos tantos frentes abiertos en los que trabajar que transcurrió una semana sin que me diese cuenta. Laila seguía enterrada en más de sus libros buscando una solución para la enfermedad de Cam o alguna referencia a mi poder. Mi amigo parecía cada vez más debilitado, aunque se esforzaba mucho para no aparentarlo; Raven, a su vez, mostraba más y más señales de su preocupación, como si lo que fuera que consumiera a Cam también estuviese clavando sus garras en él. En nuestra pequeña familia nos devanamos los sesos en un intento de dar con una forma de que Alex pudiera deshacerse de la marca, tal y como Loretta le había dicho que hiciera, pero las ideas escaseaban bastante en ese aspecto.

Estábamos estancados, y Alexander llegó a plantearse acudir a sus propios padres en busca de respuestas. Si no lo había hecho ya era porque pensaba que tampoco ellos las tendrían. Y, sin embargo, había una posibilidad; aun cuando los Ravenswood se habían empleado a fondo para mantener sus secretos ocultos para el resto del mundo mágico, alguno tenía que recordar cualquier dato que nos sirviera de ayuda.

Ni Alex ni yo habíamos compartido con nadie lo de la supuesta maldición existente entre los Good y los Ravenswood. Hubo un momento en el que pensé que tal vez la fecha límite establecida por Elijah tendría algo que ver con ello, pero Wood había tenido veinte años cuando fue maldecido y se convirtió en familiar, y Meredith, veinticinco; Sarah Good había sido ejecutada con treinta y nueve, mientras que de Benjamin Ravenswood no teníamos fecha exacta de su fallecimiento. En cualquier caso, no parecía que hubiera ninguna edad determinada en la que la maldición de Elijah se cobrara su precio. Él solo había dicho que dichas relaciones estaban condenadas a fracasar.

Alexander sugirió que el nigromante podría habérselo inventado

todo, pero ni siquiera con esa posibilidad en mente hablamos de ello con Raven o Wood. Se inquietarían, más aún, y ya teníamos demasiado por lo que preocuparnos.

Me sentía inútil en todos los sentidos posibles. Quizás por eso me había unido a las rotaciones de las patrullas que se habían establecido para la barrera exterior y también había empezado a acompañar todas las mañanas a Alex en su rutina en el gimnasio. Dudaba mucho que tres semanas —dos ahora— fuesen suficientes para convertirme en una experta en las peleas cuerpo a cuerpo y armas de combate, pero sentarme a esperar me estaba volviendo loca. Por ahora, y por suerte, no había habido más visitas de Elijah ni ningún otro incidente. Aun así, yo solo podía pensar en que las cosas estaban demasiado tranquilas.

La única buena noticia era que Amy Hubbard llegaría a la academia al día siguiente, y decía mucho de lo desesperados que estábamos que hubiésemos puesto tantas expectativas en lo que pudiese decirnos una niña de diez años.

Ese día, acababa de regresar de uno de los turnos en la barrera y me había sumergido enseguida en un baño caliente para contrarrestar las bajas temperaturas del exterior. Empezaba a estar un poco harta del frío y la nieve, y me prometí a mí misma que, cuando todo eso terminase, arrastraría a Alex y a nuestros familiares a cualquier lugar cálido al sur del país; un sitio con playa y un sol radiante que nos hiciera olvidar todo por lo que habíamos pasado.

Me vestí con lo que ya era el uniforme habitual en la academia: camiseta, pantalón cargo y botas militares. Quería ir a visitar a Cam y comprobar si Raven y él cenarían con nosotros en el comedor. El resto de los alumnos por fin parecían haberse acostumbrado a nuestra presencia y el nivel de interés que despertábamos había descendido bastante. A veces todavía murmuraban entre ellos a nuestro paso; sobre todo, cuando se trataba de los gemelos, pero creo que estaban más impresionados por los lobos que por el hecho de que yo fuese la Ira de Dios. Me preguntaba si eso cambiaría en el caso de que llegaran a ver a Alex transformado por completo. O mis malditas alas.

Antes de salir, decidí añadir a mi atuendo una de las sudaderas de Alexander. Aunque en el interior de la academia el ambiente era

cálido, la prenda aún conservaba ese aroma a bosque tan suyo que siempre conseguía reconfortarme. Estaba terminando de deslizarla por mi cabeza cuando un sonido estridente estalló por toda la habitación. Mi primera reacción fue taparme los oídos y encogerme sobre mí misma, pero apenas unos segundos después comprendí que, o bien se había desatado un fuego en el edificio y aquello era la alarma contraincendios, o tenía que tratarse de la barrera.

Rodeé la cama a toda prisa y fui hasta la ventana. Ya había oscurecido, por lo que era complicado obtener una visión clara del muro que rodeaba la finca a pesar de que contaba con algunos focos iluminándolo. Demasiadas zonas quedaban en sombras, y yo ya había visto la clase de seres que podían salir de ellas.

—Joder —murmuré para mí misma.

Mientras que yo había compartido mi turno con Sebastian, Alex estaba ahora ahí fuera, y también Wood. Habíamos quedado en encontrarnos a la hora de la cena.

Eché a correr hacia la puerta justo en el momento en el que la alarma se silenció. Pensé que tal vez hubiese sido una falsa alarma, pero entonces comenzó a sonar de nuevo y no tuve dudas de que estaba ocurriendo algo malo. La magia empujaba ya bajo mi piel cuando salí al pasillo. Un ladrido me hizo mirar a la derecha para descubrir que Raven había acudido en mi busca en su forma animal.

Las plantas inferiores eran un hervidero de actividad. Debía de haber algún tipo de protocolo establecido para estas situaciones, porque los alumnos más jóvenes estaban bajando por las escaleras en tropel todos juntos, guiados por otros de mayor edad, supuse que para refugiarse en alguna estancia más segura. Tuvimos que abrirnos paso entre ellos, lo cual resultó mucho más fácil al ir acompañada de un enorme lobo negro.

Para cuando alcanzamos la primera planta, y a pesar de que la sudadera me ocultaba los brazos, el resplandor de mi magia se filtraba por debajo del cuello y los puños y me cubría completamente las manos. Estaba bastante segura de que al menos una parte de los brujos que me rodeaban se hubieran quedado mirándome embobados de no ser por los gritos que los instaban a darse la mayor prisa posible.

Necesitaba encontrar a Alex y Wood y asegurarme de que estaban bien. No podía dejar de pensar en que el poder de Alex no

resultaba del todo eficaz contra los demonios, y si aquello era un ataque similar al de Abbot…

«Mejor eso a que sea Elijah quien esté atacando la barrera».

Me uní a un grupo de personas que se dirigían también a la entrada principal y reconocí a varios de los alumnos de último curso con los que había compartido patrulla durante la semana; ellos eran, junto con mis amigos y el aquelarre de Robert, los únicos a los que se les había asignado dicha tarea. Tenían la misma edad que yo y, aun así, me aterrorizaba la idea de que tuvieran que enfrentarse a lo que fuera que nos esperaba en el exterior.

Solo sentí cierto alivio al tropezarme con Sebastian. Era el único Ibis presente en la academia; los dos que habían acompañado a Carla Winthrop en su visita se habían marchado con ella unos días atrás, después de que yo aceptara su proposición, para dar a conocer mi candidatura y poner en marcha el proceso de renovación del consejo.

Sebastian se situó a mi lado, y Jameson con él, aunque no vi ni rastro de su familiar.

—¿Sabéis de qué se trata? —pregunté una vez que salimos del edificio.

Apenas había nevado en los días anteriores, pero sobre el terreno aún se acumulaba una capa de nieve considerable y no podíamos movernos todo lo rápido que hubiésemos deseado.

Sebastian negó, pero su expresión sombría dejó claro que albergaba los mismos temores que yo. Hasta Jameson, que ya era conocido en la academia por su carácter extrovertido y burlón, se mantuvo serio y a la expectativa.

El pitido constante de la alarma se fue apagando mientras nos alejábamos del edificio, pero de repente cesó por completo. Esta vez no se reinició. Seguimos avanzando en silencio, escuchando. Ningún otro sonido llegaba desde más adelante, ningún grito, y no supe si considerarlo una buena o una mala señal. Raven apretó el paso y se adelantó. El cuerpo de un lobo, desde luego, estaba mejor preparado para aquellas condiciones, y sabía que Rav era feroz e implacable cuando la ocasión así lo requería, pero la preocupación me revolvió el estómago de todas formas.

«Estás destinada a perder».

Forcé a mi cuerpo a moverse más rápido, desesperada por

descubrir qué estaba sucediendo. A lo lejos, vislumbré un grupo de unas quince personas paradas frente al portalón de entrada cerrado. Busqué entre ellos la figura de Alexander, pero no fui capaz de dar con él; tampoco podía ver a Wood. El corazón me latía en los oídos y mi poder amenazaba con rebelarse y escapar a mi control. Lo dominé lo mejor que pude mientras me concentraba y trataba de localizar a Alex no ya con mis ojos, sino a través de la magia. Tenía que estar ahí.

Y entonces lo sentí por fin: el cántico de su poder, disonante y desordenado aún, pero allí estaba, solo que no sabía dónde exactamente.

—¿Qué es? —solté sin resuello, en cuanto estuve lo suficientemente cerca de la entrada para que el aquelarre de Robert me escuchara.

Aaron, Annabeth, Gabriel, Laila y el propio Robert, todos estaban allí, junto con unos pocos alumnos. Se volvieron para mirarnos cuando nuestro grupo se unió a ellos. No debíamos ser más de treinta en total. Raven corría de un lado a otro de la puerta cerrada, ladrando, y deseé que eso no significase que Alex y su gemelo se encontraban al otro lado.

—No lo sabemos con seguridad —respondió Gabriel.

—¿Y Alex y Wood? Por favor, decidme que no están ahí fuera.

Un golpe hizo retumbar la puerta con tanta fuerza que la madera se astilló y pequeños trozos salieron volando. Alguien masculló una maldición y todos retrocedimos varios pasos. Un nuevo golpe hizo vibrar la madera. Los hechizos que la protegían debían estar funcionando a pleno rendimiento, porque empezó a brillar y la barrera se hizo visible.

—¿Dónde están? —insistí, cuando nadie me dio una respuesta.

—Fuera —dijo alguien, Aaron o tal vez fuera Gabriel.

No permitiría que Wood y Alex se enfrentaran solos a lo que hubiese tras esa puerta. Si aquello era cosa de Elijah, había una posibilidad de que se llevase a Alex de la misma forma en la que Mercy había secuestrado a Rav.

—Ábrela.

Raven regresó y se colocó a mi lado, gruñendo y con el lomo erizado, como si también les exigiera que lo dejaran salir, y comprendí que él había sabido desde el principio que estaban en el

exterior.

Con Rav en ese estado, Robert fue el único que se atrevió a acercarse a mí.

—Danielle…

—No, no los dejaré solos ahí fuera —lo corté, y gracias a Dios también Sebastian se unió a mí.

—Abre. Yo iré con ella.

—Me apunto —dijo Jameson, aunque no dejaba de mirar de reojo a Raven.

—Ábrela, Robert. Por favor.

No me importaba suplicar, no cuando se trataba de ayudar a mi familia, pero tampoco descartaba invocar todo mi poder y tirar la maldita puerta abajo si se negaban a dejarme salir.

Hubo otro golpe, y luego otro más. Más trozos salieron despedidos por todas partes. Sabía que Robert y los demás solo trataban de proteger a los alumnos de la academia, pero a este paso la puerta no resistiría de todas formas. Y en teoría, abierta o cerrada, la barrera tendría que seguir cumpliendo su propósito.

Gabriel dio un paso adelante y temí lo peor; Alexander y él no eran precisamente amigos, y con Wood mantenía una relación bastante tensa, quizás porque ambos se parecían más de lo que ninguno de los dos llegaría a admitir jamás.

—Déjalos salir. —El alivio me inundó. Me sorprendí aún más cuando echó a andar junto con nuestro exiguo grupo de rescate y comenzó a lanzarle órdenes a los demás—. Formad una segunda línea de defensa en cuanto salgamos e intentad volver a cerrarla. Las protecciones deberían resistir.

Robert asintió y todos se prepararon. Los golpes seguían llegando. También el suelo vibraba y la barrera era completamente visible ahora. Lo que fuera que había ahí fuera tenía poder, mucho poder, para conseguir que los hechizos tejidos con magia blanca y oscura estuvieran resintiéndose de ese modo.

Tras intercambiar una mirada, Laila y Robert extendieron los brazos hacia delante para deshacer el hechizo que mantenía el portalón bloqueado. Recé porque la barrera aguantara y mantuviera protegidos al resto de los alumnos; abandonar a Alex y Wood no era una opción, pero tampoco quería ser la responsable de más muertes.

—Estás brillando como una bombilla —soltó Jameson, un

momento antes de que la puerta comenzara a moverse.

A pesar de que el tono pretendía ser jocoso, había admiración en su voz, y caí en la cuenta de que la mayoría de los presentes nunca habían sido testigos de mi propia transformación.

—Aún no has visto nada.

La puerta no había llegado a separarse más allá de un palmo del marco cuando recibió un nuevo golpe de poder que la abrió del todo. Se estrelló contra el muro con tanta fuerza que se desprendió de varias de las bisagras y acabó colgando ladeada. Al otro lado todo era oscuridad, solo que no se trataba de la propia de una noche cualquiera.

El manto de sombras responsable de que ahora la puerta resultase inservible se retiró unos metros, dejando al descubierto un tramo del terreno frente a nosotros. No había nada ni nadie allí, al menos que pudiésemos ver, pero sabía que Alex estaba en alguna parte de esa oscuridad. Y ese pensamiento fue todo lo que necesité para reaccionar. Me precipité hacia delante y crucé el umbral antes de que nadie pudiese detenerme.

En cuanto atravesé la barrera y todos los hechizos protectores quedaron atrás, lo supe. Miré a los demás y levanté la mano.

—No salgáis.

Raven ya estaba a mi lado y sabía que no había manera de que permaneciese al margen, pero los otros…

Sebastian ignoró la orden y cruzó también. Señaló hacia delante.

—¿De verdad crees que te voy a dejar enfrentarte sola a eso?

—Eso… eso es Alexander.

No sabía qué estaba pasando, pero toda aquella niebla oscura procedía de Alex; era parte de su poder, lo sentía en cada célula de mi cuerpo. Quizás había perdido el control, quizás estaba luchando con algo más. Fuera lo que fuese, por fin había dejado salir la oscuridad y este era el resultado.

Me acuclillé frente a Raven y le agarré la cabeza para que me prestase atención.

—Camina a mi lado. No te adelantes, ¿de acuerdo? No quiero perderte de vista.

Respondió con un gruñido bajo, pero sabía que me había entendido.

—Espera, ¿Alexander está atacando las protecciones de la

academia? —preguntó Jameson, situándose junto a nosotros.

¿Qué parte de «No salgáis» no habían entendido? Si Alex los hería sin querer, no se lo perdonaría jamás. Era diferente conmigo o con Rav; no importaba lo descontrolado que estuviese su poder, él nunca nos haría daño.

—Tenéis que quedaros atrás, porque… —Perdí el hilo de lo que iba a decir a continuación al elevar la vista por el muro—. Oh, joder.

Los demás siguieron el rumbo de mi mirada. Jameson soltó una cascada de maldiciones y Sebastian hizo un ruidito ahogado con la garganta. Tres figuras se balanceaban contra la piedra. Una soga les rodeaba el cuello y mantenía sus cuerpos en el aire, a media altura. Tenían el rostro amoratado, los ojos abiertos y la mirada perdida. Por desgracia, no era la primera vez que veía un cadáver, pero había algo en aquella escena en particular que estuvo a punto de hacerme vomitar.

—Esos son… —comencé a balbucear; apenas me salían las palabras.

—Miembros del consejo oscuro —terminó Sebastian por mí—. O al menos llevan sus capas puestas.

Lo eran. Lo sabía porque yo misma había visto al padre de Alexander vestido con esa prenda durante el ritual de despedida en Ravenswood y no distaba mucho de las que usaban los miembros de nuestro propio consejo. Aunque lo que sí podía afirmar con total seguridad era que ninguno de aquellos tres hombres era Tobbias; aunque no le había visto bien la cara nunca, tenía el presentimiento de que reconocería al padre de Alexander en cuanto lo tuviese delante.

Gabriel, el único que me había hecho caso y había permanecido tras la barrera, decidió cruzarla al contemplar nuestras expresiones de horror.

—¡¿Qué demonios?!

—Vuelve dentro —le pedí, pero ni siquiera creo que estuviera escuchándome. Era difícil prestar atención a nada más cuando había tres personas ahorcadas frente a ti.

—¿Crees que es cosa de Alexander? —preguntó Sebastian.

—No. Él no haría esto, no importa lo fuera de control que esté.

—¿Estás segura de eso? Porque me da la sensación de que

confías demasiado en él —dijo Gabriel.

Lo fulminé con la mirada a pesar de que una parte de mí podía llegar a entender que tuviera dudas al respecto. Ninguno de ellos conocía a Alex como yo; no tenían ni idea de lo duro que había sido para él mantenerse al margen del mundo toda su vida y de que, aun así, lo había hecho sin dudar porque eso era lo mejor para los demás. La oscuridad que portaba en su interior no era el problema real allí, sino el hecho de que Alex se viera a sí mismo como un monstruo y nadie le hubiese dado la oportunidad de demostrar lo contrario.

—A veces lo único que necesita una persona es que alguien crea de verdad en ella.

Y yo creía en Alexander Ravenswood. Creía en su bondad.

El aullido lastimero de Raven me obligó a centrarme. Aparté la vista y escudriñé el terreno que se extendía frente a nosotros. Había tan solo unos pocos árboles distribuidos por la zona, y el color blanco de la nieve se veía ahora enturbiado por la niebla oscura que flotaba sobre el terreno; si bien, esta había retrocedido un poco más. Allí donde aún se acumulaba, se había vuelto menos espesa, similar a la que ya le había visto convocar a Alex en el auditorio. No creía que los golpes de poder que habían reventado el portalón de la academia hubieran sido algo premeditado.

Aferré un mechón del pelaje de Raven y le di un tironcito para recordarle que no se alejara de mí. Estaba segura de que aquí fuera había alguien más, o algo, y no me refería ni a Alex ni a Wood.

—Permaneced juntos. Y si la niebla comienza a hacerse más densa de nuevo, corred de vuelta a la academia.

No esperé a que nadie me contestara. Comencé a avanzar con Rav a mi lado y la luz que emanaba de mi cuerpo iluminándonos el camino. A falta de mis alas, la magia me cubría cada centímetro de la piel. No había agarrado ningún arma antes de abandonar la academia a pesar de haber estado entrenando con ellas, pero no las necesitaba. Invoqué dos dagas relucientes que tomaron forma en mis manos y me aferré con fuerza a ellas.

Jameson hizo un comentario burlón sobre lo práctico que resultaba ese truquito y Sebastian soltó el consiguiente resoplido irritado al escucharlo. Si Gabriel iba o no a hacer su propia aportación al respecto, no llegué a saberlo. Varias figuras se

materializaron a pocos metros de nosotros, justo en el límite del círculo de luz que mi poder proyectaba.

—¡Joder! —exclamó Jameson. Estaba claro que era la primera vez que veía a un demonio.

Sebastian deslizó el brazo por detrás de su propia cabeza, hundió la mano bajo la tela de su sudadera y desenvainó una espada corta que ni siquiera sabía que llevaba. No estaba segura de que siguiera considerándose a sí mismo un Ibis, pero desde luego continuaba comportándose como tal.

A continuación, se sacó una daga de la cinturilla del pantalón y se la lanzó a su hermano.

—¿Vas armado? —le pregunté a Gabriel, y por toda respuesta se agachó y extrajo un cuchillo de su bota.

Nunca me alegré tanto como entonces de lo paranoicas que podían llegar a ser algunas personas.

Las criaturas comenzaron a acercarse muy despacio, con cierta cautela, hasta que quedaron bañadas por completo con la luz de mi poder y debieron comprender que esta, por sí sola, no les hacía daño alguno.

Entonces, cargaron contra nosotros.

# 28

Que los demonios inferiores se licuaban con mi poder era algo que ya había descubierto durante los otros ataques; también que los superiores solían tener forma humanoide y tendían a no explotar o desaparecer cuando los alcanzaba, lo cual resultaba un problema. Pero de lo que no tenía ni idea era de que algunos pudieran hablar.

—Aberración —gruñó uno, mientras se lanzaba sobre mí con la boca abierta.

Gracias a Dios, no era uno de esos con dientes de tiburón. Ya contaba con una cicatriz en el cuello y no quería otra a juego. Tampoco quería perder ninguna extremidad. Giré sobre mí misma con el brazo extendido y mi poder le desgarró el vientre; un montón de carne negra y viscosa se derramó de su interior.

—Pero ¿tú te has mirado en un puto espejo?

No esperé una réplica; no estaba interesada en mantener una charla con él. Balanceé la otra daga en su dirección, esta vez algo más alto, y le corté el cuello de un solo tajo. La criatura se derrumbó sobre el suelo de inmediato, aunque brazos y piernas continuaron moviéndose durante unos segundos que se me hicieron infinitos. Dios, nunca me acostumbraría a lo grotesco que era todo aquello.

Una breve ojeada me valió para darme cuenta de que mis amigos se habían desperdigado por los alrededores más de lo deseado. Sebastian y Jameson luchaban contra un trío de demonios a mi derecha, mientras que Gabriel lo hacía con una mole de músculo que bien podría haber sido de piedra. Raven apareció a mi lado con el hocico manchado de algo oscuro y di por sentado que había tenido su propio enfrentamiento.

Señalé a los hermanos.

—Ve a ayudarlos.

Salió disparado en su dirección y yo me dirigí hacia Gabriel. Me

acerqué por la espalda a su atacante, pero este debió oírme venir y comenzó a darse la vuelta. Lo apuñalamos a la vez; Gabriel en pleno cuello, y yo, en el costado. A pesar del aspecto pétreo de su piel, conseguí hundirle la daga hasta la empuñadura. Sin embargo, aquella cosa se limitó a rugir, giró de golpe con los brazos extendidos y nos envió a ambos volando por los aires. Fue una suerte que no contara con garras, porque podría habernos partido en dos con ese golpe.

Rodé por el suelo y me puse en pie, tal y como había practicado con Alex. Gabriel tardó un poco más en levantarse y me dio la sensación de que cojeaba, pero, aun así, los dos cargamos de nuevo contra la criatura.

—¡Apártate! —gritó Gabriel.

Me acuclillé sobre el suelo helado sin saber muy bien qué se proponía. Un segundo después, un muro de llamas envolvió al demonio. Tuve que retroceder para evitar el calor del fuego que había convocado y, cuando conseguí erguirme de nuevo, forcé a una de mis dagas a convertirse en un látigo de pura energía. Me costó un par de intentos alcanzar a la criatura de forma que se enrollase en su cuello, pero, cuando lo logré, un tirón de mi muñeca bastó para rompérselo.

No hubo tiempo para felicitaciones. Otras tres criaturas nos rodearon. Músculo, garras y dientes, muchísimos dientes; dos de ellos de ojos rojos como brasas incandescentes y el otro con la mirada anegada de oscuridad y malicia. Todos humanoides, de brazos demasiados largos y sangre negra y oleosa sobre la que esperaba que acabásemos chapoteando; demonios superiores. Perdí de vista a los otros mientras Gabriel y yo nos enfrentábamos a ellos, y cuando Raven resurgió de entre las sombras recé para que fuese porque ellos ya no necesitaban su ayuda y no porque hubiesen caído.

Nos llevó quién sabe cuánto tiempo deshacernos de nuestros atacantes. Perdí la cuenta de las veces que esquivamos, golpeamos y caímos para volver a levantarnos, aunque me agradó comprobar que mi poder continuaba estable y fluyendo cuando por fin los derrotamos; parecía no tener fin, lo cual posiblemente no era más que un espejismo producto de la adrenalina.

—¡Sebastian! ¡Jameson! —grité a pesar de que apenas tenía

aliento.

Gabriel se inclinó y apoyó las manos en las rodillas, resoplando también por el esfuerzo. El pelaje de Raven estaba cubierto de esa mierda negra que los demonios tenían por sangre.

Llamé también a Wood y a Alexander, pero ninguno respondió.

—¿Crees que hay más? ¿Sientes algo? —preguntó Gabriel.

Tenía un arañazo en el cuello de aspecto bastante feo, pero no dio muestras de que eso le molestase.

Notaba la presencia de Alex por todas partes, así que no era capaz de detectar en qué dirección se encontraba y tampoco si había más demonios en los alrededores; sin embargo, la sensación de que no estábamos solos continuaba acompañándome.

—Toda está niebla… interfiere con mi poder, pero no creo que se haya acabado.

Gabriel no me cuestionó, sino que se limitó a asentir.

Bajé la mirada y me dirigí a Rav.

—¿Puedes encontrar a Alex y Wood? ¿O a Sebastian y Jameson?

Raven se puso en camino de inmediato. Aunque no estaba segura de con quién nos estaba llevando, supuse que sería con el Ibis y su hermano; de saber dónde estaban Alex y Wood seguramente ya estaría con ellos.

Apenas podía ver nada más allá de un puñado de metros por delante de nosotros, así que, cuando atisbé algo inclinándose sobre lo que parecían unas piernas humanas, estuve a punto de azotar su espalda sin pararme a preguntar. Reprimí mi instinto a tiempo. Era Sebastian.

—¿Está bien? —pregunté al darme cuenta de que era Jameson quien se encontraba tirado en el suelo.

Estaba consciente y se hallaba incorporado sobre los codos, mientras Sebastian presionaba uno de sus muslos con ambas manos y murmuraba en voz baja. Había sangre por todos lados.

Fue Jameson quien contestó.

—Solo es un pequeño corte. Me repondré enseguida.

No, definitivamente no había nada de pequeño en la herida, pero Sebastian estaba haciendo un buen trabajo y yo era la primera en minimizar mis propias heridas, así que no señalé su mentira.

—No deberías haber venido —le reprochó el Ibis una vez terminado el hechizo.

—Ya, bueno, tú también estás herido.

Me fijé en el costado de Sebastian. Había un desgarrón en la tela de su camiseta y estaba empapada de sangre. Tampoco esa parecía una herida leve.

—Puedo soportarlo. Ni siquiera me duele.

Sabía que estaba mintiendo, al menos en la segunda parte. Durante toda mi vida había pensado que los Ibis no sentían dolor, pero la verdad era que se limitaban a enterrarlo profundamente en su interior y seguir adelante sin más.

—Podría intentar curarte —sugerí, titubeante—, pero ya sabes a lo que te expones.

Gabriel intervino entonces.

—Yo lo haré.

Bueno, supongo que todos estaban al tanto de lo que mi poder curativo le hacía a los brujos. Que conocieran mis limitaciones me daba igual, lo que realmente odiaba era no poder ayudar.

—No importa. Busquemos a Alexander y a Wood y salgamos de aquí.

Sebastian se incorporó y le tendió la mano a su hermano para ayudarlo a levantarse. Jameson se puso en pie; la herida no estaba curada del todo, pero al menos ya no sangraba. Les di la espalda mientras Gabriel insistía en tratar la herida de Sebastian y, una vez más, intenté localizar a Alex. Cerré los ojos y me concentré en la melodía de su magia, mientras pensaba en las distintas formas en las que él y yo estábamos unidos, en la atracción que había surgido desde el momento en el que nos habíamos conocido y en el modo en el que, incluso cuando habíamos luchado contra ello la mayor parte del tiempo, volvíamos el uno al otro. Pensé en su voz, en el tacto de su piel y su aroma. Pensé en la primera vez que lo había visto sonreír; sonreír de verdad, sincero y despreocupado. Y pensé también en su expresión arrasada por el dolor y las lágrimas que había dejado caer mientras se había visto obligado a drenarme. Pensé en todo lo que era y en lo que no, pero sobre todo pensé en el chico de la terraza de Nueva York que había construido un arco sobre nuestras cabezas y lo había hecho florecer para mí. En el que se había entregado a una batalla de bolas de nieve con la emoción chispeando en sus bonitos ojos de distinto color. En el que me había lanzado vestida a la piscina. Pensé en el chico que me había hecho

el amor.

Transformado o no, ese era Alex, y siempre encontraría una manera de llegar hasta él.

La melodía de mi magia se elevó entonces a mi alrededor. Raven aulló, como si también pudiera escucharla. O sentirla. Alguien jadeó en el momento en que las alas me brotaron de la espalda, y cuando finalmente abrí los ojos los encontré a todos mirándome con los ojos entrecerrados a causa de la potente luz que estas desprendían.

Ladeé la cabeza y mi cuerpo se inclinó por sí solo hacia la derecha. Allí, justo allí; la turbulenta magia de Alexander parecía estar respondiendo a la mía. Por fin.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —preguntó Gabriel.

—Tienes unas putas alas —dijo Jameson a la vez.

En esta ocasión, Sebastian palmeó su espalda y soltó un risita. Yo ignoré ambos comentarios y dije:

—Creo que puedo encontrarlo.

Eché a andar sin dar más explicaciones. Rav se situó enseguida a mi lado y los demás no tardaron en seguirme. Con las alas a plena vista, mi aspecto tenía que resultar un auténtico espectáculo, pero el círculo de luz se había ampliado de forma considerable, así que no iba a quejarme. Y no solo eso, sino que sentía el tirón de la magia de Alex en el centro del pecho.

Me gustaría decir que pensé en las consecuencias de parecer un puñetero faro en mitad de toda aquella oscuridad, pero lo único que quería era llegar hasta Alex y no me di cuenta de lo que estaba atrayendo hasta nosotros hasta que fue demasiado tarde.

Raven fue el primero en descubrir al grupo de demonios que nos acechaba. Se detuvo con todo el pelo del cuerpo erizado y las orejas planas. Sus colmillos quedaron expuestos cuando dejó salir un gruñido amenazante que nos puso a todos en alerta.

—Creo que estamos rodeados —dijo Sebastian, tras comprobar también el terreno a nuestra espalda.

No estaba segura de cómo había conseguido llevar Elijah a todos aquellos engendros tan lejos de Ravenswood, pero estaba claro que, o bien no sabía contar los días, o el plazo de tres semanas había sido solo un señuelo para que nos confiásemos. Su paciencia, desde luego, era escasa. Pero la mía se hallaba también al límite; ya estaba harta de aquella mierda.

—Poneos detrás de mí y preparaos para hacer frente a los que están en nuestra retaguardia.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Gabriel, aunque todos obedecieron y retrocedieron hasta que quedamos solo Raven y yo al frente.

—Matarlos. —Fue mi única respuesta.

Estaba desesperada por llegar hasta Alex, y la gente desesperada comete actos desesperados. Recé por ser capaz de dirigir mi poder solo hacia delante y luego permití que la furia que sentía inundara mis venas junto con la magia. Se oyeron siseos y gruñidos, mientras que los demonios estrechaban cada vez más el círculo en torno a nuestro grupo. Mis alas se desplegaron a los lados y brillaron aún con más fuerza.

Podía hacerlo. Sabía que podía.

Extendí los brazos hacia las criaturas que tenía delante; las manos cargadas ya con tanto poder como fui capaz de convocar sin drenarme a mí misma del todo.

—¡Agachaos! —grité, y acto seguido lo descargué de golpe.

El pulso de magia los barrió con tanta fuerza que una parte de ellos simplemente se desintegró; los demás salieron volando hacia atrás. Sin embargo, eso no ahuyentó a los que quedaban detrás de nosotros, que se lanzaron sobre mis amigos. El cansancio que me sobrevino de repente tampoco era una buena noticia, pero me di la vuelta para pelear junto a ellos.

Tuve un breve momento de pánico cuando no pude convocar de inmediato ningún arma. Tras unos pocos intentos, y mucha fuerza de voluntad, conseguí darle forma a una única daga. Para entonces, todos los demás estaban ya enzarzados en la pelea. Y aunque ahora sabía perfectamente en qué dirección se encontraba Alexander, tampoco a mí me quedó más remedio que acabar sumergiéndome en ella.

Un demonio con solo dos huecos por nariz se encaró conmigo. Sus garras tenían al menos un palmo de largo y estaban muy muy afiladas. Esquivé su primer golpe por muy poco. Lanzó un segundo y tuve que saltar hacia atrás, pero las puntas se me engancharon en la camiseta y se llevó con él parte de la prenda. Mis movimientos eran mucho más lentos; lanzar ese golpe de magia me había dejado exhausta.

Por suerte, Raven acudió en mi ayuda. Saltó sobre la espalda de la criatura, le hundió los colmillos en el cuello y lo derribó. Aproveché la tregua para arrodillarme sobre el suelo. Coloqué las manos sobre la nieve, ya casi derretida a causa del repetido uso de Gabriel de su elemento, y la empleé para intentar recargarme. El agua helada me entumeció los dedos, pero surtió el efecto deseado y revitalizó mi magia tal y como esperaba. Sin embargo, ese breve despiste fue cuanto necesitó otro de aquellos seres para abalanzarse sobre mí.

Mi reacción fue instintiva. Levanté el brazo, pero no llegué a tocarlo. Aun así, se deslizó por el suelo lejos de mí. Durante un instante creí que Sebastian había empleado el aire, su elemento, para quitármelo de encima, solo que él ni siquiera estaba mirándome, mucho menos se había dado cuenta de lo que estaba a punto de suceder. Había sido yo.

Me miré la mano cubierta de puntitos brillantes, pero completamente seca. ¿Había sido mi ira la responsable o acababa de golpear a esa cosa con una onda de aire? Raven trotó hasta mí y me lamió la mano extendida. Luego, soltó una ladrido. Lo miré a los ojos.

—¿Lo has visto? —Obtuve otro ladrido que a saber qué significaba.

«Alexander puede manipular dos elementos, ¿por qué tú no?», me dije.

Éramos complementarios, ¿no? Él manipulaba el fuego y la tierra, yo solo había podido usar el agua. Siempre había pensado que era porque Alex tenía dos familiares y aunaba los dos elementos de estos en su propia persona.

Tal vez no fuera así.

Me incorporé, sin tiempo para darle más vueltas por ahora, dispuesta a continuar peleando. Pero, de golpe, la media docena de demonios que aún quedaban en pie se dieron media vuelta y se largaron. Así, sin más.

Mis amigos mantuvieron las armas en alto, desconcertados.

—Se han ido —dijo Jameson, y sonó claramente aliviado.

Yo también lo estaba, pero aquello no era normal. ¿Qué había cambiado? Eché un vistazo a la oscuridad que nos rodeaba.

—La niebla. La niebla no está. ¡Joder!

Alex había provocado la niebla; si esta había desaparecido…

Salí corriendo al darme cuenta de que no era lo único que faltaba. No captaba nada; ya no podía sentir a Alex.

«No, no me hagas esto. Por favor…».

Me dirigí hacia donde lo había sentido por última vez. Corrí y corrí. El terreno era irregular en esa zona, pero no me planteé reducir el paso, más bien traté de ir aún más rápido. Resbalé y caí, y mi tobillo izquierdo hizo un sonido extraño. Me puse en pie nuevamente, obligándome a no prestarle atención al dolor, y me tragué las lágrimas que amenazaban con enturbiarme la visión. Raven debió alcanzarme en algún momento y seguimos adelante juntos. Las piernas apenas me respondían, tenía una punzada en el costado y el tobillo era un infierno ardiente, pero me odié por no ser capaz de moverme con mayor rapidez.

Hasta que a lo lejos descubrí a Wood de espaldas, sentado en el suelo y con un cuerpo inmóvil entre los brazos; sus hombros se sacudían mientras se balanceaba adelante y atrás. Me detuve de golpe. La escena… Fue como revivir el momento en el que Wood había acunado a Dith contra su pecho mientras ella… moría.

—No. Por favor. Por favor —gemí al borde del llanto.

Mis rodillas cedieron y caí de rodillas. Raven siguió adelante sin mí. Rodeó a su hermano para encararlo y, acto seguido, elevó el hocico hacia el cielo.

Jamás olvidaré el sonido que emitió.

# 29

Las fuerzas me abandonaron por completo, pero aun así me arrastré hacia ellos, rota de dolor y murmurando cosas que ni siquiera recuerdo. Mi poder se había retraído hasta un rincón de mi interior y apenas veía por dónde iba. No reaccioné cuando alguien llegó hasta mí y unas manos me agarraron de los brazos; fue una suerte que se tratase de Sebastian y no de algún demonio.

Me ayudó a ponerme en pie.

—¿Qué es lo que ha…? —comenzó a preguntar, pero luego se interrumpió—. ¡Joder! ¿Es…?

Cuando me armé de valor para echar un vistazo sobre el hombro de Wood, dejé de respirar. A pesar de que Sebastian me estaba sosteniendo, me tambaleé hacia atrás y él tuvo que afianzar su agarre para evitar que volviera a derrumbarme. Pensé que me había vuelto loca y mi mente de verdad estaba recreando el día de la muerte de Dith, porque no era a Alexander a quien acunaba el lobo blanco, sino a Meredith. Una muy sólida y nada fantasmal Meredith Good.

—¡Oh, Dios! ¿Está… ella está…? —balbuceé, incapaz de terminar la frase por si eso hacía que Dith se esfumara de repente.

Wood elevó la mirada hacia mí y asintió; las lágrimas le corrían por las mejillas. Me arrodillé junto a él y revisé de forma exhaustiva cada línea y cada curva del rostro de Dith. Quería tocarla; quería rodearla con los brazos yo también. Quería que abriera los ojos y me dijera que aquello no era un sueño extraño y que de verdad estaba allí. Pero no podía moverme, solo podía mirarla y mirarla y continuar mirándola.

Raven lanzó otro de esos terribles aullidos. Sonaba dolorido. Roto. Mi pánico resurgió.

—Espera… ¿Y Alex? ¿Dónde está Alex?

Nuevas lágrimas florecieron en los ojos de Wood y negó con la

cabeza. Y a mí… a mí se me rompió el corazón, desgarrado entre la felicidad de haber recuperado a Meredith y la agonía de que eso supusiera perder a Alex.

—Una de esas cosas tenía un mensaje de Elijah. Dijo que, si éramos listos, nos contentaríamos con el regalo que nos había hecho y no iríamos en busca de Alex. Ha prometido dejar en paz esta academia si nos *comportamos*.

—Hijo de puta.

El regalo era Dith, supuse. Le había devuelto la vida —a saber cómo— y, a cambio, nos había arrebatado a Alexander, como si las personas fuesen algo intercambiable. Seguramente lo fueran para él.

—Esto no es bueno —intervino Sebastian. Al principio, creía que se refería a la desaparición de Alex, pero estaba mirando a Dith—. Es magia oscura. De la peor.

El lobo blanco lo ignoró por completo y siguió hablando conmigo.

—Danielle, no se lo llevaron. Él… se entregó.

—¿Qué?

—Alex vio que tenían a Dith y decidió ir con ellos. No pude evitarlo.

Cerré los ojos y bajé la cabeza, luchando por llevar algo de aire a mis pulmones. Maldito fuera Alexander y malditas también sus buenas intenciones.

—Tenemos que movernos —intervino Gabriel.

Negué a pesar de que sabía que Alex ya no estaba allí. Regresar a la academia sin él sería admitir que se había marchado, y yo no estaba preparada para eso. Nunca estaría preparada. Pero no me quedó otro remedio. Gabriel tenía razón, teníamos que largarnos de allí, incluso si parecía evidente que los demonios habían vuelto con su amo. La mayoría estábamos heridos en mayor o menor medida, o bien agotados y casi sin magia que emplear si sufríamos un nuevo ataque. Y aunque Dith lucía un tono de piel saludable y su respiración y pulso eran estables, estaba inconsciente. Necesitábamos hacerla entrar en calor, todos lo necesitábamos en realidad.

Wood se puso en pie sin soltarla en ningún momento; dudaba que fuera a separarse de ella en un futuro cercano. Raven, en cambio, permaneció cerca de mí, rozándose todo el tiempo contra

mis piernas. Fue Gabriel quien se encargó de iluminar el camino empleando su elemento para ello, mientras que yo me concentraba en mantener la compostura y poner un pie delante del otro.

Tardamos un rato en vislumbrar las primeras luces de la academia a lo lejos. La ausencia de niebla ayudó, pero si no terminamos dando vueltas por la explanada desolada que rodeaba Bradbury fue gracias a Raven, que parecía saber exactamente qué dirección seguir.

—Llévala a la cabaña —dijo Gabriel, conforme nos fuimos acercando.

Wood no cuestionó la orden y se encaminó hacia allí sin mirar siquiera a los que esperaban junto al portalón. No había señales de que los demonios hubieran conseguido asaltar la academia, pero los tres consejeros colgaban aún del muro como un recordatorio de lo cerca que habían estado.

—Sería bueno que Laila le echara un vistazo —sugerí, dirigiéndome a Gabriel, antes de seguir los pasos de Wood—. Y contar con las protecciones de la barrera.

—Primero veamos cómo vuelve.

Me quedé mirándolo un momento antes de dar sentido a lo que estaba diciendo. Meredith había regresado de entre los muertos después de pasar meses como fantasma, y la magia de resurrección, además de ser la más oscura que existía, representaba una aberración que iba directamente en contra del mismísimo equilibrio. Lo que pudiera traer Meredith de vuelta consigo… Tal vez ni siquiera fuese ella misma.

—Está bien —cedí, demasiado angustiada para discutir.

Agradecí que Wood se hubiese alejado y no pudiera escuchar nuestro intercambio; no le haría ningún bien.

Sebastian y Jameson, a pesar de estar heridos, vinieron con nosotros, mientras que Gabriel acudió junto a su aquelarre. Bien, alguien tenía que ponerlos al tanto de lo que había ocurrido y, de paso, mostrarles los cadáveres del muro si no se habían percatado aún de que estaban allí.

Ya en la cabaña, Sebastian y Jameson se quedaron en la planta inferior mientras Raven y yo, en silencio, seguíamos a Wood escaleras arriba. Entró en el primer dormitorio que le salió al paso y depositó a Dith sobre la cama.

Solo entonces reconoció nuestra presencia.

—¿Puedes buscar algo de ropa? Quiero cambiársela. La que lleva está húmeda y… —Se le quebró la voz antes de terminar la frase.

Me acerqué a él y lo abracé con las escasas fuerzas que me quedaban. Wood me devolvió el abrazo con idéntica desesperación.

—Ella… Yo… Alex… Lo siento… —farfulló, con la cabeza escondida en el hueco de mi cuello, temblando como un niño asustado.

Su dolor se unió al mío y amenazó con enviarme de regreso a ese lugar oscuro en el que me había refugiado tras la muerte de Dith. Podía comprender lo desgarrado que se sentía Wood; había recuperado al amor de su vida, pero se habían llevado a su protegido. Yo me sentía igual.

Oh, Dios, todo aquello dolía demasiado.

—Tranquilo, iremos a buscarlo. Y Meredith estará bien. Ella siempre está bien —reí al tiempo que sollozaba sin control.

El dulce aroma de Raven llenó el aire y otro par de brazos nos rodeó; se había transformado. Nos apretó a ambos a la vez y apoyó la frente contra la sien de su gemelo. Los temblores de Wood se recrudecieron. Ninguno de los tres habló ni se movió; solo permanecimos allí en pie, sosteniéndonos los unos a los otros, tal vez por miedo a que, si nos soltábamos, termináramos hechos pedazos.

Pasamos la noche en vela, sin atender nuestras heridas ni cambiarnos de ropa. Nos envolvimos en una manta y nos limitamos a esperar. Sebastian subió en una ocasión y se asomó al interior del dormitorio, supongo que para comprobar si había habido algún cambio y preguntar si necesitábamos algo, pero el ambiente sombrío debió de disuadirlo y se marchó por donde había venido sin decir una palabra.

Lo que necesitábamos era que Dith despertase y fuese ella misma; lo que necesitábamos era que Alex regresara y nuestro aquelarre —nuestra familia— estuviera reunida de nuevo. Lo que necesitábamos era terminar con Elijah, enviarlo directo al infierno y que jamás pudiera hacerle daño a nadie más.

El amanecer no trajo consigo ningún cambio, solo cuando Rav me hizo un leve gesto con la cabeza me decidí a moverme. Me dolía

todo el cuerpo y sentía los huesos y músculos helados. Salimos al pasillo, pero Rav no se detuvo, sino que me llevó varias habitaciones más allá. Cerró incluso la puerta a nuestra espalda y supe que no íbamos a tener una conversación que quisiera que su hermano escuchara.

—Hay algo mal en Dith.

—¿Crees que no va a despertar? —pregunté, pero Raven negó.

—No es eso. Ella no… no está unida a nadie.

Quizás en otro momento lo hubiera comprendido enseguida; sin embargo, estaba exhausta y muy asustada. Por Dith, por Alex. No podía pensar.

—No te sigo.

—Los cordones que la unían a todos nosotros se rompieron cuando ella murió y ahora no han vuelto. No puedo verlos —explicó de forma apresurada—. Es como si siguiera siendo un fantasma.

Eso no podía ser una buena señal. Retrocedí hasta la pared más cercana y dejé que mi espalda resbalara por ella hasta llegar al suelo. No estaba segura de poder soportar nada de aquello por mucho tiempo más. Me sentía completamente sobrepasada.

Raven se acuclilló frente a mí.

—No quiero que Wood lo sepa. Él tampoco está bien. —La angustia devoró el rostro dulce de Rav y exhaló un suspiro tembloroso.

—No le diré nada, no te preocupes.

Apoyé la cabeza en la pared, derrotada. Una parte de mi mente buscaba una explicación para la ausencia de lazos de Dith mientras que la otra solo quería salir corriendo de allí e ir a buscar a Alexander. No quería ni imaginar lo que Elijah le haría para obligarlo a unirse a su causa. ¿Y si amenazaba con sacrificar a más brujos? ¿O a humanos? ¿Y si lo torturaba o conseguía anular de alguna forma su voluntad? El nigromante no pararía hasta salirse con la suya.

Raven me rodeó la cara con las manos.

—Dani, necesitas descansar.

—Tenemos que ir a por él. Oh, Dios, y Cam, tengo que ayudar también a Cam. —Hice ademán de levantarme, pero Raven me detuvo.

—No puedes ayudar a nadie así. Estás al borde del colapso.

—Pero no hay tiempo.

Rav ladeó la cabeza y su mirada se perdió durante unos segundos, como si estuviera escuchando algo a lo lejos, lo cual era imposible tratándose de él; solo en su forma animal era capaz de captar ciertos sonidos y vibraciones. Así que…

De golpe, sus ojos se enfocaron. Luego, sus párpados cayeron y se encogió sobre sí mismo. Me daba miedo preguntar, pero no podía no hacerlo.

—¿Qué pasa, Rav? ¿Has visto algo?

Tardó un instante en recomponerse. Cuando abrió los ojos por fin, el azul de estos había palidecido tanto como la propia piel de su rostro. Había verdadera agonía en su mirada, en las líneas de su rostro contraído por tanto y tanto dolor.

—Rav, por favor, dime qué pasa.

—Hay tiempo. —Fue todo lo que conseguí que me dijese.

Y aunque eso debería haberme tranquilizado, no me reconfortó en absoluto. Tenía el presentimiento de que lo que fuera que había visto solo nos traería más sufrimiento.

# 30

Raven había tenido razón. En algún momento de esas primeras horas de la mañana mi cuerpo no pudo soportarlo más y colapsó. Debí de haberme derrumbado en la habitación en la que velábamos a Dith, aunque me desperté en la academia. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí ni quién me había trasladado desde la cabaña, pero me habían cambiado la ropa e incluso diría que también me habían cepillado el pelo. En la mesilla había un sándwich, galletas y una botellita de agua. Quienquiera que hubiese sido mi ángel de la guarda se había tomado muchas molestias para que me sintiera bien al despertar; apostaba por Raven.

Dichos cuidados habían dado resultado, al menos físicamente. Mis músculos estaban aún un poco doloridos, pero nada más allá de unas agujetas leves, y mi magia estaba completamente restaurada. Incluso mi tobillo parecía haber sanado, lo cual tuve que suponer que era obra de Laila. No perdí el tiempo remoloneando entre las sábanas. Necesitaba saber cómo estaba Dith y si había despertado, y luego, con ayuda o sin ella, iría en busca de Alex; no lo dejaría en manos de Elijah Ravenswood.

Sacié mi escaso apetito y me vestí a toda prisa. Me estaba recogiendo el pelo en una coleta cuando alguien llamó a la puerta. Cam entró arrastrando los pies en cuanto le di paso. Su rostro tenía un aspecto macilento y las ojeras no habían hecho más que acentuarse. Se movió despacio y con cierta torpeza. Me dolía verlo así; tenía que hacer algo.

Vino hasta mí y me envolvió en un abrazo flojo durante un momento.

—Estás despierta.

—Lo estoy. ¿Y tú? ¿Cómo te encuentras? —pregunté, mientras seguía escudriñando su rostro en busca de otros signos de su

*enfermedad.*

Las venas oscuras que se habían revelado bajo el toque de Alex no habían vuelto a aparecer, pero estaba convencida de que, de poder verlas, se habrían extendido.

—Bien.

Sonrió una vez más; sin embargo, no había ningún brillo en sus ojos, mucho menos alegría real.

—Cam…

—Estoy bien, de verdad. Me preocupas más tú, has pasado dieciséis horas durmiendo. Te desmayaste en la cabaña y Raven te trajo hasta aquí para que estuvieses más cómoda y Laila pudiese curarte.

El cambio de tema no me pasó desapercibido, como tampoco lo hizo el hecho de que estaba mintiendo. No estaba bien; no podía estarlo. No solo acababa de perder a su padre, sino que esa cosa se lo estaba comiendo por dentro.

—Dith aún no ha despertado —prosiguió como si nada—, pero Laila y Aaron han estado revisándola y creen que lo hará pronto. En apariencia está sana, solo que… —Hizo una pausa antes de concluir —: No tiene magia.

—¿Qué?

—Dith ya no es una bruja.

Me pasé la mano por la cara y me dejé caer sobre el colchón. No me había percatado de la ausencia de magia al verla. ¿Y era siquiera eso posible? Es decir, Elijah la había devuelto a la vida, así que, partiendo de ese punto, todo parecía posible. Pero Meredith, incluso maldita, había conservado su poder, como cualquier brujo al convertirse en familiar. Y para ello todos tenían que morir. Así que tal vez no era algo relacionado con su muerte; quizás Elijah había elegido no devolverla… entera.

—Bueno, lo importante es que despierte y sea ella misma, todo lo demás es secundario —dije, aunque las implicaciones de una Dith humana resultaban abrumadoras—. Todo va a salir bien.

Cam se sentó a mi lado y, sin ponernos de acuerdo, los dos nos recostamos hasta quedar tumbados y con las piernas colgando del borde del colchón.

—Ahora repite la última parte como si te lo creyeses —se burló, y tuve que echarme a reír.

Este era el Cam que yo conocía y adoraba; lo que le había hecho Mercy no había afectado a su estúpido sentido del humor. Giré la cabeza para mirarlo y él hizo lo mismo, y supe que veía todas mis preocupaciones aunque no les estuviese dando voz. Estaba aterrada por Dith, por Alex y por él, y no sabía cómo ayudar a ninguno de los tres.

—No sé qué hacer.

—No tienes que hacerlo tú todo, Danielle. No estás sola en esto.

Moví la mano hasta que alcancé la suya y Cam respondió enseguida apretándomela a modo de consuelo.

—Lo sé, ya me hubiera vuelto loca si no os tuviera a vosotros.

Abrió la boca, pero ninguna palabra salió de sus labios. Sus dedos se aflojaron y, acto seguido, se le pusieron los ojos en blanco. Me senté en la cama de golpe.

—¿Cam? ¡Cam! —Lo zarandeé, pero no reaccionó. Tenía la piel helada—. Cam, no me hagas esto. ¡Cam, por favor!

Su pecho subía y bajaba con una lentitud agónica y a duras penas conseguí encontrarle el pulso. Su corazón latía, pero lo estaba haciendo muy despacio. Oh, Dios, habíamos esperado demasiado y ahora Cam se estaba muriendo frente a mis ojos.

Me levanté y salí corriendo al pasillo en busca de ayuda; sin embargo, los pasillos de esta planta se encontraban tan desiertos como de costumbre. Podía bajar hasta tropezar con alguien y que fueran a buscar a Laila, pero tenía que dejar solo a Cam y ¿cuánto tardaría? ¿Llegaría la bruja a tiempo?

Eché un vistazo hacia la cama. Cam continuaba inmóvil. Quieto, estaba demasiado quieto. Su pecho ya no se movía.

«No. ¡No!».

Regresé a su lado a trompicones. Había empleado hechizos de curación cientos de veces, ese tipo de magia era el centro de nuestra formación en Abbot, pero allí no había heridas abiertas que curar ni yo conocía hechizo alguno que pudiera sanarlo. Laila ya lo había intentado todo.

No, no todo. Yo tenía algo con lo que ella no contaba, así que tomé la decisión. No perdería a Cam. No perdería a nadie más, me lo había prometido, y al diablo con lo que hubiera dicho Elijah.

Empujé a Cam para hacerlo rodar y colocarlo boca abajo. Le di un tirón al cuello de su camiseta, descubriendo su hombro, y

remangué mis propias mangas. Mis manos brillaban ya, repletas de poder. Me obligué a no actuar de inmediato; no quería precipitarme. Pensé en lo que me había dicho Laila sobre ser cuidadosa. Cam no era un demonio al que deshacer con mi ira, era mi amigo y yo lo amaba. Inspiré y solté el aire varias veces, y me concentré en ese amor. Mercy lo había contaminado con su magia oscura y podrida, y yo necesitaba limpiar —purificar— dicho mal.

Me llevé una mano al colgante de la triple diosa y coloqué la otra sobre la misma zona que Mercy había estado tocando cuando lo infectó.

«Por favor, que funcione. No permitas que la cague. No dejes que se muera».

Cerré los ojos y, por fin, permití que mi magia fluyera con suavidad, muy poco a poco, pausada y tranquila. Dejé que todo el cariño y el amor que sentía por Cam me inundara y luego lo empujé también junto con más de mi poder.

—Vuelve, Cameron, por favor —supliqué, porque eso era lo que había hecho al curar a Raven aquella noche en los límites de Ravenswood, después del ataque de la Ibis. Le había rogado que despertase y él lo había hecho—. Vuelve conmigo. Con Rav. Creo que se está enamorando de ti, y se le romperá el corazón si te pierde. Te necesita y yo también. Tienes que volver.

Abrí los ojos.

El hombro de Cam se había contagiado del brillo de mi mano, y no solo eso, sus venas… las mismas venas que se habían teñido de negro ahora se estaban inundando de luz. ¿Estaba funcionando? No tenía ni idea, pero continué suplicando y vertiendo mi magia en él, pidiéndole que regresara. Le recordé momentos estúpidos en los que habíamos hecho cosas aún más estúpidas, como la vez que Dora Parris se había quedado dormida en una clase de Historia de la Magia y él había amplificado sus ronquidos con un hechizo que se le fue de las manos y tuvimos que salir todos al pasillo a riesgo de quedarnos sordos. O cuando creyó que era una buena idea tratar de duplicar con magia un pastel y terminamos cubiertos de pies a cabeza de nata y chocolate. Le confesé que había sido, junto con Dith, lo único que había logrado mantenerme cuerda durante mis largos años en Abbot. Hablé y hablé, y mi magia fluyó y fluyó…

Su pecho se hinchó y abrió los ojos de golpe; los míos se

llenaron de lágrimas.

—¡Cam! ¿Estás conmigo? ¿Estás bien?

No tenía ni idea de qué hacer y no quería retirarme demasiado pronto, así que mantuve la mano sobre él y fui ralentizando el flujo con mucho cuidado. Cam balbuceó mi nombre. Con la mejilla contra el colchón, parpadeó varias veces y luego me miró. Sus ojos castaños destellaban con decenas de puntitos brillantes, como una constelación completa de estrellas.

—Hola —dije, con la voz rota de alivio.

—Hola. ¿Qué ha…? —Carraspeó y lo intentó de nuevo—. ¿Qué ha pasado?

Durante un instante, me limité a agitar la cabeza de un lado a otro, incapaz de hablar. Él intentó moverse, así que tuve que presionar la mano con más fuerza mientras aunaba algo de control sobre mí misma.

—No te muevas. Te estoy curando.

Retorció el cuello, tratando de echar un vistazo a su espalda, y me obligó a soltar el colgante para mantenerlo inmóvil.

—Quédate quieto y dime cómo te sientes.

Frunció el ceño y mantuve la mano sobre él.

—En realidad, me encuentro bien. No estoy cansado —replicó finalmente, desconcertado—. Espera, ¿me has chutado lo tuyo?

Arqueé las cejas, aunque su pregunta me arrancó una carcajada. Aflojé la presión sobre su hombro. Me costaba dejarlo ir del todo.

—¿Lo mío, idiota?

—Lo has hecho, ¿verdad? —Movió las piernas y los brazos a la vez, probándose a sí mismo, así que retiré la mano. Lo hice tan despacio que dio la sensación de que lo estaba acariciando—. ¡Joder! ¡Ha funcionado!

—No lo sabremos hasta que… —Dejé la frase a medias. Alex no estaba allí para intentar revelar si la magia de Cam estaba aún contaminada.

Pero él estaba eufórico. Rodó sobre el colchón con tanto entusiasmo que de algún modo se las arregló para caerse al suelo. No sé si lo habría curado del todo o si podría o no emplear magia oscura después de esto, pero cuando asomó la cabeza por el borde y me miró tenía un aspecto radiante.

—Estoy bien. Lo siento aquí —dijo, tocándose el pecho. Apreté

los labios para evitar ponerme a llorar, de alegría esta vez—. Sabía que podías hacerlo.

—Me has asustado mucho.

No le dije que había dejado de respirar y tampoco que era muy posible que su corazón se hubiese detenido también. Ahora estaba bien, lo que significaba que mi poder no era solo ira, también podía curar. Laila no se había equivocado en eso.

Por toda respuesta, Cam volvió a subirse a la cama y se lanzó encima de mí, aplastándome con el peso de su cuerpo. Me estampó un beso en la mejilla mientras se reía como un chiquillo. Luego se incorporó un poco y se quedó mirándome.

—Espera, ¿has dicho que Rav se está enamorando de mí?

—¿Podías escucharme? ¿En serio? ¡Te habías desmayado!

Una enorme sonrisa invadió todo su rostro. Dios, desprendía una energía salvaje y contagiosa. Esperaba no haberme pasado de la raya con la cantidad de magia que le había metido en el cuerpo. ¿Podría alguien drogarse con un exceso de magia? Porque Cam parecía estar en una nube.

—¿Es cierto?

Me encogí de hombros.

—Eso vas a tener que preguntárselo a él. Se va a alegrar mucho de ver que por fin estás bien.

—Admítelo, sé que no me lo he imaginado —insistió, todo sonrisas y brillo.

—No pienso decir una palabra más al respecto, Cam.

Soltó una carcajada triunfante, y me sentí un poco culpable por haberle arrebatado a Rav la posibilidad de ser él quien le hablase de sus sentimientos. Pero Cam estaba bien. No me extrañaría si el propio Raven se lo soltaba en cuanto pusiera sus ojos sobre él y se diera cuenta de ello. Había estado tan preocupado por él que su propio ánimo había sido mucho más sombrío de lo normal.

—Un momento, déjame comprobar algo.

Lo agarré de los brazos y cerré los ojos. Rastreé su magia en busca de algo extraño, pero, aunque percibí en él un leve eco de mí misma, el resto era completamente normal. Estaba limpio. Purificado.

—Estás bien —dije, aunque apenas podía creerlo.

—Lo estoy —repuso él, y volvió a abrazarme—. Venga, vayamos

a ver a Dith y a los demás. Necesitamos un plan para traer a Alexander de vuelta.

Cam me contó que Annabeth había sido la encargada de realizar el anuncio oficial sobre los cuerpos que habían aparecido colgados en el muro. Al contrario que en Abbot, allí no se le ocultaba a los estudiantes nada de lo que sucedía y que pudiera afectarles. Después de eso, la academia, ya en estado de alarma, se había blindado; el portón de entrada se había reparado, se habían reforzado los hechizos protectores y cualquier entrada o salida de la propiedad debía de ser previamente autorizada.

Los alumnos acababan de almorzar y estaban a la espera del comienzo de las clases de la tarde. El ambiente era más lúgubre que en los días anteriores, y los rostros, mucho más serios. Todos debían estar ya al tanto de que Alexander había sido capturado por Elijah y sabían lo que eso significaba; lo que podía llegar a ocurrir.

Una vez en el vestíbulo, nos dirigimos directamente a la entrada. Pero Cam se detuvo de golpe. Cuando seguí el rumbo de su mirada, vislumbré a Raven a mitad de uno de los pasillos que llegaban hasta allí. También se había quedado inmóvil, mirando a Cam fijamente. ¿Lo sabía? ¿Era capaz de percibir que Cam estaba curado? Su aspecto era muy diferente ahora y desprendía energía, prácticamente brillaba, y desde luego Raven había pasado muchísimas horas cuidando de él, por lo que supuse que apreciaría el cambio.

Fuera como fuese, Rav fue el primero en reaccionar. Echó a andar con paso decidido hacia nosotros, y Cam también se puso en marcha. Se encontraron a mitad de camino, justo en el límite entre vestíbulo y pasillo, y se quedaron plantados uno frente al otro como si no estuvieran seguros de qué hacer a continuación.

Los observé con curiosidad y, como yo, también los brujos y brujas que rondaban la zona. Durante un momento no hicieron nada, no hablaron, solo estuvieron allí mirándose, contemplándose de un modo que me puso los pelos de punta, en el buen sentido. Como si se vieran por primera vez y al mismo tiempo se conocieran desde siempre.

Raven dijo algo que no pude escuchar desde donde estaba. Cam replicó y mi familiar se sonrojó de tal forma que incluso yo fui consciente de ello. Y luego ya no hubo más palabras. Cam lo agarró

de la camiseta, dio un tirón para acercarlo y lo besó como si estuviera tratando de devorarlo entero. Rav se derritió contra él y respondió al beso con la misma entrega.

Cam no era de los que se prestaba a las muestras de afecto en público; es más, a pesar de que tenía un largo historial de conquistas en Abbot, no recordaba haberlo visto jamás enrollándose con nadie por los pasillos o en ninguna otra de las zonas comunes. Así que supuse que aquello era toda una declaración de intenciones.

«Bien por vosotros, chicos», pensé, y no pude evitar sonreír.

Varios alumnos silbaron y hasta hubo uno que se puso a aullar, y de repente el ambiente enrarecido de la academia se transformó en algo mucho menos opresivo. Miré hacia la escalera y descubrí a un nutrido grupo de estudiantes aferrados a las barandillas del primer piso y mirando hacia abajo, en un intento de descubrir qué estaba ocurriendo.

Mis amigos siguieron a lo suyo, ajenos al alboroto. Cuando Cam deslizó las manos bajo la camiseta de Rav y este se apretó aún más contra él, me dije que igual era hora de intervenir. Parecían haber olvidado que no estaban solos.

A regañadientes, me acerqué a ellos.

—Emm… chicos… —Nada, como si no me hubieran oído—. Cam, Rav, tenéis que parar. Hay niños mirando.

Cam hizo un ruidito de disgusto con la garganta y comenzó a retirarse, pero Raven lo agarró de la nuca y volvió a atacar sus labios. Me hubiera reído, pero de verdad que no necesitaba ver cómo se comían la boca y se metían mano.

Gracias a Dios, Raven finalmente cedió y lo soltó. Ambos respiraban con dificultad cuando se separaron. Cam echó un vistazo alrededor y se percató de que todo el mundo estaba observándolos.

—Oh. —Fue todo lo que dijo, y yo me crucé de brazos.

—Sí, oh.

Parecía genuinamente avergonzado, mientras que Raven lucía mucho más tranquilo. Deslizó la mano en la de Cam y lo atrajo contra su costado.

—Gracias, Dani. Por curarlo. Es muy importante para mí.

Todo en mí se suavizó al escuchar el tono dulce de la confesión. Raven se merecía ser feliz, y me alegraba que pudiera serlo con Cam.

Alguien dio una palmada y el sonido retumbó por todo el vestíbulo.

—¿Qué estáis haciendo ahí plantados? ¡Id a clase! ¡Ya! —gritó Annabeth, y todos se pusieron en marcha de golpe.

Mientras se acercaba a nosotros, sus ojos se deslizaron hacia las manos unidas de Cam y Rav. Levantó la vista y esbozó una sonrisita pícara.

—No sé si quiero saber qué ha pasado para que mis alumnos estén tan distraídos.

—No quieres —dije yo, y por suerte para Cam, que aún seguía un poco sonrojado, ella no preguntó.

—Ha llegado un mensaje de Winthrop. Tu candidatura ha sido aceptada, aunque ha creado mucho revuelo. La votación será en los próximos dos días.

Me había olvidado por completo de todo el lío con el consejo. Sinceramente, ahora mismo era lo último en mi lista de prioridades. Necesitaba comprobar cómo estaba Dith y luego descubrir el modo de sacar a Alexander de Ravenswood.

—No creo que sea el momento… —comencé a decir, porque no quería ser brusca con Annabeth.

Sabía que formar parte del consejo era algo importante y podía cambiar nuestro futuro, pero de todas formas no habría nada que cambiar si Elijah se salía con la suya. Y ahora que tenía a Alex estaba mucho más cerca de conseguirlo.

—Tranquila, lo sé. Solo quería informarte.

Annabeth se retiró en dirección a las aulas de entrenamiento de esa planta y nos quedamos solos.

—¿Vais a ver a Dith? —preguntó Rav, y yo asentí. Sin soltar la mano de Cam, me rodeó los hombros con el brazo y me dio un suave beso en la sien—. Voy con vosotros.

Como era obvio, los cuerpos ya habían sido retirados del muro, pero cuando atravesé el portón exterior no pude evitar echar un vistazo por encima de mi hombro y estremecerme. El recuerdo de los tres brujos balanceándose en el aire me acompañaría durante mucho tiempo.

Me detuve antes de entrar en la cabaña y giré para quedar cara a cara con los dos, de forma que Raven pudiera leerme los labios.

—Voy a ir a por Alexander.

—Iré contigo —dijo Raven. Desvió la vista hacia la puerta un momento antes de añadir—: Wood…

—Puede quedarse cuidando de Dith.

Suponiendo que Meredith no se despertase antes de nuestra partida. Puede que ya no fuese una bruja, pero la conocía y no permitiría que la dejásemos al margen, lo cual iba a ser un problema, porque sin ningún tipo de poder no podría defenderse. Además, no la quería cerca de Elijah y que este decidiera deshacer lo que fuera que hubiese hecho para resucitarla.

Rav se mordisqueó el labio inferior.

—Wood tendrá que ir. Es su familiar y no puede pasar demasiado tiempo lejos de él.

Debería haber pensado en eso. Familiares y protegidos estaban destinados a estar juntos, físicamente hablando, y dada la distancia que había entre Ravenswood y ese sitio, Wood pronto empezaría a sentir el impulso irremediable de ir a buscarlo. Demasiados días lejos y terminaría debilitándose.

Tampoco yo quería dejar a Dith si permanecía inconsciente, pero la sola idea de Elijah forzando a Alexander a cumplir su voluntad me hacía hervir la sangre y me aterrorizaba al mismo tiempo. Y si encontraba la manera de que Alex cediera a sus exigencias, los demonios arrasarían este mundo.

—¿Y si intentamos lo del viaje astral? —propuso Cam—. Si conseguimos llegar hasta Alexander y hablar con él, sabríamos qué esperar.

Era una buena idea, aunque no exenta de peligro, pero al menos podría saber si Alex estaba bien y él nos daría algo de información.

—Veamos cómo está Dith primero y luego decidiremos qué hacer.

Entramos en la casa. En la planta baja todo estaba tranquilo, pero el eco apagado de varias voces llegaba desde arriba por el hueco de las escaleras. Imaginé que Sebastian o alguno de los otros se habría pasado a hacerles una visita. No fue hasta que llegamos arriba y abrí la puerta de la habitación cuando me di cuenta de que me equivocaba.

Dith estaba consciente.

# 31

Me quedé plantada en la entrada como una imbécil, con la mano en torno al pomo y la sensación de que aquello era producto de mi imaginación. Dith estaba sentada en la cama, con la melena castaña hecha un lío y una camiseta enorme que dejaba uno de sus hombros al descubierto; para mí, bien podría haber sido una reina en su trono.

—Meredith. —Su nombre brotó de mis labios y se llevó consigo todo el aire de mis pulmones.

Su mirada me buscó y, cuando nuestros ojos se encontraron, la emoción desbordó los míos por completo. Era ella, era Dith. Mi Dith. Madre, hermana, amiga… No podía creer que de verdad estuviese allí.

—Hola, Danielle.

Inspiré de golpe al escuchar su voz, luchando por contener las lágrimas. A esas alturas, no estaba segura de si lo conseguiría; la ausencia de Alex, el susto que me había llevado con Cam y ahora esto. Era demasiado.

Mi cuerpo tomó la iniciativa antes de que yo pudiera hacerlo de forma consciente y mis pies se movieron hacia ella. Me detuve junto a la cama. Temblaba. De alivio, de angustia, de frustración, de miedo. Sentía tantas emociones al mismo tiempo que no hubiera sabido por dónde empezar a ponerles nombre. Pero Dith me conocía mejor que yo misma. Me tendió la mano y yo me aferré a sus dedos con tanta fuerza que temí estar haciéndole daño.

No se quejó.

—¿Estás aquí de verdad? ¿Estás bien? —pregunté, cuando por fin encontré mi voz.

Dith tiró de mí y me hizo caer a su lado, y luego sus brazos me rodearon. Apreté la cara contra su hombro mientras las lágrimas corrían libres por mis mejillas. La había perdido, la había visto

morir frente a mis ojos y ahora estaba allí. Estaba viva y conmigo. Por un momento me convertí de nuevo en una niña de diez años cuya madre y hermana habían sido asesinadas y a la que su padre había abandonado luego en una escuela. Solo Dith se había quedado conmigo entonces. Ella había sido durante años lo único que había tenido.

—He estado aquí todo el tiempo —me susurró, como si supiera exactamente lo que sentía.

Dejé que el llanto se apropiase de mí. Todas las lágrimas no vertidas en los últimos meses —incluso en los últimos años— encontraron el camino hasta mis ojos. No traté de reprimirlas ni de guardármelas por más tiempo. Necesitaba sacarlas, así que durante largo rato eso fue todo lo que hice: llorar. Y resultó liberador.

Dith me mantuvo contra su cuerpo, sin hablar ni protestar a pesar de que le estaba empapando la camiseta. Y cuando por fin me separé de ella y la miré a la cara, encontré en su rostro surcos húmedos a juego con los míos.

—No debiste sacrificarte por mí. —Fue lo primero que se me ocurrió decirle.

Ella esbozó una pequeña sonrisa, dulce y resignada a la vez.

—De eso se trata todo lo de ser un familiar. Es lo que somos. —Fui a protestar, porque ella tenía que saber que era mucho más que eso, pero no me lo permitió—. Aun así, no lo hice por obligación. He vivido más de siglo y medio y tenido varios protegidos, Danielle, y tú eres la única de ellos que siempre me trató de igual a igual. Nunca intentaste prohibirme nada, no te enfadabas si desaparecía y nunca preguntabas dónde había estado. Me diste toda la libertad que alguien como yo podía tener, y sé que me la hubieras dado por completo de poder hacerlo. Así que, si ha habido alguien por quien mereciese la pena sacrificarse, eres tú. No me arrepiento de lo que hice y volvería a hacerlo mil veces más.

Me fue imposible replicar. Nos fundimos en un nuevo abrazo que duró otra eternidad y, a la vez, no lo suficiente. Ahora mismo, tocarla era lo único que me convencía de que no estaba soñando. Fue Dith la que me empujó con suavidad para hacerme retroceder, y solo entonces me di cuenta de que estábamos solas en la habitación. Los demás debían de haber salido sin que me percatase de ello para darnos intimidad.

—Te quedaste. Deberías haber cruzado al otro lado, aunque ahora me alegro de que no lo hicieras.

Ella se encogió de hombros.

—Tuve que hacerlo, sois un completo desastre sin mí —rio, restándole importancia al hecho de que había corrido el riesgo de convertirse en un espectro solo para permanecer con nosotros.

—¿Qué pasó? No es que no me alegre de que Elijah haya hecho por fin algo bueno, pero ¿se puede saber cómo consiguió traerte de vuelta? ¿Y cómo acabaste en sus manos?

Dith suspiró. Se recostó contra la cabecera de la cama y yo me acomodé a su lado. Mi poder para percibir a otros brujos no se había desarrollado por completo hasta después de la muerte de Dith, por lo que nunca había llegado a saber cómo se percibía su magia; sin embargo, lo que sí podía asegurar ahora era que no la tenía. Era humana, totalmente humana. Pero estaba viva, así que el resto ya no importaba.

—Estaba preocupada por ti, por todos vosotros, sobre todo porque estabais planeando hacer un viaje astral hasta Ravenswood. Y eso es mucho camino desde aquí —explicó, con un leve tono reprobatorio—. Así que decidí intentar ser yo la que fuese. Llevo visitando la academia de la oscuridad mucho tiempo, ha sido como un segundo hogar para mí, por lo que no me costó demasiado trasladarme hasta allí. Elijah ha reforzado la barrera, pero no contra fantasmas; supongo que no le preocupan las almas desdichadas que haya en ese lugar o en los alrededores. O quizá sea una extraña deferencia a su estado anterior.

Me recorrió un escalofrío al pensar en la transmutación del nigromante. Había necesitado de la sangre de tres poderosos linajes de brujos, ese había sido el pago, así que tal vez la magia de Dith era el que había tenido que realizar para traerla de vuelta.

—Pero te descubrió —señalé, impaciente por saber más.

Dith asintió.

—El campus está… muy cambiado. Desde dentro de la barrera, el cielo permanece día y noche de un tono gris plomizo y el aire es pesado y caliente a pesar de la época del año en la que estamos. ¿Y recuerdas el árbol que se te apareció en el bosque?

—¿El árbol de Elijah, el que empleaba para sus sacrificios?

—Ahora se encuentra en mitad de la explanada trasera de la

finca y es enorme y bastante tétrico. —Dith se estremeció de manera visible—. Pone los pelos de punta estar en ese lugar. Todo está tan… muerto. Pero a la vez parece como si hubiera algo vivo y acechando; incluso siendo un fantasma pude sentirlo.

—Creemos que Alex pudo despertar algo allí la Noche de Difuntos.

Mencionar a Alex dolía cada maldita vez, y me recordó que necesitábamos ponernos en marcha cuanto antes. Pero toda la información que Meredith pudiera darnos sobre Ravenswood era vital.

—Lo sé. Os escuchaba hablar todo el tiempo —señaló con una sonrisa triste—. Es muy probable que así fuera, porque hay algo terrible en ese lugar y no se trata solo de la presencia de Elijah. No vi a demonios ni a ningún otro brujo, y no sé dónde se está escondiendo Elijah. Fue él quien me encontró a mí mientras recorría el campus. Me descubrió en la casa de los chicos —confesó, con un mueca de disculpa.

—Tienes buenos recuerdos de esa casa, ¿no?

—Sí, muchos. Wood… —Hizo una pausa para tomar aire, y pensé que diría algo más, pero se quedó callada.

No la atosigué con más preguntas. Ambos habían sufrido mucho durante los años anteriores, y las últimas semanas debían de haberles resultado un verdadero infierno; viéndose pero sin poder tocarse y sabiendo que, o ella cruzaba al otro lado, o acabaría por perderse a sí misma.

Dith tardó un rato en recuperar la compostura, aunque cuando habló de nuevo empleó un tono de claro pesar.

—Los brujos de Dickinson, los que Elijah ahorcó… Usó su sangre para traerme de vuelta. —Cerró los ojos y apretó los párpados durante un instante—. Se aseguró de que lo supiera, y bueno… supongo que sabes que ya no soy una bruja, ni tu familiar.

Había dolor en sus palabras y un matiz de incertidumbre que me empujó a abrazarla de nuevo. Ser o no mi familiar no cambiaba nada para mí, y desde luego que la ausencia de su poder tampoco.

—Sigues siendo mi mejor amiga, Dith. Nada cambiará eso jamás.

Me miró.

—Lo sé. Y parece que ahora tienes a alguien más para cuidarte. Varios más —señaló, y había verdadera satisfacción en su rostro—.

Debería haber sabido que Raven era para ti desde el primer momento en que os vi juntos. Y… Alexander.

El nudo en mi garganta se apretó. Acababa de recuperar a Dith y quería quedarme allí, metida en la cama y hablando con ella, pero no podía, no con Alexander en manos de Elijah. No hasta que desterrásemos al nigromante, y con él, la oscuridad.

—Tenemos que ir a buscarlo —dijo Dith, y enseguida añadió—: Y no pienses siquiera en decirme que no puedo ir contigo, porque no he regresado de la muerte para quedarme sentada y de brazos cruzados mientras la gente a la que quiero se enfrenta al puñetero fin del mundo.

—Dith…

—No. No me quedaré atrás.

Resoplé a pesar de que la entendía a la perfección. Yo misma le había pedido a Alexander que no se fuera a Ravenswood sin mí, algo que de todas formas había hecho. Pero no podía enfadarme con él, no cuando se había marchado para que Dith estuviese allí con nosotros. Sin embargo, Meredith ahora carecía de magia y ya no era invulnerable al daño físico, podían herirla de mil maneras diferentes, y la posibilidad de perderla de nuevo…

—Bueno, me encantará ver cómo se lo explicas a Wood.

—Cederá. Además, él tiene que ir, así que no va a poder quedarse y retenerme.

No, no podría, pero conociendo al lobo blanco lo creía capaz de encerrarla para mantenerla a salvo, lo cual casi podría encontrar justificado después de todo por lo que habían pasado. Sin embargo, ¿quién era yo para prohibirle tomar sus propias decisiones? Era la primera vez en su larga existencia que Meredith tenía libertad para elegir dónde estar y qué hacer; nada la obligaba a seguirme y mantenerse a mi lado, así que no pensaba arrebatarle esa opción.

—Preferiría que te quedases, Dith, pero eres libre y es tu decisión. Tú eliges.

La perplejidad que transmitió su expresión me hizo comprender que ni siquiera ella se había dado cuenta de lo que suponía su nuevo estatus. Y a pesar de que advertí una sombra fugaz empañándole la mirada, la enorme sonrisa posterior dejó claro que esa decisión ya estaba tomada.

# 32

Pasé un rato más a solas con Dith antes de que los demás se unieran de nuevo a nosotros. Wood se instaló en una esquina de la habitación y no dijo ni una palabra. Permaneció atento a la conversación mientras Cam contaba lo bien que se sentía y yo explicaba cómo lo había curado a pesar de que aún no estaba del todo segura de lo que había hecho. Achaqué la actitud hosca del lobo blanco a su preocupación por Alexander y al hecho de que estar lejos de él podría haber empezado a pasarle factura, pero me extrañó que ni siquiera interviniera cuando Meredith aseguró que pensaba acompañarnos de regreso a Ravenswood. Había esperado una agria discusión y que tratase de imponer su opinión sobre la de ella. Su silencio, desde luego, no era normal.

La cuestión fue que no me enteré de que Amy Hubbard y sus padres habían llegado a la academia hasta que ya se había hecho de noche y Cam, Rav y yo estábamos regresando al edificio principal. A pesar de haberse recuperado, y de que en apariencia Dith no representaba ningún peligro, Wood y ella habían decidido permanecer en la cabaña y contar con cierta privacidad durante su última noche allí.

—¿Crees que podemos ir a hablar con Amy ahora?

No quería esperar más, no si eso significaba retrasar nuestra partida al día siguiente. Acudir de inmediato tras Alexander, y por tanto, directos a Elijah, seguramente no fuese la decisión más inteligente, pero esperar tampoco era una opción.

—Sé en qué habitación los ha alojado Laila, así que podemos intentar ver si Amy aún sigue despierta —dijo Cam—. Pero ¿estamos seguros de que queremos escuchar lo que pueda decirnos?

Por inercia, miré a Raven. Estaba convencida de que él había atisbado algún detalle de nuestro futuro la mañana anterior y, por su expresión, no parecía que hubiera sido algo demasiado

alentador. La pregunta de Cam era lícita. ¿Estábamos preparados para lo que fuera que nos dijera Amy Hubbard? ¿Y si aquello se convertía en un desastre similar al de la profecía que habíamos acabado cumpliendo?

Rav no dio muestras de querer evitar el encuentro con la bruja.

—Necesitamos toda la ayuda posible para hacer frente a Elijah, cualquier dato que pueda darnos…

—Tal vez Dith y Wood deberían haber venido con nosotros —intervino entonces Raven, y había un toque reflexivo en su voz.

¿Era a ellos a quienes había visto? ¿Algo que les afectaba directamente?

—Rav, si sabes algo, tal vez deberías decírnoslo —dije, cautelosa. No quería presionarlo.

—Es solo que… —Frunció el ceño y sus ojos se volvieron turbios durante un momento antes de que añadiera—: Veamos lo que nos dice Amy.

Suspiré.

—Está bien, vamos a buscarla.

Los Hubbard se hallaban alojados en nuestra misma planta, aunque les habían asignado la última habitación de uno de los pasillos del ala. Fue Cam quien llamó a la puerta, mientras Rav y yo nos mantuvimos un poco por detrás de él. El hombre que abrió debía rondar los cuarenta años y tenía cierto parecido con el padre de Cam, mismo color de pelo y rasgos severos, así que supuse que era él quien pertenecía al linaje Hubbard y no su mujer.

—Buenas noches, John. Perdona que os molestemos tan tarde, pero nos gustaría hablar con Amy si es posible.

El hombre ni siquiera tuvo oportunidad de contestar. Una mujer apareció tras él y ocupó el espacio a su lado.

—Esto no es buena idea.

—Martha, ya lo hemos discutido —intervino su marido.

Me adelanté, temerosa de que, incluso habiendo viajado con ella hasta la academia, finalmente no nos permitieran ver a Amy.

—Necesitamos ayuda, por favor.

—No está preparada —insistió ella—. Y sigue teniendo pesadillas cada vez que emplea su poder.

No podía culparla por tratar de proteger a su hija, y odiaba la idea de que una niña sufriera por nuestra culpa, pero estábamos

desesperados. Realmente desesperados. Y si Amy podía arrojar algo de luz sobre nuestro incierto futuro, tal vez fuésemos capaces de acabar con Elijah y la amenaza que representaba sin tener que sufrir nuevas bajas.

Fui a decir precisamente eso, pero Cam se me adelantó.

—Nunca estará preparada si permitimos que Elijah Ravenswood haga caer la oscuridad sobre todos nosotros. Y ahora que ha secuestrado a Alexander, más tarde o más temprano lo conseguirá.

Martha Hubbard se cruzó de brazos con evidente disgusto.

—Él también es un Ravenswood.

—No para lo que importa —intervine, porque no encontré una mejor forma de explicarle a aquella mujer que Alex nunca ayudaría a Elijah por propia voluntad.

A pesar de que la propia existencia de la academia Bradbury era una muestra palpable de que las cosas estaban cambiando y no todos los brujos secundaban la idea de que tuviésemos que aceptar la división entre ambas comunidades, la pertenencia a un determinado linaje continuaba teniendo mucho peso para algunos de ellos. Y el de los Ravenswood en concreto nunca sería considerado un linaje más.

—No habrá futuro para ninguno de nosotros si no nos unimos contra Elijah, ni siquiera para los humanos —insistió Cam, y luego se dirigió directamente al hombre—. Mi padre confió en Alexander; lo dejó entrar en Abbot. Él sabía que ya no había cabida para viejos rencores y que cada persona debía responder por sus actos, no por los de sus antecesores, y menos aún ser juzgado por nacer en una determinada familia.

John pasó el brazo en torno a la cintura de su mujer e intercambiaron una larga mirada.

—Deja que Amy decida —dijo finalmente el hombre.

Martha tardó aún momento en contestar, pero terminó asintiendo y se hizo a un lado. Su marido nos hizo un gesto para que entrásemos.

Amy Hubbard estaba sentada en la cama, con las piernas cruzadas y las manos sobre el regazo; manos enfundadas en unos guantes de aspecto suave que se perdían bajo las mangas de un pijama salpicado de estrellas. Tenía el pelo tan negro y brillante como el de Cam, y lo llevaba recogido en dos coletas bajas. El

peinado y su rostro redondo, así como su aspecto en general, era el de un niña, pero sus ojos trasmitían algo muy diferente: lucían antiguos y atormentados, como si hubiesen visto demasiadas cosas y la mayoría de ellas hubiesen sido desagradables.

Un escalofrío reptó por mi espalda y no pude evitar estremecerme. El suyo era un don poco frecuente entre los brujos, más raro incluso que el de Raven. Y pensar que no podía tocar a nadie sin controlarlo… El celo de su madre cobraba ahora aún más sentido.

—Hola, Amy —la saludó Cam, acercándose a la cama sin rodeos —. Quiero presentarte a mis amigos: este es Raven y ella es Danielle.

La mirada de la niña osciló entre nosotros, deteniéndose unos pocos segundos en cada rostro. ¿Estaría intentando adivinar qué le mostraría su poder si nos tocaba? ¿Sufriría cuando lo hiciese? A lo mejor aquello no era tan buena idea.

Pero Amy sonrió un momento después y estiró la mano hacia Raven.

—La tía Letty me habló de ti —dijo. Rav le devolvió la sonrisa y avanzó en su dirección—. Siempre hablaba de la visita que esperaba y de que, en algún momento, yo también recibiría una. Dijo que tendría que decidir qué hacer y cuánto deciros.

Apartó la vista de nosotros y miró a sus padres. En ese momento no parecía tener diez años, sino muchos más. Amy les brindó un ligero asentimiento y, durante un instante, creí que la mujer volvería a mostrar su oposición, pero apretó los labios y permaneció en silencio.

Con la mano aún cubierta por el guante, Amy tiró de la de Raven y este se acomodó a su lado en la cama. Debía saber que era sordo, porque se movió un poco hasta quedar frente a él y levantó la barbilla para mirarlo directamente.

—La tía Letty me contó que no eras lo que parecías, pero dijo que podía fiarme de ti. ¿Es verdad que puedes convertirte en un lobo? —preguntó, y así, de nuevo, pasó a comportarse tan solo como una cría curiosa. Raven asintió—. ¿Y también tu hermano?

—Así es. Somos gemelos, pero él es un lobo blanco, y yo, negro.

Una profunda arruga apareció en la frente de la niña. Tardó un momento en replicar:

—Pero eres suyo. —Me señaló.

—¡Amy! Eso es de mala educación —la reprendió su madre.

Rav se echó a reír y le hizo un gesto con la mano, restándole importancia al comentario.

—Sí, soy su familiar, y mi gemelo cuida de Alexander. Pero esa es una historia para otro día. Ahora necesitamos… saber.

Amy se quitó el guante con la destreza de alguien que ha hecho ese gesto muchísimas veces y deslizó su pequeña mano de vuelta en la de Raven. Los hombros de Rav se hundieron de forma tan leve que no estaba segura de no haber imaginado dicho movimiento.

La arruga en el ceño de la niña se profundizó.

—Pero tú ya sabes.

Contuve el aliento. ¿Hablaba de lo que había visto Rav?

—Apenas —dijo él. Ambos se mantuvieron enfocados por completo en el otro—. No estoy seguro…

Amy parecía totalmente desconcertada.

—Lo estás —lo cortó. Y eso fue todo. Enseguida, retiró la mano y se volvió hacia donde Cam y yo esperábamos—. Ven, Danielle, y deja que vea.

Mis ojos se posaron sobre Rav. Su expresión estoica no revelaba nada, pero ladeó la cabeza hacia mí y luego movió la barbilla, invitándome a acercarme a Amy. Me invadió la sensación de que, lo que fuese que deparara el futuro, Raven acababa de asumir que era inevitable.

# 33

—El futuro es solo una posibilidad de tantas —dijo Amy, con la mano aún tendida hacia mí—, pero hay cosas que serán de cualquier forma.

Ese pensamiento no ayudó en nada a aplacar mi malestar ni sofocar el temor que me había invadido momentos antes. Rav se había quedado callado e inmóvil, lo cual tampoco me tranquilizaba demasiado. Cuando saliésemos de esta habitación, hablaría con él y tendría que contarnos de una vez por todas lo que había visto. Pero ahora era mi turno, y no creía estar preparada para nada de lo que Amy pudiera descubrir al tocarme.

Dudé un instante, y cada paso que avancé se sintió demasiado definitivo. Rav se apartó hacia un lado de la cama, pero permaneció cerca. Cuando me senté, él colocó una mano en mi hombro y me dio un apretón de ánimo.

—No tengas miedo —dijo Amy.

No sabía si era miedo lo que sentía, pero todo aquello me provocaba una profunda inquietud y también cierto recelo. Resultaba irónico que fuera una niña, que era probable que luego tuviera pesadillas a causa de su don, la que estuviera brindándome palabras de aliento.

—No nos ha ido demasiado bien hasta ahora con todo esto de las predicciones y profecías.

Amy se limitó a sonreír y me tendió la mano con la palma hacia arriba. No me lo pensé más, extendí el brazo y dejé caer mi mano en la suya. El contacto me provocó un estremecimiento.

—Relájate, Danielle Good.

Era más fácil decirlo que hacerlo, pero me forcé a aligerar la tensión de mis músculos. Al contrario que en el caso de Rav, Amy se tomó su tiempo conmigo. Sus ojos se movían de un lado a otro tras los párpados cerrados, como si estuviesen observando. O buscando.

Todos se mantuvieron en silencio y la atmósfera de la habitación se cargó de electricidad. Más allá de su toque cálido, no notaba mucho más, aunque sí podía percibir la magia en su interior; para su edad, esa niña tenía muchísimo poder.

—Hay cosas que tienen que ser —repitió. A pesar del tono infantil, su voz me puso los pelos de punta—. Luz y oscuridad siempre han sido y serán, nunca la una sin la otra. Juntas… tienen que estar juntas, incluso si son las sombras las que lo amenazan todo. Es… sencillo, y a la vez doloroso. Toda magia requiere un precio y… todo hechizo tiene una laguna. —Abrió los ojos de repente—. Pero estás destinada a perder.

«No».

Tiré de mi mano y la saqué de entre las suyas de forma brusca. Mi respiración se descontroló y el corazón me comenzó a latir demasiado deprisa teniendo en cuenta que estaba aún sentada en la cama. Sin embargo, mi reacción no alteró en nada el semblante de Amy. Tampoco me reprochó que me hubiera apartado.

—No voy a perder a nadie más.

—Pero no es tu decisión. Los demás tienen que elegir por sí mismos y ya lo han hecho, sean conscientes de ello o no.

No tenía ni idea de lo que estaba hablando, pero no pude evitar pensar en Dith y su firmeza al asegurar que nos acompañaría a Ravenswood. ¿Hablaba de ella? ¿Era una mala idea permitirle que fuera con nosotros? ¿O había algo más en lo que no había pensado?

—¿Qué hay de Elijah? —inquirí, tratando de no volcar mi amargura en ella—. Creí que podrías decirnos cómo vencerlo. O tal vez algo sobre la marca de los malditos.

—La solución es una. Una posibilidad entre muchas, pero única a la vez.

—Amy, de verdad que necesitamos un poco más de ayuda —intervino Cam, adelantándose también desde la puerta.

Los ojos de la niña se cargaron de una tristeza que no parecía adecuada para alguien tan joven.

—No es mi papel, y ya conocéis la manera. Lo sabéis.

Me obligué a no decirle que eso era una mierda. ¿Por qué las videntes siempre se empeñaban en confundir tanto las cosas? ¿Tanto les costaba hablar claro y ayudar?

Me incorporé mientras Martha Hubbard rodeaba a Cam y acudía

junto a su hija. Raven también se puso en pie. Amy y él intercambiaron un mirada de mutua comprensión que hizo que me doliera el pecho.

«Estás destinada a perder». Eso había dicho Elijah, y ahora Amy lo había repetido. Pero ¿no había perdido ya suficiente? ¿No lo habíamos hecho todos?

—Lamento si no habéis encontrado lo que estabais buscando —dijo John, y parecía genuinamente contrariado.

—Muchas gracias por permitirnos hablar con ella. —Giré hacia la niña; el guante ya le cubría la mano de nuevo y estaba tan serena que daba un poco grima—. Gracias, Amy.

Casi había llegado a la puerta cuando me llamó.

—Alexander y tú no estáis malditos. Good y Ravenswood siempre han tenido elección. Sarah, Meredith… no lo consiguieron. Todo salió mal, pero tú aún puedes elegir.

El aire escapó de mis pulmones al comprender que estaba hablando de la maldición que Elijah había lanzado por despecho sobre ambas familias. Me escabullí hacia el pasillo sin contestar. ¿Elección? Parecía obvio que cualquier decisión que tomásemos afectaría a cómo se desarrollarían las cosas, ¿a qué elección en concreto se refería entonces? Sinceramente, nada de lo que nos había dicho resultaba útil.

Los demás no tardaron en alcanzarme.

—Danielle, espera, ¿de qué maldición estaba hablando? —preguntó Cam.

Mierda, ni siquiera me acordaba de que Alex y yo no les habíamos contado nada de aquello.

—Es solo algo que dijo Elijah sobre las relaciones entre nuestros linajes cuando poseyó a la madre de Alexander. Parece ser que Elijah estaba enamorado de Sarah, pero esta lo rechazó en favor de Benjamin. Así que todo esto, además de satisfacer sus ansias de poder, es también algún tipo de retorcida venganza. Aseguró haber maldecido a cualquier Good que se acercara a un Ravenswood o viceversa.

Raven, en esta ocasión, no dio muestras de saber nada de aquello.

—Quieres decir que Dith y Wood… ¿Estaban condenados desde el principio?

—Eso creemos, pero Amy debe pensar que no —contesté—. Supongo que hay algo que se puede hacer para que Alex y yo… Da igual, tenemos que sacarlo de Ravenswood, eso es lo único que importa.

Primero necesitaba que él estuviera a salvo; eso, además, frustraría cualquier plan de Elijah para emplear su poder.

Encaré a Raven. Sabía que tenía que escoger muy bien las palabras, porque presionar nunca salía bien cuando se trataba del lobo negro, así que tardé un momento en decidir cómo abordarlo para que nos contase lo que sabía. Y ese breve instante fue todo lo que él necesitó para decir: «Tengo que hablar con Wood». Luego, sin más, se transformó y se marchó a la carrera por el pasillo.

Maldije, frustrada, y Cam hizo una mueca.

—Crees que sabe cómo acaba todo esto, ¿no?

—Tal vez no cómo acaba, pero sabe algo. Creo que el otro día tuvo una de sus visiones, y también creo que lo que vio lo asustó tanto que no quiere pararse a pensar en que esa sea la única posibilidad de la que hablaba Amy.

## Raven

Mis visiones eran inexactas, si es que podía llegar a llamarlas así. Obtener pequeños destellos de algo que aún no había ocurrido era como tratar de armar un puzle al que le faltaban muchas muchas piezas; más una maldición que otra cosa, al contrario que mi otro poder. Me había llevado varias décadas llegar a entender lo que significaba el entramado de cordones que a veces veía, y otras tantas aprender a extraer información de él. Mis progenitores no habían ayudado mucho en eso, ni en ninguna otra cosa en realidad.

Reprimí la rabia helada y salvaje que brotaba en mi pecho cuando algún recuerdo del pasado conseguía alcanzarme. Procuraba no evocar nunca su imagen ni los años que había pasado bajo su tutela a pesar de que eran los únicos en los que no había sido un brujo maldito. Convertirme en familiar no había cambiado mucho las cosas, pero al menos esos miserables ya no habían podido hacernos más daño a Wood y a mí.

Pensar en mi gemelo me hizo retomar el motivo de mi visita al invernadero.

—Entonces, ¿crees que podría salir bien?

A pesar de las horas, había encontrado a Laila Abbot, la heredera de los fundadores de la academia de la luz, justo donde esperaba: rodeada de vegetación y con los tobillos llenos de tierra. El lugar era fascinante de día, pero de noche se convertía en algo mágico; las luces que flotaban cerca del techo competían con la visión de cualquier noche estrellada, y el aroma de la gran variedad de plantas florecidas que se entremezclaba con el de la tierra resultaba delicioso. Ni siquiera la alta humedad estropeaba el ambiente.

Había llevado a Cam allí varias veces, pero él había estado tan cansado que apenas si había disfrutado del entorno. Aunque quizás solo era una estupidez por mi parte esperar que le gustase tanto como a mí. En el fondo, creo que me recordaba al bosque de Elijah y todas las horas que había pasado vagabundeando por él; incluso si aquel era un lugar mucho más tétrico, me hubiera encantado poder compartir también eso con Cam. Quería compartirlo todo con él, pero no estaba allí por eso.

Laila desprendía serenidad incluso ahora, después del reciente asalto a la academia, y el entramado de sus conexiones con otras personas reflejaba esa calma uniforme. Si bien contaba con una tupida red de uniones, incontables, pocas destacaban sobre otras. Solo las que se extendían entre ella y los miembros de su aquelarre resultaban ligeramente más gruesas y algo más brillantes. Aunque eso no era necesariamente malo, no se parecían en nada a las de Dani.

Danielle Good, apasionada, tan impulsiva y temeraria, pero también leal. Danielle era luz, como un arcoíris radiante atravesando el cielo. Era buena, y era mi amiga. Y yo nunca había tenido muchos. La quería.

—Sí, teóricamente hablando. Pero ese ritual se prohibió hace años, Raven. Es peligroso y no estoy segura siquiera de que quede alguien que sepa cómo llevarlo a cabo. Aunque así fuera, Alexander y Danielle tendrían que ser compatibles de una forma que…

—Lo son —la corté. No tenía ninguna duda sobre eso.

La conexión entre ellos era lo más bonito que hubiera visto jamás: plata sobre negro, entrelazados de una manera íntima y deslumbrante a la vez. Un cordón que había ido engrosándose día a

día, mirada a mirada, caricia a caricia. Danielle y Alexander se pertenecían el uno al otro, y yo lo había sabido mucho antes de que ellos se hubiesen dado cuenta.

El tejido propio de cada persona iba más allá de lo que era en ese momento, también mostraba lo que llegaría a ser, las conexiones que prosperarían y las que acabarían rotas, aunque suponía que eso se debía a que yo también poseía ese otro don que tanto me disgustaba.

Dani y Alex estaban destinados a ser.

—Su magia es opuesta.

—Complementaria —la corregí, repitiendo lo que solía decir Alexander.

Laila asintió, pero no parecía convencida con mi propuesta. No importaba; no dudaba de que pudieran lograrlo, lo que me preocupaba eran las consecuencias que traería consigo el ritual.

—Dani es la Ira de Dios, y su poder, mucho mayor, así que su linaje supera ahora al mío. Alex dejaría de ser un Ravenswood y se convertiría en un Good.

—Sí, lo haría. De nuevo, en teoría.

—Su magia pasaría a ser una sola —dije. No era una pregunta, pero Laila asintió de todas formas—. Bien.

Nada estaba bien. Según Amy, aquella era nuestra única oportunidad. Una elección —de eso se trataba todo— para que el mundo no acabara sumido en una oscuridad perpetua, pero dicha elección tendría consecuencias; unas necesarias y otras terribles. Perderíamos, siempre perdíamos.

Tenía que hablar con mi hermano. Ya.

Me detuve antes de abandonar el invernadero para lidiar con mis emociones. Hubiera preferido volver a transformarme. El mundo a través de los ojos del lobo era mucho más sencillo, y mis dones rara vez se manifestaban cuando estaba en esa forma. Pero aunque Wood y yo nos entendíamos bastante bien fuera cual fuese nuestro estado, aquella conversación ya iba a ser bastante complicada con palabras y frases completas. Necesitaba hablar y él necesitaba escucharme, porque si Amy estaba en lo cierto… entonces la elección ya estaba tomada.

# 34

Cam y yo nos separamos. Lo alenté a descansar todo lo que pudiera y le dije que yo haría lo mismo. En realidad, no estaba cansada, al menos físicamente, y mi magia tampoco se había visto socavada a pesar del esfuerzo que había requerido curar a mi amigo. Debería haber tratado de dormir un poco. Al día siguiente, tendríamos que recorrer varios cientos de kilómetros de vuelta a Ravenswood y enfrentarnos a lo que fuera que nos esperase allí. Sin embargo, no me creía capaz de conciliar el sueño después de nuestro encuentro con Amy y la repentina marcha de Raven. La inquietud me devoraba por dentro de la misma forma en que lo había hecho una vez mi propia ira.

Me paseé de un lado a otro de la habitación. Las palabras de Amy daban vueltas en mi mente y acabaron enredándose con las de Elijah, la profecía de Loretta y todo lo que habíamos ido descubriendo a los largo de los últimos meses; no tardó en empezar a dolerme la cabeza. Muy pronto, me di cuenta de que dedicarme a desgastar la alfombra no iba a ayudar en nada a calmarme, así que decidí acudir de nuevo a la cabaña y comprobar si era allí a donde Raven había ido. Había mencionado que necesitaba hablar con Wood y, desde luego, no había estado en la habitación que compartía con Cam cuando había dejado a este en la puerta un rato antes.

Recuperé el abrigo y me dirigí a la planta baja. El cielo estaba despejado por completo y me detuve un momento en el exterior a admirar la gran cantidad de estrellas que eran visibles esa noche. En Abbot, había contemplado muchas veces el cielo desde la ventana de mi habitación, pero en este lugar resultaba espectacular.

Apenas quedaba nieve, aunque estaba prevista una gran nevada en los próximos días. Otra de las razones por las que no debíamos retrasar más nuestra partida. A pesar de que existían ciertos

hechizos que nos permitirían conducir un coche por carreteras heladas con cierta seguridad, no podíamos arriesgarnos a quedarnos aislados en aquel lugar de Canadá. Comprendía que Laila, Robert y los demás hubieran elegido este sitio para alejarse de ambas comunidades, pero estaba claro que tenía ciertos inconvenientes.

Me deslicé al otro lado de la barrera a través del portón de entrada y me encaminé hacia la cabaña. Los focos que iluminaban el exterior estaban funcionando de nuevo y, aunque no vi a ninguno de los brujos que estaban de guardia, sabía que andarían por ahí recorriendo el perímetro.

Encontré a Wood despierto. Estaba en la planta superior, apoyado en el marco de la puerta que daba paso a la habitación que ocupaba Dith. Dudo mucho que no me oyese llegar, pero no apartó la vista de la cama en la que ella dormía; la miraba como si creyera que desaparecería si se permitía parpadear. Yo también me quedé mirándola un momento, hasta que me di cuenta de que sus hombros asomaban desnudos bajo la sábana y de que el propio Wood solo vestía un pantalón que ni siquiera estaba abrochado del todo.

Bueno, alguien había decidido aprovechar el tiempo que les restaba allí de la mejor forma posible.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él en un susurro.

—¿Has visto a Rav?

Wood giró por fin para mirarme.

—Se fue contigo. Creía que estaríais ya todos descansando.

—Fuimos a ver a Amy Hubbard.

No había querido sonar tan solemne, pero Wood captó enseguida que algo no iba bien. Me hizo un gesto con la cabeza hacia la escalera para que trasladásemos la conversación a la planta baja y lo seguí en silencio hasta la cocina. Enseguida empezó a rebuscar en los armarios.

—¿Té o chocolate? —ofreció aún dándome la espalda.

Había estado especialmente retraído desde la reaparición de Dith y no sabía muy bien cómo tomármelo. Empezaba a pensar que también él sabía mucho más de lo que nos estaba contando.

—Chocolate, por favor.

Se puso manos a la obra. Cuando había conocido a los Ravenswood, nunca hubiera imaginado que llegaría el día en el que el lobo blanco me preparara un chocolate caliente en mitad de un

paraje helado de Canadá, pero… ahí estábamos.

Wood esperó hasta que ambos tuvimos una taza entre las manos para interrogarme. Le conté lo que la bruja Hubbard había dicho, aunque no ahondé en la parte final, la que se refería a la supuesta maldición entre Ravenswood y Good.

—Está claro que Raven sabe algo.

No contestó de inmediato, sino que optó por darle varios sorbos a su taza.

—Rav siempre ha sabido más de lo que cuenta. —Fue lo único que dijo.

Lo miré con los ojos entrecerrados. No parecía sorprendido para nada. Es decir, todos sabíamos que Raven podía captar detalles del futuro; era su don, uno de ellos. Pero en ese momento no estaba segura de qué pensar sobre el aura de sombría resignación que rodeaba a Wood.

—Tú también sabes algo, ¿verdad?

El silencio posterior a mi pregunta fue de lo más esclarecedor. Bajé la vista y me pareció entrever que la taza temblaba entre sus manos, pero Wood se movió hacia el fregadero y empezó a enjuagarla, dándome la espalda una vez más.

Me situé a su lado, con la cadera contra la encimera y escudriñando su perfil.

—Wood, si sabes algo, es el momento de compartirlo conmigo. Sea lo que sea —apostillé, por si estaba pensando en protegerme de lo que fuera que hubiera descubierto.

Tuve que esperar hasta que terminó de lavar la taza, la secó con un trapo y la devolvió al armario correspondiente. Solo entonces, cedió y me encaró.

—Sé cómo Alexander puede deshacerse de la marca.

—Espera… ¡¿qué?! —exclamé, pero no lo dejé contestar. Lo había entendido perfectamente—. ¿Y por qué diablos no has dicho nada hasta ahora?

—Hablé con Alex. Él lo sabe, se lo conté todo la noche en la que se lo llevaron.

—¿Y bien? ¿De qué se trata?

—Supongo que conoces el motivo por el que condenaron a Dith. Ella y yo íbamos a casarnos —explicó, y yo asentí con pesar. Maldito fuera el consejo por ello—. En teoría, eso haría que se

convirtiera en una Ravenswood y pasaría a formar parte de la comunidad oscura. No eliminaba el problema de que yo estaba maldito y continuaría atado a cada uno de mis protegidos, pero al menos Dith podría haberse mudado a la academia para que estuviésemos más cerca. —Hizo una breve pausa—. Bien, pues… Alex y tú tenéis que casaros.

Ahora sí que tenía que haberlo entendido mal.

—¿Perdona?

—Tenéis que casaros, Danielle.

No, no lo había escuchado mal, pero era incapaz de seguir su razonamiento.

—¿En qué ayudaría eso a que Alex se deshiciera de la marca? —inquirí; sin embargo, mientras formulaba la pregunta, comprendí que Wood no estaba hablando de una boda normal entre brujos, sino a la que Dith y él habían estado a punto de llevar a cabo.

Él no tardó en confirmarlo.

—Alex pasaría a ser un Good de pleno derecho, y la marca es exclusiva de nuestro linaje. Si os unís mediante el antiguo ritual, vuestras magias se mezclan y él pasa a ser un brujo blanco. O al menos algo a mitad de camino entre ambos.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso?

—Lo estoy. Créeme, investigué mucho cuando Dith lo sugirió. Si Alex pierde la marca, Elijah ya no podrá acceder a su poder. Y después de lo que os ha dicho Amy, creo que la unión de vuestro poder es justo lo que necesitamos para enviarlo de vuelta al infierno. Luz y oscuridad, siempre juntas; nunca se trató de una contra la otra. Os necesitáis para esto, Danielle. Ninguno de los dos podrá vencerlo por su cuenta.

—Tenemos que casarnos —repetí, y tuve que dejar mi propia taza en la encimera porque ahora era a mí a quien le temblaban las manos.

—¿Eso es lo que te preocupa de todo lo que he dicho?

—No —respondí, y me sorprendió lo rápido que lo hice y lo tajante que soné.

Tenía dieciocho años y nunca había pensado en el matrimonio, tampoco me había interesado por ningún chico como para llegar a creer que esa fuera una posibilidad. Por Dios, solo había tenido un amago de rollete con Cameron. Sin embargo, si existía alguien en

este mundo con el que hubiera creído que podría llegar a unirme, ese era sin duda Alexander Ravenswood. No me costaba nada imaginarme una vida con él si conseguíamos salir de esta. Pero Wood no hablaba solo de matrimonio, cuyo fracaso se podría resolver con un divorcio, por muy mal visto que estuviera este entre los brujos.

Amaba a Alexander con toda mi alma, y creo que mi propia magia estaba también un poco enamorada de la melodía de la suya, pero era mucho para asumir de golpe.

—No tiene marcha atrás, ¿verdad?

—No, una vez que realicéis el ritual, quedaréis unidos para siempre. Y no estoy seguro de esto, pero es posible que cuando uno muera también lo haga el otro.

—Vaya, así que nada de «hasta que la muerte los separe» —bromeé a pesar de que los brujos no empleaban exactamente los mismos votos que los humanos en sus bodas—. Creo que necesito sentarme.

Me di media vuelta y me marché en dirección al salón sin esperar para ver si me seguía. Me desplomé en el sofá y luego tomé aire varias veces mientras asimilaba… Bueno, todo. Wood me dio un momento a solas antes de aparecer por allí, lo cual agradecí. Lo necesitaba.

—¿Qué dijo Alex cuando se lo contaste?

Ay, madre, ¿había un toque ansioso en mi voz? La forma leve en la que se le curvaron los labios a Wood al escucharme parecía indicar que así era. Pasaron unos segundos eternos hasta que contestó:

—Él lo haría. Ni siquiera dudó. —Mi corazón se puso de acuerdo con mi estómago y ambos hicieron un doble mortal hacia atrás a la vez—. Su única preocupación es cómo te afectaría su poder.

Puse los ojos en blanco.

—Así que no tiene miedo de que mi ira lo fulmine, se trague su oscuridad o cualquier mierda por el estilo, solo teme el daño que pueda provocarme él a mí.

Wood se encogió de hombros y me lanzó una mirada que decía «Ya sabes cómo es». Y sí, lo sabía; Alexander tenía un instinto de autopreservación que dejaba mucho que desear, sobre todo cuando se trataba de proteger a las personas a las que quería. Por supuesto

que se preocuparía más por mí que por sí mismo.

—¿De verdad crees que funcionaría?

Por toda respuesta obtuve un firme asentimiento de Wood. No había duda de que estaba convencido del resultado del ritual, pero entonces ¿por qué lucía tan serio? ¿Y por qué no nos había contado aquello mucho antes? Podíamos haber evitado que Elijah se llevara a Alex.

—¿Cuánto hace que descubriste cómo hacerlo?

—Cuando Alex recordó lo que Loretta le había dicho sobre deshacerse de la marca, empecé a darle vueltas al tema, dado que esa marca es parte del legado Ravenswood, pero tardé un poco en atar cabos y llegar a la conclusión de que el ritual de unión es el único modo de que deje de formar parte de nuestro linaje.

Lo que decía tenía sentido, pero…

—¿Por qué me da la sensación de que no me lo estás contando todo, Wood?

Había algo más, lo sabía. No solo captaba cierta reticencia al hablar del tema, sino que lo sentía en los huesos, como una certeza que tu corazón conoce, pero que te evade cuando tu mente trata de alcanzarla.

—El ritual no está exento de riesgo. Dejó de practicarse porque la compatibilidad entre ambos brujos debe ser muy muy alta; cuando no es así, uno o los dos pueden morir en el proceso. Y no es tanto una compatibilidad entre sus poderes como algo más… No sé cómo definirlo, pero tienen que encajar.

—O ser complementarios —dije de forma distraída, recordando el modo en el que Alexander siempre me corregía cuando hablaba de opuestos.

—O complementarios, sí. Vuestra magia se fusionaría.

«Luz y oscuridad juntas», esas habían sido las palabras de Amy; nuestra oportunidad para vencer a Elijah, tal vez la única. Pero también había dicho que toda magia tenía un precio. Y no solo eso…

«Estás destinada a perder».

# 35

—¿Qué más? —pregunté. Wood fingió estar confundido—. Sé que hay más.

—¿No te parece suficiente el hecho de que podríais morir?

Sí, eso debería haberme inquietado tanto como para no prestar atención a otros detalles, pero, en realidad, no me preocupaba en absoluto. Quizás mi temeridad estaba de vuelta. O tal vez, de algún modo extraño, sabía que Alex y yo siempre habíamos sido las dos partes de un todo y aquello era lo que debía ser.

—Wood… —Apartó la mirada, y supe que tenía razón. Pero entonces se puso en pie y echó a andar hacia las escaleras—. ¿A dónde se supone que vas? No hemos terminado de hablar.

—Espera aquí.

Estuve a punto de ir tras él, pero decidí obedecer. No tardó en regresar y, cuando lo hizo, apenas si pude creer lo que traía consigo: el grimorio de mi madre.

—¿Lo has tenido todo este tiempo?

—Dith me dijo que lo querrías contigo, así que la noche del incidente en el auditorio pasé a por él mientras trasladaban a los heridos hasta los vehículos.

—¿Y por qué no me lo habías dado?

Esta vez tardó más en contestar.

—Quería echarle un vistazo.

Tiró de la cubierta de cuero y el grimorio se abrió sin más. Se me escapó un jadeo de sorpresa. El grimorio personal de un brujo a veces ni siquiera respondía ante la propia descendencia de este, no digamos ya permitir que otro de un linaje distinto lo leyera. Yo había estado a punto de llorar cuando lo había logrado con el de mi madre.

—¿Cómo lo has hecho?

Wood me miró como si creyese que era imbécil, tal vez lo fuera.

—Hay hechizos oscuros para ello, magia de sangre. ¿Por qué crees, si no, que Wardwell tendría su despacho repleto de antiguos grimorios? No eran un elemento decorativo precisamente.

Eso era una invasión total de la intimidad; claro que, hablábamos de magia oscura, así que no estaba segura de por qué me sorprendía tanto. Pero lo estaba.

Al extender los brazos para tomar el grimorio, Wood retrocedió y empezó a pasar páginas hasta que llegó casi al final. Luego, lo giró para que quedara de modo que yo pudiera leerlo. La página en cuestión estaba dedicada a un hechizo de… unión entre brujos.

Levanté la vista de golpe.

—¿Qué demonios hacía mi madre con esto? ¿Y por qué has mentido? Dijiste que la idea se te ocurrió sin más.

—Sigue leyendo.

Mi madre había consignado todos los ingredientes necesarios, las palabras que debían decirse e incluso, como era habitual en ella, había dibujado detalles en los márgenes. A pesar de lo terrible que era saber que había asesinado a mi hermana, se me hizo un nudo en la garganta al contemplar de nuevo su fina y elegante caligrafía.

Pasé a la página siguiente, donde había tan solo dos nombres que yo ya conocía muy bien: Sarah Good y Benjamin Ravenswood.

—No lo entiendo. —Wood pasó otra hoja, así que seguí adelante, hasta que leí algo que tenía aún menos sentido. Retrocedí de golpe—. Esto no… no es posible.

Wood me llevó entonces hasta la primera página, aquella en la que constaba el nombre de mi madre, su fecha de nacimiento y también la de su graduación en Abbot, dado que era entonces cuando todos los brujos recibían su grimorio. Señaló la primera.

—¿No te suena de nada?

—¿Debería?

—El día y el mes de nacimiento de tu madre se corresponden con la fecha en la que Sarah Good fue ahorcada, Danielle.

—¿Estás insinuando que Elijah trajo de vuelta a Sarah de la misma forma en que lo hizo con Mercy? —pregunté, porque eso era lo que trataba de demostrar, ¿no?

Pero él negó.

—No lo creo. Esto es distinto. Lo que pienso es que tu madre era Sarah Good. O, más bien, su reencarnación.

Se me escapó una risita ridícula, no sé si porque no me creía nada de aquella locura o porque sí lo hacía.

—Estás delirando.

—Parece probable que, cuando encontró esas cartas de Benjamin en casa de tu abuela, de algún modo sus recuerdos empezaron a reaparecer.

—Mi padre mencionó que actuaba raro —dije, a pesar de que no estaba convencida en absoluto de nada y tampoco creía a pies juntillas en la palabra de Nathaniel Good—. Aun así, es pura especulación, Wood. No hay ninguna prueba.

—Tu collar.

—¿Qué pasa con él?

—Cuando Mercy fue a Abbot, afirmó que tenías varias cosas suyas. No se refería solo a Alexander, sino también al collar de Sarah.

Me llevé la mano al colgante.

—Sí, bueno, es de mis antepasados…

—No, no de ellos, de Sarah. Tu madre lo dibujó —dijo, y empezó a pasar de nuevo páginas hasta llegar a una en la que, en efecto, había un boceto de la joya.

El nombre de Sarah estaba escrito decenas de veces bajo él.

—Oh, Dios, ¿por eso se lo quitó? Nunca se separaba de él; sin embargo, no lo llevaba puesto cuando murió.

Wood suspiró y la mirada que me brindó estaba cargada de compasión.

—He revisado todo el grimorio, y hacia el final casi todo es magia oscura.

Un pensamiento me golpeó entonces.

—¿Y si mi padre mintió? ¿Y si no la mató porque ella atacase a Chloe, sino porque de algún modo lo descubrió todo?

—¿Importa eso? Yo solo… no quería que tuvieses que revivir lo sucedido.

¿Importaba el motivo cuando el destino era el mismo? No estaba segura. Quizás no fuesen excluyentes. Descubrir que había sido otra persona en otro tiempo y que había acabado colgada podría haberle arrebatado del todo la cordura a mi madre y había arremetido contra mi hermana. Jamás estaría segura de lo que había ocurrido ese día en mi casa. Y respecto a la parte que mi padre sí conocía…

Bueno, tenía pocas esperanzas de que fuera a sincerarse conmigo nunca.

Wood continuaba observándome, supuse que esperando algún tipo de crisis, pero no era algo que pudiese permitirme en ese momento. Mi madre estaba muerta, mi hermana estaba muerta y a mi padre había dejado de considerarlo como tal. En cambio, Alexander era quien realmente me preocupaba. Él era mi familia.

Aun así, tomé aire y le dije:

—Gracias por contármelo.

Más tarde, cuando estaba ya atravesando la puerta principal de la academia, caería en la cuenta de que Raven no había llegado a aparecer por la cabaña y de que, además, nada de lo que me había contado Wood justificaba el comportamiento errático de mi familiar.

## Wood

No esperaba encontrarme a Dith despierta, y mucho menos descubrir que había escuchado gran parte de mi conversación con Danielle. Aunque al menos esperó hasta que ella se hubo marchado de la casa para empezar a increparme.

—Has manipulado a Danielle.

—Nada de lo que he dicho es mentira.

—No, es cierto que no le has mentido, pero no le has contado toda la verdad.

No contesté, no había nada que decir. Debería haber sabido que eso no contribuiría a mi causa en absoluto, no cuando se trataba de Dith. La comunicación había sido siempre la base de nuestra relación; nada de mentiras y tampoco medias verdades, ambos éramos directos y francos con el otro.

—No puedes hacerlo, Wood.

—Es mi decisión, y ya está tomada.

—¡Al diablo tu decisión! ¡¿Le contaste la verdad a Alex?! ¡¿Le hablaste de las consecuencias?!

No, no lo había hecho, y Alex estaba lo suficientemente desesperado para no pararse a pensar en que, si dejaba de ser un Ravenswood, yo no podía seguir siendo su familiar. Esperaba que no le diera más vueltas y que Danielle tampoco llegara a esa

conclusión.

—Podría pasar a pertenecer a otro miembro de mi linaje —dije, y eso cabreó aún más a Dith, así que me apresuré a continuar hablando—. Y mira a Raven, es un Ravenswood y ahora es el familiar de Danielle.

—¡No perteneces a nadie! ¡Tienes tanto derecho como cualquiera a vivir tu vida! —gritó, fuera de sí—. Raven puede que lleve la misma sangre que tú, pero él nunca ha sido un Ravenswood de corazón, Wood, y lo sabes. Él es la excepción, siempre ha sido la excepción para todo, y el destino, equilibrio, mi propia muerte o lo que sea que le ha permitido que se uniese a Danielle… No creo que se repita contigo. —Tomó aire y prosiguió—: El de los Ravenswood siempre ha sido un linaje muy poco numeroso. Alexander es su único heredero ahora mismo, y ambos sabemos lo que ocurre con los familiares cuando el heredero de un linaje muere sin descendencia.

—No siempre es así.

Dith me fulminó con la mirada. Era una suerte que estuviésemos uno a cada lado de la habitación, con la cama por medio, porque apostaba a que la frustración la hubiera llevado a golpearme de haber estado más cerca. Ni siquiera se lo hubiera reprochado.

—¡Desaparecerás! ¡Eso es lo que va a pasar! Sin un protegido, tu existencia dejará de tener sentido y… morirás.

Aparté la mirada para que no viera en mis ojos que eso era justo lo que yo creía que ocurriría. Y si mi silencio la había irritado antes, ahora erosionó su paciencia por completo.

—¡Tienes que decirle que esto va a matarte! ¡Deja de hacerte el héroe y diles la verdad! —gritó, aún más alto.

Aquello tocó una fibra sensible en mí y, muy a mi pesar, exploté. La verdadera razón de que estuviera dispuesto a sacrificarme encontró su camino hasta mi boca.

—¡No soy ningún héroe, Meredith! ¿Es que no lo entiendes? Soy egoísta. Esto no se trata de salvar el puto mundo. ¡Lo único que me importa eres tú! —acabé gritando también—. Es temporal… Tu regreso no es definitivo. En el mejor de los casos durará unas semanas, en el peor… unos pocos días. —Me atragantaba con las palabras, pero guardarme algo así para mí me estaba matando—. Llevo más de tres siglos en este mundo y la mitad de ese tiempo la

he pasado enamorado de ti. No quiero… no quiero pasar ni un solo segundo aquí si tú no estás conmigo.

Me arrepentí apenas terminé de hablar. No debería habérselo contado, no así. La ira se había drenado por completo de su rostro y cuando quise darme cuenta estaba frente a mí.

—Oh, Wood. —Fue lo único que dijo.

Me abrazó y yo me hundí en su cuerpo. Había creído que jamás volvería a tenerla entre mis brazos, así que este era un tiempo que le habíamos ganado a la muerte. Un regalo. Pero cada palabra de lo que había dicho era cierta; mi existencia había sido lo suficientemente larga, no lamentaría marcharme al otro lado con ella. Y si mi muerte podía contribuir a que nuestros seres queridos estuviesen bien, les daría todas las oportunidades que pudiese.

Me separé para mirarla a la cara. Yo había tomado mi decisión y no quería que se sintiese culpable por ello, pero eso era lo de menos ahora. Dith acababa de descubrir que iba a morir otra vez. Solo que su expresión no albergaba tristeza o miedo, sino una ternura infinita.

—Ya lo sabías, ¿no es así? Lo has sabido todo el tiempo.

Me brindó una sonrisa suave y cálida, y un poco culpable también.

—Supongo que en nuestra familia a todos nos encanta jugar a ser el héroe. Mira a Danielle —rio, aunque el brillo en sus ojos delató que estaba luchando con las lágrimas—. Ella estaba tan feliz anoche, y tú… De haber estado consciente, no hubiera permitido que Alexander se intercambiara por mí. No tenía sentido, aunque nunca podré pagarle de forma adecuada por haberme permitido estar contigo de nuevo.

La apreté contra mí y escondí la cara en el hueco de su cuello.

—Te amo, Meredith, y te juro que voy a encontrarte en el otro lado —murmuré contra su piel.

—Sé que lo harás, porque si no seré yo quien te encuentre a ti.

# 36

La mañana llegó y me encontró aún despierta. El frío fue lo único que me obligó a no permanecer el resto de la noche sentada en uno de los bancos del patio trasero. En cambio, me había resguardado bajo la arcada y me quedé allí contemplando cómo, poco a poco, la noche se transformaba en día y la luz iba espantando la oscuridad del cielo.

Aún no había terminado de amanecer, y mucho menos había ningún alumno en el pasillo, cuando Annabeth apareció silbando por el pasillo y se sentó a mi lado en el escalón. Dobló las rodillas y apoyó a su vez los antebrazos sobre ellas.

—No te creía madrugadora —dije.

Se echó a reír y tironeó de las mangas de su sudadera. Hoy se había dejado el pelo suelto, y admito que sentí algo de envidia de su larguísima melena turquesa; era preciosa.

—No lo soy, pero suelo venir de vez en cuando a ver cómo amanece, sobre todo después de una mala noche. —Emití un ruidito de comprensión; en realidad, yo estaba allí por lo mismo—. ¿Y tú? ¿Te has acostado siquiera?

—No estaba cansada, y tampoco hubiera podido dormir.

Beth ladeó la cabeza para mirarme.

—Lo echas de menos.

—¿Tanto se nota? —reí, para no confesar lo mucho que extrañaba a Alexander, pero al final acabé diciendo—: Me preocupa lo que Elijah pueda estar haciéndole.

—Es un tipo bastante duro. Aguantará, ya verás.

—¿Sabes? Sé que es algo estúpido, pero quería visitar con él ese lago que se ve a lo lejos desde mi ventana, y tal vez ir con él a alguna ciudad cercana a dar un paseo. O al cine. —Dios, dicho en alto sonaba aún más absurdo. No sabíamos si mañana o la semana que viene el mundo estaría plagado de demonios y yo estaba aquí

lamentándome por no haber podido tener una cita—. Lo siento, es una tontería.

Annabeth sonrió, y no hubo asomo de reproche en el gesto.

—No es ninguna tontería. Está bien desear cosas normales, Danielle; no habéis tenido mucho de eso.

—Creo que ya no recuerdo qué es lo normal —dije, y ella me dio un empujoncito con el hombro.

—No te preocupes, lo normal está sobrevalorado. Además, estoy segura de que vas a tener suficiente de eso en el futuro y acabarás aburrida de ello.

Agradecí que soportara mis divagaciones. Después de lo intenso que había sido el día anterior y de pasar la noche en vela, no estaba en mi mejor momento. Mi mente era un hervidero de ideas y pensamientos, y la mayoría no eran agradables.

Después de esa breve charla, pasamos un rato en silencio. A pesar de que no habíamos tenido la oportunidad de conocernos demasiado, no resultó incómodo. El cielo ya estaba casi iluminado en su totalidad cuando estiré los brazos para desentumecerlos y me puse en pie.

—Tengo que ir a prepararme.

—Y yo —replicó Annabeth, incorporándose también.

—Más te valdría darle la hora libre a tus alumnos y aprovechar para echarte una siesta.

Habíamos comenzado a andar en dirección a las escaleras, pero ella se detuvo.

—¿No lo sabes?

—¿Saber qué?

—Las clases se han suspendido de manera temporal —replicó, y una enorme sonrisa se apoderó de su expresión, una que había aprendido a reconocer en ella—. Vamos a Ravenswood con vosotros.

Me llevó una ducha, un cambio de ropa y dos litros de café llegar a comprender a quién abarcaba el plural empleado por Annabeth. Al principio di por supuesto que se refería a su aquelarre, ya que habían sido los únicos en acudir cuando habíamos solicitado ayuda para rescatar a Raven y enfrentarnos a Mercy Good, pero me equivocaba.

El vestíbulo de la academia estaba repleto de gente cuando bajé

por las escaleras una hora después. No sé si me sorprendió más que hubiera alumnos de último curso presentes o encontrar el rostro grave de la consejera Winthrop entre ellos. Me dije que debían estar allí para despedirnos o algo por el estilo; de nuevo, estaba equivocada.

Carla acudió a mi encuentro al pie de la escalera, aunque fui yo quien habló primero.

—Sé que tiene puestas sus esperanzas en mí para ocupar un sillón en el consejo, pero, si está aquí para detenerme, puede ahorrarse cualquier razonamiento que haya escogido para convencerme de ello. Voy a ir de todas formas.

La consejera me dedicó una media sonrisa y sus cejas se arquearon ante lo apresurado de mi declaración.

—Algunas de las familias ya han votado y tienes muchas posibilidades, Danielle, pero no estoy aquí para detenerte. En realidad, quería que supieras que estoy orgullosa de ti. Sé que la opinión de una anciana te importa poco, sobre todo teniendo en cuenta tu escaso respeto al propio consejo —señaló, aunque su tono estaba muy lejos de ser el de una reprimenda—, pero creo que no hemos sido dignos de dicho respeto en mucho mucho tiempo. Nos equivocamos en Salem, y luego seguimos agravando ese error para no admitir que lo habíamos cometido. Los juicios nunca debieron producirse y la comunidad nunca debió escindirse en dos. No estamos hechos para ser los unos sin los otros, aunque siempre habrá manzanas podridas sin importar el tipo de brujo del que se trate.

Tal y como había dicho, a esas alturas mi respeto por el consejo era inexistente. No necesitaba su aprobación y no podía olvidar lo que habían hecho o las mentiras que nos habían contado, pero que admitiera que estaban equivocados suponía un logro enorme.

—Agradezco su sinceridad, y espero que esto pueda ser el inicio de un cambio para todos.

Ella hizo un gesto con la mano.

—No me lo agradezcas a mí. Tú iniciaste ese cambio, Danielle.

Miré a mi alrededor, estábamos rodeadas de brujos blancos y oscuros. O más bien de brujos simplemente.

—No, yo no. Robert Bradbury y su aquelarre son los que han hecho todo esto solos.

—Lo sé, y es muy loable lo que han conseguido. Llevan años trabajando en secreto, pero fuiste tú, una muchacha que se fugó de Abbot en busca de libertad, la que dio pie a que ellos se atrevieran a abandonar la clandestinidad. Necesitábamos que alguien señalara que lo estábamos haciendo mal y, aunque derribar la verja de Abbot para huir resultó un poco dramático, surtió efecto.

No estaba segura de cuál debía ser mi respuesta a eso. Seguía pensando que crear una academia para cualquier tipo de brujo era muchísimo más relevante que robar un coche y destrozar la propiedad privada, pero ese tema quedó relegado cuando Winthrop añadió:

—Iré a Ravenswood con vosotros.

El desconcierto hizo que se me descolgara la mandíbula, lo cual no era de extrañar, porque ¿qué edad podía tener aquella mujer? Algunos brujos perdían parte de su poder, si no todo, con los años. No tenía por qué ser su caso, pero no había duda de que hacía tiempo que había pasado su plenitud física.

—¿Está segura? —Preguntarle por el estado de su magia me parecía ofensivo.

—Necesitáis toda la ayuda que podáis conseguir y creo que ha llegado la hora de que el consejo se ensucie las manos por los motivos adecuados. Muchacha, quita esa cara de susto. Soy la bruja Winthrop viva más poderosa, no vas a tener que cargar conmigo.

Se me calentó la cara por la vergüenza; sin embargo, más allá de lo mucho o poco que pudiera contribuir Winthrop en una pelea, estaba el hecho de que quería hacerlo y además pensaba que eso era lo adecuado.

—Gracias —atiné a decir.

—No hay nada que agradecer. Laila Abbot me ha dicho que se necesitará mucho poder para deshacer la barrera que protege ahora los terrenos de la academia oscura. Mis dos guardias Ibis viajarán conmigo, pero no van a ir para protegerme, sino para ayudar y luchar a vuestro lado. Y he reclutado a cuatro más que se unirán a nosotros en Ravenswood. El resto… aún no estoy segura.

Por fin buenas noticias, incluso si no todos estaban aún dispuestos a aceptar que ya no éramos brujos blancos enfrentándonos a oscuros, sino peleando juntos para evitar que Elijah arrasara nuestro mundo.

La existencia de una nueva y reforzada barrera protectora en Ravenswood era un inconveniente al que había estado dándole vueltas y para el que aún no había encontrado solución, aunque esperaba hacerlo al llegar allí. Las patrullas enviadas no habían podido acceder al campus, pero un montón de brujos de ambos bandos trabajando juntos tendría muchas más oportunidades de conseguirlo, más aún si algunos ya estaban acostumbrados al uso de ambos tipos de magia entremezclada.

—Eso es realmente fantástico, consejera Winthrop.

Me despedí de la mujer y oteé la sala en busca de Raven o, en su defecto, alguien a quien preguntarle si lo había visto. Pero todo el mundo llevaba el tipo de ropa que habíamos vestido en los últimos días, así que el vestíbulo estaba inundado de negro y no era fácil distinguir a unos de otros. Ser tan bajita no estaba ayudando tampoco, así que empecé a avanzar entre la gente.

Apenas había dado dos pasos cuando Laila me asaltó. No diría que parecía feliz, pero lucía tranquila dadas las circunstancias. Ojalá contara con su capacidad de mantener la sangre fría en momentos como aquel.

—Ey, no sé qué decir sobre esto, salvo gracias. Significa mucho para mí que hayáis decidido acompañarnos.

—Esta batalla es cosa de todos, pese a que algunos crean que es problema de la comunidad oscura solo porque se trata de uno de los suyos. Pero venía a decirte que no podré ir con vosotros, ya que voy a quedarme al cuidado del resto de los alumnos. Y la verdad es que, de todas formas, no soy lo que se dice una luchadora aventajada —se disculpó con una mueca.

Echaríamos de menos sus dotes curativas en algún momento, porque no era tan ilusa como para creer que no saldríamos heridos de un nuevo enfrentamiento que implicase demonios y a Elijah Ravenswood. Sin embargo, alguien tenía que permanecer allí para asegurarse de que los estudiantes de menor edad estuviesen bien y protegerlos si fallábamos. Muchos no eran más que niños o, en el mejor de los casos, adolescentes que apenas habían empezado a controlar sus poderes.

—No tienes por qué dar explicaciones. Lo entiendo.

—Hemos dispuesto vehículos suficientes para todos y también algunas provisiones por si acaso. Muchos de los alumnos llevan

consigo pociones, tanto defensivas como curativas, y Aaron tiene muy buena mano para sanar heridas.

—Es mucho más de lo que hubiera imaginado que tendríamos, Laila. De verdad, muchas gracias.

Su sonrisa albergaba tanta esperanza como tristeza, pero respondió a mi agradecimiento con una leve inclinación de barbilla. Teníamos que creer que podíamos hacer aquello. Yo tenía que creerlo o me volvería loca.

—Oye, ¿no habrás visto a Rav por casualidad? No lo encuentro.

—No, lo siento, la última vez que lo vi fue anoche cuando vino a verme al invernadero bastante tarde. Tenía… preguntas.

—¿Qué clase de preguntas?

—Sobre un antiguo ritual de unión entre brujos.

Así que Raven lo había sabido, pero, entonces, ¿qué era lo que tanto le preocupaba?

—¿Algo más? ¿O solo te preguntó por eso?

—Solo eso. Insistió en confirmar que de verdad Alexander se transformaría en un Good, y he de decir que parecía bastante convencido de que sois perfectos el uno para el otro y el ritual tendría éxito.

—¿Tú no lo crees?

—Bueno, sois muy diferentes en cuanto a magia, pero quizá sea esa la cuestión. Y ambos sois únicos. En realidad, seguramente es una unión perfecta. Corre el rumor de que ahora puedes manejar dos elementos como Alexander, justo los que él no es capaz de emplear.

El leve bochorno que me provocaba analizar mi inminente unión con Alex se vio alimentado por el matiz de admiración con el que expuso mi nueva habilidad. Ni siquiera había tenido tiempo de probarme con el elemento aire, pero confiaba en que, al final, su uso sería instintivo.

—Sí, eso parece.

—Bien por ti —replicó—. Wood y Meredith estaban hace un momento junto a la entrada. Tal vez encuentres a Raven con ellos.

Nos miramos y hubo un momento de indecisión por parte de ambas, pero finalmente me moví hacia delante y la abracé. Ella me devolvió el abrazo.

—Volved a visitarme cuando todo esto acabe —murmuró al

retirarse.

—Prometido. Y gracias por todo.

Cambié el rumbo que había tomado y fui hacia la puerta de entrada. Si Raven creía que podíamos llevar a cabo el ritual sin incidentes, necesitaba saber qué era entonces lo que tanto le preocupaba.

Wood y Dith estaban exactamente donde había dicho Laila, a un lado de la entrada. Wood tenía la espalda apoyada contra la pared y Dith se hallaba recostada contra su pecho y rodeada por sus brazos. La imagen me resultó chocante en un primer momento. Supongo que nunca los había visto así, mostrando su amor en público como una pareja cualquiera.

—Los coches están fuera —dijo Wood en cuanto los alcancé.

Yo ni siquiera había llegado a contestar cuando Dith se deshizo de su agarre y me abrazó. Fue un poco repentino, y la fuerza con la que me estrechó contra su cuerpo me arrebató momentáneamente el aliento, pero le devolví el gesto en cuanto fui capaz de reaccionar. Parecía que hoy era el día para los abrazos.

—Sé que no te lo he dicho a menudo, pero te quiero. Te conocí cuando eras solo una cría y te he visto crecer. Estoy muy orgullosa de la persona en la que te has convertido a pesar de haber sido una influencia terrible para ti. —Se echó a reír al murmurar la última parte, pero no logró ocultar del todo la emoción en su voz. Y puede que yo también me estuviera emocionando; todo sonaba esta mañana a despedida.

—Has sido, eres y serás siempre una magnífica influencia, Meredith Good, y la mejor amiga que pudiera tener. Una hermana —añadí por último. Después de haber perdido a Chloe, ella sabía lo que significaba eso para mí—. Yo también te quiero.

Nos llevó un instante largo separarnos, pero en cuanto lo hicimos descubrí algo que se me había pasado por alto: el lobo negro sentado junto a los pies de Wood. La inquietud en mi pecho se aflojó ligeramente mientras me acuclillaba para quedar a su altura.

—¿Dónde te habías metido? Estaba preocupada —dije, mientras le rascaba la zona tras la oreja que tanto le gustaba—. Tenemos que hablar.

Rav ladeó la cabeza. Su única respuesta fue darme un lametón

en la mejilla bastante asqueroso. Solté un quejido de protesta y me sequé la cara con la manga de la camiseta. Pero él trasladó su atención hacia Wood y, al alzar la vista, encontré a su gemelo mirándolo también. Tuvieron uno de esos momentos de comunicación sin palabras.

Wood fue el primero en apartar la mirada, y hubiera preguntado qué demonios estaba pasando entre ellos si no hubiese sido porque se formó un pequeño revuelo a nuestro alrededor y Sebastian y Jameson entraron en escena.

Ambos vestían el uniforme de los Ibis, aunque sin el emblema correspondiente. Las prendas elásticas y prietas estaban hechas para favorecer el movimiento en una pelea, así como para servir de protección, pero dudaba mucho que los estudiantes los estuvieran mirando por ese detalle. Jameson, en concreto, parecía bastante contento con toda la atención, y juro que estaba contrayendo de más los músculos solo para dar el espectáculo. Además, llevaba a su familiar acomodado en torno al cuello y la presencia del visón blanco no estaba pasando para nada desapercibida.

—Por el amor de Dios, deja de intentar lucirte —le gruñó Sebastian.

Quise decirle que, a pesar de que el tipo era su hermano pequeño, tal vez había llegado la hora de empezar a tratarlo como a un adulto. Me daba la sensación de que, tal y como actuaba Sebastian, solo alentaba más el comportamiento voluble y fanfarrón de Jameson; quizás necesitaba más un amigo y menos un padre. Y a este paso a Sebastian le saldría una úlcera.

—Supongo que también venís con nosotros.

Jameson irrumpió sonriente en mi espacio personal, derrochando seguridad en sí mismo, aunque eso cambió en cuanto Rav se incorporó sobre las cuatros patas y emitió un gruñido de advertencia para hacerlo retroceder. Sebastian, a su vez, le propinó una colleja.

—¿De verdad tienes que intentar ligarte a todo lo que se mueve? ¡Tiene novio, Jamie! ¿Necesitas que te recuerde quién es?

—No me llames Jamie —exigió, e hizo una pausa dramática antes de agregar—: Bass.

—¿Bass? ¿En serio?

—Tú empezaste.

No había duda, aquellos dos eran hermanos y se comportaban como tal a pesar del tiempo que habían estado separados. Reprimí la risa. Sentaba bien un poco de normalidad en toda aquella locura, aunque dicha normalidad se redujese a un pelea estúpida entre hermanos.

# 37

Wood se ofreció a conducir y Dith se sentó junto a él. Dado que Rav se resistía a cambiar, tuvimos que hacerlo encajar en la segunda fila de asientos, conmigo a un lado; mientras que Cam, Sebastian, Jameson y su familiar ocuparon la tercera. Wood no había hecho ningún comentario sobre el comportamiento de su gemelo y, cuando lo llevé aparte y le pregunté directamente, se había limitado a recordarme que era el modo en que este afrontaba las situaciones estresantes.

No era mentira, pero tampoco toda la verdad, y ambos lo sabíamos. Me dije que antes de poner un pie en Ravenswood tendría que descubrir qué estaba sucediendo. No podía obligar a Raven a transformarse, pero estaba convencida de que había pocas cosas que Wood le ocultara a Meredith, así que, si no me quedaba otra opción, haría lo que fuera necesario para sonsacárselo a ella.

La primera etapa del trayecto hasta Ravenswood transcurría por carreteras comarcales en un estado cuestionable, así que resultó evidente lo necesarios que eran los vehículos todoterreno que empleamos para ello. Ese hecho, sumado al empeoramiento del clima previo a la tormenta, convirtió ese tramo del camino en largo, pesado y muy aburrido.

—Tenemos que detenernos antes de entrar en Dickinson.

Wood me echó un vistazo rápido a través del retrovisor.

—¿Y eso por qué?

—Quiero intentar hablar con Alexander mediante un viaje astral —solté, esperando que Wood no se lo tomara como una muestra de desconfianza hacia él—. Sé que dijiste que está de acuerdo con lo de la unión, pero necesito comprobarlo por mí misma antes de que entremos en Ravenswood. Luego tal vez no haya tiempo y…

—Está bien —me interrumpió él, pero su actitud fue mucho menos tosca—. Ayudará si consigues localizarlo, así sabremos en

qué zona del campus lo retiene Elijah.

Cuánto más cerca estuviese, menos me costaría trasladar mi consciencia hasta Ravenswood y más tiempo podría pasar allí sin arriesgarme a perderme como había sucedido la vez anterior. Además, ahora era mucho más fuerte, mi poder se había liberado por completo y también sabía qué esperar de un viaje astral. El campus era bastante extenso, pero había pensado en elegir la casa de los Ravenswood como punto de partida, ya que era el lugar que mejor había llegado a conocer. Esperaba ser capaz de encontrar a Alexander antes de tener que regresar y poder asegurarme de que estaba de acuerdo con el plan. La unión era irreversible; por mi parte, estaba bien con eso.

Jameson apoyó ambos brazos en el respaldo de mi asiento y se inclinó hacia delante.

—¿Qué es eso de la unión?

—Algo mucho menos excitante de lo que con toda seguridad te estás imaginando —replicó Sebastian, pero esta vez había un toque de diversión en su voz.

Me volví hacia el asiento de atrás. Sí, definitivamente Sebastian, y también Cam, estaban tratando de no reírse. Por la cara de desilusión de Jameson, estaba claro que eso era justo en lo que había estado pensando.

—Es una pena —dijo, y luego movió las cejas en lo que pretendía ser un gesto insinuante—, porque me uniría contigo todas las veces que quisieras si se tratase de eso.

Miré a Sebastian y este alzó ambas manos.

—Me rindo. Alguien le partirá la cara un día y le estará bien empleado.

Jameson no dio muestras de que eso le preocupara demasiado. Ignoré sus bravuconadas y me centré en su familiar. Se había aovillado en su regazo y parecía estar durmiendo.

—¿Aún no ha cambiado?

El buen humor de Jameson se esfumó en el acto y negó al tiempo que extendía el brazo y acariciaba la pequeña cabeza del visón con la punta de los dedos.

—No te preocupes. Estoy segura de que lo hará cuando esté preparada.

No hubo una réplica ingeniosa por su parte, solo un brillo de

gratitud en sus ojos, y me dije que quizá sí había algo que le importaba. Eso me hizo sonreír. Este chico con aire rebelde y descarado me recordaba a Cam años atrás, y tenía la intuición de que, como ocurría en el caso de mi amigo, su comportamiento era pura fachada.

Volví a acomodarme en el asiento. Rav se arrastró un poco hacia mí, frotó el hocico contra mi cadera y luego dejó caer la cabeza sobre mi regazo, reclamando atención. Mientras lo acariciaba, cerré los ojos solo un momento; o eso era lo que pretendía hacer, pero entre el traqueteo del coche y el cansancio que acumulaba después de pasar toda la noche despierta acabé quedándome dormida.

Para cuando regresé del mundo de los sueños, habían pasado cuatro horas y yo me sentía más muerta que viva; tardé un rato en desperezarme y volver a ser yo misma. Jameson se había quedado frito con su familiar en el regazo, y también Cam. Sebastian miraba muy serio el exterior a través de la ventanilla y tanto Dith como Wood estaban callados.

Era inútil trazar una estrategia, dado que no teníamos mucha idea de lo que íbamos a encontrar una vez que estuviésemos en Ravenswood. El único punto claro era que necesitábamos conseguir llegar hasta Alexander y contar con tiempo suficiente para realizar el ritual. Wood había memorizado el hechizo y se había hecho con los ingredientes necesarios gracias a Laila; también se había anticipado y preparado la mezcla a la que solo tendríamos que añadir nuestra sangre en el momento de realizarlo.

Sí, era magia de sangre, pero a esas alturas me parecía bien cualquier cosa que nos ayudara contra Elijah, y tampoco era que hubiese mala intención en el hechizo. Al parecer, no era un ritual muy largo ni tan elaborado como se podría creer; la verdadera dificultad residía en que la naturaleza, fuerza y compatibilidad de los propios implicados fuesen las adecuadas.

Era de suponer que habría demonios custodiando a Alexander, o incluso el propio Elijah, así que, de algún modo, el resto del grupo iba a tener que arreglárselas para concedernos esos preciosos minutos. Todo ello, siempre que yo consiguiera localizarlo durante mi viaje astral, porque si no estaríamos dando palos de ciego y al final era probable que Elijah nos encontrara a nosotros primero. Si eso ocurría, igualmente lo afrontaríamos; esta vez no habría

segundas oportunidades.

La sensación de que cualquier mínimo detalle haría que todo saliese mal me mantuvo tan ensimismada como a los demás. Cuando nuestra pequeña comitiva realizó una breve parada para repostar por turnos, y evitar así colapsar el área de servicio, nadie se mostró muy dispuesto a empezar una conversación. Solo unos meses atrás, la idea de interactuar con humanos y disfrutar de un acto tan mundano como llenar el depósito de gasolina o comprar chucherías me hubiera hecho saltar de inmediato fuera del coche, pero todo lo que hice fue quedarme anclada al asiento y contemplar el trasiego de coches de la zona.

De lo que sí me percaté fue del modo en el que Dith y Wood orbitaban uno en torno al otro en todo momento. Aprovechaban cualquier excusa para tocarse y se miraban cada pocos minutos; ella más que él, aunque solo porque Wood tenía que concentrarse en la carretera. Era bonito ver lo mucho que se buscaban incluso de forma inconsciente, algo que me parecía de lo más lógico teniendo en cuenta su historia.

Eso me hizo pensar en si, en algún futuro cercano, llegarían a plantearse también completar la unión que una vez había sido motivo de condena para Dith. Pero esa no era la clase de pregunta que se hacía en el interior de un coche camino a una más que probable batalla con demonios y un sanguinario nigromante, y en realidad tampoco era de mi incumbencia, así que no se me ocurrió decir nada al respecto.

Horas más tarde, cuando Wood salió de la carretera para detenerse en un apartadero, solo otro de los coches se detuvo junto al nuestro, el que conducía Gabriel y que llevaba también a Aaron, Robert y Beth, además de otros dos alumnos que había visto en la clase de esta última. Aaron bajó la ventanilla y Wood les explicó nuestra intención de detenernos antes de llegar al pueblo y lo que yo planeaba hacer.

—Si me hubieras avisado, habría preparado algo de la poción para las náuseas —comentó Robert—. Pero puedo quedarme y ayudar.

—Sebastian conoce el hechizo, no hay problema. Seguid adelante y esperadnos en el pueblo. No os acerquéis a Ravenswood hasta que lleguemos.

Con esa última advertencia de Wood, el otro coche continuó el camino.

—Busquemos un lugar más discreto —dijo, poniendo el coche en marcha de nuevo.

Me picaba la piel, y no tenía nada que ver con mi alergia. Puede que fueran los nervios o la posibilidad de encontrar a Alexander y poder comprobar que estaba bien. Gracias a la conexión con Wood sabíamos que estaba vivo, él lo habría percibido de otro modo. Pero eso era todo, y la incertidumbre me estaba matando. Confiaba en la fortaleza de Alex; sin embargo, también era consciente de lo mucho que le aterraba perder el control de su oscuridad. Y si de algún modo Elijah conseguía debilitar su voluntad y llegar hasta esa parte de él…

—Podemos hacerlo ahí.

Abandoné mis tortuosos pensamientos y miré a través del parabrisas delantero para encontrarme con una especie de granero destartalado. El campo que lo rodeaba estaba infestado de malas hierbas y no había más construcciones en los alrededores, por lo que podíamos suponer que estaría abandonado. Era justo lo que necesitábamos.

—Bien, vamos allá.

Todas las puertas se abrieron a la vez, aunque Raven fue el primero en salir. Saltó al exterior y se alejó corriendo, imaginé que tanto para estirar los músculos tras el largo viaje como para inspeccionar el sitio y asegurarse de que de verdad estaba vacío.

Los demás fuimos tras él. Wood arrancó el candado que mantenía la puerta cerrada y con él se llevó parte de la madera podrida de alrededor. Luego, empujó ambas puertas para permitir que la luz natural se colase en el interior.

Dith me detuvo antes de que atravesase el umbral.

—Cualquier cosa rara que notes, regresa. Elijah no debería tener ningún poder sobre ti en ese estado, pero mejor ser precavidos. —Asentí, aunque esperaba no tropezarme con el brujo—. Y si no das con Alexander, no alargues el viaje. Sé que quieres hablar con él, pero si no es posible, podemos emplear un hechizo localizador con la sangre de Wood. Y si las protecciones interfieren y falla, probaremos otra cosa.

—Está bien, Dith. No voy a hacer ninguna locura, lo prometo. —

Esa afirmación era poco creíble viniendo de mí, pero esta vez lo decía en serio. No asumiría riesgos innecesarios con todo lo que había en juego.

Sebastian ya estaba preparándolo todo y Rav se había situado muy cerca de él, observando sus movimientos como si quisiera asegurarse de que no cometía ningún error. Me acerqué y me arrodillé frente al lobo.

—Rav, te necesito para que estés junto a Dith y funcionéis como ancla para mí, por si acaso. Estaría bien que hicieras esto de la otra forma.

Durante un instante pensé que tampoco entonces cedería, pero luego el aire chisporroteó y se inundó con el aroma del algodón de azúcar. El Raven humano apareció acuclillado justo delante de mí.

—Bienvenido de nuevo —dije, y sus comisuras se arquearon con suavidad.

Se inclinó un poco y rozó su mejilla contra la mía, como si aún continuara en la piel del lobo y se valiera de ese contacto para replicar a mi saludo. Al notar que temblaba, lo abracé. Casi podía sentir su miedo en mi propio pecho a pesar de no saber qué lo provocaba; no creía que fuera el viaje astral.

Lo mantuve un rato contra mi cuerpo, hasta que el temblor se redujo casi por completo, y luego me separé para mirarlo a la cara.

—¿Estás bien? —pregunté, y él se limitó a asentir—. Rav si hay algo que necesitas decirme…

Titubeó un momento, pero luego dijo:

—No es mi decisión.

Se cerró en banda después de eso, y yo tuve el horrible presentimiento de que aquello tenía mucho que ver con lo que había dicho Amy. Fuera cual fuese, uno de nosotros había tomado ya su propia decisión, y no había nada que se pudiese hacer al respecto.

# 38

## Alexander

Una oscuridad que no formaba parte de mí me rodeaba. No estaba seguro de cuánto tiempo llevaba inconsciente. ¿Horas? ¿Días? ¿O solo minutos? Sentía el cuerpo pesado y dolorido, y mi poder se hallaba aletargado, aunque tal vez fuese porque el lugar en el que me encontraba estaba cubierto de hechizos. Hechizos supresores, me di cuenta, del tipo que podían eliminar la capacidad para realizar magia de cualquier brujo.

Pero yo no era un brujo cualquiera. Había conseguido deshacer las protecciones del auditorio Wardwell una vez, años y años de hechizos que los sucesivos directores de la academia habían creado con tal fin. Solo necesitaba un momento para reorganizar mis pensamientos y conseguir que mi cuerpo y mi magia respondieran.

Ceder a las pretensiones de mi antepasado nunca había sido mi intención, y seguramente no debería haberlo hecho, pero no había habido nada que hubiese podido hacer más que entregarme después de ver la expresión de Wood cuando aquel ser demoníaco había llegado hasta nosotros cargando con Dith. Incluso si todo salía mal y acababa claudicando, jamás habría podido negarme a brindarle a mi familiar la oportunidad de tener al amor de toda su existencia una vez más entre los brazos. Lo único que de verdad lamentaba era no haber tenido yo la oportunidad de hacer lo mismo con Danielle.

En cuestión de unos pocos meses, aquella bruja temeraria y cabezota se había convertido en todo para mí, y no encontraba la voluntad para pensar que había algo malo en eso. Le había dado un nuevo sentido a todo, con su actitud desafiante y la ausencia total de cautela pese a mi oscuridad, mientras que mi propia madre me tenía miedo y había optado por abandonarme.

Tanteé a mi alrededor con las manos en un intento de adivinar dónde me encontraba, pero el tacto frío y rugoso de la piedra no me aportó ningún dato, salvo que estaba tirado en el suelo. Suponía que Elijah me quería de regreso en Ravenswood y, aunque me estaba costando acceder a mi poder, el instinto me decía que era ahí justo donde me habían traído, de vuelta al principio, como si los meses anteriores no hubiesen sido más que un sueño, y mi libertad, demasiado efímera.

Sabía que no había nadie más en la habitación conmigo, pero eso podría cambiar en cualquier momento y no estaba dispuesto a que me encontrase allí tirado y sin manera de defenderme.

Necesitaba empezar a moverme.

Giré una de las manos y, con la palma hacia arriba, traté de invocar el elemento fuego. Sentí el flujo turbulento de mi magia deslizándose por mi carne en su camino hacia los dedos. Hubo un chispazo muy breve seguido de un potente latigazo de dolor que me sacudió de pies a cabeza. Apreté los dientes y acepté dicho dolor como ya lo había hecho muchas veces antes, cuando Wood o Raven se habían visto obligados a provocármelo para hacerme regresar; solo que esta vez no me había transformado y mi sufrimiento debía ser cortesía de mi antepasado. Aguanté hasta que la sensación de que me estaban abriendo en canal se desvaneció casi del todo, decidido a volver a intentarlo. Haría falta mucho más que algo de sufrimiento gratuito para doblegarme.

Ladeé la cabeza y abrí bien los ojos. Necesitaba aprovechar esas escasas décimas de segundo de luz para ver algo a mi alrededor. Tomé aire y lo solté, y luego volví a tirar de mi poder. El destello fue igual de breve y, sumido en una completa oscuridad como estaba, solo consiguió deslumbrarme; el dolor, en cambio, resultó mucho peor.

Me tragué un grito de frustración, sabiendo que no serviría más que para desgastar mi ánimo. Cerré los ojos, invoqué el rostro de Danielle y el sonido de su risa, su olor, el tacto suave de su piel, y aguanté. Mis músculos se fueron aflojando muy poco a poco a pesar de que el corazón me latía tan rápido que parecía que me estuviese dando un infarto.

Me centré en seguir respirando. Aunque el aire era húmedo y la temperatura baja, conseguí evocar la calidez que la simple

presencia de Danielle despertaba en mi pecho. Repetí su nombre en mi mente como quien recita un hechizo, y seguí haciéndolo hasta que se convirtió en una letanía sin principio ni fin. El dolor comenzó a ceder poco a poco.

Cuando creí que podría probar otra vez, abrí los ojos y descubrí entre las sombras un destello de luz que no provenía de mí. Pensé que me lo estaba imaginando o que simplemente se trataba de una consecuencia de las descargas que estaba recibiendo, pero tras varios parpadeos no solo seguía ahí, sino que empezó a ganar intensidad.

Entrecerré los ojos sin apartar la mirada, temiendo que desapareciera, mientras una figura fue tomando forma a escasos metros de mí. Y cuando por fin se reveló del todo, juro que creí que mi propio sufrimiento había alterado tanto mi mente que me estaba provocando alucinaciones.

La figura se precipitó sobre mí. Danielle… Era Danielle. Se arrodilló a mi lado y pronunció mi nombre en un susurro que, aunque sonó horrorizado, calmó cualquier rastro de dolor o malestar.

Exhalé un suspiro de alivio.

—Voy a fingir que estás aquí —dije, aunque me costó encontrar mi voz—, incluso si te estoy imaginando.

Sus manos revolotearon sobre mi pecho, y me di cuenta de que no eran del todo sólidas. Bien, una alucinación entonces. Era maravilloso lo que una mente al límite de sus fuerzas podía llegar a convocar.

—Alex, estoy aquí. O una parte de mí lo está. —No tenía ni idea de lo que quería decir, pensar resultaba agotador. Miró alrededor—. Aunque no era aquí donde pensaba aparecer, cualquiera que sea este lugar. ¿Hay mazmorras en Ravenswood?

Me eché a reír al escuchar el término, aunque eso me provocó una lluvia de punzadas en el estómago y el pecho. La cuestión fue que su comentario despertó un recuerdo en mi mente, algo que una vez había dicho Raven sobre la mansión y sus padres encerrándolo durante uno de sus crueles y frecuentes castigos. Decidí seguirle el juego a mi visión, tal vez así no se desvaneciera; lo hacía todo más tolerable y ahora mismo necesitaba un aliciente con desesperación.

—Hay celdas en el sótano del edificio principal. Martha y Robert

las usaban con los gemelos —farfullé, seguido de una florida maldición—. ¿Puedes quedarte conmigo? No soy capaz de acceder a mi magia y, joder, duele.

El rostro translúcido de Danielle se cubrió de una ira helada, aunque se suavizó un momento después. Trazó la curva de mi mandíbula y casi pude sentir la caricia de sus dedos.

—Tengo que volver, Alex, pero estamos cerca de Dickinson y hemos venido con muchos brujos. Necesito que aguantes un poco más, por favor —rogó, y esa súplica… Esa súplica despertó algo en mi interior—. Escucha, Wood me contó lo de la unión, pero tengo que saber si estás seguro de que es lo que quieres. No habrá manera de deshacerla luego, y yo… yo quiero hacerlo, eso no me importa. Te quiero, y pasar el resto de mi vida unida a ti… —Se atropellaba con las palabras y ¿estaba sollozando?—. Está bien, estoy bien con eso, de verdad. Pero siempre que tú también lo desees. No estás obligado…

—Ojalá pudiera verte una vez más para poder convencerte del regalo que sería unirme a ti, Danielle Good.

Definitivamente, había lágrimas brillantes cubriendo sus mejillas, pero también se reía ahora. Se inclinó un poco más sobre mí.

—Lo estás haciendo, idiota —murmuró, pero el insulto estaba cargado de cariño, si algo así era posible; con Danielle, lo era—. No me estás imaginando, esta es mi proyección astral.

La comprensión se abrió paso por fin a través del caos que era mi mente. El viaje astral. Lo habíamos hablado antes de la aparición de los demonios en la academia Bradbury. Espera, ¿acababa de decir que estaban cerca de Dickinson?

—El pueblo estaba desierto cuando me trajeron aquí. —Me dolía todo, pero intenté mover los brazos con escaso éxito. Por Dios, ni siquiera iba a ser capaz de sentarme—. Elijah tiene a los humanos. Creo que va a utilizarlos para forzarme a abrir la puerta.

Su figura parpadeó. Si aquello era un viaje astral y estaba tan cerca de Ravenswood, no debería verse obligada a volver tan pronto. Sin embargo, era probable que el impacto de haberme encontrado en un estado tan lamentable estuviese trabajando en su contra.

—Está bien, se lo diré a los demás. Solo tienes que aguantar un

poco más, ¿de acuerdo? Vamos a sacarte de aquí y, de una forma u otra, esto se acaba hoy. Ahora tengo que volver —dijo, su luz atenuándose cada vez más—. Te veo, Alexander, siempre veré más allá de cualquier oscuridad cuando se trata de ti. Te amo.

Sonreí, y mi cuerpo se calentó con sus palabras. Su magia no cantaba para mí en el estado en el que se encontraba, pero jamás se había tratado de eso. No era su poder ni su ira, no era su linaje, no era su sangre, ni siquiera era porque se tratase de una bruja como yo. Era ella, solo ella. Y a la mierda el destino, el equilibrio, las profecías y todo lo demás.

—Te amo, Danielle. Siempre.

## Danielle

Volví a mi cuerpo con mayor suavidad que la vez anterior, pero el pánico hizo que me sentara de golpe. Tomé una brusca bocanada de aire. Mi estómago dio una sacudida atroz y apenas si tuve tiempo de girar la cabeza antes de vomitar todo su contenido sobre el suelo.

—Voy al coche a por una botella de agua.

—¿Está bien?

—Trae un abrigo o algo para taparla.

—Vaya viajecito.

No supe quién dijo qué, estaba demasiado concentrada en contener las arcadas, aunque apostaba que lo último había sido cosa de Jameson; al parecer, su familiar era lo único con lo que no bromeaba. Me quedé inmóvil mientras sobrellevaba otra oleada de náuseas, y alguien se presionó contra mi espalda.

Había pocas cosas que odiase tanto como vomitar, era realmente asqueroso. Cuando por fin sentí que era medianamente seguro moverme, abrí los ojos y levanté la vista del suelo. Dith me tendió una botella de agua y me di cuenta de que era Raven quien me estaba sosteniendo. Los demás estaban repartidos a mi alrededor. Me enjuagué la boca y di un par de sorbos antes de mirar directamente a Wood.

—Alexander está en alguna especie de celda en el sótano de la mansión. Dijo que las conocíais.

Rav dio un leve respingo al escucharme, y maldije una vez más a

los padres de los gemelos por todo el sufrimiento que les habían causado.

—Sí, sé dónde se encuentran y cómo llegar hasta ellas. ¿Cómo estaba él?

Si mi estómago no hubiera estado ya revuelto después del viaje astral, pensar en Alex tumbado sobre el suelo frío lo hubiese conseguido. No había visto ninguna herida, pero su expresión había sido suficiente para saber que estaba sufriendo lo indecible.

—Elijah lo ha hechizado. No estoy segura de cómo, pero creo que no podía moverse ni emplear su poder. Ni siquiera sé cómo llegué hasta él.

Cuando Sebastian había empezado a recitar el hechizo, yo me había concentrado en la casa de los chicos. Había visualizado todos los detalles que recordaba, tal y como había hecho la vez anterior al viajar en busca de Cam. Sin embargo, algo había tirado de mí y me había arrastrado sin que pudiera hacer nada para evitarlo; había creído que se trataba de la barrera, impidiéndome el paso, pero luego había aparecido en aquella habitación oscura, con Alex a tan solo unos pocos pasos de mí.

—Tenemos que ir ya a por él.

Intenté incorporarme, pero me fallaron las piernas y Raven tuvo que agarrarme. Al final, optó por sostenerme en brazos para que dejara de intentar salir corriendo hacia el coche. Ojalá pudiera correr, la verdad; parecía un cervatillo recién nacido.

—Dale un poco de tiempo a tu cuerpo para que se recupere —dijo, y tuve que aceptar a regañadientes.

Pero mi indisposición no le restaba urgencia a la situación; ya no solo se trataba de Alex.

—Elijah se ha llevado a toda la gente de Dickinson y los tiene como rehenes. Alex cree que para obligarlo a abrir una puerta.

—Son solo humanos —señaló Jameson, y en esa ocasión fui yo quien deseé darle una colleja—. ¿Qué? ¡No me miréis así! No lo decía porque no me importen, pero es raro que ese tipejo crea que a Alex sí.

Sebastian estuvo de acuerdo.

—Jamie tiene razón. Alexander ha crecido aislado y Elijah no lo conoce, no tendría por qué pensar que va a ceder a sus deseos por mucho que amenace a todo un pueblo.

—Sé que suena mal, pero… se le habrán acabado los brujos que colgar —intervino Dith con una mueca de disculpa.

No iba muy desencaminada. Abbot estaba vacío y Ravenswood había sido evacuado después del incidente en el auditorio. Elijah ya había colgado a todos los brujos de Dickinson como advertencia, y también a parte del consejo oscuro. Que supiésemos, solo quedaban vivos Tobbias Ravenswood y Roger Eastey, ya que los cuerpos que habían aparecido en el muro de la academia Bradbury correspondían a Johanna Carrier, William Redd y Lydia Nurse. Sin embargo, tampoco Jameson se equivocaba. Era mucho suponer por parte de Elijah que Alex se quebraría si empleaba humanos como moneda de cambio, dado que abrir la puerta del infierno al final terminaría igualmente con ellos. Dickinson era la única población cercana, y no creía que los demonios fueran a pasarlos por alto. Arrasarían el pueblo en cuanto se les diera la oportunidad.

—Sacrificios —dijo entonces Dith—. Sangre con la que alimentar su poder. Puede que no contenga magia, pero sigue siendo sangre al fin y al cabo. Y una masacre de ese calibre siempre deja mucha energía disponible en el lugar en el que se produce.

Si esa era la intención de Elijah, no tendría que mantenerlos con vida para chantajear a Alex. Rav debió de pensar lo mismo, porque estrechó mi cuerpo contra su pecho y echó a andar hacia el coche.

Todos lo siguieron.

# 39

Wood detuvo el coche a la entrada del pueblo, junto a los demás. La mayor parte de mis náuseas habían desaparecido durante el breve trayecto y mis músculos también parecían funcionar con normalidad. Todo lo que me quedaba del viaje astral era un leve sabor a ácido sobre la lengua y una cada vez más angustiosa presión en el pecho. Me obligué a ignorar dicha sensación cuando me di cuenta de que Dickinson no estaba desierto, y no se debía solo a que el resto de los coches de nuestra comitiva ya se encontrase allí.

—¿De dónde ha salido tanta gente? —La cuestión fue formulada por Sebastian, pero creo que todos nos estábamos preguntando lo mismo.

Aunque reconocí algunas de las caras de los que habían venido con nosotros, había otras que no recordaba haber visto nunca en Bradbury. Al principio creí que Alexander había estado equivocado y Elijah no había tomado rehenes, hasta que me di cuenta de algo más.

—Son brujos —murmuré, mientras contemplaba la escena a través de la ventanilla.

Podía sentir la acumulación de poder. Todos los presentes eran brujos y brujas. Distinguí a lo lejos al grupo de Robert. Estaban hablando con Winthrop, los Ibis que habían viajado con ella y otros cuatro más; los seis vestían el uniforme habitual, aunque habían prescindido de las aparatosas capas.

—¿Los conoces? —le pregunté a Sebastian, señalando al grupo.

—Sí, dos de ellos solían estar asignados a la custodia de Putnam. Los otros dos son más soldados que guardias, pero coincidí con uno durante mi formación. A los escoltas de Winthrop los conocí brevemente cuando ella estuvo en la academia.

Robert miró en dirección a nuestro coche. Al percatarse de que habíamos llegado, dijo algo al resto y echó a correr hacia nosotros.

Jameson y Sebastian fueron los primeros en bajar del vehículo, mientras que Wood seguía observando todo alrededor y Raven se mantuvo inmóvil a mi lado.

Dith se dio la vuelta en el asiento.

—¿Estás mejor?

—Sí, perfecta. ¿Crees que han venido para enfrentarse a Elijah?

Fue Raven quien contestó:

—Han venido porque esto es más importante que lo que ocurrió en Salem. Por fin.

Recé para que fuera cierto, y también para que cerrar de una vez la herida que se había abierto durante los juicios no requiriera de un nuevo derramamiento de sangre.

—¿Podéis darnos un minuto a solas? —dije, dirigiéndome a los gemelos. Estaba ansiosa por ir en busca de Alexander, pero necesitaba hablar con Dith.

La pregunta me valió una mirada larga y suspicaz por parte de Wood, mientras que Raven reaccionó con cierta resignación. Aun así, ninguno de los dos se opuso, lo cual fue una suerte porque estaba dispuesta a lanzarlos del coche si se les ocurría protestar.

Dith apoyó los antebrazos en el respaldo de su asiento y la barbilla sobre ellos. Su aire inocente me hubiese engañado si no fuera porque la conocía demasiado bien y también porque, pese a su expresión despreocupada, sus ojos contaban una historia muy diferente.

—Tienes que decirme lo que sabes —solté, en cuanto los hermanos se alejaron un poco del vehículo.

Hubo una chispa de amargura en su mirada que me confirmó lo que ya sospechaba: ella lo sabía. Fuera lo que fuese, tanto los gemelos como Meredith estaban al tanto.

—No me mientas —insistí—, y no se te ocurra decirme que no sabes de lo que hablo. Wood me dijo lo de Sarah y mi madre, pero sé que no se trata de eso.

El silencio cayó sobre nosotras, ya no cálido, reconfortante ni cómodo, y durante un momento me pregunté a mí misma si de verdad quería saber lo que me ocultaban. Una parte cobarde de mí quiso decirle que olvidara mi pregunta, cerrar los ojos y fingir que todo saldría bien. Sin embargo, ya había aprendido que eso nunca funcionaba y que las cosas podían torcerse en cualquier momento.

Quería pensar que ya no era la ilusa muchacha que había abandonado Abbot en un arranque de locura, incluso si en algunos momentos anhelaba seguir siendo esa chica.

—Una vez, cuando aún era la familiar de tu abuela, ella me preguntó a qué Good elegiría proteger si pudiera hacerlo. Le contesté que, sin dudar, te elegiría a ti. Florence se rio, dijo que eras impetuosa y un poco salvaje y que me iría mucho mejor con Chloe, mucho más tranquila y sumisa. —No tenía ni idea de por qué Dith mencionaba ahora a la abuela, pero, como siempre ocurría, me encogí al escuchar el nombre de mi hermana. Era verdad que yo había sido la oveja negra de las dos. Chloe había sido de carácter fácil incluso cuando era un bebé; dormía y comía bien, y apenas lloraba—. El caso es que yo sentí afinidad por ti desde esa primera vez que acompañé a Florence a conocerte, pocos días después de tu nacimiento. Sé que los familiares nunca eligen a sus protegidos, pero sigo creyendo que respondí de forma acertada. Incluso ahora, después de todo lo que ha pasado, te elegiría de nuevo. Volvería a morir por ti y volveríamos a estar aquí, en este coche.

—Dith…

—No, espera. Lo que quiero decir es que no importa lo que pase hoy, cualquiera que sea la magia que asigna un familiar a un determinado miembro de su linaje, tú eres mi elección. —Hizo una pausa, y supongo que se dio cuenta de que continuaría haciéndole preguntas, porque juro que pude ver cómo la última línea de sus defensas caía—: Raven no puede ver ninguna de mis conexiones con otra persona porque mi resurrección es… temporal.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué quieres decir con temporal? —Sabía lo que significaba esa palabra, pero mi mente se negaba a aceptar lo que estaba insinuando—. No, otra vez no. Por favor, Dith. No puede ser.

Se me cerró la garganta, pero seguí negando con la cabeza mientras Meredith se movía entre las dos filas de asientos para llegar hasta mí. Me abrazó como lo había hecho tras su vuelta, demasiado fuerte, con desesperación, a pesar de que a mí me llevó un buen rato conseguir que mi cuerpo respondiese y poder devolverle el abrazo.

—Shh… No pasa nada —susurró, acunándome—. Tienes a Rav y tendrás también a Alexander. Vamos a rescatarlo. Y todavía estoy

aquí.

Oh, Dios, dolía. Cómo dolía. La última vez me había llevado varios días lograr funcionar siquiera como una persona. Haber pasado ya por ello no lo haría menos doloroso.

—No puedo perderte otra vez —dije, luchando para contener los sollozos—. No, no es justo…

—He vivido muchos años, Danielle. Encontré el amor al principio de ellos y ha sido un amor hermoso e increíble, del tipo que pocas personas logran hallar. Luego te encontré a ti, y también te amé. He sido afortunada a pesar de haber pasado casi toda mi existencia estando maldita. Y he disfrutado de esta nueva oportunidad para estar con vosotros a pesar de que lo único que pretendía Elijah era hacernos más daño. Mi tiempo pasó…

—No digas eso. No tiene que ser así.

—Voy a ayudarte a rescatar a Alexander y vamos a terminar con Elijah, y cuando llegue el momento esta vez me iré del todo. Y tú seguirás adelante y tendrás tu oportunidad para vivir una vida larga y tan plena como ha sido la mía, Danielle.

Sentí el pecho abierto en canal, el corazón expuesto y roto. Oía lo que me decía, pero no estaba segura de estar escuchándola. O de desear hacerlo. Me aferré a ella y aspiré su aroma a pesar de que el característico olor a libro antiguo que era la seña de identidad de su magia estaba ausente.

—Prométeme que lo harás, que seguirás adelante y serás feliz, y prométeme también que dejarás de meterte en tantos líos —trató de bromear, pero su voz sonaba ronca y cansada.

—No podré…

—Podrás, y ¿sabes por qué lo sé? Porque yo te elegí, Danielle, y yo nunca me equivoco.

Cuando por fin logré recuperar parte de la compostura y nos unimos a los demás, todos se percataron de que algo había sucedido entre nosotras. Hubo un intercambio significativo de miradas entre Dith y Wood. Y hasta ese momento ni siquiera me había parado a pensar en lo que podía estar sintiendo él después de haberla recuperado y saber que volvería a perderla. ¿Cómo podía ser el destino tan cruel como para torturarlos de esa forma? ¿No habían pasado ya por suficiente?

Odiaba a Elijah por lo que había hecho y al mismo tiempo me

sentía agradecida por tener algo más de tiempo con Dith, pese a que era una agonía saber que en cualquier momento se desvanecería y ya no volvería a verla jamás. Ese pensamiento amenazó con hacer que me derrumbase de nuevo, así que me obligué a apartarlo de mi mente, no solo porque estábamos a punto de asaltar Ravenswood y no podía permitírmelo, sino porque no quería que Dith tuviera que preocuparse por mí.

A pesar de la presencia de la consejera Winthrop, fue Sebastian quien tomó la palabra y comenzó a desgranar la estrategia a seguir. Dado que nuestro grupo se había vuelto de repente mucho más numeroso, era inútil plantearnos acercarnos a Ravenswood de forma sigilosa. Podíamos intentar enmascarar nuestra presencia con algunos hechizos; pero, teniendo en cuenta lo cerca que estaba Dickinson, quizás Elijah ya sabía que estábamos allí.

Tal y como había dicho Alexander, las casas y negocios del pueblo estaban vacíos, así que nuestra prioridad, una vez que consiguiésemos deshacer la barrera de protección del campus, era sacar a Alexander del sótano y buscar a los humanos. Y aunque creo que todos éramos conscientes de que había muchas posibilidades de que Elijah ya los hubiese sacrificado, ninguno dijo nada al respecto.

La idea era dividirnos. Nuestro grupo, más pequeño, iría directo a por Alexander, y luego nos reuniríamos con los demás. El grueso de los brujos tendría que contener a Elijah, y posiblemente a los demonios que este convocase, hasta que llegásemos a ellos. Me di cuenta de que Sebastian no mencionó el ritual de unión. O bien no confiaba del todo en sus antiguos compañeros, o bien solo estaba extremando la precaución para evitar que, de algún modo, llegara a oídos de Elijah y este tratara de frustrar nuestros planes. Me maravilló que los que desconocían ese detalle, y por tanto no sabían que Alexander y yo uniríamos nuestros poderes, no cuestionaran si seríamos capaces de derrotar al nigromante. Su confianza resultaba abrumadora, la verdad, teniendo en cuenta lo que había sucedido la última vez.

«No, no es igual que la última vez», me recordé, y pensé también en lo que me había dicho Cam: no teníamos que hacer aquello solos. Ya no. No había duda de que, si Elijah lograba abrir las puertas del infierno, poco importarían los bandos, las academias o los linajes, pero lo que realmente marcaba una diferencia allí era

que todos aquellos brujos hubieran decidido trabajar hombro con hombro para vencerlo.

Después de que todos fueran informados de dónde debían situarse una vez que llegásemos a nuestro destino y cómo proceder, no perdimos más tiempo en el pueblo. El cielo se fue tornando de un tono cada vez más grisáceo conforme nos acercábamos a Ravenswood. Gruesas nubes oscuras se arremolinaban sobre los terrenos de la academia y el aire se volvía más pesado y caliente con cada kilómetro que recorríamos. Parecía que fuera a desatarse una tormenta en cualquier momento, pero no era humedad lo que saturaba el ambiente. El agua era mi elemento y lo habría percibido. Se trataba de algo muy diferente; algo malicioso y retorcido.

No estaba segura de si los demás también lo notaban, aunque supuse que, en un nivel profundo, todos sentían que algo malo pasaba allí. Los brujos ahorcados que colgaban de la fachada, desde luego, eran una prueba fehaciente de ello, pero creo que yo lo habría sabido de todas formas a pesar de que no hubiesen estado allí. La magia rugía de tal modo en mis venas que tuve que hacer un esfuerzo para contenerla bajo la piel y no ponerme a brillar como un maldito árbol de Navidad.

Nuestro improvisado ejército se fue posicionando a lo largo del camino que separaba las academias de la luz y de la oscuridad. Ese camino parecía ahora una torpe metáfora de lo que habían sido tres siglos de división, y los edificios, oscuros y vacíos de alumnos, el recuerdo de algo que nunca tendría que haber sido.

Una fila de brujos se extendía a lo largo de todo el frente de la mansión y más allá de este; cada uno con distinto nivel de habilidad y elemento propio, pero todos dispuestos a arriesgar su vida para pelear contra la oscuridad más aterradora, una que poco tenía que ver con la de los brujos oscuros. Mi grupo de amigos —mi familia— y yo nos colocamos frente a la hermosa puerta labrada que daba acceso al edificio, listos para acceder a él en cuanto la barrera cayese.

—Ahora —gritó Wood, y su voz retumbó a través del silencio sombrío.

Nos movimos como una sola entidad. Las manos se alzaron, el murmullo de la magia brotó de cada garganta convertido en

hechizo y el aire crepitó, cargado del poder de tantos y tantos brujos.

«Ya casi estoy contigo, Alex. Resiste un poco más».

# 40

## Alexander

Venía alguien. Podía escuchar el eco de sus pasos conforme se acercaba. Yo seguía tumbado en el suelo y no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado desde que Danielle se había desvanecido en el aire; bien podía ser un minuto como una hora, estaba demasiado aturdido por el dolor y por la total oscuridad que me rodeaba para saberlo. No había vuelto a invocar mi poder. No quería desgastarme en una pelea que tal vez no podía ganar, así que preferí esperar a que ella o alguno de los otros consiguiera encontrarme. ¿Serían ellos o finalmente Elijah había decidido venir a por mí?

La puerta se abrió y tuve que entrecerrar los ojos ante el resplandor repentino, por lo que tardé aún unos pocos segundos más en descubrir que la silueta bajo el umbral no pertenecía a ninguno de mis amigos y tampoco a Elijah, sino a Tobbias Ravenswood. Mi padre avanzó unos pocos pasos y la punta de sus zapatos me rozó el brazo. Cuando sus ojos cayeron hasta mí, ni siquiera se molestó en ocultar su desprecio.

—Mírate, Luke. Lo has estropeado todo.

Chasqueó la lengua, irritado, y yo deseé ser capaz de levantarme y arrancársela de entre los dientes. Nunca había creído que se pudiera odiar tanto a una persona. Nunca hasta ese preciso momento.

—Vete a la mierda.

No me sorprendía que se hubiese alineado con los deseos de nuestro antepasado. O no del todo. Lo cierto era que Tobbias Ravenswood no solía tomar nunca una decisión que no se basara en sus propios intereses; sin embargo, era un verdadero imbécil si creía

que esta vez iba a sacar tajada.

—Eres un necio. Podrías haberlo tenido todo; en cambio, has elegido asociarte con el linaje miserable de esa niñita tonta y…

—Yo que tú, escogería con mucho cuidado las palabras que empleas al hablar de Danielle, porque te aseguro que en algún momento voy a poder moverme, y no va a gustarte lo que te haga.

En contra de mi sentido común, permití que mi poder despertara y lo empujé hacia mis manos. La oscuridad respondió extendiéndose por mis venas, aunque eso trajo consigo de vuelta la sensación de estar siendo apuñalado una y otra vez por todas partes. Pero ver a mi padre palidecer al contemplar el avance de mi poder valió cada gramo de dolor. Mi promesa no era vana. Estaba seguro de que Wood me perdonaría si le arrebataba el placer de castigar a Tobbias por lo que le había hecho a Dith; además, tenía mis propias cuentas pendientes con él.

Se rehízo muy rápido, aunque solo porque se dio cuenta de que no podía moverme.

—Puedes odiarme todo lo que quieras, pero sigo siendo tu padre y tú sigues siendo un Ravenswood.

«No por mucho tiempo», pensé, pero me guardé ese detalle para mí mismo.

—Aborrezco tu apellido, y las únicas personas que se han comportado como un padre para mí son Raven y Wood. Ellos son lo único bueno que Ravenswood me ha dado.

—Sigues teniendo un legado. Acepta las condiciones de Elijah y…

Solté una carcajada.

—¿De verdad crees que va a compartir su reinado de terror contigo? Ni siquiera estoy seguro de que, si consigue abrir una puerta al infierno, sea capaz de controlar todo lo que salga por ella. Va a arrasar este mundo, *padre*. Lo reducirá a cenizas y oscuridad. ¿Qué piensas hacer entonces? ¿A quién manipularás? ¿Qué valor tendrá tu poder y las riquezas que tanto te gusta acumular?

Mantuvo el gesto despectivo mientras se inclinaba sobre mí.

—Él no puede abrir la puerta sin ti, Luke. A pesar de tener la marca, sigue necesitando tu poder —dijo entonces, y fue un alivio saber que habíamos estado en lo cierto—. Pero te dará lo que desees. Cualquier cosa.

—Ya tengo todo lo que quiero. —Una familia, un hogar y la libertad de vivir mi vida con ellos, eso era lo único que de verdad deseaba—. No voy a hacer una mierda por él.

Mi padre no solía sonreír. Cuando lo hacía, todo lo que conseguía era añadirle crueldad a su rostro, aunque estaba seguro de que eso le encantaba. Y así fue su sonrisa: cruel y mezquina.

—¿Sabes? Cuando naciste y descubrimos que tenías la marca, sentí envidia de ti. Podría haber sido yo quien obtuviera todo ese poder.

—Estás enfermo.

La sonrisa se mantuvo a pesar de mi insulto, y tuve un mal presentimiento.

—No importa cuánto te resistas, es solo cuestión de tiempo.

Sabía que estaba jugado conmigo, tentándome para que preguntase, pero no me quedó más remedio que caer en la trampa.

—¿Qué quieres decir?

—Que vas a caer, Luke. Yo quería esperar a la noche de tu vigésimo primer cumpleaños. ¿Sabes que es esa noche cuando la marca desata toda su influencia sobre su portador? ¿Qué crees que te hará? Apenas si consigues manejarte ahora —se burló, e incluso se atrevió a arrodillarse junto a mi cabeza para poder hacerlo en mi propia cara. La rabia que sentí fue tal que la sangre se me calentó en las venas junto con mi propia magia—. Pero Elijah no parece dispuesto a esperar, así que haremos esto a su manera.

Se metió la mano en el bolsillo y, cuando la sacó, había un cordel rojo entre sus dedos. No, no había sido rojo originalmente, me di cuenta al ver un rastro del mismo color manchándole la piel. Más bien parecía impregnado en sangre. Los brujos hechizados en el auditorio habían llevado uno igual.

—No servirá conmigo —dije, aunque no estaba tan convencido como quise dar a entender.

¿Era mi voluntad lo suficientemente fuerte para resistirse a un hechizo imbuido con el poder de la sangre de Elijah? La sangre de tres linajes, incluido el mío.

—Yo creo que sí lo hará, y creo que toda tu oscuridad va a apoderarse por fin de ti. Tomará el control, Luke. Una oscuridad como nunca se ha visto…

—¿Qué has dicho?

—Te convertirás en una oscuridad como nunca se ha visto antes en este mundo.

¿Qué demonios? Esas mismas palabras habían formado parte de la profecía, pero esta ya se había cumplido. Elijah era la oscuridad que arrasaría este mundo. Lo era. Tenía que serlo.

—Pero la profecía…

—¿Qué pasa? —dijo, aunque yo sabía que no esperaba una respuesta por mi parte, tan solo estaba recreándose con mi sufrimiento—. ¿Esa bruja loca no te lo dijo? Elijah nunca ha estado destinado a reinar sobre las cenizas que has mencionado. Eres tú, Luke. La profecía siempre ha hablado de ti. Tú eres el mal.

Satisfecho con el pánico que había despertado su afirmación, me agarró las manos y las rodeó con el cordón. Y finalmente… finalmente llegó la oscuridad.

## Danielle

La barrera cayó. Aunque nos había llevado tiempo y un esfuerzo considerable abrir el primer hueco en ella, una vez que lo conseguimos el hechizo comenzó a desmoronarse con mucha mayor rapidez. Para entonces, Raven ya se había transformado otra vez y se encontraba a mi lado en su forma animal.

Estaba a punto de lanzarme a través de la puerta cuando Wood me agarró del brazo.

—Déjame ir delante.

No me dio opción a replicar. Empezó a avanzar y nuestro grupo se movió para ir tras él; los demás rodearían la mansión por el exterior y se desplegarían por todo el campus a la búsqueda de los vecinos de Dickinson.

La piel de la nuca se me erizó en cuanto puse un pie en el vestíbulo. Apenas había iluminados un par de los apliques dispuestos a lo largo de las paredes, por lo que las sombras se acumulaban en todos y cada uno de los rincones. El retrato de los gemelos y sus padres, que presidía la estancia, no mejoraba en nada la atmósfera decadente y asfixiante.

«Alguien debería prenderle fuego a ese puto cuadro».

Por un momento, creí que había sido dicho pensamiento el que había invocado las llamas que surgieron del centro del retrato y

comenzaron a devorarlo, pero enseguida descubrí que Raven se había quedado mirándolo fijamente; poco después, el fuego se extinguió y lo único que quedaba del cuadro de la familia fundadora era el marco.

Enseguida siguió adelante y los demás no hicimos ningún comentario. Por lo que a mí respecta, esperaba que los padres de los gemelos estuvieran ardiendo en las llamas del mismísimo infierno por toda la eternidad.

Según las explicaciones previas de Raven, en el pasado había habido dos formas de bajar al sótano de la mansión: la primera, a través de un panel oculto tras una de las estanterías de la biblioteca, y la segunda, por un sistema de pasadizos que descendía directamente desde las plantas superiores. Esta última, al parecer, era la que usaban de forma habitual Martha y Robert cuando llevaban allí a Raven —y en menos ocasiones también a Wood—, pero implicaba tener que subir al menos hasta el primer piso para luego bajar dos. Emplearíamos la de la biblioteca, así evitaríamos en gran medida tener que vagar por media academia.

Dith se situó a mi lado mientras nos dirigíamos hacia allí, y el simple roce de su brazo contra el mío calmó un poco la angustia que burbujeaba en mi pecho. Le ofrecí una sonrisa y, aunque fue algo débil, ella me la devolvió. Su mano buscó la mía.

—Este sitio da muy mal rollo —susurró Jameson, sin dejar de mirar en todas direcciones y con su familiar encaramado sobre los hombros.

No pude más que darle la razón, aunque la primera vez que había caminado por aquellos pasillos Ravenswood me había parecido mucho más acogedora que Abbot. Lo había hecho acompañada de quien yo creía que era Maggie Bradbury, y aún no sabía si de verdad había estado conmigo o ya se había tratado de Mercy fingiendo para ganarse mi confianza, pero quise pensar que había llegado a conocer a la prima de Robert aunque fuese brevemente.

Ahora, después de todo lo que había vivido en aquel lugar, no me importaría en absoluto si Rav o cualquiera de los otros también le prendían fuego a las dos escuelas cuando consiguiésemos acabar con Elijah. Terminar de derribar tanto esa academia como la de la luz sería el mejor comienzo de una nueva era para todo el mundo

mágico.

—¿Puedes sentir si hay otros brujos aquí dentro? —me preguntó Dith.

En realidad, percibía un montón de magia por todos lados. La huella de la barrera continuaba flotando en el ambiente junto con todo el poder que habíamos empleado para derribarla, sumado al propio poder de los brujos que habíamos traído con nosotros y… lo que fuera que Alexander había dejado tras de sí al derrumbar el auditorio. El resultado era un conglomerado de energía que bullía a diferentes niveles de intensidad y de distintas formas y que anulaba casi por completo mi capacidad para detectar otros brujos en los alrededores.

—Todo el maldito lugar está impregnado de magia. Ni siquiera estoy segura de que pudiera sentir a Alex aunque no estuviera hechizado.

—No te preocupes, vamos a encontrarlo.

La entrada a la biblioteca se hallaba ya al fondo del pasillo por el que caminábamos cuando Wood se detuvo de golpe. Se dobló por la mitad y exhaló de forma brusca todo el aire de los pulmones. Dith fue la primera en reaccionar y acudir junto a él, y tuvo que agarrarlo de uno de los brazos para evitar que cayera de rodillas al suelo.

—¿Wood? ¿Qué pasa? —lo interrogó, cada vez más alarmada—. ¿Qué es?

La ayudé a mantenerlo en pie mientras él luchaba por recuperar el aliento para poder contestar. Estaba muy pálido, pero no advertí ninguna herida ni nada extraño a primera vista.

—No… no soy yo. Algo… algo malo le pasa… a Alexander.

# 41

—Cuidad de él —grité al aire, mientras echaba a correr hacia la biblioteca.

Raven me alcanzó cuando ya estaba abriendo la puerta y se coló conmigo dentro. El ambiente era incluso más sombrío allí que en el exterior, pero mi poder reaccionó por sí solo y me iluminó la piel; con ello, también lo hizo la hilera de estanterías que se alzaban frente a nosotros.

Enseguida me di cuenta de que no tenía ni idea de adónde dirigirme.

—Tienes que guiarme, Rav. Llévame al sótano.

No tuve que pedírselo dos veces. Se lanzó a la carrera por uno de los estrechos pasillos y yo fui tras él. Cuando salimos del otro lado y alcanzamos una zona repleta de mesas de estudio, el sonido de otro grupo de pisadas llegó a mi oídos. Recé para que se tratase de uno de nuestros amigos, porque no tenía tiempo de pararme a investigar si era así. Necesitaba llegar hasta Alexander cuanto antes. Si algo malo le pasaba, sería yo la que terminaría de demoler aquella condenada academia.

Rav rodeó las mesas hasta alcanzar la pared del fondo, también cubierta de estanterías del suelo al techo. Un segundo después, era de nuevo el Raven en forma humana el que estaba conmigo; el cambio fue tan repentino que no duró más allá de un parpadeo. Empezó a sacar los libros de los estantes con una furia que poco tenía que ver con su actitud habitual.

—Está aquí detrás —dijo, pero yo ya me había puesto manos a la obra también.

Cam llegó resoplando un instante después.

—¿Wood está bien?

—Necesita un minuto. —Fue todo lo que dijo.

No pude evitar pensar en el dolor que había sentido cuando se

había roto mi conexión con Dith. El dolor había sido real y desgarrador; no solo algo emocional, sino también físico. Pero eso no podía ser lo que le había pasado a Wood, para ello Alexander tendría que haber… Dios, ni siquiera me atrevía a pensar en ello.

No, Wood lo habría sabido; no podía tratarse de eso.

—Apartaos —dijo Cam en cuanto se percató de lo que estábamos haciendo.

Le di un golpecito a Raven en el hombro para llamar su atención y pedirle que retrocediera. Cam dirigió las palmas de las manos hacia la estantería y lanzó un golpe de aire. Los libros salieron volando en todas direcciones. Ni siquiera se me había ocurrido hacerlo yo misma. Solo había empleado el elemento aire una vez y había sido sin querer, pero no podía ser muy diferente a usar el agua.

Raven se precipitó de nuevo sobre la estantería y tanteó de forma frenética el fondo. Se escucharon una serie de chasquidos y el mueble se deslizó ligeramente hacia delante. Cam y yo nos estábamos acercando para ayudar a Raven a apartarlo del todo cuando un golpe de poder lo empujó desde el otro lado con tanta violencia que nos lanzó a los tres por los aires.

Mi cadera fue a dar contra la pata de una mesa y sentí que algo me arañaba la mejilla. El golpe me dejó tan desorientada que durante un momento no fui capaz de moverme ni comprender qué demonios había sucedido. Mascullé «maldición» mientras intentaba sentarme. Los libros se mezclaban ahora en el suelo con un montón de trozos y astillas de madera. La falsa estantería había desaparecido y por el hueco que había dejado se colaba ahora una cascada de oscuridad.

—¿Qué mierd…? —La protesta de Cam murió en sus labios cuando miró hacia el agujero en la pared.

Al menos él parecía estar bien, salvo por algunos rasguños en la cara y los brazos. Busqué a Raven con la mirada. El pánico me arañó el estómago cuando lo descubrí tirado boca abajo. Ignoré mi dolorida cadera y me obligué a arrastrarme hasta él. Gracias a Dios, empezó a moverse enseguida. Abrió los ojos cuando ya casi había llegado a su lado.

—¿Estás bien?

—No estoy seguro.

Hizo una mueca de dolor al rodar para ponerse boca arriba. Joder, tenía un trozo de madera incrustado en el hombro.

—Sácalo —me dijo, pero luego debió pensárselo mejor, porque él mismo le dio un tirón y se lo arrancó de la carne.

Presioné con la mano de inmediato para evitar que perdiera más sangre y empecé a recitar un hechizo de curación. Imbuí también una pequeña dosis de mi luz en la zona; Rav, como familiar que era, no podía morir por una causa física, pero eso no implicaba que no sufriera y que yo no sintiera verdadero terror al verlo herido.

Cam llegó hasta nosotros y aferró su barbilla para que lo mirase.

—Por Dios, Rav. ¿Es que no podías esperar un momento? —le recriminó Cam. Luego, se inclinó sobre él y le dio un beso en la sien como si quisiera compensar la brusquedad con la que le había hablado—. Al menos quédate quieto mientras Danielle te cura.

—Esa es la niebla de Alex —dijo Rav, aunque obedeció y permaneció inmóvil.

Miré por encima de mi hombro. Eso era exactamente lo que había pensado al verla brotando del pasadizo. Era muy similar a la que había emanado de Alexander en el auditorio y la que había reventado el portón de la academia Bradbury, solo que esta parecía incluso más espesa. Avanzaba por el suelo como una marea lenta y sinuosa, y el hueco en la pared no era más que un agujero negro que se tragaba la escasa luz de la estancia.

Cam siguió el rumbo de mi mirada.

—Deberíamos retroceder.

Retiré mis manos del hombro de Raven y suspiré aliviada al descubrir que no quedaba más que un borde rosado donde la carne se había unido de nuevo. Cam lo ayudó a sentarse.

—No creo que la niebla nos haga daño. —Me llevé los dedos a la mejilla y solté un siseo de dolor. Cam me apartó la mano y colocó la suya contra mi piel. El cosquilleo posterior me indicó que me estaba curando—. Gracias.

—Nos lo hará si sigue volando cosas a su paso.

En eso llevaba razón, pero la cuestión era que si aquella niebla estaba ascendiendo desde el sótano tenía que deberse a que Alex estaba ahí abajo y algo muy malo estaba ocurriendo.

—Quedaos aquí. Bajaré yo.

—Ni de broma vas a ir tú sola —dijo Cam—. Vamos los tres o

ninguno. Oh, mierda, ¿eso es normal?

La niebla estaba enroscándose y ascendiendo por el aire en distintos puntos, para luego escindirse en jirones y empezar a tomar forma. Al principio solo eran pequeñas nubes oscuras, pero luego se estiraron, les brotaron patas y alas y les salió un pico. Cuervos; se trataba de un montón de cuervos. Los animales aletearon y algunos fueron a encaramarse en la parte alta de las estanterías, mientras que otros se posaron en las mesas o en los respaldos de las sillas.

—Si vamos a bajar, deberíamos hacerlo ya, antes de que les dé por atacarnos —murmuró Cam.

Asentí para mostrar mi acuerdo, y él le tendió la mano a Raven y lo ayudó a ponerse en pie. Nos movimos los tres muy despacio a pesar de que en realidad no teníamos ni idea de si aquellas criaturas se asustarían o podían siquiera llegar a hacernos daño. Nunca había visto nada igual.

—¿Qué crees que está pasando ahí abajo? —le pregunté a Rav.

—No lo sé. No sé nada de esto.

Hasta donde mi vista podía alcanzar, todo el suelo de la biblioteca estaba ahora cubierto de niebla y al menos dos docenas de cuervos nos observaban —si es que contaban con esa capacidad— desde sus puestos de vigía improvisados.

Encaramos el hueco de la pared sin que los animales atacasen. Tiré un poco más de mi magia para iluminar el camino, aunque al final tuve que optar por lanzar una esfera brillante sobre nuestras cabezas. No quería malgastar mi poder, pero las sombras eran tan densas allí dentro que, o bien conseguíamos algo más de luz, o nos partiríamos la crisma bajando por la escalera. Si toda aquella oscuridad procedía de Alexander, tenía que haberse transformado por completo, y eso quería decir que, o bien había perdido el control, o estaba enfrentándose a alguien muy poderoso, Elijah tal vez.

No pude decidir cuál de las dos opciones resultaba más aterradora.

Descendimos uno detrás de otro, girando y girando. Rav situó una de sus manos sobre mi hombro y Cam hizo lo mismo con él. Los muros de piedra y la acentuada estrechez de la escalera resultaban claustrofóbicos, y tener que ir tanteando casi a ciegas en la oscuridad no mejoraba la sensación. Cuando parecía que nunca

acabaríamos de bajar, alcanzamos un descansillo que se abría a un corredor. Por suerte, la niebla estaba empezando a retroceder y apenas se alzaba un palmo del suelo.

—Sigue por el pasillo —murmuró Rav.

El eco de su voz hizo eco a lo largo de las paredes y, un instante después, un gruñido bajo reverberó en respuesta. Los tres nos quedamos paralizados. Había alguien o algo más allí abajo con nosotros. Cam se llevó las manos a la espalda y sacó un par de dagas gemelas de la cinturilla del pantalón, mientras que yo empujé más de mi poder hasta mis manos. Sin embargo, las sombras del pasillo no se movieron ni nos salieron al paso.

Decidí continuar avanzando. La luz se fue extendiendo conforme me movía, iluminando algunas puertas a los lados, todas cerradas. Durante un momento pensé que nos habíamos imaginado el sonido. Estaba a punto de acelerar el paso cuando mi poder se derramó sobre un muro de sombra al fondo del pasillo. Uno de mis dos acompañantes tomó aire de forma brusca y supe que también acababa de verlo.

Había un demonio frente a nosotros, y no uno de los bajitos y rechonchos que habían atacado Abbot en primer lugar, ni tampoco uno de los larguiruchos que brotaban del suelo. Era una mole de dos metros, de piel cenicienta y un tajo enorme en la cara por boca; sin pelo, pero con unos cuernos cortos muy parecidos a los de Alexander. Sus ojos eran dos pozos de pura oscuridad, y los brazos le colgaban a los lados rematados en garras cortas pero muy afiladas.

—Jo… der —dijo Cam, entonando cada sílaba como una palabra en sí misma.

El demonio torció la cabeza a un lado y a otro, como si estuviera planteándose qué hacer con nosotros. No iba a esperar a que tomara una decisión al respecto. Invoqué la última imagen que tenía de Alex, tirado en el suelo, sufriendo, y dejé fluir la ira hacia mis manos hasta que se materializó en forma de cuchillos arrojadizos. Había estado practicando con ellos durante algunos de los entrenamientos. Aunque mi puntería no estaba tan afinada como hubiera deseado, resultaría complicado no atinar a aquel ser monstruoso.

Se los lancé antes de que pudiera reaccionar a la amenaza y

ambos encontraron su objetivo, uno en el pecho y otro en el hombro. El ser se tambaleó hacia atrás, gruñendo, aunque tal y como esperaba eso no consiguió hacerlo desaparecer. Se rehízo casi de inmediato y soltó un rugido que bien podría haber sido una carcajada.

Bien, nada de cuchillitos entonces.

Un chasquido en el aire me hizo saber que Raven acababa de transformarse. No tenía ninguna intención de permitirle que se lanzara sobre aquella cosa, menos aún cuando el pasillo era tan estrecho que apenas si le permitiría escabullirse para evitar que arremetiera contra él.

Fui yo la que eché a correr por el pasillo a pesar de los ladridos de advertencia de Raven. Juro que aquella cosa sonrió mientras me precipitaba sobre él. Pero antes de llegar hasta donde se encontraba, yo ya había invocado una gruesa espada de luz. Doblé las rodillas y me deslicé sobre la piedra, empuñando el arma con ambas manos, y se la clavé en el estómago con todas mis fuerzas.

Un segundo después estaba bañada en sangre de demonio.

—Nunca me acostumbraré a esta mierda.

—Jo… der —repitió Cam.

Cuando lo miré, lo encontré paralizado, sosteniendo las dagas frente a sí mismo. Raven, a su lado, estaba completamente erizado. Vino corriendo hasta mí y soltó dos ladridos que sonaron a reproche, pero enseguida giró hacia la puerta que el demonio había estado custodiando. Estaba abierta. Contuve el aliento mientras me incorporaba y corrí para asomarme al interior. Aquella parecía ser la celda en la que había visto a Alex durante mi viaje astral, solo que él ya no estaba allí.

Todas las celdas estaban vacías. Mientras las revisamos, la niebla se fue disolviendo poco a poco, lo cual fue una prueba más de que Alex había ocupado una de ellas hasta no hacía mucho. Fue allí donde nos encontraron los demás. Wood continuaba pálido y su expresión era grave, pero por lo demás parecía estar bien.

—Creo que Alex ha perdido el control por completo —dijo, con la mano aún contra el pecho, como si todavía le doliese.

No repliqué. Cam fue el encargado de explicar a los demás por qué en la biblioteca parecía haber estallado una bomba. Sabiendo que no podían haberse llevado a Alex por donde habíamos venido,

Raven nos guio a través de otra escalera aún más interminable que la anterior. Subimos a la primera planta y salimos a una estancia repleta de muebles cubiertos con sábanas; por el polvo que acumulaban, debían llevar un siglo o dos así.

Eché un vistazo alrededor mientras, uno a uno, mis amigos atravesaban el panel móvil de la pared. Raven, de nuevo en su forma humana, se acercó hasta la ventana. Maldijo con tanta brusquedad que no dudé en acudir junto a él. Durante unos pocos segundos no comprendí lo que estaba viendo y, cuando por fin lo hice, deseé de todo corazón no haber contemplado algo como aquello jamás.

—Mierda —murmuró Jameson, horrorizado.

Alguien contuvo una arcada y sonaron otras cuantas maldiciones.

—Los ha masacrado a todos —dijo Wood.

Tal y como Dith me había contado, allí abajo, en mitad de la explanada en la que una vez se habían realizado los rituales de despedida de las alumnas asesinadas, había ahora un árbol solitario, uno que yo ya había visto antes en el bosque, solo que su tamaño era al menos el doble de grande y sus ramas lucían cargadas de hojas de color escarlata. A su alrededor, repartidos sobre la tierra empapada de sangre, yacían varias decenas de cadáveres. La imagen era demencial.

—No, no todos —repuse, aunque me costó pronunciar las palabras—. Dickinson cuenta con varios cientos de habitantes. O bien huyeron antes de que Elijah los capturase, o tiene que haber gente viva aún aquí. —Esa certeza me arrancó del horrible trance en el que me había sumido y aparté la vista de la ventana—. Tenemos que bajar y encontrarlos, y descubrir dónde se han metido los demás. Ya deberían estar ahí detrás.

# 42

La oscuridad ya había llegado. Estaba en Ravenswood; se respiraba en cada rincón de la mansión y los alrededores, y el mundo había empezado a inclinarse bajo ella. Si Alexander aún no había abierto una puerta del infierno en ese lugar, no quería ni pensar en lo que sucedería si eso llegaba a ocurrir.

«Tenemos que encontrar a Alex cuanto antes y realizar el ritual», me dije, mientras volábamos escaleras abajo.

Al principio ni siquiera me percaté de que había alguien más en el vestíbulo. Fue Raven quien comenzó a gruñir una vez que alcanzamos la parte baja de la escalera. Cuatro figuras se hallaban a varios metros de nosotros, más allá del débil halo de luz de los apliques, pero supe que uno de ellos era Alexander en cuanto los descubrí allí, a pesar de que no podía distinguir su rostro con claridad. Estando tan cerca no había forma alguna de que confundiera la huella de su magia con ninguna otra, no cuando arrasó el espacio entre nosotros en cuanto puse mis ojos sobre él.

Sonaba y se sentía como Alex. Se derramaba en oleadas que brotaban desde su mismo pecho más oscuras, terribles y hermosas que nunca. O al menos así fue para mí. Todo parecía encajar en él ahora; la fuerza de su poder, el latido de su melodía, incluso el cálido reflejo púrpura de las llamas que envolvía sus hombros. Aquel era Luke Alexander Ravenswood, pero a la vez no lo era.

—Alex —lo llamé, y la voz me salió baja y titubeante. La inquietud agitó mi estómago y me provocó náuseas.

—Apártate de él —exigió Wood casi al mismo tiempo.

Al principio creí que me hablaba a mí. Solo cuando desvié la vista y vi que otra de las figuras se había adelantado, me di cuenta de que era a Tobbias Ravenswood a quien se estaba dirigiendo. Sus ojos eran del mismo tono azul que el de los gemelos, algo propio de los Ravenswood, supuse. De no ser por la heterocromía de

Alexander, tal vez hubiera visto algo de él en su mirada. Pero el color hubiera sido lo único en común, porque los de Tobbias desprendían crueldad y desprecio. Además, su boca formaba una línea arrogante, a juego con el resto de su expresión. Jamás, ni siquiera cuando nos habíamos conocido, Alexander me había mirado con tanta soberbia y desprecio.

Aquel era el hombre que durante años había menospreciado a su propio hijo, que lo había descartado de su vida porque lo creía un monstruo; el mismo hombre que había asesinado a Dith, aunque hubiese intentado matarme a mí en realidad.

—Voy a acabar contigo —escuché decir a Wood. A pesar de estar en su forma humana, la amenaza fue un gruñido más propio del lobo que había en él—. Te mataré y disfrutaré cada segundo de ello.

Tobbias ignoró por completo a Wood y al resto de mis amigos. Estaba centrado en mí. Las otras dos personas avanzaron, colocándose a su espalda. Había llegado a pensar que serían Ibis, pero se trataba de demonios.

—¿De verdad creías que podías engatusarlo y se quedaría contigo? —espetó, con el odio goteando de sus labios de una forma palpable.

Esperé alguna clase de intervención por parte de Alex, pero este se mantuvo inmóvil y en silencio. Nunca lo había temido cuando se transformaba, quizás porque en el fondo siempre había sido consciente de que él seguía ahí, no importaba su cambio físico o cómo sonase su voz. Tampoco me dio miedo en ese momento; sin embargo, había un vacío en su expresión que me hizo temer por él. Había visto a Alex incapacitado durante mi «visita», pero ya no era así; tampoco parecía estar sufriendo. Pero aunque su poder fuese correcto y su magia hubiese recuperado la armonía, había algo terriblemente equivocado en él. Algo que no *era* él.

El sonido de una espada abandonando su funda resonó a lo largo de toda la estancia, y comprendí que al menos Sebastian no estaba tomándose a la ligera la situación. Si era tan obvio para el Ibis como para mí que Alex no era exactamente él mismo, eso no lo sabía.

—¿Qué le has hecho? —pregunté, y tuve que luchar contra el impulso de ir hasta donde se encontraba Alexander para tratar de

sacarlo de ese extraño estupor.

Dolía verlo así.

—No he hecho nada. Las Good siempre habéis codiciado mi linaje, no sois más que arpías ansiando un poder que no os pertenece, y ahora Luke también lo sabe.

Claro. No me lo creía en absoluto.

—Tengo más poder del que nunca he deseado, no tengo por qué codiciar nada. Y solo para que lo sepas, Alex está muy por encima de tu linaje. Es más de lo que tú conseguirás ser jamás, pero no tiene nada que ver con ninguna marca o magia que pueda poseer, y menos aún con su apellido.

Mis palabras tan solo consiguieron reforzar la mueca despectiva en sus labios.

—No deberías haberte acercado siquiera a él. Pero eso ya no importa, no hay forma de pararlo, y contribuiréis a la causa con vuestra sangre.

Echó un vistazo por encima de su hombro hacia donde se encontraba Alexander y con un golpe de barbilla dijo:

—Vamos, ve.

No hubo respuesta por su parte, pero de inmediato giró sobre sí mismo y se marchó por el pasillo que llevaba a la parte trasera de la mansión, aquel que yo había recorrido una vez con Maggie después de mi llegada a la academia. Su lugar lo ocuparon las otras figuras, lo cual reveló su naturaleza: demonios. Llamé a Alex a gritos, pero no sirvió de nada. Apostaba a que se disponía a encontrarse con Elijah ahí fuera.

Otros dos demonios salieron de entre las sombras y se unieron a los ya presentes mientras Tobbias nos dedicaba una más de sus sonrisas crueles y retrocedía, dejándolos al frente. Estaba claro que la charla se había terminado.

Durante un instante nadie se movió o dijo una palabra. El sonido de nuestras respiraciones agitadas se apoderó de la estancia. El pulso me palpitaba en las sienes y mi magia, afectada por la presencia de aquellas criaturas y el rastro de oscuridad que había dejado Alex tras su marcha, luchaba por atravesar huesos, carne y piel para salir a la superficie.

No supe bien quién hizo el primer movimiento, quién se abalanzó sobre quién, solo que en un segundo formábamos dos

grupos enfrentados y al siguiente nos hallábamos sumidos en una nueva batalla. Acero y magia y dientes y garras. Mal y bien. Luz y oscuridad.

Los demonios se desplegaron a nuestro alrededor y ya no hubo necesidad de retener por más tiempo mi poder, aunque tomé la precaución de focalizarlo solo en uno de ellos cada vez para evitar dañar a mis amigos. Invoqué dagas, pinchos o látigos de luz, a veces tan solo esferas de pura energía que lanzaba a través del aire y que destellaban en la atmósfera sombría de la sala antes de encontrar su objetivo.

Raven gruñó mientras asaltaba a un demonio y le clavaba los enormes colmillos en el estómago; Dith empuñaba cuchillos que lanzó con mucha mejor puntería de lo que lo habría hecho yo nunca; Cam empleaba su elemento para desestabilizar a los demonios y darles a los demás la oportunidad de herirlos. Wood luchó en su forma humana, también armado, al igual que Sebastian, aunque los labios de este último se movían incansables conforme empleaba cualquiera que fuesen los hechizos ofensivos que su formación le había proporcionado. A pocos metros de él, Jameson había lanzado a su familiar atrás, lejos de la pelea.

Una oleada de calor se abatió sobre todos, amigos y enemigos por igual, y me di cuenta de que el fuego provenía de Tobbias. Al parecer, no le importaba demasiado que alcanzase a los demonios y tampoco acabar prendiéndole fuego a su maldito legado. Tiré a Cam de un empujón al suelo y yo misma me agaché para evitar las llamas. Wood en cambio, pasó de pelear sobre dos piernas a correr a cuatro patas en un movimiento tan fluido como nunca antes lo había visto. Se lanzó en dirección a Tobbias aún con mayor rapidez. Cuando el hombre quiso darse cuenta, el lobo blanco estaba ya saltando sobre él con los temibles caninos expuestos.

El brutal crujido de su cuello al romperse llegó un momento después a mis oídos. Tobbias Ravenswood estaba muerto, y no pude encontrar ni un ápice de compasión en mí sin importar en qué clase de persona me convirtiese eso. Si acaso, había merecido una muerte más lenta y dolorosa que la que Wood le había dispensado.

Pero la caída de Tobbias no detuvo a los demonios. A pesar de nuestra superioridad numérica, aquellos bastardos se resistían a desaparecer, y me pareció que tardábamos una eternidad en

deshacernos de ellos. Demasiado tiempo. Alexander ya podría estar en las garras de Elijah, y solo Dios sabía lo que lo obligaría a hacer.

Enrosqué mi poder en torno al cuello del último demonio en pie y Sebastian se valió de su espada para cortarle la cabeza de un golpe limpio y brutal. Un suspiro tembloroso escapó de mis labios. Aquello no había terminado, ni mucho menos, solo acababa de empezar. Y había una probabilidad muy alta de que el control que ahora tenía Elijah sobre Alexander empujara a este a terminar lo que había empezado sin querer la Noche de Difuntos.

El suelo tembló bajo nuestros pies, sumergidos ahora en charcos de sangre oscura y pegajosa. Raven dejó escapar un aullido lastimero que me erizó la piel de todo el cuerpo. Ni siquiera tuvimos que ponernos de acuerdo. Enfilamos el pasillo por el que se había marchado Alexander y corrimos hacia la parte trasera de la mansión. La idea de tener que enfrentarme a aquel espacio repleto de cadáveres me provocaba arcadas, pero también sabía que habría que lamentar muchas más perdidas si no deteníamos a Elijah.

Las puertas estaban abiertas de par en par, y la escena que se entreveía más allá de ella era… dantesca: había decenas de cuerpos desperdigados en torno al árbol retorcido y siniestro de Elijah, y la tierra rezumaba sangre. Varios de mis amigos murmuraron maldiciones y Raven aún lloriqueaba; a mí no me salían las palabras. Sin embargo, eso no era todo. Todos los brujos que habían acudido con nosotros a Ravenswood estaban ahora allí también, haciendo frente a otros tantos demonios de todo tipo. Algunos eran poco más que carne y sombras en movimiento, como los que habían atacado Abbot la primera vez, pero en otros muchos casos se trataba sin duda de demonios superiores.

Destellos de magia iluminaban el claro cada vez que un brujo invocaba el fuego y el suelo temblaba a intervalos irregulares. Había enredaderas espinosas que serpenteaban en busca de una víctima. Y sangre, mucha mucha sangre. Hubiera jurado que el árbol de Elijah era incluso de mayor tamaño que cuando lo habíamos visto desde la primera planta; tal vez lo fuera, parecía obvio que toda esa sangre nutría sus raíces y, al mismo tiempo, el poder del nigromante que se hallaba inmóvil bajo él.

Cuando mis ojos tropezaron con Elijah, la ira me hirvió en mitad del pecho. Tenía un aspecto de lo más normal, sin oscuridad que

manchara su piel ni ninguna otra señal de lo que era. Sin embargo, incluso en el batiburrillo que conformaba la magia de todos los brujos presentes, podía sentir el mal que alojaba su cuerpo. Furia, malicia y locura le daban forma a su corazón podrido. Aun así, descubrirlo allí quieto e indiferente fue, con diferencia, lo que amenazó mi propia cordura. ¿Cómo podía alguien contemplar el horror que lo rodeaba y permanecer impasible? ¿Cómo lucir tan sereno rodeado de tanta muerte?

Estuve a punto de salir disparada en su dirección, pero Wood, de nuevo sobre las dos piernas, me agarró del brazo y me detuvo. Los demás ya descendían por la corta escalinata que llevaba más allá del edificio. A la batalla.

—Allí. —Señaló un punto algo por delante del árbol, una zona que ningún fuego o magia iluminaba del todo. Obtuve el atisbo de una cabeza con cuernos; tenía que ser Alexander. Wood me entregó una bolsita de terciopelo y un cuchillo. Luego comenzó a murmurar instrucciones—. Ve por él y tráelo de vuelta, Danielle. Si alguien puede hacerlo, eres tú. Cuando lo consigas, tendréis que haceros un corte en la palma de la mano. Espolvorea un poco del preparado de la bolsa sobre las heridas y el resto en la tierra a vuestro pies. Eso bastará.

Raven volvió sobre sus pasos y trotó a nuestro alrededor, pero no le presté atención.

—Te necesito para que completes el ritual.

—Llegaré a ti, no te preocupes. Tenéis que mantener las manos unidas mientras yo recito el hechizo. —Hizo una pausa y, por algún motivo, yo contuve el aliento—. Es posible que duela, pero no podéis soltaros. Pase lo que pase, ¿lo entiendes, Danielle? Es muy importante que no os soltéis hasta que haya acabado.

Asentí, y él mantuvo su mirada sobre mí; la angustia se reflejaba en las líneas de su rostro. Quise decirle que iba a salir todo bien, porque yo también quería creerlo, pero una llamarada se elevó a pocos metros de nosotros y ambos nos encogimos para apartarnos del aire abrasador. Las palabras murieron en mi garganta y, aunque me pareció que Wood también quería decir algo más, se limitó a brindarme un asentimiento.

Raven se revolvió a nuestros pies, intranquilo. Había llegado la hora de ponerme en marcha. Sin embargo, cuando hice amago de

apartarme de Wood, este volvió a agarrarme.

—Espera. Yo solo… Se cauta. Y cuida de Raven, ¿vale? —dijo, en un tono ronco y bajo que me provocó un nudo en la boca del estómago—. Si me pasase algo…

—No va a pasarte nada —lo corté, pero él negó, tiró de mí y me encontré entre sus brazos. Su boca buscó mi oído.

—Dile a Alex… Dile que ha sido… todo. Dile que lo quiero. Cuídalo y ámalo, se lo merece. Por favor —agregó, por último, en un susurro quebrado que me partió el corazón.

Luego, me soltó de golpe. Mientras yo luchaba por recuperar el equilibrio, clavó una rodilla en el suelo y atrajo la cabeza peluda de Rav hacia su rostro, uniendo sus frentes.

—Te quiero, hermano —susurró, asegurándose de que él pudiera leerle los labios.

Antes de que pudiera preguntar qué diablos sucedía, Wood lo liberó y salió disparado. No miró atrás, solo corrió para alcanzar a Meredith, que, junto con los demás, estaban a punto de llegar hasta la primera línea de demonios.

—Rav, ¿qué…? —empecé a decir, aunque supiese que no podía contestarme.

Tampoco él me dejó terminar. Arqueó la espalda, elevó el hocico hacia el cielo y, a continuación, emitió un sonido mezcla de aullido y lamento que fue completamente desgarrador.

# 43

La zona que una vez había estado repleta de caminos que iban de la mansión a la residencia Wardwell y a las casas unifamiliares —entre la que se encontraba la de Alex y los gemelos— se hallaba ya inundadas de brujos y demonios luchando cuando me puse en marcha. Las cosas no hicieron más que empeorar desde ese momento. Si Elijah me detectó o no intentando atravesar el terreno para alcanzar la posición de Alex, no estaba segura, pero los demonios parecieron multiplicarse en cada sombra y sus ataques se recrudecieron.

La cantidad de poder que flotaba en el ambiente era tal que no tuve que hacer nada para reclamar el mío. Me hubiera gustado permanecer cerca de mis amigos y poder asegurarme de que ninguno salía herido; sin embargo, tenía que confiar en que se mantendrían a salvo los unos a los otros mientras yo me concentraba en llegar hasta Alexander.

Al menos sabía perfectamente dónde estaba. La niebla que emanaba de él era perfectamente visible a pesar de la distancia que nos separaba y hubiera jurado que muchos de los temblores que azotaban el suelo provenían de él. Tomé una bocanada de aire tratando de infundirme valor, y luego comencé a avanzar con Raven a mi lado.

Los demonios no tardaron en captar mi presencia y fue bastante obvio que mi poder ejercía sobre ellos la misma atracción que había tenido sobre Alexander. Incluso los que estaban de espaldas se giraban hacia mí conforme me acercaba. Me hundí en la batalla como ya habían hecho el resto de mis amigos. La magia brotó de mis manos casi sin pausa, enroscándose en torno a brazos, piernas, cuellos o cintura. Clavándose en la carne. Hiriendo y desgarrando.

Rav, por su parte, tampoco titubeó. El feroz lobo negro que apenas si había salido a relucir en un par de ocasiones desde que lo

conocía se apoderó de él, y no quedó dulzura ni bondad en sus ojos, ahora fríos y salvajes. Nos sincronizamos en una danza mortal de dientes y magia que nos permitió abrirnos camino entre la brutal pelea que nos rodeaba. Destrozamos a cualquier demonio que se nos acercó; cuchillada tras cuchillada, mordisco tras mordisco. Bailamos con la muerte y con el mal. Con la oscuridad. Sobre una tierra impregnada con la sangre de brujos, humanos y demonios por igual. Y me pregunté si, como en Salem, lo sucedido esa noche trascendería nuestro propio mundo y acabaría en los libros de historia. ¿Qué se diría de esa matanza? ¿Cómo justificaríamos ante los humanos tantas y tantas muertes? No había manera alguna de que pudiésemos esconderlo.

Pateé a una criatura que se deslizaba sobre la tierra como una serpiente, buscando una presa desprevenida en torno a la cual enroscarse. A continuación, cercené su cabeza con mi espada. La luz chisporroteó al hundirse en su carne, pero la cortó con suavidad, como si no fuese más que mantequilla. Agradecí el respiro. Por desgracia, este tipo de demonios inferiores eran los menos numerosos, y mi magia no duraría eternamente.

Levanté la vista y busqué de nuevo a Alexander, ya mucho más cerca. Las sombras se arremolinaban a su alrededor, densas y oleosas, en una marea extraña pero rítmica, mientras él invocaba más y más de esa oscuridad. Sin embargo, no estaba peleando, lo cual me hizo pensar que Elijah no lo había llevado hasta ese punto para luchar contra nosotros. No, su labor era otra: abrir una de las puertas del infierno.

## Alexander

No había luz, ni olores, ni música. Algo en mí echaba de menos esto último. Una melodía. Una canción. Pero en ese momento todo lo que podía ver, oír y sentir era oscuridad. Sombras que se desprendían de mi piel y mi interior, como si no pudiera ya contenerlas y se desbordaran de mi alma.

Un parpadeo.

Las sombras se abrieron. Y por fin vi… ese lugar. Ya había estado allí. Conocía esa tierra reseca, el cielo sombrío y las criaturas que lo poblaban. Me estaban esperando desde hacía mucho tiempo.

«Abre la puerta, Luke. Haz lo que estás destinado a hacer». Las palabras retumbaron en un eco doloroso. Empujando y empujando. Exigiendo. Obligando.

«La puerta. La puerta. La puerta».

No había nada allí. Solo yo y esa oscuridad repleta de cosas ansiosas y espeluznantes. Mi cuerpo vibró mientras la oscuridad seguía brotando de él.

«Abre la puerta».

Titubeé un segundo, aunque no comprendí ese asomo de duda. Qué lo provocaba. Quién lo provocaba.

El dolor se aferró a mi conciencia, las sombras susurraron y todo mi poder rugió, fluyendo directo hacia ese punto vacío de mi pecho. Hacia la marca. Hacia el destino. Haciéndome comprender por fin que no había una puerta para abrir.

Yo era la propia puerta.

Mis labios se curvaron. Expuse las palmas de mis manos y llamé de vuelta a mi oscuridad.

## Danielle

Cuando conseguí llegar hasta donde se encontraba Alexander me faltaba el aliento, estaba bañada en sangre de demonio y tenía cortes y arañazos en prácticamente todo el cuerpo. Si Raven también estaba herido, su pelaje ocultaba cualquier rastro de sangre y él aguantaba sin dar muestras de ello. Le dedicó una mirada fugaz al que durante años había sido su protegido y, acto seguido, me miró a mí. «Tu turno», parecía querer decirme. Luego comenzó a moverse en círculos por la zona, gruñendo y lanzándose contra cualquier criatura que se atreviera a acercarse.

Me concentré en Alex y me di cuenta de que tenía los ojos cerrados y estaba completamente inmóvil. Mi mirada tropezó entonces con una especie de pulsera roja envuelta en su muñeca derecha. Él no llevaba pulseras de ningún tipo, así que tenía que ser algo que… Mierda, los brujos del auditorio, era el mismo tipo de cordel. Elijah, o Tobbias a instancias de este, había hechizado a Alex para suprimir su voluntad.

Mientras lo observaba y trataba de decidir cómo abordarlo, se movió por fin. Elevó los brazos y reveló las palmas, y me dio la

sensación de que las comisuras de su boca se arquearon ligeramente. Abrió los ojos un instante después, y fue entonces cuando se desató el infierno. Las sombras estallaron por todas partes y el aire se tornó abrasador, tanto que me costaba respirar. Mi poder reaccionó a su oscuridad alzándose para contrarrestarlo.

«Se acabó. Lo está haciendo. Está abriendo la puerta».

Apagué mi pánico antes de que me paralizara y salí a su encuentro. Derramé mi poder como ya lo había hecho una vez en Nueva York para tejer con él una burbuja alrededor de nosotros. Solo nosotros dos. Resultó más fácil que entonces y mucho más rápido; ni siquiera Raven, que continuaba vigilante y muy cerca, pudo hacer nada para detenerme.

Necesitaba traer de vuelta a Alexander, pero, aunque conocía el método que habían empleado los gemelos durante años para ello, yo no iba a provocarle dolor. Cuando se trataba de Alexander, yo ya hacía mucho tiempo que había tomado mi decisión. Estuviera el destino o el equilibrio de por medio, no me enfrentaría a él. No lo atacaría, y sabía que él, en realidad, tampoco quería atacarme a mí. No me importaba para qué hubiese sido concebida ni mi ira ni su marca.

El mundo entero brillaba ahora en torno a nosotros, envueltos como estábamos en el apretado entramado de haces de luz que formaba mi magia, mientras sus sombras se elevaban y la tanteaban; cada vez que se rozaban, una lluvia de chispas saltaba en todas direcciones.

Alex se hallaba a tan solo un par de metros de mí, erguido y temible, con los ojos llenos de oscuridad y huecos a la vez. Entreabrió los labios y me mostró los dientes puntiagudos. Parte de las sombras fueron a reunirse sobre su piel, como si tratasen de envolverlo en un capullo protector que lo aislase de mi poder. Solo que yo no pretendía hacerle daño.

Elevé las manos resplandecientes entre nosotros; no apuntándolo, sino en un gesto tranquilizador.

—Alex, soy yo, Danielle. —Un látigo oscuro salió disparado de su mano derecha. Me agaché de golpe y lo evité por muy poco—. Eso ha estado muy feo, ¿sabes? Y cuando vuelvas a ser tú mismo vas a arrepentirte mucho de haberlo hecho.

No contestó, pero ladeó la cabeza y se quedó mirándome. Ese

gesto sí era suyo, lo reconocía. Incluso si sus ojos estaban vacíos y sus rasgos lucían afilados y terribles, como los de un dios oscuro implacable que admirase a los mortales desde algún lugar en los cielos. Ya no peleaba contra dicho poder, no lo estaba conteniendo, y supe que aquel era el instante en el que Alexander debía tomar su propia decisión. Era ahora cuando tenía que dar respuesta a la pregunta que le había hecho Laila sobre quién quería ser. Abrazar su oscuridad y dominarla o perderse en ella por completo.

—Alex, sigues siendo tú. Siempre serás tú —dije, con voz firme y clara.

Más oscuridad cayó de sus manos, de su mismo pecho, hasta formar una nube alrededor de sus piernas. La niebla oscura serpenteaba hacia mí, cada vez más cerca, deslizándose en forma de zarcillos cargados de espinas. En esta ocasión estaba segura de que no resultaría inocua, pero no retrocedí. Todo mi cuerpo temblaba, rebosante también de poder; las alas se agitaban a mi espalda y brillaban en respuesta a la provocación de su oscuridad.

Otro estallido de sombras me obligó a apartarme a un lado. Alex siseó cuando conseguí esquivarlo, furioso, y también se movió. Comenzamos a dar vueltas uno en torno al otro, observándonos. Sabía que tenía que llegar a él de algún modo. Hasta el brujo gruñón y serio, hasta el chico de la terraza de Nueva York, hasta el hombre que me había acunado entre sus brazos y me había hecho el amor y hasta el demonio en el que se había convertido. Todos eran él; Alexander solo tenía que comprenderlo y entender a su vez que ninguno de ellos me haría daño. Que no le haría daño a nadie.

Giramos y giramos y giramos. Esquivé sus sombras, cada vez más osadas y certeras, hasta que uno de sus latigazos me rozó en un descuido. El breve contacto me arrancó un grito de dolor y succionó una fracción de mi poder. Me tambaleé hacia atrás al contemplar la mancha negra que dejó sobre mi piel. A pesar del temor que Alexander había albergado desde un primer momento, jamás su oscuridad me había herido de esa forma.

—Alex, no quieres hacer esto. Nunca has querido hacer esto. Tienes el control, y no eres un monstruo.

Si era capaz de escucharme o no, no reaccionó en absoluto. Solo me miraba y me miraba, con los dientes expuestos y una ausencia total de emociones que ponía los pelos de punta. Como si ninguna

de las versiones de él que hubiese conocido hasta entonces estuviese allí siquiera. Pero estaban, yo sabía que estaban.

Mi poder no solo explotaba cosas. Yo podía sanar, ya lo había demostrado; de la misma forma que Alex podía elegir quién era, yo también podía. Todos podíamos decidir qué hacer con los dones que se nos habían otorgado, y eso era lo que de verdad marcaba la diferencia, no tu linaje o el bando en el que hubieras nacido. Así que, cuando me vi obligada a lanzar mi poder sobre él, no convoqué ninguna clase de ira o miedo para atacar, sino hilos luminosos repletos de cariño, lealtad y amor. De comprensión. De aceptación. Los envié hacia sus brazos cargados de oscuridad en un movimiento rápido y tan preciso que no consiguió evadirlo.

—Te quiero —murmuré, mientras se le enrollaban en torno a las muñecas y ascendían por sus antebrazos.

No se dobló de dolor ni trató de quitárselos de encima, pero su rostro se transformó en una máscara de furia helada. La Danielle que había huido de Abbot meses atrás se hubiera cagado encima al contemplar la violencia que prometía su expresión, pero había pasado por mucho desde entonces y pelear por Alex, por mi propia y verdadera familia… Eso no me daba ningún miedo.

Había esperado el tirón que me acercaría a él. Aun así, cuando forcejeó con los hilos que lo ataban a mí y me arrastró hacia delante, no pude evitar avanzar a trompicones. Sus labios de curvaron con crueldad, satisfecho por el giro de los acontecimientos, y yo traté de no sucumbir al pánico. Eso era lo que quería.

Tiró y tiró, y yo caminé hacia él. Su niebla oscura me rodeó, la piel me ardía, los ojos me picaban; cuando las sombras se me colaron garganta abajo, empecé a toser también. Manchas oscuras brotaron allí donde ninguna tela me protegía, y mi poder fluía hacia la superficie atraído por la llamada ineludible del suyo.

Dolía, pero no pensaba rendirme; jamás me rendiría con Alex. Simplemente, aguanté. Dejé que me llevara hacia él mientras la burbuja que nos rodeaba parpadeaba y perdía intensidad. Escuché gritos más allá de ella, los aullidos desesperados de Raven, pero los bloqueé junto con el dolor. Mi magia menguaba de forma constante, absorbida poco a poco a través de cada toque de sus sombras; sin embargo, aún estaba lejos de agotarse. Quizás porque yo no la

estaba empleando para dañar, quizás porque él, pese a todo, no parecía tener prisa alguna por acabar conmigo.

No aparté en ningún momento la vista de Alexander. No importaba lo temible que luciese, seguía siendo él. Y cuando por fin quedamos uno frente al otro, me dije que había llegado el momento de recordárselo.

—Alexander. Alex —susurré, ahogada en su oscuridad. Un último tirón aplastó mi pecho contra el suyo y cientos de chispas saltaron a nuestro alrededor. Elevé las manos y aferré su rostro con fuerza, obligándolo a mirarme—. Eres tú, te veo y sigues siendo tú. Puedes controlarlo, sé que puedes. Confío en ti y… —tosí con la garganta en carne viva, pero no me detuve— no te tengo miedo.

La luz de mis manos le iluminó las mejillas, aunque él no retrocedió ni dio muestras de notarlo siquiera. Sus sombras se agitaron, formaron ondas sobre mi piel. Hundí los dedos en su rostro a pesar de que mi poder fluía cada vez más rápido hacia él. No me apartaría, no huiría de Alexander. No le temería. Nunca.

—Te veo —repetí, una y otra y otra vez—. Te veo, te veo, te veo… Ahora y siempre. Te amo, Alexander. Vuelve conmigo, por favor.

El aire quemaba y juro que escuché siseos, cosas que murmuraban; sentí también los ojos de miles de seres sobre mí, acechando, esperando. Listos para saltar y atacarnos a todos. De algún modo, la puerta se estaba abriendo. La barrera de luz que nos rodeaba parpadeó una última vez y cayó. Mis rodillas flaquearon al mismo tiempo, mi voz se rompió y apenas podía sostener ya los brazos en alto. Mis dedos resbalaron por su piel, dura y gris, helada. Otra lluvia de chispas iluminó nuestros rostros; sus ojos oscuros se contagiaron de ella y decenas de puntitos luminosos destellaron en su mirada.

Tomé aire y forcé a mi cuerpo a mantenerse erguido. Más decidida que nunca, afiancé las manos sobre sus hombros a pesar de las llamas que brotaban de ellos, me puse de puntillas y… alcancé su boca a duras penas. El beso fue apenas un roce débil, casi inexistente.

—Te veo —susurré una vez más—. Te veo y nunca me has dado miedo, ni siquiera ahora.

Los dedos de Alexander se hundieron en mi pelo y tiró de él,

exponiendo mi garganta. Su boca a escasos centímetros de la mía, abierta en una mueca feroz y repleta de dientes. Me ahogaba en su oscuridad, me estaba tragando y, a la vez, se hundía en mí. Devorándome. Y entonces el espacio entre nosotros desapareció. Sus labios atacaron mientras sus dedos aferraban aún con más fuerza varios mechones de mi melena. Jadeé ante la brusquedad de su embestida, pero el sonido acabó perdido en el fondo de su garganta. Mi magia se alzó en una nueva oleada, no con una intención violenta, me di cuenta, sino como dijese: «Estoy aquí, siempre estuve aquí, no necesitas obligarme, yo me entrego. Me entrego a ti».

—Siempre —alcancé a murmurar con un hilo de voz.

Eso no lo detuvo. El beso se alargó, y fue crudo. Hambriento. Más salvaje que ningún otro que nos hubiésemos dado. Su lengua no tanteó, sino que exigió paso y se hundió en mi boca. Conquistó a placer. Aquel… aquel había sido un juego entre nosotros al principio; esa batalla de voluntades de nuestros primeros toques, y supuse que, aunque nunca me rendiría con él, podía rendirme a él. Así que no opuse resistencia frente a la avidez de su asalto ni traté de apartarlo. Le clavé las uñas en los hombros y lo mantuve cerca. Más cerca, tanto que los hilos deslumbrantes de mi poder atravesaron sus sombras y se enredaron en ellas.

Sus dientes me arañaron el labio inferior y el sabor metálico de la sangre inundó mi boca. Juraría que Alexander se estremeció, aunque su agarre se mantuvo férreo e inquebrantable. Pero entonces… un titubeo. Leve, muy leve. Los golpes de su lengua se suavizaron, un instante más tarde se detuvieron por completo. Los dedos enredados en mi pelo se estiraron y pasaron a acunar mi nuca. Un gemido suave abandonó sus labios, y esta vez fui yo quien lo recibió en el interior de la boca. Y luego su cabeza se inclinó y sus labios volvieron a rozar los míos ya sin ningún frenesí. Su cuerpo presionó y por fin… la corriente de magia que se había establecido entre nosotros cesó.

—Danielle —balbuceó, y supe que estaba allí. De verdad estaba allí conmigo. Alexander. Alex. Todo él.

Volví a rozar nuestras bocas, aunque eso provocase una nueva lluvia de destellos. La burbuja a nuestro alrededor ya había desaparecido, pero mis alas se hallaban curvadas en torno a

nuestros cuerpos y su brillo apenas si había disminuido. Nos acunaban como un manto de luz dorada y radiante a pesar de las sombras que todavía brotaban de él.

Deslicé la mano por su brazo hasta alcanzar su muñeca. Los ojos de Alexander siguieron el movimiento, oscuros aún, pero inundados de mi propia luz en forma de diminutas estrellas titilantes. Una galaxia en un mar de oscuridad insondable. El cordón rojo me quemó los dedos cuando lo toqué. No retiré la mano. Apreté los labios para tragar el siseo de dolor y envié más y más hilos de luz cargados de ternura para deshacerlo. Cuando resbaló lejos de su piel, Alexander dejó ir un suspiro tan cargado de agonía que resonaría en mis oídos durante mucho tiempo después.

Alcé la vista hacia su rostro y encontré lágrimas resbalando por sus mejillas. La niebla que nos rodeaba no desapareció, pero ya no dolía ni picaba ni hería, sino que se sentía helada contra mi piel. Y mi poder seguía ahí, fluyendo aún en un turbulento caudal que no parecía haberse visto tan afectado como debería.

—Quédate conmigo —susurré muy bajito, solo para él, y juro que yo también quería llorar cuando él finalmente contestó:

—Siempre.

# 44

Alexander me mantuvo entre sus brazos y durante un momento no hubo ningún sonido a nuestro alrededor, solo mi luz y su oscuridad envolviéndonos. Escuché el susurro apagado de un hechizo mientras exhalaba cada palabra contra mi sien, y la sensación refrescante que había sentido se convirtió en un agradable cosquilleo cuando el dolor se esfumó paulatinamente y dio paso a un profundo alivio. Alex me estaba curando. En otras circunstancias, me hubiera detenido a reflexionar sobre lo mucho que habían cambiado las cosas desde que nos habíamos conocido y lo sorprendente que resultaba que un brujo como él ahora fuera tan capaz como yo de manejar la magia de curación. Pero no había tiempo para ello.

El hormigueo desapareció y solo entonces me dejó ir. El mundo a nuestro alrededor comenzó a girar de nuevo y fui consciente de los cuerpos amontonados, los gritos, el olor a podredumbre y sangre que flotaba en el ambiente… Algunos demonios yacían desmembrados por el suelo, y supuse que habían sido cortados en pedazos para evitar cualquier intento de regeneración. Los que no habían sido abatidos, continuaban peleando con brujos que trataban de rechazar sus ataques empleando hasta la última gota de magia en sus venas. No solo había demonios entre los caídos.

Un alarido horrendo llegó a mis oídos: Elijah. Debía de haberse dado cuenta de que Alexander ya no estaba bajo su control. Miré hacia el árbol y descubrí al nigromante aún inmóvil entre las sombras que arrojaban sus ramas. Una línea de demonios impedía que ninguno de los nuestros pudiera llegar hasta él, y tuve que suponer que su atención estaba puesta en manejar a voluntad a aquellas terribles criaturas. Había tantas de ellas…

Teníamos que detener aquella masacre cuanto antes, no solo para evitar que se perdieran aún más vidas, sino porque además tenía el presentimiento de que la sangre que empapaba los terrenos

de Ravenswood no hacía más que alimentar el poder del brujo. Si seguía así, llegaría un momento en el cual ni siquiera uniendo nuestros poderes seríamos capaces de acabar con él.

Raven regresó con nosotros. Nos rodeó y se restregó contra las piernas de Alexander esta vez; una caricia silenciosa de alivio y reconocimiento.

—La puerta soy yo —dijo Alexander—. Soy yo.

No entendí del todo lo que quería decir, pero estaba de vuelta conmigo y eso era lo único que me importaba ahora. Me agaché para sacarme de la bota el cuchillo que Wood me había entregado, mientras le decía a Rav:

—Busca a tu hermano. Rápido.

Raven obedeció y se marchó a la carrera. Enseguida, me abrí un corte en la palma de la mano. La sangre comenzó a manar de inmediato.

—Tenemos que completar el ritual.

Alex no necesitó ninguna otra explicación y me tendió la mano con la palma expuesta. Echó un vistazo a su alrededor y, cuando estaba a punto de realizarle el corte, me detuvo.

—Espera. —Contuve el aliento. Tal vez se lo había pensado mejor. En realidad, no habíamos tenido tiempo para asumir lo que representaba aquello; no lo culparía si se echaba atrás, aunque significase buscar otro modo de combatir a Elijah. Pero no se trataba de eso—. Una vez que la marca desaparezca, no poseeré ninguna capacidad para influir sobre los demonios. Tal vez podría…

No completó la frase, dado que una de esas criaturas esquivó a varios brujos y se lanzó directo hacia nosotros. Aun así, entendí lo que quería decirme. Con la marca, podía tratar de imponer su voluntad sobre la de Elijah, y eso le daba poder sobre los demonios. Sin ella, no nos quedaría más remedio que enfrentarnos a ellos y desterrarlos uno a uno.

Alex apartó la mano de mí y la alzó en dirección a nuestro atacante.

—¡Detente! —exclamó, pero luego su tono cambió para dejar paso a esa otra voz mucho más grave y antigua—. Detente.

La criatura, un ser de brazos anormalmente largos, ojos negros y oblongos y la piel cubierta de escamas, se quedó inmóvil en el acto.

—Vete. Regresa al infierno —le ordenó a continuación.

El demonio permaneció frente a nosotros durante un momento, pero no tardó en disolverse en la niebla que manaba del propio Alexander. En cuanto este procesó lo que acababa de suceder, su mirada recorrió la extensión de terreno frente a nosotros.

—¡Regresad al infierno! ¡Ahora! —gritó con todas sus fuerzas, empleando su otra voz.

Seguía transformado y su aspecto continuaba siendo imponente y aterrador: cuernos, piel gris, dientes afilados y mechones blancos y negros entremezclados. Las llamas lamían su figura. Sin embargo, sus ojos habían recuperado su color dispar habitual. Había dolor y culpa en su mirada, había aprendido a reconocerlos cuando se trataba de él, pero también una lucidez con la que jamás había contado durante cualquiera de sus anteriores transformaciones. Era la primera vez que lo veía así.

Repitió la orden varias veces. La buena noticia fue que un buen número de demonios siguieron el camino del primero y desaparecieron sin más; la mala, que no todos se marcharon. En las zonas más alejadas de nuestra posición, continuaron enfrentándose a los brujos y se mantuvieron también alrededor de Elijah como un anillo de protección. Aun así, fue una pequeña victoria, y eso no gustó lo más mínimo al antepasado de Alex.

—¡¡Luke!! —bramó, desde su puesto bajo el árbol maldito.

Nos volvimos hacia él. Había elevado los brazos, ahora cargados de oscuridad, y su poder irradiaba podredumbre; lo notaba resbalando por mi piel con la misma claridad que la sangre que la manchaba. Todo estaba mal en su magia, en su misma existencia, lo cual resultaba lógico dado que la había alimentado con las vidas de un montón de inocentes. Me recorrió un escalofrío al pensar en cómo se sentiría Dith sabiendo que su resurrección había sido posible también gracias a eso.

—Asume tu destino —le reclamó a Alex una vez más—. Esto es lo que eres, no puedes renegar de ello.

Estaba claro que no podía llevar a término todos sus planes sin él, pero eso no le impediría seguir convocando demonios y masacrando a brujos de ambos bandos y a humanos por igual. Qué ironía que lo que lo había llevado hasta aquel momento fuese el ansia de venganza por un amor no correspondido. Pensé en mi madre, en… Sarah. ¿Lo habría sabido Elijah? ¿Habría influido él de

algún modo en la locura que la llevó a matar a mi hermana?

Raven regresó en ese momento con nosotros, acompañado de Wood y Dith. Ambos lucían un aspecto terrible, con heridas, arañazos e incluso algún mordisco; sus ropas negras impregnadas del icor de demonio tanto como las mías.

—Tenemos que realizar el ritual ya —dijo Wood, en cuanto estuvo junto a nosotros.

Alex se movió hacia él y le agarró el brazo izquierdo, donde tenía una herida particularmente fea, diría que le faltaba incluso un trozo de carne.

—Estás herido.

—No es nada. Se… curará —replicó el lobo blanco; sin embargo, se le quebró la voz. Desvió la vista de Alex y se centró en mí—. Tenemos que apresurarnos, antes de que Elijah invoque más demonios.

Le tendí la bolsita que me había entregado, indecisa. No por el ritual en sí, sino por la pérdida de la ventaja que supondría. Aunque, si lográbamos acabar con Elijah, tal vez los demonios se esfumaran con él.

—Sin la marca los demonios no me obedecerán, pero… La puerta sigue estando ahí. Es decir, soy yo. Yo soy la puerta. Yo soy la oscuridad —insistió, y juro que Wood se estremeció al escuchar esas últimas palabras.

—Deja que los demás se ocupen de los demonios —dijo Wood, mientras espolvoreaba el contenido de la bolsa a nuestros pies—. Vosotros concentraos en matar a Elijah.

Sonaba fácil, aunque estaba segura de que no iba a serlo. Pero aquello era lo que había dicho Amy, luz y oscuridad juntos. Alex dejaría de ser un Ravenswood y, con su padre muerto, el linaje se extinguiría; no habría más herederos para recibir la marca en el futuro. Esa idea me produjo una sensación extraña que me hizo sentir como si estuviera olvidando algo importante. Sin embargo, Wood me llamó la atención. Me había hecho una pregunta.

—¿Qué?

—¿Necesitas que yo haga el corte? —Hizo un gesto hacia el cuchillo que aún mantenía en la mano.

Negué. Alexander ya me estaba tendiendo la mano. La rodeé con la mía y, con una mueca, dejé que el filo le abriera la carne. Él no

se inmutó, y volví a pensar en lo que había padecido en el pasado cada vez que uno de los gemelos tenía que herirlo para traerlo de vuelta. Debía de haber sido una tortura para los tres. Sin embargo, incluso embrujado, él había regresado conmigo sin que tuviera que dañarlo y ahora mantenía un control absoluto de su poder. Su canción era una bonita melodía que resonaba en mis oídos sin ninguna interferencia o disonancia.

Wood empleó el resto del polvillo de la bolsa para salpicar los cortes y luego se quedó un momento absorto, contemplando la sangre que se acumulaba en nuestras palmas. Algunos de nuestros amigos habían acudido también y formaban un anillo de protección a nuestro alrededor muy parecido al de los demonios que protegían a Elijah. Incluso Cam estaba allí, con sus dagas chorreando sangre oscura y una expresión seria que hablaba de los horrores que había contemplado.

Wood salió de su trance y dio un paso atrás para contemplar su obra.

—¿Preparados? —preguntó, aunque no esperó una respuesta—. Será rápido, pero… dolerá. Incluso si está funcionando, así que no… no os asustéis.

Ya me lo había dicho, así que no dije nada. Alexander, en cambio, esbozó una sonrisa cansada, y me di cuenta de lo triste que resultaba que estuviese tan acostumbrado al dolor que esa fuese toda su reacción.

—¿Estás segura de esto? —me preguntó a continuación.

—Lo estoy, ¿y tú?

Asintió, solemne.

Wood intervino de nuevo.

—Recitaré el hechizo. No separéis vuestras manos en ninguna circunstancia, no importa cuánto duela. ¿Lo habéis entendido? —insistió. Hablaba para los dos, pero miraba en todo momento a Alex y, pese a su tono exigente, había un matiz extraño en su voz.

Ese detalle desenterró un pensamiento en el fondo de mi mente, pero Wood parecía decidido a no perder ni un segundo más.

—Empecemos…

## Wood

No tenía miedo a la muerte, sino a una vida sin Dith, algo que ya había experimentado y por lo que no pensaba volver a pasar. Y estaba en paz con eso. Sin embargo, sabía que Alexander jamás me perdonaría lo que estaba a punto de hacer, y todavía temía que Raven interviniera en cualquier momento para contarle que, con toda probabilidad, el mismo ritual que iba a unirlo a Danielle y convertirlo en un Good sería lo que pondría fin a mi existencia maldita.

Mi gemelo había pasado toda la noche anterior tratando de disuadirme, incluso si sabía que no había manera de hacerme cambiar de opinión; incluso si sabía que era lo que había que hacer. Llevábamos más de trescientos años juntos; éramos gemelos y habíamos compartido el vientre de nuestra madre y el mismo destino al ser maldecidos. Creo que ambos habíamos pensado que, cuando llegase el momento de abandonar este mundo, también nos marcharíamos de él a la vez. Sin embargo, a Raven le quedaba mucho aún por vivir. Tendría a Alex y a Danielle, y también a Cameron; algo me decía que el brujo se convertiría en ese *él* que mi hermano había mencionado una vez. Y maldita sea si no se merecía que alguien lo amase de la manera en que yo amaba a Dith.

Mis ojos se deslizaron de uno a otro; una última mirada a los rostros de las personas que más amaba. De haber confesado las consecuencias del ritual podría haberme despedido de otra forma de todos ellos, pero era mejor así. Nunca me había gustado el drama que acompañaba las despedidas. Solo esperaba que, con el tiempo, Alex encontrara el modo de comprender y aceptar mi decisión.

Sentí la caricia amable de una mano contra la parte baja de mi espalda y no necesité girarme para saber que se trataba de Dith. Hubiera reconocido su toque en cualquier momento y lugar. Dios, no podía amar más a aquella mujer impulsiva y apasionada, y estaba seguro de que nos reuniríamos más allá del velo. Nadie nos iba a robar nuestra eternidad juntos.

—Sé fuerte —le dije a Alex. «Te quiero, Alexander Ravenswood», traté de transmitirle a continuación con mi mirada.

Luego, bajé la vista. Raven se había situado junto a mí, con el cuello en contacto con mi muslo, y su calor resultó un bálsamo. Le brindé una media sonrisa. Como lobos, no nos era posible llorar, pero juro que sus ojos estaban inundados de humedad. Ojalá no

estuviese viendo cómo los cordones que me unían a los demás —a él mismo— se deshilachaban y empezaban a romperse.

«Adiós, hermano. Sé feliz. Te quiero».

Alex y Danielle juntaron las palmas de sus manos y supe que se me había acabado el tiempo. Puse mi propia mano alrededor de las suyas para asegurarme de que ninguno la retirase y, sin más, comencé a recitar el hechizo.

# 45

Para cuando Wood empezó a entonar el cántico bajo y rítmico del hechizo de unión, nuestros amigos ya habían formado un muro a nuestro alrededor empleando su magia, sus propios cuerpos y las armas que portaban. Tendrían que contener a los demonios y al propio Elijah si este decidía abandonar su refugio seguro, lo cual era una posibilidad si llegaba a percatarse de lo que pretendíamos.

Lo primero que sentí fue la propia magia de Alex encontrándose con la mía. Esta vez no hubo lluvia de chispas ni ninguna otra señal externa de ello. No fue un choque, sino una caricia. Un toque cálido que se propagó poco a poco por mi carne y mis huesos y que inundó mi interior de calma, cariño y amor. Como dos partes de un todo que se hubieran buscado durante una eternidad y se reconocieran. Hogar, así se sentía ahora el poder de Alexander, así se sentía todo él para mí.

Busqué sus ojos, aunque no me atreví a preguntarle en voz alta si era así también para él; no quería distraer a Wood aunque hubiese dicho que el ritual era sencillo y más o menos rápido. Alexander tampoco dijo nada. Su mirada estaba fija en mi rostro y sus dedos apretaban los míos con firmeza. Había permanecido transformado todo el tiempo, aunque yo no veía ya esa otra parte de él. Solo veía a Alex, por lo que al principio no me di cuenta de cuándo el cambio comenzó a revertirse. Los cuernos que asomaban entre mechones blancos y negros desaparecieron y el pelo viró hacia el tono rubio, mientras que su piel perdía la apariencia dura y la oscuridad retrocedía por su piel. Miré a Wood, buscando una confirmación de que eso era normal, pero este prosiguió recitando el hechizo de forma ininterrumpida y solo nos brindó un leve encogimiento de hombros.

—Está bien —susurró Alex entonces, y quise creer que así era.

Aún con su aspecto normal, su poder continuaba cantando para

mí. Vibraba contra mi piel y bajo esta, en mi pecho y mi cabeza, y adquirió tal intensidad que dejé incluso de percibir al resto de brujos a mi alrededor. Solo lo sentía a él, y mi propio poder respondió a esa llamada sincronizándose con la melodía. Hasta que empezó a fundirse con ella…

Jadeé al sentir la sangre corriendo por mis venas cada vez más rápido, la magia fluyendo con ella. Y luego el mundo entero se iluminó de golpe. Luz y llamas me lamieron las venas. Un torrente de agua fresca. Enredaderas que serpenteaban y se enroscaban a lo largo de mi columna, empujadas por una brisa suave cargada de sombras. Fuego, agua, tierra y aire. Todos los elementos estaban allí, empapando nuestra magia. Nutriéndola y avivando el núcleo de poder de mi pecho que crecía y crecía, alimentado por la propia magia de Alexander, mientras que al mismo tiempo yo alimentaba la suya en un ciclo infinito. Nunca había experimentado nada parecido, ni siquiera cuando mi poder había despertado y me había liberado del hechizo que mi madre había lanzado sobre Ravenswood una vez.

Pero no todo se trataba de poder. Alex deslizó la mano libre por mi cintura, me envolvió con el brazo y apretó su cuerpo contra mí. Quedamos pecho con pecho y cadera con cadera. Su mejilla se apoyó en mi sien; sus labios me rozaron la piel. Una parte lejana de mi mente seguía escuchando el cántico difuso de Wood y otra se concentraba solo en la melodía de Alex, pero un nuevo sonido se impuso por encima de ambos, una voz que conocía muy muy bien.

«Te veo, Danielle Good. Veo tu poder y te veo a ti, y eres lo más hermoso que haya contemplado jamás».

La conmoción de escuchar a Alexander en el interior de mi cabeza estuvo a punto de hacerme soltar su mano. Sin embargo, él mantuvo firme el agarre de sus dedos.

«¿Cómo es posible?», probé a preguntar. Tal vez solo estuviera teniendo alucinaciones auditivas. Quizás algo había salido mal y aquello no era más que un sueño demasiado vívido.

«No estoy seguro, pero espero que no te moleste tenerme en el interior de esa cabecita tuya».

Me reí, aunque no supe si el sonido llegó a escapar de mi garganta o solo pudimos escucharlo nosotros. Fuera como fuese, sentí la satisfacción que mis carcajadas provocaron en Alexander.

«Te amo, Danielle. Me entrego a ti y prometo amarte hasta el fin de mis días e incluso después de que haya abandonado este mundo».

El ritual de unión no era una boda al uso, pero aquello se parecía demasiado a unos votos matrimoniales. Agradecí no tener que emplear mi boca para contestarle; no estaba segura de que me hubiesen salido las palabras.

«Te veo, Alexander, y amo todo de ti, cada pequeña parte, cada una de tus sombras. Soy tuya. Ahora y siempre».

«Siempre», repitió él a continuación.

¿Podía la oscuridad brillar? Porque eso fue lo que ocurrió entonces. Un manto de niebla inundó mi cuerpo y el aire a nuestro alrededor. El mundo entero. Pero ya no era oscuro y denso, sino que estaba salpicado de millones de estrellas. Una oscuridad deslumbrante que se volvió aún más intensa cuando mi propia luz la alcanzó y se enredó en ella. Fue como contemplar el nacimiento de una galaxia que fuera expandiéndose más y más hasta conformar todo un maldito universo. Sentí mi poder cambiar y supe que a Alex le estaba sucediendo lo mismo. De verdad se estaban uniendo. Encajando. Hasta conformar un todo nuevo y terrible y hermoso y devastador, envuelto en cariño, lealtad y un amor tan profundo y vasto como lo era el núcleo de nuestra magia ahora.

Muy lentamente, comencé a percibir otra vez los sonidos del entorno; gritos, susurros, gemidos, pasos agitados que iban y venían e incluso algunas explosiones. Luego, el aire seco y caliente. Todos los puntos en los que el cuerpo de Alex presionaba contra el mío; la mano de Wood que rodeaba las nuestras. El aroma a sangre y el hedor que desprendían los demonios y aquella tierra maldita. No podía quedar mucho para que el ritual llegase a su fin. Aunque todos lo habíamos creído posible, me maravillé de que estuviese funcionando. Lo conseguiríamos. La cantidad de magia de la que ahora disponíamos parecía infinita, y pensaba emplearla para ponerle fin a la existencia de Elijah Ravenswood.

El primer indicio de que algo iba mal llegó justo cuando el runrún del hechizo en boca de Wood terminó. Alexander sufrió un espasmo y retrocedió tambaleándose. Exhaló un brusco jadeo y, aunque no soltó mi mano, sí que se llevó la otra al pecho. Se inclinó un poco hacia delante y siseó, al tiempo que esbozaba una mueca

de dolor. ¿Era la marca? ¿Estaba desapareciendo? Casi había olvidado que, en realidad, ese era el motivo por el que habíamos llevado a cabo el ritual. Él se transformaría en un Good y, por tanto, podría deshacerse de la maldición que había sido un legado de su linaje.

«Paga el precio y deshazte de la marca», había dicho Loretta Hubbard poco antes de morir.

—Wood… No… —balbuceó Alex, con la mano aún en el pecho y un tono que era pura desesperación, la misma que podía sentir también yo ahora que estábamos unidos.

«Paga el precio», repetí mentalmente.

«Toda magia tiene su precio», recordé también a continuación. Y entonces el pensamiento que me había estado esquivando se reveló por fin y comprendí cuál había sido exactamente el precio a pagar por aquel hechizo.

## Alexander

Dolía. Joder, dolía como el mismísimo infierno. Wood nos había avisado, pero hasta ese momento todo lo que yo había sentido al bañarme en la luz de Danielle era ternura y amor. Nuestro poder se había fusionado hasta conformar una magia única y preciosa; los cuatro elementos combinados. No conseguía comprender quién de los dos había aportado el aire. Tuve que suponer que había sido Danielle, ya que yo había contado con el fuego y la tierra, tal vez ella hubiera sumado también un segundo elemento al que ya poseía. Lo más sorprendente de todo era haber podido escuchar su voz —¡su risa!— en mi mente. Sin embargo, además de una quemazón intensa en la zona donde tenía la marca, ahora sentía como si alguien hubiera hundido la mano en mi pecho y estuviera tratando de arrancarme el puto corazón.

El pico del dolor pasó y comenzó a atenuarse, pero solo para ser sustituido por… vacío. Fue como perder una extremidad o, peor aún, una parte de mi alma. Pérdida, eso era lo que estaba sintiendo. Una pérdida devastadora. Un lazo inquebrantable que se rompía poco a poco…

—Wood… No… —Tomé aire y lo intenté de nuevo. Traté de apartar la mano de la de Danielle solo para poder aferrarme a algo,

lo que fuera, pero tanto ella como Wood la mantuvieron en su sitio.

—No te… sueltes —gimió mi familiar.

Mis ojos volaron hasta su rostro y vi el reflejo de mi propio dolor en ellos. El mismo vacío. La misma certeza. ¿Qué demonios había hecho?

Aunque no supe si Danielle me había escuchado en su mente o también se había dado cuenta de lo que sucedía, fue ella quien se hizo eco de mis pensamientos en voz alta.

—¿Qué has hecho, Wood? —preguntó, mientras me pasaba un brazo por la espalda para ayudarme a sostenerme en pie.

Dith también estaba ya allí, pero junto a Wood, aferrándose a él como si esperase que en cualquier momento fuera a desaparecer. Y el enorme cuerpo del lobo negro los custodiaba a ambos.

—¿Qué has hecho? —insistí yo a pesar de que ya lo sabía.

Lo percibía en los huesos, en el corazón. Nuestro vínculo se estaba disolviendo; se marchitaba segundo a segundo. Wood estaba dejando de ser mi familiar. Pero no estaba herido, no de gravedad. Ninguna magia lo había dañado. No era posible.

La unión. La marca ya no estaba, eso lo sabía. La parte de lo que yo era que había cargado desde mi nacimiento con aquella maldición se percibía ahora más ligera. Libre de su influencia. Me había unido en cuerpo y alma a Danielle. Nuestras magias conformaban ahora algo distinto. Un todo. Ya no sería más un Ravenswood, y si no pertenecía a dicho linaje…

—¡No! —Esa única palabra abandonó mis labios como un alarido agonizante que fue secundado por un aullido lastimero de Rav.

Caí de rodillas sobre la tierra y, dado que ninguno de los dos me soltó la mano, arrastré conmigo tanto a Danielle como al propio Wood. Este último estaba pálido y sudoroso. Tenía los labios apretados y el rostro tenso. Y aunque se esforzaba por ocultarlo, el dolor que padecía resultaba evidente para mis ojos. Él también lo sentía.

—¿Por qué? —jadeé a duras penas.

El dolor era ahora tanto físico como mental, incluso cuando sentía en mi cabeza la presencia cálida y reconfortante de Danielle y su cuerpo pegado al mío.

—¿Por qué no me lo dijiste? —exigí saber, pero, a cambio, él

solo susurró mi nombre.

Yo debería haberlo sabido. ¿Cómo era posible que no me hubiera parado a pensar en Wood y Raven? Ellos estaban ligados a mí por medio de mi linaje. Habían sido maldecidos para acompañar a los brujos de mi familia generación tras generación, pero yo era —o había sido hasta hacía un instante— el único heredero de los Ravenswood. Si moría sin descendencia, ellos morirían conmigo. Y aunque no hubiera muerto, a todos los efectos el linaje de los Ravenswood estaba condenado.

Pero entonces Rav… Todos habíamos asumido que había pasado a ser el familiar de Danielle. ¿El dolor que parecía sentir, los lamentos y quejidos… eran por su hermano? ¿O también él se estaba desvaneciendo? De ser así, lo sentiría a través de Danielle, ¿no?

—Lo siento —dijo Wood, mientras se veía obligado a recostarse contra Dith—. Lo siento.

Miré a la bruja y encontré en sus ojos las lágrimas que los míos se negaban a dejar caer, no si eso significaba aceptar que aquello estaba ocurriendo de verdad. Ella lo mantenía muy cerca, apretado contra su cuerpo.

—Rav estará… bien —dijo a continuación, cada vez más débil.

Eso me alivió y a la vez no lo hizo. Negué con la cabeza, roto y dolido, mientras nuestra unión se debilitaba más y más. El aire chisporroteó y se impregnó del aroma dulce de Raven, y este adquirió su forma humana. De inmediato se inclinó sollozando sobre su hermano y yo sentí que me rompía del todo.

—No puedes dejarnos. No puedes.

—Es mi elección. —Fue todo lo que le dijo.

Luego soltó una carcajada, el muy imbécil. Incluso mientras se estaba… muriendo, el lobo blanco tenía que seguir siendo todo arrogancia y descaro. Sin embargo, al mirar a su gemelo su expresión se dulcificó. Con no poco esfuerzo, lo acomodó a un lado de su cuerpo, y Rav apretó el rostro contra su pecho.

—Quieres marcharte con Dith —escuché murmurar a Danielle, y su voz sonó también cargada de pesar.

Wood continuaba sonriendo, pero su mirada se volvió suplicante cuando me miró de nuevo. Le dio un último apretón a las manos que Danielle y yo aún manteníamos unidas y, acto seguido, dejó

que la suya resbalara lejos de ellas. También su otro brazo presionó durante un breve instante con más fuerza el cuerpo de su hermano.

Alzó la vista hacia Dith y su sonrisa se profundizó.

—Te quiero —dijo ella.

—Te encontraré más allá del velo, mi amor —replicó él.

Un instante después, lo único que quedaba de Wood Ravenswood era un puñado de cenizas.

# 46

Una ira espesa me invadió de golpe. No estaba segura de si era mía o provenía de Alexander. O si en realidad se trataba de mi poder —nuestro poder— despertando una vez más. Mi corazón latía a un ritmo aterrador y la magia había empezado a retorcerse bajo mi piel en busca de una salida.

El mundo acababa de ponerse del revés.

Wood ya no estaba. Se había esfumado frente a nuestros propios ojos como consecuencia del ritual de unión; un pago demasiado elevado que no sabía muy bien cómo íbamos a afrontar. O si podríamos hacerlo siquiera.

—Era lo que él quería —dijo Dith con tan solo un hilo de voz. Aún estaba arrodillada sobre el suelo, pero ahora acunaba el cuerpo de Raven—. Su decisión.

No lo dudaba. Wood tenía que saber que la resurrección de Meredith solo era temporal, ella no le habría ocultado algo así. Esta solo había sido la forma de poder reencontrarse cuanto antes con su amada. ¿Era también la razón por la cual Raven inicialmente se había negado a aceptar su visión? Dios, ¿lo había sabido él todo este tiempo?

—Debería habérmelo dicho —replicó Alex, triste y furioso a la vez. Destrozado.

Meredith no contestó. Su expresión estaba cargada de pesar, dolor, compasión y… aceptación. Si la conocía, habría tenido su propia discusión con Wood, y resultaba obvio que la había perdido. Tampoco podía culparlos por querer estar juntos, no después de lo mucho que había sufrido Wood tras su muerte. Pero aquello iba a destrozar a Alex, y encontraría la forma de culparse por ello.

Una nueva oleada de aire caliente nos empujó a todos contra el suelo. Agazapada junto a los demás, eché un vistazo rápido alrededor. Había perdido la noción del tiempo mientras

realizábamos el ritual, pero, por desgracia, me daba la sensación de que había más cuerpos amontonándose a lo largo y ancho del claro. Casi todos los demonios estaban retrocediendo hacia el árbol, quizás para proteger a su amo, pero esa retirada no significaba que estuviésemos más cerca de la victoria.

—Alex —lo llamé con suavidad.

Él continuaba observando a Raven, aunque no creí que lo estuviese viendo; más bien parecía incapaz de apartar la vista del lugar en el que antes había estado Wood. Dith intercambió una mirada de preocupación conmigo. Incluso ella sabía que no podíamos permitirnos el lujo de llorar al lobo blanco en ese momento. Por mucho que sufriésemos. Por mucho que doliera.

—Alex, te necesito aquí. Por favor —rogué, tratando de llamar su atención.

El retumbar de un trueno se tragó la última parte de la súplica. No, no un trueno. Era Elijah reuniendo hasta la última gota de su magia corrupta y oscura. El suelo también se estremeció bajo mis pies. Temí que hubiésemos estado de nuevo equivocados y el nigromante hubiera encontrado la manera de abrir una puerta al infierno sin la participación de Alex.

«Alex, dime algo, por favor».

Su cabeza giró hacia mí, y esa fracción de segundo que tardó en llevar los ojos hasta mi rostro fue todo lo que necesitó para convocar su poder. Se transformó de golpe. La oscuridad brotó de sus hombros y sus brazos. De todo su cuerpo. Cayó en cascada y fluyó sobre el suelo, para luego irse alzando también a nuestro alrededor. Solo que esta vez su magia era… diferente. Tan oscura como siempre, pero cargada de cientos de puntos luminosos que flotaban junto a ella y se movían de un lado a otro en su interior, como luciérnagas brillantes que danzaran arropadas por sus sombras. En cierto modo se parecía a lo que había visto mientras nos uníamos: una oscuridad resplandeciente y preciosa.

Enseguida, su poder cantó para mí. Apenas tuve que pensarlo y yo también estaba cambiando. Las alas se desplegaron, ahora mezcla de plata y negro, y mi piel comenzó a relucir; entre mis dedos, la magia saltaba en forma de chispas diminutas. Alex extendió el brazo y capturó un mechón de mi pelo. No dijo nada, pero no tardé en darme cuenta de lo que había atraído su atención:

aunque mi melena seguía siendo castaña, dicho mechón se había vuelto tan blanco como había sido el pelaje de Wood. El nudo de mi garganta se apretó al pensar en él.

«Voy a matarlo». El pensamiento proveniente de Alex llegó junto con otra oleada de la ira más pura y profunda que hubiera sentido jamás.

«Juntos. Lo haremos juntos», repliqué, y recé para que, tan perdido como estaba en su dolor, no tratase de enfrentarse solo a Elijah.

No obtuve ninguna respuesta, pero sentí con claridad toda su furia, su tristeza y la pena que se había instalado en su corazón. Cuando se irguió por completo, las sombras se elevaron con él y juro que podía escucharlas susurrar. Eran sus ojos lo único que continuaba manteniéndose inalterables, era la única parte de él que no rebosaba oscuridad.

—Cuida de Rav. Llévatelo de aquí si puedes —dijo, dirigiéndose a Dith. Cam llegó entonces hasta nosotros, herido pero aún entero, algo por lo que no podía estar suficientemente agradecida. Alex lo miró también a él—: Protegedlo.

No iba a protestar por eso. No cuando el eco de las palabras de Elijah era más fuerte que nunca. Acabábamos de perder a Wood y no perdería también a Raven. Lo quería lo más lejos posible del nigromante, y de todas formas no estaba en condiciones para luchar. Aovillado sobre el suelo, se aferraba a la cintura de Meredith con ambas manos y sus hombros no paraban de sacudirse a causa de los sollozos. En más de tres siglos de existencia, los gemelos nunca se habían separado hasta ahora; la magnitud del dolor que debía estar sintiendo Rav tenía que ser insondable.

Cam asintió mientras lo envolvía con sus brazos e intentaba que lo mirase para poder comunicarse con él. Yo también quería consolarlo, aunque resultaba estúpido pensar que había una manera de suavizar el golpe sufrido. Sin embargo, ni Alex ni yo podríamos hacerlo. No hasta que todo acabase.

Como si él hubiera escuchado el pensamiento, me tendió la mano, y las sombras que jugueteaban en torno a sus dedos también se extendieron en mi dirección. No dudé. Me agarré a él y Alex tiró de mí para ponerme en pie.

—Juntos.

—Juntos —coincidió, con un tono bajo y suave que prometía cosas terribles.

Y eso fue todo cuanto necesitamos decirnos.

## Alexander

Sin soltar nuestras manos, Danielle y yo nos volvimos hacia los demonios que se interponían entre Elijah y nuestra posición. Tal vez fuese porque se habían agrupado, pero parecía haber más de los que habían quedado después de que les diera la orden de regresar al infierno. En cambio, los brujos eran mucho menos numerosos. Atisbé la llamativa melena de Beth y a Sebastian junto a ella, así como a Jameson. Ellos seguían vivos, pero ¿cuántos habrían caído ya junto con Wood? ¿Cuántos más caerían antes de que todo acabara?

—¡Deja de esconderte de mí! —grité. Ahora, además de justicia quería venganza. Mi familiar había entregado su vida para darnos el poder para derrotarlo, y Elijah pagaría por ello y por todo el mal que había causado—. ¡Ven aquí y pelea con nosotros! ¡Ya no soy un Ravenswood! ¿Me oyes? ¡No pertenezco a tu linaje! ¡Nunca más!

Ese hecho me hizo sentir más yo mismo que nunca, aunque la muerte de Wood pesaba y dolía y me estaba destrozando por dentro. Aparté el pensamiento. Si me detenía en él, sabía que volvería a derrumbarme y no me levantaría jamás.

Elijah nos observó desde el otro lado del muro de demonios, sus ojos anegados de oscuridad. Estaba furioso, lo sentía, igual que podía percibir la forma en que su poder horrendo saturaba el aire y trataba de llegar hasta nosotros. Lucía el mismo aspecto que yo había tenido una vez; la piel gris y pétrea, y lenguas oscuras lamiéndole los hombros. Sin cuernos, eso sí. Y, sin embargo, ahora no nos parecíamos en nada. Mi magia se había unido con la de Danielle de tal forma que… brillaba.

—¿Qué diablos has hecho, Luke? ¡¿Cómo te has atrevido a contaminar de esta forma nuestro linaje?!

Una pequeña sonrisa se asomó a mis labios.

—Tu linaje. Tu familia —remarqué—. Eres tú quien ha contaminado este lugar.

«Tenemos que acercarnos a él», susurró Danielle en mi mente.

«Vamos a ello entonces».

No le conté mis planes. Me limité a tirar del núcleo de poder que ahora compartíamos y que resultaba tan inmenso que apenas si podía empezar a abarcarlo. Había sido consciente de que Danielle era más poderosa que yo, pero no de que lo fuese tanto ni de lo conveniente que resultaba que dicho poder pudiera alimentarse con ira; por suerte para nosotros, de eso tenía de sobra.

Mis sombras ascendieron mientras les daba forma. Decenas —cientos más bien— de cuervos con picos y ojos dorados revolotearon un momento por encima de nuestras cabezas. Eché un vistazo por encima del hombro para asegurarme de que Dith y Cam habían conseguido retirarse y llevarse consigo a Raven. Cuando comprobé que así era, lancé a los cuervos hacia el frente como flechas, imprimiéndoles tanta fuerza que la mayoría encontró su objetivo y lo atravesó de parte a parte. Los demonios heridos no se esfumaron, pero retrocedieron tambaleándose y algunos de ellos incluso cayeron al suelo.

—¡Atacad! —gruñó Elijah, aún firme en su posición.

No era más que un cobarde que primero había corrompido a una niña para enviarla a hacer su trabajo y ahora se escondía tras aquellas criaturas salidas del infierno.

Busqué a Sebastian entre los brujos que aún estaban en pie y este me dedicó un leve asentimiento; nos respaldarían, cada brujo que aún contara con magia o un arma haría lo que fuese para facilitarnos que llegásemos hasta Elijah.

Mi mirada se posó a continuación sobre Danielle. Sentía su presencia a mi lado y en mi mente, y su magia fundida con la mía me corría por las venas. Ni siquiera necesitó que le preguntara si estaba preparada, tampoco tuve tiempo para ello. Los demonios se movieron hacia nosotros como un bloque unificado, y me resultó irónico que, siendo lo que eran, tuvieran esa clase de disciplina. Claro que era mi antepasado quien movía los hilos.

Danielle y yo liberamos por fin nuestras manos. Ella alzó las suyas y envió una onda de luz tan potente que volatilizó a la primera fila de nuestros enemigos. Solo entonces los demás comenzaron a dispersarse en todas direcciones. Los brujos fueron a por ellos, mientras que yo cargué contra los que parecían haber fijado su atención en nosotros dos. Todos eran criaturas enormes, de

garras y dientes afilados; algunos con protuberancias en los hombros y púas brotando de la carne, otros con lenguas bífidas y escamas en vez de piel.

Invoqué una espada bañada en sombras y estrellas, y Danielle me imitó, aunque ella optó por un par de dagas. Mi ira la contagió, la suya se hizo también mía. Si una vez había pensado que sería capaz de derrumbar aquella academia maldita por la mujer que tenía a mi lado, en ese momento me juré que no pararía hasta despedazar a mi antepasado y poder ofrecerle un mundo en el que ya no hubiese nada que ella tuviera que temer.

«Mantente cerca de mí», le pedí mentalmente.

«Siempre».

Eso era lo que más deseaba; por lo que lucharía. Por un futuro para nosotros, uno que abarcase a la que consideraba mi familia sin importar cuál fuera mi apellido ahora o cuál el que tuvieran ellos. En ese momento, venganza y esperanza parecían la misma cosa para mí.

Decapité al primer demonio que se me acercó. No era uno de los más grandes, pero sí rápido. Eso no lo salvó. Pero tras él vinieron más. Le mostré los dientes al que ocupó su lugar mientras Danielle se enfrentaba a otro de aquellos seres. Había compartido tantas horas de práctica con Wood que me sentía cómodo con una espada en la mano. La certeza de que esos momentos ya no volverían a repetirse incrementó aún más la rabia que sentía. Cada demonio que vino a por mí se encontró de un modo u otro con la magia de aquel filo. La noche del asalto al auditorio mi poder no había servido de mucho contra los demonios, pero, tras el ritual, eso había cambiado por completo; mis sombras cortaban la carne y la luz de Danielle se hundía en ella para devorarlos desde dentro hacia fuera.

Nos movimos hacia delante de una forma feroz e implacable, uno junto al otro, mientras Elijah lanzaba más y más demonios contra nosotros. No hizo ademán de alejarse del árbol en ningún momento, y empecé a plantearme que quizás la mejor manera de atacar al nigromante fuera reducirlo a cenizas. Ravenswood era en sí mismo un núcleo de poder, y la sangre que encharcaba cada centímetro de aquella tierra solo contribuía a aumentarlo, pero tal vez eliminando el árbol la conexión entre aquel lugar y él se debilitaría. Quizás incluso llegara a romperse del todo.

«Está protegiendo el árbol».

«Dijiste que había uno igual en la tumba de Sarah. Sería lógico pensar que ambos sean la representación física del pacto que hicieron, y ha sido el recipiente donde ha recolectado todos sus sacrificios», respondió Danielle.

Invoqué una bola de fuego, luz y sombra y la lancé directamente hacia las ramas, pero Elijah la desvió con un golpe de su propia oscuridad. Danielle también intentó alcanzar el árbol con otros proyectiles; sin embargo, él frustró cada uno de nuestros intentos. Necesitábamos acercarnos más y comprobar si de verdad dañarlo tenía un efecto en él, así que me concentré en continuar avanzando. Me enfrenté a otra criatura de pesadilla. Y luego a otra. Y a otra más. Mientras que Danielle hacía lo mismo. A nuestro alrededor, el resto también luchaba. Brujos blancos y brujos oscuros. Brujos, sin más. Y cualquiera que fuera el resultado de todo aquello, me dije que ese sería el día en el que el mundo mágico volvía a convertirse en lo que nunca debería haber dejado de ser.

Pensar en el coste que iba a tener me provocó una descarga de amargura. La aproveché para formar un muro de oscuridad y barrer con él a varios demonios de una sola vez. Y con ese golpe, por fin, se abrió frente a nosotros un camino directo hacia Elijah Ravenswood.

# 47

Alexander echó a correr hacia Elijah. Tardé varios segundos en reaccionar y seguir sus pasos, pero eso me permitió percatarme de los demonios que trataron de abalanzarse sobre él, así que me quedé un par de metros atrás y me dediqué a cubrirle las espaldas.

El primer golpe que lanzó Alex fue un rayo de oscuridad resplandeciente del que Elijah se resguardó tras un escudo de sus sombras. Aun así, dicho escudo se iluminó durante un instante y vi cómo el nigromante apretaba los labios, frustrado, al darse cuenta del cambio en el poder de Alexander. No creí que hubiera previsto nada acerca del ritual de unión, y su falta de previsión nos concedió una breve ventaja. Alex la aprovechó para hacer caer sobre él más y más golpes. Aunque el escudo no cedió, cada vez se iluminaba durante más tiempo, y juro que podía escucharlo resquebrajarse.

—Eres un traidor a tu sangre —dijo Elijah—, pero ¿crees que esto me detendrá? Veré el mundo arder de todas formas.

Alex soltó una carcajada cargada de cinismo.

—Tú eres el único que va a arder aquí.

Mientras yo, dagas en mano, hacía frente a las criaturas que trataban de llegar hasta él, Alex detuvo su ataque solo para cambiar de estrategia. Acumuló poder en su mano derecha, pero esta vez no lo lanzó, sino que se abalanzó hacia delante y hundió el puño en el escudo protector. El choque provocó una lluvia de chispas y la protección saltó en pedazos. Pero Elijah reaccionó convocando un látigo de oscuridad que se enredó en torno al cuello de Alexander.

Escupí una maldición y liberé una nueva oleada de luz que lanzó por los aires a los demonios más cercanos. Cuando volví a mirar, Alex ya estaba contraatacando. Con un tajo limpio de su espada, cortó el cordón de sombras y se liberó. Acto seguido, se agachó y rodó hacia atrás para evitar más de sus azotes. Se mantuvo acuclillado y empezó a murmurar un hechizo. Su objetivo fue

diferente esta vez: el árbol. Una llamarada brotó de su base; sin embargo, Elijah debía estarlo protegiendo, porque el fuego lamió el tronco sin provocar daño alguno.

Annabeth, Sebastian y Jameson, que llevaba a su familiar aferrado al cuello, llegaron hasta donde yo estaba.

—Ve a ayudarlo. Te cubrimos —dijo Sebastian, y yo asentí, aliviada por la ayuda.

Tan solo había apartado la vista de la pelea un instante, pero cuando giré de nuevo me encontré con que Alex había retrocedido tanto que lo tenía justo delante de mí.

—¿Qué es lo…? —El resto de la pregunta se atascó en algún punto de mi garganta al llevar mi mirada más allá de él y descubrir el motivo de su retirada.

El estómago me dio un vuelco y se me aflojaron las rodillas a pesar de que no podía creer lo que estaba viendo. No, de ninguna manera. Alex me llamó, no en voz alta, sino que mi nombre fue susurrado en mi mente en forma de pregunta cautelosa.

«¿Danielle?», insistió, cuando no encontré el modo de contestar.

No era capaz de concentrarme para formular ningún pensamiento coherente. Todo lo que podía hacer era mirar y mirar al nigromante, su sonrisa cruel y satisfecha, y la figura que había aparecido a su lado.

—Danielle, ¿ella es…?

—Chloe —conseguí articular a duras penas.

Mi poder se apagó y caí de rodillas sobre el suelo. No me atrevía a apartar la vista del rostro de mi hermanita. De sus ojos redondos y azules, su pequeña nariz y las mejillas regordetas pero demasiado pálidas. El *shock* que me produjo volver a Chloe fue tal que en un primer momento no me di cuenta de que llevaba la misma ropa que el día de su muerte. También me costó apreciar el hecho de que podía ver a través de su cuerpo.

Alex se arrodilló junto a mí mientras reclamaba para sí parte de nuestra magia. No tenía ni idea de lo que se proponía, y no podría haberlo detenido aunque quisiera. La tierra se estremeció y sendos muros se elevaron a un lado y otro de nuestra posición; los construyó a base de oscuridad, como había hecho aquella vez en los límites de este mismo lugar la noche en la que habíamos perdido a Dith, y se las arregló para que formasen una especie de triángulo

cuyo centro eran el árbol, Elijah y… Chloe. Tan solo unos pocos demonios quedaron en su interior. No tuvieron un final agradable. De entre las sombras brotaron enredaderas y fueron succionados por los muros. Y mientras todo eso sucedía, yo seguía mirando a mi hermana. Al fantasma de Chloe.

Quería llorar. Quería gritar. Quería reír e ir hasta ella y abrazarla. Pero no me moví, ni siquiera parpadeé.

—Hijo de puta cruel —masculló Alex.

—Es mi hermana —repetí yo, con el corazón destrozado.

Ella contemplaba todo a su alrededor con una expresión confusa y asustada. Parecía totalmente perdida. Hasta que sus ojos me encontraron. Solo entonces parte de la angustia desapareció de su rostro y fue sustituida por la sorpresa. Me dedicó una sonrisa radiante, y ya no fui capaz de retener las lágrimas por más tiempo.

—¡Dani! —gritó, y… oh, Dios, escuchar el timbre de su voz fue demasiado.

La vi tratar de avanzar hacia mí, pero algún tipo de fuerza invisible la mantuvo en su sitio, junto a ese maldito y retorcido brujo.

—Elijah, ¿qué crees que estás haciendo? —gruñó Alex.

Aunque yo sabía que aquello tenía que ser un truco del nigromante, seguía demasiado conmocionada como para decir nada. La muerte de Chloe era una herida que jamás acabaría de sanar, no cuando además había sido asesinada por nuestra propia madre. Había visto su menudo cuerpo tirado en el suelo de nuestro salón y esa imagen nunca abandonaría mi mente. Contemplarla exactamente con el mismo aspecto…

Alex tiró de mí y me ayudó a levantarme. Tuvo que sostenerme contra su costado para mantenerme en pie. Chloe observó horrorizada la interacción. No la culpaba; la apariencia de Alex nunca me había dado miedo, pero era muy consciente de lo que ella estaría viendo. Quise decirle que no tenía nada que temer, explicarle que Alex no me haría daño ni tampoco se lo haría a ella, pero Elijah se adelantó un paso y reclamó nuestra atención. O mi atención más bien; a Alex solo le brindó una mirada de repugnancia.

—Puedes recuperar a tu hermana si quieres —ofreció, con tono hastiado—. Solo tenéis que marcharos de aquí.

—No hagas esto —dijo Alex, y pude escuchar el profundo horror con el que pronunció cada palabra.

Era el mismo que yo sentía. Lo que Elijah estaba proponiéndonos…

—Dani, ¿por qué estoy aquí? Quiero… quiero irme —dijo Chloe entonces. Continuó balbuceando, hasta que un gesto de Elijah la hizo enmudecer.

Me sentí morir. El aire apenas si llegaba a mis pulmones y las lágrimas continuaban cayendo de mis ojos sin que tuviera el ánimo suficiente para luchar contra ellas. Lo peor era saber que Elijah podía de verdad traerla de vuelta. Lo había hecho con Dith; ¿por qué no con Chloe? Pero la resurrección de mi familiar había sido solo un regalo envenenado y Meredith nos dejaría de nuevo. ¿Era capaz el nigromante de devolverle la vida a alguien que llevaba casi diez años más allá del velo y que no muriera al poco tiempo? La había traído hasta aquí, solo Dios sabía de qué modo, pero…

—Esto es demasiado cruel incluso para alguien como tú. No puedes jugar con los muertos de esta forma —añadió Alex. Erguido a mi lado, su presencia era lo único que conseguía que no me derrumbara.

Sí, sí que podía, y tratar de razonar con Elijah seguramente era una pérdida de tiempo. Ya había demostrado que no tenía conciencia ni ningún tipo de brújula moral. No había un «demasiado» para aquel brujo. Ya no era un loco, como había pensado una vez, perturbado por los siglos pasados entre el mundo de los vivos y el de los muertos, sino algo peor. Alguien hueco y sin corazón, alguien malvado sin más. El peor demonio de todos los que había allí.

«Ángel, no… no deberíamos. Pero si es lo que quieres…». Quise llorar al escuchar el apodo y la suavidad y ternura que Alex empleó para hablarme. También por el hecho de que se plantease siquiera dar media vuelta y largarse solo para que yo tuviera una oportunidad de recuperar a mi hermana. Yo había sentido su deseo de vengar a Wood, pero, más allá de eso, sabía que Alex no era la clase de persona que miraría hacia otro lado mientras más inocentes morían ni permitiría que el mundo entero sucumbiera. Aun así, eso era lo que me ofrecía.

Miré a mi alrededor, a mi espalda. Los demás continuaban

luchando. Sangrando. Pese a las heridas y la escasa magia que les quedaba ya. Pese a que debían estar agotados y era posible que hubieran sufrido sus propias pérdidas. Todos habían venido para enfrentar el verdadero mal; sin bandos, sin distinciones. Pensé en Maggie, Johan, el consejero Putman, Thomas Hubbard… En Wood y su sacrificio. En los que habíamos perdido antes de llegar hasta allí y en los que habían muerto o podrían morir aún esa misma noche. En los humanos que se habían visto en medio de todo sin más motivo que el de tener sangre corriendo por las venas. Incluso en mi madre, que tal vez solo hubiera sido otra víctima más de algo que se había iniciado siglos atrás. Pensé en Sarah Good. En Benjamin Ravenswood. En el modo en que Salem había provocado un cisma en nuestra comunidad y en cómo ahora habíamos vuelto a reunirnos. Pensé en Dith, a la que tendría que decir adiós, aunque fuese a reencontrarse con el amor de su vida. Pensé en el sufrimiento padecido por Raven a manos de sus padres y en que nunca había tenido la oportunidad de amar o hacer ninguna otra cosa con libertad. En Cam, que había perdido a su padre y, al mismo tiempo, se había enamorado por primera vez. En Sebastian y su hermano, reunidos al fin. En la valentía de Beth. La amabilidad de Robert. Laila y Aaron siempre dispuestos a ayudar. En Alexander aceptando finalmente quién era. En mí misma, que solo había sido una chica escapando de la monotonía y la rigidez de una escuela demasiado formal. Y finalmente pensé en Amy Hubbard, que no podía tocar a nadie sin tener luego pesadillas.

«Todos tenemos que elegir».

Cada una de las elecciones que nos habían llevado hasta ese instante desfilaron ante mis ojos y maldije al destino. Maldije Salem, los bandos y a todos los que una vez habían participado de la locura que supuso. Ya había muerto demasiada gente, ya habíamos sufrido demasiado.

Alex me llamó mente a mente y supe que estaba sintiendo toda mi desesperación, el dolor y la agonía. Sabía que, de haber podido evitarme todo aquello, lo hubiera hecho sin dudar. Pero, igual que Wood Ravenswood había tomado su decisión, yo tendría que tomar la mía, incluso si solo se trataba de una trampa o alguna clase de espejismo. Incluso si, de aceptar, aquello no terminara conmigo abrazando de nuevo a mi hermana pequeña.

—Chloe, te quiero. Te quiero tanto, hermanita —murmuré, esperando que pudiera oírme. Que lo entendiera. Elijah se atrevió a esbozar una pequeña sonrisa, así que clavé mis ojos en él antes de decir—: Vamos a enviarte directo al infierno.

—¿Estás segura? Porque volveré de él, ya lo he hecho antes. Y es tu hermana; tu pequeña hermanita a la que Sarah mató —tarareó, con evidente regocijo—. Nunca esperé volver a encontrarla, ¿sabes? Pero supe que era ella en cuanto a tu madre se le ocurrió venir aquí. Disfruté mucho susurrándole al oído y manipulando su mente. Las Good siempre fuisteis de sangre débil.

—Cállate de una maldita vez —espeté a pesar de que acababa de confesar haber influido en el comportamiento de mi madre.

Alex alzó la mano y la espada cargada de estrellas apareció en ella con un estallido de poder.

—Soy un Good ahora —dijo— y una parte de tu sangre también lo es, así que tal vez debas replantearte el odio que sientes hacia ese linaje.

Mi mirada regresó al rostro de Chloe. No podía dejar de mirarla. Lucía tan pequeña y asustada. Dolía no poder envolverla entre mis brazos y no dejarla ir jamás, pero sabía que no podía ceder ante Elijah. Ningún brujo debería haber tenido jamás el poder de despertar a los muertos; ninguna magia debería haber sido empleada nunca para ello, menos aún cuando el precio a pagar era la sangre de tantos y tantos inocentes. Y aunque descartar la posibilidad de darle una segunda oportunidad a una niña —a mi propia hermana— me estaba matando por dentro, no nos condenaría.

—Llevas sangre Bradbury también —prosiguió increpándolo Alex—. Pero, de todas, es la parte Ravenswood la que debería avergonzarte.

El nigromante no dio muestras de que lo que le decía le importase, no creí que nada lo hiciera, pero las palabras de Alexander trajeron a mi mente algo que el propio Elijah había mencionado en nuestros anteriores encuentros.

Eché un vistazo al árbol, a las hojas de un rojo oscuro, alimentadas con la sangre de brujos y humanos. Era la representación de su pacto con Sarah. Todo aquello siempre se había tratado de los Good y los Ravenswood, con maldición o sin

ella. Dos linajes de sangre, a eso se reducía todo. A la sangre.

«Creo que sé cómo destruir el árbol y a Elijah. Para siempre», le hice llegar a Alex.

«¿Es eso lo que de verdad quieres?». No había juicio ni acusación en su voz, solo la necesidad de obtener una respuesta. Sabía lo que preguntaba en realidad, y lo amaba por plantearse la posibilidad de convertirse en un monstruo por mí. Pero aunque él pudiera albergar aún alguna duda, tenía muy claro que nunca lo había sido y yo tampoco haría que se transformara en uno.

«Te amo, Alex; y sí, estoy segura».

Un sentimiento cálido inundó mi corazón, y casi pude sentir a Alex abrazándome. A cambio, le mostré una imagen mental de lo que me proponía. Solo esperaba no estar cometiendo un error.

—Te quiero, Chloe, y te juro que volveremos a encontrarnos.

Ella parpadeó al escucharme, pero su boca continuó sellada; ni siquiera tendría la oportunidad de oír su voz por última vez. Odiaba el hecho de que mi hermana fuera a presenciar la violencia de aquella muerte, pero no había nada que pudiera hacer para evitarlo. Nuestra única ventaja era el elemento sorpresa.

Alex y yo nos movimos a la vez. Yo reclamé mi magia de golpe e inundé todo a nuestro alrededor con la luz de mi ira, y él se abalanzó sobre Elijah con la mano que empuñaba la espada por delante. El nigromante no se quedó esperando sin más a que lo atravesara con ella, pero, sin tiempo para convocar un escudo que lo protegiera, optó por moverse para evitarlo. Yo lo hice con él. Me coloqué a su espalda y le barrí las piernas de debajo del cuerpo, y Alex lo agarró en cuanto empezó a caer. Sus sombras rugieron al desplegarse sobre Elijah; se le colaron por la garganta para silenciar cualquier hechizo, presionaron su cuerpo contra el suelo y envolvieron sus manos hasta formar una barrera de contención. Entonces, fui yo quien se inclinó sobre él.

«La sangre Ravenswood no debería derramarse en este bosque», eso era lo que había dicho la noche en la que una Ibis había atacado a Raven. Yo me había percatado entonces de que, en realidad, no parecía preocupado por el estado de Rav, pero había apartado ese detalle de mi mente. Luego, Elijah lo había repetido en el auditorio, lo cual daba a entender que era algo más que un comentario sin valor. Todo hechizo tenía una laguna y esa laguna podía convertirse

en debilidad, una forma de deshacerlo. Y no creía equivocarme al pensar que la sangre de su propio linaje era precisamente lo que necesitábamos para debilitar y poder destruir aquel árbol maldito.

Ya había una daga reluciente en mi mano, así que todo lo que tuve que hacer fue hincar una rodilla en el suelo. Me hubiera gustado decir que me tembló el pulso, porque eso significaría que sentí algo al cortarle el cuello a una persona, aunque fuese alguien despreciable y malvado. Pero el tajo fue firme y la sangre comenzó a manar de inmediato, cubriéndome los dedos y el filo del arma.

No me detuve a contemplar mi obra ni presté atención al gorgoteo que soltó Elijah cuando trató de reír, convencido de que este no era su final. Ni siquiera miré a Chloe, cuya figura proseguía inmóvil a pocos pasos. Me aparté y fui directamente hacia el árbol. Con las alas totalmente extendidas a ambos lados de mi cuerpo, alcé la daga y dejé que toda la magia de la que aún disponía fluyera hacia ella. Fuego, aire, tierra y agua envueltos en luz y oscuridad e impregnados de sangre Ravenswood.

«Hazlo. Acaba con esto, Danielle».

Solté un grito y hundí la hoja con todas mis fuerzas en el tronco. Y juraría que mientras siglos de odio y malicia ardían bajo la ira de mi poder, mientras el mundo se inclinaba para recuperar el equilibrio un momento después, mientras todo lo que estaba hecho se deshacía y nos reencontrábamos con el destino una última vez… juraría que Elijah Ravenswood gritó también conmigo.

# Epílogo

La habitación aún estaba en penumbra cuando me desperté. Los meses habían pasado volando desde «La masacre de Ravenswood»; así era como habían bautizado los medios de comunicación lo sucedido. Y lo había sido, una auténtica masacre. La mayoría de nosotros aún estábamos asumiendo las pérdidas; tantas y tantas pérdidas. Brujos. Humanos. Continuar adelante y tratar de reconstruir nuestras vidas había resultado complicado, caótico y doloroso. Muy doloroso.

Derramar sangre Ravenswood a los pies del árbol de Elijah había debilitado al nigromante y, con la garganta abierta, no hubo manera de que se recuperase. El árbol y él mismo se habían convertido en cenizas tan solo unos segundos después de que yo apuñalase el tronco haciendo uso del poder que ahora compartíamos Alexander y yo. De la ira. Del rencor y el dolor. Del odio. Los demonios habían desaparecido acto seguido. Salvar el mundo de la oscuridad perpetua y a saber de qué otra clase de males nos ofreció consuelo; era nuestro objetivo, lo que nos había llevado hasta allí. Pero el coste… El coste había demasiado alto para nuestra pequeña familia, y también para muchas otras.

El sacrificio de Wood no había sido vano, pero a Alex aún se le ensombrecía la mirada en algunos momentos y Raven se convertía en lobo a menudo, cuando sus propias emociones lo sobrepasaban y no era capaz de gestionarlas. Incluso si contaba con el apoyo y el amor incondicional de Cam y con el nuestro, aún estaba aprendiendo a vivir sin su gemelo. Todos estábamos aprendiendo a vivir de nuevo.

Y Meredith… mi amada Dith. No había tenido oportunidad de despedirme de ella. Cuando todo había terminado y pude ir en su busca, tan solo había hallado a Raven y a Cam refugiados en el interior de la mansión, deshechos y rotos. Tan pronto como había

muerto Elijah, todo lo que su magia había convocado se había esfumado con él. Y así yo había vuelto a perder a mi mejor amiga. Mi único consuelo era pensar que había cruzado el velo y estaría con Wood.

Tampoco había podido tener unas últimas palabras con Chloe, y eso dolía tanto que apenas si me había atrevido a hablar con nadie de ello, ni siquiera con Alexander. Él lo sabía, claro está; lo sentía. Pero yo no estaba segura de cómo afrontar el hecho de haber tenido una segunda oportunidad con ella y no haber podido decirle lo mucho que la echaba de menos. Resultaba desgarrador.

Los rituales de despedida se habían sucedido en los siguientes días tras la masacre: Dith, Wood, la consejera Winthrop, Aaron Proctor, dos de los Ibis y muchos otros brujos que habían ofrecido sus vidas para que hoy nosotros estuviésemos aquí. Y gran parte de los humanos de Dickinson… Sí, desde luego que había sido una masacre. No podía culpar a Alex por decidir que quería derruir el lugar, algo que, a pesar de no ser ya un Ravenswood, se le había permitido llevar a cabo unos meses después, cuando las cosas se hubieron calmado y las investigaciones policiales atribuyeron lo acontecido allí a alguna secta de la que nunca habían tenido conocimiento.

La academia de la oscuridad fue demolida, y también la de la luz, dada su cercanía y la posibilidad de que la energía residual del lugar afectara a Abbot. Parecía lo correcto. Un nuevo comienzo, nuevas academias para los brujos jóvenes; sin bandos, aunque esa parte tardaría aún un tiempo en calar tras siglos de rencillas. Poco a poco, me dije. A pesar de tanta muerte, cambiar la mentalidad y las normas que nos habían regido desde Salem requeriría paciencia y cierta constancia. Pero estábamos en el buen camino.

El lío de mantas bajo el que estaba acurrucada se sentía cálido y reconfortante, tal vez porque Alex dormía a mi lado y la melodía de su magia resonaba muy bajita, como una canción de cuna que gritaba hogar, familia. Amor. Él había sido el ancla que me había mantenido cuerda todo ese tiempo y a veces me bastaba mirarlo para recordar cómo sonreír. Cómo reír. Porque a pesar de todo seguíamos vivos, juntos y unidos de una manera en la que ninguna otra pareja lo estaba. Si sentía que me derrumbaba, acudía junto a mí; si él flaqueaba, era yo la que trataba de brindarle mi fortaleza.

Y a veces, cuando ninguno de los dos podía tirar del otro, ahí estaban Rav, Cam, Sebastian y los demás para no permitirnos caer.

Una mano se deslizó por mi cadera y fue a parar a mi estómago. Enseguida, Alex se apretó contra mi espalda y su calor me rodeó. También estaba despierto.

«Es demasiado temprano para esa clase de pensamientos», susurró en mi mente, pero no había reproche alguno en su comentario. Todo lo que sentía era cariño, ternura y… alivio, como cada mañana en la que despertábamos y nos dábamos cuenta de que el otro seguía ahí. Tal vez con el tiempo, con mucho más tiempo, dejaríamos de esperar que el destino jugase con nosotros de nuevo e intentase separarnos. Que la maldición mencionada por Elijah encontrara la forma de cumplirse y esto fuese tan solo la calma que precede a la tempestad.

«Lo siento, no puedo evitarlo».

Me hizo girar hasta que quedé boca arriba y él se incorporó sobre un codo. Me miró con esos preciosos ojos tan diferentes entre sí, tan llenos de anhelo y comprensión. Luego, sus dedos se enredaron en el mechón blanco de mi pelo. Sonrió antes de apartarlo a un lado y despejar mi rostro. Al contrario de lo que le sucedía a él, el cambio en el color de ese único mechón se había mantenido de forma permanente. A menudo me hacía una pequeña trencita con él para que no resultase tan llamativo, pero la gente que me había conocido antes solía quedarse mirándolo de cualquier forma. A Alex le encantaba, del mismo modo que me pasaba a mí con sus ojos, pero yo aún no estaba segura de si lo amaba o lo odiaba, aunque parecía algo irrelevante después de todo lo ocurrido.

«Deberías intentar dormir un poco más. Hoy será un día… movidito».

No quería pensar en ello. Tenía muchas expectativas sobre esa noche y estaba aterrada por que no se cumplieran.

—No puedo dormir —dije esta vez en voz alta.

Alex, como siempre, conocía mis temores y todas las preguntas que no me atrevía a hacer en voz alta. Envió una voluta de sus sombras hacia mi mejilla y sentí el roce delicado y familiar de su oscuridad resbalando por mi piel. Eso me hizo sonreír. Amaba que ya no tuviera miedo de su poder. De nuestro poder. Luz y oscuridad

reunidas de un modo hermoso y brillante.

Se inclinó sobre mí. Había estrellas en sus ojos. Había ternura. Y deseo. Y amor. Había tantas y tantas emociones allí… Alexander Good —a veces todavía me costaba recordar que ya no era un Ravenswood— no podía estar ahora más lejos del brujo gruñón y arrogante que había conocido más de un año atrás. Lo sucedido lo había cambiado. Nos había cambiado a todos.

—Está bien, podemos encontrar algo que hacer para distraerte.

Una chispa de diversión destelló en su mirada y su expresión se volvió juguetona. Aun cuando ambos sabíamos la clase de distracción a la que se refería, enarcó las cejas, a la espera de una respuesta a su pregunta silenciosa. En lo que respectaba a nuestra relación, y a pesar de que estábamos casados mediante un antiguo ritual mágico, Alexander nunca daba nada por sentado. Y lo amaba por eso.

Rodeé su nuca con la mano y lo atraje hasta que nuestras bocas se rozaron. Sus labios se curvaron sobre los míos y yo deseé poder beberme esa sonrisa. O tal vez quedarme a vivir en ella.

«¿Bien?», preguntó él, para asegurarse.

«Muy bien».

Profundizó en el beso, y lo que había empezado como una caricia de consuelo se convirtió en mucho más. Sin separar nuestros labios, Alex se movió hasta situarse entre mis piernas. Un momento después, su boca resbaló por mi cuello. Sentir su peso sobre mí, su aroma alrededor, su sabor sobre la lengua, sus caricias… siempre me abrumaba, pero de la mejor de las maneras. Y cuando alcanzó el hueco detrás de mi oreja y se me erizó la piel de todo el cuerpo, juro que lo escuché reír en mi mente.

«Nunca me cansaré de ese sonido», admití, porque necesitaba que lo supiera.

«Yo nunca me cansaré de ti, ángel».

La ropa desapareció más rápido de lo que debería haber sido posible. Sus manos estaban por todas partes. Su boca. Su lengua. Sus sombras y su oscuridad. Me acarició con ellas. Nuestros corazones latiendo con esa sincronía que hacía que si uno se aceleraba el otro lo hiciera también. Sus dedos recorrieron mi clavícula y la curva de mi pecho, mis costillas y mi estómago, mientras con la mirada perseguía el movimiento de sus manos y el

fuego le ardía en los ojos dispares. Jadeé cuando esos mismos dedos se colaron entre mis muslos para hundirse en mí, y el sonido hizo que él alzara la vista hacia mi rostro.

## Alexander

Envuelta en un halo deslumbrante de luz y salpicada de oscuridad, Danielle Good era lo más hermoso que hubiera visto jamás. Cada vez que la miraba, cada vez que la besaba, aquella bruja terca y ya no tan irresponsable se apropiaba de un nuevo trozo de corazón a pesar de que creía habérselo entregado todo. A pesar de los huecos que las pérdidas sufridas habían dejado en mi alma, a pesar del dolor. Yo sabía que ella también estaba sufriendo, que se obligaba a aparentar la fuerza que se esperaba de la bruja que había conseguido acabar con el mal encarnado. Pero allí, refugiados entre las sábanas, donde nadie podía vernos, quería que entendiera que nunca tendría que fingir. No conmigo. Podía caer todas las veces que necesitase; se lo había ganado, joder. Yo estaría a su lado para ayudarla a levantarse, y era consciente de que ella haría lo mismo por mí.

—Dime lo que quieres.

—Sentirte —dijo, sin titubear.

Estaba húmeda y más que preparada, y yo apenas podía resistir el impulso de hundirme en su interior, pero la provoqué un poco más con los dedos. Me gustaba demasiado poder tocarla, tal vez porque recordaba demasiado bien que hubo un tiempo en el que no había podido hacerlo. Sus gemidos se entremezclaron con la deliciosa canción de su magia hasta conformar la más perfecta de las melodías. Ella era perfecta de un modo que jamás conseguiría hacerle comprender y por más motivos de los que era capaz de enumerar. Eso no me impediría seguir intentando mostrárselo.

—Alex, por favor —gimió, y escuchar la manera en la que pronunció mi nombre estuvo a punto de hacerme perder la cabeza.

«No supliques, nunca supliques. Me tienes. Siempre», respondí en su mente, porque hablar me resultaba demasiado complicado. Me apropié de su boca al tiempo que me deslizaba en su interior. Despacio, muy despacio, dejando que me sintiera y permitiéndome sentirla. No solo su cuerpo, sino su corazón, su magia y su alma.

«Me tienes. Siempre, esposa mía», repetí cuando estuvimos unidos por completo.

Sus carcajadas reverberaron en mi cabeza. Me encantaba llamarla así solo para ver las expresiones de los que nos rodeaban; al final, se había convertido en otra de nuestras bromas privadas. Varias veces le había preguntado si se arrepentía de haber tenido que sellar su destino de esa forma, y todas obtuve la misma respuesta: «Te veo, Alex, y nunca me arrepentiré de tener la oportunidad de compartir mi vida contigo».

Después de eso, ya no hubo más palabras. Me retiré y empujé, y luego otra vez, y otra vez, y ella salió a mi encuentro con cada embestida. Perfecta, joder, de verdad que era la puta perfección. Casa y hogar, amor y cariño. Familia. Algo que nunca había tenido y que jamás había esperado encontrar. Y a pesar de lo mucho que habíamos entregado para llegar a ese momento y lugar, tampoco yo me arrepentiría nunca del día en que había accedido a que se alojase en mi casa. Destino o no, equilibrio o no, amaba a Danielle Good. Así que la besé hasta que me dolieron los labios y le hice el amor hasta que todo se volvió demasiado intenso. Jadeó y yo gemí. Se aferró a mí y yo me perdí en ella. Pronunció mi nombre, y yo susurré en su oído todo lo que me hacía sentir. Una vez más, el mundo desapareció para nosotros y solo quedó luz y oscuridad, ahora unidas.

Unidas para siempre.

## Danielle

—Pensaba que no habría consejo, ni blanco ni oscuro.

Robert Bradbury me lanzó una mirada de disculpa desde detrás de la mesa en la que se hallaba sentado. Luego, miró a Alexander. Instalarnos en la sede de Nueva York había sido una decisión conjunta que nuestra familia había tomado de forma precipitada una vez que nos dimos cuenta de que no teníamos a dónde ir. Sin embargo, me alegraba de estar allí. El mundo mágico continuaba conmocionado, pero el aquelarre de Robert había dado un paso adelante y se había ofrecido a organizar el caos en el que se habían sumido las cosas tras la caída de Ravenswood y la decisión de inhabilitar también la academia de la luz. Contar con un miembro

del linaje Abbot y dos Putnam había ayudado bastante; eran familias respetadas y su voz seguía teniendo mucho peso, aunque la muerte de Aaron Proctor los había dejado desolados y sin su único miembro de la comunidad oscura, lo cual provocó cierto recelo por parte de esta. Aun así, el buen funcionamiento de la academia Bradbury en Canadá había resultado decisivo. Y aunque la consejera Winthrop tampoco estaba ya entre nosotros, la campaña que había realizado antes de su muerte también había sumado puntos a su favor.

Ese, tal vez, era el problema ahora. Por mucho que se desconfiara de los antiguos consejos, necesitábamos algún tipo de órgano de gobierno. Robert y su aquelarre parecían pensar que mi candidatura anterior tenía aún validez y querían que Alex y yo estuviésemos en él.

—Tengo solo diecinueve años, y sigo sin haberme graduado —señalé, repitiendo lo que una vez le había dicho a Carla Winthrop solo que con un año menos.

Tanto el cumpleaños de Alex como el mío habían llegado y pasado. Por motivos obvios, no habíamos celebrado el suyo, ya que había sido tan solo unos días después de la masacre. En el mío, en cambio, Alex y yo habíamos pasado todo el día ejerciendo de turistas por Nueva York, tal y como había deseado la última vez que habíamos estado allí. Fue un día de lo más sencillo, sin nada de magia, y ambos disfrutamos muchísimo de esa normalidad que nunca habíamos tenido.

—Creo que vuestra experiencia ha sido más que demostrada —dijo Robert— y, lo creáis o no, la mayor parte de la comunidad mágica respeta vuestra opinión.

Alex se inclinó hacia delante en la silla, muy serio.

—Si Danielle acepta, podéis contar conmigo, pero tengo una condición: se eliminará por completo la creación de familiares y se les dará a los que ya existen la posibilidad de tomar sus propias decisiones. Sé que por ahora no hay manera de revertir la maldición y tendrán que permanecer cerca de sus protegidos, pero deberían tener toda la libertad que deseen.

No me sorprendía para nada aquella petición. Lo habíamos hablado durante semanas. A pesar de que Raven no se alejaría de nosotros aunque pudiera, queríamos que tuviera una vida lo más

normal y completa posible. Y lo mismo para el resto de los familiares existentes.

—Y serán considerados como un brujo más de la comunidad —apostillé, porque quería que quedase claro que nunca más se les trataría como a personas de segunda—. Mientras, pienso seguir buscando una manera de eliminar la maldición.

Robert asintió.

—Quiero lo mismo que vosotros, ya lo sabéis. —Echó un vistazo a uno de los papeles que descansaba frente a él antes de añadir—: Un miembro de cada familia acudirá a la reunión que se ha convocado para dentro de dos semanas, allí se tratarán este y otros temas prioritarios. Y todas las familias van a tener voto. ¿Tu padre…?

—Sigue desaparecido.

A Nathaniel Good parecía habérselo tragado la tierra. Por mí podía seguir manteniéndose así por el resto de sus días. No tenía ningún interés en nada de lo que pudiera decirme, y agradecía que, al parecer, tampoco él quisiera retomar nuestra relación. Quizás le avergonzaba mi unión con Alexander o que Raven fuese ahora mi familiar, pero no podía importarme menos su opinión sobre mi vida.

Otro asentimiento por parte de Robert sentenció dicho tema. Luego, su expresión se volvió mucho más suave.

—¿Estáis nerviosos por lo de esta noche?

Alex y yo no necesitamos mirarnos. Era la víspera del Día de Difuntos; se cumpliría un año desde el secuestro de Raven por parte de Mercy, la muerte de esta a manos de Elijah y todo lo ocurrido entonces en el auditorio Wardwell. Pero eso no era lo importante. Si había un día en el que existiera la posibilidad de que Dith y Wood encontraran la manera de cruzar el velo para visitarnos, era precisamente este. Yo había tratado de no hacerme demasiadas ilusiones al respecto, pero teniendo en cuenta lo cabezota que era Meredith y lo mucho que sabía que desearía Wood poder ver de nuevo a Alex y a Rav, me había resultado imposible no emocionarme con la idea. Además, habíamos estado investigando hasta dar con el hechizo de invocación más potente conocido y esperábamos que eso los ayudara a cruzar.

Cuando ninguno de los dos dijo nada, Robert esbozó una mueca.

—Lo siento, es una pregunta estúpida.

—Van a venir. —Fue todo lo que dijo Alex.

«Vendrán, no pueden no hacerlo», añadió solo para mí, y yo deseé de todo corazón que así fuera.

## Raven

Estaba vergonzosamente enamorado de Cameron Hubbard. Lo había sabido muchos meses atrás; lo había visto en forma de un precioso cordón de color naranja y verde esmeralda. Lo había sentido cada vez que recordaba que mi gemelo ya no estaba en este mundo y Cam me abrazaba para consolarme; cada vez que me miraba; cada vez que me sacaba de una habitación si había demasiada gente y yo empezaba a ponerme nervioso. Otras veces, era él quien necesitaba de mi cercanía; la pérdida de su padre aún le resultaba dolorosa. Esperaba que mi apoyo también le hiciera comprender lo mucho que lo quería.

Tomó mi rostro entre las manos y sonrió.

—Ey, ¿estás listo?

Se inclinó y me dio un beso, uno de muchos, aunque nunca terminaría de acostumbrarme a la sensación deliciosa y excitante de su boca contra la mía. En realidad, habíamos hecho mucho más que besarnos desde aquella primera vez, aunque habíamos ido muy muy despacio en ese aspecto, desesperantemente despacio en mi opinión. Pero sabía que si Cam estaba siendo tan cuidadoso conmigo era porque se preocupaba por mis cambiantes estados de ánimo y por mi inexperiencia. Dani me había dicho que eso solo demostraba lo mucho que le importaba a mi novio, y yo siempre sonreía cuando escuchaba a alguien llamar a Cam de esa forma. Ojalá Wood también hubiera estado allí conmigo para compartir esos pequeños momentos de dicha con él.

Cuando retrocedió, perseguí su boca y le di un último beso, y él, a cambio, me regaló una de sus sonrisitas provocadoras.

—Sí. Tengo muchas ganas de ver a Wood y también a Dith.

—¿Le has contado a Danielle algo de lo que viste?

Negué de forma apresurada. Mi don me había concedido una imagen de la noche de hoy, pero solo la había compartido con Cam y prefería que continuase siendo así. Él nunca me decía qué hacer

con mis visiones o si debía actuar de alguna forma al respecto, sino que se limitaba a permitir que me desahogase y me escuchaba pacientemente. Tener alguien con quien compartir lo que llevaba toda la vida considerando una maldición resultaba liberador.

Cam mantuvo las manos en torno a mi rostro. Solía hacerlo para asegurarse de que lo entendía al hablarme, y a mí me encantaba que me tocase por el motivo que fuese, así que estaba contento con ello.

—Bien. ¿Deberíamos esperar por los demás?

Me quedé mirándolo sin prestar atención a la pregunta, todavía pensando en lo mucho que significaba para mí, y las siguientes palabras abandonaron mis labios sin que tuviera siquiera que conjurarlas:

—Te amo.

Cam se quedó muy muy quieto. Demasiado quieto. No apartó los ojos de los míos, pero sus dedos me presionaron las mejillas con algo más de fuerza. ¿Se lo había dicho ya antes? ¿O era aquella la primera vez que ponía voz a mis sentimientos por él? ¿Por qué no se movía o decía algo? ¿No sentía él lo mismo? A lo mejor estaba haciendo algo malo…

—¿Cam?

—Repítelo. Dilo otra vez —pidió en un hilo de voz.

—Te amo. Es… —Me llevé una mano al pecho, allí dónde sentía esa extraña calidez cuando pensaba en él o estábamos juntos—. No sé cómo explicarlo…

Sus dedos se aflojaron, pero continuó acunándome el rostro y la sombra de una bonita sonrisa, esa que parecía tener reservada solo para mí, se asomó a sus labios.

—No necesitas explicar nada. Ni siquiera necesitas decir las palabras, pero yo también te amo, Rav.

Colocó una de sus manos sobre la mía, y luego volvió a besarme de esa forma tan maravillosa que siempre conseguía que me olvidase de todo. Me apreté contra él y lo rodeé con los brazos solo para poder sentirlo aún más cerca. Y aunque me hubiera encantado quedarme allí y reclamarle más besos, a poder ser con mucha menos ropa entre nosotros, teníamos una cita que no pensaba perderme.

## Danielle

El sitio elegido para la invocación fue la sala de estar en la que una vez Alexander había amenazado a Gabriel con arrancarle los brazos y lanzárselos a los lobos. Todos estaban allí: Raven, Cam, Alex, Sebastian, Jameson, Laila, Robert, Annabeth, el propio Gabriel y Annie, la chica menuda y con el pelo blanco que había resultado ser la familiar de Jameson. No había sido testigo de ello, pero me habían contado que se había transformado por primera vez en Ravenswood la noche de la masacre para interponerse entre su protegido y un demonio. Jameson había alucinado un poco al verla pelear, y estaba segura de que habría hecho algún comentario inapropiado frente al que Sebastian habría puesto los ojos en blanco. En ese aspecto, la dinámica entre hermanos se mantenía intacta.

Rav se colocó a mi lado y me brindó una sonrisa luminosa. Parecía realmente ilusionado y también ansioso, claro que yo también lo estaba. Incluso si todo salía bien, solo dispondríamos de unas pocas horas para estar con Wood y Dith. Pero eso era mejor que nada, y yo necesitaba asegurarme de que se habían encontrado y que eran… felices, si es que eso era posible allá donde iban las almas una vez que dejaban atrás este mundo.

Alex mantenía su mano enlazada con la mía, pero deslicé la que tenía libre entre los dedos de Raven. Este a su vez aferraba la de Cam, y él se la tendió a Sebastian, que ya mantenía la suya unida a la de Beth; de hecho, el Ibis y ella habían aparecido de la mano un momento antes.

Y así todos se fueron uniendo hasta formar un círculo. Había velas repartidas por toda la estancia, un cuenco con sangre —la mía y la de Alex— en el centro y una representación de los cuatro elementos para que todos pudiésemos tomar más energía de ellos en caso de que lo necesitásemos, si bien Alexander creía que con nuestro poder sería suficiente.

Participar en un ritual de sangre que implicaba convocar a los muertos durante la Noche de Difuntos no era lo más sensato, pero nadie se había opuesto.

—Ya casi es la hora —murmuró Laila, tan serena como era habitual.

Ella también estaba convencida de que aquello funcionaría. La verdad era que todos queríamos que funcionase. El sacrificio de Wood había calado hondo en la mayor parte de la comunidad mágica a pesar de que apostaba que al lobo blanco le daba igual lo que pensasen de él.

Un escalofrío me recorrió cuando dieron las doce y Laila susurró «Adelante». Los presentes, yo incluida, comenzamos a recitar el hechizo. La temperatura de la sala parecía ahora más baja, y la atmósfera, mucho más cargada. No creí ser la única a la que se le erizó la piel, pero me concentré en cada palabra al tiempo que soltaba las riendas que sujetaban mi poder.

Alex hizo lo mismo, el aire se inundó de sombras y estrellas, de luz y oscuridad. Las llamas de las velas ardieron durante un momento con mayor intensidad, y hubiera jurado que capté algo de la mezcla de dos aromas familiares: libros antiguos y canela y salvia. Nuestro cántico subió de volumen sin que tuviésemos que ponernos de acuerdo. ¿También lo sentían los demás? ¿Una presencia? ¿Los olores?

Alex me apretó la mano. Sus labios continuaban moviéndose conforme repetía el hechizo, pero las palabras que se formaron en mi mente fueron otras: «Están aquí».

Durante un momento, creí que no era más que el deseo de su corazón formulado solo para mí. Hasta que me di cuenta de que estaban allí mismo. Los ojos se me llenaron de lágrimas y tuve que luchar para que no me entorpecieran la visión. Quería soltarme y correr hacia ellos; sin embargo, me mantuve en mi sitio. Una vez más, solo teníamos que recitar el hechizo una vez más y entonces podríamos romper el círculo.

—Dith. Wood —susurré, una vez que todo terminó.

Acto seguido, liberé mis manos y avancé a trompicones. Una sonriente Meredith abrió los brazos y yo caí en ellos sollozando. Apenas sentí su toque, era solo una caricia ligera, como un roce con la punta de los dedos, pero fue suficiente para que me desmoronase y rompiera a llorar. A mi lado, Rav y Alex ya se habían fundido también en un abrazo con Wood.

—Te quiero, pero eres un completo imbécil —lo reprendió Alex.

Se me escapó una carcajada envuelta en más lágrimas al escucharlo. Quería decirle tantas cosas a Dith, a los dos. Tenía

tantas preguntas. Oh, Dios, aún no podía creer que de verdad estuvieran allí con nosotros, y teníamos tan poco tiempo…

—Te echo de menos —balbuceé a duras penas—. Te echo tanto tanto de menos.

—Shhh. Todo está bien, no quiero verte llorar. Wood y yo estamos bien —dijo ella, mientras me acunaba contra su cuerpo.

—Me aterrorizaba pensar que no os hubierais encontrado…

—Lo hicimos. Él lo hizo. Wood me encontró en cuanto puse un pie en el otro lado.

Sonreí. Él se lo había prometido y había cumplido su palabra; no hubiera esperado menos del lobo blanco, pero no había podido evitar preocuparme. Después de lo que Elijah le había hecho, había temido que el alma de Meredith no encontrase el camino y se hubiese quedado atrapada en este mundo. Sin Wood y su don para ver fantasmas, no habíamos podido asegurarnos de que no fuera así. Ese pensamiento me llevó a otro.

—Tú… ¿Tú has visto a Chloe?

Dith retrocedió para interponer un poco de espacio entre nosotros. Rav seguía colgado del cuello de su gemelo, aunque ahora los demás se habían acercado para saludarlo también. Alex, en cambio, se apartó, se colocó detrás de mí y me rodeó con ambos brazos. Dith y él intercambiaron una mirada.

—¿La has visto? —insistí a pesar de la extraña expresión que lucía Alexander. Dith no respondió y, tras un momento, dio un paso a un lado. Tras ella…—. ¡Chloe!

Alex me sostuvo cuando me tambaleé por la impresión, y supe que se había percatado de la presencia de mi hermana antes de que yo lo hiciera. Por eso había acudido a mi lado. Las lágrimas regresaron, aunque me di cuenta de que no podía dejar de sonreír.

—Hola, Dani —dijo Chloe, con la misma emoción impregnando su voz—. Tengo mucho que contarte.

Su aspecto seguía siendo el mismo que la noche en la que habíamos vencido a Elijah Ravenswood, pero ya no había miedo en su rostro, sino felicidad, y ese era el mejor regalo que nadie hubiera podido hacerme.

Alex comenzó a apartarse de mí, pero sus manos se demoraron en mi cintura hasta que comprobó que me sostendría por mis propios medios.

«Gracias».
«¿Por qué?», preguntó.
«Por quedarte y resistir».
Sentí una oleada de ternura proveniente de él.
«Gracias a ti por verme y, aun así, amarme. Ahora ve con tu hermana. Ve y dile lo mucho que la quieres. Yo estaré aquí».
«Siempre».
Una sonrisa apareció en mi mente, una cargada de sombras brillantes y más amor del que nunca había esperado recibir de nadie.
«Siempre, Danielle Good».

# Agradecimientos

Aunque *Un linaje oscuro*, la primera entrega de *Las crónicas de Ravenswood*, se publicó en 2022, en realidad escribí las primeras palabras el uno de octubre de 2019. Nació con esa escena en la que una díscola bruja escapa junto a su familiar de una academia de magia, llevándose la verja de esta por delante y acabando en los terrenos de la academia de magia rival. Han sido cuatro años conviviendo con Alexander y Danielle, con Raven (mi querido Rav), Wood, Dith, Cam y todos los demás. En esos cuatro años han pasado muchas cosas, incluida una pandemia mundial y todo lo que eso trajo consigo. Cuatro años en los que yo también sufrí mi propia pérdida: la muerte de mi padre. Quizás por eso he querido darles a mis personajes la oportunidad de volver a ver a sus seres queridos. Sería bonito que todos tuviésemos dicha oportunidad. La mía es esta, supongo, así que: Papá, te quiero y te echo mucho de menos. Gracias por hacer de mí la persona que soy. Ojalá estuvieses aquí para verme terminar esta historia y muchas más.

Gracias a todos los que de una manera u otra me han ayudado a llegar hasta aquí, porque no ha sido nada fácil y, sinceramente, a veces he dudado de si lo conseguiría. ¡Pero lo hice! ¡Gracias!

A mi familia por apoyarme. A mi hermana Laly. A mi hija, que cada día me hace sentir más orgullosa. A Cristina Martín, por escuchar mis desvaríos, y a Nazareth Vargas, que también me aguanta cuando necesito llorarle a alguien porque las cosas no salen como esperaba. A Cristina Prieto y Nira Strauss, por las risas y por sacar mi lado más mamarracho. Y a María Herrera, por los cafés y el apoyo.

A mi editora, Esther Sanz, por tener tanta paciencia y por escuchar siempre lo que tengo que decir. Y a Berta, por ayudarme tanto para que la historia quedara redonda.

A una infinidad de *bookstagrammers* y *booktokers* por apoyarme con sus reseñas, fotos y comentarios. Y aún más a todos esos lectores que alguna vez se han sumergido en una de mis historias. Sé que me repito y lo digo mucho, pero sin vosotros esta locura no sería posible. ¡Gracias por amar esta historia tanto como yo! ¡Por visitar Ravenswood y por querer volver a él!



VICTORIA VÍLCHEZ (Santa Cruz de Tenerife, 1980), escritora española licenciada en Biología por la Universidad de La Laguna y especializada en biología marina. Amante de la lectura desde corta edad y aficionada a escribir, no fue hasta la adultez cuando por fin decide escribir en serio y publica *Bellator*, su primera novela.

Autora de *Antes de que digas adiós* (2013), novela romántica, también escribió relatos seleccionados y publicados en varias antologías: *Antología 150 Rosas* con el relato *Sola*. Finalista en el II Concurso de microrrelatos románticos ACEN con *Divina tortura*, publicado en la antología *Cachitos de Amor II*. Finalista en el I Certamen de relato breve *Poemas a Medida*, con el relato *Maldita evolución*, Finalista en el Certamen de Athnecdotario Incoherente: Fantasmas, Espectros y Apariciones, con el relato *Definitivamente muerto*. Finalista en el Certamen literario Jirones de Azul, edición especial Sonrisa de Gato con el relato *Parte de la familia*, que forma parte de la antología del mismo nombre. Cuenta también con dos microrrelatos: *Musa*, seleccionado para aparecer en la antología *Más cuentos para sonreír*, y *Bendita inocencia*, que forma parte de la antología *Amigos para siempre*.

Editora de la prestigiosa y desaparecida revista digital «Dr. Pez», publicación mensual de carácter divulgativo con más de cien mil hispanohablantes registrados. Además de las labores de edición participó con artículos propios. También es miembro de ESMATER, escritores madrileños de terror.

En mayo de 2013 se publicó la antología *Catorce Lunas*, que ella misma ha coordinado y en la que participa junto con otras trece conocidas autoras españolas, y que cuenta con prólogo de Blue Jeans, el autor de la trilogía *Canciones para Paula* y de *Buenos días, princesa*.

Desde que empezara Vílchez ha publicado otras novelas como *Dime que bailarás conmigo, Hasta que te rindas, Si solo fuera un cuento de hadas* o *Solo tres citas… y una mentira*, además de las series *Antes, Quiéreme* y *Una estación contigo*.